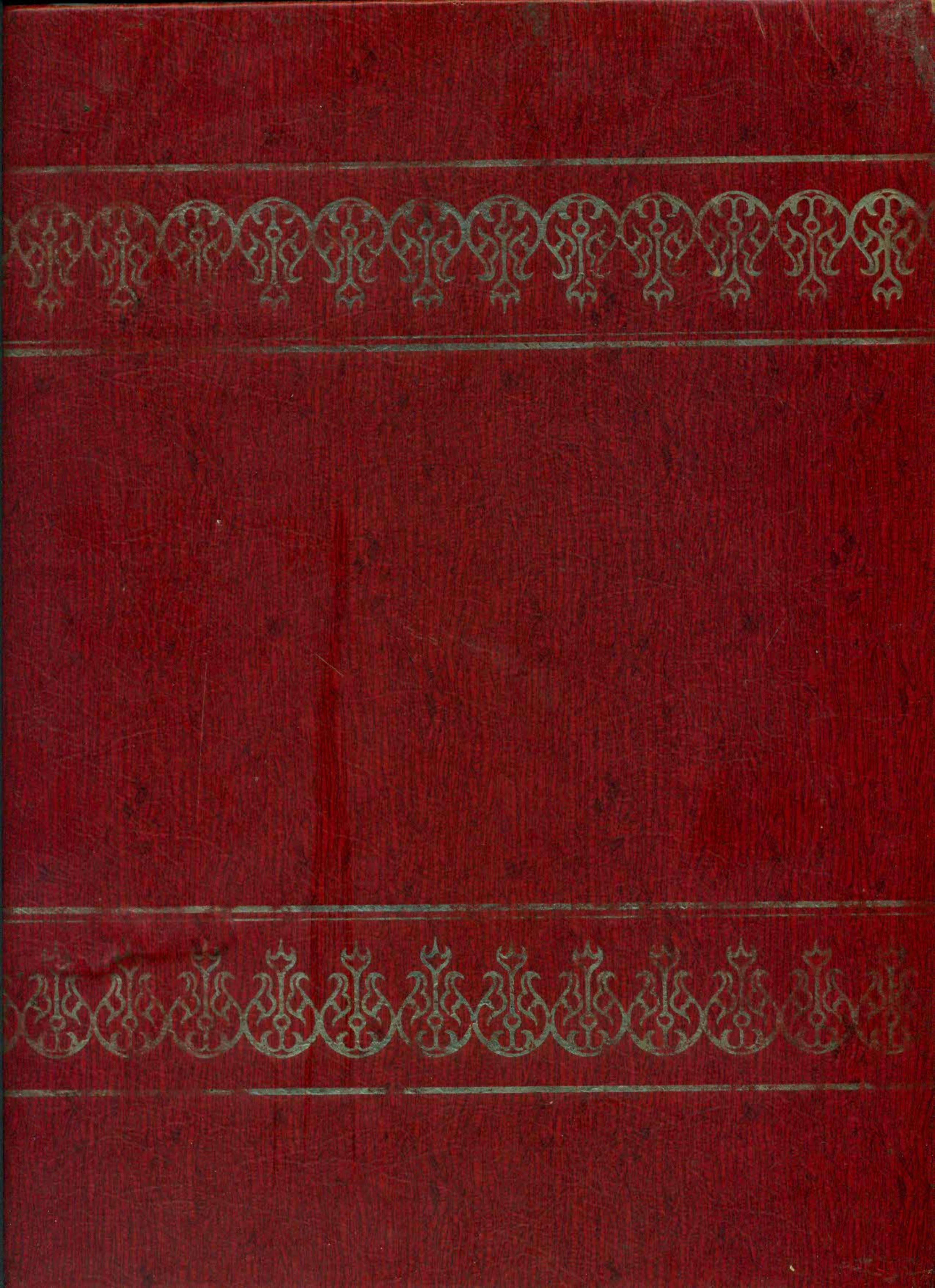


historia del mundo



TOMO 4

José Pijoan

historia del mundo

SALVAT EDITORES, S. A.

BARCELONA • MADRID • BUENOS AIRES • MEXICO • CARACAS • BOGOTA • QUITO • SANTIAGO • RIO DE JANEIRO

Digitalización original: Kepler y Tecnirama
Re-Digitalización final: The Doctor



Libros, Revistas, Intereses:
http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/

Depósito Legal: NA. 450-1975 (IV)
ISBN 84-345-3253-0 obra completa
ISBN 84-345-3257-3 tomo IV
GRAFICAS ESTELLA, S.A. Estella (Navarra) - 1977
PRINTED IN SPAIN

DIRECTOR: JUAN SALVAT
DIRECTOR EDITORIAL: AMANCIO FERNÁNDEZ TORREGROSA
SECRETARIO DE REDACCIÓN: VICENTE GARCÍA PITARCH (V. G.)
COLABORADORES CIENTÍFICOS DEL PRESENTE VOLUMEN:

J. G. F.	Juan GARCÍA FONT, licenciado en Filosofía y Letras.
A. G.	Albino GARZETTI, profesor de la Universidad de Génova.
A. J.	Antoni JUTGLAR, profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona.
J. M.ª P.	José M.ª PISA, licenciado en Teología.
A. M. P.	Alberto M. PRIETO, profesor de la Universidad de Granada.
D. R.	David ROMANO, catedrático de la Universidad de Barcelona.
R. S.	Ramón SORIA, profesor de la Universidad de Barcelona.
J. T. S.	Jacoba TADEMA, de la Universidad de Leiden (Holanda).

CARTOGRAFÍA Y CUADROS FUERA DE TEXTO: RAMÓN GRAU, MARINA LÓPEZ y RAMÓN SORIA
COMPAGINACIÓN: JAIME PRAT

COLABORADORES CIENTÍFICOS DE TODA LA OBRA

Dr. D. José ALSINA CLOTA, catedrático de la Universidad de Barcelona.
Dr. D. Antonio M.ª ARAGÓ CABAÑAS, vicedirector del Archivo de la Corona de Aragón, de Barcelona.
Dr. D. José BASABE, profesor de la Universidad de Barcelona.
Dr. D. Aurelio BERNARDI, profesor de la Universidad de Pavía.
Dr. D. Pere BOHIGAS, profesor de la Escuela de Bibliotecarias y conservador de la Biblioteca Central de la Diputación de Barcelona.
Dr. D. L. N. J. BRUNT, de la Universidad de Amsterdam (Holanda).
Sr. D. Rafael CONDE, profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona.
Sr. D. José FLORIT, profesor de la Universidad de Barcelona.
Sr. D. Juan GARCÍA FONT, licenciado en Filosofía y Letras.
Dr. D. Albino GARZETTI, profesor de la Universidad de Génova.
Sr. D. Miguel GIL GUASCH, director técnico del Museo de Artes Decorativas de Barcelona.
Dr. D. Francisco GOMÁ MUSTÉ, catedrático de la Universidad de Barcelona.
Dr. D. Pedro GRASES, doctor en Filosofía y Letras (Venezuela).
Sr. D. Ramón GRAU, licenciado en Filosofía y Letras.
Sr. D. Luis IZQUIERDO, licenciado en Filosofía y Letras.
Dr. D. Antoni JUTGLAR, profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona.
Dr. D. Miguel Ángel LADERO QUESADA, profesor agregado de la Universidad de La Laguna (Tenerife).
Dr. D. Pedro LAÍN ENTRALGO, catedrático de la Universidad de Madrid y académico de las Reales Academias de la Lengua y de la Historia.
Sra. Marina LÓPEZ GUALLAR, licenciada en Filosofía y Letras.
Dr. D. José Antonio MARAVALL, catedrático de la Universidad de Madrid y académico de la Real Academia de la Historia.
Sr. D. Ricardo MARTÍN, profesor de la Universidad de Barcelona.
Dr. D. Pedro MOLAS RIBALTA, profesor de la Universidad de Barcelona.
Dr. D. Antonio MORALES, profesor de la Universidad de Madrid.
Srta. M.ª Luz MORALES, escritora y publicista (Barcelona).
Dr. D. Manuel MUNDÓ MARCET, profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona y archivero de la Corona de Aragón.
Sr. D. Antonio PALUZIE BORRELL, secretario de la Sociedad Astronómica de España y América.
Dr. D. Augusto PANYELLA, director del Museo Etnológico de Barcelona.
Dr. D. Luis PERICOT GARCÍA, vicepresidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
Srta. Marina PICAZO, licenciada en Filosofía y Letras.
Sr. D. José M.ª PISA, licenciado en Teología.
Sr. D. Alberto M. PRIETO ARCINIEGA, profesor de la Universidad de Granada.
Srta. Helena PUIGDOMÉNECH, profesora de la Universidad de Barcelona.
Dr. D. Carlos PUJOL JAUMANDREU, doctor en Filosofía y Letras.
Dr. D. Juan REGLÁ CAMPISTOL, catedrático de la Universidad de Valencia.
Srta. María de los Ángeles del RINCÓN, licenciada en Filosofía y Letras.
Dr. D. David ROMANO VENTURA, catedrático de la Universidad de Barcelona.
Sr. D. José E. RUIZ DOMÉNEC, profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona.
Dr. D. Santiago SOBREQUÉS VIDAL, profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona.
Sr. D. Ramón SORIA, profesor de la Universidad de Barcelona.
Srta. Jacoba TADEMA SPORRY, de la Universidad de Leiden (Holanda).
Dr. D. Ernesto de la TORRE VILLAR, director de la Biblioteca Nacional de México.
Dr. D. Federico UDINA MARTORELL, catedrático y decano de Letras de la Universidad Autónoma de Barcelona y director del Archivo de la Corona de Aragón.
Srta. M.ª Luz VÁZQUEZ BACA, licenciada en Filosofía y Letras.
Sr. D. Pedro VEGUÉ, director técnico del Gabinete Numismático de Cataluña (Barcelona).
Dr. D. Juan VERNET GINÉS, catedrático de la Universidad de Barcelona.
Sr. D. Francesc VICENS, crítico de arte (Barcelona).



INDICE



El foro de Augusto, donde fue levantado el templo de Marte (columnas corintias). Los actos oficiales, que hasta Augusto se habían celebrado en el foro romano y en el Capitolio, continuaron celebrándose aquí. El recinto, hoy arruinado, fue un día corazón del Imperio.

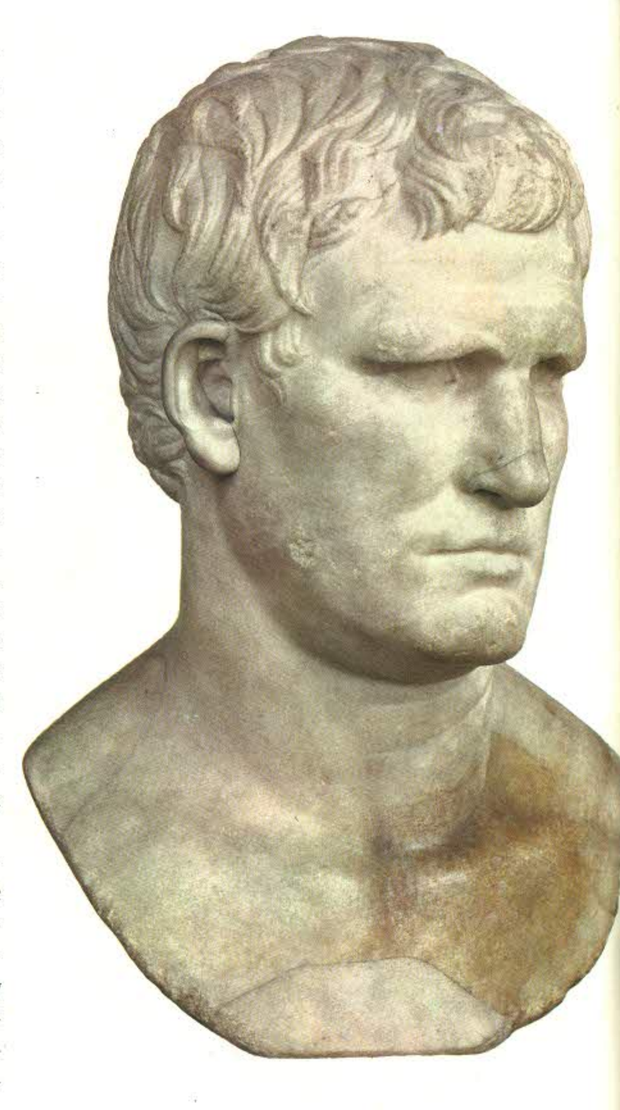
Augusto

El día que César fue asesinado, su sobrino Octavio, después llamado Augusto, no había cumplido aún diecinueve años. Hallábase entonces en Apolonia, pequeña ciudad universitaria del Adriático que no tenía precisamente reputación de centro de alta cultura. Es probable que el móvil que había llevado a Octavio y otros jóvenes romanos a Apolonia no fuese sino el deseo de perfeccionarse en la pronunciación del griego, que ya habían empezado a aprender en Roma. Los antiguos mencionan a varios maestros de Augusto: todos son griegos. El filósofo pedagogo ya no era un lujo en Roma, como en los tiempos de Escipión, y como Octavio tenía fortuna personal, heredada de su abuelo, que había sido usurero rural en Veletri, podía muy bien mantener a sueldo en Roma varios maestros.

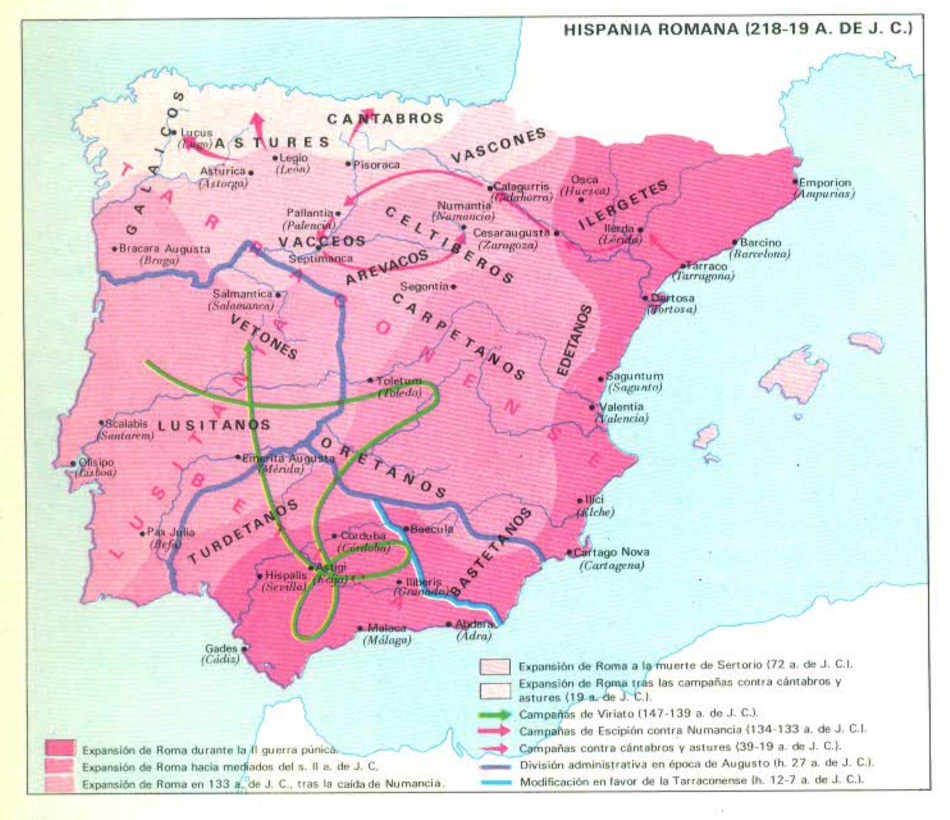
De todos modos, poco tiempo le queda-

ría para aprender. Octavio había acompañado a su tío en las guerras de España y Cartago, acorralando a los pompeyanos, y en Apolonia, donde estaban acuarteladas varias legiones, dispuestas para la gran expedición que César preparaba contra el Asia, tampoco encontraría Octavio la paz indispensable para la meditación filosófica, que constituía y constituye aún la verdadera educación. De esto Augusto hubo de resentirse toda la vida, y es lo que más le distingue de Alejandro. Augusto carece del romántico encanto del discípulo de Aristóteles, y no sólo porque sea de otra raza, sino porque Alejandro se siente siempre arrastrado por fuerzas espirituales, mientras que Augusto maneja los negocios como un hombre sincero, de talento claro, pero sin imaginación. En esto César es también superior a Augusto y más parecido a Alejandro; no hay duda que César debió aprender en las escuelas de Rodas, en los años en que las frecuentó, el desprecio por las cosas pequeñas y la facultad de planear en grande, que sólo se obtienen con una disciplina metafísica y una vida interior.

Al llegar a sus manos la carta de su madre en que le anunciaba el asesinato de César, Octavio tomó la resolución de partir para Italia. Le acompañaron algunos camaradas de escuela, sobre todo Agripa y Mecenas, que en adelante estuvieron asociados a sus empresas. Al llegar a Roma se encontró con que un general de César, llamado Antonio, se había erigido en vengador. Contaba Antonio con un ejército y, siendo como era cónsul, dominaba la situación. Los asesinos de César se habían dispersado, faltos de fuerza para restaurar la República aristocrática, que era el propósito aparente de la conjura y la muerte del dictador.



Marco Vipsanio Agripa, amigo de juventud de César Octaviano y posteriormente su mejor general (Museo del Louvre, París). Él fue quien hizo desaparecer de la escena política a Pompeyo y quien derrotó a Antonio en Actium. Octaviano lo unió a su familia dándole por esposa a su hija Julia. Tanto en las provincias como en Roma fue siempre digno de la confianza en él depositada.



Sorprende la habilidad con que el joven Octavio supo actuar en aquellos momentos difíciles. Comprendió que él, sobrino e hijo adoptivo de César, no podía esconderse como un simple ciudadano ni tan sólo permanecer neutral.

Octavio vendió todos sus bienes y aun



Relieve en yeso, firmado por Popilius Albanus, que conmemora la victoria lograda por Augusto sobre Antonio en Actium (Museo de Bellas Artes, Boston).

pidió prestado para pagar al pueblo los legados de César y contratar soldados, que afluían a él en masa. Los veteranos reconocían en Octavio al hijo del dictador, porque les pagaba mejores sueldos que Antonio; éste ha sido clásicamente descrito como un hombre que no cree que la disciplina pueda basarse más que en la obediencia ciega y los castigos. Hoy se tiende a rehabilitar a Antonio, suponiéndole capaz de anticiparse a pensar en la división del Imperio romano, separando las provincias orientales y creando una segunda capital en Alejandría, con Cleopatra como reina y él como príncipe consorte, pero el asunto sigue presentando aspectos de melodrama. Lo positivo es que Octavio, después de haber aparentado, primero, que estaba al lado del Senado, y más tarde al lado de Antonio, al cabo de catorce años se desembarazó de ambos y se encontró a la cabeza del estado, con la tremenda responsabilidad de reorganizar el mundo antiguo, descompuesto por guerras civiles, revoluciones y odios seculares.

Entonces fue cuando, según Dion Casio, hubo de celebrarse la conferencia de Octavio con Agripa y Mecenas, para aconsejarse con éstos sobre lo que debía hacer, si mantenerse en el poder o retirarse, para que pudiera surgir espontáneamente el gobierno que necesitaba la República. Los tres camaradas de Apolonia eran de la misma edad, algo más de treinta años. Mecenas era noble y de gustos refinados; Agripa, plebeyo, era sobre todo un soldado leal, generoso, bravo y tenaz como ninguno.

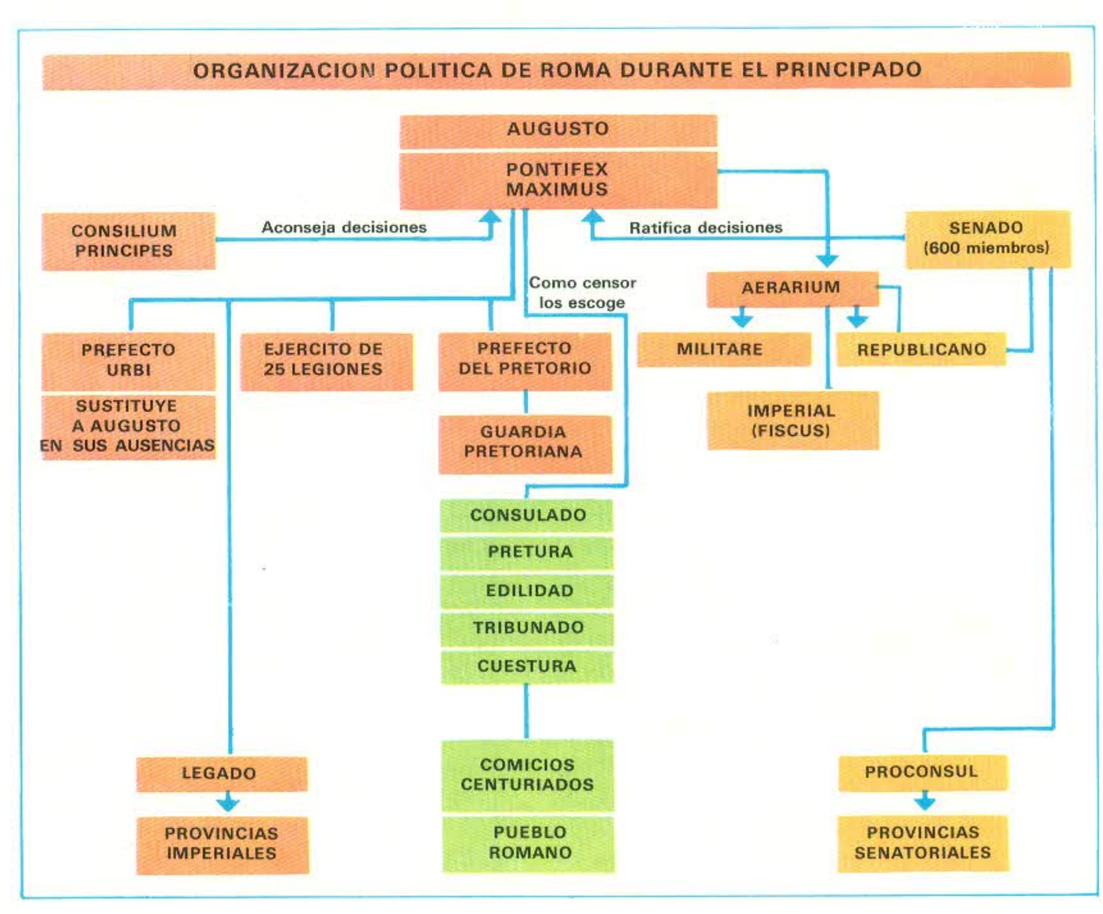
Las razones que tuvo Agripa para aconsejar a Octavio que abandonara el poder son las siguientes: "Hemos luchado en nombre de la libertad; si no nos retiramos ahora, creerán que la fortuna nos ha hecho perder la cabeza. No sólo no haremos felices a nuestros conciudadanos, sino que nos haremos infelices a nosotros mismos... Ya ves en qué lamentable situación se hallan los asuntos de la ciudad, y los de nuestras provincias y aliados. ¿Dónde encontraremos el dinero necesario para pagar a los soldados y resta-

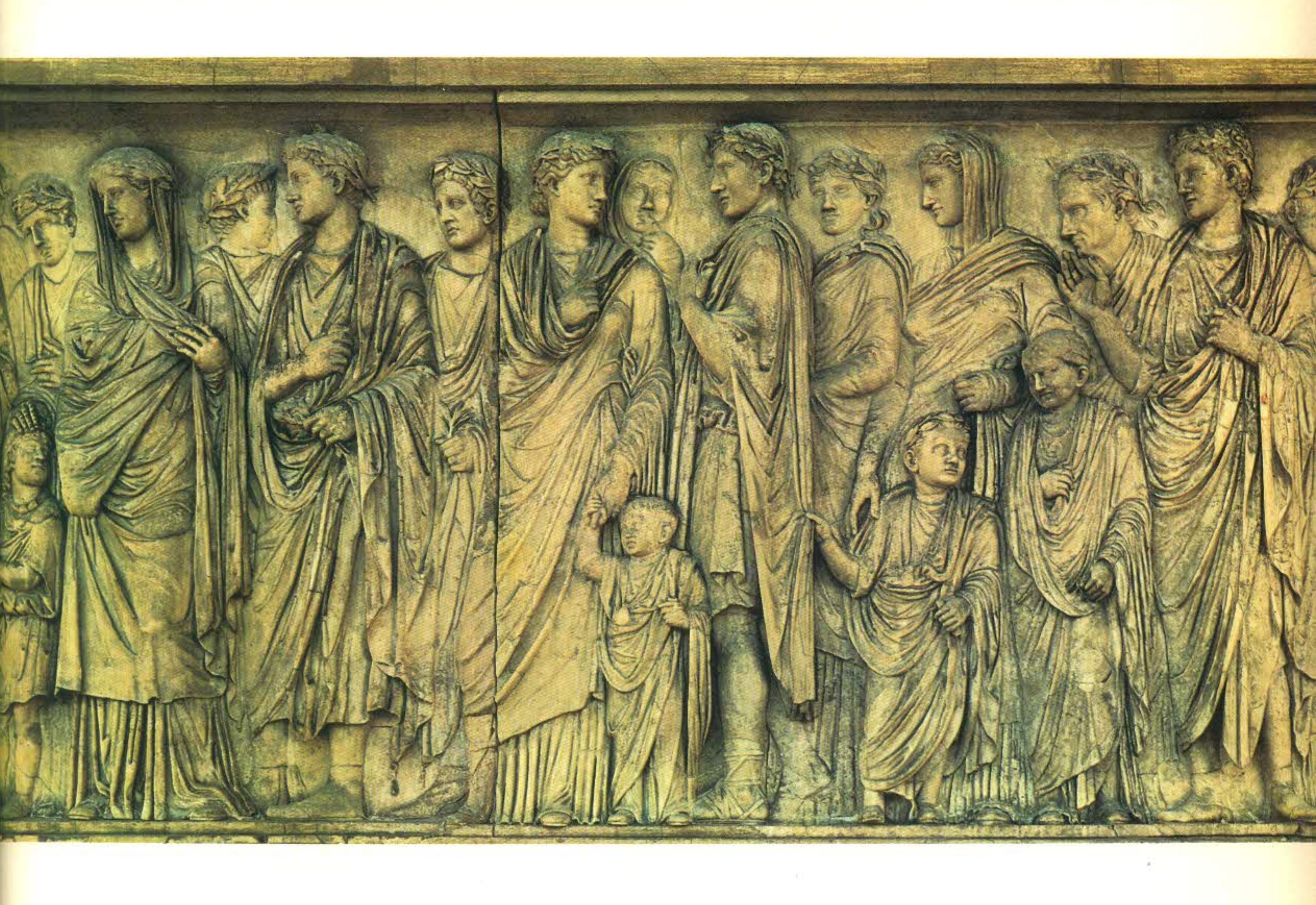


Camafeo de Augusto enmarcado en una montura medieval (Gabinete de Medallas, París).

blecer el orden?... Hay muchas cuentas antiguas por saldar y tendremos que castigar a muchos senadores que nos han hecho todo el daño posible. Finalmente, tu salud, Octavio, es precaria: el que gobierna tiene que pasar por infinitas penas, temores, trabajos y alegrías..., oírlo y verlo todo y a todas horas...".

En cambio, Mecenas aconsejó conservar el poder por el bien del estado: "Dar la autoridad al populacho es lo mismo que entregar un cuchillo a un niño o a un loco. La cacareada libertad conduce a la esclavitud de los mejores. No pienses tampoco que te aconseje oprimir al pueblo ni al Senado. Ni yo me atrevería a proponerlo ni tú a ejecutarlo. Pero será mejor para ti y para el estado que tú mismo propongas las reformas con el consejo de los más dignos, y que tú, con ellos, prepares el gobierno y los demás obedezcan. Por fin, será bueno que tú y tu consejo nombréis los oficiales de la administración y determinéis sus honores y castigos. Así las guerras serán justas y no por disputas civiles. Roma es como un buque que lleva a bordo gentes de todas las razas, y ha navegado sin piloto y sin lastre durante muchos años. Sus tablas están podridas y no resistirá otro temporal. Los cielos se han apiadado finalmente de nosotros y te han puesto a ti como capitán y jefe. Yo





Detalle de los relieves del Ara Pacis Augustae, altar que el Senado mandó erigir a la diosa de la paz el año 13, al regreso victorioso de España del emperador Augusto. Los personajes aquí representados son miembros de la familia imperial, entre los que destaca Livia, primera a la izquierda, investida de solemne majestad. En otros lugares del relieve aparecen senadores, vestales y sacerdotes que acompañan al emperador en su sacrificio.

te conmino a que no hagas traición a tu patria; si le eres fiel, vivirá todavía una nueva era".

Mecenas no sólo discurrió así, en tono elevado, sino que descendió a proponer detalles de la nueva organización, que fueron en su mayoría aceptados por Octavio. Mecenas y Agripa, los dos fieles ministros de Augusto, le ayudaron no sólo en la obra de restaurar la administración, sino que además dieron prestigio a su amigo y señor con iniciativas artísticas y científicas: éstas han contribuido a dar al gobierno de Augusto un resplandor parecido al de Pericles en Atenas. Hablamos hoy de un siglo de Augusto, de una época de Augusto, como de un período de alta civilización. Agripa se preocupó más de los conocimientos geográficos. Hizo componer un mapa del Imperio, para el que construyó un elegante pórtico en cuyos muros pudiera grabarse. Abrió numerosas vías de comunicación y levantó acueductos. La famosa *Agua Virgen,* que es la más excelente de todas las que todavía afluyen a Roma, fue canalizada hasta la ciudad por Agripa. Construyó en Roma unos baños o termas, de los que subsiste todavía, más o menos modificada, la sala central, con el nombre de panteón de Agripa.

Por su parte, Mecenas se distinguió protegiendo a escritores y artistas. Los nombres de Virgilio, Horacio y Propercio han quedado asociados al de Mecenas, que en todas las lenguas es sinónimo de protector y amigo del arte. Tenía una magnífica residencia en el Esquilino, y una esposa, Terencia, agradable y hermosa, con la que Augusto se complacía en conversar. Horacio llama a Mecenas "refugio y decoro mío".

Otra persona cuyo nombre podríamos poner entre el de los colaboradores de Augusto es su esposa Livia, a quien los historiadores antiguos acusan de haber intervenido con sus consejos, y hasta con la acción, en los negocios del estado. Augusto había contraído su primer matrimonio con una viuda de más edad que él, llamada Escribonia, y de ésta tuvo su única hija, Julia. Pero hacia los veinticinco años hubo de experimentar un amor furioso por Livia, la cual estaba casada, tenía ya un hijo y esperaba otro, dentro de pocos meses, de su legítimo esposo Tiberio Nerón. El divorcio y el matrimonio se llevaron a cabo con pleno

AUGUSTO, ARQUITECTO DEL IMPERIO

Hombre positivo, Augusto sintió el orgullo del buen gobierno y consideró que la ordenación y organización de un imperio era superior a su conquista. Esto fue lo que hizo en el transcurso de su largo reinado, construyendo un edificio de gobierno práctico en el que supo conciliar admirablemente la fidelidad con la tradición y la realidad de las nuevas exigencias, si bien conservó cuanto pudo de las antiguas instituciones, remozadas, eso sí, profundamente en sus funciones, aunque todo ello informado incluso en el terreno más concreto, el de la administración, por su genial motivación de coexistencia de la monarquía con la república. Quinientos años de espléndida supervivencia de un organismo que parecía estar próximo a su fin demuestran la validez de las soluciones de Augusto, en especial de la sólida base administrativa que salvaguardó durante siglos al Imperio incluso de las crisis que sacudieron al propio poder imperial.

El punto más delicado de esta adaptación lo presentó, sin duda, el Senado. Desde antiguo, régimen republicano y régimen senatorial eran una misma cosa y el Senado como jerarquía coincidía con la parte más elevada y calificada de la sociedad. Ahora bien, la misma ficción legal de la monarquía efectiva tras la fachada de una república tenía como protagonistas reales al príncipe y los senadores. Las relaciones entre ambas constituyeron la más importante conexión política en el nuevo estado y la calidad –buena o mala– de estas relaciones dio la característica fundamental a cada uno de los reinados y grabó la tradición con rasgos imborrables. Al subsistir la República, Augusto mantuvo el Senado y el orden senatorial; no podía destruir la aristocracia. Pero la insertó en su sistema, confiándole la más alta colaboración: una colaboración en la que los mismos senadores estuvieran interesados y no se sintieran humillados. Augusto permitió que en esta colaboración tuviera papel sobresaliente el aspecto administrativo, asegurando al Imperio los servicios de hombres de primer orden, sin peligro, por el momento al menos, para la autoridad del monarca.

El Senado continuó siendo el cuerpo de los magistrados. Augusto lo expurgó directamente y lo controló indirectamente mediante el sistema de las calificaciones para ingresar en él. La fijación de un censo mínimo y la modificación de las elecciones de los magistrados, realizadas todavía por los comicios, pero influidas en realidad por las recomendaciones imperiales y disciplinadas después con la introducción de un procedimiento restrictivo de designación, determinaron prácticamente la fisonomía del nuevo Senado, al que podía llegar, junto a la antigua nobleza urbana, "la flor de las colonias y de los municipios". Perdida la dirección política, el Senado como cuerpo vio acrecentadas en cierto modo sus funciones legislativas al otorgar valor de leyes a los *senatus consulta;* sus funciones judiciales al ser tribunal supremo para sus miembros y de apelación y, por último, sus funciones electorales al disminuir la competencia de los comicios. Conservó la responsabilidad de la administración de Roma y de Italia. Augusto siempre demostró formal deferencia al Senado, pero nunca se expuso al riesgo de discutir con él sin preparación previa, sino que se valió de un comité senatorial restringido, el cual, al fundirse después con el consejo de los *amici principis,* dio lugar al *consilium principis,* institución completamente imperial.

Más que como conjunto, el Senado tuvo importancia por los cargos de sus miembros: magistrados de antiguo nombre republicano –cónsules, pretores, ediles, tribunos de la plebe, cuestores– que continuaron con misiones efectivas e importantes (en especial los pretores) y siempre honoríficas; funcionarios sobresalientes en los cargos edilicios; comandantes militares y gobernadores de las provincias. Todos estos personajes, en el sistema augústeo, salieron en máxima proporción del Senado.

Para resolver el problema de un reajuste completo del gobierno práctico, no bastó con esta sensibilización administrativa de la única y antigua armazón política. Mantenida y perfeccionada la ya existente jerarquía de los oficios inferiores (*escriba, apparitores,* etc.) y utilizado el propio personal de su casa, Augusto creó como novedad el orden ecuestre. A los caballeros, que formaron el segundo orden, no hereditario, de la aristocracia y estaban menos ligados a la tradición y más a su persona, Augusto les encomendó misiones delicadas: el mando de la guarnición de Roma *(praefecti praetorio);* el de las fuerzas de policía *(praefectus vigilum);* el del sistema de aprovisionamiento *(praefectus anonae);* el de la provincia especial, Egipto *(praefectus Aegipti),* y de las legiones allí estacionadas; el de la flota. Además, les asignó importantes funciones financieras para la administración de su propio patrimonio y para las finanzas del estado, acumulando en ellos funciones jurisdiccionales y mando militar. Y puesto que el acceso al orden ecuestre exigía el servicio militar efectivo en mandos inferiores y duros, como eran los de las unidades auxiliares, se aseguraba la calidad de los hombres, que no importaba fueran de baja extracción.

En este sistema, asentado sobre órganos ejecutivos dirigidos a la única fuente deliberante, el príncipe, las asambleas populares carecían de importancia práctica. Reducidas desde hacía tiempo a que sólo participase en ellas la ínfima plebe urbana, se habían desacreditado.

Así se articulaba, para la práctica del gobierno, el poder, dirigido ahora a un vértice único. Los riesgos que encerraba la centralización y el consiguiente paternalismo aparecerían más tarde. Por el momento, la fuerza omnipresente de aquel poder, la eficacia del control sobre todos los grados del sistema, todavía no burocrático, y la robustez de las autonomías locales mantuvieron el equilibrio.

A. G.

consentimiento de las partes interesadas. Tiberio Nerón, hombre ya entrado en años, fue padrino de boda y cedió su joven esposa a Augusto. Al nacer el niño que esperaba Livia, fue mandado a su padre, que consigo tenía ya al hijo mayor. Ambos muchachos, al quedar huérfanos, fueron adoptados por Augusto; el mayor, llamado Tiberio, sucedió a Augusto en sus cargos; el otro, el predilecto, es Druso, que murió como digno romano en un campamento de Germania.

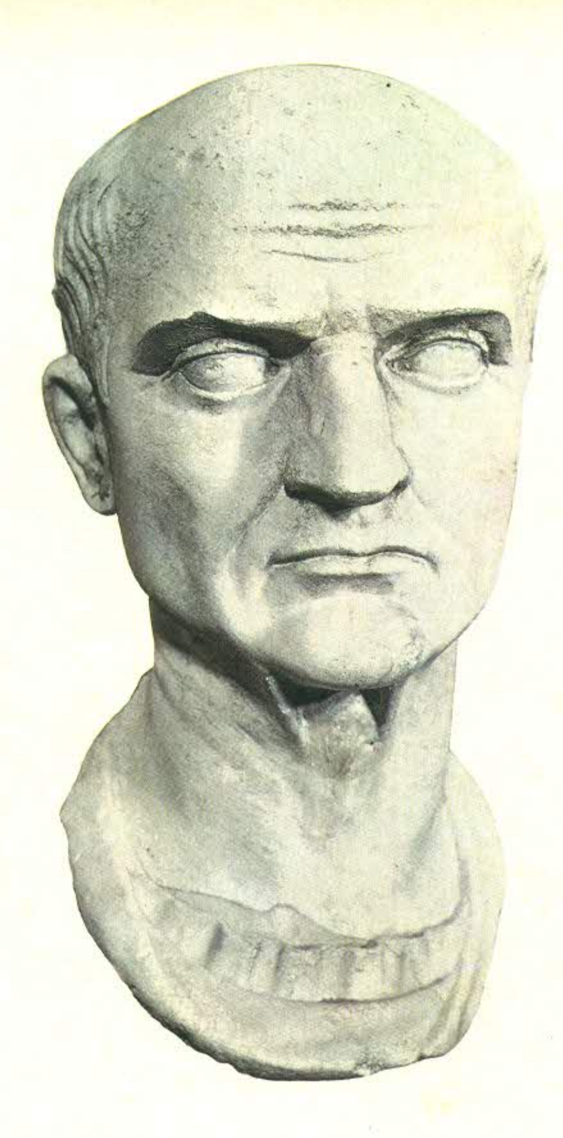
Así la familia se componía de Augusto y Livia; de la hija de Augusto con Escribonia, llamada Julia, y de los hijos que tuvo Livia de Tiberio Nerón. Augusto casi obligó a Julia a casarse con Agripa, y de esta unión nacieron dos niños que eran adorados por su abuelo. Tiberio casó con Agripina, hija de Agripa y de su primera esposa. Druso unióse con la hija de Antonio, que Augusto había adoptado después del trágico fin de Antonio y Cleopatra.

La unión de Augusto y Livia no fue fecunda; pero, a pesar de esto, Livia, que era muy hermosa, consiguió gran ascendiente sobre su marido. Es natural que Augusto,

enfermizo y de vejez prematura, agradeciera la fidelidad y los solícitos cuidados de su consorte, pero además Livia representaba la vieja tradición patricia en su mejor aspecto y esto debía de fascinar a un hombre como Augusto. Perteneciente a la ilustre familia de los Claudios, bisnieta por parte de padre y madre de Apio Claudio el Ciego, Livia llevaba en la sangre la voluntad y el espíritu del viejo censor. Es fama que, para dar ejemplo, Livia tejía la lana con las mujeres de su casa mientras Augusto educaba a Tiberio y Druso en otro ángulo de la modesta mansión que la familia ocupaba en el Palatino.

Es muy probable, pues, que Livia fuese la inspiradora de las medidas con que Augusto trató de resucitar la antigua moral republicana. Los castigos contra el libertinaje y el adulterio, las multas a los solteros y a los matrimonios sin hijos figuran entre lo más importante de la legislación romana en la época de Augusto; la *lex Julia, de maritandis,* de Augusto, otorgaba no pocos derechos a los que tenían hijos e imponía restricciones civiles a los que se negaban a formar una familia, dando facilidades para concertar casamiento aun contra la voluntad de los padres.

Paralela a la ley *de maritandis,* Augusto



Cayo C. Mecenas, amigo y hombre de confianza del futuro Augusto, en cuyas manos dejaba el emperador el gobierno de la ciudad cuando se ausentaba de ella (Museo de los Conservadores, Roma). Posiblemente su labor política no le hubiera dado la fama que tiene si no hubiese unido a ella la ayuda a los grandes poetas Horacio y Virgilio. A quienes después de él han ejercido la misma labor de protección artística se les llama "mecenas".

Relieve del templo del Genio de Augusto, en el foro de Pompeya, en que aparece el emperador ofreciendo un sacrificio. A su derecha, el sacrificador espera la orden de inmolar al toro, cuya sangre aplacará a los dioses.



Ruinas del templo de César divinizado que Augusto mandó construir en el foro romano a la memoria de su padre adoptivo, en el mismo lugar en que fue incinerado el cadáver del dictador.

promulgó una *lex Julia, de coercendis adulteriis.* Esta ley tendía a restaurar costumbres bárbaras, patriarcales, completamente anacrónicas. El marido tenía derecho a matar al amante de su esposa y aun a la esposa si los sorprendía *in fraganti* en la propia casa. Si el esposo o el padre renunciaban a este derecho, al cabo de sesenta días cualquier ciudadano romano extraño a la familia podía acusar a los adúlteros, y las penas impuestas por la ley eran destierro, confiscación de bienes e imposibilidad de contraer nuevo matrimonio. Las culpas por *lenocinium* y *stuprum,* y las mil maneras de encubrirlas, eran castigadas más duramente.

El propósito era bueno; así lo debía de creer Augusto, y Livia, hilando la lana, también pensaría que, con unos cuantos años de esta disciplina moral, Roma volvería a tener hombres del temple de Apio Claudio, Escipión Africano y el viejo Catón. Mal van las cosas, sin embargo, cuando estos hombres tienen que formarse con leyes. Pero obsérvese que la ley cargaba sobre los que tenían algo que perder: riquezas, derechos, honores... Y además, si el hombre tenía, por la *lex Julia, de adulteriis,* facultad de castigar a la esposa infiel, en cambio, las mujeres no tenían ningún derecho sobre los hombres, y éstos eran, por lo menos, tan culpables como ellas.

Simultáneamente debía ponerse gran empeño en hacer revivir la fe religiosa, restaurando lo más sagrado del viejo culto ro-





Anverso y reverso de un áureo de Augusto con la efigie e inscripción del emperador (Gabinete Numismático de Cataluña, Barcelona). Para cubrir los numerosos gastos del Imperio, sobre todo el ejército profesional, Augusto mandó acuñar a su nombre monedas de oro y plata. El Senado, a su vez, hizo moneda fraccionaria de cobre.

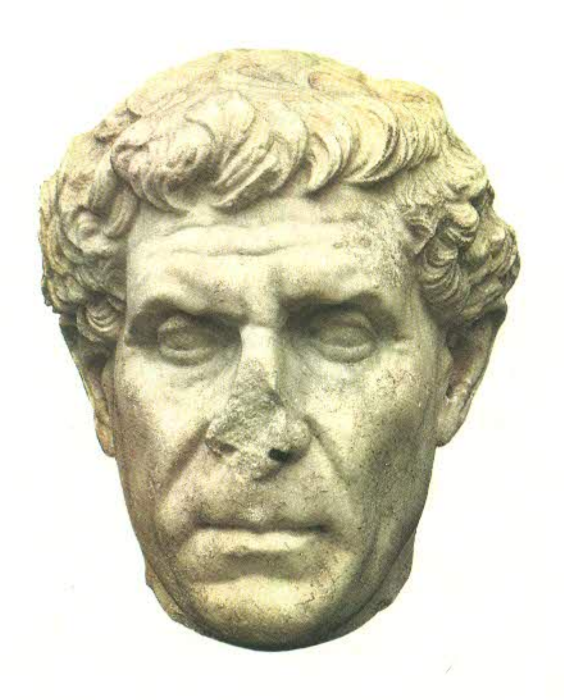
mano. Augusto reedificó el templo de Júpiter en el Capitolio, construyó el de Marte, rodeado de pórticos, cerca del foro, y el gran templo de Apolo, con bibliotecas, en el Palatino, conjunto monumental del todo desaparecido. Además, completó la basílica de César y levantó otras construcciones magníficas en honor de su hermana Octavia y su sobrino Marcelo.

Pero nada puede dar mejor idea del esfuerzo que se hacía para restaurar la piedad romana como los ritos con que Augusto y sus colaboradores trataron de impresionar al pueblo, resucitando la costumbre de los juegos seculares. Se celebraban, o debían celebrarse, cada ciento diez años, lo que constituía una era, pues en ciento diez años se estimaba el máximo de duración de la vida humana. Según los cómputos, los juegos seculares hubiesen correspondido al año 49 a. de J. C., pero en aquella fecha se había desencadenado la guerra civil entre César y Pompeyo y por esta causa hubieron de demorarse. Augusto decidió que se celebraran el año 18. Parece que actuó de maestro de ceremonias un abogado joven, aficionado a la arqueología religiosa, llamado Ateius.

Los juegos seculares eran probablemente de origen etrusco y servían para apaciguar a los dioses infernales. Después de ceremonias propiciatorias que duraron varios días, en la noche del último de mayo, Augusto, seguido del colegio de sacerdotes, se dirigió a la orilla del Tíber, donde se había construido una plataforma para el caso. Allí sacrificó nueve corderos y nueve cabritos, pronunciando la vieja plegaria de monótonas imprecaciones en nombre del *Pópulus* y los *Quírites,* esto es, la nación y los ciudadanos. El rito sangriento se repitió por tres noches consecutivas. Durante los tres días, fiestas y juegos atléticos alternaron con las procesiones y los cánticos religiosos. No sólo fue aquello una restauración de un pasado folklórico, sino que se le dio un valor profético de inauguración de una era feliz. El canto o himno que Horacio compuso para estos días es la más sublime exaltación del patriotismo que ha producido la poesía. Doncellas y mancebos debían cantar estrofas dedicadas a los dioses olímpicos, patronos de Roma, contrastando con las graves jaculatorias que por las noches se dirigían a las diosas subterráneas.

Estatua de Augusto, llamada de Prima Porta, en que aparece como emperador (Museo de las Termas, Roma). El príncipe del Senado que en 27 a. de J. C. comenzó a llamarse Augusto y uno o dos años antes de nuestra era recibió el título de Pater Patriae, ha sido representado en numerosas esculturas que lo han idealizado, representándolo lleno de vigor, cuando en realidad era enfermizo y de escasa estatura.

Posible representación de Publio Virgilio Marón, poeta de la época de Augusto, a la que idealiza en sus "Bucólicas" (Gliptoteca Ny Carlsberg, Copenhague). Su obra cumbre es la "Eneida", donde narra los orígenes de Roma.

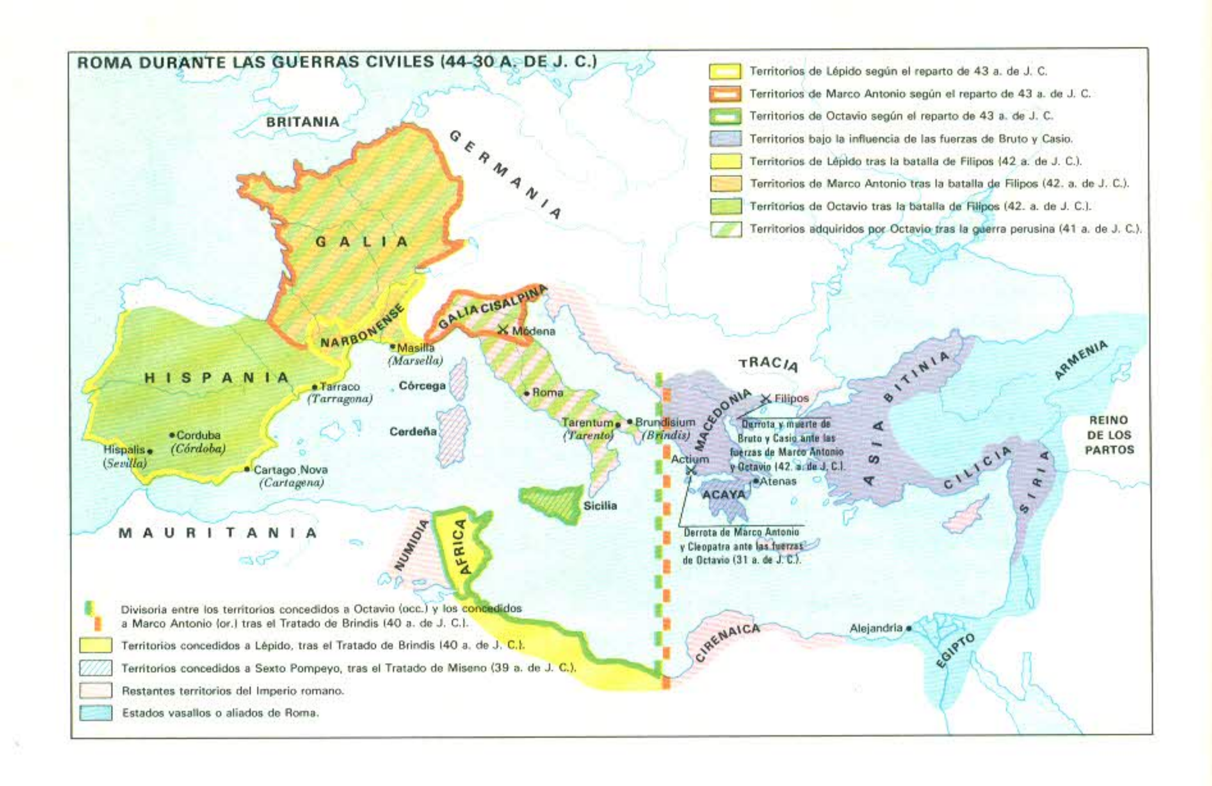


Los mancebos empezaban asi su canto: "¡Poderoso Apolo, y tú, silvestre Diana, – por siempre y para siempre veneradas luces del cielo, – acceded a nuestras súplicas en este tiempo – de juegos sacros!... – ¡Oh Sol benigno, cuyo carro inflamado – nos trae la luz y nos enciende el día, – que nunca puedas ver nada más grande – que la urbe Roma!".

Las doncellas, aludiendo a las leyes moralizadoras de Augusto, alternaban con estas estrofas: "¡Oh diosa que ayudas en los partos, – cuando el fruto ha alcanzado madurez, – protégenos, llamándote Lucina – o acaso Genital!... – Haz crecer a nuestros hijos fuertes, sanos. – Bendice, oh diosa, la matrimonial ley – y sea una prole abundante y generosa – nuestro sumo bien..." En la otra estrofa dícese que así podrán realizarse otros juegos sacros, dentro de otros ciento diez años; luego se hace alusión a Augusto, y a la extensión del Imperio romano, con el medo, el escita, el indo y el albano como vecinos... Y rejuvenecidos todos con esperanzas, volverán a sus casas cantando alabanzas a Apolo y Diana.

Si el *Canto secular,* de Horacio, nos da la faceta musical del concierto de paz y bienandanzas que despertaron los primeros años de la gobernación de Augusto, los relieves del Ara Pacis nos hacen revivir la visión plástica de las comitivas oficiales, con la familia imperial y grupos de sacerdotes y senadores. El Ara Pacis fue inaugurada cinco años después de los juegos sacros. Dentro de un recinto cerrado por un muro, cubierto de relieves, había una simple ara. El monumento, cuyas reliquias son testimonio del buen gusto de la época, debió de consagrarse con ceremonias impresionantes. Augusto lo menciona en su testamento: "A mi regreso de España y la Galia –tras haber pacificado aquellas provincias–, el Senado votó que un altar a la Paz Augusta fuese consagrado en el Campo de Marte para celebrar mi feliz llegada, ordenando que cada año sacrificaran allí los magistrados, los sacerdotes y las vírgenes vestales".

He aquí todavía en el año 13 un altar para conmemorar el feliz resultado de una





expedición guerrera de Augusto. Recordemos que desde el 45, en que acompañó a su tío en la campaña contra los pompeyanos, Augusto ha tenido que consagrarse casi constantemente a las empresas militares. Sorprende su actividad: aquel hombre enfermizo, siempre a punto de morir, recorre las distantes provincias, donde permanece a veces meses y años. Cuando él no puede más, parte en su lugar Agripa, quien soluciona los negocios de modo concluyente. Tiberio y Druso, los hijos adoptivos de Augusto, corren también de campaña en campaña. A pesar de las calumniosas historias con que le denigran escritores tardíos, queda claro que Tiberio es el mejor general de su tiempo. Druso murió el año 9 a. de J. C., en Germania, de una caída de caballo, cuando había conseguido llevar las legiones hasta el Elba. Al tener noticia de la desgracia de Druso, Tiberio partió disfrazado, con un solo ayudante, y llegó a tiempo todavía de asistir a la muerte de su hermano. Por fin, después de una marcha funeral que duró varias semanas, el cuerpo de Druso llegó a Roma; Tiberio hizo el camino a pie, en señal de duelo, a la cabeza de la comitiva.

Agripa murió el año 12 antes de nuestra

El foro de César, construido en tiempos de Augusto. De su antiguo esplendor son muestra evidente las tres esbeltas columnas con capiteles corintios unidas por un fragmento de arquitrabe. Las columnas del primer plano son las del pórtico que rodeaba el templo.



Camafeo de Augusto que conmemora la victoria de Tiberio –en el ángulo superior izquierdo, descendiendo del carro– sobre los germanos el año 7 de nuestra era (Kunsthistorisches Museum, Viena). En el centro, la madre Roma observa a Augusto, el verdadero triunfador, que es coronado. Abajo, unos soldados levantan un trofeo, mientras otros arrastran a unos prisioneros.

era. Se sintió enfermo, acaso rindióle la fatiga, al regresar de una expedición a Panonia, y fue a restablecerse a una de sus villas cerca de Nápoles. Cuando Augusto llegaba a su lado, Agripa acababa de fallecer. Nunca monarca alguno pudo hallar más noble colaborador. Ni una palabra de censura se encuentra en los historiadores enemigos de la casa de Augusto que pueda rebajar la noble memoria de Agripa.

Los hijos de Agripa y Julia, en los que Augusto había puesto durante unos años todas sus esperanzas para asegurar la sucesión, murieron prematuramente al servicio del estado. Uno de ellos, Lucio, falleció en Marsella el año 2, cuando recorría la región para enterarse de su estado y necesidades. El otro, Cayo, a quien Augusto en sus cartas llamaba "pupila de mis ojos", murió dos años más tarde, de resultas de una herida, cuando dirigía una expedición contra Armenia; no tenía aún veinte años.

El período del Imperio romano desde Augusto hasta Constantino aparece ahora como una etapa de crecimiento. No es el resultado definitivo, del "César con un cetro y una espada", que Dante soñó en la Edad Media y que hubo de desearse en el Renaci-

miento. Los pueblos, mediante la máquina imperial romana, aprendieron a conocerse a sí mismos y a sus vecinos. Tuvieron que suspender sus querellas intestinas: primero, para hacer frente a las legiones; después, cuando se sometieron, reconociendo su inferioridad delante de Roma, ésta les obligó a mantenerse en un régimen de paz que permitía la explotación de las riquezas naturales y el cambio de productos de unas regiones con otras.

El Imperio romano fijó unas fronteras provinciales que han quedado definitivas para Europa y Asia. No quiere esto decir que la administración imperial romana diese origen a las actuales naciones del Viejo Mundo, pero las divisiones y subdivisiones administrativas del Imperio contribuyeron mucho a su formación doce siglos más tarde. Algo también ayudaron a crearlas las antiguas diócesis y circunscripciones militares que sobrevivieron durante casi toda la

Restos del templo de Venus en Roma, adosado al teatro de Pompeyo. La diosa Venus, derivación romana de la Afrodita griega, era la madre ancestral de la familia Julia. Por eso, desde Julio César se la llamó Génitrix.



CRONOLOGIA DE AUGUSTO
(63 a. de J. C. a 14 d. de J. C.)

63 Nace en Nola. Su nombre era Cayo Octavio (*Gaius Octavius*), hijo de Cayo Octavio y Atia, sobrina de Julio César.

46 Lo adopta Julio César y toma el nombre de Cayo Julio César Octaviano (*Gaius Julius Caesar Octavianus*).

45 Participa en la campaña de Hispania y es nombrado comandante de caballería (*magister equitum*).

44 A la muerte de Julio César se le reconoce como su heredero (*lex curiata*).

43 Es elegido cónsul. Tras el acuerdo de Bolonia (octubre) por la ley Ticia (27 de noviembre), es nombrado triunviro conjuntamente con Marco Antonio y Lépido durante cinco años.

42 Victoria de Marco Antonio y Octavio en Filipos sobre Bruto y Casio.

40 Tratado de Brindis entre los triunviros con un nuevo reparto territorial.

37 Prórroga por cinco años de los mandatos de los triunviros por el tratado de Tarento.

36-35 Expedición afortunada de Octavio por la cuenca del Danubio.

32 Expulsa de Roma a los cónsules Cayo Sosio y Cneo Domicio Ahenobarbo, simpatizantes con Marco Antonio. Declaración de guerra a Cleopatra de Egipto.

31 Es de nuevo elegido cónsul y vence a Marco Antonio en Actium.

30 Ocupa Egipto y se le concede la potestad tribunicia de por vida.

28 Se denomina *princeps* de los senadores.

27 Renuncia a sus poderes extraordinarios, pero le son prorrogados por diez años y se le concede el título de *Augustus*.

23 Somete la conjuración de A. Terencio Varrón Murena. Recibe el nombramiento de *imperium proconsulare maius* (generalísimo de todos los ejércitos).

19 Recibe la "censura" por cinco años y la potestad consular vitalicia.

18 Asocia en el gobierno a Agripa.

12 Es elegido pontífice máximo a la muerte de Lépido. Muerte de Agripa.

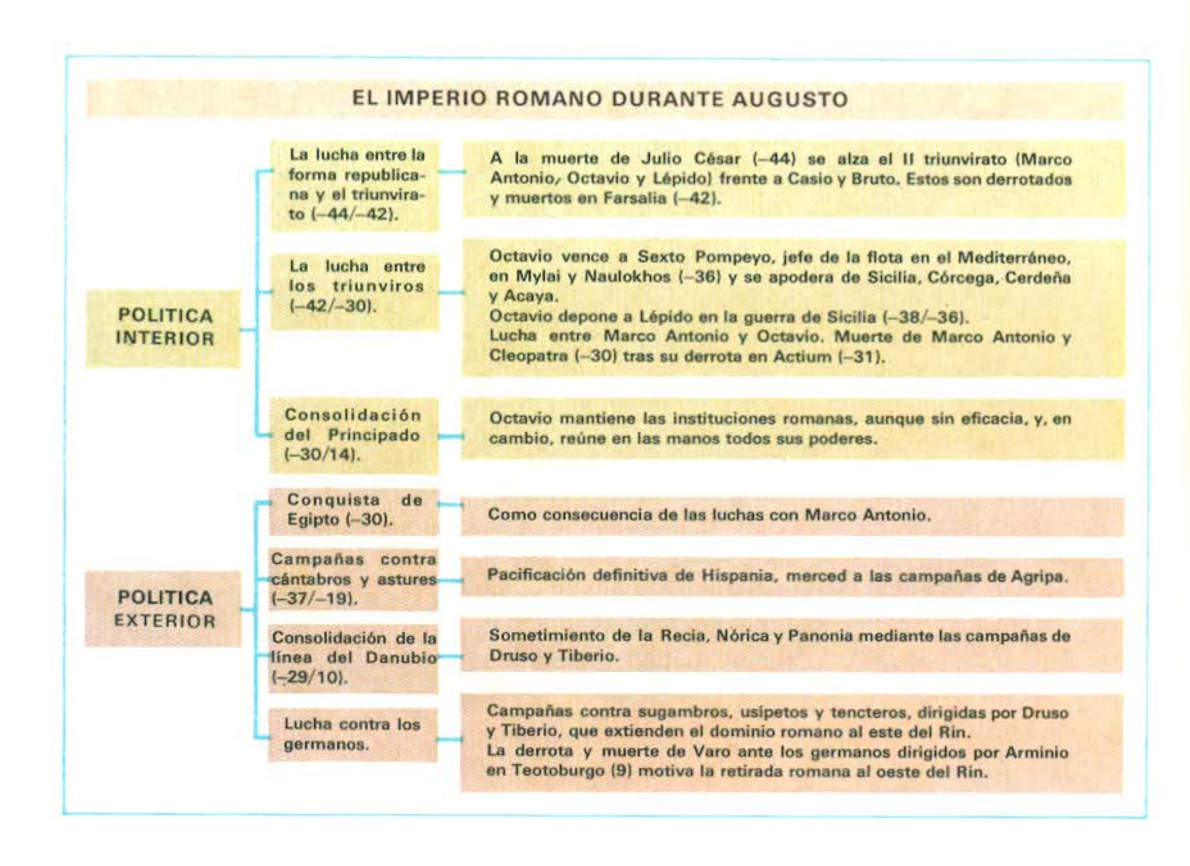
8 Muerte de Mecenas y reforma del calendario juliano.

2 Se le concede el título de padre de la patria (*pater patriae*).

14 Muerte de Augusto en Nola, a quien sucede Tiberio.

Edad Media, trazadas sobre el cuadriculado que hubo de crear la burocracia imperial para el catastro y los impuestos.

Además, si el Imperio, en la Roma republicana, parecía un retroceso a la monarquía, en provincias representaba un enorme progreso hacia el régimen civil. Las Hispanias y las Galias salieron para siempre de la barbarie prehistórica en que vivían antes de la llegada de las legiones. En Asia, la administración romana significaba algo mejor que los pequeños déspotas locales, o los mandatarios de sanedrines que se regían por prejuicios absurdos y abominables supers-



Augusto con un pergamino en la mano, imagen del legislador (Museo del Louvre, París). Entre las medidas de política interior adoptadas por Augusto, fue la más importante la reforma financiera, según la cual normalizó la diversidad y cuantía de los impuestos en perjuicio de los propietarios de haciendas y en bien del ejército.

ticiones. Un gobernador extranjero, como Poncio Pilatos, parecía preferible a un Caifás o una aristocracia levítica corrompida.

Las lenguas de los aborígenes del oeste de Europa se continuaron empleando en el hogar, pero así como los indios americanos se valen del inglés o el español para entenderse los de distintas tribus, del mismo modo el latín pasó a ser no sólo el lenguaje oficial de la administración, sino una lengua intertribal para entenderse unos con otros. En el Asia, el griego se había hecho el idioma internacional después de Alejandro; de modo que sólo dos lenguas, el latín y el griego, eran suficientes para comerciar en el mundo romano ya desde los tiempos del emperador Augusto. Ambas eran admitidas en el Senado, y la Iglesia católica conservó esta tradición bilingüe durante varios siglos.

Pero lo que unificó más al Imperio fue el culto común al emperador divinizado. Es casi seguro que César tuvo ya conciencia de esta necesidad y, contra lo que podía



Cabeza de Druso, hijo de Livia en su matrimonio anterior al de Augusto (Museo Romano, Brescia). Como general del Imperio fue a la Galia y, tras apaciguar a sus moradores, cruzó el Rin y guerreó contra los germanos. Muerto en accidente el año 9, su hermano Tiberio trasladó a Roma su cadáver y lo enterró en el mausoleo de Augusto.



Livia, esposa de Augusto, representada como sacerdotisa. Al casarse con el emperador aportó al matrimonio dos hijos: Druso y Tiberio, habidos de su primer marido. Druso murió joven haciendo la guerra. Tiberio se benefició de la también temprana muerte de los elegidos para ocupar el trono; fue adoptado por Augusto y le sucedió como emperador.

esperarse de un temperamento tan práctico como el suyo, permitió que le llamaran hijo de Venus, descendiente de Eneas, etc. César debió de comprender que nada podía fundir mejor los miembros heterogéneos del gran Imperio romano que el establecimiento de un culto común. No podía exigírseles que aceptaran los antiguos dioses de Roma ni esto hubiera sido compatible con las ideas religiosas de la época. Cada pueblo tenía sus dioses tutelares y, a menos de ser adoptado como ciudadano, no podía un extraño disfrutar de la protección de aquellos dioses.

Por otra parte, repugnaba a los romanos la divinización de un ser mortal. En el discurso ya citado de Mecenas a Augusto, aquél le aconsejó que no permitiera que se labraran en su honor estatuas de oro y plata. Pero lo que Mecenas quería evitar era inevitable. El Oriente y Egipto no podían, o no querían, dejar de adorar al monarca como una encarnación de un dios. Ya Alejandro tuvo que transigir cuando los egipcios se empeñaron en reconocerle como hijo de Amón. Pronto a César Augusto se le llamó *Sebastos,* que en griego quiere decir "el divino", y templos y altares en su honor se erigieron por todo el Imperio. Hasta los pueblos de más allá de las fronteras se acostumbraron a asociar el título de César con la idea de algo superior a un rey. Los nombres teutónico y eslavo de *Kaiser* y *Tsar* son derivaciones del de *Caesar.*

Por lo general, el culto de Augusto iba asociado al de la nueva diosa Roma. Es muy difícil precisar hasta qué punto se creía que tales dioses podían beneficiar la salud espiritual y corporal de sus devotos. Pero un culto, además de ser la manifestación de una fe, sirve para dar color y sentimiento a cada hora de la vida. Los pueblos del Imperio debían mostrarse agradecidos a Augusto por haberles proporcionado una nueva forma de ritual. Y, con todo, había llegado, en esto, la plenitud de los tiempos... Pronto se predicaría a los hombres que debe adorarse a un Dios único en espíritu y en verdad.

Acaso algunos espíritus superiores podían comprender toda la profundidad de esta doctrina, pero la mayoría de las gentes semibárbaras del Imperio no podían llegar a tanta abstracción mental; por esto se entregaron fanáticamente al nuevo culto. El año 10 a. de J. C. se consagraba el altar gigantesco de Augusto y Roma en Lyon, de las Galias, y un noble galo, llamado Vercundarus, fue elegido sumo sacerdote de la congregación encargada de sus ritos. Varios miembros de la familia imperial debieron de estar presentes en la inauguración del altar de Lyon, porque en el mismo día de la ceremonia nació allí el hijo de Druso y Antonia, que después fue el emperador Claudio. Sea como fuere, los jefes bárbaros de largas cabelleras, congregados en Lyon, aclamaron como a un dios al sobrino de aquel Julio César que pocos años antes los había sometido tras una guerra de conquista y una honrosa paz.

Otra iniciativa de Augusto que contribuyó mucho a la unificación del Imperio fueron los llamados *censos.* Augusto ordenó tres censos de Italia: uno el año 28, otro el 12 a. de J. C. y el tercero el 14 de nuestra era. El censo no era sólo una lista de los habitantes de cada provincia, sino, en rigor, un verdadero estado de cuentas, algo así como lo que hoy llamamos el catastro, aunque mucho más completo. Esta labor colo-

sal la había iniciado César, para todo el Imperio, el año 48, pero no se concluyó hasta mucho más tarde. Un tal Zenodoto estuvo encargado de dirigir la compilación del censo en las provincias de Oriente y no acabó su tarea hasta el 31. Teodoto, que dirigía la obra del censo en el Norte, lo completó el 25, y Dídimo y Policleto, que estaban encargados de hacerlo en las provincias del Sur y del Oeste, no lo terminaron hasta mucho más tarde. Tenían a sus órdenes un verdadero ejército de agrimensores, y con los datos geográficos y estadísticos que reunieron formó Augusto el *Breviarium totius imperii*. Era un inventario exacto del Imperio, con el número de soldados, la cantidad acumulada en el tesoro, las contribuciones cobrables y atrasadas y el nombre de los responsables de estos atrasos. Por fin, a modo de apéndice, escribió en el *Breviarium* ciertas máximas que deseaba recordaran sus sucesores; éstas eran: no conceder demasiado aprisa la ciudadanía a los provincianos; escoger oficiales hábiles para la administración, pero no dejarles presumir que son necesarios, y, sobre todo, no extender más las fronteras del Imperio.

Augusto murió en Nola el año 14. Enfermó cuando todavía viajaba, a la edad de setenta y seis años. A pesar de su naturaleza siempre delicada y de terribles crisis en que se temió que sucumbiera, Augusto había sobrevivido a muchos más fuertes que él. Dejaba para sucederle a su hijastro Tiberio, ya de más de cincuenta años, frío y reservado, pero el mejor conocedor, entre todos los romanos de su tiempo, así de los problemas del Oriente como de los del Occidente.

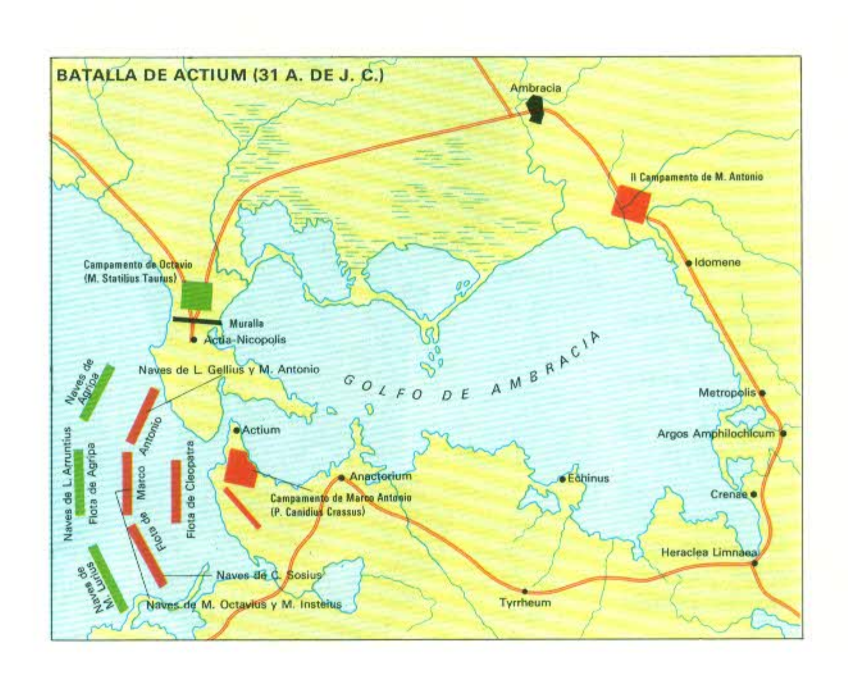
Tiberio presidió el funeral de Augusto y leyó en el foro el elogio que nos ha conservado Dion Casio. Después de enumerar las virtudes y los méritos de Augusto, acababa así: "Era justo que le hicieseis vuestro jefe y el padre del pueblo, y le concedierais tantas muestras de estima con sus varios consulados, y finalmente le proclamarais inmortal. No debemos, pues, llevar duelo por él, sino sólo devolver este cuerpo a la tierra y glorificar para siempre su espíritu como el de un dios".

Pero la verdadera glorificación de Augusto no proviene de su Imperio ni de los templos y altares levantados en su honor. Son los grandes poetas de la época, especialmente Horacio y Virgilio, los que dan a su nombre un resplandor que no han logrado apagar los siglos.

Claro está que Augusto no hizo más que protegerles, e incluso, en ocasiones, indirectamente por mediación de Mecenas, pero es seguro que sin los sentimientos que inspiraba Augusto a los que le rodeaban, no



Reconstrucción ideal de un soldado romano de cualquiera de las legiones que bajo Augusto defendían y ensanchaban los límites del Imperio (Museo Nacional, Roma).



hubieran podido entonar los vates de su época el grandioso concierto de sus rimas, que es lo más elevado que ha producido el espíritu latino. Y de esto dan testimonio los mismos artistas ya en su propia obra. Horacio, que había combatido en el ejército republicano contra Octavio, manifiesta siempre hacia la persona de Augusto una sorda antipatía, pero debe reconocer los grandes beneficios que ha producido su gobierno. Virgilio dirige a Augusto aquellos versos memorables:

Deus nobis hœc otia fecit.
Namque erit ille mihi semper deus,

que, traducidos, dicen así: Un dios (Augusto) para nosotros, este ocio (esta paz) nos hizo. – Por esto será él, para mí, siempre un dios.

A menudo se repite que Roma no produjo arte original y que en literatura reprodujo, empobrecidos, los modelos griegos. Pero ésta es una vulgaridad que sólo mantienen hoy los que conocen superficialmente el arte romano, acaso porque en ellos perdura todavía el mal humor de los días de la niñez, cuando tuvieron que aprender las declinaciones latinas a palmetazos.

En cambio, por espacio casi de veinte siglos los hombres instruidos de cada generación se han complacido en la maravilla de sentimiento y perfección que aparece en los versos de Horacio y Virgilio. El que pensara obtener un anticipo de su belleza leyéndolos en traducciones, se equivocaría por completo; en especial, Horacio es casi intraducible. Hasta fray Luis de León y el polígrafo Menéndez y Pelayo se han estrellado al querer reproducir en castellano el *ingenium, mens divinior et os magna sonitorum* (genio, inspiración y elevada dicción) que Horacio infundía en sus versos.

El lector mismo podrá juzgar, aun sin ser latinista: traducimos genio por *ingenium,* inspiración por *mens divinior* y, sobre todo, *os* (lengua) *magna sonitorum* por elevación de lenguaje. ¡Cuán pobre valor el de nuestras palabras al lado de las de Horacio! Por lo general, hay que emplear paráfrasis y sentencias complicadas para expresar lo que Horacio dice en tres o cuatro palabras, que forman un verso. Hasta fórmulas claras, como sentencias, no pueden decirse mejor ni más concisas de como las dice el gran poeta:

Romæ Tibur amem ventosus,
Tibure Romam,

querrá decir: Yo, voluble como el viento.



Ruinas del Palatino, cuyas construcciones evolucionaron a la par que el Imperio. Aquí nació Augusto y, después de la batalla de Actium, fijó su residencia en la que se llamó Domus Augustana.



Octavia, hermana predilecta de Augusto y madre de Claudio Marcelo, a quien Augusto casó con su hija Julia y nombró sucesor suyo. Pero el elegido murió a los diecinueve años y la elección de Augusto recayó en los hijos de Julia y Agripa, que también murieron jóvenes, lo que posibilitó la subida de Tiberio al trono.

ASPECTOS DE LA VIDA DIARIA DE LOS ROMANOS BAJO AUGUSTO

Aunque la época imperial llena un largo capítulo de la historia romana, se puede afirmar que al acabar la República, Roma había realizado ya su conquista del mundo. Cuando Augusto subió al poder, Roma era el centro del Imperio al que llegaban diariamente las rentas de las anteriores conquistas. Por las aguas del Tíber remontaban de continuo barcos de procedencia diversa que iban a descargar al puerto del Aventino. De Hispania y la Galia llegaban oro, plata, cobre y plomo; madera de los Alpes; púrpura de Tiro; artesanía de Grecia. Tanto las provincias prósperas de la península itálica, donde era común la explotación latifundista, como las pobres del Norte, aún sujetas a la sencilla economía agrícola, estaban habitadas por una población fiel al pasado. Éste era el mayor tesoro de Roma, tesoro que, desgraciadamente, ya se había perdido en la capital. La gran obra restauradora de Augusto no pasó de lo material, pues no pudo devolver a los romanos las virtudes antiguas.

Veamos cómo se desarrollaban los primeros años del ciudadano romano. Según la antigua costumbre romana, el padre era el primer maestro del hijo y tenía que enseñarle la disciplina más difícil: la vida. Hasta en las ceremonias sagradas, como se muestra en los relieves del Ara Pacis, el niño acompañaba a su padre y aprendía que a su muerte debería cuidar de su tumba y celebrar sobre ella los debidos sacrificios. A la edad de seis o siete años, esta primera formación en los nobles ideales de la bondad y la religiosidad era incrementada con el ingreso del niño en la escuela, donde un *ludi magister* le iniciaba en los conocimientos esenciales: leer, escribir y hacer cuentas.

La enseñanza media se desarrollaba bajo la guía del *grammaticus,* que perfeccionaba los anteriores conocimientos y enseñaba al alumno la lengua y literatura griegas y latinas –obligatorias para todo hombre culto– y algunas nociones de física y astronomía, según los modelos de los sabios griegos. En este período se aprendían de memoria largos pasajes de poetas y narradores clásicos, que luego el romano citaba oportunamente durante toda su vida. Los *Annales* de Ennio, poema épico que narra la historia de Roma, fue uno de los textos principales de memorización.

Seguía a esta etapa la escuela del *rhetor,* una especie de maestro de elocuencia. En sus clases enseñaba el análisis literario de autores latinos y griegos –no se olvide que el pequeño romano era bilingüe y que su griego, aprendido de labios de un liberto heleno, criado de la casa, era muchas veces exquisito–. Pero la labor principal del *rhetor* era la iniciación en la composición literaria y la elocuencia que impregnaban toda la vida pública de Roma. El ciclo quedaba completo con la adquisición de una vasta cultura y finalizaba con un viaje y estancia en alguna de las capitales del saber: Atenas, Pérgamo, Alejandría...

Estas etapas de la educación del joven romano concluían a los dieciséis años, pues a esta edad ingresaba en el ejército. Los años de servicio militar eran más cuanto más rico fuera el ciudadano y revestían extraordinaria importancia de cara a la futura carrera política del soldado. Nadie que no hubiese cumplido como mínimo diez años de servicio en el ejército podía aspirar, a su regreso, a hacer una brillante carrera pública. Los grados por los que se había de ascender al consulado –a saber, cuestor, edil, pretor y censor– eran tanto más fáciles de superar cuanto mayores hubieran sido los servicios prestados a la patria.

Terminado el período de las armas, el ciudadano romano regresaba a su lugar de origen y se incorporaba a las actividades que tradicionalmente venía desarrollando su *gens.* La *gens* era un grupo de familias que descendían de un antepasado común, del cual habían recibido un nombre específico. Éste era uno de los tres nombres que llevaba todo ciudadano romano. Primero el suyo propio; luego el de la *gens* a que pertenecía y por último el de la propia familia.

Para ofrecer al pueblo el cuadro de una nueva existencia, Augusto puso en práctica una doble política de obras públicas. En construcciones oficiales multiplicó los monumentos espléndidos, con objeto de convertir en ciudad de mármol la ciudad de ladrillo que él había encontrado. El foro de Augusto y el teatro de Marcelo fueron construidos en su tiempo, y restaurado el teatro de Pompeyo.

En cambio, en las construcciones funcionales de la ciudad o fuera de ella, Augusto mandó evitar en lo posible el lujo innecesario y cuanto se apartara de la línea iniciada por él hacia la practicidad de la vida y las costumbres. El interior de las grandes villas familiares, recubierto antaño de ricos mármoles, es ahora decorado con paisajes campestres, decoración mucho más económica y, al mismo tiempo, más adecuada, pues devuelve a la vista del romano el paisaje que su ciudad va perdiendo debido a la reciente proliferación de *insulae* en los barrios centrales.

En la *insula,* equivalente a la manzana de las modernas ciudades, los apartamentos se amontonaban en un cuadrado, sin patio interior, y alcanzaban una altura de tres a cinco pisos, los superiores hechos de madera para que el excesivo peso no derrumbara la edificación. Pero la falta de reglamentación en cuanto a la construcción y ocupación posterior hacía que la mayoría de los inmuebles estuvieran superpoblados, incrementándose así los derrumbamientos y los incendios, que prendían rápidamente en la madera. El incendio de muchas de estas *insulae* provocado por Nerón en el 64 permitió la edificación de una nueva ciudad, con la limitación de altura en las *insulae,* control en el empleo de los materiales de construcción y una anchura mínima obligatoria de las calles.

V. G.

en Roma amaré (desearé) a Tívoli, en Tívoli (desearé) a Roma.

O este otro:

Cælum non animum mutant
qui trans mare currunt.

(Los cielos, no su alma, cambian los que el mar cruzan.) Y aun éstos son versos con ideas aisladas, como refranes, pero cuando los conceptos se reparten en dos o tres líneas la traducción es imposible.

Y, sin embargo, hasta durante los siglos de mayor barbarie de la Edad Media los estudiosos encontraron un refugio en los versos de los poetas de la época de Augusto. A la sombra de los claustros, los monjes considerarían como un ensueño aquella Roma de mármol, donde vivían hombres que podían hablar con entera libertad de sus terrenas sensaciones. Más tarde, Horacio y Virgilio especialmente fueron el modelo –lo son todavía– de lo que llamamos hombres cultos, civilizados. No hemos podido ir más allá en el Occidente.

BIBLIOGRAFIA

Andreotti, R.	*L'impero romano,* vol. II de "Storia Universale", dirigida por E. Pontieri, Milán, 1959.
Bosch Gimpera, P., y Aguado Bleye, P.	*La conquista de España por Roma,* en *España romana,* vol. II de la "Historia de España" dirigida por R. Menéndez Pidal, Madrid, 1955.
Columba, G. M.	*L'impero romano. I. Da Cesare ai Flavii, 45 a. C.-96 d. C.,* Milán, 1944.
Ferrabino, A.	*Nuova Storia di Roma. III. Da Cesare a Traiano,* Roma, 1947.
Gagé, J.	*Res gestae divi Augusti,* Estrasburgo, 1950.
Garzetti, A.	*L'età romana,* en vol. II de "Storia Politica Universale", dirigida por F. Curato, Novara, 1966.
Levi, M. A.	*L'impero romano,* Turín, 1963.
Paribeni, R.	*L'età di Cesare e di Augusto,* en "Storia di Roma", Bolonia, 1950.
Piganiol, A.	*Histoire de Rome,* vol. III de "Clio", París, 1962 (5.ª ed.).
Salmon, E. T.	*A History of the Roman World from 30 B. C. to A. D. 138,* Londres, 1957 (3.ª ed.).
Scullard, H. H.	*From the Gracchi to Nero,* Londres, 1963 (2.ª ed.).



Inicial miniada de un manuscrito del siglo XV de la Biblioteca de El Escorial en que se representa al geógrafo griego Estrabón, que vivió en Roma en tiempos de Augusto y escribió sobre la geografía del Imperio romano una obra en diecisiete volúmenes que se conserva casi íntegramente.



Arco romano de Orange, Provenza, reconstruido por el emperador Tiberio sobre las ruinas de uno anterior, de los tiempos de las campañas de César. Muestra relieves de batallas y panoplias militares que desarrollan el tema del triunfo de Tiberio, a cuya memoria se dedicó el arco.

Los primeros emperadores

Durante el gobierno de Augusto, su principal preocupación, y la de las gentes que le rodeaban, fue quién sería su sucesor. Primero se pensó en Marcelo, el hijo de su hermana; después en Agripa, su yerno; luego en los hijos de Agripa y Julia... Todos murieron antes que él. Tiberio, su hijastro, el único de los miembros de su familia que le sobrevivió, fue reconocido como Príncipe, Augusto y Pontífice, con poderes tribunicios y consulares.

Pero legalmente nadie tenía derecho a elegirle ni menos a consagrarle. Al ocurrir la muerte de Augusto, Tiberio era el per-

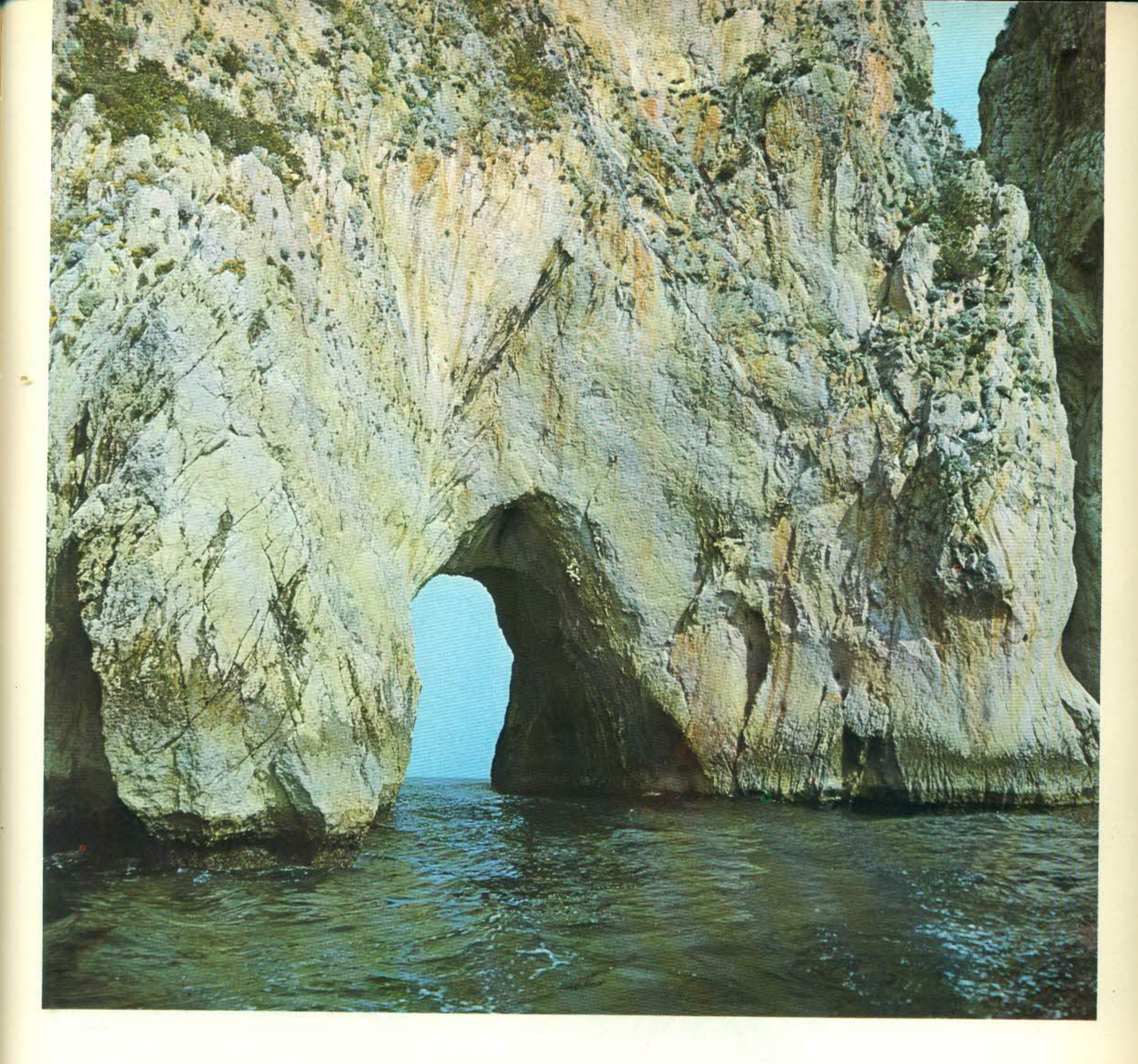
Camafeo con las efigies de Tiberio y de su madre Livia (Museo Arqueológico Nacional, Florencia). Cuando, a los cincuenta y cinco años, Tiberio se hizo cargo del poder, realizaba un sueño al que Augusto se había opuesto toda la vida. No sólo fue postergado a los otros posibles sucesores, sino que, cuando el destino eliminó a sus rivales, fue obligado a abandonar a su esposa y a casarse a disgusto con Julia, la disoluta hija de Augusto.



sonaje más importante de la República, pero no se le aclamó príncipe por sus méritos, sino por ser el pariente más cercano de aquél; hasta por algún tiempo compartió con Livia, su madre, viuda de Augusto, los honores que el Senado se empeñó en conceder a ésta. ¡Qué poco conforme resultaba todo ello con las tradiciones republicanas! Era, sobre todo, la mejor prueba de que Augusto no había hecho más que restablecer el orden; no había rejuvenecido la República ni señalado bien claramente los poderes que tendrían los magistrados del estado romano en el nuevo régimen que él había iniciado.

Augusto carecía de formación filosófica suficiente para comprender que era necesario dar a Roma una Constitución apropia-

Soldados de la guardia pretoriana en un relieve del siglo II (Museo del Louvre, París). Los pretorianos fueron desde Augusto la guardia personal del emperador, que le acompañaba a todas partes. Tiberio los reunió en Roma y aumentó los poderes de su prefecto, que se convirtió en el personaje de mayor mando en todo el Imperio. Estaban organizados en nueve cohortes, cada una de las cuales poseía mil soldados.



Paisaje de la isla de Capri, adonde se retiró temporalmente Tiberio, abandonando el poder en manos de Seyano.

da a los nuevos tiempos. Su testamento no precisa sino que no debían extenderse las fronteras. No pensó más que en establecer un sistema hereditario en que él, emperador, príncipe vitalicio, o lo que fuere, elegiría a su sucesor, adoptándolo por hijo y asociándoselo en vida a todos sus cargos. Así, a la muerte del jefe del gobierno no habría solución de continuidad: el ahijado continuaría lo que ya había empezado en colaboración con su antecesor. Esta idea de Augusto se hizo tradicional en el Imperio romano, y aun después en Bizancio; así se consiguieron períodos de calma, con series de emperadores que parecen dinastías; sirvan de ejemplo de cuanto llevamos dicho, las series de emperadores de la casa de Augusto, de los Flavios, de los Antoninos y de los Severos.

Pero la falta de un código que fijara esta regla, u otra cualquiera de sucesión, hizo que a veces la elección de un nuevo emperador fuera precedida de una guerra civil y que cada emperador viera en sus colaboradores más distinguidos un candidato dispuesto a suplantarle. Este peligro continuo irritaría a los temperamentos delicados, y ciertos espíritus algo patológicos, propensos a celos, terrores y misantropías, tenían que exasperarse y caer en extremos de crueldad, sospechando siempre traiciones para arrebatarles un poder que nadie podía precisar en qué derechos radicaba.

Así, para empezar, ya la historia ha ca-



Busto de Germánico, descendiente de la familia Julia, que fue heredero del trono y famoso general en la frontera del Rin (Museo Nacional, Liubliana). Cuando, el año 4, Augusto adoptó a Tiberio, le puso como condición que él adoptase a su vez a Germánico, hijo de su hermano Druso y nieto de Octavia, hermana de Augusto, con lo que la elección recaía en un miembro de la familia Julia.

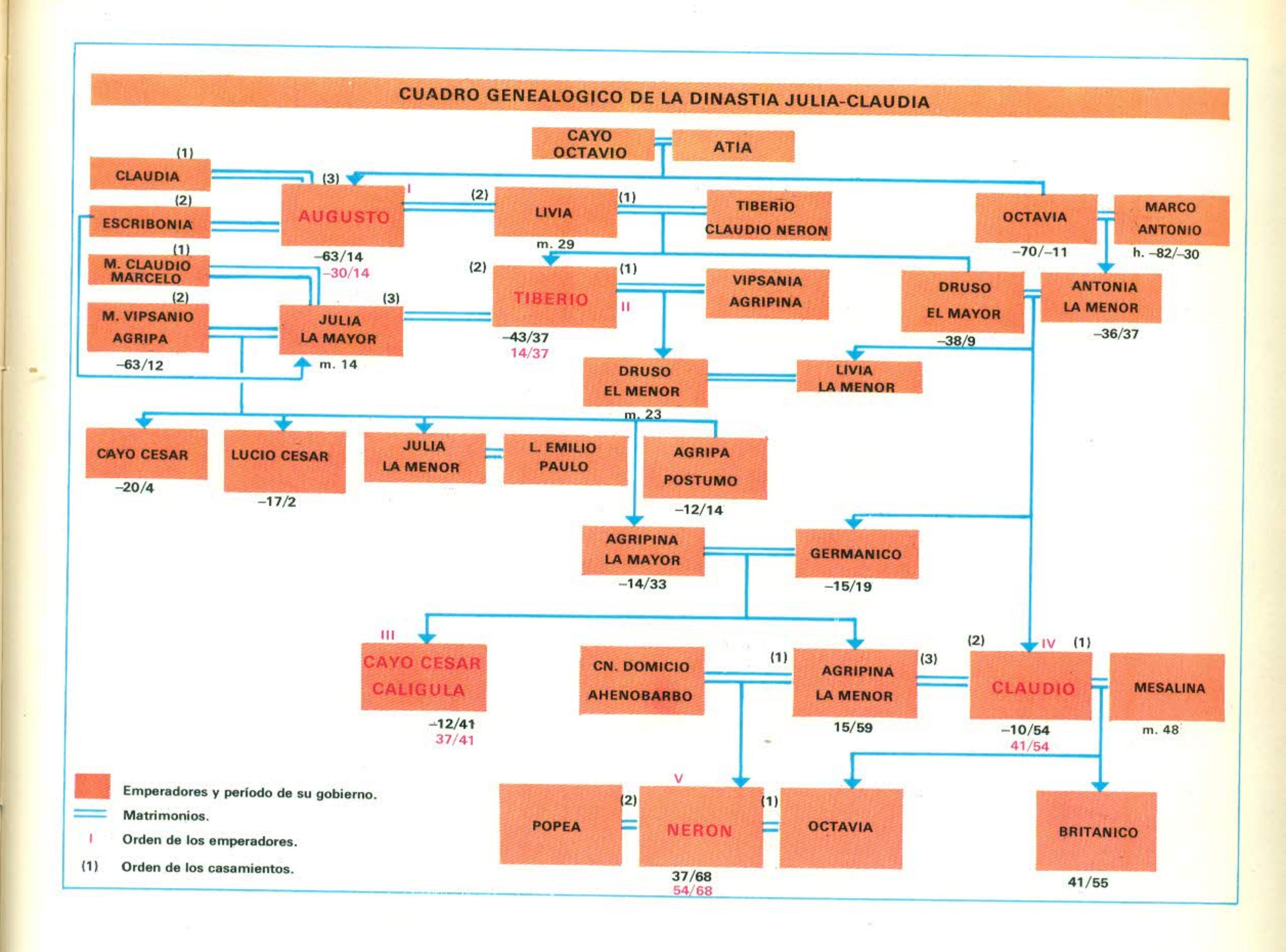
racterizado a Tiberio como un personaje siniestro, que asesinó al nieto de su hermano, Druso el Joven, porque en él recelaba un rival. Hoy se tiende a rehabilitar a Tiberio, porque no puede olvidarse que a la muerte de Augusto era ya un hombre viejo, cansado, y con una larga carrera de servicios que le daba derecho a mostrarse indolente y aun a apartarse de la dirección del estado. Pero casi no tiene importancia que Tiberio fuese un genio o un monstruo; lo positivo es que gobernó, desde el año 14 al 37, sin preocuparse en mejorar poco ni mucho la máquina administrativa que había heredado de Augusto. Desde su retiro de la isla de Capri, Tiberio se dirigía por escrito al Senado, dándole cuenta de sus actos, aunque sin pedir autorización para ejecutarlos ni recibirla para los que estaban en vías de ejecución.

En estos comienzos del Imperio nada nos dará más clara idea de la falta de valor cívico del Senado como sus primeras entrevistas con Tiberio. Uno de los senadores se atrevió a preguntarle: "Dinos, César, qué porción del gobierno quieres reservarte para ti". Pero al ver el gesto que hacía Tiberio sin contestarle, añadió: "Digo esto porque no creo que podamos subsistir sin tu unidad de dirección en el poder".

Un día Calígula invitó a cenar a los dos cónsules y, tras mirarles de reojo, exclamó riendo: "Lo que encuentro gracioso es que, moviendo tan sólo un dedo, puedo haceros cortar la cabeza al instante". Por otra parte, estos senadores y los cónsules que ellos aceptaban no eran dignos de mucho mayor autoridad que la que representaban ante Tiberio y Calígula. En tiempo de Tácito, esto es, al comenzar el siglo II, un Semipronio Graco hacía de anticuario en Sicilia, un Polión era acusado de falsificar testamentos, y un Hortensio, un Cotta y un Messala vivían de las larguezas del emperador.

La impunidad del emperador se funda-

Detalle de la estatua coronada de Tiberio (Museo del Louvre, París). A pesar de la información desfavorable que sobre este personaje dejó Tácito en sus "Annales", se sabe hoy que fue un digno sucesor de Augusto. Robusteció la autoridad del Senado y valorizó al máximo su propio título de Princeps Senatus, rechazando todo intento de deificación. Favoreció la vida de las provincias y aseguró la paz interior con medidas destinadas al bien común.



mentaba principalmente en la admiración que provocaba en el pueblo romano todo lo que era extremado y violento, y en especial si las víctimas eran nuevos ricos, que la plebe detestaba cordialmente. Además, Augusto había creado una guardia imperial que formaba un cuerpo de ejército, siempre acuartelado en Roma, de diez a quince mil veteranos adictos al emperador por las liberalidades que recibían de su mano. Eran éstos los temidos pretorianos. Se reclutaban por diez años en lugar de quince, que era el tiempo de servicio del legionario regular, vestían con gran lujo, y los emperadores no desdeñaban el arengarlos y adularlos. Después de cada crimen político para el que se necesitaba su concurso, los pretorianos recibían una buena gratificación; a ellos les tenía completamente sin cuidado quién había sido la víctima; muchos eran bárbaros germanos o eslavos, ya desde los tiempos de Calígula y Nerón. Solamente en el caso de que el emperador, además de cruel, fuera avaro, los pretorianos coincidían con los descontentos y entonces no tenían reparo en sacrificar a su amo.

A pesar de los abusos de muchos emperadores, el lector se equivocaría si creyese que todos ellos fueron insensatos energúmenos que sólo se complacían en el mal. No, entre los césares hubo algunos que como jefes de estado fueron modelos de abnegación por el bien público, y hasta los peores, o de peor reputación, como Tiberio, Calígula y Nerón, durante largos períodos de su gobierno se consagraron, tal vez por vanidad o pura filosofía, a desempeñar lo mejor que pudieron el cargo de que estaban investidos. La misma ambigüedad de la sucesión permitía eliminar una serie de príncipes ineptos con que acaban muchas dinastías.

Tampoco en la historia del Imperio romano aparecen con excesiva frecuencia los casos de favoritos que gobiernan en nombre de un soberano incapaz. La aberración de un monarca decorativo, con un primer ministro hereditario, como los mayordomos de palacio en la Francia carolingia o los *shogun*



Acueducto romano de Segovia, construido en el siglo de Augusto. Estas construcciones se hacían con el fin de conducir a la ciudad el agua necesaria para los menesteres diarios. El aquí reproducido tiene una altura máxima de 31 metros y sus sillares están sencillamente superpuestos, sin mortero que los una.

en el Japón feudal, era imposible en el Imperio romano. Los emperadores llegaron a ser peores que fieras, pero nunca muñecos coronados. Tiberio aniquiló a su favorito Seyano, que empezaba a abusar de la confianza que le dispensara. Narciso, el parásito de Claudio, cayó víctima, primero, de la enemistad de Mesalina y después de la segunda Agripina. A Corbulón, el fiel soldado de Nerón, se le mandó que se suicidara porque iba haciéndose demasiado popular en las provincias de Oriente. A veces aparecieron, al lado del emperador, privados que manejaron sin escrúpulo los negocios del estado, pero su influencia fue precaria; raramente duró más de lo que había durado el príncipe que los protegiera.

El pueblo se gozaba en estas mudanzas de la fortuna. Continuaban los repartos de grano por cuenta del estado; ¿qué más podía desear? También los emperadores se aprovecharon de la afición del pueblo romano por las grandes construcciones, una especie de "furor edificatorio" que ha reaparecido después repetidamente en la historia. Ya Tiberio, encontrando insuficiente la casa de Augusto y Livia, empezó a levantar un gran palacio en el Palatino. Calígula lo extendió por el lado del Capitolio, con el que dispuso se comunicara por un túnel y un puente. Nerón llenó de locuras arquitectónicas dos barrios de la ciudad.

Para la mayoría de los ciudadanos, el emperador era como un mal necesario. Nunca hubo en el Senado, ni menos entre la plebe, lo que hoy llamaríamos un partido político antagónico al emperador. Es cierto que el complot para asesinar a Calígula se tramó en el Senado y los conjurados se creyeron émulos de Bruto y Casio, los cabecillas



Busto de Druso el Menor, hijo de Tiberio y su primera esposa Vipsania Agripina (Museo del Louvre, París). El auge político de Druso, a la sombra de su padre, inquietó a Seyano, prefecto de la guardia pretoriana, que aspiraba a suceder a Tiberio. Seyano instigó a Livila, esposa de Druso, para que asesinara a su esposo, prometiéndole que ocuparía a su lado el trono imperial. El crimen fue cometido, pero Tiberio, tomando repentinamente conciencia de la ambición de su prefecto, lo eliminó.

de la conjuración contra César. Pero si bien es verdad que tuvieron audacia bastante para llegar a asesinar al tirano, en cambio, ya al día siguiente, Claudio, tío de Calígula, que había sido desahuciado antes por incapaz, era aclamado emperador por los pretorianos y nadie se atrevió a protestar.

Claudio, con sus necedades, llegó a impacientar al Senado. El pobre emperador, que tenía la manía de estudiar lo que hoy llamaríamos *folklore* y escribir historias, no sabía apenas hablar. Tácito nos ha conservado un discurso de Claudio al Senado en que propone que se otorguen derechos senatoriales a algunos jefes galos adictos a Roma. El discurso parece claro y lógicamente ordenado, pero da la casualidad que este mismo discurso de Claudio se mandó grabar en una inscripción, de la que se han hallado en Lyon varios fragmentos. A veces los senadores se impacientan e interrumpen el embrollado palabreo del emperador con frases irrespetuosas, consignadas en la versión taquigráfica grabada en Lyon: "¿A qué viene todo esto, oh Claudio?... ¿Qué relación tiene lo que dices con lo que estamos tratando?".

Hubo ocasiones, como después de la muerte de Nerón, en los días trágicos del 68 al 69 (en que se sucedieron tres emperadores), en las cuales un grupo decidido de republicanos hubiera podido restaurar el antiguo régimen casi sin oposición. Galba, en el discurso que dirigió al Senado para comunicarle que escogía un sucesor, venía a

HECHOS SOBRESALIENTES DE LA DINASTIA JULIA-CLAUDIA

TIBERIO (14-37)

Concede la elección de los magistrados al Senado, en vez de los comicios.
Como si su autoridad fuera vitalicia, no renueva sus poderes cada cinco años.
Aumenta el número de funcionarios subordinados a su autoridad.
Gobierna, al margen del Senado, desde su retiro en la isla de Capri.
La muerte de Germánico (19) le libra de un posible rival, por su prestigio y popularidad.
Para suceder a Tiberio, Seyano, prefecto del Pretorio, tras ganarse su confianza, hace envenenar a Druso el Menor.
Tiberio, percatado de sus intenciones, hace ejecutar a Seyano.

CALÍGULA (37-41)

Devuelve la facultad de elección de los magistrados a los comicios. En cambio, promete gobernar de acuerdo con el Senado.
El Senado le confiere todos los poderes y le ratifica en su nombramiento.
Mediante sucesivos impuestos y confiscaciones compensa sus larguezas económicas.
Su carácter se vuelve despótico y tiránico. Ordena la muerte de Tiberio Gemelo y Sertorio Macrón.
Se identifica como dios bajo el título de *Neos Helios.*
Perece asesinado en la conspiración del tribuno Casio Querea (41).

CLAUDIO (41-54)

Elegido por los pretorianos, es confirmado por el Senado.
Influencia de los libertos en el gobierno de Claudio.
Casado con Mesalina, por influencia de ésta destierra a Lucio Anneo Séneca.
Condenada a muerte Mesalina (48), Claudio se casa con Agripina la Menor.
Muere envenenado por ésta.

NERÓN (54-68)

Elegido emperador, es postergado el hijo de Claudio, Británico.
Séneca se encarga de su educación, junto con S. A. Burro, prefecto del Pretorio.
Agripina, perdida su influencia cerca de su hijo Nerón, se aproxima a Británico y a Octavia, esposa de Nerón.
Perecen todos ellos por orden de Nerón. Nuevo matrimonio con Popea.
Incendio de Roma (64), atribuido por Nerón a los cristianos. Primera persecución cristiana.
Hostilidad de las clases elevadas: conspiración de Pisón descubierta. A causa de ella, suicidio de Séneca.
Sublevación de los ejércitos provinciales. Nerón se suicida (68).



Reconstrucción de insignias de las legiones romanas, las tres de la izquierda, y de las cohortes pretorianas, la de la derecha (Museo de la Civilización Romana, Roma). Las legiones tenían un número de orden y un nombre distintivo que solían estar inscritos en el estandarte de tela de las insignias.

decir a los senadores que lamentaba sinceramente que no pudieran ellos restablecer la República.

Pero la verdad es que, aunque no faltaban descontentos, éstos eran espíritus refinados, capaces de gran resistencia pasiva, dispuestos siempre a sacrificar su vida, pero no aptos para la acción. Vespasiano y Domiciano expulsaron a los filósofos de la capital. Desearíamos saber algo más de estas persecuciones; por ejemplo, quiénes eran y qué era lo que hacían estos filósofos que irritaban al emperador. Es probable que, más que filósofos estoicos, fueran liberales o librepensadores, que hablaban demasiado y pensaban también demasiado alto. Pero en política no basta tener ideas, es necesario hacerlas triunfar. Tácito y Plinio nos han dejado amplia información acerca de los sufrimientos de una noble familia liberal que no se mostró resignada a aceptar sin protesta los abusos del Imperio. Uno de sus miembros, llamado Cecina Petus, trató con otros descontentos de sublevar las legiones de Dalmacia para derribar a Claudio. Descubierto el plan, fue llevado a Roma prisionero. Su esposa quiso acompañarle en la galera donde iba con otros detenidos, pero no se lo permitieron y tuvo que atravesar el Adriático en una barca de pescadores. Petus, seguro del rigor de la sentencia, quiso anticiparse a su suerte suicidándose, y su esposa le animó hiriéndose primero ella y diciéndole: "¡Mira, Petus, no duele!" *(Paete, non dôlet!)*.

Un segundo Petus, Trasea, al oír leer en el Senado la noticia del asesinato de Agripina, ordenado por Nerón, se levantó de su sitial, dando muestras de disgusto, y marchó a su casa. Por esta y otras ofensas al emperador, al año siguiente tuvo que suicidarse. Una hija de este segundo Petus casó con otro liberal, llamado Helvidius Priscus, que fue desterrado tres veces y por fin arrastrado fuera del Senado por sus propios colegas. La viuda de este Helvidius Priscus se consagró a la caridad; en especial cuidaba de las vírgenes vestales que estaban enfermas y no podían permanecer en el templo. "¡Qué pureza, qué santidad la suya –escribe Plinio–; qué dignidad y qué valor!..." No eran, pues, todas Mesalinas, Agripinas y Popeas en la Roma de los césares. No olvidemos que por encima de aquellas esposas y efímeras emperatrices estaba Livia, la *mater familias*, la gran dama, símbolo del Pudor.

Como los emperadores de la familia de Augusto eran consanguíneos, sus caracteres pueden explicarse por ley de herencia. Así, Claudio era lerdo, y Calígula y Nerón impulsivos casi por necesidad.

Hay que recordar también la vasta extensión del Imperio, por lo que necesariamente los escándalos de la capital llegarían muy atenuados a las lejanas provincias. Nada podía esperarse de un golpe de estado en Roma si las provincias permanecían adictas al emperador, y ya veremos más adelante los beneficios que estas regiones distantes recibieron de la administración imperial romana; así no es de extrañar que asociaran el nombre del emperador con la paz y el orden de que disfrutaban. Por esto ya no produce tanta sorpresa el párrafo final de la vida de Nerón, por Suetonio, cuando dice que el rey de los partos insistió para que el Senado romano conmemorara con un culto especial la memoria de Nerón, y que veinte años des-

LA ADMINISTRACION BAJO LOS SUCESORES DE AUGUSTO

El sistema administrativo creado por Augusto se consolidó especialmente con las medidas promulgadas por Tiberio y Claudio y permitió que el estado resistiera no sólo los reinados de Calígula y Nerón, sino también la gran crisis de los años 68 y 69. Las clases poderosas estuvieron siempre interesadas en la colaboración administrativa, hasta llegar a la coincidencia de la aristocracia con la clase gobernante, pero no en el sentido de que ésta estuviera reservada de manera exclusiva a los aristócratas, sino en el opuesto (y característico de la sociedad romana imperial) de que se llegaba a ser aristócrata por los servicios prestados. Las posibilidades de pertenecer a la aristocracia senatorial se ampliaron a todo el Imperio, mientras se extendía el área de la plena ciudadanía y la concesión del derecho latino a poblaciones enteras. El orden ecuestre fue adquiriendo fisonomía cada vez más precisa.

En cuando a los órganos y a las funciones, la administración de justicia y la legislación continuaron por los senderos señalados por Augusto, al paso que se iba imponiendo la autoridad de la jurisprudencia.

En la administración económica se puso de manifiesto la tendencia a la centralización paternalista y a la burocracia. La percepción de impuestos continuó efectuándose mediante arrendamientos y aumentaron las injerencias en las administraciones locales. La contaduría privada del príncipe, compuesta por esclavos y libertos, había adquirido importancia pública. Claudio se dio cuenta de la realidad y los oficios palaciegos se convirtieron en ministerios, a los que correspondían los varios ramos de la administración imperial, y no sólo financiera. Entonces, por evolución del empirismo inicial, resultaron netamente diferenciadas las arcas centrales y sus respectivas contabilidades (*aerarium Saturni,* las antiguas arcas republicanas; *fiscus Caesaris,* las arcas imperiales públicas, y las del patrimonio privado del emperador).

La jerarquía de los procuradores periféricos se perfeccionó. A pesar de lo gravoso del presupuesto, la necesidad de las dádivas, los dispendios de las obras públicas, la repetición de las crisis económicas y los gastos exagerados de Calígula y Nerón, las finanzas del período resistieron y sólo en el año 64 fue precisa una leve disminución del peso de la moneda.

La división provincial experimentó cambios bastante importantes por nuevas conquistas (Britannia), por el paso de estados sometidos (clientes) a la administración directa (Capadocia, Mauritania, Tracia) y por la regularización de administraciones especiales (Mesia, Retia, Licia). La gobernación por procuradores fue la preferida de Tiberio y Claudio en casi todas las nuevas provincias, pues era la forma de mayor dependencia inmediata del emperador.

Bajo Calígula se produjo lo que quizás haya de considerarse como la primera manifestación clamorosa de antisemitismo, especialmente en Egipto, y las ásperas relaciones del pueblo hebreo con el Imperio culminaron con la gran revuelta en Palestina del año 66, la más grave de las que habían agitado al mundo provincial romano desde los últimos años de Augusto.

No se produjo modificación alguna en el ejército en cuanto a mandos, soldada y condiciones del servicio. El reclutamiento fue cada vez más difícil en Italia. Hubo algunos movimientos de legiones por el extenso Imperio; fueron éstos providencias más administrativas que políticas, y el ejército, que no se escapó de las manos del emperador hasta Nerón, fue la base más concreta del poder imperial.

A. G.



Mausoleo de Augusto, donde fue sepultado el emperador y posteriormente diversos miembros de su familia. La cima estaba plantada de cipreses y en ella se alzaba una estatua en bronce de Augusto.

Relieve romano del siglo I que representa a un magistrado ofreciendo el sacrificio de la "suovetaurilia" al empezar una campaña (Museo del Louvre, París).



pués de su muerte todavía aparecieran en Oriente falsos Nerones.

Compréndese entonces la tremenda desilusión que debía producir el césar a los extranjeros que llegaban a Roma para negociar asuntos públicos o privados. He aquí, por ejemplo, el relato de una embajada que los judíos de Alejandría enviaron a la capital, creyendo obtener justicia tratando directamente con Calígula. Presidía a los comisionados nada menos que el gran filósofo místico Filón, quien había tratado por todos los medios de poner de acuerdo las ideas platónicas con la ley mosaica en un libro importantísimo del que tendremos ocasión de hablar.

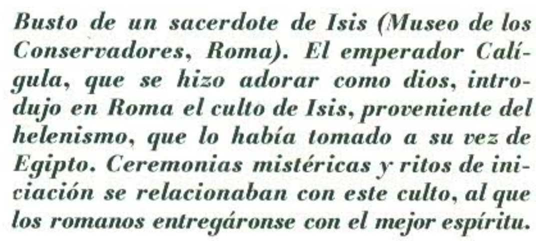
Los judíos alejandrinos fueron primeramente presentados a Calígula una tarde en que éste paseaba por los jardines. Esta vez les dijo sólo que les escucharía otro día. Pronto partió para Nápoles, y allá fueron en su seguimiento los malaventurados judíos. "El emperador –dice Filón– tenía un favorito que no le dejaba ni a sol ni a sombra: jugaba con él, comía con él y se bañaba con él; para divertirle se burlaba de nosotros, necesitaba pretextos para hacer chistes y de paso nos calumniaba..." "Cuando, por fin, el emperador nos recibió, ya otra vez en Roma, pudimos comprender, por sus maneras, que no sería nuestro juez, sino nuestro acusador. –¿Sois vosotros –preguntó– de esa nación impía que ha rehusado hacerme sacrificios y prefiere adorar a un dios cuyo nombre no puede pronunciarse?... –Y aquí el emperador levantó los brazos al cielo y lanzó una blasfemia –dice Filón– que no podemos repetir." Los judíos se excusaron diciéndole que durante su enfermedad hicieron sacrificios para que se restableciera. "Es posible, pero sacrificasteis a otro para mí, no a mí mismo...", interrumpió Calígula.

Mientras tanto, el emperador iba conversando de mil cosas diferentes con sus criados, dando órdenes para que se decoraran unas habitaciones. De repente, dirigiéndose a los judíos, exclamó: "¿Por qué no coméis cerdo?". Filón, que era el portavoz de la embajada, respondió: "Es nuestra costumbre; otros hay que no comen carnero. –Y les sobra razón –replicó Calígula–; el carnero tiene una carne pésima...– Por lo que, viendo que se gozaba con lanzarnos impertinentes sarcasmos, resolvimos no decir nada más".

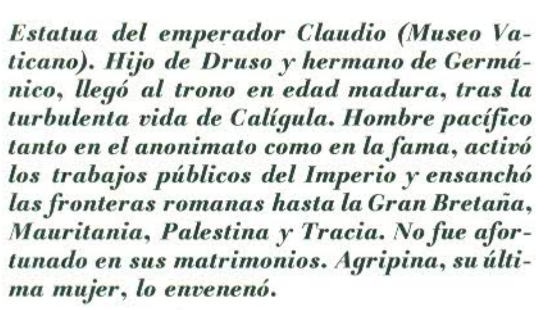
Por fin, exasperado, Calígula les preguntó: "¿Cuál es vuestra ley y vuestra organización?". Los judíos cobraron alientos y empezaron a explicarse, pero el emperador no tuvo paciencia para oírles y los despachó con estas palabras: "Veo que sois unos estúpidos, más merecedores de piedad que de castigo, porque no creéis que yo tenga una naturaleza divina".



Cabeza de Calígula, hijo de Germánico y Agripina, el último emperador de la familia de Augusto (Museo del Louvre, París). Basándose en los testimonios de sus contemporáneos, siempre se le ha pintado como un ser extravagante, despilfarrador, sanguinario y loco. Los modernos criterios de interpretación de la Historia ponen en duda este retrato, a la vista de las obras realizadas durante su reinado.



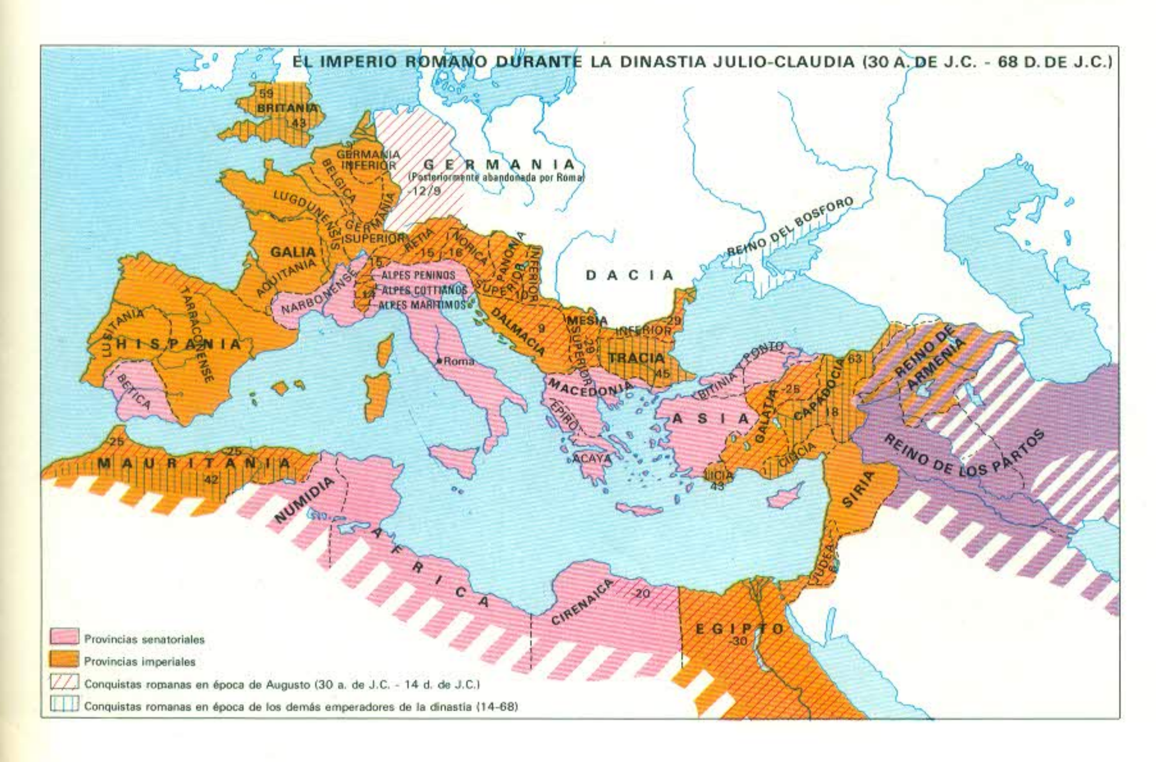
Busto de un sacerdote de Isis (Museo de los Conservadores, Roma). El emperador Calígula, que se hizo adorar como dios, introdujo en Roma el culto de Isis, proveniente del helenismo, que lo había tomado a su vez de Egipto. Ceremonias mistéricas y ritos de iniciación se relacionaban con este culto, al que los romanos entregáronse con el mejor espíritu.



Estatua del emperador Claudio (Museo Vaticano). Hijo de Druso y hermano de Germánico, llegó al trono en edad madura, tras la turbulenta vida de Calígula. Hombre pacífico tanto en el anonimato como en la fama, activó los trabajos públicos del Imperio y ensanchó las fronteras romanas hasta la Gran Bretaña, Mauritania, Palestina y Tracia. No fue afortunado en sus matrimonios. Agripina, su última mujer, lo envenenó.

Si Calígula pensó que Filón era un estúpido, ya podemos imaginar lo que pensaría Filón de Calígula. El que lee estos textos y, sobre todo, las historias escritas en Roma se sorprende de que no se rebelaran con más frecuencia las provincias. Y en verdad que hubo levantamientos y sublevaciones, pero fueron más la explosión del descontento local, debido a causas históricas, que resultado de la administración romana.

Por ejemplo, los judíos de Palestina se insurreccionaron y hubo necesidad de reconquistar el país palmo a palmo. Tito, por fin, asaltó Jerusalén y se apoderó, como de su último reducto, de la colina del templo. Pero ningún gobierno extranjero ni ninguno propio podía convenir a los judíos cincuenta años después de Cristo. Parte de ellos estaban helenizados; otros, con un nacionalismo mesiánico, querían restaurar sin restricciones los días de David; en el templo había también dos partidos, los contemporizadores y los celotes..., y todos ellos coincidían en un solo punto: en odiar a los extranjeros, mirándolos como responsables de su propia degradación. ¿Qué podían hacer los gobernadores romanos? Abandonar el país o



Ruinas de la antigua Ostia. Apenas Claudio ocupó el trono, emprendió los trabajos de limpieza y ampliación del puerto de Roma, casi del todo inutilizable ya por los derrubios del Tíber. La obra había sido ya prevista por César, que planeó desviar el río y avenar las lagunas Pontinas, foco de enfermedades para la Roma de entonces.



Supuesta cabeza de Agripina la Joven, hermana de Calígula (Museo de Historia, Barcelona), que Claudio tomó por esposa después de haber repudiado a Mesalina por su conducta disoluta.

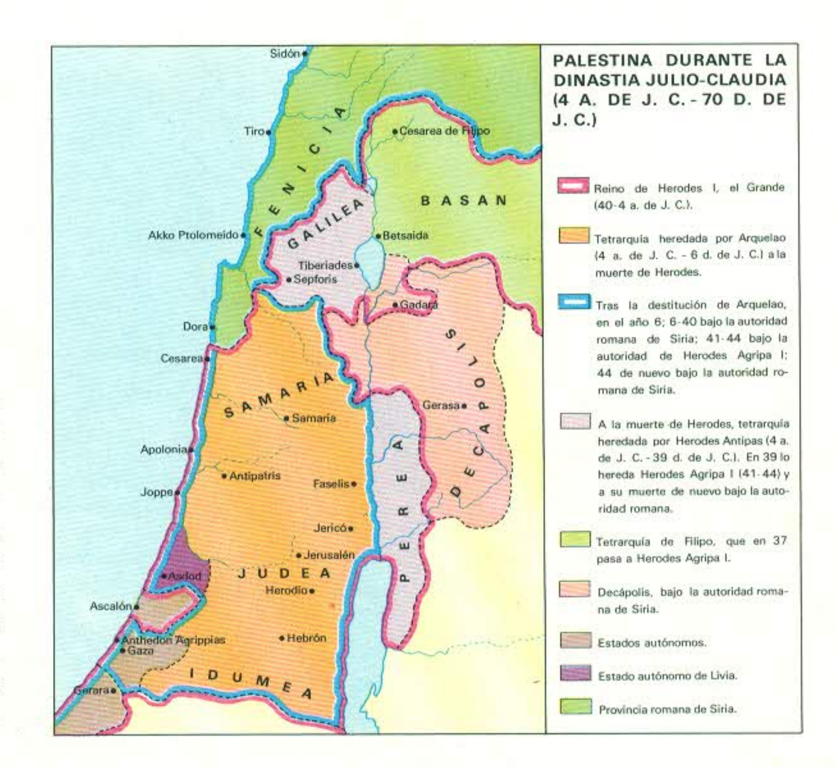
Arco de triunfo de Saint-Rémy, Provenza, tal como se conserva, mutilado en su parte superior, con cornisas y columnas hoy incompletas. Fue levantado en la antigua Glanum en el siglo I.

arrasar aquel nido de víboras para que no se contagiara el descontento a los vecinos.

A pesar de las relaciones comerciales y la indiscutible autoridad romana en las provincias del Asia y en Egipto, el arte, sobre todo la arquitectura, continuó empleando durante la época de los emperadores de la casa de César el estilo helenístico, basado en la columna y el arquitrabe. No se puede asegurar con precisión cuándo se verificó el cambio hacia el arco y la bóveda de hormigón. César hizo construir en el Celio un palacio que sabemos era de mármol; por tanto, todavía de estilo griego. Augusto erigió en el Palatino un templo magnífico a Apolo, del que no quedan ni siquiera rastros; también sería de mármol. Tiberio edi-

ficó su palacio en el Palatino, que debía de ser helenístico... De la Casa Áurea de Nerón quedan sólo los sótanos, decorados con estucos en las bóvedas de hormigón, pero la parte alta ha desaparecido... Fue con la nueva dinastía, la de los Flavios, cuando la bóveda de hormigón predominó, y arquitectos y constructores emplearon la bóveda hasta el fin del Imperio, siempre con mayor audacia, hasta cubrir espacios inmensos, y asimismo siempre a mayor altura.

En escultura, la tradición etruscorromana continuó produciendo retratos del mayor realismo. Distinguimos los de la época de los césares por su peinado. Los de emperadores conservan el sistema de dejar que caiga el cabello sobre la frente partido en dos partes; las mujeres siguen el tipo que había iniciado Livia, unas con rizos naturales, otras ondulados, pero siempre divididos con raya. Todavía hoy los retratos romanos son la más intensa revelación psicológica del arte euro-



Detalle de la decoración interior de la "Domus Aurea", la casa de Nerón junto al Palatino. Después del incendio de Roma del año 64, Nerón se hizo construir su palacio, según el estilo más fastuoso, en medio de un conjunto de construcciones rodeadas de pórticos. Los Flavios devolvieron el lugar al pueblo y allí se levantaron edificios destinados a habitaciones.

LA CRISIS DE LOS AÑOS 68-70

Con la muerte de Nerón no desaparecía el principado. La realidad de orden administrativo imperial dio al traste con las veleidades iniciales de restauración republicana. La guerra civil tuvo como fin crear un nuevo príncipe. El viejo Galba, reconocido por las legiones de Occidente y poco después por las demás, aprobado por el Senado, investido de todos los títulos tradicionales del principado, parecía desear que la cúspide del Imperio la ocupara un miembro del orden senatorial, como demostración de que el principado podía y debía ser el vértice de la aristocracia, no posesión de una dinastía familiar. En la práctica, con la adopción de medidas que le enajenaron muchas de las simpatías despertadas, demostró a los ilusos la imposibilidad de que tuviera consistencia y duración el "principado senatorial" y con sus errores gastó pronto e irremediablemente su propio poder de autócrata.

A principios del año 69, las legiones del Rin le negaron obediencia y aclamaron como emperador a Aulo Vitelio. Galba quiso enmendar su actuación asociándose como corregente al joven Pisón, hombre muy meritorio. Pero con este acto defraudó las esperanzas de otros, en especial de Otón, que le había ayudado en los primeros momentos. Otón se puso de acuerdo con el pretorio y realizó la usurpación con increíble facilidad. El Imperio quedó dividido en dos porciones: Hispania, Galia y Britannia se declararon en favor de Vitelio, mientras las legiones del Danubio, Oriente y África aceptaban a Otón.

Las fuerzas de Vitelio en el Rin iniciaron su marcha hacia Roma. La lucha se decidiría en el valle del Po, donde Otón situó sus defensas en espera de las legiones del Danubio. Después de algunas vicisitudes, la batalla se dio a mediados de abril del año 69 y los vitelianos consiguieron la más completa victoria. Otón se suicidó.

Vitelio se enteró de su triunfo cuando, desde el Rin, atravesaba la Galia para dirigirse a Italia con más tropas. En Lyon inició su principado con un despótico acto caprichoso, de indolencia, de apoyo a los bajos deseos vulgares, de todo aquello que lo ha hecho pasar a la posteridad como el peor de los sucesivos príncipes y uno de los más abyectos de toda la serie imperial. Poco después las legiones de Oriente le reconocieron también.

Sin embargo, las legiones de Siria, mandadas por Licinio Muciano, y las que sostenían la guerra judaica bajo Tito Flavio Vespasiano, que habían aceptado sucesivamente a Galba, Otón y Vitelio, quisieron dejar oír su voz en la lucha por el principado. El 1 de junio del 69, las legiones de Egipto proclamaban a Vespasiano; las danubianas siguieron el ejemplo, las de Panonia y Mesia se lanzaron sobre Italia y batieron a Vitelio en el mismo punto en que él había vencido a Otón. El emperador se refugió en Roma, donde continuó la lucha contra Flavio Sabino, *praefectus urbi* y hermano de Vespasiano, y Domiciano, hijo del propio Vespasiano. El 18 de diciembre, Vitelio ofreció abdicar, pero los soldados y la plebe urbana le obligaron a permanecer en su puesto. El 20, las legiones de Panonia y Mesia estaban junto a los muros de Roma, defendida por los últimos partidarios de Vitelio, el cual fue muerto y arrojado al Tíber.

Con la entrada victoriosa en Roma de las fuerzas de Vespasiano se iniciaba el reinado de la dinastía de los Flavios.

A. G.



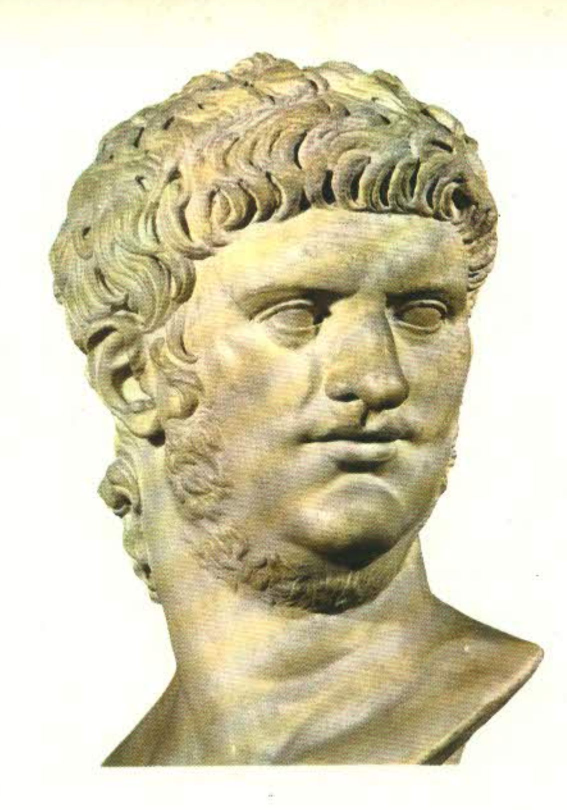
Busto de Cneo Domicio Corbulón, general de los ejércitos de Claudio y Nerón (Museo del Capitolio, Roma). Primero en Occidente contra los germanos y luego en Oriente contra los partos, Corbulón impuso a sus enemigos la ley de Roma. Pero Nerón, lejos de agradecérselo, le destituyó de su cargo y le mandó matar.

peo de todos los tiempos. Compárese, por ejemplo, una obra romana todavía imbuida de estilo helenístico, el bellísimo relieve que representa las personificaciones de las tres capitales del Imperio, con relieves romanos de escenas históricas: los relieves del Ara Pacis, ya con deseo de representar algo coetáneo y explicar un hecho realizado.

La escultura decorativa también presenta señales de que van a verificarse grandes cambios. El relieve de fondo liso donde se retuercen los tallos de acanto, pero que dejan grandes espacios blancos, se va apoderando de la parte libre y con el tiempo acabará llenando todo el conjunto. Un realismo casi etrusco se manifiesta en las esculturas de bulto. Donde los escultores romanos hicieron abundantes obras maestras fue en los estucos. Las grandes bóvedas en hormigón quedarían pobres y tristes si no fuera porque se cubrieron de relieves divididos en casetones donde se reproducían escenas del repertorio griego, aunque romanizadas. Estos estucos, que hoy han perdido su policromía, se pintaban con colores vivos y algún dorado.

Poco podemos decir de la pintura. Pero

El emperador Nerón, sucesor de Claudio (Museo del Capitolio, Roma). Parece que los comienzos de su Imperio fueron buenos, quizá bajo la influencia de su preceptor Séneca y del jefe de los pretorianos, Burro. Pero pronto cambiaron las cosas. Su madre y su esposa fueron mandadas asesinar, la administración del estado fue dada a manos inexpertas, la misma ciudad de Roma sufrió un incendio que se dijo fue provocado por el emperador. Un gobierno tal no podía acabar sino por un debilitamiento del poder.



se puede asegurar que son de tipo helenístico los frescos que todavía se conservan en la casa de Livia, en el Palatino, y los que representan un vergel o un huerto en la villa o casa de recreo de la misma Livia, fuera de las murallas, la llamada de Prima Porta.

En los muros de las casas de Pompeya podemos apreciar la evolución de la pintura griega tal como la interpretaron los artistas romanos. Al principio emplean para la decoración de las paredes de una estancia modelos naturalistas, como huertos o calles y paisajes. Después prefieren dividir los espacios de los muros con siluetas arquitectónicas realzadas con estucos. Y allí, en el centro de una decoración que produce la ilusión de parte de un edificio, se ha dejado un espacio donde se repite una escena mitológica o hasta histórica. Es en estas obras

Relieve lateral del monumento de los Julios, en Saint-Rémy, Provenza. El monumento no era más que un sepulcro romano en forma de torre. Los relieves, esculpidos probablemente por artistas griegos de la colonia de Marsella, representan escenas de la historia antigua con personajes vestidos a la romana. Fue erigido en el siglo I.

CAMPAÑAS ROMANAS EN GERMANIA (12 A. DE J.C. A 16 D. DE J.C.)

Imperio romano
Campaña de Druso en el año 12 a. de J.C.
Campaña de Druso en el año 11 a. de J.C.
Campaña de Druso en el año 10 a. de J.C.
Campaña de Druso en el año 9 a. de J.C.

FRISONES
CAUCOS
LONGOBARDOS
AMPSIVARIOS
ANGRIVARIOS
SEMNONES
QUERUSCOS
Traiectum
Fectio
BATAVOS
USIPETOS
BRUCTEROS
Noviomacus
Aliso
Ulpia Traiana
Vetera
MARSOS
GERMANIA INFERIOR
Asciburgium
Gelduba
SICAMBROS
Novaesium
UBIOS
Corcovallum
Col. Claudia Ara Agrippinensium
CATOS
HERMUNDUROS
Atuatuca
Aquae
Bonna
TENCTEROS
Rigomagus
Antunnacum
TREVIROS
Boudobriga
MARCOMANOS
Bingium
Mogontiacum
Augusta Treverorum
Borbetomagus
GERMANIA SUPERIOR
Nassium
Tollum
Brocomagus
Augusta Vindelicum
RETIA
Camdodunum
Clunia

Campaña de Tiberio en el año 4
Campaña de Tiberio en el año 5
Campaña de Germánico en el año 14
Campaña de Germánico en el año 15
Campaña de Germánico en el verano del año 15
Campaña de Germánico en el año 16
Campaña de la flota de Germánico en el año 16

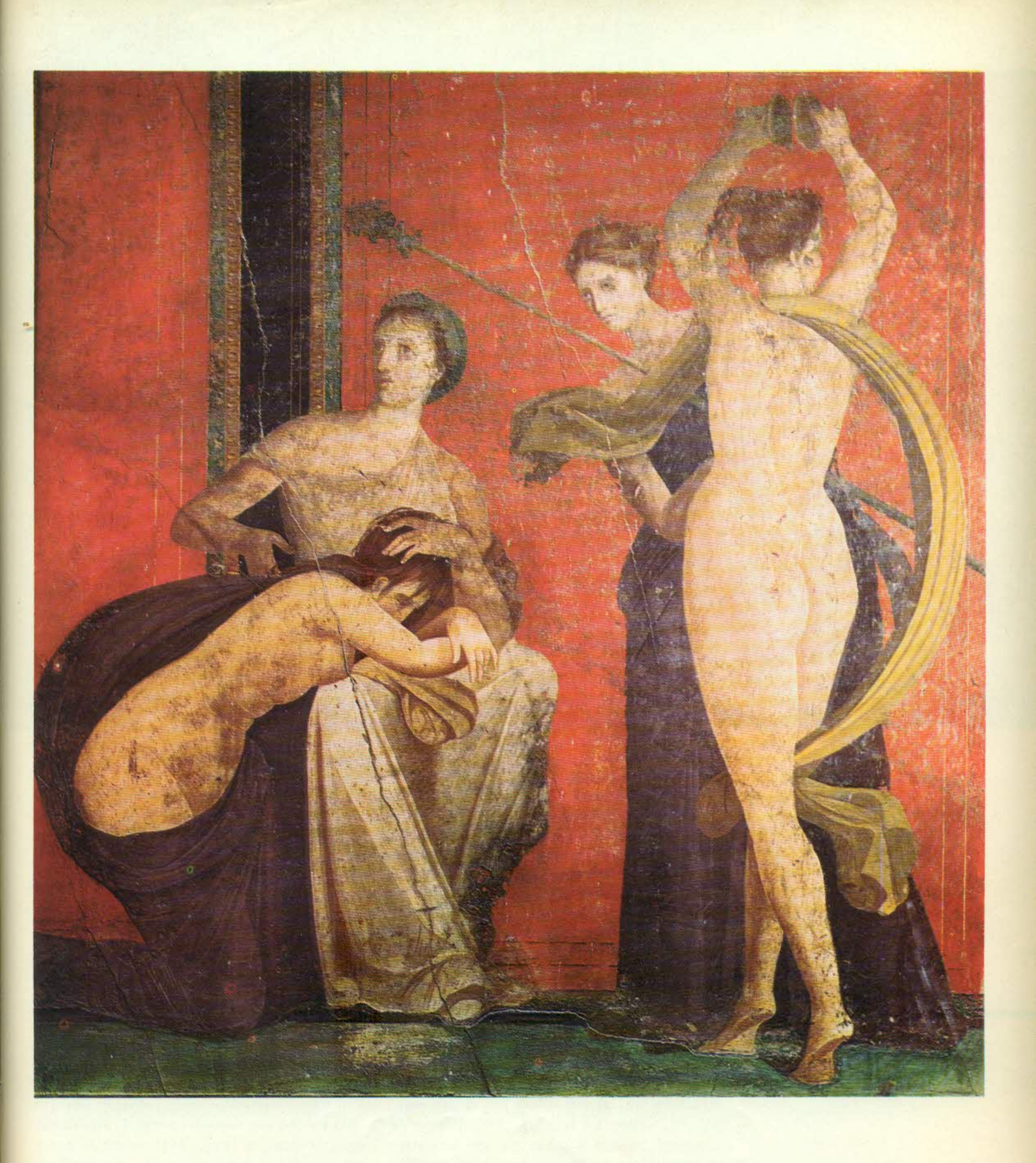
pompeyanas donde reconocemos un eco de la gran pintura griega, desaparecida completamente. En los frescos de Pompeya descubrimos escenas del mito de Medea o episodios de la guerra de Troya, como el sacrificio de Ifigenia, y hasta asuntos históricos, como el famoso mosaico en el que se representa la batalla de Issos entre Alejandro y Darío. Hay copias del gran fresco de las Tres Gracias, del Juicio de Paris, todo alejado del mundo latino, pero mantenido vivo por los poetas romanos.

Hemos hablado de las grandes bóvedas para cubrir los inmensos espacios de las termas y basílicas. Ésta es, en realidad, la gran producción latina. Nada hay en Oriente ni en Egipto que pueda compararse con los vastos espacios cubiertos con bóvedas de las termas de Caracalla y Diocleciano. Podría calificarse este género de arquitectura más de construcción que de arte, pero es tal el ingenio y la audacia de sus autores, que hay que reconocerles inspiración más como arquitectos-artistas que como meros ingenieros y sabios en mecánica y resistencia de materiales. Las obras romanas cubren todo el espacio donde el Imperio impuso su disciplina. Quedan todavía los acueductos, los grandes puentes que cruzaron los ríos de las provincias más alejadas; quedan los teatros, los anfiteatros y muchos edificios para la administración.

Es característico que de la literatura cien-



Supuesta cabeza de Séneca, pensador hispanorromano, consejero en las cortes de Calígula y Claudio y preceptor de Nerón (Museo Nacional, Nápoles). Encasillado normalmente como estoico, las diferentes tendencias de sus escritos obligan a reconocerle como ecléctico y espectador satírico de la Roma de su tiempo. Descubierta su complicidad en una conjura contra Nerón, Séneca se suicidó abriéndose las venas.



Fragmento de un fresco de la villa de los Misterios, en Pompeya, en que se representa un rito de expiación por la flagelación ritual y, a la derecha, la danza orgiástica de la flagelada convertida en bacante ebria.

tífica de la Roma imperial se conserven sólo dos obras que traten de arquitectura: una es el libro de Vitruvio, que establece las reglas y da consejos para toda clase de construcciones, y otra es la obra sobre los acueductos, de Frontino. Ambos nos han llegado sin las ilustraciones que, a no dudar, debieron acompañar al texto, pero, a pesar de ello, sobre todo en lo que concierne al tratado de Vitruvio, sirvieron muchísimo a los arquitectos posteriores ya desde el tiempo de Carlomagno.

BIBLIOGRAFIA

Aymard, A., y Auboyer, J.	*Roma y su Imperio* (tomo II de "Historia general de las civilizaciones"), Barcelona, 1960.
Ciaceri, E.	*Tiberio, successore di Augusto,* Roma, 1944 (2.ª ed.).
De Martino, F.	*Storia della costituzione romana* (2 vols.), Nápoles, 1962-1965.
Garzetti, A.	*L'impero da Tiberio agli Antonini* (tomo VI de "Storia di Roma" del Istituto di Studi Romani), Bolonia, 1960.
Homo, L.	*Nueva historia de Roma,* Barcelona, 1955.
Levi, M. A.	*Nerone e i suoi tempi,* Milán, 1949.
Mazzarino, S.	*Trattato di Storia Romana. II. L'impero romano,* Roma, 1956.
Momigliano, A.	*Claudius, the Emperor and His Achievement,* Cambridge, 1961 (2.ª ed.).
Pareti, L.	*Storia di Roma e del mondo romano. IV. Dal primo triunvirato all'avento di Vespasiano,* Turín, 1955.
Solari, A.	*L'impero romano. II. Conflitto tra senato e provincie, 14-69,* Génova-Roma, 1941.



Camafeo de sardónice con la efigie del emperador Galba (Museo Arqueológico Nacional, Florencia). El sucesor de Nerón, elegido emperador por las legiones de Hispania y de la Alta Germania, fue pronto sustituido por Otón debido a su poca liberalidad con los soldados. Elegido por los pretorianos, Otón no duró más que tres meses y le sucedió Vitelio, proclamado por las legiones del Rin.



Estado actual del anfiteatro de los Flavios en Roma, llamado Coliseo, construido por Vespasiano para ofrecer en él las luchas de gladiadores y demás espectáculos públicos. Sus graderíos tenían cabida para cincuenta mil espectadores y en su construcción se empleó gran cantidad de materiales. En tiempos posteriores, de escasa sensibilidad clásica, sus paredes sirvieron de cantera para construcciones privadas. El muro sobre las tres hileras de arcos fue mandado construir por Tito.

Flavios y Antoninos. Las provincias

Después del suicidio de Nerón, el estado romano quedó un año entero sin príncipe emperador. No había ningún descendiente de la familia de Augusto que pudiera invocar sus derechos. Sin embargo, hasta tres candidatos llegaron, aunque por breve tiempo, a llamarse "príncipes" y gobernar con posibilidades de imponerse e iniciar una nueva dinastía. Uno de ellos, Galba, se calificaba de *legatus senatus populique Romani,* esto es, un agente del Senado y el pueblo, pero murió el mismo año. Los otros, Vitelio y Otón, se enzarzaron en un combate en la Galia, junto a Bedriac. Otón, vencido, se suicidó, y Vitelio consiguió llegar a Roma.

Por fortuna, el prefecto de Egipto escogió al jefe del ejército de Judea, Flavio Vespasiano, que fue reconocido por las legiones de España, Italia y Bretaña. Vespasiano tuvo que tomar por asalto Roma, que estaba por Vitelio... Todo esto en un año, el 69. Vespasiano era de antigua estirpe latina; su abuelo había sido centurión y él mismo militar desde muy joven. Había ido de legionario a la conquista de Bretaña, como comandante de la legión de Estrasburgo. Tenía veleidades artísticas y literarias. Su reinado, que duró diez años, del 69 al 79, fue pródigo en obras públicas. Quería asegurar su popularidad con construcciones magníficas. Se



Busto de T. Flavio Vespasiano (Museo Nacional, Roma). Conquistó Galilea en poco tiempo y en vísperas de sitiar la ciudad de Jerusalén le llegó la noticia del fallecimiento de Nerón. Sus generales le animaron a proclamarse emperador y su entrada en Roma, con la aureola de la campaña judía, puso fin al desorden producido por los breves reinados del año 69.

conserva todavía su anfiteatro Flavio, que podía reunir de cuarenta mil a cincuenta mil espectadores.

Vespasiano proclamó sucesores a sus dos hijos, Tito y Domiciano. Tito sobrevivió a su padre sólo dos años, pero antes había acabado la conquista de Judea e inmortalizó esta gran hazaña con un arco triunfal a la entrada del foro romano, que todavía se conserva, edificó un templo a Vespasiano y un foro actualmente atribuido a Nerva. Y, por último, hizo construir en Roma un templo a la Paz (*immensa Romanae Pacis Majestas*). Los Flavios eran conscientes de la grandeza imperial.

El segundo hijo de Vespasiano, Domiciano, tuvo un largo reinado, del 81 al 96.

Detalle del arco de Tito que representa la entrada triunfal en Roma de los soldados romanos llevando a hombros el principal trofeo de su campaña en Palestina: el candelabro de siete brazos.



El arco triunfal de Tito que el Senado erigió en memoria del sitiador de Jerusalén. El sitio que Tito puso a la ciudad santa el año 70 duró cinco meses y, a su término, los ejércitos romanos destruyeron la ciudad y el templo de Salomón.

En su tiempo le fue anunciada la llegada de una embajada china, que no pasó del Aral, pues su jefe, llamado Pantchao, creyó poder encontrar al emperador romano en Antioquía y, al no hallarle allí, regresó sin consecuencias.

La dinastía acabó con los escándalos del tercero y último de los Flavios, que fue asesinado por sus inmoralidades y desórdenes. Para sustituirlo, el Senado nombró a uno de los suyos, Nerva, hombre adornado de grandes virtudes. Dos años después de



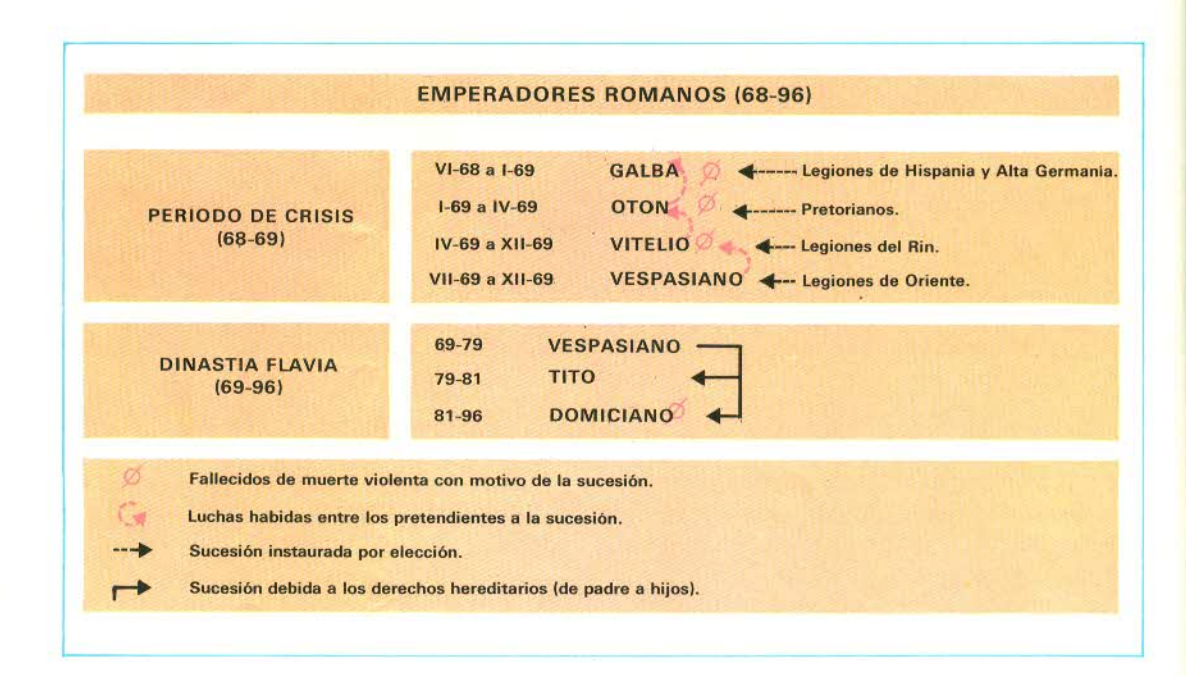
Anverso y reverso de una moneda de Vespasiano que conmemora sus campañas contra los judíos (Museo Numismático, Tel Aviv).

haber sido elegido Príncipe y Augusto, Nerva adoptaba a Trajano.

Tres meses después moría el noble viejo, y el Senado no podía hacer más que aceptar como Príncipe y Augusto a Trajano, "hijo del divino Nerva". Trajano estaba en Germania cuando fue adoptado por Nerva, y al morir éste, y creyendo que su presencia era todavía necesaria en la frontera, no partió para Roma hasta el año siguiente. Con esto ya demostró que, si bien tenía un alto concepto de sus deberes como jefe del gobierno, no estaba dispuesto a respetar las tradiciones republicanas que aún podían subsistir en el Senado.

En realidad, la conducta admirable de Trajano durante todo su reinado inauguró el sistema de gobierno personal por el mejor ciudadano del Imperio, más bien que el de un régimen presidencial con un magistrado ejecutivo y una asamblea soberana. Trajano sabía muy bien cómo se componía el Senado. Durante la República y los primeros tiempos del Imperio, el censor era el único que podía nombrar o destituir a los senadores; pero Domiciano se hizo nombrar censor y ahora era ya el emperador quien formaba a su gusto el Senado. Trajano no procedió a restaurar el poder del censor. Comprendió que para obrar bien debía tener las manos libres. Asegúrase que al entregar al jefe de los pretorianos la espada, símbolo de su dignidad, le dijo: "¡Empléala contra mí si no cumplo con mi deber, pero en defensa mía si obro bien!". Al ser elegido emperador, Trajano era todavía fuerte, aunque ya entrado en años. Tenía gran experiencia, sin exagerados prejuicios romanos, porque era provinciano, nacido en Itálica, cerca de Sevilla. No tenía ambición ni hijos que pudieran disgustarle con sus desórdenes; su esposa, tan discreta como él, le siguió en algunas de las campañas militares que emprendió.

Los que, como Dante, creen que el gobierno perfecto sólo podrá obtenerse con un césar sin tacha, no pueden hallar mejor modelo que Trajano. De sus diecinueve años de gobierno, siete los pasó en el campamento y murió en una tienda, a los sesenta y cinco de edad. Había traspasado las fronteras fijadas por Augusto, conquistado la Mesopotamia y descendido por el Tigris hasta el golfo Pérsico. Allí dicen que contempló, curioso, cómo partía una nave para la India. ¡Qué lástima no ser él entonces joven como Alejandro! ¡Pero quién sabe si Trajano no comprendió que había en su misión algo más grande y más difícil que la cabalgada heroica del macedonio a través del Asia, y



por esta razón retrocedió presuroso hacia Occidente, que necesitaba de su férula paternal!

Trajano gobernó con un grupo de amigos fieles, capaces y conscientes de la alta misión que les había sido confiada. Los conocemos poco; quisiéramos saber más de estos funcionarios excelentes que tuvieron tan alto concepto del servicio imperial. El Agripa del tiempo de Trajano parece que hubo de ser un tal Licinio Sura, del que subsiste un arco conmemorativo cerca de Tarragona. Otros debían de ser intelectuales discretos y sin vanidad política. Tenemos un tesoro de información en la correspondencia que se cruzó entre Trajano y Plinio el Joven, enviado a gobernar en Bitinia, en Asia Menor.

Plinio, sobrino del gran naturalista, era más bien un hombre de letras que un polí-

Vista de las excavaciones de Pompeya, pequeña ciudad del sur de Roma que el año 79 quedó totalmente sepultada por la erupción del Vesubio. Posteriormente, fue olvidada su existencia, hasta que en el siglo XIX una misión italiana logró poner al descubierto la mayor parte de sus edificios y reconstruyó con ellos su historia.



El emperador Tito, hijo mayor de Vespasiano (Gliptoteca Ny Carlsberg, Copenhague). Tras haber ganado la guerra contra los judíos y tomado Jerusalén, fue asociado al gobierno por su padre. Le sucedió en el año 79 y fue un excelente emperador, pródigo constructor y embellecedor de Roma, no obstante su corto reinado de dos años.

LA SOCIEDAD DEL IMPERIO EN EL SIGLO II

En la época de Augusto, el Imperio halló un perfecto equilibrio entre los polos de la autoridad central y de la autonomía local, entre la unidad y la variedad infinita de condiciones jurídicas y civiles existentes como consecuencia de las diversas tradiciones vigentes en la inmensa extensión del estado.

El siglo II consiguió llevar casi a término la nivelación iniciada en el anterior. La centralización, actuando por la fuerza del poder autocrático en su pleno vigor y en su grado más elevado de funcionalidad, contribuyó a debilitar primero y a ahogar después la vida autónoma local. Por otra parte, la misma base de la sociedad intentaba, romanizándose, unificarse según un modo de vida civil considerado como definitivo. La ciudadanía cada vez más extendida; la siempre acentuada equiparación de Italia con las provincias, a pesar de las providencias tomadas para mantener la preeminencia del antiguo centro de dominio; la amplitud, agilidad y volumen del comercio a través de una extensión geográfica hasta allí no conocida; la adecuación universal de las leyes, usos y costumbres; la misma cristalización lingüística en dos grandes áreas de idioma griego y latino, cuyos límites se establecieron en aquel siglo II, eran los aspectos más aparentes del grandioso fenómeno de la unificación realizada en el mundo civil.

Los síntomas de transformación, y más tarde de declive, del estado han de buscarse en aquel fluir de tendencias, tanto procedentes de las altas esferas como de las bajas, conducentes a un mismo fin: la más completa unidad. El poder central consideró su deber interesarse por todo y creó y perfeccionó la jerarquía de funcionarios, que proveyó al Imperio de una magna y perfecta máquina de gobierno y envió comisarios especiales a las provincias (*correctores*) y a las ciudades (*curatores*) para cuidar de las finanzas. La gran máquina funcionó bien en el siglo II, regida por la firme y personal dirección autocrática del príncipe.

Pero cuando este tipo de dirección se relajó (cosa que empezó a ocurrir bajo Cómodo) y el poder central entró en crisis, el sistema no pudo evitar degenerar hacia la burocracia: en una primera época con ventaja, dada la fuerza de la red administrativa extendida por el Imperio, que supo conservar práctica y sustancialmente el edificio imperial, trastornado por las crisis políticas. Así, *correctores* y *curatores* se transformaron en las principales autoridades de las comunidades adonde eran enviados, y de mantenedores de la autonomía local se convirtieron en sus destructores, de acuerdo con la lógica paternalística. Este hecho se vio apoyado por la creciente resistencia local a asumir las cargas económicas, resistencia determinada por la incipiente crisis financiera.

La sociedad, nivelada cada vez más políticamente y con posibilidades de ascender en la administración imperial, conservó, no obstante, netos los límites de las clases como condición del ordenado vivir civil. Las clases estaban abiertas a todos los hombres. Príncipes como Marco Aurelio no tuvieron prejuicios en aprovechar los hombres de mérito. Pero el mismo Marco Aurelio conservó y protegió rigurosamente los límites de aquéllas. No se le puede reprochar haber perseguido un programa conservador, cuando la conservación social significaba la conservación del estado. Así, ni él ni nadie en el mundo antiguo podía abolir por decreto la esclavitud. El problema de los esclavos y los libertos se resolvía en parte por el sentido más difuso y profundo de la humanidad. Pero es innegable que la abstracta cristalización jerárquica de las clases llevaba, incluso por razones económicas, a cerrar el paso a un hombre concreto. El privilegio atribuido a la clase estaría celosamente vedado a la persona.

La crisis económica ya se dejaba sentir en el siglo II en aquella sociedad latifundista, indiferente al progreso técnico y más consumidora que productora. La adquisición de mercancías de lujo representaba una pérdida continua de riqueza. El esplendor de la vida local y su prestigio, las manifestaciones fastuosas entretenían a cada clase en el disfrute de una prosperidad no saludable. Se ha hablado de la liberalidad imperial. Los restos de los edificios repartidos por todo el Imperio, y en ninguna época tan abundantes como en el siglo II, dan testimonio de gastos ingentes, no siempre destinados a obras de utilidad, en especial en los casos de munificencia privada local. Aumentó la pasión por los espectáculos, en una atmósfera de fasto al mismo tiempo barroco y agotado, preludio de un declive no sólo moral.

La misma seguridad interna y externa empezó a agrietarse. Se volvió a hablar de bandolerismo y de piratería. El empleo del ejército como protector de la seguridad pública, a la que la comunidad había provisto con sus propios medios, fue resueltamente rechazado por Trajano, pero no pudo evitarse después. Cohortes de auxiliares recibieron misiones de policía interior. Esto ocurría en el mismo momento en que el ejército hacía frente a la primera oleada del singular fenómeno de las invasiones bárbaras.

Por otra parte, el ejército, la expresión más auténtica de la nueva sociedad, se había transformado profundamente desde los jefes a los soldados e iba a actuar basado sólo en su fuerza, sin miramiento alguno hacia las nociones tradicionales del principado. La fórmula de Augusto había cumplido su misión. Los propios príncipes del siglo II, respetuosos con las tradiciones, habían ido afirmando cada vez más abiertamente la autocracia. La ficción de la monarquía sustancial y de la república formal había llegado a su fin.

A. G.

tico; poseía bienes de fortuna, muchos amigos y gozaba en Roma de gran reputación como abogado. Sin embargo, partió a la lejana provincia y desde allí consultó cada día a Trajano los problemas que se le presentaban en su gobierno. Las cartas de Plinio a Trajano dan idea de un empleado novel y algo meticuloso. Las respuestas de Trajano son muy propias de un príncipe justo, tal vez fatigado del mando, pero atento y previsor. Ambos no piensan más que en el bien público.

A la muerte de Trajano, todavía en Siria, las legiones, que rodeaban su tienda, y la viuda, que estaba presente, aclamaron a su pariente Adriano como sucesor; éste no hizo más que comunicar al Senado el "hecho consumado". Adriano, que se había educado en Grecia, era más refinado y más intelectual que Trajano, aunque también de origen español. La historia tradicional romana ha presentado a Adriano como un esteta cosmopolita y amoral. Sus grandes construcciones, sus escritos, su ascensión a la cumbre del Etna para ver salir el sol, sus viajes para visitar lugares históricos y paisajes famosos,

todo esto cuenta más en los libros de historia que sus iniciativas para reorganizar el Imperio y dar a las provincias una vida civil casi moderna. Pero en los veintiún años que duró el gobierno de Adriano puede decirse que no hubo una ciudad del Imperio que no recibiera su visita y no se aprovechara de su liberalidad. Adriano hizo de las provincias verdaderas tierras romanas. Los gobiernos de sus dos sucesores, Antonino Pío y Marco Aurelio, continuaron manteniendo el mismo tono moral de la administración. Parece un sueño, una utopía, el que fuera posible la existencia de cuatro príncipes perfectos, uno después del otro, gobernando el mundo por un período de ochenta años.

He aquí un párrafo de las *Meditaciones* de Marco Aurelio: "Yo tuve en mi antecesor y padre adoptivo, Antonino Pío, un ejemplo de sencillez y firmeza, de desprecio de las vanidades, de diligencia y de perseverancia... Él daba audiencia a todo el mundo y respetaba los derechos de cada uno; él sabía cuándo y cómo tenía que descansar, lo mismo que la mejor manera de aprovechar el trabajo. Él me enseñó a perdonar a los que se propasen conmigo y a conducirme como un igual entre las gentes; a distribuir mis afectos, no cambiando de amigos a todas horas ni entregándome a ellos ciegamente. De él aprendí a no depender de nadie y aceptar mi destino, sea el que fuere; a ser precavido en los negocios públicos y no desdeñar el estudio de los asuntos por pequeños que parecieren, sin caer tampoco en puntillos de afectación. Él me demostró que debía estar siempre por encima de los juicios del vulgo; me enseñó a adorar a los dioses sin superstición y servir a la humanidad desinteresadamente; a ser sobrio, a no entusiasmarme por vanas novedades, a contentarme con poco, a apreciar los bienes que tengo en mi mano y a no desesperarme por su pérdida. De él aprendí a no ser un sofista ni un pedante, sino un hombre práctico que vive en este mundo; a tener buenos modales, a ser limpio y a cuidar de la higiene, sin depender demasiado de los médicos... Siempre prudente y moderado, Antonino nunca se entregó con exceso a la manía de construir edificios ni fue excesivo en sus dádivas al pueblo. Pensó sólo en cumplir con su deber, sin cuidarse de lo que diría la gente...".

Éste es el elogio de Antonino Pío, hecho por Marco Aurelio. Nadie lo ha desmentido. A su vez, la posteridad unánimemente ha hecho el elogio de Marco Aurelio. ¡El ideal de Platón, que quería un filósofo jefe de la república, se había realizado! Y no sólo una *polis,* sino un vasto imperio estaba administrado por un filósofo estoico. Marco Aurelio no fue un erudito como Alfonso el Sabio ni un aficionado a la filosofía como Pericles o Federico de Prusia, sino un pensador origi-



Moneda del emperador Tito con su efigie y rotulada con su nombre completo.



Cabeza de Domiciano, segundo hijo de Vespasiano y sucesor de Tito en el Imperio (Museo Arqueológico Nacional, Madrid). Continuador de la política financiera de su familia, dio mayor auge a los bienes del estado y saneó la administración. Sus conquistas se concentraron en la Britannia y Germania, que cedieron nuevas tierras al Imperio. En sus últimos años acentuó la política de represión, la cual hizo surgir una oposición que puso fin a su vida.



Relieve de un legionario romano destacado en la Alta Germania (Landeshaoptstadt, Wiesbaden). Bajo Domiciano, la frontera del Imperio con los bárbaros se desplazó hacia el Norte y se materializó en una muralla con torres desde las que se vigilaba el "limes" germánico.

nal cuyos escritos no dejan duda de su sinceridad. Su familia era cordobesa, pero él fue educado en Roma. Antonino Pío no sólo lo adoptó, sino que lo casó con su hija Faustina, a quien Marco Aurelio llama "mi pequeña mamá". Faustina le acompañó en sus viajes y murió lejos de Roma, en Capadocia, adorada por los soldados, quienes la llamaban *Mater Castrorum,* la madre de los campamentos.

Es interesante advertir que Marco Aurelio no trató de mejorar la Constitución, sino que se condujo dentro del orden de cosas existente. El emperador se mostró más bien respetuoso con el Senado, consultándole en todos los asuntos graves por medio de "relaciones" escritas que leía él en persona. Los diecinueve años del reinado de Marco Aurelio estuvieron llenos de terribles dificultades. Existía el problema eterno de las fronteras, que Trajano había tratado de resolver castigando a los belicosos vecinos del otro lado del Éufrates y del Danubio y anexionándose sus tierras. Adriano prefirió retroceder, y esto animó a los bárbaros. Marco Aurelio tuvo que atacar otra vez en el Asia y en la Europa central. En la tienda de campaña fueron escritas, pues, muchas de sus *Meditaciones.* Oyendo a veces los cantos soeces de los soldados o respirando el hedor de los cuerpos insepultos, el emperador se pregunta: "¿Estás contento de haber hecho lo que te exige la naturaleza o quieres ser recompensado, como si el ojo esperara paga para ver, o el pie pidiera sueldo para andar?". Él, como emperador, es una parte del Todo, que contiene no sólo la humanidad, sino la naturaleza y hasta Dios. Como emperador debe servir, marchar, pelear, mandar..., no tiene nada de que quejarse ni de que alabarse. Para los que creen que la bondad de un gobierno depende únicamente de la capacidad de los gobernantes y que el régimen no interviene en ello, el ejemplo del emperador filósofo es una lección para enseñarles que no basta la dictadura de los mejores.

A la muerte de Marco Aurelio fue elegido su hijo Cómodo, incapaz; tras cuatro grandes príncipes perfectos, casi es inevitable, si la Constitución no dispone lo con-

trario, que el gobierno se haga hereditario. Pero Cómodo fue asesinado; aunque gobernó como colega de su padre, y hasta le acompañó en sus últimas campañas, pronto se mostró indolente y brutal. Nuevamente se repitió el escándalo de conspiraciones, terrores y despotismos del primer siglo del Imperio. En los años que median del 180, en que muere Marco Aurelio, hasta el 283, año de la proclamación de Diocleciano, se suceden, juntos o aparejados, hasta veintinueve emperadores. Por lo que, descontando los trece años del gobierno de Cómodo y los veinticuatro de Septimio Severo y Caracalla, los restantes arrojan un promedio de dos años para cada emperador.

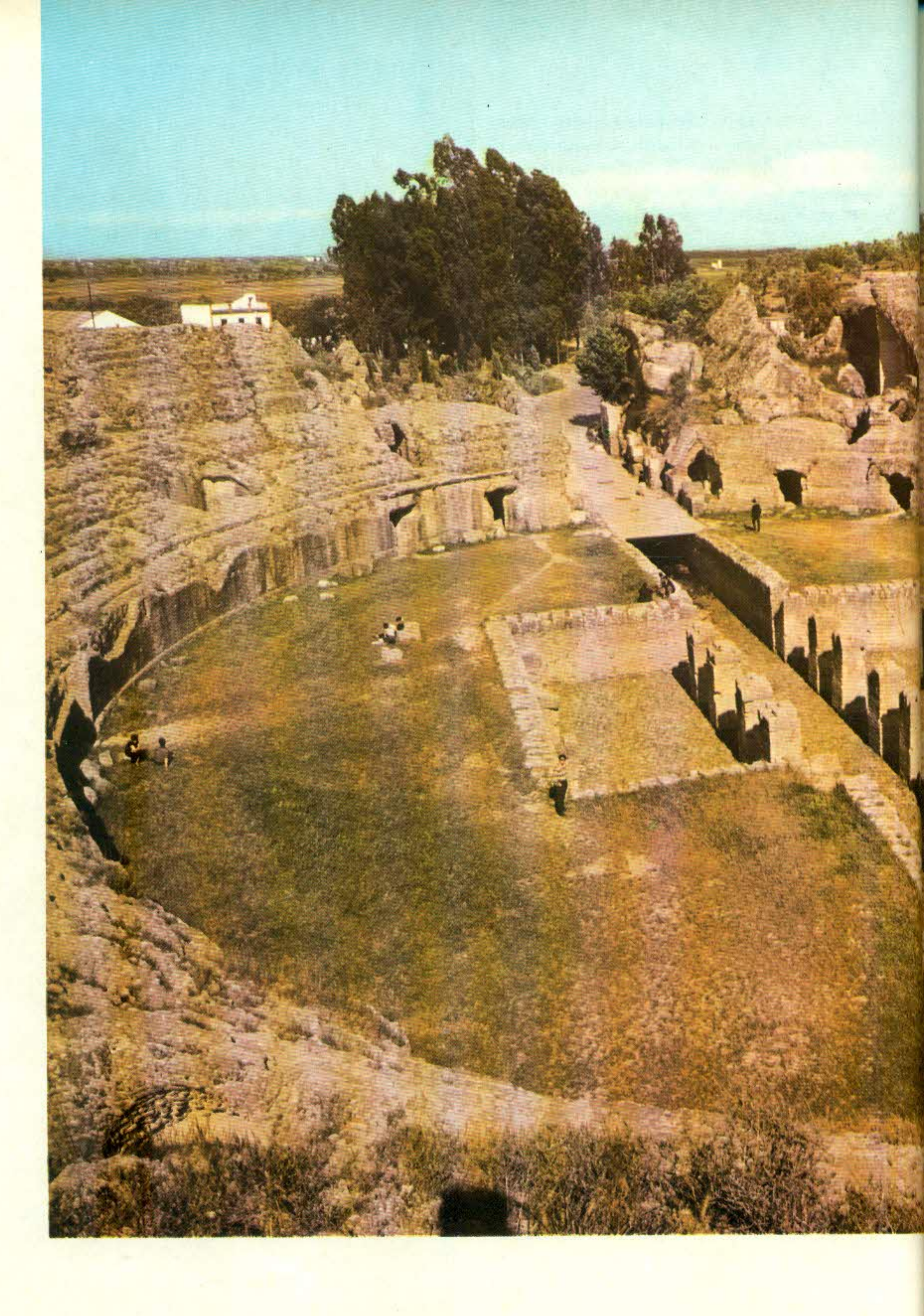
Sin embargo, a pesar de tantos desórdenes, el Imperio continúo subsistiendo por lo que en él quedaba aún vivo de la tradición republicana. Durante la República, al empezar a anexionarse territorios, se gobernaron con ex cónsules o ex pretores, que recibían la administración de una provincia para compensarles de su servicio gratuito de cónsul o pretor en Roma. Estos ex cónsules y ex pretores tenían el derecho de administrar justicia, del que carecían tribunos y censores. Podían, pues, servir para gobernar un país cuyos servicios estaban más simplificados que en Roma, pero donde no podía faltar alguien para hacer justicia con capacidad de juez.

Además, de todos los magistrados romanos sólo los cónsules tenían el mando del ejército; por tanto, en los territorios donde había peligro, y donde estaban acuarteladas las legiones, era indispensable un cónsul o ex cónsul con poder consular. De aquí la división de provincias en dos clases: las que tenían guarnición militar eran *consulares;* las ya pacificadas eran *pretoriales,* o regidas por pretores. Para facilitar la gobernación se fue aumentando el número de pretores a medida que se iban anexionando territorios: llegó a haber hasta cuarenta pretores en Roma, pero con los cónsules esto fue imposible, porque su carácter sacratísimo no permitía que fuesen muchos. Nunca hubo más de dos cónsules, pero se extendió el tiempo de gobierno en las provincias y algunos procónsules conservaron su gobernación tres y cuatro años. Otra solución fue la de elegir cónsules cada pocos meses, y así tener más ex cónsules a fin de año para el gobierno de las provincias.

Durante el Imperio subsistió este régimen, cambiando tan sólo los nombres. Las provincias quedaron clasificadas en dos categorías: las *imperiales,* que dependían del emperador, quien tenía la potestad proconsular sobre todo el Imperio, y las *públicas,* a cargo del Senado. Cuáles eran de una clase y cuáles de la otra, lo decidía el emperador; éste, a veces, juzgaba necesario mantener un cuerpo de ejército en una provincia que hasta entonces había sido del Senado, y automáticamente recaía bajo la jurisdicción imperial. Pero hasta cuando los cargos públicos en Roma eran provistos con candidatos propuestos por un emperador tirano, incluso entonces su período preliminar de servicio en la capital valía tanto como un curso de derecho político y de administración provincial. No importaba que, en los meses de sus funciones en Roma, careciesen de independencia y fueran sólo ejecutores de la voluntad de un Calígula o un Nerón; el caso es que aprendían la rutina y los procedimientos de gobierno. Roma era, pues, una especie de escuela para ejercitarse en el gobierno aquellos funcionarios que iban a provincias.

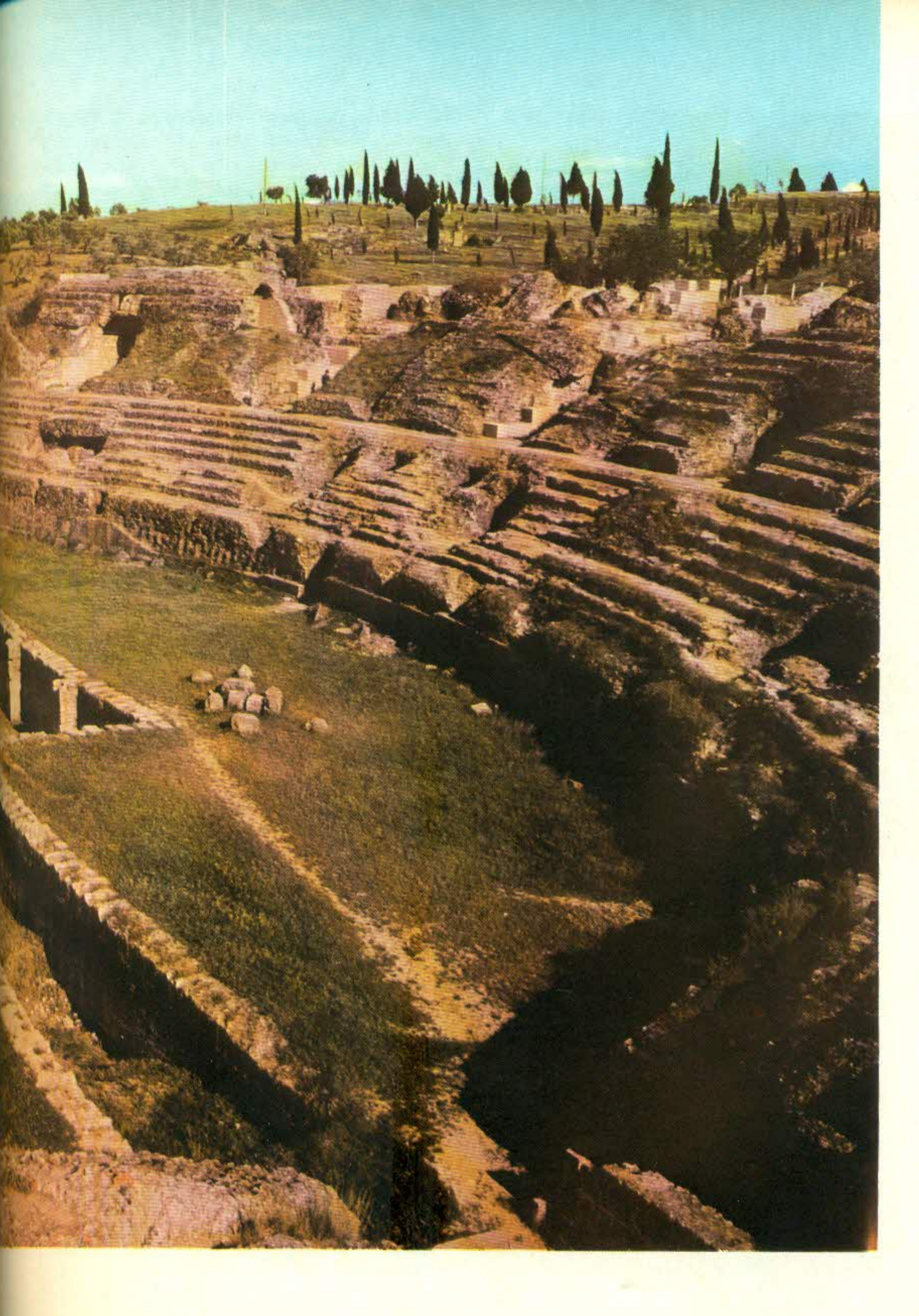


Busto del emperador Nerva, de familia senatorial romana, a quien los asesinos de Domiciano eligieron para sucederle (Museo del Louvre, París). A pesar de llevar con acierto la gestión imperial, no logró contentar a los pretorianos y, para darles gusto, asoció a su gobierno como césar y sucesor a su hijo adoptivo Trajano. Nerva inaugura la dinastía Antonina y la costumbre de transmitir el poder por adopción.



Los procónsules y ex pretores marchaban a su gobernación con un séquito que nombraba el Senado, aunque a propuesta del propio gobernador. Estos auxiliares subordinados eran el cuestor, que hacía las veces de tesorero, y un número de legados, que iban para ayudar y, sobre todo, para adquirir experiencia. Así, el procónsul o pretor asumían reunidos, en la provincia, los poderes ejecutivo, legislativo y judicial. Si era una provincia consular, con un cuerpo de ejército, el gobernador tenía que mandarlo como general y a menudo dirigir una campaña. Aunque había en las provincias *concilios,* o asambleas provinciales, el gobernador tenía que promulgar a veces ordenanzas para nuevos casos que no estaban previstos en la "costumbre" local, siempre respetada por la administración romana; por último, tenía que administrar justicia.

Recorría el gobernador sus distritos, llamados *conventus,* en una especie de visita pastoral; en España había siete conventos en la Tarraconense, cuatro en la Bética y



Ruinas del anfiteatro de la población bética de Itálica, donde nacieron M. Ulpio Trajano el año 53 y P. Aelio Adriano el 76 de nuestra era.

tres en la Lusitania. En cada distrito existían una o varias ciudades donde el gobernador acostumbraba detenerse para resolver pleitos de su jurisdicción, lo que hacía asesorado siempre por un grupo de ciudadanos romanos establecidos en el país. El gobernador no debía entender en todos los casos. Algunas ciudades tenían privilegios establecidos por su fuero, o carta de fundación, y otros que se les otorgaron más tarde. Por alguno de estos privilegios se les concedía precisamente el derecho de administrar justicia sin esperar la visita del gobernador. En la mayoría de las ciudades los magistrados municipales podían resolver querellas entre esclavos y pleitos por pequeñas deudas. Por ejemplo, en la ley de Málaga, que subsiste grabada en bronce, se dispone que los pleitos por menos de mil sestercios serán de incumbencia de la autoridad local.

Del itinerario del viaje y los trabajos de un gobernador nos entera la correspondencia de Cicerón cuando fue a gobernar la Cilicia. Había sido cónsul el año 63; le toca-



ba, pues, una provincia consular, de frontera y con ejército. Hubiera él preferido, claro está, Grecia o Sicilia, pero éstas no eran consulares; le tocó en suerte la Cilicia, tierra más o menos clásica, con un pasado histórico respetable. Ya antes de salir de Roma redactó su *edicto,* en que se contienen los principios de justicia con que se proponía gobernar. Todos los gobernadores hacían lo mismo, copiándoselo uno de otro. Cicerón no fue una excepción, pues se limitó a copiar el edicto de su predecesor, el incorruptible Escévola, con algunas variaciones.

Cicerón llegó a Laodicea el 31 de julio e inmediatamente empezó a fallar casos en el tribunal. Un mes más tarde estaba en Iconium, donde pasó revista al ejército; de allí fue a Tarsos, adonde llegó el 5 de octubre. En seguida tuvo que emprender una expedición militar contra las tribus del monte Amanus. Esta campaña le ocupó hasta mediados de diciembre. De vuelta a Tarsos descansó algunos días, muy pocos, pues el 5 de enero del año 51 estaba de nuevo en Laodicea. Allí otra vez administró justicia hasta el 7 de mayo; todavía volvió a Tarsos para resolver algunos pleitos pendientes. Por fin, el 3 de agosto se embarcaba para Italia. ¡Qué ajetreo para un abogado de temperamento algo metafísico como Cicerón! ¡Y qué cara había pagado su vanidad de ser cónsul! Casi no compensaba tener inscrito el nombre

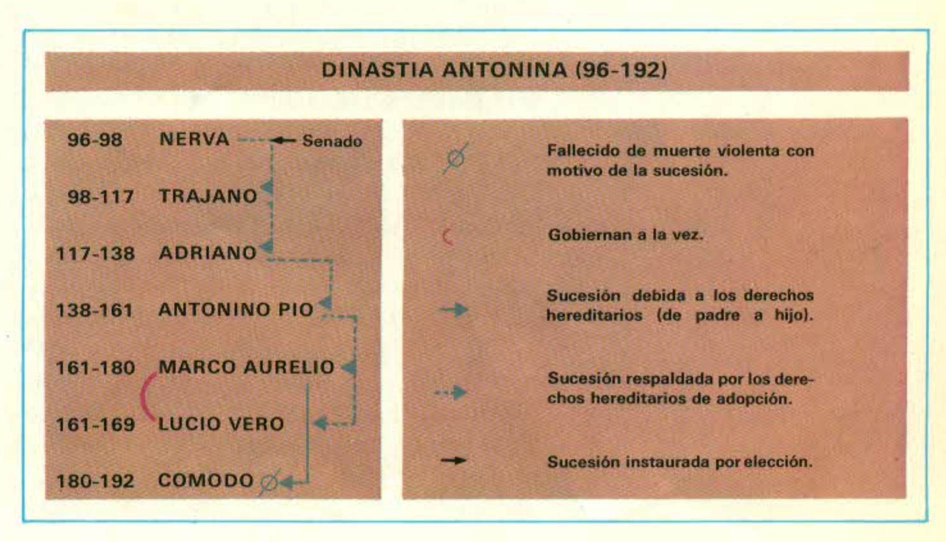
Busto de Trajano, el primer emperador proveniente de una provincia del Imperio (Museo del Capitolio, Roma). Su espíritu militar, que le retuvo en el campo de batalla hasta dos años después de la muerte de Nerva, movió sus posteriores campañas triunfadoras contra dacios y partos. Soldado entre sus propios soldados y humanitario en considerar las miserias de sus súbditos, fue querido por el ejército y por el pueblo.



Arco de triunfo que el Senado dedicó a Trajano en la ciudad de Benevento, en la Campania. Cabe destacar el buen estado en que se conservan sus relieves, referentes todos ellos a la vida del emperador y a los hechos de su Imperio.

en los fastos consulares por toda una eternidad si para ello se había de pasar un año fuera de Roma, lejos de la familia y de los libros, persiguiendo bandidos y fallando disputas de provincianos...

Otros aprovechaban el año de su gobernación para hacerse ricos, y no con el sueldo, porque entonces ni los gobernadores ni los de su séquito recibían estipendio alguno; la provincia les facilitaba lo necesario, pero nada más. Las fortunas fabulosas que acumularon algunos gobernadores provenían del abuso que hicieron de su poder; por ejemplo, podían señalar el lugar donde tenía que alojarse la guarnición, y las ciudades detestaban semejante "honor" por el





Este relieve de la columna de Trajano representa una escena diaria en los campos de batalla romanos: unos soldados curando a sus compañeros heridos.

gasto excesivo que implicaba para ellas. El gobernador tenía que vigilar a los recaudadores de contribuciones, disponía la construcción de las vías militares, regulaba y prohibía los gastos en las ciudades, podía resolver o dar largas a los pleitos, etc., es decir, cosas que a los poco escrupulosos debían procurarles abundantes donativos.

Cuando los gobernadores eran también generales del ejército, tenían el derecho de conceder la ciudadanía romana, y no hay que decir si estarían dispuestos los provincianos ricos a comprar este derecho de un gobernador venal. Ellos sabían bien lo que esto significaba: *Cives romanus sum,* dice San Pablo, e inmediatamente se le reconoce el derecho de apelar a Roma. Con esta sola excepción, el gobernador podía imponer hasta sentencia de muerte, porque los provincianos vivían constantemente bajo la ley marcial. En Oriente, el gobernador ocupaba los antiguos palacios reales; en Sicilia vivía en el palacio de Hierón, y en las nuevas provincias se habían construido pretorios en las ciudades más importantes.

Dado el carácter que hemos calificado de absoluto del gobierno provincial, el lector se preguntará cómo podían evitarse abusos y crímenes todavía más escandalosos que los que encontramos en la propia Roma. El gobierno provincial romano carece de aquella sabia distribución de poderes que echamos de ver en el imperio español de América, con el virrey y la Audiencia en la colonia, y el rey y el Consejo de Indias en España, que mutuamente se fiscalizaban y restringían su poder. Pero ya se descubre en la administración imperial romana algo parecido a las famosas *residencias* de los virreyes americanos: al partir un pretor, el concilio provincial se reunía para juzgar todos sus actos, dándole un voto de gracias, o enviando a Roma un memorial de agravios, que se dirigió primero al Senado y después al emperador.

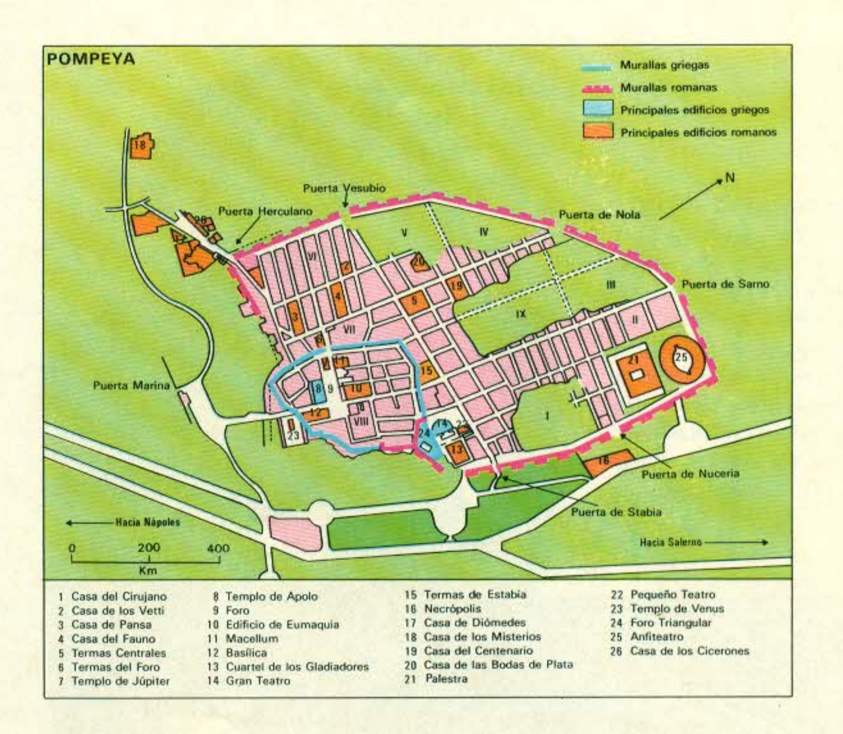
En casos de ofensas graves, la causa era llevada a los tribunales y los mejores abogados de Roma no reparaban en atacar al gobernador inmoral con discursos fulminantes. Algunas veces se llegaba a castigarlos con multas o destierro, penas ambas que poco aprovechaban a las provincias perjudicadas; pero el escándalo podía escarmentar a los futuros gobernadores. Cicerón vocifera contra Verres, que había esquilmado a Sicilia, en párrafos que parecen de Jeremías: "Todas las provincias llevan duelo, todos los pueblos que eran libres se lamentan, todos los reinos se quejan de nuestra ambición", etc. Más tarde, poetas como Marcial y Juvenal hacen burla de castigos que consisten en mandar al ex pretor que salga de Roma para que goce de sus riquezas mal adquiridas en una villa cerca de Nápoles.

Sin embargo, no hay que olvidar que en el primero y el segundo siglos de nuestra era, y precisamente debido a la organización imperial romana, el mundo gozaba de tal prosperidad, que las exacciones e injusticias no tenían excesiva importancia. Por vez primera se comerciaba libremente de un extremo al otro del Mediterráneo; inmensas extensiones de nuevas tierras se habían roturado en el Occidente, y hasta las primitivas industriales locales, en las que se había venido perfeccionando la técnica, se relacionaban ahora con mercados extranjeros que solicitaban sus productos. ¿Qué daño irreparable podía hacer a una provincia, a una ciudad y hasta a un individuo un pretor venal que les arrebatara con multas y exacciones buena parte de sus bienes? No resultaba demasiado difícil recuperar lo perdido por otros caminos, y por esto los cohechos de una política corrompida no sublevaban a los perjudicados.

A medida que se iba robusteciendo la autoridad imperial, se fue haciendo más activa la intervención del emperador en la

administración de las provincias. Primero empezó enviando un legado, como inspector suyo, hasta a las provincias públicas, que dependían del Senado. Pronto el legado imperial tuvo más influencia que el procónsul, porque el emperador ejercía de juez supremo de apelación para resolver las quejas de las provincias, y el informe de su legado era decisivo. Otra innovación beneficiosa fue la de asignar un sueldo a los pretores; éstos eran, a veces, oficiales de administración que no actuaron previamente de cónsul o pretor en Roma. Emperadores como Trajano o Adriano, venidos de provincias, es natural que eligieran a sus funcionarios teniendo en cuenta los méritos de cada uno y no los derechos adquiridos sirviendo al estado dentro de las murallas de Roma.

Además, las provincias, sobre todo las del Oeste, crecieron en capacidad política.



EL CRISTIANISMO

En el siglo II, la presencia del cristianismo, la religión nacida en Judea en tiempos de Augusto y de Tiberio, ya no podía ser ignorada. La política religiosa del principado había sido regulada sobre cánones que consideraban mayormente el valor político de la religión, de conformidad con el resto de la tradición romana. Conservado el culto tradicional, afirmado el culto imperial, en la confrontación con las otras religiones regía una actitud de aceptación curiosa y supersticiosa, sobre todo a nivel popular, y, por parte del estado, una actitud de tolerancia que no tenía más límite que las exigencias de orden público y el respeto a las instituciones. Ahora bien, por imputación del pueblo hebreo al débil procurador, desde su origen la Pasión de Cristo se presentó como rebelión al césar. La novedad sublime del credo cristiano, la natural diferencia con respecto a otras religiones, exceptuada la hebraica, la pureza insólita de los ritos y la conducta de los adeptos, incomprensible a la mentalidad corriente, ya presentaban la nueva religión como algo sospechoso ante los atónitos ojos de los demás.

La negación del politeísmo, el rechazo de los cultos humanos, la difusión entre la plebe urbana y entre esclavos y libertos (y de aquí la potencial amenaza al orden social), la organización en sociedad visible, la habrían hecho chocar, tarde o temprano, con el mundo oficial, en especial cuando la acusación de impiedad coincidiera con la resistencia al culto del emperador o bien cuando la alteración del orden en las comunidades locales estuviera perseguida por las leyes de la seguridad pública.

El primer ruidoso episodio de las persecuciones en Roma, adonde habían llegado los apóstoles Pedro y Pablo y donde florecía una comunidad cristiana desde tiempo de Claudio, se produjo bajo Nerón, cuando el príncipe atribuyó a gente ya odiada la culpa del incendio del año 64, que el pueblo le atribuía a él. Aunque nadie creyó en la justificación oficial de la matanza subsiguiente, y las víctimas fueron compadecidas por su manifiesta inocencia respecto a aquella acusación específica, el castigo se consideró justo por las culpas que se creían ligadas a los que profesaban el cristianismo. En esta errónea convicción popular, explicable por el escaso conocimiento real de la doctrina y de las prácticas cristianas, y en la tradicional desconfianza hacia las asociaciones (no por una ley específica que prohibiese el cristianismo de manera explícita) se basan las sucesivas confrontaciones entre sociedad y mentalidad paganas y la nueva religión, entre el estado y la cada vez mejor desarrollada organización, la Iglesia.

En ocasiones, la hostilidad de las masas obligó a los propios órganos de gobierno a ordenar represalias desproporcionadas con respecto a las intenciones oficiales de salvaguardar el orden, como testimonian, bajo Trajano, Adriano y Antonino Pío, célebres documentos, como las cartas 96 y 97 del libro X de las *Epístolas* de Plinio el Joven y el llamado rescripto de Adriano a Minicio Fundano. Las autoridades estaban deseosas de dominar el único movimiento que tenía una estructura jerárquica y que por varias regiones daba origen a disturbios, sobre todo en las ciudades asiáticas, donde los cristianos eran muy numerosos. Pero las garantías establecidas acerca de la presentación de las acusaciones y la regularidad de los procesos hicieron que éstos se resolvieran con ventaja para los cristianos. El cuidado empírico de las necesidades según los lugares y las circunstancias y la acostumbrada ecuanimidad romana consiguieron establecer, por casi todas partes y durante largos años del siglo II, una situación de satisfactoria tolerancia, en la que pudieron florecer los escritores, que hicieron llegar hasta los emperadores sus apologías y fundaron un imponente cuerpo de doctrina, no toda, sin embargo, ortodoxa, pues el siglo II vio también el inicio de las principales herejías.

En tiempos de Marco Aurelio, y mientras la disputa pagano-cristiana alcanzaba un plano filosófico, la tradición pagana se defendía (Celso), la apologética cristiana contraatacaba e iniciaba ya la conciliación de la Iglesia y el Imperio, y la organización eclesiástica, con centro en Roma, se establecía fuertemente, el príncipe, ideológicamente adverso al cristianismo y, sobre todo, diligente en el cuidado del orden público, acentuó la represión oficial y los cristianos sufrieron persecuciones casi siempre esporádicas y ligadas a circunstancias locales, pero duras, como las de Lyon y Vienne en la Galia (177 ó 178).

A. G.



El emperador Adriano, según se representa en un relieve del arco levantado a su memoria en Roma. El sucesor de Trajano, natural también de Hispania, fue un gobernante justo, dadivoso y, por tanto, muy apreciado. Intelectual y nunca fatigado de saber, recorrió prácticamente todo el Imperio y en todas partes se le levantaron monumentos. Su profundo espíritu escéptico se manifestó en la amplia tolerancia religiosa de su reinado.

Los concilios provinciales no pasaron de ser asambleas religiosas en que sólo en casos excepcionales se trataban materias de administración. Se reunían una vez al año y generalmente en el templo de Augusto y Roma, levantado en la capital de cada provincia; pero, en cambio, los municipios fueron aumentando en número y categoría. En un principio, las únicas ciudades que tenían personalidad política eran las *ciudades colonias,* fundadas por veteranos o colonos romanos. Había *ciudades federadas,* con privilegios, y por fin *ciudades estipendiarias,* que estaban sujetas a tributos y no tenían fuero especial. Los escritores romanos nos han dejado poquísimos detalles de la vida municipal en provincias; sólo por las leyes grabadas en bronce de Málaga y Osuna conocemos algunos detalles sobre la manera de regirse, por lo menos, dos ciudades españolas. Las inscripciones latinas completan la información, y, por lo que se ve, el régimen debía de ser casi uniforme en todo el Imperio.

Las ciudades se gobernaban con dos magistrados, llamados *duunviros,* que, a imitación de los cónsules en Roma, tenían el poder por un año y no recibían sueldo ni compensación de ninguna clase. Al contrario, se esperaba de ellos que agradecieran el nombramiento con un convite en que no podían faltar, según las leyes de Hispania, pasteles y vino. Los letreros de las calles de Pompeya, que a menudo hacen referencia a elecciones, nos prueban que hasta las mujeres tomaban parte en las elecciones municipales.

Al servicio de los duunviros estaban los ediles, elegidos por voto popular, quienes cuidaban de la limpieza de las calles y la reparación de los edificios públicos. Dos secretarios tesoreros, o cuestores, completaban la administración local. Existía además en las ciudades romanas un embrión de consejo municipal, llamado *Ordo decuriorum,* formado por ciudadanos distinguidos, en su mayoría ex magistrados, que conocían la técnica del gobierno de la ciudad. Por fin, cada provincia y también cada ciudad ponían empeño en hallarse bajo la protección de un personaje influyente en Roma, que era el *patrón* del pueblo; éste, a semejanza de los diputados en los parlamentos del pasado liberalismo, cuidaba de los provincianos cuando iban a la capital y los defendía cerca del gobierno central.

Este sistema parece haber funcionado maravillosamente; por lo menos, con él se ve prosperar a las ciudades y existen pruebas palpables de que los ciudadanos quisieron competir en la mejora de los servicios públicos. Innumerables construcciones, como acueductos, puentes, cloacas, muestran aún las inscripciones que conmemoran al personaje oficial o al acaudalado ciudadano que hubo de sufragarlas de su bolsillo. Roma había conseguido contagiar su ansia constructora a los pueblos a ella sometidos; era éste, de todos modos, un barniz puramente superficial de civilización que no tuvo tiempo de penetrar tan adentro como la cultura moderna.

Se equivocaría el que creyera que las provincias vivían una vida que podríamos llamar *clásica,* con los dioses olímpicos en lo alto, el emperador como un césar o supremo regulador en Roma, y una vida civil uniformemente extendida por campos y lugares. No, la barbarie del campesino provincial y las viejas supersticiones prehistóricas de estos pueblos antiguos perduraban con toda su fuerza y entraban hasta en la misma Roma.

donde había gentes ansiosas de participar en los cultos extraños y las exaltaciones exóticas de dioses desconocidos.

En cambio, toca aquí decir algo de las tareas civilizadoras que tuvieron que realizar las legiones. El soldado romano no sirvió únicamente para conquistar, sino que valió todavía más para conservar lo conquistado. Hasta en las épocas de mayor decadencia, el ejército romano mantuvo algo de la primera milicia republicana, formada sólo por ciudadanos libres. En los orígenes de Roma, el ejército era el conjunto de los ciudadanos convocados en épocas de revuelta para reprimir *tumultus* o disturbios. En un principio, la milicia de Roma se organizó en unidades de tres mil hombres, llamadas *legiones*. Cada cónsul tenía el mando de dos legiones y esta tradición subsistió hasta en los tiempos imperiales, pero el número de legionarios aumentó hasta cuatro mil quinientos y luego a seis mil. A pesar de abrirse las filas de las legiones a los extranjeros y aun a mercenarios, cada legión conservó sus derechos y tradiciones. Además de un cuerpo de ejército, la legión era una cofradía militar o asociación religiosa. Los legionarios se reclutaban por un período de dieciséis años,



Vista de la muralla de Adriano, al norte de Inglaterra, mandada construir por el emperador como defensa contra los pueblos bárbaros de Escocia, que atacaban continuamente a las legiones. La fortificación alcanzaba ciento veinte kilómetros de longitud, cinco metros de altura y dos de espesor.

Restos del arco de triunfo de Adriano en Eleusis, Grecia. El más culto de los emperadores romanos visitó Grecia no sólo como obligación de gobierno, sino para satisfacer sus ansias de saber. Allí restauró monumentos clásicos, mandó construir otros nuevos y se inició en los misterios de Eleusis.

vivían a veces cerca del cuartel, en chozas, con su mujer, y sus hijos nacían en la frontera. En estas condiciones no es de extrañar que cada legión tuviera su dialecto especial, sus supersticiones y leyendas, siendo tan vivo su espíritu de cuerpo, que al sobrevenir desastres militares, si quedaba exterminada una legión, era casi imposible reclutarla de nuevo.

Los campamentos eran, pues, verdaderas ciudades, de planta rigurosamente rectangular y dos vías principales que se cruzaban en ángulo recto. A estas ciudades militares acudían los bárbaros para vender los productos naturales de la región, y de paso aprendían algo de las costumbres romanas. Las legiones estaban acuarteladas siempre en lugares de peligro; por esto los campamentos tenían foso y murallas, con torres a distancias regulares y sólo cuatro puertas, una en el centro de cada lado. A veces los campamentos estaban unidos entre sí por un sistema de murallas, y hasta las legiones construyeron trincheras para impedir la comunicación entre los bárbaros sometidos y aquellos otros que se reputaban indomables.

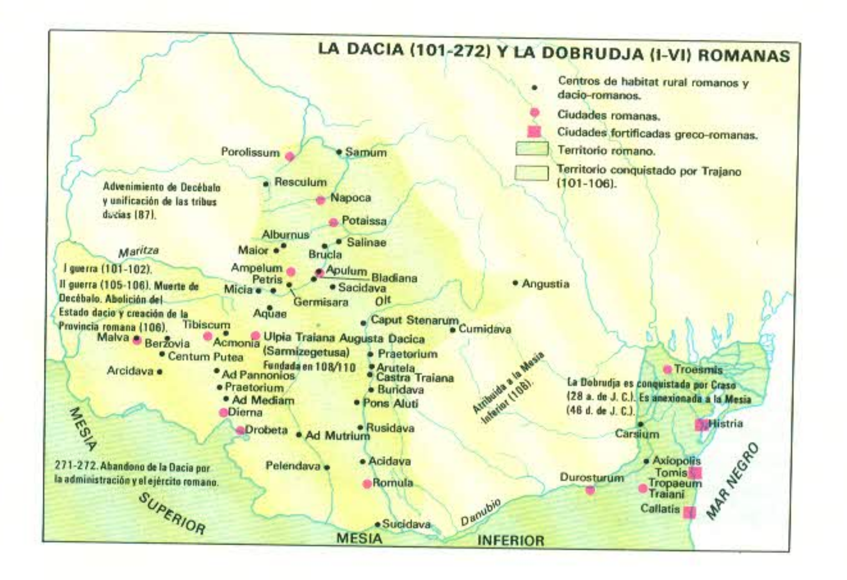
Por una supervivencia de antiguas costumbres, las legiones abrían caminos, desecaban pantanos y construían puentes para poner en comunicación los campamentos con las ciudades. El canal de Mario, en Nar-



Imponente mole del castillo de Sant'Angelo, cuya primitiva construcción fue tumba de Adriano.

bona, es una de las primeras muestras de este trabajo urbanizador. Muchas de las grandes ciudades de la frontera del Rin, como Maguncia, Colonia, Bonn, Basilea, fueron obra de las legiones. Porque, según la lista que nos ha conservado Tácito, en su época, de las veinticinco legiones que constituían en total el ejército romano, ocho de ellas estaban apostadas en la frontera del Rin. En cambio, una guarnición de mil doscientos hombres bastaba para las Galias en el segundo siglo de nuestra era.

Las guarniciones a veces estaban acuarteladas en el campamento rodeado de murallas como una pequeña ciudad urbanizada según el sistema clásico de dos calles, *cardo* y *decumanus,* que se cruzaban en el centro,



ORGANIZACION PROVINCIAL EN EL IMPERIO ROMANO

Legado imperial (Inspección)

General en jefe del ejército

Legatus Augusti pro praetore

Poder legislativo-ejecutivo-judicial

Procónsul

Gobernador

Emperador

Memorial de agravios

Gobernador

Concilios (Asambleas provinciales)

Memorial de agravios

Senado

Imperiales | Públicas

Ciudades estipendiarias

Ciudades federadas

Ciudades colonias

Municipios

Conventus (distritos)

Provincias

Consulares (guarnición militar) | Pretoriales (pacificadas)

Gobernador

Gobernador

Procónsul

Pretor

Patrón (en Roma)

Duunviros

Ediles

Cuestores

Ordo decuriorum (Consejo municipal)

Organización con anterioridad a Octavio Augusto.

Busto del emperador Antonino, a quien el Senado, debido a su bondad y al respeto que tuvo a la voluntad de su padre, honró con el sobrenombre de Pío (Museo de las Termas, Roma). Antonino Pío fue quizás el emperador más querido por el pueblo, pero tanto la administración pública como la integridad del ejército se resintieron de su debilidad.



Relieve de la columna de Marco Aurelio en Roma, en donde se halla representado el emperador, montado en una cuadriga, entrando triunfalmente en Roma.

donde estaban el pretorio del gobernador y la administración. Pero otras veces se creaban centros de población, algunos de los cuales se conservaron durante toda la Edad Media. No hay que imaginar que la vida en estos campamentos fuera triste y monótona. En Straubing, Baviera, se descubrió en 1950 el tesoro de una legión y allí se encontró un centenar de máscaras y ornamentos para disfrazarse en fiestas y ceremonias.

Y, sin embargo, a pesar de los largos períodos de paz, no se advierte que el espíritu

105

Busto de Marco Aurelio, emperador que sucedió a Antonino Pío y tuvo como asociado a Lucio Vero (Museo del Capitolio, Roma). El emperador filósofo dejó en sus "Meditaciones" una clara exposición de sus principios en la línea del más característico estoicismo romano. Estas ideas fueron las rectoras de su actividad administrativa y jurídica, e inspiraron normas humanitarias, como la casi supresión de los combates de gladiadores.



humano llegue a progresar como en otras épocas más agitadas ¿Por qué?... ¿Por qué la ciencia griega, que había conseguido adivinar los principios capitales de la física y la mecánica, permaneció estacionaria en la época romana?... Hasta a la filosofía se la ve vegetar, aprovechándose de las últimas enseñanzas de epicúreos y estoicos. Parece como si se quisiera cumplir con todo rigor el consejo del viejo romano Ennio, que recomendaba bañarse en filosofía, pero sin ahogarse en ella.

Es cierto que el gran esfuerzo religioso de adaptar los cultos orientales a la mentalidad clásica debió fatigar a los mejores espíritus de Grecia y Roma. Pero la filosofía podía seguir progresando independientemente en lugar de repetir lo que ya estaba dicho. ¡Qué cansado y monótono sería Séneca si no fuera por su estilo elocuente! Los españoles han creído encontrar en Séneca un pensamiento original, y hasta se ha inventado un nombre: *senequismo,* como si Séneca representase un matiz distinto del estoicismo romano. Pero esto es debido a que los compatriotas de Séneca no conocieron bastante el estoicismo místico, algo contaminado de teología oriental, de Posidonio y Panecio, que Cicerón sólo aceptó a regañadientes.

No, lo interesante y "moderno" de Séneca no es su filosofía, que, en forma de *ensayos* de un retoricismo de buen gusto, fue el pasto de las escuelas durante la Edad Media. Lo atractivo de Séneca es el hombre. En medio de la vida complicada de la Roma de su tiempo, y desempeñando cargos de gran responsabilidad, procuró mantener vivo en su espíritu el culto de la filosofía y la ciencia, con desdén de las otras "vanidades".

El padre de Séneca era un alto funcionario español. Tuvo tres hijos, todos famosos, a los que dedicó un tratadito de retórica muy discreto y culto. Al morir la madre, Lucio, que es nuestro filósofo, fue adoptado por su tía, casada con el gobernador de Egipto. Séneca, que viajaría por el valle del Nilo, escribió sobre la religión y la geografía de aquel país y trazó una monografía acerca de los pueblos de la India. No le faltó, pues, al filósofo español la oportunidad de aprender en las escuelas de Córdoba, Roma y Alejandría.

De su aspecto físico nos entera él mismo: "Algunos se burlan de mi calvicie, de mi miopía y de mis piernas cortas y delgadas; pero ¿qué insulto hay en decirme lo que todo el mundo puede ver?". Fue un asmático crónico; acaso a esto obedece su dieta, sin vino, y su régimen de baños fríos y paseos regulares. Séneca empezó a actuar como empleado en la época de Tiberio, escapó con "literaria" indignación de los abusos de Calígula y, en cambio, Claudio lo desterró a Cerdeña, entonces un país salvaje. Allí el español filósofo desahogó su ánimo por espacio de ocho años, escribiendo tragedias. Pasaba ya de los cincuenta cuando Agripina, casada en segundas nupcias con Claudio, lo mandó llamar a Roma para que educara a su hijo Nerón.

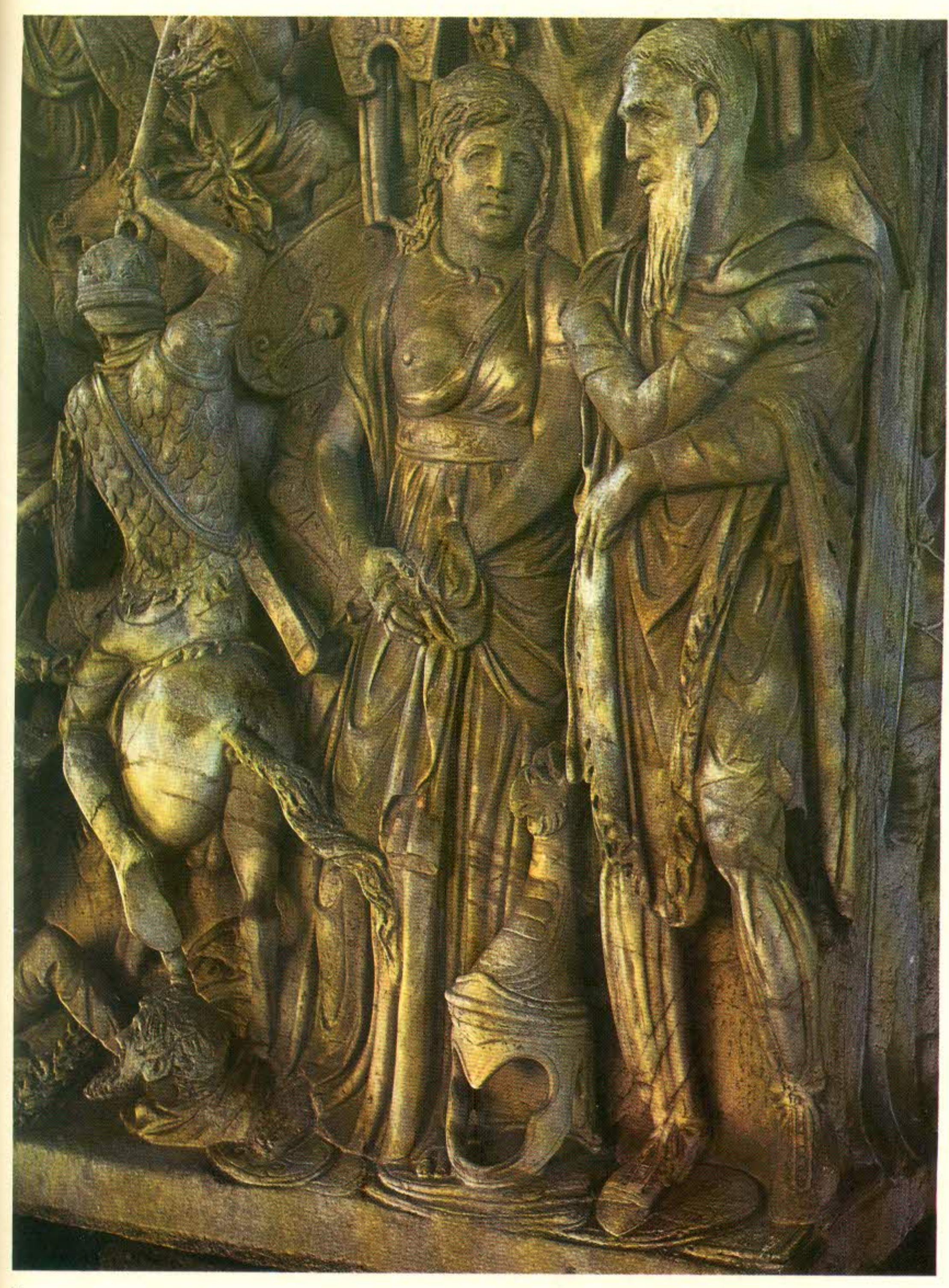
Durante los primeros cinco años del gobierno de Nerón –que Trajano hubo de alabar un siglo después–, en realidad fue Séneca quien empuñó el timón del estado. Honores y riquezas se acumularon en su

Busto de Cómodo, hijo de Marco Aurelio y sucesor en el trono (Museo Calvet, Aviñón). Cuanto su padre tuvo de sabio, él lo tuvo de degenerado. Más que emperador, fue un gladiador cuya razón de vivir estaba en el circo. Muchas de sus locuras recuerdan las de Nerón. Con gran regocijo de sus súbditos, fue envenenado y estrangulado en el último momento por un luchador.

persona, sin quererlos, pero aun en este tiempo continuó escribiendo ensayos filosóficos y tratados científicos. El gran naturalista Plinio confiesa que el año 60 Séneca no era sólo el primer ministro, sino también el primer literato de Roma... Y el año 65 moría, víctima de la crueldad de su discípulo Nerón.

Al recibir la orden imperial de suicidarse, su esposa quiso morir también; ambos se abrieron las venas. Pero como la muerte tardaba en llegar, Séneca pudo dictar todavía sus últimos pensamientos filosóficos. "El cadáver –dice Tácito– fue quemado sin ceremonia", como el mismo Séneca lo había dispuesto precedentemente.

La muerte de Séneca le ha hecho famoso hasta nuestros días. Hoy nos admira más su vida. Comprendemos que no fue un favorito al estilo de los que surgen en la Historia, sino un hombre de letras que hubo de resignarse a ejercer de ministro.



Detalle del sarcófago de un general de Marco Aurelio, donde, en conmemoración de sus campañas, se representa una batalla de los ejércitos imperiales contra los bárbaros (Museo de las Termas, Roma).

105

BIBLIOGRAFIA

Andreotti, R.	*Commodo,* Roma, 1942.
Arias, P. E.	*Domiziano,* Catania, 1945.
Beaujeu, J.	*La politique religieuse des Antonins,* París, 1955.
Carcopino, J.	*L'hérédité dynastique chez les Antonins,* París, 1950.
D'Orgeval, B.	*L'empereur Hadrien. Oeuvre législative et administrative,* París, 1950.
Ferrabino, A.	*Nuova Storia di Roma. III. Da Cesare a Traiano,* Roma, 1947.
Fortina, M.	*L'imperatore Tito,* Turín, 1955.
Garzetti, A.	*Nerva,* Roma, 1950. *Storia di Roma. VI. L'impero da Tiberio agli Antonini,* Bolonia, 1960. *L'impero romano,* tomo II de la "Storia Politica Universale" dirigida por F. Curato, Novara, 1966.
Görlitz, W.	*Marc Aurèle, empereur et philosophe,* París, 1962.
Hammond, M.	*The Antonine Monarchy,* Roma, 1959.
Homo, L.	*Vespasien, l'empereur du bon sens,* París, 1949. *Le siècle d'or de l'empire romain,* París, 1947.
Pareti, L.	*Storia di Roma e del mondo romano. V. Da Vespasiano a Decio (69-251 d. C.),* Turín, 1960.
Proyart, P. de	*Marc Aurèle,* París, 1962.





Anverso y reverso de una moneda de bronce de Cómodo (Gabinete de Medallas, París).



Arco de Septimio Severo, que el emperador se hizo levantar al noroeste del foro romano, al regreso de su campaña en Mesopotamia. Como se lee en la inscripción superior, el arco fue también dedicado a Geta y Caracalla, hijos del emperador, aunque el nombre de Geta fuera borrado cuando su hermano le asesinó.

De los Severos a Diocleciano

A la muerte de Cómodo, único descendiente de la dinastía de emperadores filósofos, el Imperio quedó sin cabeza durante algunos años. Dos hombres de bien, pero sin carácter, Pertinax y Didio Juliano, ejercieron por corto tiempo el cargo de príncipes del Senado, pero el primero murió en una refriega con los pretorianos, y el segundo quiso obtener su aprobación ofreciendo a cada soldado pingüe *donativum,* que era el regalo que hacía a cada veterano un nuevo emperador. Un candidato, llamado Sulpiciano, arengó a los pretorianos y ofreció hasta 5.000 dracmas a cada uno, pero Didio Juliano, que les habló desde lo alto de la muralla del castro pretoriano, elevó la dádiva a 6.250. Con tal regalo, cesó la disputa: la guarnición abrió las puertas del castillo-cuartel, y Didio Juliano, con una escolta numerosa, fue al Senado, que no pudo hacer

Moneda romana con la efigie de Clodio Albino (Museo de las Termas, Roma). La elección de Didio Juliano, lograda con cohecho tras la muerte de Pertinax, rebeló a las legiones, que eligieron emperadores a sus respectivos caudillos. Las británicas, a Clodio Albino; las de Siria, a Pescenio Niger, y las de Panonia, a Septimio Severo.



más que ratificar la elección. Así se vendió o subastó el Imperio.

Mientras tanto, las legiones de provincias, algo escandalizadas, habían escogido cada una su emperador. Hubo, como siempre en tales ocasiones, guerras civiles entre los propuestos por las legiones, pero el que eligieron las estacionadas en el Danubio acabó por imponerse y encontró el campo libre por el asesinato de Didio Juliano, aún indeciso en el Palatino.

El nuevo emperador elegido tenía por nombre Septimio Severo. Era africano, de Leptis Magna, capital de la Tripolitania. Su origen, aun en la vejez, se le notaba por el acento púnico.

Había nacido el año 146 y fue elegido emperador el 193. Tenía entonces cuarenta y siete años. Conocía bien el Imperio, había ejercido cargos políticos en Roma y en varias provincias, y hasta participado en campañas militares con Marco Aurelio, Cómodo y Pertinax. El año 180, encontrándose en Siria como legado de la legión Scytica, casó con Julia Domna, hija del príncipe de Emesa, ciudad mística, centro del culto solar. El padre de Julia Domna se llamaba Bassianus y era el sumo sacerdote del templo de un Baal asociado al Sol. Su cargo era hereditario y compatible con el de sacerdote del Júpiter romano.

Julia Domna era de gran belleza y muy inteligente. Ejerció un influjo permanente no sólo durante la vida de Septimio Severo y de su hijo Caracalla, sino también en varios subsiguientes emperadores de corto reinado. Llegó a Roma acompañada de su hermana Julia Mesa y de dos sobrinas, Julia Soemias y Julia Mamea. Estas cuatro princesas sirias formaban una camarilla que desde el palacio proponía cambios y aconsejaba en todos los asuntos de gran importancia. Así, puede decirse que desde el 211 al 235 el Imperio fue regido por mujeres y además sirias y no romanas.

Septimio Severo no fue un emperador ocioso. A pesar de su edad y sus ataques de gota, acudió a las fronteras del Oeste y del Norte, donde se agitaban los bárbaros, e hizo hasta un viaje a Leptis Magna, su ciudad natal. Julia Domna, su consorte, le acompañó en todos los viajes. El primer hijo, Caracalla, nació en Lyon, y el segundo, Geta, en Roma. Debía de satisfacerla actuar como oficiante en el culto al Sol. Las demás princesas quedaban en el Palatino propagando la nueva religión del Júpiter Heliopolitano.

Después de triunfar en la guerra civil, Septimio Severo gobernó desde el año 197 al 211. Edificó en Roma el Septizonium, que se veía desde lejos al llegar por mar; construyó un gran arco de triunfo con tres puertas, cuyos relieves decorativos conmemoran sus campañas contra los partos, y otro en Leptis Magna. Sobre todo fomentó la sistematización de la jurisprudencia; el más famoso juez, cuyas sentencias son todavía las más estimadas, Papiniano, fue nombrado prefecto del pretorio, ayudado por sus discípulos, también jurisconsultos, Ulpiano y Pablo. Las disposiciones de estos años de gobierno del emperador africano se caracterizan por un sentimiento de simpatía hacia las clases inferiores y débiles: *humiliores tenuis vitae homines*. Según Papiniano, de acuerdo con la ley natural, todos los hombres son iguales: *Quod ad jus naturale attinet omnes homines aequales sunt.*

Septimio Severo murió en una expedición a la Gran Bretaña que tenía un doble obje-

EMPERADORES ROMANOS EN EL AÑO 193

I-III	PERTINAX	*	Senado.
III	FLAVIO SULPICIANO		Intenta lograr el apoyo de los pretorianos, sin conseguirlo.
III-VI	DIDIO JULIANO	*	Pretorianos.
VI	SEPTIMIO SEVERO		Legiones de Germania y Panonia.
VI	PESCENIO NIGER	*	Legiones de Oriente
VI	CLODIO ALBINO	*	Legiones de Britania y Galia.

Emperadores romanos.

Pretendiente a la sucesión imperial.

* Fallecidos de muerte violenta con motivo de la sucesión imperial.

→ Luchas para obtener la sucesión imperial.

→ Causas de la sucesión imperial por...

LA POBLACION DEL IMPERIO ROMANO EN EL SIGLO III

En el siglo III continuó la evolución de las tendencias de transformación que se anunciaban en el II, y en todos los terrenos surgieron, a pesar de los trágicos sucesos políticos, nuevas instituciones que después se organizaron en sistema. A finales del siglo, la transformación se habrá producido y el nuevo estado demostrará una vitalidad poderosa durante unos siglos.

La población del Imperio disminuyó numéricamente, sobre todo en Italia, Grecia y las Galias. La difusión del latifundismo y su economía característica, las continuas guerras, la falta de seguridad, la peste y el paludismo fueron las causas principales de este fenómeno. Al mismo tiempo, varió lentamente la composición étnica, por la aportación cada vez más intensa de elementos bárbaros en las zonas periféricas. Por otra parte, a pesar de la unificación general, resucitaron tendencias nacionalistas, sobre todo en aquellos lugares donde no había desaparecido por completo la tradición lingüística local (celtas, ilirios, tracios, arameos, púnicos). Especialmente el reino de Palmira creó en pocos años una floreciente comunidad de intereses económicos y comerciales que preludiaba el resurgir autónomo del Próximo Oriente.

En cuanto al estado jurídico de las personas, la *constitutio* de Caracalla había aumentado extensamente el número de los ciudadanos, hasta el punto que prácticamente quedaban fuera sólo los bárbaros, apenas admitidos en el Imperio como labradores (*inquilini*) de los propietarios o como colonos adscritos al suelo en las tierras públicas (*laeti*), y los esclavos, que además disminuían más rápidamente aún que la generalidad de la población.

En el aspecto social, a la ampliación del principio igualatorio no le correspondía la mejora de las condiciones. La opresión de las ciudades, tanto por la disminución de la autonomía administrativa local como por el aumento de las grandes propiedades, privadas e imperiales, contribuía a la desaparición del artesano libre, del pequeño propietario y del comerciante. El pequeño arrendatario sucumbía por la presión tanto del latifundista como del *conductor*, gran arrendatario incrustado entre ambos. El colono se asemejaba cada vez más a los *inquilini* bárbaros. Los emperadores, interesados vivamente en este siglo por las clases bajas, intentaron impedir las vejaciones, favorecieron los *collegia tenuiorum* y perfeccionaron las formas de asistencia. Pero su mismo interés se traducía en injerencia cada vez más opresiva en la vida de los individuos y llevaba a regular las actividades en el sentido de coaccionar la vida profesional.

La reglamentación exigida incluso por las presiones fiscales avanzaba hacia la característica forma de sociedad en que la colectividad es obligatoria y responsable en todos los terrenos: las colectividades de los diferentes oficios y servicios, incluso para ejercitar los varios y propios monopolios del estado; las colectividades campesinas, cada vez menos libres; las colectividades de los curiales... Las *munera*, esto es, las prestaciones forzosas que gravaban las clases medias no reglamentadas en colegios profesionales y en colonato, extendían también a cualquiera que presumiera ser todavía algo independiente las cargas comunes impuestas por lo que se ha llamado un "socialismo de estado".

El privilegio, imposible de eliminar en la sociedad antigua, sólo aliviaba parcialmente de las cargas a las clases elevadas, pues no estaban sometidas a las *numera sordida*. Continuaba la diferencia de trato en derecho penal entre *honestiores* y *humiliores*. Casi toda la riqueza estaba en manos de la clase senatorial, así como la fuerza para defenderla, incluso con éxito, frente al estado. Pero la política popular de algunos emperadores y el afán de dinero intervinieron para ocasionar un nuevo reparto de los patrimonios por medio de las confiscaciones y de las imposiciones de contribuciones extraordinarias, mientras la *annona militaris* gravaba a toda la aristocracia.

La sociedad se renovaba incluso en la cumbre y los mismos vaivenes políticos del siglo contribuyeron a acelerar aquel movimiento. El orden ecuestre representó sobre todo la viva participación de los hombres nuevos en la vida pública. A lo largo de este siglo, la aristocracia romana debía alterarse profundamente, en espera de cristalizar de nuevo como orden de los poderosos, sin diferencia ya entre senadores y caballeros, en la aristocracia del siglo IV.

A. G.

tivo: castigar a los pictos o bárbaros de más allá de la muralla que dividía la isla, y separar a sus hijos de la corrupción de costumbres que predominaba en Roma. Como sucesión, Septimio Severo proponía un correinado de sus dos hijos Caracalla y Geta, pero Julia Domna se opuso a esta solución y exigió que el Imperio, sin reservas, fuese otorgado a Caracalla. Geta murió apuñalado en los brazos de su madre.

El reinado de Caracalla ha recibido los juicios más contradictorios. No le favorecía su aspecto físico: era pequeño, feo, casi repugnante. Su retrato, de un gran naturalismo, ha sido calificado de satánico. Fue cruel, vicioso, de feroz ambición: decía que era dios, pues que su padre había subido al cielo solar. Para hacerse perdonar sus faltas, Caracalla construyó las gigantescas termas que son todavía, hasta en ruinas, el monumento máximo de la Roma imperial. Continuó prestando atención a la obra de jurisprudencia clásica que había interesado a su



Busto de Septimio Severo, el primero de los emperadores soldados elegido por su ejército y consolidado por la fuerza (Museo del Capitolio, Roma). Su actividad se desarrolló desde el año 193, y primero suprimió a sus rivales, que se daban como él el título de emperadores, y luego emprendió sus campañas de Oriente, que le llevaron a conquistar la ciudad de Ctesifonte, capital de los partos. Las reformas que hizo en el seno del ejército tendieron a dar mayor poder a la clase militar.

Pintura sobre tabla, procedente de Egipto, en que se hallan representados Septimio Severo, su esposa Julia Domna y sus hijos Caracalla y Geta (Museo de Berlín). La cabeza de este último está completamente borrada.



Busto del emperador Caracalla, que sucedió a su padre en corregencia con su hermano Geta, a quien mandó asesinar poco después (Museo del Louvre, París). Como emperador fue un exaltado, que soñó imitar las conquistas de Alejandro Magno en Oriente. Por eso, los favores que concedió al ejército aumentaron su poder, pero, a la larga, le perjudicaron, hasta costarle la vida.



padre. Mejoró la condición de los soldados aumentando sus sueldos y permitiendo su casamiento, lo que hizo que los cuarteles de las legiones se transformaran en pequeñas ciudades que perduraron hasta la Edad Media. Los más importantes documentos geográficos conservados son de la época de Caracalla: uno es un manuscrito con los itinerarios y nombres de los lugares, y otro la tabla de Peutinger, un mapa del Imperio con las vías de comunicación.

Pero lo que dio y da todavía gloria y renombre a Caracalla es el edicto de 212, que concedía los derechos de ciudadano romano a todos los inscritos en el censo de provincias. Se han discutido bastante las razones que tuvo Caracalla para promulgar su edicto, pero en un papiro procedente de Egipto se precisa en su introducción: "Doy a todos los *peregrinos* (léase extranjeros) la facultad de organizarse según las formas de ciudadanía romana". Para autores cristianos como San Agustín, el edicto de Caracalla fue "un acto generoso y humano". Pero en la antigüedad se creyó que tenía por objeto aumentar el número de contribuyentes y estimular a los que proseguían practicando ritos de antiguas religiones bárbaras a adoptar el culto de los dioses clásicos y del dios Sol de Emesa.

En esta gran reforma debieron de intervenir los jurisconsultos que formaban un cuerpo de técnicos al lado del emperador. La reforma no debió de ser aceptada por unanimidad, porque uno de los abogados fue asesinado. Caracalla murió a manos de un legionario cuando iba a practicar sus devociones en el templo de la Luna, en Carras, junto al Éufrates.

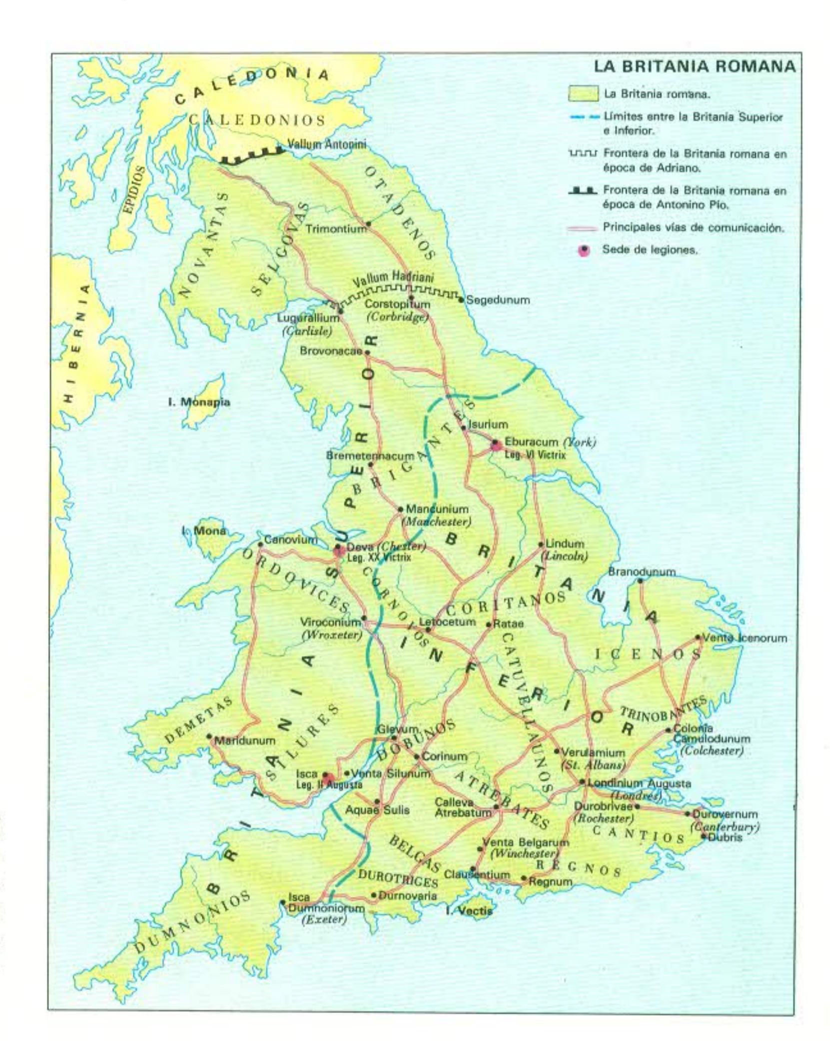
El que preparó el asesinato, Macrino, asimismo africano, un beréber, fue también asesinado; no duró más que un año. Las princesas de la corte de Septimio Severo, aunque desterradas en Emesa, no permanecían inactivas. Y convencidas de que había llegado la hora de imponer un emperador emesitano, escogieron al hijo de Julia Soemias, que a los catorce años era ya sumo sacerdote de Júpiter Heliopolitano. Las dos princesas sirias fueron a Roma con el escogido, que se llamaba El-a-Gabal o hijo del dios, nombre que los romanos tradujeron por Heliogábalo. El nuevo dios-emperador fue recibido con benevolencia por el Senado y el pueblo de Roma, lo que nos da idea de cómo la capital estaba impregnada de supersticiones orientales. Heliogábalo poseía gran prestancia: vestía ropajes riquísimos, y dirigía él, en persona, las danzas escabrosas de los ritos orientales. En palacio actuaba como supremo sacerdote del dios solar, y por las calles iba delante de los cortejos de devotos, siempre marchando de espaldas para mantener la mirada fija en el simulacro de Emesa que llevaban los acólitos. Los escándalos y dispendios de Heliogábalo acabaron por exasperar al pueblo y al Senado, y los pretorianos asesinaron al emperador divino y a su madre y echaron sus cuerpos al río.

Parece imposible la fama que consiguió





Anverso y reverso de una moneda de oro del emperador Geta, hermano de Caracalla (Gabinete de Medallas, París). Las luchas con que empezó el reinado de ambos dieron la victoria a Caracalla, que no sólo eliminó a su hermano, sino también a muchos de sus partidarios y a los descontentos.



DINASTIA DE LOS SEVEROS (193-235)

P. Septimio Geta — Julio Basiano

Septimio Geta

SEPTIMIO SEVERO (193-211) = Julia Domna

Julia Mesa = Julio Avito

Plautila = Septimio Basiano (Marco Aurelio Antonino) "CARACALLA" (211-217) *

* SEPTIMIO GETA (211-212)

Vario Marcelo = * Julia Soemias

* Julia Mamea = G. Marciano

Vario Avito Basiano "El-a-Gabal" * "HELIOGABALO" (218-222)

Salustia Barbia Orbiana = Alejandro Basiano * ALEJANDRO SEVERO (222-235)

* MACRINO (217-218)

Emperadores romanos, con las fechas de su reinado.

* Fallecidos de muerte violenta con motivo de la sucesión imperial.

Luchas para obtener la sucesión imperial.

= Enlaces matrimoniales.

No perteneciente a la dinastía de los Severos.

Nombre del emperador antes y después de su elección.

CONDICIONES ECONOMICAS DEL MUNDO ROMANO EN EL SIGLO III

La crisis económica iniciada en el siglo II se vio impulsada por los vaivenes políticos del III, a su vez influidos por aquélla. La despoblación, las epidemias, los gastos de las guerras y las ruinas por ellas ocasionadas, los daños de las profundas incursiones de los bárbaros, que destrozaron las riquezas de las ciudades orientales y paralizaron la actividad de medio Imperio con su amenaza constante, el empobrecimiento de los cultivos y el abandono de las tierras al bosque y las marismas debido a la escasez de la mano de obra especializada en el cuidado de los canales, de las carreteras, de las instalaciones, las condiciones sociales (inadecuadas para fomentar la iniciativa) y muchos otros motivos originaron la contracción de la producción y la disminución del comerciò.

Esta situación se intentó paliar por medio de intervenciones coercitivas. Con respecto al exterior, hacía tiempo que las importaciones superaban a las exportaciones, con salida de metales preciosos (intensificada con los tributos dados a los bárbaros) que no se remplazaban en el interior, donde la moneda buena desaparecía atesorada. Además, todo esto se veía agravado por la elevación de precios consiguiente a la disminución de los productos y luego por la creciente demanda de moneda. El estado, que por su parte debía hacer frente a los gastos en continuo aumento del ejército, proporcionaba moneda en la máxima cantidad nominal que se necesitaba, si bien disminuyendo su calidad, todo lo cual daba origen a la fatal espiral de la inflación. También entonces la economía reaccionó según sus leyes espontáneas, es decir, volviendo a los cambios en especies.

Pero el paso de una economía monetaria que había visto en el mundo antiguo momentos de esplendor a una economía natural sin duda era un retroceso. Por su parte, la autosuficiencia local exponía al peligro de las carestías. El estado se dio cuenta del proceso e interrumpió la acuñación de oro, reservada exclusivamente a los donativos a los soldados, y disminuyó la de bronce, al tiempo que emitía en enorme cantidad moneda que contenía un pequeñísimo porcentaje de plata y con la que se traficaba intensamente en el mercado. Mientras implantaba medidas coercitivas para la circulación de esta moneda, por su parte prefería cada vez más cobrar los tributos en especies.

Disminución de las actividades, especulación malsana, gran desequilibrio en la distribución de los bienes, vejaciones fiscales, escasez y miseria fueron los rasgos principales de la situación, destinada a imprimir algunos caracteres permanentes a la sistematización que seguiría a la superación de la crisis.

A.G.





Anverso y reverso de una medalla de bronce de Severo Alejandro, que también en temprana edad sucedió a Heliogábalo (Gabinete de Medallas, París). La obra más positiva de su gobierno fue el intento de restaurar la autoridad del Senado, pero no lo logró y el ejército siguió imponiendo su voluntad en todos los órdenes.

Heliogábalo. Cuando empezó a reinar tenía catorce años y murió a los dieciocho, o sea que sus excesos duraron sólo cuatro años. Pero siempre aconsejado por su madre Julia Soemias, que le predicaba que las orgías divinas eran un deber y tenía que dejar el gobierno a otros menos sagrados. Éste tenía que ser su primo, hijo de Julia Mamea, algo más joven, pero con una preparación de piedad filosófica que podía hacer de él un excelente emperador. Le habían dado por nombre Severo Alejandro, porque apareció con una rara devoción por el macedonio Alejandro. El nuevo emperador, último de la dinastía de los Severos, practicaba cada mañana un culto en el Lararium, o capilla del palacio, donde había las imágenes de sus antepasados, más las de algunas "almas santas" *(animae sanctiores)*, que eran Alejandro, Orfeo, Abraham, Apolonio de Tiana y hasta Jesús. Esto nos indica ya qué clase de moral y religión podía regir la política y conducta privada de Severo Alejandro. Renan le califica de "tierno y sentimental". Tuvo que ejercer funciones militares, pero lloraba cuando marchó a la guerra contra los persas.

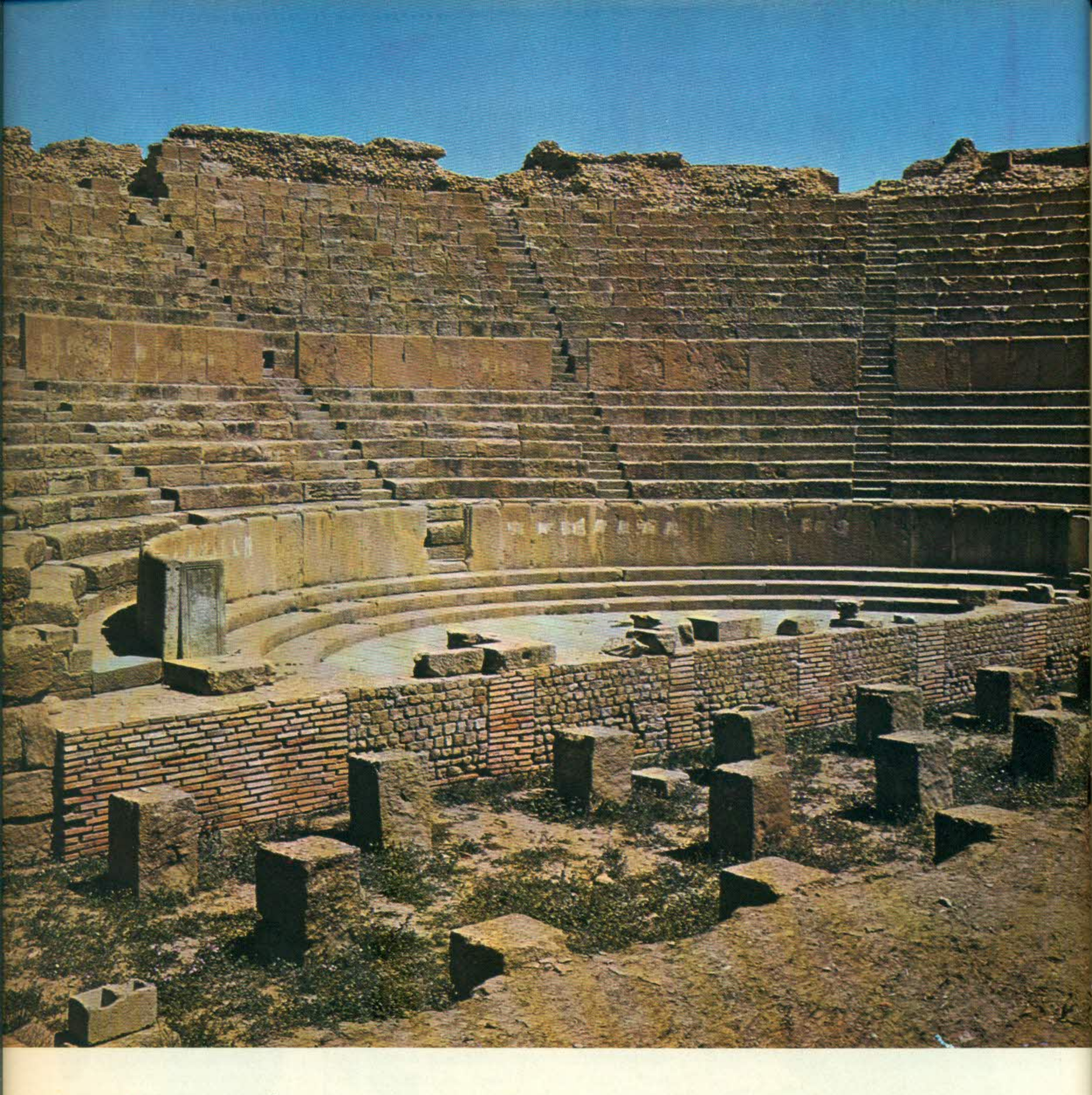
Convencido de la necesidad del consejo de los más cultos y experimentados, no promulgó ninguna ley sin haberse asesorado del *consilium principis,* formado de setenta miembros, de los que veinte eran jurisconsultos y los demás senadores. Concedió a los artesanos el derecho de organizarse en gremios o *colegios,* como sindicatos con gran libertad. Los miembros de una asociación



El emperador Heliogábalo, que subió al trono siendo adolescente y ya sacerdote del dios Sol (Museo del Capitolio, Roma). Abandonando el gobierno en manos de su madre y abuela, se dedicó a ridículos cultos y a una vida de lujo y disipación. Por suerte para Roma, su reinado duró pocos años y su memoria desapareció tan rápidamente como su cadáver en las aguas del Tíber.



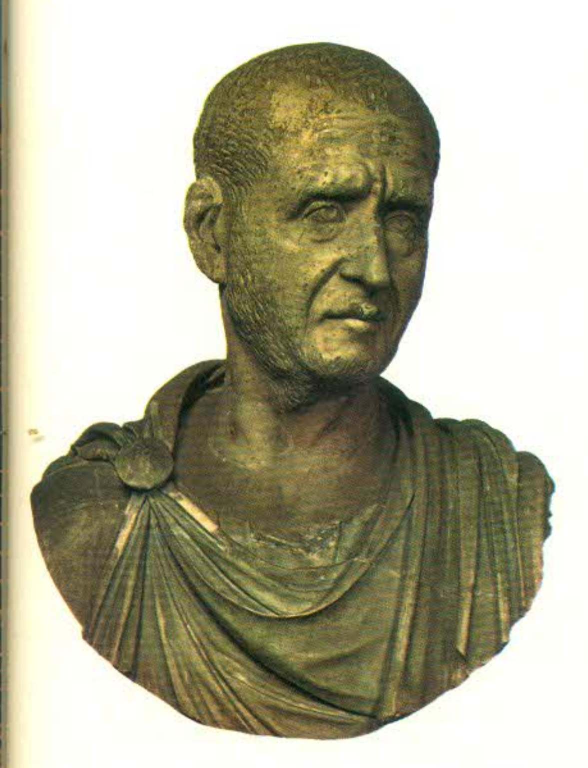
Ruinas del anfiteatro romano de Thysdrus, la moderna ciudad de El-Djem, al sur de Túnez. En tiempo de los Severos, la provincia romana de África era la más floreciente y desarrollada de todo el Imperio. De ella salió esta dinastía de emperadores y en ella se construyeron obras inmensas, como este anfiteatro, tan grande como el coliseo de los Flavios en Roma.



Ruinas del teatro romano de Timgad, Argelia, la ciudad mejor conservada de las existentes en África en la época imperial.

de trabajadores tenían el derecho de que los defendieran expertos de su mismo oficio. Además, Severo Alejandro regularizó la disciplina de los pretorianos, y el prefecto del pretorio adquirió una categoría de casi virrey y se preparaba para suceder al emperador.

Después de una campaña de defensa en la frontera de Oriente, enterado de que los bárbaros habían cruzado el Rin a finales del año 234, Severo Alejandro, siempre acompañado de su madre, pasó a la Galia, y en una discusión con los veteranos descontentos, el emperador, su madre y su séquito fueron asesinados en la tienda donde se alojaban. Después de Severo Alejandro comienza un período de efímeros reinados que tendremos que enunciar para que se vea cuánto había degenerado el papel de emperador en aquellos últimos años. Las legiones, envalentonadas, propusieron los subsiguientes emperadores. En Maguncia, los veteranos aclamaron como príncipe a un simple soldado llamado Maximino, mientras que los grandes propietarios de África propusieron al procónsul Antonio Gordiano, ya de ochen-



Busto del emperador Decio, elegido por los soldados en la frontera del Rin y reconocido por el Senado al entrar en Roma, tras derrotar a su predecesor (Museo del Capitolio, Roma). Empeñado en una importante campaña en Oriente, murió en el campo de batalla, cosa rara en los emperadores de esta época, que solían sucumbir asesinados.

LOS EMPERADORES-SOLDADOS (235-285)

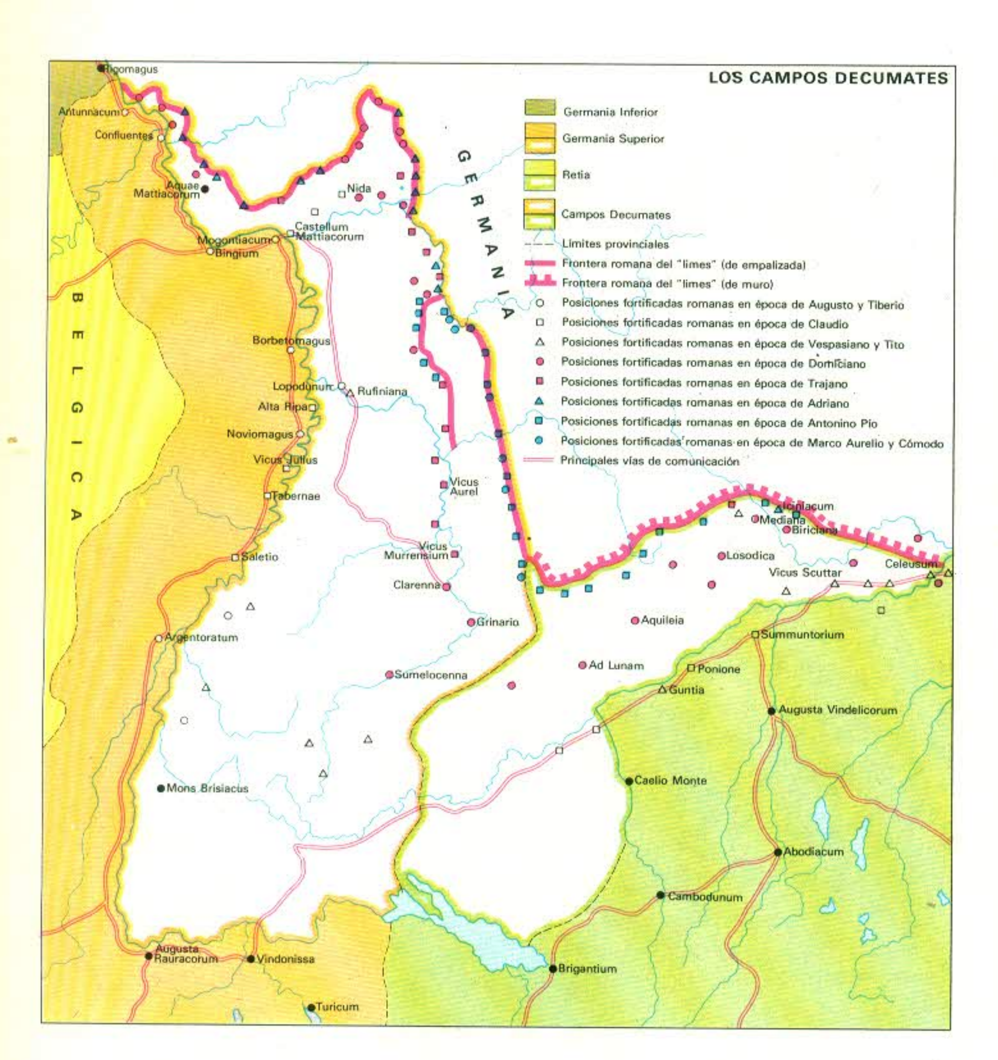
IV - 235 a 238	* MAXIMINO EL TRACIO	Legiones de Germania
II - 238	* GORDIANO I	Legiones de África
	* GORDIANO II	
III y IV - 238	* BALBINO	Senado
	* PUPIENO	
238-244	* GORDIANO III	Pretorianos
244-249	* FILIPO EL ARABE	Pretorianos
249-251	DECIO	Legiones de Mesia y Pretorianos
251-253	* TREBONIANO GALO	Legiones de Mesia
251	HOSTILIANO	
251-253	* VOLUSIANO	
253	* EMILIANO	Legiones de Mesia
253-260	VALERIANO	Legiones del Rin
253-268	* GALIENO	
268-270	CLAUDIO II EL GOTICO	Galieno
270	* QUINTILO	Hermano de Claudio
270-275	AURELIANO	Legiones
275-276	* TACITO	Senado
276	* FLORIANO	Hermano de Tácito
276-282	* PROBO	Legiones de Oriente
282-283	CARO	Pretorianos
283-285	* CARINO (occ.)	
283-284	* NUMERIANO (or.)	
284-305	DIOCLECIANO	Legiones

"Secesión de las Galias": 258-268 POSTUMO; 268 VICTORINO, LAELIANO; 268-273 TETRICO

* Fallecido de muerte violenta con motivo de la sucesión imperial.
Luchas para obtener la sucesión imperial.
Sucesión imperial debida a derechos hereditarios (de padre a hijo).
Sucesión imperial debida a elección por...
Gobierno conjunto del Imperio romano.
Secesión de las Galias (258-273).

ta años. Este primer Gordiano agregó a su hijo para que gobernara a su lado como césar. Fue Gordiano II, y todavía hubo un Gordiano III, el nieto. Todos acabaron violentamente. En 238 aparecieron Balbino y Pupieno y más tarde Felipe el Árabe (244). Los dos primeros murieron pronto asesinados; en cambio, Felipe concluyó la paz con los persas abandonando parte del territorio imperial y regalándoles una contribución en metálico. Regresado a Roma para celebrar su triunfo, el día 21 de abril del mismo año quiso festejar el primer milenario de la fundación de Roma, que coincidía con aquella fecha, según los cómputos de Varrón. Estos *Juegos milenarios* duraron tres días y tres noches, con tantas fiestas y combates en el circo Máximo, que el pueblo de Roma pudo creer que había comenzado una era de paz y prosperidad.

Hubo todavía un conato de separatismo en las Galias: Póstumo (260) y Tétrico (268), por algún tiempo, se hicieron reconocer como emperadores y acuñaron moneda. Mientras tanto, el emperador legítimo, o simplemente romano, Decio, había sido aclamado por sus soldados después de una brillante campaña contra los godos. Decio ocupa un lugar en la Historia por su feroz persecución de los cristianos. Este y los dos subsiguientes emperadores tuvieron gran empeño en restaurar la vieja tradición de la Roma republicana, con su culto y sus costumbres. Es comprensible que, después de los excesos religiosos de las princesas sirias y de sus protegidos, los de pura raza latina debían sospechar del cristianismo, que conocían sólo por su desacato a los antiguos dioses capitolinos. Para evitar los castigos sólo era necesario firmar un *libelo* o escrito de renunciación a la fe de Cristo. Eran bre-



ves y no comprometían a nada, pero en el propio Egipto se han encontrado ya cincuenta y tres *libelos* de este tipo. Decio y su hijo murieron en la actual Rumania en 251.

Le sucedió Triboniano Galo, prefecto de aquella región. Fue aclamado emperador por las legiones, pero no duró más que un año. En lo que es hoy Suiza, las tropas eligieron a Valeriano, de ilustre familia romana. Aclamado por el Senado, en seguida, para hacer más fácil el gobierno, se asoció a su hijo Galieno. Éste debía quedar como emperador en Occidente, mientras Valeriano marchaba a detener a los persas en el Éufrates. Allí fue derrotado y hecho prisionero. El rey persa Sapor lo retuvo como esclavo, utilizándolo a menudo como escabel para sentarse en su trono, y a su muerte lo hizo embalsamar. Su hijo Galieno continuaba como emperador en Roma, persiguiendo a los cristianos y sin preocuparse mucho de la suerte de su padre. Fue asesinado en 268. Se dice que antes de morir pasó las insignias de poder a un ilirio llamado Claudio el Gótico. Duró dos años.

El sucesor, Aureliano, por su actividad y energía se parece a Septimio Severo; por sus proyectos de transformación, a Diocleciano. Empezó a gobernar en 270 y sólo pudo reinar con dificultades hasta 275. Pero en estos cinco años preparó el gran cambio. Aurelia-

Detalle de un pectoral del siglo III en que figura una batalla entre romanos y bárbaros, tema tan actual en tiempo de los emperadores soldados (Museo Romano, Brescia).



Ruinas de un templo romano en Palmira, capital de Siria. La reina de Palmira, que en tiempos de Galieno era Zenobia, ensanchó las fronteras de su reino hasta dominar un vasto Imperio, en perjuicio de los romanos. Fue Aureliano quien salió al paso de sus ambiciones y la llevó prisionera a Roma.

no combatió enérgicamente a los bárbaros, que en esta época atravesaban la frontera audazmente; marchó a Siria para acabar con el reino de Palmira, que se había engrandecido y ensoberbecido, y por fin celebró un triunfo bien merecido. La más espectacular obra de Aureliano son las murallas de Roma, aún en buen estado de conservación. Roma iba creciendo y su recinto se había ensanchado varias veces, pero entonces era lo que hoy llamaríamos ciudad abierta, porque los barrios suburbanos rebasaban las murallas. Aureliano quiso ponerla a cubierto de una sorpresa. Su obra para la construcción del recinto es algo único en el mundo. La muralla tiene una longitud de 18.837 metros y encierra una superficie de 1.730 hectáreas. Este inmenso perímetro está rodeado por una cortina de obra de ladrillo bien construida, sobre un basamento de piedra. Reforzada con torres cuadradas en los puntos vulnerables, tiene puertas magníficas, con hasta cuatro entradas, con torres circulares y espaciosas para cobijo de la guardia.

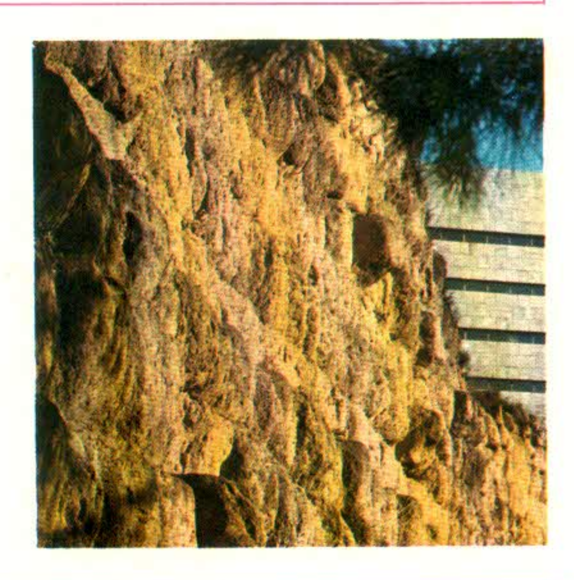
Aureliano, por muchas razones un gran emperador romano, murió lejos de Roma, víctima de una venganza particular, sin ninguna razón política, y fue enterrado allí mismo. Había hecho elevar en el foro una estatua de oro a la deidad protectora del Imperio, *Genius populi romani,* numen o espíritu, no un dios.



Busto del emperador Galieno, hijo y sucesor de Valeriano (Museo del Louvre, París). En su reinado estallaron rebeliones exteriores en todos los puntos fronterizos del Imperio. Una conjura militar acabó con su vida en 268.

BIBLIOGRAFIA

Aymard, A., y Auboyer, J.	*Roma y su Imperio* (tomo II de "Historia general de las civilizaciones"), Barcelona, 1960.
Calderini, A.	*Storia di Roma. VII. I Severi. La crisi dell'impero nel III secolo,* Bolonia, 1949.
De Robertis, F. M.	*Il fenomeno associativo nel mondo romano dai collegi della repubblica alle corporazioni del basso impero,* Nápoles, 1955.
Homo, L.	*Nueva historia de Roma,* Barcelona, 1955.
Levi, M. A.	*L'impero romano,* Turín, 1963.
Mazzarino, S.	*Trattato di Storia Romana. II. L'impero romano,* Roma, 1956.
Nack, E., y Wägner, W.	*Roma (el país y el pueblo de los antiguos romanos),* Barcelona, 1966 (2.ª ed.).
Passerini, A.	*I Severi, da Caracalla ad Alessandro Severo,* Roma, 1945. *Linee di storia romana in età imperiale,* Varese-Milán, 1949.
Pugliese Corratelli, G.	*L'età di Valeriano e di Gallieno,* Pisa, 1951.
Villeneuve, R.	*Héliogabale, le César fou,* París, 1957.



La protección de la ciudad de Roma, que ya contaba con estas antiguas murallas construidas tras el saqueo de la ciudad por los galos, fue aumentada en tiempo de Aureliano con una nueva y monumental muralla para defender la urbe contra los ataques de los bárbaros.



Esclavos pisando uva en un lagar (Museo Arqueológico, Venecia). La triste condición de estos seres, obligados a los trabajos más duros, les incitaba a veces a rebeliones masivas que ponían en peligro la seguridad de sus amos y de las mismas instituciones estatales.

La vida presente y la vida futura según los romanos

Al comenzar el siglo III de nuestra era, el Imperio romano parecía destinado a formar una gran nación mediterránea. Todas las gentes del mundo antiguo, desde el Éufrates al Atlántico y del Sáhara al Rin y el Danubio, reconocían el poder de Roma, y como consecuencia de las ideas de universalidad filosófica que se habían hecho ya populares, Caracalla promulgaba, en el año 212, su famoso edicto que concedía la ciudadanía romana a todos los hombres libres del Imperio. No cabe dudar que esta uniformidad



Relieve con los bustos de dos libertos rodeados de las herramientas usadas en sus respectivos oficios (Museo Británico, Londres). En Roma se llamaban libertos los antiguos esclavos que habían alcanzado la libertad por disposición de su dueño.

de derechos hubiera producido también, a la larga, similitud de gustos y de costumbres, y como gran parte del Derecho romano está incorporada en los códigos civiles de Europa y de América, y en nosotros mismos hay mucho todavía que es puramente clásico, queremos dar al lector una ligera idea del estado mental de un hombre civilizado antes del triunfo oficial del cristianismo.

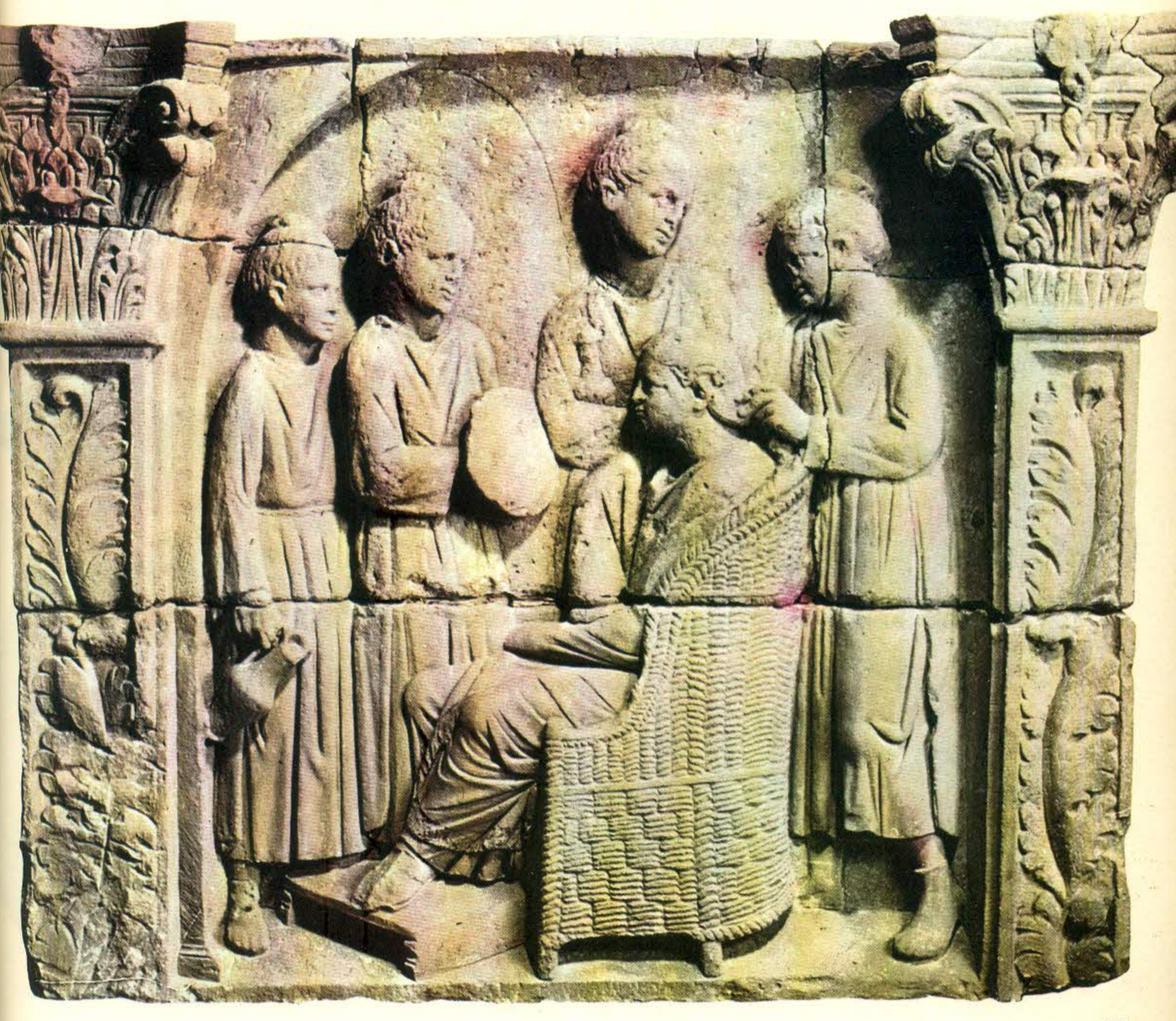
Hemos dicho un hombre civilizado, en lugar de un simple ciudadano romano, porque entonces, como ahora, había gentes –acaso la mayoría– que vegetaban en un retraso mental de varios siglos. Por otra parte, tampoco nos fijaremos demasiado en los espíritus superiores, filósofos y místicos. Conviene advertir también que, a pesar de la uniformidad de legislación y de derechos políticos, seguían en vigor las leyes provinciales y costumbres locales, con supersticiones y prácticas de todo género que lograrían persistir a través de la Edad Media. En el folklore de las naciones en que se disgregó el Imperio romano hallamos aun hoy supervivencias de una época prehistórica, con tabús y ceremonias supersticiosas que son seguramente anteriores a la época romana. Pero la capa superpuesta por la civilización clásica de Roma es lo más elevado, y no sólo persiste, sino que persistirá por varios siglos, a menos que el mundo evolucione de aquí en adelante con una velocidad mayor que aquella con que lo ha hecho hasta ahora.

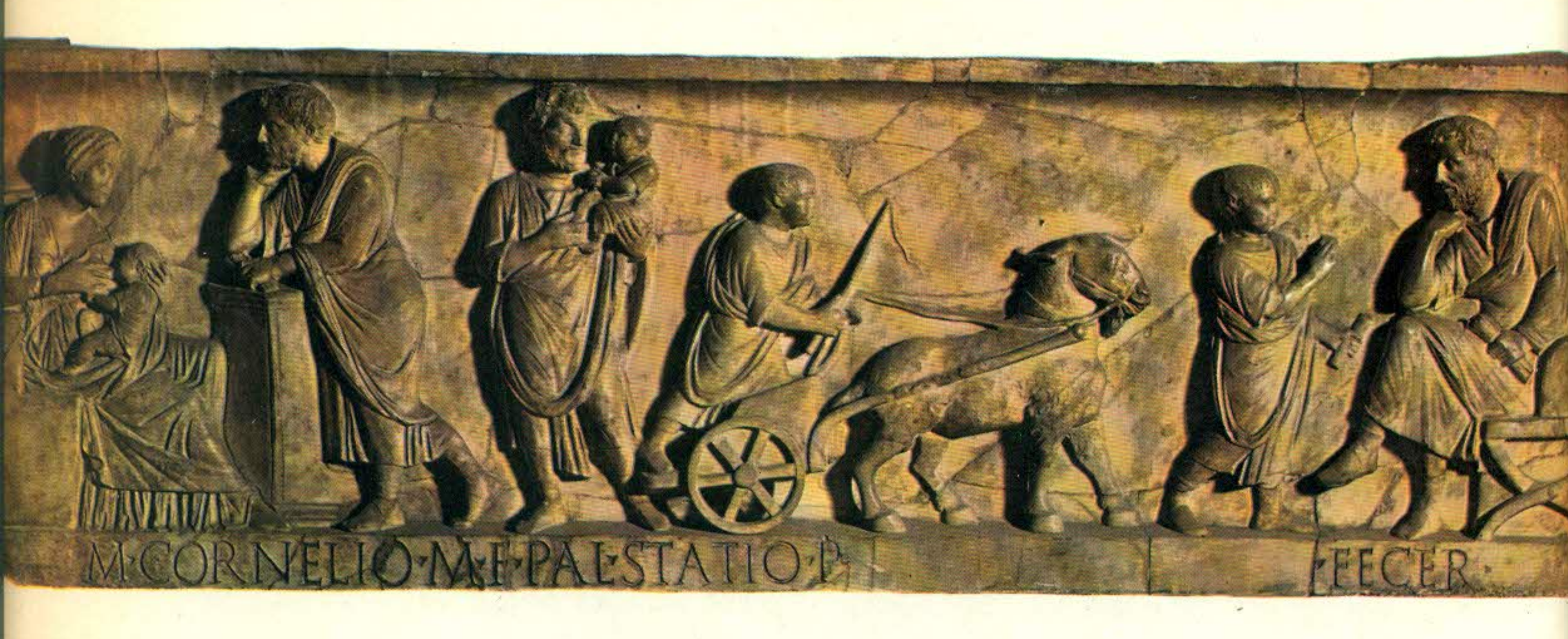
Una idea típica romana es la de que toda persona, cualesquiera que sean su edad y condición, depende de otra, que tiene completa personalidad civil y es lo que llamamos un *pater familias,* o uno que hace su oficio. Fijémonos en la condición de los esclavos; éstos existían en gran número, como resultado de las guerras para establecer la paz romana. Según los tratadistas del derecho de Roma, el nombre mismo de siervo, *servus,* quería decir *con-servado,* esto es, que los esclavos eran prisioneros de guerra que debían haber muerto y a los que un general humanitario había conservado la vida. Los jurisconsultos romanos, muchos de ellos estoicos, insistieron en deplorar la práctica de la esclavitud, que es contra el "derecho natural", pues Dios ha hecho a todos los hombres libres y potencialmente iguales. Pero el jurisconsulto no es un reformador sino hasta cierto punto y, puesto que existía este mal necesario, había que legislar sobre la esclavitud con la mayor elevación posible. Dando por concedido que el esclavo es "un bien mueble", que se compra, se vende, se puede dar en prenda y hasta destruir si conviene, los jurisconsultos romanos se sintieron orgu-

llosos de poder gloriarse de haber dado a los esclavos derechos de que no gozaban entre los pueblos bárbaros. Justiniano copia en sus *Instituta,* con gran satisfacción, este edicto de Antonino Pío: "El poder de un amo sobre su esclavo no debe disminuirse; cada uno es dueño de lo que es suyo. Sólo que, por el interés de los propios amos, deben evitarse la crueldad, los malos alimentos o cualquier grave injuria a los esclavos. Aquellos, pues, que se acojan como refugio al pie de la estatua del emperador, si se prueba que han sido injustamente maltratados, serán vendidos, para que no caigan otra vez bajo el poder del mismo amo".

Hasta cuando los esclavos alcanzaban la libertad, ya pagando ellos mismos su rescate del *peculio* que habían ahorrado, formado sin duda con propinas, ya por disposición testamentaria o por beneplácito del amo, quedaban sujetos a él, o a su heredero, en la condición de *libertos.* Entonces el que había sido amo se llamaba *patrón,* y entre liberto y patrón existían mutuas obligaciones. El patrón era, en realidad, un guardián o tutor del liberto y heredaba sus bienes automáticamente en caso de morir el liberto sin sucesión. He aquí, pues, un primer ejemplo de dependencia entre dos personas con derechos civiles, porque los libertos, con pocas restricciones, tenían los mismos derechos que los ciudadanos romanos. El famoso Félix, gobernador de Cilicia, a quien San Pablo predicó en Cesarea, era un liberto de Nerón.

Bajo relieve de un monumento funerario de Neumagen en que se representa un grupo de esclavas asistiendo a su ama en el aseo diario (Museo de Tréveris).





Relieve del sarcófago de Cornelio Estacio, en la época de Adriano, que representa los diversos momentos de la educación de un niño romano (Museo del Louvre, París). A la izquierda, el padre contempla a su esposa dando el pecho al niño; tras los primeros meses, el padre lo tiene en sus brazos; luego, es el propio niño quien se divierte jugando con un carrito tirado por una oveja; por fin, a la derecha, el niño recita la lección a su padre.

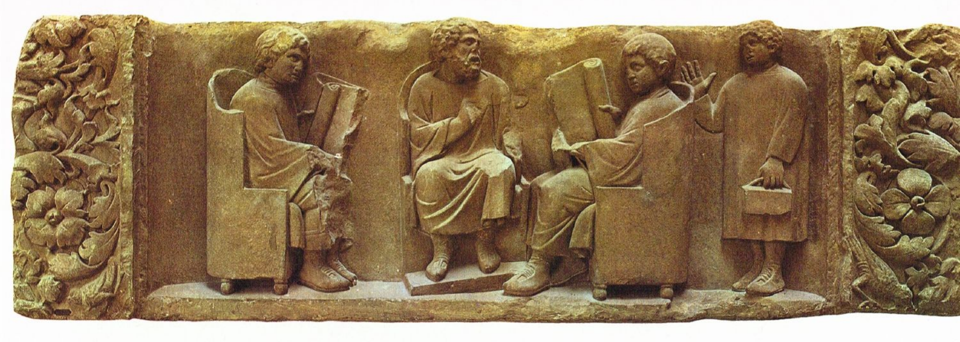
Otros consiguieron reunir enormes riquezas; los libertos ricos que se paseaban rodeados de esclavos, en literas magníficas, por la vía Apia, hubieron de sufrir las burlas de los poetas romanos del siglo II; pero aun estos libertos millonarios dependían, aunque sólo fuese nominalmente, de su patrón.

En la familia, los hijos, y los hijos de los hijos y sus nietos, estaban sujetos al *pater familias,* o cabeza de familia. Al morir el abuelo, cada uno de sus hijos pasaba a ser un *pater familias* para su descendencia, y así se iniciaban otras ramas de la misma gente. Pero cada individuo dependía de un *pater familias,* quien legalmente tenía derecho a castigarle, venderlo y aun disponer de su vida. Uno de los jóvenes cómplices de Catilina fue todavía sentenciado a muerte por su propio padre; pero ya al final de la época clásica era criminoso para un *pater familias* el matar a su hijo, aunque fuera con la aprobación de un consejo de familia.

De todas maneras, la autoridad del *pater familias* era enorme; constituía de derecho una verdadera posesión, que se llamaba *manus* o mano. El libertar a un esclavo se llamaba *manumitir;* todavía empleamos hoy la frase "mano firme" para significar ener-



Bula de oro que llevaban los jóvenes romanos pendiente del cuello hasta los diecisiete años (Museo Arqueológico, Nápoles). A esta edad los romanos eran declarados mayores de edad, se quitaban la bula y, revestidos con la toga viril, acudían al foro a ofrecer el primer sacrificio.



Escena de la escuela de un pedagogo representada en un relieve romano de finales del siglo II (Museo de la Civilización Romana, Roma). El maestro, sentado en el centro, toma la lección a dos de sus discípulos, mientras un tercero llega con una cajita en la que guarda sus útiles escolares.

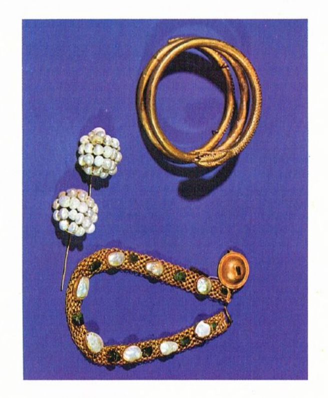
gía, tenacidad. Justiniano, en sus *Instituta,* dice, casi con orgullo: "El poder que tenemos sobre nuestros hijos es peculiar de los ciudadanos romanos; ningún otro pueblo tiene sobre sus hijos el poder que nosotros tenemos sobre los nuestros".

No es, pues, de extrañar que se procurara evitar esta *manus;* por ejemplo: las hijas generalmente seguían dependiendo de su *pater familias;* en casa del marido eran admitidas a las ceremonias religiosas de los lares y penates domésticos más como huéspedes que como miembros de la familia. El marido, en una palabra, no tenía *manus* sobre su esposa, y no es porque legalmente no debiera tenerla. En el matrimonio contraído según el rito tradicional de los patricios, llamado *confarreatio,* el marido obtenía la *manus* sobre la esposa; pero esta antigua forma de enlace era anacrónica ya en la época de Augusto. Otra clase de matrimonio, en su origen probablemente sólo para los plebeyos, llamada *coemptio,* que quiere decir compra, producía también la *manus* del marido, pero, por esta misma causa, no era la forma más usada de matrimonio en la época imperial. Sin embargo, a veces era preferible casarse por *coemptio* precisamente para caer bajo la *manus* del marido. Como una mujer romana, cualquiera que fuese su edad, estaba siempre bajo la tutela de alguien, a veces era conveniente cambiar de *manus* para escapar de un tutor enojoso o de un *pater familias* autoritario. Como ya se puede comprender, por el casamiento con *manus* la mujer no era más que una hermana de sus hijos, otra hija de su marido, quien tenía potestad sobre ella y sus bienes.

Hasta el tercer modo de casamiento romano, llamado *usus,* daba también derecho de *manus* al marido si la esposa permanecía con él por más de un año. Pero se evitaba esta condición con la trampa llamada *trinoctum abesse,* o ausencia de tres noches. La esposa iba a dormir tres noches a casa de un pariente y así evitaba la *manus* del marido.

Por lo que se ve, el matrimonio romano al final de la época clásica no tenía el carácter de unión religiosa que tiene entre nosotros y es consecuencia del cristianismo.

De todos modos, ya en esa época se necesitaba el consentimiento de los dos cónyuges, que no era requerido durante los siglos anteriores, cuando el *pater familias* podía disponer libremente de sus hijos. Pero si los padres no podían legalmente obligar, de hecho seguían haciéndolo, porque era indispensable su autorización para que el casamiento fuese válido. Buscaban también un buen partido. Un político filósofo, que es tutor de la huérfana de otro filósofo, escribe a Plinio preguntándole si conoce a alguien que pueda ser un buen marido. Plinio le contesta con una carta que se ha conservado:



Brazalete, collar y alfileres romanos del siglo I (Museo Arqueológico, Nápoles).

ROMA IMPERIAL: LA URBE Y SUS GENTES

La historia de la Roma antigua se desarrolla a lo largo de un milenio aproximadamente. Mil años son demasiados para poder hablar unitariamente de cuanto en ellos sucedió, pues el estilo de vivir de los romanos fue cambiando desde los orígenes a la caída del Imperio, a medida que los sucesos políticos, militares y económicos cambiaban la estructura de Roma.

A pesar de la mala reputación que siempre ha tenido la vida privada romana, no es justo juzgar y menos condenar mil años de historia por unos tópicos que, profusa y unilateralmente presentados por el cine y los relatos novelescos, han llegado a ser representativos de una época para el gran público. Hablar de las "orgías romanas" es para muchos describir la Roma de Nerón y de sus sucesores, siendo así que cualquier estudioso de la historia romana sabe que en el siglo y medio que va de Nerón hasta el fin de la dinastía Antonina la civilización romana alcanzó su apogeo.

Además, no es lícito identificar el Imperio romano con la ciudad de Roma, puesto que la vida en la urbe no era como en los municipios, que así se llamaban las ciudades provinciales. Éstas eran el símbolo de las virtudes antiguas, prontamente olvidadas en Roma, y en ellas la vida evolucionó mucho más lentamente que en la capital. Fuera de Roma, ni los juegos del circo eran tan frecuentes ni tan abundante la distribución de alimentos y dinero al pueblo. Porque conviene saber que ésta era una práctica corriente con que el hombre importante de Roma se ganaba el favor de los ciudadanos. En provincias, las dádivas eran repartidas de tanto en tanto por algún magistrado local para celebrar su elección. En Roma eran a veces tan frecuentes que llegaban a causar en la población un estado extendido de ociosidad, con la esperanza de que siempre habría un mañana dadivoso.

El llano existente entre el foro y el Tíber llegó a convertirse en la mayor zona comercial de Roma, donde se efectuaban los grandes y pequeños negocios de compraventa. A esta zona del Tíber llegaban las pequeñas embarcaciones desde Ostia, el muelle marítimo de Roma, cargadas de mercancías de importación que rápidamente eran vendidas.

Al otro lado del foro, en el llano que llega hasta las laderas del Esquilino, creció un barrio laborioso pero muy plebeyo, en donde se asentaron por grupos de oficio todos los artesanos. Libreros, zapateros, laneros, barberos, herreros, tejedores de lino, todos los que se ganaban la vida con la habilidad de sus manos, estaban allí establecidos.

Normalmente las tiendas estaban agrupadas por "gremios", y no faltaban por las calles los comerciantes no estables, vendedores ambulantes, cambistas, subastadores de baratijas, encantadores de serpientes y demás charlatanes. Además, alrededor de Roma había un ancho cinturón de huertos de regadío, cuyo cultivo necesitaba muchos brazos; sus productos eran vendidos cada día en el mercado.

Sabido ya a qué actividades dedicaba su vida el habitante humilde de Roma, que era el más abundante y el que, por tanto, servía como criado en casa de los poderosos, veamos en qué consistía uno de los abusos que los escritores más han criticado a los romanos: la comida. Se ha dicho que la historia del mundo dio un viraje cuando, en el siglo II a. de J. C., tras la conquista de Grecia por Roma, los griegos enseñaron a sus conquistadores el arte de comer bien. Es cierto que la frugalidad del romano primitivo, que se alimentaba a base exclusivamente de pan, queso, legumbres, verduras y fruta, había desaparecido por completo en la época imperial, hasta tal punto que la cocina se convirtió en un arte muy difícil. Pero no conviene exagerar.

Los manjares que, según escritores de la época, se compraban a precio de oro en puertos lejanos para ser comidos en Roma eran ostras, champiñones, pescados del Adriático y gansos de la Galia.

Los romanos de clase elevada se desayunaban *(ientaculum)* a base de pan, queso, huevos y leche, y hacia las doce almorzaban *(prandium)* ligeramente con los restos de la cena del día anterior o con algunos fiambres. Séneca refleja en una sentencia la poca importancia que tenía esta segunda comida, cuando dice que el *prandium* se puede tomar sin sentarse a la mesa y que al finalizar no hace falta lavarse las manos. La comida principal se tenía hacia la hora décima, es decir, las cuatro de la tarde. Las importantes solían durar hasta el anochecer y continuaban luego con conversaciones y, en algunos casos, incluso con atracciones circenses.

La cena era la ocasión normal que tenía un romano para reunirse con sus amigos por la noche, así como las termas eran el escenario de las reuniones diurnas. Dispuestos todos en una sala llamada *triclinium,* se descalzaban y un esclavo les lavaba las manos y los pies. Luego se recostaban en los lechos, también llamados *triclinium,* alrededor de la mesa, de forma que cada uno pudiera conversar con los demás. El plato se sostenía con la mano izquierda, cuyo codo correspondiente, apoyado en un cojín, soportaba el peso del cuerpo. Con los dedos de la mano derecha, libre para cualquier movimiento, se llevaban los alimentos a la boca.

Una comida importante comenzaba siempre con entremeses picantes y huevo. La expresión de Horacio *ab ovo,* que luego ha pasado a expresar la idea temporal de principio, no significaba otra cosa que "desde los huevos" que se servían al comenzar la comida. El plato principal, casi siempre carne de cerdo, jabalí procedente de caza o de aves, era abusivamente condimentado con especias, pimienta, comino, perejil, etc., con lo que se lograban sabores muy fuertes, y salsas picantes de estilo oriental. Como postres se tomaban pastas, queso, almendras y toda clase de frutas, las comunes hoy en día en la cuenca mediterránea, menos la naranja y el limón. Durante la comida se consumía vino en abundancia, pero, según costumbre heredada de los griegos, se servía aguado y caliente.

Los pasatiempos romanos de que se tienen más amplias informaciones son los baños en las termas y los espectáculos del circo. Las termas eran el mayor centro de la vida mundana de la ciudad. Desde su apertura, a mediodía, hasta el anochecer, en que cerraban sus puertas, eran, según descripción de Séneca, una especie de mercado en que se reunía todo el mundo. Pero no había baños mixtos. Las mujeres tenían un horario especial o termas aparte.

El romano dejaba su ropa en el *apoditerium* y entraba completamente desnudo en el *tepidarium.* Ésta era una habitación tibia en donde el cuerpo se habituaba al calor. En el *sudatorium,* más caliente todavía, debía soportar con serenidad las estimulantes salpicaduras de agua fría sobre el cuerpo sudoroso. Un baño caliente y un chapuzón seguido de unas brazadas en una piscina de agua fría ponían término a la sesión, que se prolongaba con los servicios de los esclavos que aplicaban masajes para lograr un relajamiento total de los músculos.

A partir de la construcción de las termas de Tito, los baños no fueron sólo un anexo de la palestra o del gimnasio –ya que, según aconsejaban los médicos, debía hacerse ejercicio físico antes y después del baño– o lugar de higiene, sino que se convirtieron en un lugar de placer, como un círculo de reunión.

Entre las diversiones del circo, dos de ellas han pasado a la posteridad como particularmente crueles e inhumanas. Una era la lucha de gladiadores, prisioneros de guerra adiestrados expresamente para el espectáculo. El vencedor lograba prolongar su vida, al menos, hasta la próxima lucha. La suerte del vencido dependía del humor del público, que decidía a su antojo el perdón o la condena. Otra era la lucha de un gladiador con una fiera, generalmente tigre, león o toro. En esta modalidad, la suerte del hombre estaba decidida desde el primer momento. Por eso, esta lucha se hacía servir como instrumento de ejecución pública de delincuentes. A veces, la cruenta escena era presentada como integrante de una obra teatral en la que el protagonista debía morir en escena.

Todos estos espectáculos se desarrollaban en el circo Máximo o en el Flaminio. El anfiteatro Flavio, construido posteriormente, presenció las más sangrientas escenas circenses de todo el Imperio.

V. G.



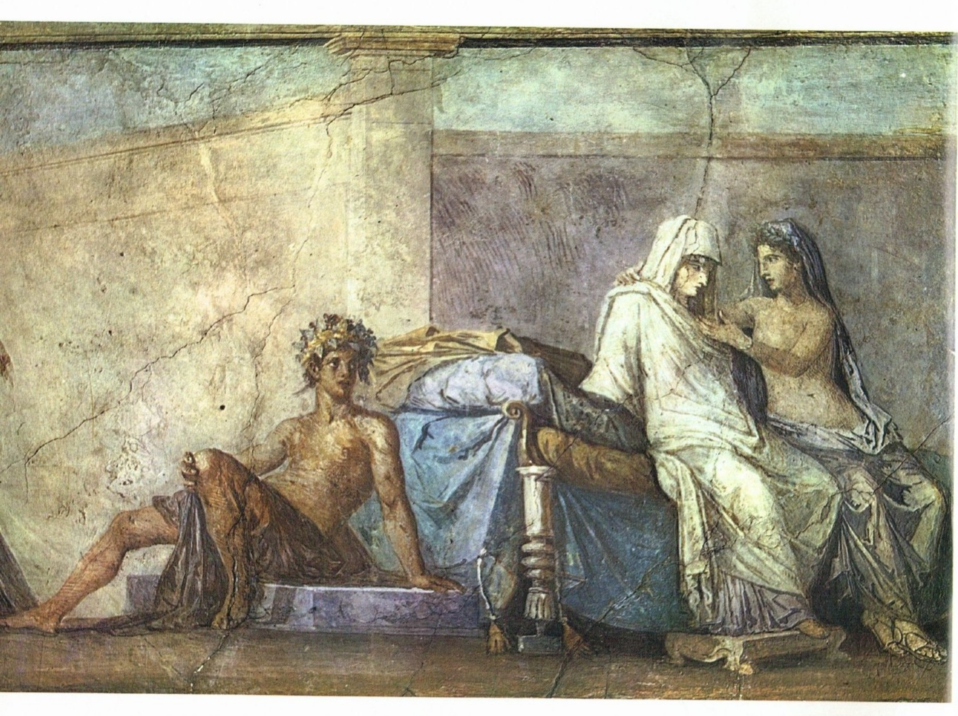
Escena de banquete funerario en una estela romana (Museo del Louvre, París).

"Tengo a mano el hombre que buscáis; se llama Minucio y es de Brescia, ciudad tranquila, donde ha desempeñado ya cargos públicos. Es un muchacho enérgico, con cara de buena salud. Su padre tiene dinero, y, aunque vosotros no os preocupáis de esto, hay que recordar que la posición de una persona es circunstancia importante no sólo para la sociedad, sino también para las cosas de ley".

Una vez concertado el matrimonio para un día que tuviese augurios favorables (como una gran fiesta del año), el novio, acompañado de sus parientes, iba a casa de la novia y allí se firmaba el contrato con todos los detalles de la dote. También allí se celebraba el banquete. Por la noche, los desposados eran acompañados en procesión a la casa del marido; éste representaba entonces la ficción de arrebatar de su casa a la esposa, como en los tiempos prehistóricos. Llegados al domicilio del marido, éste tomaba en brazos a la novia para que, al entrar, no tocara el umbral con los pies; después le presentaba el agua y el fuego y la invitaba a rezar ante el altar de sus lares y penates.

Así, el matrimonio quedaba reducido a un contrato civil con algunas supervivencias de ritos primitivos; y, sin embargo, nadie se hubiera atrevido a pasar por encima de la legislación romana respecto al casamiento entre consanguíneos o a las minucias de la dote. Ésta se fijaba para contribuir la mujer a las cargas de la familia, pero tenía además un valor moral: el hecho de que el marido aceptara la administración de una dote indicaba que la unión era algo más que un concubinato. Pero tal vez el lector no tiene la menor idea de la calamidad que la dote constituye todavía hoy. Los jurisconsultos romanos creyeron prever todos los casos posibles, llenaron páginas y más páginas de leyes sobre la dote, pero cada día aparecen problemas nuevos que dan pretexto a los abogados para sostener largos pleitos. Pueblos enteros de nuestra raza latina, saturada de jurisprudencia, se han rebelado porque no se les ha consentido dar, administrar o restituir el dinero de la dote, según la costumbre de sus fueros, que estará o no de acuerdo con el Derecho romano. Por fortuna, con la emancipación moderna de la mujer, las triquiñuelas de los capítulos matrimoniales van quedando como leyes muertas.

El matrimonio romano sin *manus,* que era casi el único en uso, se deshacía con la misma facilidad que se consumaba: bastaba que uno de los cónyuges formulara al otro demanda formal de divorcio, firmada delante de siete testigos. No había necesidad de alegar ninguna razón para separarse. Ya vimos cómo Tiberio, Agripa y Julia se divorciaron y casaron de nuevo sólo para ayudar a los planes políticos de Augusto. Se hablaba de mujeres que contaban los años por los maridos que habían tenido y, sin embargo, a pesar del carácter tan poco religioso del

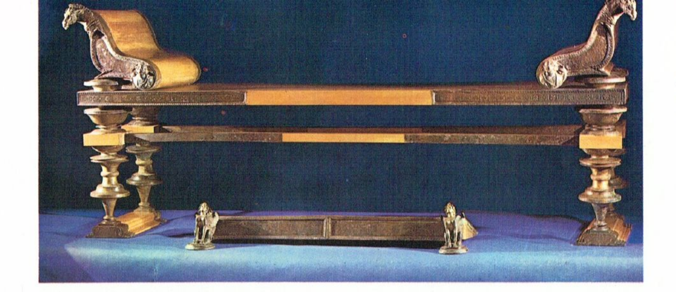


Detalle de la pintura romana, de comienzos del Imperio, denominada "Bodas Aldobrandinas" (Biblioteca Vaticana). La desposada, cubierta aún por el velo nupcial, reposa sobre el lecho aconsejada por Venus. El esposo, coronado, observa la escena sentado al pie de la cama.

matrimonio romano, hubo muchas uniones que fueron duraderas.

El hecho de ser el matrimonio concertado por la familia no excluye necesariamente el amor. La mujer latina no ama plenamente hasta que ha sido madre. No pocas veces hay algo de verdad en estas palabras de una muchacha: "No le amo, pero todos me dicen que le amaré...". Gratitud por lo menos hubo de sentir la huérfana del filósofo político, si es que Plinio llegó a casarla con aquel muchacho de Brescia que tenía cara de salud. He aquí cómo describe Plinio a su esposa Calpurnia: "Tiene mucho sentido común y es una excelente ama de casa. Me admira a mí, lo que quiere decir que no es tonta. Guarda mis libros y los lee; sabe algunos de ellos de memoria. Cuando voy a pronunciar un discurso, está muy excitada; cuando he concluido, rebosa de alegría. Dispone de una porción de mensajeros que van corriendo a contarle el efecto que produce mi oratoria, a comunicarle si me aplauden y si gano el pleito. Cuando doy una recepción para leer un trabajo mío, lo escucha detrás de una cortina. Pone mis versos en música y los canta con el arpa. No ha tenido nunca profesor de canto, pero el amor es el mejor maestro...". Conviene advertir que Plinio había tenido dos esposas más antes que Calpurnia.

Los poetas y moralistas romanos que escriben desde la capital no son parcos en comentarios acerca de la inmoralidad femenina de su tiempo. Podríamos entretenernos con relatos picantes de adulterio, que son la crónica escandalosa de la sociedad romana del tercer siglo. Es evidente que, a pesar de la legislación de Augusto y de los ejemplos de los emperadores filósofos, en Roma



Lecho romano de comienzos de la época imperial (Museo del Capitolio, Roma).

se había llegado a considerar el contrato matrimonial como algo que los cónyuges podían interpretar a su gusto. Juvenal explica el caso de una esposa sorprendida por su marido en los brazos de un esclavo, la cual, por toda excusa, lanzó esta exclamación: "¡Ya convinimos que cada uno haría lo que quisiese!...".

No siempre las mujeres se aprovecharon de su independencia para entregarse al libertinaje. Los historiadores mencionan casi tantos ejemplos de romanas ilustres que se dedicaron a la poesía y a la filosofía como de otras que sólo iban al circo, a los teatros y a los templos para procurarse nuevos galanes. Algunas viajaban por países lejanos; encontramos sus nombres grabados, acaso con el broche de la túnica, en los monumentos de Grecia y Egipto.

Los epitafios de dos cónyuges romanos

ALGUNOS DATOS SOBRE LA CONDICION SERVIL EN ROMA

SIERVOS AGRICOLAS, TRABAJO DOMESTICO, ESCLAVOS INDUSTRIALES

LA FAMILIA RUSTICA

Son los esclavos dedicados a las tareas agrícolas en los grandes latifundios romanos. Dependientes del "vilicus" o arrendatario de la propiedad, sus condiciones de vida eran muy duras por la extensa jornada de trabajo, el carácter de éste y la severa disciplina a que estaban sometidos. Estar adscrito a la familia rústica era considerado un castigo.

LA FAMILIA URBANA

La componen los esclavos dedicados al servicio de la casa, generalmente bajo las órdenes directas del dueño. Entre ellos había varias categorías: "ordinarii", especializados en determinado servicio; "vulgares" o "qualesquales", aquellos a quienes se encomendaban trabajos pesados que no requerían habilidad especial; "vicarii", esclavos que cuidaban de los demás esclavos. Los "ordinarii" y, entre ellos, los que cuidaban de la administración de la casa o de la educación de los niños –que eran los esclavos de mayor precio– eran tratados con consideración.

LOS ESCLAVOS INDUSTRIALES

Los esclavos que poseían un oficio artesano eran integrados en grupos o compañías –"collegia", clases, "decimae"– bajo la dirección de un técnico –"praepositus"– y alquilados por su dueño a quien los necesitara. Cuanto más pesado era el trabajo a realizar, mayor el número de esclavos a él dedicados y continuos los motivos de rebelión, más rígido era el control que los patrones hacían pesar sobre los siervos.

LOS ESCLAVOS, EL DERECHO Y EL RETORNO A LA CONDICION LIBRE

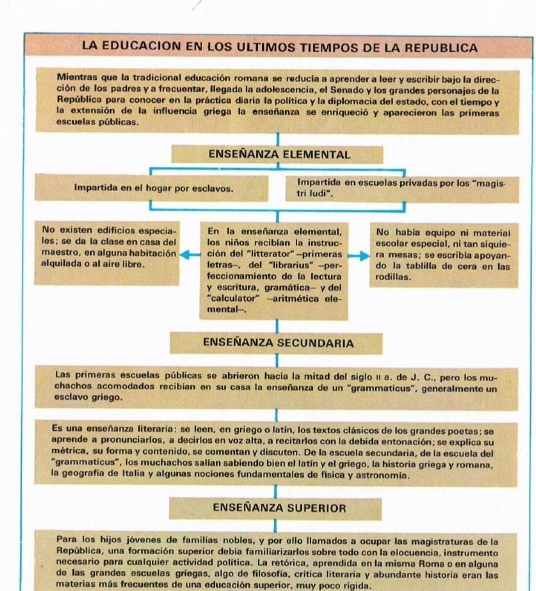
LA ESCLAVITUD Y EL DERECHO ROMANO

En el Derecho romano, el esclavo era catalogado como "res" –cosa–, no como sujeto ni objeto de Derecho. De hecho, y con la salvedad de que en todo momento la suerte del esclavo y su vida dependían de su dueño, parece que de alguna manera los siervos podían tener un pequeño caudal propio –"peculium"–, que podía ser utilizado para alcanzar su libertad; la costumbre reconoció el matrimonio entre esclavos –"contubernium"–, que en época imperial fue protegido por una ley que prohibía al dueño vender separadamente a uno de los cónyuges. En tiempos de Adriano –siglo II–, el patrón perdió el derecho de vida y muerte sobre los esclavos, pero es preciso llegar a Constantino para que sea considerado homicidio dar muerte a un siervo.

LA MANUMISION

La manumisión era el acto solemne en que se devolvía la libertad al esclavo. Había tres modalidades: "manumissio per vindictam", en que, delante de un magistrado, el dueño concedía la libertad al esclavo; "manumissio censu", cuando el dueño pedía a los censores que su esclavo fuera inscrito como ciudadano romano; "manumissio testamento", en que se liberaba al esclavo en un acto de última voluntad.

La manumisión se hizo tan frecuente en Roma en los primeros tiempos del Imperio –debido quizás al gran número de esclavos–, que Augusto trató de limitarla prohibiendo manumitir a los menores de dieciocho años y que sólo podrían serlo aquellos que no hubieran cumplido los treinta. No se podía manumitir de una sola vez más de la quinta parte de los esclavos y nunca en número superior a cien.



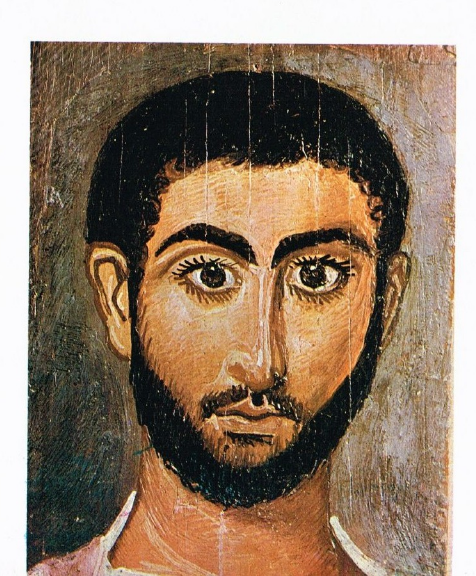
a menudo llevan la abreviatura: *S. U. Q.*, o sea: *sin una querella.* A veces, el marido desconsolado recuerda en el epitafio de su esposa la habilidad con que tejía la lana. El manejo hábil del telar era para los romanos sinónimo de las virtudes domésticas. La cocina estaba relegada a los esclavos y el arte del bordado era más bien propio de los hombres; pero hasta poetas como Propercio y Tíbulo se complacen en imaginar a sus amadas tejiendo de noche, descalzas y con la cabellera suelta, absorbidas en sus amorosos pensamientos, mientras la lanzadera resuena monótona en la casa dormida.

"Tú Cayo, yo Caya", decían las romanas del tiempo de la República para significar que en la casa eran ellas tan señoras como el marido; sin embargo, a pesar de mil ejemplos de fidelidad, nunca llegó el matrimonio romano a hacer de dos "uno, en una sola carne". Ya Catón recomienda besar a la esposa sólo cuando truene, queriendo decir que raras veces. La esposa de Bruto tuvo que amenazar a su marido con suicidarse si éste no le confiaba los secretos de la conspiración.

Los hijos del matrimonio romano eran más bien fruto de la devoción que del amor sexual. Después de nacido, el pequeño era depositado en tierra, delante del altar doméstico, para que el padre pudiera inspeccionarlo; éste tenía el derecho de hacer desaparecer a los recién nacidos de mala conformación. Séneca dice: "Ahogamos nuestras monstruosidades".

Como prueba de adopción, después de haberlo reconocido, el padre levantaba del suelo al recién nacido. Durante ocho días cuando era niña, o nueve en el caso de ser niño, que era lo que duraban las ceremonias de purificación, el infante estaba sujeto al maleficio de los espíritus y no pertenecía totalmente a la familia. Por fin tenía lugar, en el atrio de la casa, el acto de dar un nombre al pequeñuelo. Cada uno, pobre o rico, llevaba un presente, por lo general un amuleto contra brujerías y mal de ojo. Como había amuletos más o menos eficaces, aquel que se consideraba de más virtud era encerrado en una cajita redonda de oro, llamada *bula,* que llevaría el infante, pendiente del cuello, hasta cumplir la mayor edad.

A veces el niño se confiaba a una nodriza extranjera, con preferencia una esclava grie-



Retrato pintado sobre un sarcófago de El Fayum, en la provincia romana de Egipto, característico por el realismo de la expresión y la intensidad de vida que refleja (Museo del Louvre, París).



ga. Así el muchacho aprendía aquella lengua indispensable antes de ir a la escuela. Sobre la escuela elemental romana tenemos abundante información, y todavía hoy quedan rastros de ella en muchos lugares. A veces, lo único que ha cambiado son los textos que deben aprenderse de memoria; la disciplina, la higiene y los métodos pedagógicos vienen a ser los mismos. La escuela era de iniciativa privada, y el maestro era generalmente un veterano del ejército que cobraba un óbolo de cuota por cada estudiante.

Por esto las familias acomodadas se procuraban un pedagogo competente en literatura y filosofía. Estos preceptores, muchos de ellos más cultos que los mismos amos, eran admitidos en la vida diaria de la familia y comían en la mesa del señor, como las institutrices francesas y suizas que iban a educar a los vástagos de la nobleza rusa antes de la revolución.

En la escuela secundaria se empezaba leyendo a Homero y Menandro. El curso de latín principiaba con Virgilio, que pasó a ser un texto escolástico ya en vida del poeta. En tiempo de Vespasiano, Virgilio, Horacio y Lucano son mencionados como autores cuyos libros eran indispensables a los escolares. Persio dice que es una esperanza grata para un poeta la de que sus versos habrán de ser dictados algún día a un grupo de niños. En cambio, Marcial se pregunta si cabe desear que "un maestro pedante lea sus versos con voz gangosa, para hacerlos detestables, a un grupo de muchachos y muchachas que están creciendo muy sanos".

Reconstrucción de una cocina romana con objetos de aquella época (Museo Arqueológico, Barcelona).

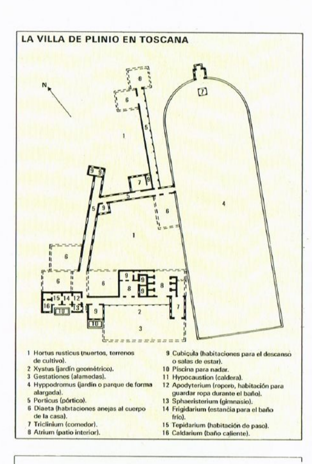
Relieve del siglo III, hallado en la región renana, que representa al copero de un rico hacendado romano provinciano sirviendo a la mesa de su dueño (Museo de Tréveris).



La mayoría de los muchachos romanos no pasaban por la escuela secundaria. A los dieciséis o dieciocho años entraban como aprendices o se alistaban en el ejército por veinte años. La vida militar constituía para un joven romano una verdadera educación. Como que el hijo de un patricio, o simplemente de un ciudadano inscrito en el censo, avanzaba en grados rápidamente, a los treinta y cinco años se retiraba de la milicia con una gran experiencia, conocedor de los problemas siempre apasionantes de la frontera y capaz para servir todavía al estado con un cargo civil en la administración.

Algunos muchachos, al acabar la educación secundaria, iban a una escuela de retórica, donde se enseñaba lo que llamamos *humanidades*. "Nadie se hará grande sin elocuencia", dice Tácito, y Séneca añade: "Es sumamente fácil pasar de la elocuencia a las otras artes". No parece extraño, pues, que

Ruinas de la casa de Livia, en el Palatino, donde habitaron Augusto y su esposa tras las primeras reformas imperiales. A su alrededor, los siguientes emperadores erigieron muchos edificios estatales.



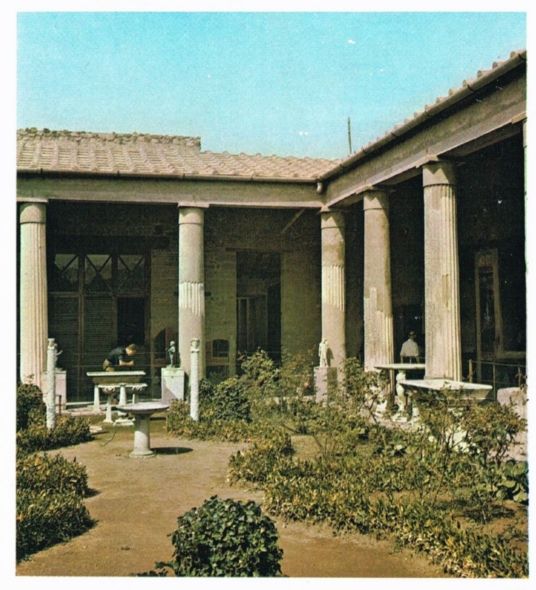
A los ciudadanos romanos distinguidos les gustaba pasar largas temporadas en sus posesiones rurales. Algunos, como Horacio, se establecían en la *villa rustica,* es decir, en la vivienda del *villicus,* a cuyo cargo estaba la explotación de la propiedad. Otros, como Cicerón y Plinio, se hicieron construir magníficas *villae urbanae,* independientes de la vivienda del encargado. Como su nombre indica, la "villa urbana" era a la vez "villa" (casa de campo) y "urbana" (casa dotada de todas las comodidades ciudadanas). Como "villa" estaba abierta al campo y abundaban en ella los jardines y huertos atravesados por pórticos que unían las diversas construcciones. Como casa ciudadana tenía las típicas habitaciones *—atrium, triclinium, cubicula—* edificadas con gran suntuosidad; el baño, con sus distintas secciones, ocupaba una regular extensión.

la primera tentativa de una universidad en Roma fuese la escuela de retórica fundada por Vespasiano; su primer director fue el español Quintiliano, con un sueldo anual de cien mil sestercios, que vienen a ser unos veinte mil pesos oro. Allí se leían y comentaban los "clásicos", que eran los escritores antiguos de la época republicana, pero sobre todo se practicaban ejercicios de oratoria, que eran para los que hoy llamaríamos graduados. Los primeros grados provocan la risa. "¿Cómo era la serpiente que engendró a Escipión? ¿Cómo era la loba que amamantó a Rómulo?" A esto seguían elogios de varones ilustres, de las armas y las letras, de la ciudad y el campo, etc. El tercer grado eran ejercicios de monólogos y arengas, como, por ejemplo, improvisar el discurso que Aníbal hizo a sus soldados, el de Sila al renunciar la dictadura o la despedida de Catón antes de suicidarse. Los últimos ejercicios de la escuela "superior" de retórica, en Roma, eran las famosas *controversias* o pugilatos de oratoria, en que dos alumnos defendían diferentes aspectos de una cuestión. Algunos asuntos de las controversias anticipaban ya problemas de jurisprudencia, por ejemplo: un patrón enfermo ordena a su esclavo que le traiga un veneno para suicidarse. El esclavo desobedece; el amo lo castiga, crucificándole. ¿Quién está en su derecho?

Nos parece estar oyendo los problemas de nuestras clases de retórica de hace cincuenta años, cuando teníamos que procurarnos, para el día siguiente, "¡un ejemplo de pensamiento sublime!".

Por lo que se ve, la escuela romana no pasaba de ser un gimnasio literario. Exceptuando los jurisconsultos, todos los técnicos de Roma eran libertos griegos y orientales. No es de extrañar, pues, que algunos de ellos amasaran fortunas inmensas ejerciendo la medicina, trabajando de mecánicos o simplemente como expertos en las oficinas imperiales. Una vez que Plinio, gobernando

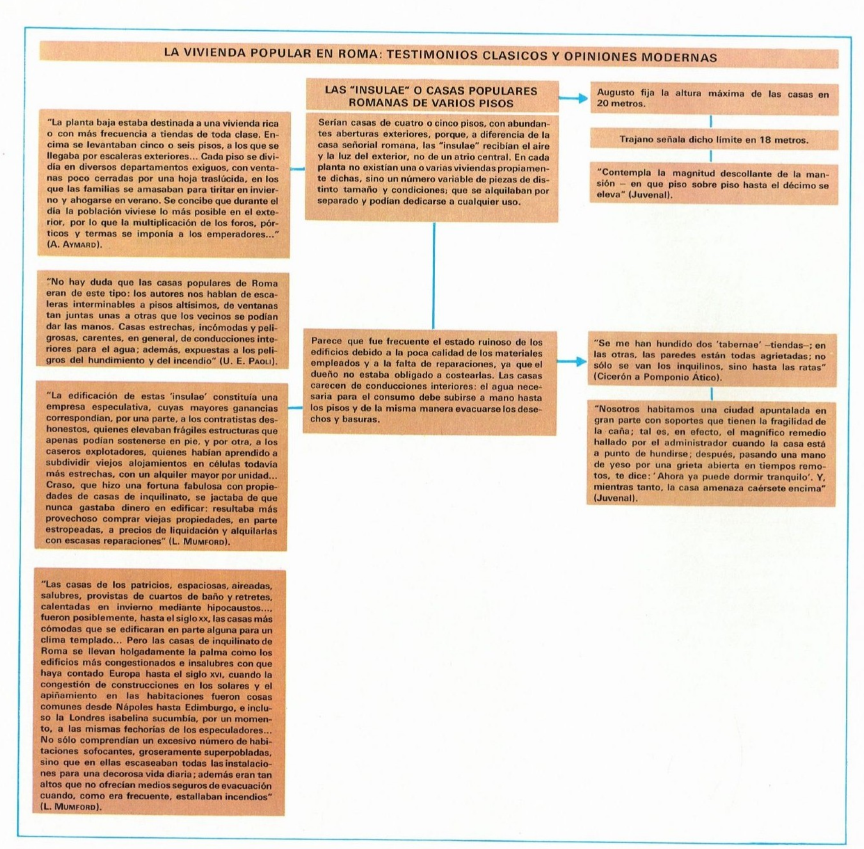
Peristilo de la casa de los Vetti, familia de acaudalados comerciantes de Pompeya. El interior, cuidadosamente restaurado, es una muestra representativa de las buenas casas romanas y está profusamente decorado con pinturas murales.



la Bitinia, pidió a Trajano un arquitecto para ciertas obras que proyectaba, el emperador le contestó, con enojo, que era absurdo pedir un técnico así a Roma cuando en Roma los hacían venir de Grecia.

Mas ¿para qué tenían que preocuparse los patricios romanos con duras disciplinas intelectuales, si el mundo estaba lleno de gentes dispuestas a servirles? Como los aristócratas ingleses del siglo pasado, gobernando las colonias aprendían más que con los libros. Los excesivamente cultos hacían viajes preparatorios, y hasta residían meses en Atenas y Rodas, donde había buenas universidades, pero era sólo para adquirir un barniz de cultura, no para especializarse en ninguna rama de la ciencia.

Al principio, ni al llegar a la mayor edad podía el hijo adquirir ni transmitir bienes personales. Esto era una consecuencia de la aplicación de las ideas acerca del *pater familias,* mas pronto fueron concediéndose derechos a los hijos mayores de edad. Augusto les permitió disponer del peculio ahorrado



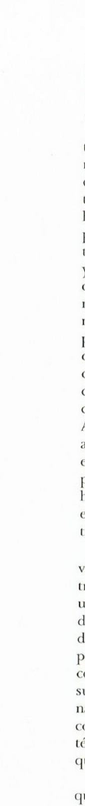
Una casa de la villa de Herculano, llamada del Atrio de Mosaico, muy similar a las halladas en las excavaciones de Pompeya.

en el ejército; después se les otorgó el derecho de poseer los bienes heredados de la madre, *bona materna.* En tiempo de Justiniano, el hijo era dueño prácticamente de todo lo suyo, pero así y todo, el padre podía hacer uso de los bienes del hijo, aunque no podía enajenarlos.

Al morir el *pater familias,* los hijos todavía menores recaían bajo la tutela de un guardián nombrado por el padre, por los parientes o por el pretor de la ciudad; pero los varones mayores de edad recibían la parte que les correspondía de la herencia paterna y entraban a disfrutar de todos los derechos civiles. Los jurisconsultos romanos hicieron del derecho de propiedad una verdadera filosofía. Mientras los griegos se habían preocupado de lo inmanente, esto es, de las relaciones del hombre con las ideas, los romanos concedieron la mayor importancia a las cosas



Ruinas del palacio imperial de los Flavios en el Palatino, Roma. En el área que ocupaba la "Domus Aurea" de Nerón, los Flavios alzaron una serie de edificaciones públicas y privadas, entre las que destacan el anfiteatro o coliseo y este palacio.



Bella representación de una joven romana herida en un brazo (Museo del Capitolio, Roma).

tangibles, en su aspecto relativo de pertenecer a uno o a otro. Parece como si las cosas, igual que las personas, por necesidad tengan que estar bajo la *manus* de alguien; había algunas excepciones, pero en general podemos decir que el jurisconsulto romano tenía horror a las cosas sin dueño. Las leyes y disposiciones sobre casos de propiedad comprenden mucho más de la mitad del magnífico sistema de la jurisprudencia romana. Por ella se decide de quién será la perdiz herida por uno y cobrada por otro; de quién será el pan que se ha amasado con trigo ajeno; de quién los frutos que caen dentro del predio del vecino..., y para cada caso se encuentra la fórmula práctica. A veces se advierte cierta vacilación, debido a que hubo dos escuelas de jurisprudencia en que se dividieron los juristas romanos, pero nunca se deja nada sin resolver; apenas hay en la ley romana ambigüedades para evadirla. Aquello de hecha la ley, hecha la trampa, casi no reza con el Derecho romano.

Todas las maneras de adquirir están previstas, como las maneras de enajenar. Nuestras diarias transacciones de compra y venta, usufructo, donación entre vivos, para evitar dificultades de testamentaría, o burlar acreedores, censos, servidumbres o derechos de paso, se realizan todavía hoy de acuerdo con las costumbres de Roma, reguladas por su Derecho. El lector puede, pues, imaginarse a un ciudadano romano del siglo III consultando a su abogado con los mismos términos que usamos todavía nosotros o que, a lo más, empleaban nuestros abuelos.

Claro que no había entonces problemas que son esencialmente modernos, como los seguros y otras novedades basadas en las ideas de cooperación, mas para un *pater familias* no podían faltar complicaciones con los hijos, esclavos y libertos. Si no tenía hijos, los adoptaba, para evitarse las multas y por patriotismo; pero como un padre romano no podía, ni aun queriendo, evitar su propia potestad sobre el *filius familias,* la manera de ceder su hijo a otro era recurriendo a una estratagema basada en la ley de las XII Tablas. En ella se dispone que si un padre vende a su hijo tres veces por esclavo, el hijo queda de hecho independiente para siempre de su *pater familias.* Por esto, el método legal de adopción consistía en que el padre natural simulara por tres veces la venta de su hijo y que el padre adoptivo lo comprase y manumitiese cada vez delante del tribunal. Así, el hijo perdía toda relación

LOS ROMANOS Y EL MAS ALLA

Se ha dicho repetidas veces que la sociedad del siglo de Augusto se había liberado por completo de las tradiciones religiosas de sus mayores y que era capaz hasta del ateísmo. Contra esta afirmación, que tiene mucho de verdad, pues con el engrandecimiento de sus poderes y las múltiples ocupaciones de su vida presente los romanos no tenían tiempo para detenerse a pensar sobre el sentido de su destino personal, se alza un hecho religioso interesante en todos sus aspectos: la divinización del emperador.

Ya antes de Augusto, César, que en tantas ocasiones se mofó de la moral tradicional y del culto a los dioses, había fundamentado su autoridad sobre la milicia en su ascendencia divina. Y Sila, que con saña iconoclasta saqueó en Grecia los templos de los dioses, llevaba siempre consigo, como precioso amuleto, una estatuilla de Apolo. Más ridícula nos parece aún la ingenuidad de Cicerón, que, mientras se burlaba con superioridad de las devociones de su esposa y demás mujeres de su familia a los dioses tradicionales, se hacía iniciar secretamente en los misterios de Eleusis. Diríase que, capaces incluso de ateísmo, lo eran también de las mayores aberraciones religiosas.

Augusto fue divinizado y junto a su persona se rindió culto a la diosa Roma. Este proceso divinizador, que se desarrolló para instituir una religión oficial, tuvo fácil presa tanto en el emperador como en los súbditos. Parece que al final de sus días Augusto se creía ya con filiación divina y con vocación inmortal. Y la inmensa mayoría de los habitantes del Imperio dio su plena adhesión a la divinización del emperador, a la que siguió en muy poco tiempo la de toda su familia. Así, por ejemplo, la que llamamos *Maison Carrée* de Nimes es un templo dedicado a los nietos de César.

El culto que se desarrolló en torno a emperadores como Vespasiano y Heliogábalo supera toda imaginación. Cabe preguntarse si tanto los que organizaban los actos de culto al emperador como el mismo emperador que los recibía obraban con sinceridad. De hecho, la divinización fue un proceso tanto religioso como político, en cuanto que por ella el emperador personificaba el Imperio y, rindiendo culto a su numen, se lo rendía a todo el Imperio. Esto no era ninguna novedad, pues ya los Tolomeos en Egipto y los Seléucidas en Siria lo habían hecho. Pero el culto oficial del estado, que era la adoración del emperador, no eliminaba el derecho al culto de los otros dioses.

La tríada capitolina (Júpiter-Zeus, Juno-Hera y Minerva-Atenea) recibía el mismo culto que antes, así como en el interior de los hogares seguía honrándose a los manes, lares y penates, espíritus de los antepasados, del hogar y de los alimentos familiares, respectivamente. Los servicios sacerdotales públicos de los flámines, augures y vestales no desaparecieron con la introducción del nuevo culto ni cesaron los sacrificios tradicionales a las divinidades, antes al contrario, a veces era el propio emperador-dios quien los ofrecía.

Paradójicamente, a medida que el Imperio avanzaba y la religión iba degenerando, los romanos concretaban la significación de sus creencias personales. No hay duda que creían en la inmortalidad del alma, pero como los griegos, de quienes tomaron el sistema teogónico, no acertaron a imaginar las condiciones de vida en el más allá. Según unos, las almas de los muertos esperaban de sus familiares vivientes la ofrenda de la comida necesaria para sobrevivir en su vida sepulcral y se vengaban si eran olvidadas. Para la mayoría, los infiernos estaban en las entrañas de la tierra y para llegar hasta ellos los muertos tenían que pagar un óbolo al barquero que los pasaba al otro lado del río de la muerte. Los suplicios que sufrían los condenados han pasado a ser ejemplos clásicos, como el de Tántalo, heredado de la mitología griega. La visión del infierno es casi exactamente la misma en griegos y romanos.

Paralelamente a la disminución de la unidad imperial y a la corrupción de las instituciones romanas, se produce en el Alto Imperio un gran desarrollo de la sensibilidad filosófica y religiosa. La mediocridad de la vida intelectual del final del Imperio halla su explicación quizás en la concentración de todas las fuerzas vitales del individuo en la tarea de resolver los problemas de tipo metafísico y religioso que le plantea su existencia. En consecuencia, el enfermo que acudía a un médico para hallar remedio a su enfermedad no buscaba en él la experiencia ni los conocimientos acumulados desde Hipócrates, sino las artes oscuras del curandero o brujo, menos eficaces para su dolencia física, pero más confortadoras para su espíritu. Así también, el astrónomo que no hacía astrología se esforzaba en un trabajo cuyos resultados a nadie interesaban, y el filósofo que seguía pensando en su disciplina como ciencia del pensamiento y no como ética estaba completamente pasado de moda.

Por otro lado, la herencia de las escuelas filosóficas, provenientes de las colonias griegas, que en el siglo I se establecieron en Roma, favoreció las inclinaciones seudomísticas del espíritu de la época. En el Alto Imperio es cuando el romano valoriza más la idea pitagórica de que la vida ascética es una vía hacia la salvación supraterrestre. Y la idea estoica de que los dioses son la manifestación de un mismo principio divino llamado destino tuvo en Roma muchísimos adeptos. La búsqueda de una salvación que asegure al romano la paz más allá de la vida diaria es el fundamento de su actitud religiosa nueva, en la que todas las religiones tienen el mismo valor en cuanto ayudan a formar el espíritu de un sincretismo total, en cuyo seno todos los problemas religiosos tienen solución.

Los cultos que proporcionan elementos más adecuados para resolver las angustias religiosas del romano son los orientales, porque obligan a un mayor desarrollo del sentido de lo mistérico. Si los romanos se entregaron con frenesí a estos cultos fue porque entendían que la salvación era consecuencia automática de la adhesión a unas doctrinas y a unos gestos cultuales. Muy pocos eran los que creían que la ayuda de los dioses estaba condicionada por los méritos personales.

La religión oficial, que estuvo en vigor hasta la disolución del Imperio, no era en esos últimos tiempos más que la garantía de la unidad moral del Imperio. Sacrificar al emperador era guardar lealtad al Imperio. ¿Y cómo no hacerlo si con ello el pueblo salvaba las apariencias de honrado ciudadano y satisfacía su fervor?

V. G.

con sus consanguíneos y pasaba a ser un miembro de otra familia, pero también a la larga se prescindió de esta transacción ficticia y bastó con la declaración de ambos padres archivada en el registro civil.

Ahora bien, requiriendo la mayor parte de los documentos legales romanos la presencia de siete testigos, para cada transacción tenían que movilizarse por lo menos diez personas: los dos interesados, los testigos y el abogado. Y como estos servicios en Roma no se pagaban con dinero, debían dar motivo, en cambio, para asistir a banquetes y recepciones, que tan a menudo mencionan los escritores clásicos. Los *natalicios* o cumpleaños debían sucederse con rapidez en una casa tan llena de gente como la del patricio romano. Por fin, hay que re-

Lugar donde estuvo enclavado el circo Máximo, construido en la hondonada formada entre las laderas del Aventino y el Palatino. En él se daba toda clase de espectáculos circenses, y los graderíos laterales tenían cabida, en la época de Vespasiano, para 250.000 espectadores.



Lámpara de aceite hallada entre las ruinas de una casa particular de Pompeya (Museo Nacional, Nápoles).

cordar que, aunque la costumbre del día sabático, o fiesta dominical, no era practicada en Roma, el calendario romano tenía por lo menos tantas fiestas religiosas como el calendario católico. Hasta en las épocas de mayor escepticismo seguían practicándose las ceremonias y procesiones, o *lectisternia,* que daban ocasión para lucir cada uno sus mejores galas y las insignias de su rango.

Algunas de estas festividades se encuentran ya señaladas en el calendario de Numa, del tiempo de los reyes, pero otras habían sido establecidas como un voto por el pueblo de Roma en circunstancias difíciles. Así, por ejemplo, los *ludi magni,* o juegos y ceremonias religiosas, habían sido votados el trágico año 217 a. de J. C., cuando Aníbal amenazaba poner fin a la existencia de Roma. Los juegos en honor de César, de Augusto y hasta de personalidades de menos peso habían sido instaurados por sus parientes, con rentas que debían gastarse cada año en juegos y espectáculos. Además, los nuevos magistrados se veían obligados a celebrar la toma de posesión del cargo con grandes fiestas que duraban varios días.

Más aún, cada barriada tenía su *fanum* o *sacellum* para el espíritu protector de la localidad. Estos *fanum* no fueron, al principio, más que simples espacios reservados al misterioso genio del lugar, que no se sabía siquiera si era dios o diosa, *si deus, si dea...* Pero poco a poco se construyeron capillas y se adoptaron dioses clásicos con un adje-

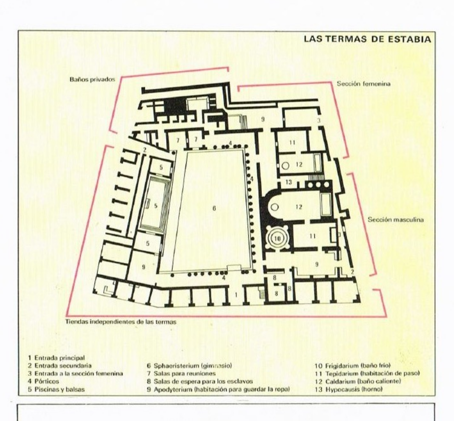
tivo local; éstos también contribuyeron a procurar nuevas fiestas de barrio. Y aún podríamos añadir, como motivo de otras fiestas y diversiones, las cofradías religiosas y civiles, que llegaron a ser tan importantes que reclamaron la atención de los emperadores, regulándose y restringiendo su acción. Cada oficio tenía su espíritu tutelar, con su fiesta anual correspondiente; por ejemplo, el 9 de junio era el día de los molineros y panaderos, y el 13 el de los músicos, que se paseaban beodos cantando nuevas canciones con tonadas viejas.

En Civita-Lavinia se han conservado los estatutos de una cofradía de Diana y Antinoo. Por ellos nos enteramos de que había que pagar una cuota de entrada de veinte pesos oro y además una ánfora de buen vino. La cuota anual era de tres pesos, pero cada cofrade tenía asegurado un funeral que costaría sesenta pesos; el presidente era elegido por cinco años. Seis veces al año se reunían los cofrades para ver quién de ellos bebería más vino; si alguien se sentía ofendido y se retiraba del banquete, era multado con cuatro reales, pero el que insultaba a otro pagaba diez, y doble el que ofendía al presidente. Como ya puede colegirse, estas cofradías serían centros de agitación política. En Pompeya, donde hay tantas inscripciones de los días de elecciones municipales, una dice: "No queremos jueces egipcios", acaso refiriéndose a los cofrades de Isis.

Aunque no lo quisieran, los ciudadanos de elevada posición tenían que frecuentar el circo cuando se celebraban juegos gladiatorios y luchas con bestias salvajes. El mundo romano está lleno de ruinas de anfiteatros; la forma elíptica del anfiteatro es, a veces, todo lo que sobresale del suelo para señalar el lugar donde hubo una colonia o un municipio. Los anales del Imperio relatan innumerables anécdotas de los grandes días del circo... ¿Para qué repetirlas? En los países hispánicos las modernas plazas de toros, y en Norteamérica los estadios del pugilato, producen análoga excitación. Los moralistas condenaban los espectáculos sangrientos. Cicerón no encuentra placer en ver a un animal destrozando a un hombre.



Detalle de un mosaico que representa una cuadriga participando en una carrera en el circo (Museo Arqueológico, Barcelona). Los atletas que destacaban en este difícil deporte llegaban a ser tan famosos como los modernos deportistas. Sus nombres, escritos en el mosaico, demuestran que eran bien conocidos del público.



En las ciudades romanas, los establecimientos para baños eran numerosos y de formas tan variadas como el público al que acogían. Las termas o baños públicos eran edificios construidos exclusivamente para este fin, con un gran gimnasio, una piscina, una sala para conversar, pórticos, tiendas en los alrededores, servicios anexos de guardarropía, masajes, depilación, etc. Había también pequeños locales privados para uso de unos cuantos amigos, instalados en los bajos de algunas casas particulares. Todos estos establecimientos disponían de estancias para el baño frío *(frigidarium)* y para el baño caliente *(caldarium)*, así como de salas de paso *(tepidarium)* para que el bañista, mientras conversaba con sus amigos, acostumbrara su cuerpo a la diferencia de temperatura. El *apodyterium* era una sala para desnudarse y tenía armarios excavados en la pared para dejar la ropa. Elemento imprescindible en las termas era el horno *(hypocausis)* para calentar el agua.

Varrón dice que los "aficionados" a semejante fiesta son unos bárbaros. Séneca también protesta, pero acude a verla. Marco Aurelio dice que el espectáculo es monótono y cansado. En cambio, el español Marcial empieza su colección de epigramas con todo un libro dedicado al "espectáculo". Acaso la nota más importante es la que da San Agustín. Cuenta éste que un joven cristiano fue invitado a ir al circo. Para no parecer grosero, consintió en aceptar, haciendo propósito formal de mantener los ojos cerrados. De pronto, un grito ensordecedor de la muchedumbre le obligó a abrirlos y ya no le fue posible apartar más la vista del cruento espectáculo.

Otra distracción que debía de consumir buena parte del tiempo de un romano acomodado era la de acudir a la vista de causas célebres para escuchar a los abogados. Para los más cultos hacíase imprescindible asistir a lecturas en casa de los mecenas que protegían a artistas; cuando alguno de ellos tenía pretensiones de poeta, entonces la lectura era un castigo sin atenuantes. Oigamos lo que dice Horacio: "El poeta, en su furor, es como un oso que se ha escapado de la jaula; recita sus versos a propios y extraños, y como una sanguijuela se agarra a uno sin soltarle, hasta que ya no puede más con sus lecturas". Plinio, que era lo que hoy llamaríamos un hombre sociable, escribe: "Este año, el 97, nos ha dado una buena cosecha de poetas; durante el mes de abril casi cada



He aquí representada en un fresco de Pompeya la escena del comienzo de un banquete, cuando los sirvientes lavan las manos o los pies de los invitados (Museo Nacional, Nápoles).



Relieve frontal de un sarcófago romano que representa la captura de un león en lucha circense (Palacio Mattei, Roma). En época imperial cualquier sacrificio era bueno para divertir a Roma. Desde los confines del Imperio se traían a la urbe fieras para enfrentarse en el circo a hombres armados o desarmados, si en estos últimos se quería cumplir una condena de muerte.

día hemos tenido lectura de algún poema". Luego añade: "La mayor parte de los invitados permanecen en la antesala, charlando, y sólo entran hacia el final, y ni aun esperan a que el lector haya concluido...". Séneca refleja la impresión de terror que causaban aun los conferenciantes: "El lector llega con unos papeles llenos de letra pequeña y espesa. Cuando ya ha leído una gran parte del manuscrito, pregunta: –¿Os parece bien que acabe aquí?– Y entonces, los mismos que están deseando que se muera de repente, gritan: –¡Continúa, continúa!". Igual ocurre ahora con las conferencias.

También se celebraban en Roma y otras ciudades certámenes poéticos, tradición que subsistió hasta la Edad Media. Los jueces eran sacerdotes y no siempre premiaban la mejor composición. Estacio no logró ganar el premio el año 94, y un tal Floro nos asegura que el auditorio pedía el premio para él, pero el emperador se lo negó por no ser romano puro. En cambio, de otros poetas premiados no ha quedado más que el nombre. Los temas en estos certámenes son también análogos a los que aún prevalecen en nuestros Juegos Florales. Sabemos de un poeta que ganó premio glosando la reprimenda de Júpiter a Apolo por haber prestado su carro a Faetón.

Anticipo de nuestros clubs, casinos y ateneos eran las casas de baños y las termas; pero, por lo menos, los romanos hacían allí algo más que jugar y charlar, pues se lavaban y practicaban ejercicios. También en las termas había bibliotecas, para proporcionar, además de los físicos, otros esparcimientos intelectuales. La palestra de las grandes termas de Caracalla, en Roma, tiene todavía a cada extremo las salas cuadradas con sus estantes para los manuscritos. Roma había imitado de las ciudades de Oriente el lujo de las bibliotecas públicas. Asinio Polión construyó la primera, después de la muerte de César. Augusto edificó dos: una en el Palatino y otra en el pórtico de Octavia, *et sic de caeteris*. En el siglo IV había en Roma no menos de veintiocho bibliotecas.

El lector se preguntará: ¿Y los negocios? Ya hemos dicho que la mayor parte de ellos estarían en manos de libertos o esclavos que desempeñaban los servicios técnicos en representación del amo. Los romanos no tenían tradiciones de comercio, pues Roma fue, hasta las guerras púnicas, un pueblo de agricultores; industria no la tuvo nunca.

En los dos últimos siglos de la República, el cobro de contribuciones en provincias se arrendó a sociedades que obtuvieron ganancias enormes. Pero ni esta práctica de asociarse los *publicanos* para una cosa tan importante como era pagar y cobrar el tributo de una provincia desarrolló en Roma las que hoy llamaríamos sociedades anónimas. Hubo *sociedades,* y la ley romana señala las condiciones para formarlas y disolverlas, entre un número limitado de socios responsables. Acaso los jurisconsultos romanos sentían

UNA MORAL ROMANA: LA SUBLIME DOCTRINA DE LOS ESTOICOS

LA SOLIDARIDAD CON TODOS LOS HOMBRES

"¿Cómo nos comportaremos con los hombres?... ¿Qué preceptos daremos?... He aquí una fórmula del deber del hombre: todo lo que ves, que abraza lo divino y lo humano, es todo unidad; todos nosotros somos miembros de un gran cuerpo. La naturaleza... nos engendró un mutuo amor y nos hizo sociables... Por su ley, es más mísero realizar el mal que recibirlo. Por su orden, deben estar prontas las manos para ayudar. Y aquel verso: 'Soy hombre y de nada de lo humano me considero extraño', debemos tenerlo en el corazón y en los labios" (Séneca).

"Encontrarás más fácilmente un átomo de tierra separado de los otros átomos, que un hombre separado del hombre... A los hombres, con los cuales tienes un destino en común, ámalos, pero de verdad... Es pariente mío (el pecador también) porque participa de la misma inteligencia y destino divino... Hemos nacido para la cooperación, con los pies, las manos, los párpados... Todo lo racional está emparentado, y preocuparse por todos los hombres es propio de la naturaleza del hombre" (Marco Aurelio).

LA MUERTE DE UN HOMBRE COMO DIVERSION

"El hombre, cosa sagrada para el hombre, es muerto ya por diversión, ya por juego..., y la muerte dada por un hombre es espectáculo" (Séneca).

LA DIGNIDAD DE CUALQUIER HOMBRE

"El alma recta, buena, grande..., puede encontrarse en cualquier hombre, en un caballero romano o en un liberto o en un esclavo. ¿Qué son, en efecto, caballero, liberto, siervo? Nombres dados por la ambición o por la injusticia" (Séneca).

VIVIR CON LOS HOMBRES

"Aquel que abandona su puesto y el que se aleja de quienes, por naturaleza, son parientes y amigos suyos, son igualmente desertores" (Marco Aurelio).

LA BONDAD, VIRTUD INVENCIBLE

"Analiza este pensamiento: ¿qué haré si no se me tiene gratitud? Aquello que hacen los dioses..., que comienzan otorgando beneficios a aquellos que los ignoran, continúan con los ingratos... La ruina de la casa no disuadió nunca a nadie de reconstruirla, y cuando el fuego la destruyó, colocamos los fundamentos sobre terreno aún caliente..., tan pertinaz es el alma en las buenas esperanzas... Como buen agricultor, con el cuidado y con el trabajo venceré la esterilidad del suelo" (Séneca).

"Invencible es la bondad cuando es sincera, y no de mala gana ni hipócrita. ¿Qué podrá hacerte el hombre más insolente si te mantienes bueno con él y, si es menester, lo exhortas dulcemente y te ocupas de instruirlo en la ocasión misma en que intenta hacerte mal?... Pero es necesario hacerlo sin ironía y sin injuria, más bien con completa ternura y sin nada de mordacidad en el alma..., cuando estuvieres solo con él y sin testigos" (Marco Aurelio).

LA TOLERANCIA, UNA CUALIDAD NECESARIA

"¿Con qué te indignas? ¿Con la maldad de los hombres?... La tolerancia es parte de la justicia y pecan involuntariamente..." (Marco Aurelio).

LA INJURIA ES UN SACRILEGIO

"Aquel que injuria comete una impiedad. La naturaleza universal ha creado los animales racionales los unos para los otros, de manera... que se ayuden mutuamente, pero jamás que se molesten recíprocamente. Entonces, aquel que infringe tal precepto comete un evidente sacrilegio en contra de la más venerable divinidad..." (Marco Aurelio).

EL NECESARIO PERFECCIONAMIENTO DEL ALMA

"Lo que verdaderamente se exige del hombre es que beneficie a los hombres: si puede, a muchos; si puede menos, a pocos; si puede menos aún, a los próximos; si menos todavía, a sí mismo" (Séneca).

LA ACEPTACION DE LA MUERTE: ¿ES LA MUERTE UN RETORNO HACIA DIOS?

"Cuando llegue el día en que se disgregue esta mezcla de divino y humano, dejaré el cuerpo aquí donde lo he encontrado y me restituiré a Dios, y aun ahora no estoy sin él, sino que me hallo prisionero del peso terrenal... Tal como el útero materno nos guarda diez meses..., de la misma manera, por medio del intervalo que transcurre desde la infancia a la vejez, maduramos para otro parto... Espera, por eso, sin temor la hora del destino: no es la última para el alma, sino para el cuerpo... Este día... es el del nacimiento eterno... Se disipará esta oscuridad, y la clara luz nos herirá de todas partes..." (Séneca).

"Hombre, has sido ciudadano en esta gran ciudad: ¿qué importa si sólo durante cinco años o tres? Pues aquello que es conforme a las leyes, es igual para todos. ¿Qué temes, pues, si de la ciudad te despide no un tirano, ni un juez inicuo, sino la naturaleza, que te había admitido en ella? 'Pero no he recitado cinco actos, sino solamente tres'. Has recitado bien: en la vida, tres actos equivalen ya a todo el drama entero... Marcha sereno, pues, ya que también está sereno quien te despide" (Marco Aurelio).

LA VIDA, UN CAMINO HACIA LA MUERTE

"No caemos de improviso en la muerte, sino que avanzamos hacia ella paso a paso: morimos cada día. Cada día nos toma una parte de vida, y aun cuando crecemos, la vida decrece..." (Séneca).

LAS COSAS HUMANAS SON EFIMERAS

"La duración de la vida humana es un instante; la composición del cuerpo, sujeta a putrefacción; la fuerza vital, un torbellino; incierta la fortuna; la fama, injusta. En suma, un río todas las cosas del cuerpo; las del alma, sueño y estupor; la vida, guerra y peregrinación; olvido la fama póstuma..." (Marco Aurelio).

MIRAR EL MAS ALLA SIN TEMOR

"Te has embarcado, has navegado, has llegado, desciende. Si es en otra vida, ninguna está vacía de dioses, ni aun ésta. Si es en la insensibilidad, cesarás de soportar dolores y placeres, y de servir a semejante vaso, que es tan inferior a quien lo sirve: pues éste es intelecto y alma; aquél, tierra y podredumbre" (Marco Aurelio).

prejuicios contra la propiedad colectiva, en abstracto. El hecho es que si bien la *persona,* como grupo de individuos sujetos a obligaciones y derechos comunes, aparece en el Derecho romano, su acción es limitadísima y tiene que ser resultado de una concesión. Por lo general, los *mercatores* romanos debían entenderse sólo con los miembros de la familia; los hijos y nietos jóvenes podían actuar como corresponsales, mientras el *pater familias* y el hijo mayor dirigían las operaciones desde Roma. La misma posición central en el Mediterráneo, que había hecho fácil el Imperio, había de facilitar la transformación de Roma en mercado de intercambio de los productos del mundo. No se necesitaba ser un lince del comercio o de la banca para traficar con éxito en la Roma del tercer siglo. Al puerto de Ostia llegaban las naves de Fenicia con tejidos y alfombras, las de Siria con vidrios y joyas, cerámica de la Galia, vino y aceite de España, trigo de Egipto y Sicilia, etc.

En uno de los episodios de su novela,

Petronio presenta a un tal Trimalción, cuya vida cuenta así: empezó siendo esclavo, ganó la confianza de su amo, y éste al morir le dejó un legado respetable. Con su fortuna, Trimalción importó vino del África, perdió, pidió prestado, ganó, y al final de su vida, gordo, grosero, vivía en su hacienda de Campania, prestando dinero con buena garantía. El mal gusto de este nuevo rico es lo que hace más graciosa la novela de Petronio; no diremos que Trimalción sea el tipo del perfecto romano, pero sí que había muchos Trimalciones en Roma al concluir el siglo III.

No es de extrañar, pues, que el romano, en cuanto podía, se escapara de la ciudad. Hasta Augusto quiso morir en la pequeña casa de Nola donde había nacido. Horacio habla de su "finquita" como de un paraíso. Marcial tenía también una casa de campo que le había regalado Plinio. El mismo Plinio describe sus villas en diferentes puntos de Italia. La villa suburbana vino a ser un lujo a veces extravagante, ya al final de la República. Cicerón pasó apuros para mantener varias villas, con una instalación especial para amos y esclavos en cada una de ellas. Las villas de Hortensio y Lúculo han mantenido su renombre hasta nuestros días.

Todavía hoy los habitantes de Roma que no poseen una villa fuera de la ciudad (y muchos de ellos, aunque pequeña, la tienen), salen con frecuencia al campo para prevenir la malaria, "romper el aire", como ellos



Mosaico pompeyano firmado por Dioscúrides de Samos, copia probablemente de una pintura alejandrina que representa una compañía de cómicos callejeros actuando al aire libre (Museo Nacional, Nápoles). Como era costumbre en la época, todos los personajes llevan máscara, a excepción del niño.



Detalle de un mosaico del siglo III que reproduce la lucha entre fieras y gladiadores (Villa Borghese, Roma).

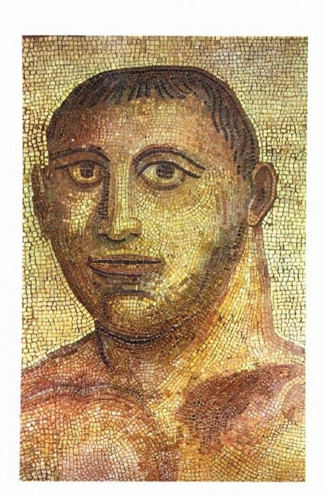


Fragmento de los relieves de la columna de Trajano, en Roma, en que se representan unos soldados romanos montando guardia junto a los fortines alzados en las fronteras del Imperio.

dicen. Además, el romano de la decadencia encontraba todavía en uso entre la gente rural las antiguas costumbres y tradiciones republicanas, que le recordaban los días lejanos en que sus antepasados eran también labradores. En las casas de sus colonos veía practicar aún los ritos prehistóricos de los *manes* y *lemures,* o espíritus propicios o contrarios, y sobre todo la *lustración,* que hoy llamaríamos bendición de los campos. En mayo, cuando los prados estaban en pleno cultivo, se les protegía recorriendo en procesión los vastos límites de la finca. Esta línea sagrada se hacía inviolable con plegarias y sacrificios; la procesión se detenía para inmolar una víctima en cada mojón, y así se prevenía la entrada de los espíritus malignos. Catón nos ha conservado la fórmula sacramental, cuyo objeto es conjurar la enfermedad, la sequía y las calamidades. Se invoca también a Marte, un antiguo dios romano. Por esto las *Geórgicas* de Virgilio empiezan así: *In primis venerare deos...*

Después de una existencia consagrada a la administración de su hacienda y la del estado, llegaba el romano al término de su vida. Como es natural, hacía lo posible por prolongarla y acudía al médico. Al principio, los médicos de Roma fueron casi todos orientales y para que se establecieran en ella se les daban facilidades para obtener los derechos civiles. Plinio ha conservado una cantidad considerable de recetas, que resumen la ciencia médica de su tiempo. Por lo que de ellas se desprende, la medicina había avanzado muy poco desde Hipócrates, pero, en cambio, debieron hacerse progresos notables en cirugía; los instrumentos quirúrgicos encontrados en Pompeya revelan la pretensión de llevar a cabo las que hoy llamamos "grandes intervenciones". Galeno, la mentalidad más elevada de la medicina del siglo II, era natural de Pérgamo y había hecho su práctica en el anfiteatro de aquella ciudad. El paso de Galeno por Roma hizo furor: en un verano trató a cuatrocientos enfermos graves.

Pero, con pocas excepciones, la medicina sería puramente empírica. Galeno nos pone en guardia respecto a los médicos que no saben leer. Marcial se queja de que,



De la suntuosidad de las termas de Caracalla da idea su decoración interior, formada de preciosos mosaicos con representaciones de la época, como el detalle de esta cabeza de gladiador (Museo de las Termas, Roma).



Ruinas del foro de Pompeya, centro de la vida política, religiosa y económica de la ciudad, en donde se levantaban los principales edificios públicos y se celebraron los espectáculos circenses antes de que fuera construido el anfiteatro.

un día que estuvo enfermo, el médico llegó a su casa acompañado de cien estudiantes, que todos le tocaron con sus manos frías, y a ello debió un nuevo ataque de fiebre.

Cada legión del ejército tenía un cirujano, y cerca de los campamentos había hospitales, cuya disposición revela cierto plan de ventilación e higiene. El hospital de Roma estaba en la isla del Tíber. De algunos médicos se dice que curaban "a veces" a sus enfermos. Un tal Musa se hizo famoso porque curó a Augusto con su tratamiento de baños fríos, pero este mismo tratamiento mató a otro enfermo ilustre. Lo mejor, pues, era hacer testamento y dar disposiciones para el entierro. La legislación romana no olvidaba ningún detalle en materia testamentaria. Los locos, los mudos, los esclavos, los menores de edad, los prisioneros de guerra, no podían testar. Las mujeres, en un principio, tampoco podían hacerlo sin consentimiento del tutor; después adquirieron este derecho sin restricciones.

Es imposible dar aquí ni siquiera un extracto del complejo procedimiento que regulaba las maneras de testar según el Derecho romano. Muchas de ellas todavía están vigentes. Pero algunas prescripciones de la ley romana en materia de testar reflejan tan exactamente la mentalidad de Roma, que no podemos dejar de mencionarlas. Por de pronto, con la institución del heredero, o herederos, se consigue traspasar los derechos y obligaciones de la persona difunta a otra que será igualmente responsable. El muerto vive jurídicamente en su heredero; éste tiene que hacerse cargo del pasivo, lo mismo que del activo, del difunto. A veces las deudas eran mayores que el activo: *herencia dañosa,* y era peor todavía porque los herederos, los "suyos" o miembros de la familia que estaban bajo la potestad del difunto, no podían renunciar a la herencia. Tampoco podían renunciarla los esclavos. Alguna vez se nombraba heredero a un esclavo para que la quiebra no desacreditase a la familia; el esclavo, como los "suyos", tenía que aceptar. Sólo los herederos extraños podían renunciar



Un fragmento de los relieves de la columna Trajana, en Roma, donde aparecen unos parlamentarios bárbaros en presencia del emperador.

a una herencia en el término de cien días; en este caso se consideraba como si el difunto hubiese muerto intestado, y la ley proveía automáticamente quién debía ser el sucesor. El orden de sucesión era el siguiente: primero los "suyos", hijos y nietos. A falta de éstos, los consanguíneos, llamados *agnati;* a falta de éstos, los *gentiles,* o de la misma gente, de cualquier grado que fuesen, y por fin, ¡la viuda! Esto resulta muy duro, pero si recordamos que la esposa sin *manus* del marido no era más que un huésped, no podía esperar de la ley mucho mejor trato.

Tal era la identificación del heredero con la persona difunta, que, al principio, los bienes del uno y del otro no podían separarse. Así podía ocurrir que el difunto fuese solvente y el heredero no lo fuera; aun en este caso tenían tanto derecho a la herencia los acreedores del heredero como los acreedores del difunto, lo que era injusto, aunque fuese legal. Por esto se dispuso que los acreedores del difunto pudieran pedir la "separación de bienes", para que las deudas de aquél se mantuvieran separadas de las del heredero.

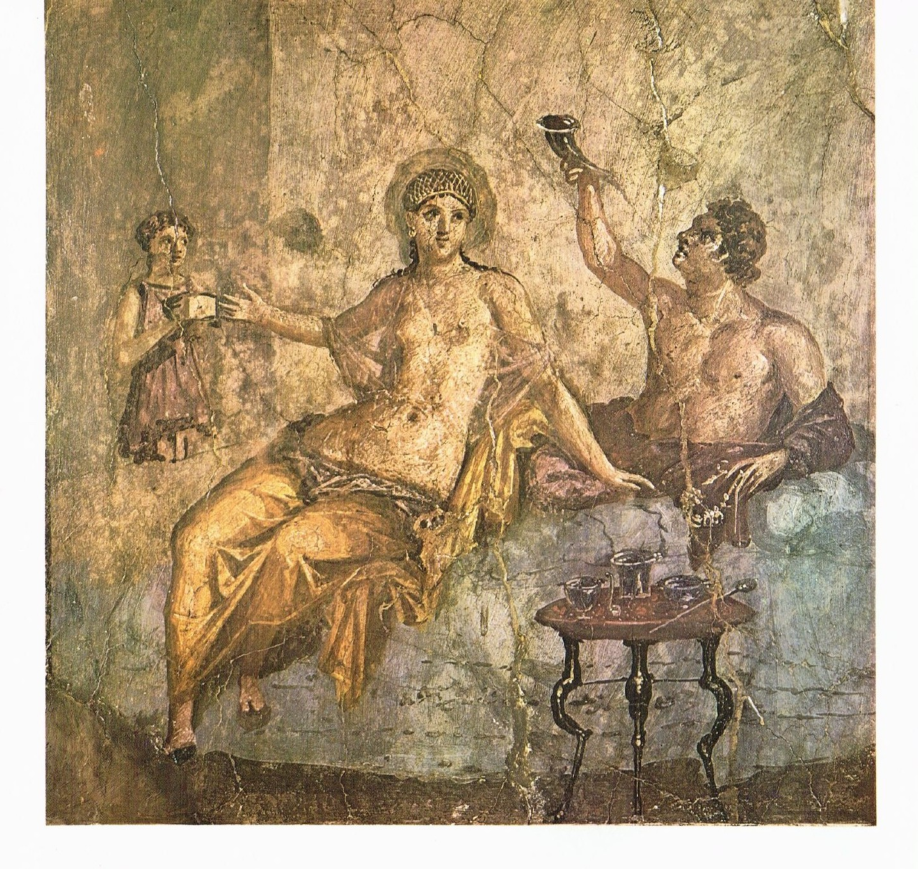
Respecto a enterramientos, en los primeros siglos de la República solía depositarse



Fresco pompeyano del siglo I que representa un panadero vendiendo panes al público (Museo Nacional, Nápoles).

el cadáver, con su reducido ajuar funerario, en una tumba, donde se suponía que el difunto continuaba su vida, aunque no análoga a la que había tenido antes de morir. Se tomaban precauciones para que el muerto no sufriera necesidad. Los banquetes funerarios, repetidos nueve días después *(coena novemdialis)* y cada año en el aniversario, tenían por objeto facilitar al difunto alimentos que él absorbía a su manera. En un día de mayo, fiesta *rosalia,* solían adornarse las tumbas con rosas. Los epitafios aluden a estas fiestas y decoraciones; la idea del vino, que intensifica la energía vital, da motivo para decorar sarcófagos con relieves de vendimia. No, el muerto no era totalmente polvo; subsistía algo de él en un mundo subterráneo, pero que tenía algún acceso al mundo exterior. Nuestra exclamación: "¡Séale la tierra ligera!", fue usada ya por los romanos y quiere indicar una sensación de peso para el cuerpo. Los sepulcros estaban a lo largo de los caminos, para que los difuntos participaran del tumulto del tránsito. Algunos epitafios decían: "¡Adiós, tú que vives en el mundo!". ¿Dónde "vivían", pues, ellos, los muertos?...

Hacia el siglo III a. de J. C. es evidente



Fresco de Herculano con representación de una escena de banquete (Museo Nacional, Nápoles). En primer término, una mesita con tarros de condimentos; la mujer tiene la mano tendida hacia una cajita de joyas que trae la sirvienta, mientras el hombre bebe vino vertiéndoselo en la boca mediante el ritón.

que, con la introducción de la mitología griega, las cosas se complican. Los romanos empiezan a creer que, además del alma, *ánima, ἄνεμος*, o viento, que se escapa del cuerpo al exhalar el último suspiro, había todavía la sombra, *umbra,* que pasa entonces a habitar una región subterránea. Veamos primero las almas. Una multitud inmensa de estos soplos o almas vagaba incesantemente por el aire; intangibles, invisibles, a lo más se distinguían a veces cerca de las tumbas como niebla o humo; ésta era la caterva indeterminada de los *manes*. siempre en plural, para significar su vaga individualidad. Difícilmente se veía un aparecido, pero los *manes* continuaban ayudando a sus deudos o parientes con revelaciones y sueños. Si les forzaban con brujerías o los cadáveres estaban mal enterrados, entonces los *manes* se convertían en molestos enemigos que daban prueba de extremada ferocidad.

Esto por lo que toca a las almas. Las sombras, como dijimos, bajaban al mundo subterráneo. Ovidio dice: "Las sombras vagan sin cuerpo, sin sangre, sin huesos; algunas se reúnen en el Foro, otras continúan sus

oficios, imitando su antigua manera de vivir". El epitafio de un esclavo nos entera de que continúa trabajando en el infierno como había trabajado en la tierra. Virgilio nos presenta las sombras de los bienaventurados que se distraen cantando, pensando en sus armas, jugando a carreras de carros.

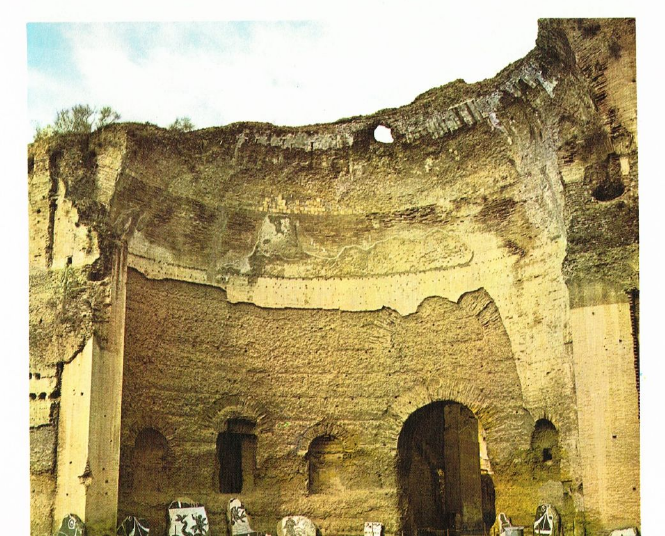
La topografía de este reino de ultratumba nadie consiguió precisarla bien. Se llegaba, por las grietas de la tierra, hasta las orillas de la laguna Estigia. Cruzada ésta en la barca de Carón, se sufría el juicio de los jueces infalibles, Minos y Radamanto. Los condenados eran precipitados al Tártaro, rodeado de un río de fuego, el *Periflegetón*. A los bienaventurados les era permitido entrar en los Campos Elíseos, de prados floridos e irisada luz.

En el siglo II a. de J. C. se hace frecuente en Roma la cremación del cadáver, practicada antes sólo por algunas familias ilustres. Esto señala ya un cambio trascendental en las ideas acerca de la vida futura, y la filosofía estoica, introducida en Roma por esta época, nos explica el porqué de la adopción del nuevo sistema crematorio. He aquí cómo discurre Cicerón en el *Sueño* de Publio Escipión, en que le sorprende hablando con su abuelo, el Africano:

"–¿Pero es que tú, mi padre y otros que creemos muertos, realmente vivís? – dice Escipión a su abuelo.



Restos de las termas de Trajano en el Aventino, Roma.



Ruinas de las termas de Caracalla, las más grandes de las construidas en Roma hasta la época de Diocleciano.

Relieve de un sarcófago romano del siglo II que representa el sacrificio de un gallo a Dionisos (Museo Vaticano). Los sacrificios domésticos a los dioses del hogar solían ser incruentos; en cambio, los oficiales eran a menudo cruentos, con inmolación de varios animales. El ritual a seguir en unos y otros estaba bien determinado por normas concretas y solemnes.

Relieve de una tumba romana en que se representa una escena de la leyenda de Proserpina raptada por Plutón y llevada a los infiernos (Galería Uffizi, Florencia). La mitología, como el panteón de los dioses romanos, es una mezcla de tradiciones y cultos de todos los pueblos con quienes Roma estuvo en contacto.



"–Ellos viven tras haber escapado de las cadenas del cuerpo, como uno que ha salido de la cárcel. Lo que creéis que es vida en la tierra, no es más que una manera de morir... Los hombres poseen una alma, que es una partícula del eterno fuego que llamáis estrellas y constelaciones... Considera tu cuerpo, no tu alma, como mortal. No es tu forma exterior lo que constituye tu ser, sino tu mente; no la materia, que puedes tocar, sino tu naturaleza espiritual. Aprende a conocer que eres un dios, porque tiene que ser dios quien piensa, siente, recuerda, prevé y regula el cuerpo, como el Supremo Monarca reina en el mundo, que está sujeto a su plan". Así habla Cicerón por boca del Africano, no sabemos si enteramente convencido de lo que dice.

Pero la filosofía estoica de la escuela de Posidonio, que es la que había llegado a

Roma, insistía en que, de acuerdo con la "moderna" ciencia de su tiempo, los astros todos giraban en cielos concéntricos. Las almas, que ya hemos dicho eran fuegos, o vientos, al salir del cuerpo, por su etérea densidad flotaban primero en el cielo de la Luna, que era el inmediato a las nubes. Algunas no pasaban de allí; los vapores de la Tierra, llegando al cielo lunar, nutrían las almas, que eran cuerpos gaseosos y redondos, como las estrellas. Pero otras, en esta esfera de la Luna, se purificaban más y más, hasta ser atraídas a la esfera del Sol, fuente del conocimiento y la razón. Las doctrinas de los pitagóricos explicaban, por un procedimiento análogo, así el fenómeno del naci-



Relieve romano del siglo II que representa a un sacrificador preparado para inmolar un toro a los dioses (Museo Arqueológico Provincial, Tarragona). Las vísceras del animal sacrificado se quemaban en el altar y su carne era asada y comida por los que ofrecían el sacrificio.



miento como el progreso del alma después de la muerte. El alma en su origen era una estrella, una chispa del Sol. Para nacer con su envoltura terrestre, el alma tenía que pasar a través de los cielos de los planetas, adquiriendo en cada uno de ellos algo de su naturaleza mortal. Al morir, regresaba a su celestial origen por el mismo camino: en el cielo de la Luna se despojaba de su última envoltura de materia, en el cielo de Mercurio perdía el deseo de posesión, en el de Venus sus instintos carnales, en el de Marte su furor bélico, en el de Júpiter su ambición y en el de Saturno su pereza. De esta manera, desnuda, libre, llegaba al último cielo con una esencia sublimada, propia para su eterna bienaventuranza.

No sabemos hasta qué punto se hicieron populares estas ideas de una vida astral después de la muerte. Coincidían en ella varias escuelas filosóficas: neoplatónicos, pitagóricos, estoicos, y también muchos cultos orientales que empezaban a tener prosélitos por todo el mundo romano. Epitafios, textos y monumentos parecen indicar una gran difusión de esta fe, o por lo menos de esta esperanza, hacia la mitad del segundo siglo.

Altar de los lares, dioses protectores de la casa, en que aparece Augusto divinizado como augur, con el lituo ritual en la mano (Galería Uffizi, Florencia). Los lares eran considerados como los espíritus benéficos de los fundadores de la familia.



Aquiles, el héroe griego de la guerra de Troya, pasó a la mitología romana y se halla representado en no pocas ocasiones. En la ilustración, un detalle de los relieves de un sarcófago romano en que aparece la leyenda de este héroe (Museo del Louvre, París).



Relieve de la época de Marco Aurelio añadido al arco de Constantino, en Roma, donde aparece aquel emperador ofreciendo a los dioses el sacrificio de la suovetaurilia.

El nuevo rito de incineración facilitaba el ascenso del alma hacia el *Deus* Sol. El culto al emperador hacía casi indispensable la vida de ultratumba. Si el emperador ascendía hasta confundirse con el dios solar, ¿por qué sus súbditos no podían ser, por lo menos, unas estrellas? Especialmente los héroes, los grandes hombres de estado, no podían morir: el dios que gobierna el mundo encuentra placer en los reinos bien gobernados; los que sirven honradamente al pueblo, sirven a dios, éste no puede olvidarlos... Así hablaba Cicerón, tal vez por interés personal, puesto que él había sido cónsul. Se ponían ejemplos: ¿No son ahora Cástor y Pólux dos luminares magníficos en el cielo estrellado? ¿Hércules y Perseo no están en los cielos, y Prometeo en el Tártaro?

Existían ciertas dificultades históricas, geográficas y físicas que repugnaban a los espíritus críticos. Por ejemplo, el cielo del Sol estaba antes que los cielos de Júpiter, Marte y Saturno. ¿Cómo iba el alma hasta allí? Unos decían que por su propia densidad, otros con el carro del Sol, que raptaba a sus escogidos; para otros, genios al ser-



vicio de los dioses conducían el alma en su itinerario purificador. No había aún ningún dogma establecido y mantenido firmemente por un cuerpo sacerdotal y, en tales condiciones, por muchos deseos que tenga el alma humana de gozar una vida inmortal, los absurdos no podían prevalecer.

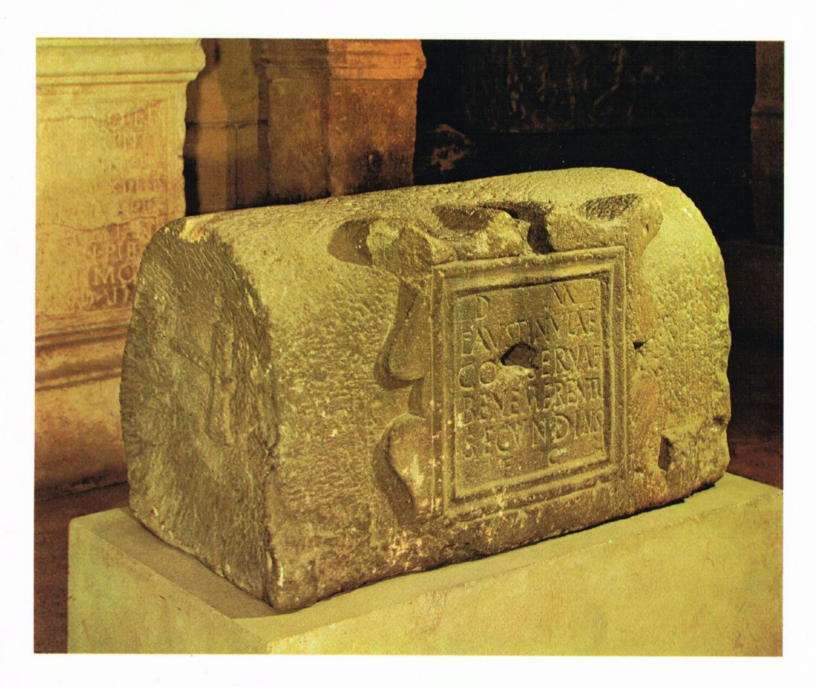
Cicerón, Séneca y Juvenal se muestran agobiados por la duda. Séneca, en su tragedia *Tróada,* lanza esta blasfemia: "El que pone los pies en las aguas del río de la muerte ha cesado para siempre de existir. Como el humo que asciende y se deshace en el aire..., igualmente nuestro espíritu, que anima y regula nuestro cuerpo, se deshará también. Después de la muerte no hay nada; la muerte es la nada...".

El escepticismo descarado se revela también en los epitafios. Un escéptico dice así: "He vivido no creyendo en nada más allá del sepulcro". Pero la misma irritación con que hablan estos descreídos hace comprender que vivían rodeados de gentes con una fe que les exasperaba. Otro epitafio dice: "No hay infierno, ni Caronte, ni Cerbero. Los muertos no somos más que huesos podridos". Un epitafio que se hizo popular repite como una oración: "No era y fui. Fui y ya no soy. Ésta es la verdad, lo demás es mentira". En otro, mostrando cierto enojo, se añaden al "fui y ya no soy" estas palabras: "Vosotros que vivís, comed, bebed y alegraos".

Pero acaso la más terrible condenación de esta fe clásica en la inmortalidad del alma es la que formula el viejo Plinio en su *Historia Natural.* Ha hablado del mundo, de los animales y las plantas, del hombre, de su anatomía y capacidades físicas, y por fin llega al punto de tocar el problema de la muerte. El gran naturalista (pues hay que llamar así al viejo Plinio) escribe malhumorado estas desconsoladoras palabras:

"Todos los hombres, después de su última hora, vuelven a ser lo que eran en un principio, y después de la muerte no hay más sensación en el cuerpo y en el alma de la que había antes de nacer. Pero nuestra vanidad nos lleva a desear una vida futura y mentirosos engaños nos hacen presumir otra existencia después de la muerte. Unos insisten en la inmortalidad del alma, otros en la transmigración, otros creen que los

Estatuilla de bronce de Minerva (Museo Romano, Brescia). Ésta era para los romanos la diosa protectora del comercio y de la industria. Cuando más tarde se asoció su protección a la labor guerrera, se la representó con yelmo y égida.



Sepulcro romano de la necrópolis de Tarragona (Museo Arqueológico, Barcelona).

espíritus viven en el reino de las sombras, y divinizan a aquellos que han dejado de existir. ¡Como si la manera de originarse el hombre fuera diferente de la manera de procrear otros animales, cuya vida es más larga que la del hombre y para la que nadie ha sospechado la inmortalidad! Porque, decidme: ¿Cuál es la sustancia del alma si queremos examinarla? ¿En qué consiste? ¿Dónde está el lugar de ella? Y si no tiene materia ni lugar, ¿cómo puede actuar ni de qué provecho nos es? ¿Dónde está la residencia de las multitudes de almas que ha habido desde el origen de las edades?... Pero todas estas lucubraciones no son sino meras locuras de niños y de mortales vanidosos que están deseosos de vivir eternamente. ¡Afuera, pues! Acabemos definitivamente con la tontería de suponer que la vida vuelve a comenzar después de morir. Esta agradable ilusión destruye lo mejor de la vida humana, que es la muerte...". Y después de esta maldición continúa el gran Plinio su enorme trabajo de inventariar todo lo que se sabía de ciencias naturales en su tiempo.

Era un romano, casi no podía hablar de otro modo, pero el Imperio, hacia el final del segundo siglo, significaba ya bastante más que Roma e Italia, y hasta los espíritus más liberales debían sentirse fuertemente influidos por aquellas nuevas creencias que con tanta insistencia susurraban en sus oídos. Pocos años después de haber dictado Plinio su sentencia, el emperador español Adriano, a quien no se puede tildar de supersticioso, en su lecho de muerte compuso unos inspirados versos que dan una idea clara del estado de los espíritus superiores al final de la época clásica. Adriano murió poetizando sus dudas y esperanzas en estos términos:

¡Alma querida, ingrávil compañera,
de mi cuerpo inquilina pasajera!
¿Adónde irás ahora? ¿En qué pararán, di,
alma pálida, helada, incierta y ligera,
los placeres de que gocé por ti?

BIBLIOGRAFIA

Aegerter, E.	*Les grandes religions,* París, 1950.
Arangio-Ruiz, V.	*Storia del diritto romano,* Nápoles, 1957 (7.ª ed.).
Aymard, A.	*Roma y su imperio,* Barcelona, 1958.
Bayet, J.	*Histoire politique et psychologique de la religion romaine,* París, 1957.
Bouché-Leclerque, A.	*Manuel des institutions romaines,* París, 1931.
Clerici, L.	*Economia e finanza dei romani,* Bolonia, 1943.
De Robertis, F. M.	*Il fenomeno associativo nel mondo romano dai collegi dalla repubblica alle corporazioni del basso impero,* Nápoles, 1955.
Devoto, G.	*Storia della lingua di Roma,* Bolonia, 1944.
Ferrero, G.	*Historia de Roma,* Barcelona, 1959 (2.ª ed.).
Grimal, P.	*La vie à Rome dans l'antiquité,* París, 1953.
Levi, A.	*Storia della filosofia romana,* Florencia, 1949.
Levi, M. A.	*Roma antica,* Turín, 1963.
Mumford, L.	*La ciudad en la historia,* Buenos Aires, 1966.
Nack, E., y Wägner, W.	*Roma. El país y el pueblo de los antiguos romanos,* Barcelona, 1966 (2.ª ed.).
Paoli, U. E.	*Urbs. La vida en la Roma antigua,* Barcelona, 1944.
Parker, H. M. D.	*The Roman Legions,* Cambridge, 1958 (2.ª ed.).
Turchi, N.	*La religione di Roma antica,* Bolonia, 1959.



Una lucerna romana (Museo Arqueológico, Barcelona).



Relieve del siglo III de la región de Renania que representa a unos ciudadanos romanos de provincias pagando los tributos oficiales a los delegados del Imperio.

El mundo social y económico de Roma

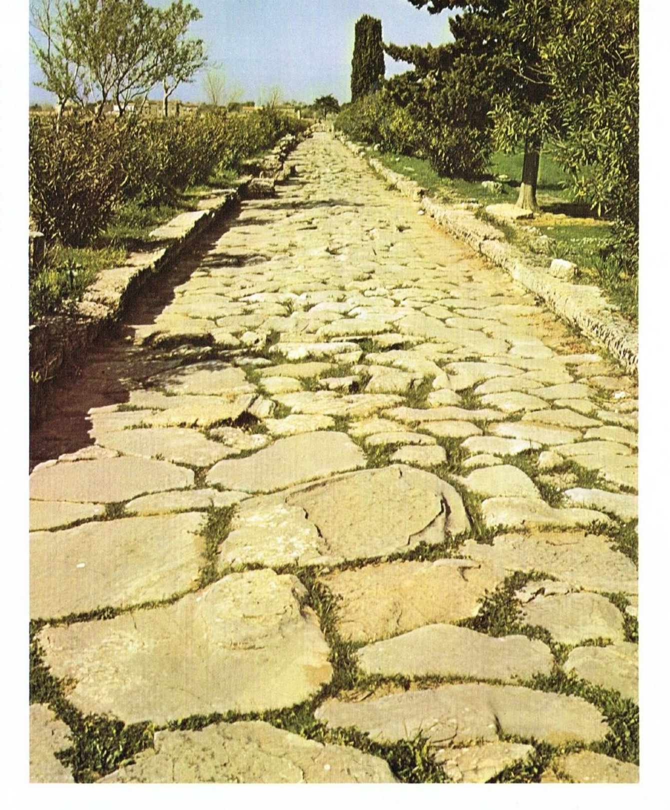
por ANTONI JUTGLAR

La plenitud de la Grecia clásica, el imperialismo macedónico y la difusión del helenismo fueron acompañando, sin advertirlo, el crecimiento y el desarrollo que cuajarían finalmente con la imponente hegemonía de Roma a lo largo de todos los pueblos ribereños del mar Mediterráneo. El ascenso de Roma constituye de por sí un fenómeno apasionante y repleto de interés. En resumen, paulatina e insensiblemente la oscura y mediocre ciudad del Lacio que fue Roma iría adquiriendo mayor fuerza y prestigio hasta conseguir reunir las condiciones fundamentales y decisivas que servirían, sobre todo después del fracaso definitivo de los objetivos ideales del pluralismo de las *polis* helenas, para demostrar hasta qué punto y a qué precio podía llegar a gravitar en la historia del mundo la acción dinámica de una ciudad y sus dirigentes.

En efecto, Roma, en su plenitud política, social y económica, tal como hemos apuntado antes, llegó a abarcar y dominar todo el mundo conocido "civilizado" (y el término viene de *cives,* ciudadano romano), haciendo real el lema acerca del control de la ciudad por excelencia y el resto del mundo "abarcable": *Urbs et Orbis*. Un dominio, en definitiva, que no hace más que poner de relieve la importancia histórica del fenómeno político, económico y social representado por el auge de Roma.

Para situar tal fenómeno y su trascendencia histórica es fundamental comenzar por efectuar una precisión previa, que ya ha quedado apuntada desde un principio: existe una diferencia capital entre la acción y realidad de Roma y el papel histórico y realidad de las ciudades helénicas, diferencia que señala dónde se concentra la base de las condiciones para el auge multisecular en la historia antigua de la Humanidad: las *polis* griegas jamás consiguieron efectuar una verdadera integración entre la metrópoli y el resto de los territorios sujetos al dominio, presidencia, hegemonía o control de dicha ciudad principal. Ninguna *polis* helénica pudo imponer definitivamente una forma de

Carretera romana en las inmediaciones de Paestum. Todas las carreteras del Imperio fueron construidas a imitación de la Vía Apia, primera salida de Roma hacia el Sur, y como en ella, en todas había piedras miliarias que, colocadas a modo de mojones cada mil pasos dobles, indicaban al viajero la distancia que le separaba de Roma.



gobierno ni una forma concreta de civilización durante largo tiempo a ningún conjunto territorial de envergadura imperial.

Cuando tal hecho parece que va a producirse no se deberá a los helenos propiamente dichos, sino a unos foráneos, los macedonios, que en su aventura imperialista acabarán por hundir definitivamente los ideales e incluso las realidades sustanciales y específicas de las *polis* tradicionales. Por otra parte, sabemos que el conflicto entre las ciudades griegas y el imperialismo persa tenía que dar paso, irremisiblemente, al imperialismo macedónico y con él al hundimiento de la Grecia clásica y a las manifestaciones decadentes del mundo helenístico.

Roma, en cambio, supo construir un imperio y una civilización compactos, a partir del predominio de una ciudad. ¿Cómo fue posible tal hecho? Analizarlo a fondo constituiría una empresa de gran envergadura, al propio tiempo que una aventura realmente apasionante. Lo importante, sin embargo, es señalar ahora que tal predominio supuso un avance técnico de considerables proporciones en la historia de los sistemas políticos, sociales y económicos, un gigantesco paso adelante en las formas de organización colectiva y de relaciones entre grupos sociales.

Resumiendo una larga explicación, nos limitaremos a señalar, por ejemplo, que la dinámica trayectoria de la historia política,

social y económica de Roma –condicionada en sus primeras etapas por los significativos conflictos y tensiones que enfrentaron a patricios y plebeyos– tendrá, entre otras muchas, una manifestación genial (definidora de la invención de nuevos horizontes de organización colectiva) en su capacidad de crecimiento y ampliación, sin anular a la ciudad que generó tal movimiento. En otras palabras, la gran aportación romana queda patentizada en su capacidad y habilidad en alcanzar etapas más ambiciosas, sin desdibujar la personalidad del grupo propulsor u originario del movimiento de expansión apuntado.

Es evidente que la pretensión limitada del presente trabajo no permite afrontar con el debido espacio y la necesaria atención el estudio de las diversas habilidades económicas socioculturales de Roma, o mejor dicho, de los dirigentes de Roma. Un conjunto de habilidades que, en definitiva, en-



Comerciante pesando una mercancía en una balanza de la época. Hasta nuestros días ha llegado el uso de este tipo de balanzas, que de su origen han recibido el nombre de "romanas".

Relieve de terracota que representa a una mujer romana guardando en el arca las ropas de la familia (Museo Nacional, Tarento).



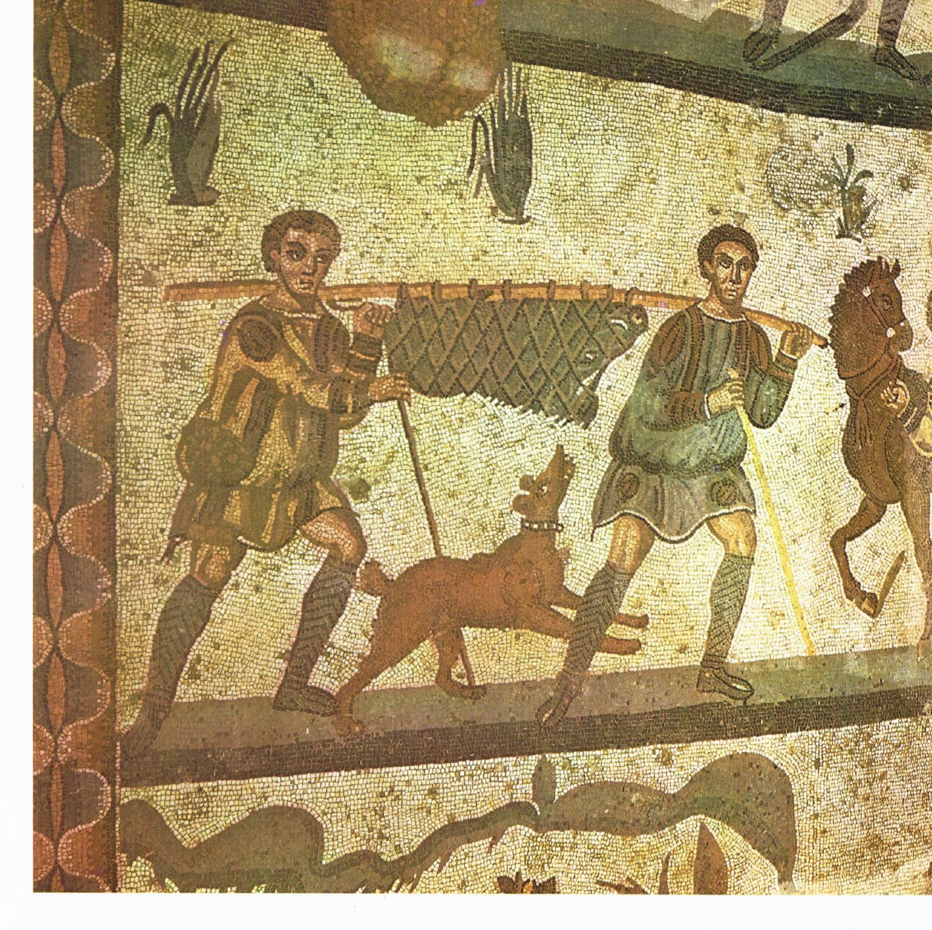
contramos manifestado en los complejos y eficaces procesos de "romanización" de los pueblos conquistados. Es decir, Roma no sólo no deja de ser Roma, sino que además "romaniza" los territorios dominados. En este sentido, nos limitaremos a poner de relieve que los mecanismos sociales y el ímpetu expansivo que van a caracterizar el auge de Roma se encuentran mayormente planteados y potenciados en función de las grandes posibilidades de desarrollo que los romanos supieron encontrar a sus formas jurídicas.

Es un tópico muy repetido que la historia de Roma va acompañada de un nombre fundamental: Derecho. Sin embargo, es cierto que las inmensas posibilidades y oportunidades que se les presentaron y lograron aprovechar los dirigentes romanos proceden del desarrollo y la adaptación constantes e inteligentes de las fórmulas jurídicas básicas de la primitiva ciudad del Tíber.

Paulatinamente y en continua readapta-

Carro tirado por su caballo para el transporte de viajeros. Los vehículos de viaje más usuales en Roma eran de dos o cuatro ruedas. El aquí representado es de dos ruedas, apto para el transporte ligero sin mucho equipaje.

Relieve romano de un borrico uncido al yugo de un molino (Museo Vaticano). La presión de una piedra móvil (muela) sobre otra fija (solera) trituraba tanto los granos como las olivas.



Detalle de un mosaico de la villa romana del Casale con la escena de unos cazadores portando a hombros un jabalí cobrado.

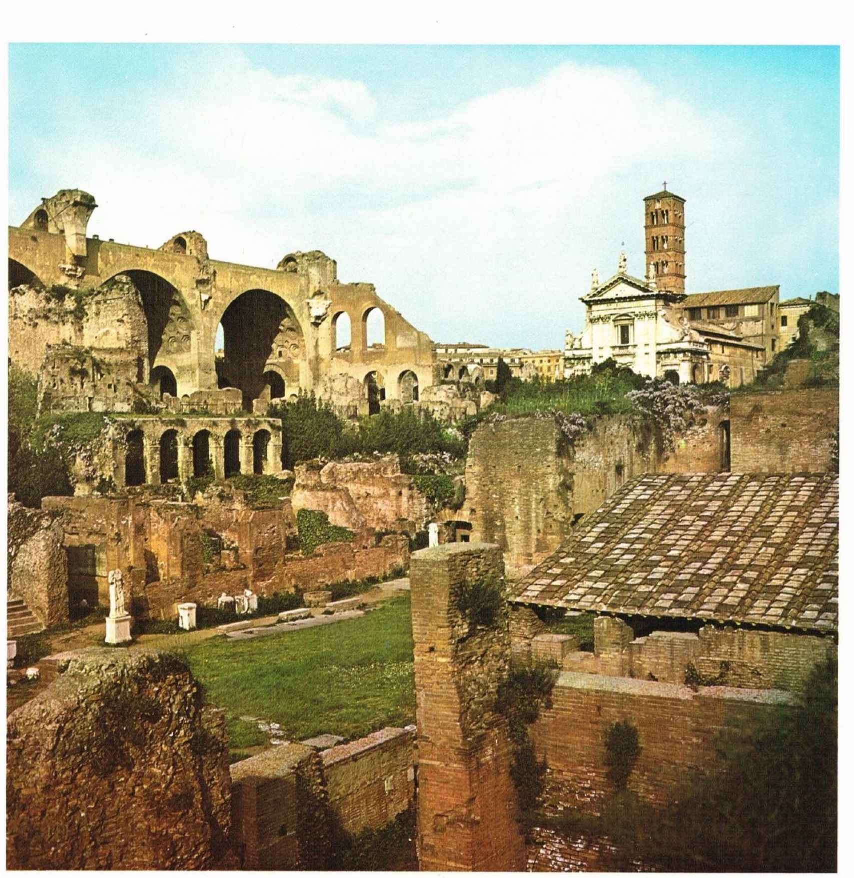
ción a las exigencias planteadas por nuevas circunstancias y realidades, la plataforma legal originaria de la pequeña ciudad del Lacio –una plataforma jurídica de base aristocrática, exclusivista y cerrada– fue capaz de ir acomodándose, a través de muchísimas tensiones, presiones y múltiples conflictos, a estratos distintos y variados hasta llegar a conseguir un nivel que en la época podría denominarse, sin demasiadas sorpresas ni esperanzas, "democracia jurídica", apto para todos los hombres libres que consiguieron llegar a ser "ciudadanos" plenos del Imperio (los esclavos, por desgracia, seguirían siendo un caso aparte, ya que jurídicamente no dejaban de ser cosas que se compraban y vendían).

Tratando de concretar en pocas líneas todo un complejo proceso, señalemos que la base de la estrategia jurídica de los dirigentes romanos radica en el hecho de que sus estructuras de Derecho, sus formas jurídicas,

tuvieron una capacidad siempre creciente y abierta de ampliarse y de hacerse más complejas –al tiempo que teóricamente ofrecían aspectos más abiertos– a medida que Roma iba creciendo y aumentaba el número de sus territorios y súbditos. La clave de esta capacidad de evolución jurídica gira sobre dos elementos principales: por un lado, el juego desempeñado a lo largo de la historia de Roma por el concepto de "ciudadanía"; por otro, la extraordinaria flexibilidad y vitalidad de su montaje jurídico.

A partir de tales elementos es menester subrayar que los dirigentes romanos fueron los primeros "líderes" que supieron hacer del Derecho una cosa viva, cambiante, dinámica, en continuo movimiento, capaz de desarrollarse indefinidamente y constituir en conjunto un *corpus* adaptado por los legisladores, en cada ocasión, a las cambiantes exigencias humanas, a las presiones o necesidades coyunturales, etc.

No es menester insistir demasiado en que gran parte del tan traído y llevado "genio"



Una vista del foro, centro de la vida romana.



Relieve del siglo II procedente de Dalmacia con representación de una escena de cazadores (Museo Arqueológico, Split). Mientras el personaje de la izquierda, vestido con túnica corta y las piernas vendadas como medio de protección, lanza el venablo contra alguna fiera cercana, el de la derecha descuartiza una pieza decapitada y la prepara para ser consumida.

romano radica en la capacidad ya mencionada. Es decir, en un largo proceso de fenómenos políticos, sociales y económicos, la originalidad del Derecho romano surge en el momento mismo en que demuestra su habilidad para implantar una diferencia, dinámica y operativa, entre lo que "es" y lo que "debería ser". Se trata de un aspecto nuevo que merece una atención especial. Es sabido que para los pueblos primitivos la ley –cercana a lo mágico, lo misterioso, lo divino o sagrado– era algo que se encontraba "esencialmente" por encima de los designios del hombre; algo que se revela (código de Hammurabi, tablas del Decálogo) o se encuentra ya hecho; algo que no está elaborado por seres humanos, y que por ello no sólo está por encima de los hombres, sino que además constituye un conjunto de "normas" perfecto, inmutable y absoluto.

La originalidad de los romanos consistió en que supieron romper el círculo vicioso de aquella concepción al imponer la "adaptación jurídica" de las leyes a las circunstancias concretas y determinadas en que deben ser aplicadas. Tratemos de explicar brevemente este fenómeno. Por ejemplo, existen en el cuerpo jurídico original determinadas cosas que sólo pueden hacer o corresponder a los hijos. Cierto ciudadano, al que llamaremos Salustio, no tiene hijos y por tanto no puede conseguir que otra persona adquiera los derechos propios del hijo. Sin embargo, un arreglo jurídico le permite adoptar al hijo de otro y éste actuará legalmente como si fuera su propio hijo, etc.

El caso expuesto muestra la clave de la originalidad jurídica romana, que va acompañada de las ya mencionadas cualidades de flexibilidad y posibilidad de adaptación que condicionaron y fueron condicionadas por la complejidad del mundo romano en expansión, a lo largo de varios siglos.

En este sentido, los dirigentes de Roma se adelantaron de hecho a la etapa en que, manteniendo un estado de derecho determinado, el Derecho de dicha organización política se encuentra en continua evolución y movimiento, variando o adaptándose paralelamente a una compleja fenomenología que incluye numerosos casos de evolución política, social y económica, que a su vez provocaron o desencadenaron muchos conflictos, tensiones y crisis, evolución y conflictos que, en definitiva, evidencian la capacidad de una minoría en la tarea de conseguir una auténtica unidad del mundo mediterráneo, que llega hasta los mismos umbrales de la cultura oriental y recoge el legado de la cultura helenística, dotándolo de nuevas perspectivas ecuménicas o universales que se mantendrán siglos y siglos.

La capacidad dinámica que representa el fabuloso salto desde la humilde ciudad de Roma hasta la extraordinaria consolidación del Imperio, prácticamente universal (del Atlántico al interior de Asia, del desierto



Relieve con una escena de parto en que, como en otras representaciones de la época imperial, la partera permanece sentada (Museo de Ostia).

africano a los territorios de Britannia, Germania o Dacia, etc.), hubo de ser inmensa, y su realización supuso, a través de varias etapas, el enfrentamiento de la voluntad expansionista de una minoría dirigente con una serie de obstáculos de diverso tipo, que de una u otra forma consiguió superar, hasta llegar a dominar un inmenso imperio.

Tal era el problema de las revoluciones internas y de los aliados que las primeras promociones de dirigentes romanos hubieron de afrontar y que supieron resolver finalmente a su favor. En este sentido –y como referencia de una dinámica social y económica de sumo interés– nos limitaremos a presentar algunos puntos que sirvan de referencia gráfica. Así, por ejemplo, el expansionismo político y económico de Roma (de una Roma controlada por una pequeña aristocracia de propietarios campesinos) tuvo que dar paso a la aparición de una nueva clase destacada, muy alejada de la muchedumbre proletarizada de la *plebe* y llena de impulso y capacidad de acción: los *equites* o "caballeros", que no eran precisamente militares en su mayoría y de los que puede ser un símbolo la conocida figura de Tito Pomponio Atico. Los *equites* o "caballeros" fueron gentes capaces de amasar grandes fortunas y que, por paralelismo histórico con otros momentos o realidades socioeconómicas más cercanas al presente, constituyeron lo que podríamos denominar la "burguesía" del comercio y del dinero del mundo romano y que jurídicamente, junto con la consolidación práctica del sentido político del *civis*, o "ciudadano", consiguieron que el concepto dinerario del orbe romano quedara fundamentado sobre bases "patrimoniales" muy sólidas y estables.

En la realidad socioeconómica y política, los *equites* se sumaron al papel desempeñado en las primeras etapas del crecimiento de Roma por la minoría de *patricios*, descendientes de los fundadores de la ciudad y grandes propietarios agrarios. De esta mane-

ra, en el decurso del tiempo la vieja aristocracia de la sangre y de la propiedad rural se fundirá con la nueva minoría de grandes poseedores de dinero y rectores de la actividad mercantil en general. Todo ello se efectuará paulatinamente, en un proceso paralelo al jurídico, económico y social que consagrará una cuestión fundamental para las minorías acomodadas de la Roma imperialista: el concepto de *propietario,* que en el Derecho romano quedará fundamentado sobre bases muy estables, sólidas e inconmovibles, las cuales, en suma, no harán más que efectuar una típica y trascendental labor de arraigo; aun ahora siguen en pie muchos conceptos de derecho romano acerca del sentido y el papel de la propiedad. Esta labor de arraigo no sólo se refiere a una institución y a sus argumentos y explicaciones de carácter teórico, sino también a las peculiares relaciones entre el Derecho de Roma –de una Roma en expansión– y la sociedad romana, en constante complicación y aumento de elementos. Resumiendo, en la realidad práctica y jurídica la propiedad será la auténtica, verdadera medida del hombre.

De acuerdo con los esquemas expuestos, se irá desarrollando el fantástico proceso de expansión que transformará a la pequeña y prácticamente ignota ciudad del Tíber en cabeza de un inmenso y duradero imperio. Un proceso que evidenciará fases sociopolíticas muy distintas, pero paralelas al desarrollo de sus habilidades políticas y de sus necesidades expansionistas. Así se pasará de la legendaria monarquía a la república; ésta se adulterará de vez en cuando con la figura transitoria de un "dictador", y posteriormente se complicará con las fórmulas republicanas decadentes, que darán paso a los triunviratos, para alcanzar nuevas formas de gobierno personal, total e indiscutible, que del príncipe llegarán finalmente a la consagración de la figura del emperador.

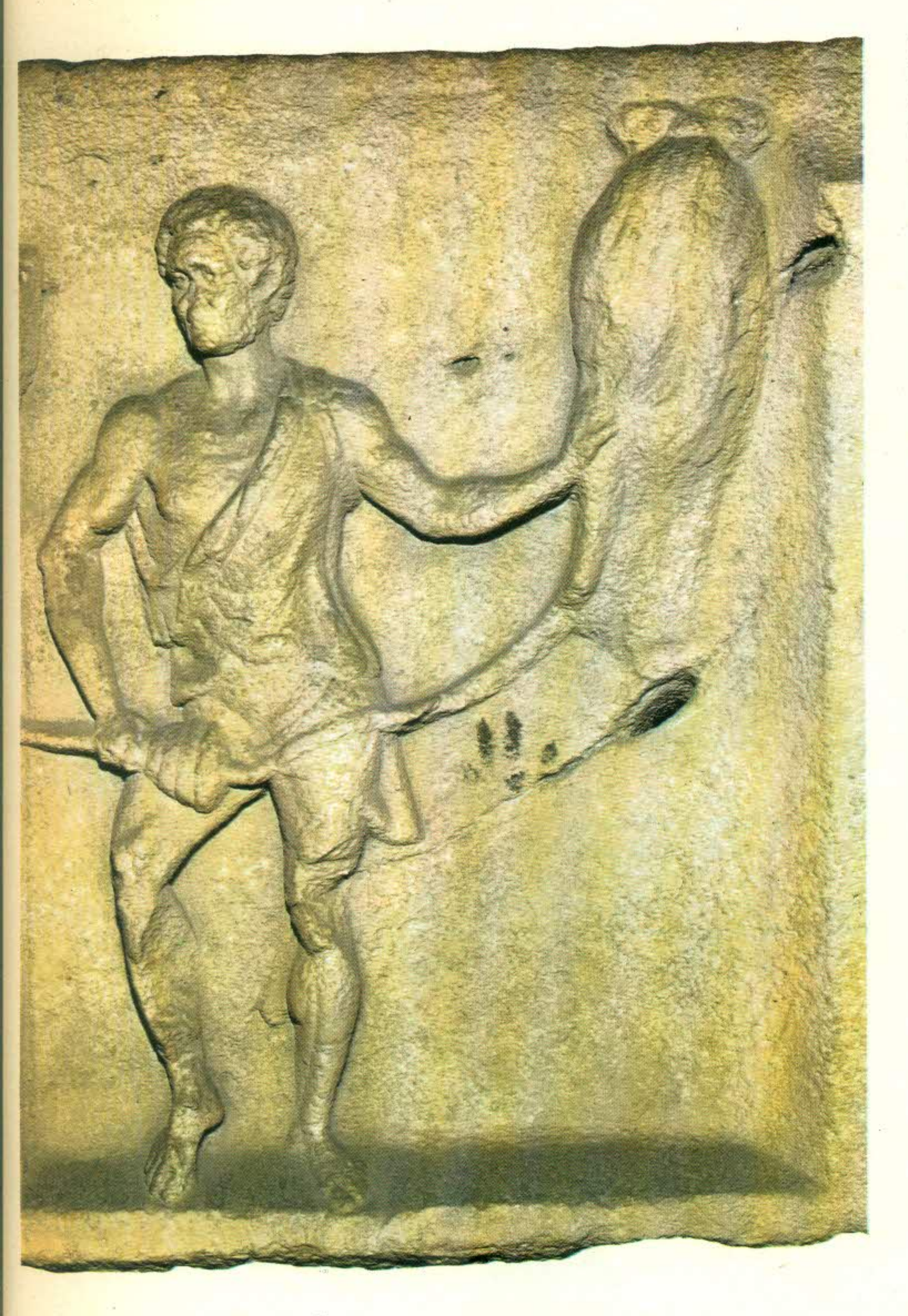
Para comprender la definición reiterada y madura del Imperio, complementando las anteriores referencias y perspectivas, conviene subrayar, en la línea de interacción continua de todos los factores históricos, que las diversas luchas civiles y sociales que marcaron la transición de la vieja República al Imperio unipersonal coinciden asimismo, de manera prácticamente insensible, con la manifestación del máximo esfuerzo de adaptación de las formas políticas surgidas de una ciudad pequeña, con un territorio proporcionalmente reducido, a las grandes exigencias planteadas por el control de un verdadero universo mediterráneo.

Este difícil y gigantesco esfuerzo de adaptación coincidirá con luchas, enfrentamientos, tensiones, desequilibrios e inquietudes, inseparables lógicamente de un complicado proceso de adaptación y de comprensión de nuevas realidades. En la culminación del esfuerzo y del proceso a que nos hemos referido brevemente, y dentro de una línea de intento de "pacificación" total de todos los inmensos territorios controlados por Roma, asistiremos a la resolución de las fórmulas de enfrentamiento personal, soluciones de emergencia y pactos provisionales que en el seno de un estado teóricamente republicano habían venido representando las figuras y divisiones de los triunviros. Así, vencedor de sus contrincantes, Octavio es nombrado solemnemente *princeps* (es decir, primera cabeza de la República y director –ahora diríamos presidente– del viejo Senado). Con su



De hecho, hasta que no se produzca el hundimiento de la economía intermediterránea de tipo urbano (con la paralela decadencia de las ciudades), no será evidente el proceso del Bajo Imperio. El Imperio romano fue, en la práctica, un resultado del equilibrio entre lo agrario y lo mercantil-urbano.





Un cordelero trabajando en su taller, según representación de un sarcófago del siglo I procedente de Ostia (Museo Nacional, Roma).

designación como *princeps* de todos los romanos y jefe del hasta entonces teóricamente todopoderoso Senado de Roma, nace en verdad el Imperio. Sin embargo, el *princeps* Octavio sabrá ser discreto en esta primera fase imperial y establecerá una casi impalpable pero eficaz línea de continuidad entre las viejas y las nuevas instituciones.

Interesa analizar con cierto detalle la acción del *princeps* Octavio, porque es esencial para comprender las profundas y complejas bases que durante largos siglos mantuvieron la figura y el papel del emperador (hasta 476 de nuestra era en el Occidente, hasta 1453 en Oriente). *Princeps* indiscutible y revestido de extraordinarios poderes, Octavio es suficientemente inteligente para mantener la denominación republicana, pero la República será ya sólo un tópico desprovisto de contenido y de verdadera efectividad. Porque además de ser nombrado *Princeps* será proclamado asimismo *Dominus* (es decir, señor de todo el pueblo romano, tanto de los grandes propietarios como de los miserables proletarios) e *Imperator* (denominación que conseguirá sobresalir sobre todas las demás, o sea, jefe supremo, general en jefe de todos los ejércitos y de cuantos efectivos militares contaba Roma). Paralelamente, será titulado *Pontifex Maximus,* o sea, primera autoridad religiosa, cabeza visible del sinfín de religiones del mundo romano, jefe de todas las facciones religiosas, comenzando por la más típicamente oficial del estado, circunstancia que, en un mundo integrista, permite un amplio control de las conciencias, etc. Asimismo será designado *Augustus,* es decir, el hombre que sobresale por encima de todos, el ciudadano más excelso, más destacado, en fin, un héroe casi divino, pariente cercano de los que habitan el Olimpo mitológico, heredado de la antigua cultura helénica.

Con tantos y tan diversos atributos acumulados, Octavio César Augusto, heredero de los grandes planes de Julio César, verdadero promotor y precursor de las fórmulas imperiales, dirigió el mundo romano con todo el poder, con todas las facultades atribuidas a un monarca o a un caudillo absoluto. No obstante, tuvo la suficiente inteligencia o habilidad para guardar las apariencias; es decir, su gestión, de fuerza arrolladora, de decisiones impersonales, etc., no supuso la ruptura externa con el mundo romano anterior; más aún, el doble papel de Octavio Augusto, situado en el vértice decisivo de la historia de Roma, manifiesta la culminación positiva de un proceso y la adaptación de lo existente, la herencia y experiencia de la vieja Roma, a las nuevas exigencias tecnicopolíticas, sociales y económicas, derivadas de una realidad histórica que podría denominarse ecuménica o universal.

En este sentido, los emperadores siguientes, los primeros sucesores de Augusto, mantuvieron tanto como fue posible las ficciones, los mecanismos y las fórmulas de transacción del principado. Sin embargo, era inevitable que el propio peso de las variadas tensiones que contenía en su seno el Imperio complicara las cosas y se fuera orientando hacia nuevas formas la realidad del Imperio. Resumiendo un largo y complicado proceso,

podríamos decir que a medida que la realidad de la "romanización", o sea, el proceso de integración de los pueblos dominados por Roma a las formas socioculturales y políticas romanas, iba avanzando a lo largo y ancho del Imperio, el mismo proceso "romanizador" obligaba constantemente a adaptar y complicar la máquina tecnicoadministrativa y militar del Imperio. Surgía de todo ello una creciente evolución difícil de evitar que tendía de forma irreversible a favorecer la promoción de prácticas y de "explicaciones" paralelas tendentes a consolidar la promoción cada vez mayor, profunda y totalitaria de un despotismo personal absoluto, que iría absorbiendo todos los aspectos de autoridad y poder que le interesara, sin pararse en detalles ni preocuparse por escrúpulos de carácter más o menos filosófico. Así, de manera paulatina, de la forma aparentemente híbrida del principado, llena de reminiscencias que podríamos tildar de europeas y occidentales, se pasó a la verdadera instalación de las viejas formas de despotismo, tan vinculadas a viejas realidades históricas del antiguo mundo oriental.

A pesar de los problemas que acabamos de apuntar y volviendo nuevamente sobre las referencias expuestas al principio, es indudable que el edificio del Imperio romano, a pesar de sus innegables y graves defectos, permanecerá en la Historia como uno de los monumentos más extraordinarios del genio humano. Mírese por donde se mire, su compleja realidad, su delicada y al propio tiempo complicadísima y eficaz mecánica tecnicopolítica y social, sus vías prácticas de poner en marcha posibilidades, a veces insospechadas, de integración y asimilación de hombres y pueblos muy diversos, etc., son algo tan interesante y al propio tiempo apasionante que nadie puede dudar de la inteligencia de quienes supieron montar una armazón de tal consistencia y complejidad.

No obstante, las mencionadas realidades, la mecánica, las posibilidades de integración y asimilación, etc., debían, más tarde o más temprano, acusar los signos de decadencia que la presión de un conjunto de diversos factores fue planteando a través de los años y de los siglos. Así, hemos visto como el Imperio fue pasando de la ficción jurídica del principado a la concepción absolutista y totalitaria de un emperador déspota, no tanto como resultado de unos deseos o ansias personales de determinado *Imperator* autócrata, como de la conjunción misma de un sinnúmero de problemas y realidades de muy diverso tipo, a los cuales hemos hecho referencia al hablar del doble efecto del proceso de "romanización".

Poco a poco, la realidad imperial irá variando como respuesta a problemas nuevos, entre los cuales no se puede olvidar la formidable y continua presión de los "bárbaros" en las diversas fronteras del Imperio, hasta llegar al despotismo antes mencionado. Un paso claro de la vieja concepción del principado a las nuevas realidades absolutistas y totalitarias puede verse en la política militarista de la dinastía de los Severos, la cual abrirá un complejo y dificilísimo período que desembocará en el *Dominado* del emperador



Relieve de un sarcófago del siglo I hallado en Ostia que representa a un zapatero trabajando en su taller (Museo Nacional, Roma). Además del "calceus", calzado oficial de los ciudadanos romanos, se usaban también en la vida diaria las sandalias y los zuecos.

LO RELIGIOSO EN EL SISTEMA SOCIOPOLITICO ROMANO

Como en todas las sociedades antiguas, lo religioso, entendido como forma de explicación y adhesión, tuvo una gran importancia en el mundo romano, con la particularidad de que, mientras los romanos estrictos mantenían más o menos sus creencias y fórmulas tradicionales, la estructura expansionista romana hacía gala de un amplio sincretismo que permitía la coexistencia de todo tipo de divinidades y creencias, orientales u occidentales, en el mismo Panteón, supeditado todo ello a unas formas más o menos definidas de religión ecléctica, oficial del estado, y agrupado en torno a cierta liturgia externa que manifestara de algún modo la adhesión de todo tipo de súbditos a un estado indiscutible e indiscutido.

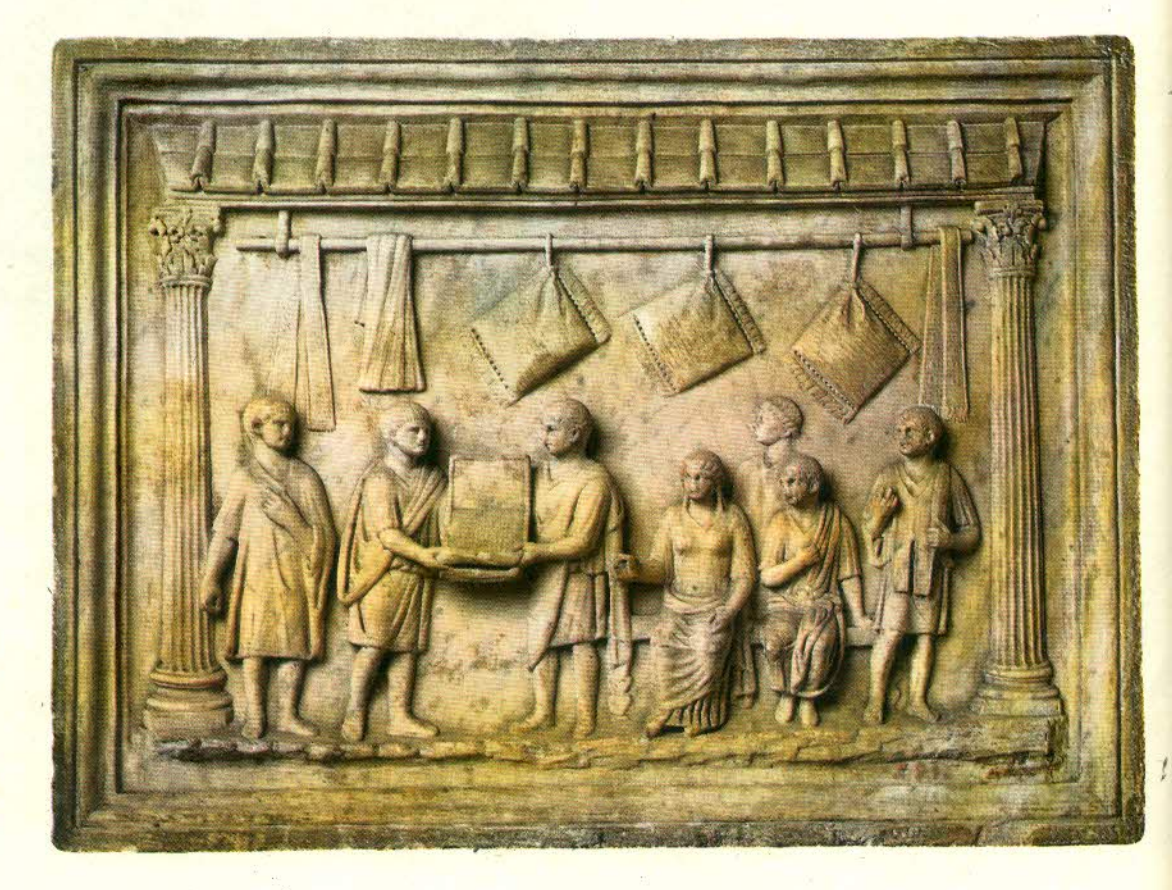
El mecanismo sincrético romano funcionó bien, excepto con los núcleos de tipo hebreo y con su secuela cercana, el cristianismo. Durante siglos, la existencia de cristianos creará problemas al Imperio romano, no tanto por la negativa cristiana a equipararse, en un acomodaticio Panteón, con cualquier tipo de religión, sino por su resistencia a participar del signo externo de adhesión total a los mecanismos del Imperio a través de los ritos o fórmulas de la religión oficial del estado. Ello promovió una serie de represiones más o menos fuertes, según la época y el lugar, que dieron pie a las denominadas persecuciones, con una importante proliferación de víctimas cristianas, que fueron llamadas *mártires*.

En ciertos momentos (con Decio o con Diocleciano, por ejemplo), la irritación imperial ante lo que consideraban carácter subversivo, anárquico y desobediente de los cristianos promovió represiones de alcance y envergadura espectaculares, con una cantidad impresionante de personas juzgadas y condenadas, no tanto por su religión, como por el hecho de considerarla una forma de atentar contra la seguridad del estado. Pero la misma espectacularidad actuó como factor de propaganda en favor de los cristianos, al cimentar las referencias acerca de su existencia, comportamiento y otros detalles de interés.

En este fenómeno de aumento de propaganda y de importancia debe buscarse la clave misma del radical cambio en la política oficial que va de Diocleciano a Constantino. La Iglesia cristiana pasa rápidamente a convertirse de núcleo perseguido en religión tolerada, para ser finalmente la religión oficial, y cambia las formas respecto al conjunto de las religiones no cristianas aceptadas, como un solo conjunto, por el Imperio romano. Lo correcto, lo que correspondía al hombre culto, al ciudadano que vivía junto a alguna forma de poder imperial, era ser cristiano. Así, las antiguas formas religiosas dominantes en Roma, conocidas por los cristianos como religiones o sistemas religiosos de los "gentiles", pasaron a tener una situación inversa, para ser muy pronto denominadas con el calificativo de *paganismo*, o sea, forma de creencia propia de campesinos, de núcleos rurales incultos y supersticiosos, con la peculiaridad de que, al convertirse en oficial la religión cristiana, pasó de perseguida a perseguidora, con el pretexto de velar por el bien colectivo de las almas y la pureza de la fe.

Paralelamente, el amenazado edificio imperial romano iba a revitalizarse con la presencia activa del cristianismo, convertido en pilar o columna fundamental del sistema. Si bien el emperador cristiano ya no será considerado como un dios, se le sitúa en un peldaño sociorreligioso elevadísimo, igual a los apóstoles *(isospostolos)*, quedando muy por encima de los demás hombres, que le deben piedad, devoción y obediencia ciega. Asimismo, en el mecanismo imperial los cargos institucionales reciben nombres pomposamente sagrados: el Consejo del Imperio será denominado *Sacro Consistorio;* los impuestos serán *sagradas donaciones*, etc. Así se ponen en marcha unos mecanismos integristas, de profunda trabazón entre el poder espiritual y el poder temporal, que durarán muchos siglos.

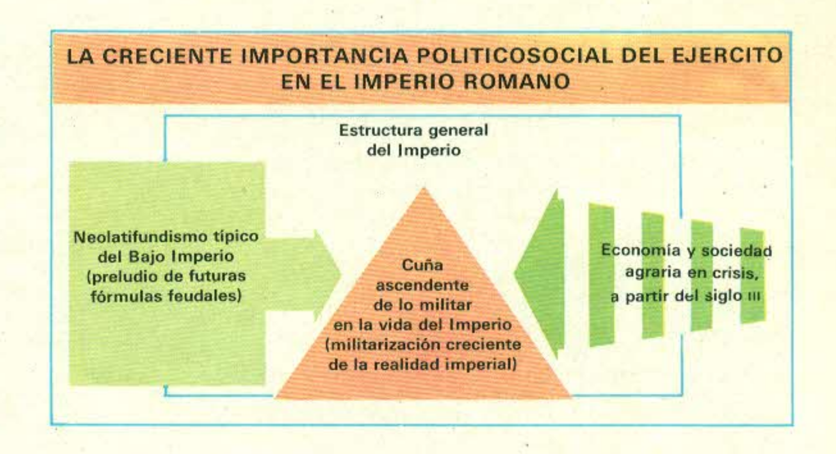
A. J.



Interior de una tienda de telas y cojines en la Roma imperial (Galería Uffizi, Florencia). Los dos clientes están sentados a la derecha y tienen a sus esclavos de pie junto a sí. El dueño y los empleados de la tienda exponen su mercancía.

Diocleciano y en el estado claramente despótico de la "era constantiniana".

Tal transformación –conviene subrayarlo– fue paralela al papel desempeñado por una diversa y compleja serie de factores que transformaron más o menos rápidamente la sociedad y la economía del mundo romano, conduciéndolo a la etapa que suele conocerse como Bajo Imperio. Un conjunto de factores que, en definitiva, iba señalando, sobre todo para la parte "occidental" del Imperio, los futuros caminos que conducirían a la desintegración imperial y luego a la conformación y definición de las subsiguientes fórmulas medievales.



La acumulación de los factores mencionados no sólo condicionó y facilitó la evolución del Imperio romano hacia el despotismo, sino que es la clave para comprender el camino de descomposición que en el Occidente europeo había de conducir a la concreción de las futuras formas medievales. La interacción de factores presentes en el Imperio romano y la concreción de las primeras etapas las expone un conocido autor, Alfons Dopsch, en su importantísima obra *Fundamentos económicos y sociales de la cultura europea, de César a Carlomagno.* Señalemos que muchos de los factores generadores de la grandeza romana eran lo suficientemente ambiguos para no llevar en sí la génesis de nuevos horizontes y perspectivas que finalmente conducirían al mundo medieval.

Al tratar, por otra parte, de exponer algunos de los hechos que más contribuyeron a la transformación de las estructuras y del sentido tradicional del Imperio, destaquemos algunos fenómenos jurídicos y socioeconómicos que adquieren importancia a lo largo del siglo III de nuestra era: por una parte, la extensión del derecho de ciudadanía romana; por otra, la decadencia de la actividad de las ciudades, paralela a las presiones de los bárbaros, que llegan incluso a cruzar las fronteras imperiales, y paralelamente la nueva conducta fiscal y burocrática de un imperio cada vez más burocratizado, que para mantener el *status quo* tuvo que imponer duras condiciones de vida a sectores muy amplios de la población, al tiempo que preparaba una futura realidad de castas, etc.

El Imperio romano (y la continuidad de Bizancio, a partir del año 476 de nuestra era) se fundó, de hecho, en el equilibrio entre dos sectores muy distintos: una gran actividad campesina y agraria, secuela de la base económica de los patricios, minoría dirigente de la vieja ciudad romana, y junto a

Relieve de la época galorromana con la escena de remolque de una barca cargada con dos barriles. En la parte superior aparecen alineadas vasijas y cestos (Museo Calvet, Aviñón).





Mosaico que representa una embarcación en el puerto con la popa junto a la torre del faro (Museo del Capitolio, Roma).

ella una importante acción mercantil de las ciudades, especialmente de las poblaciones de Oriente. El equilibrio entre un frente de campesinos y una potencia de dirigentes mercantiles de las ciudades es, de hecho, la "regla de oro" del juego, de la permanencia del Imperio de Roma. Cuando empieza a producirse un desequilibrio entre ambos elementos, los problemas de crisis se acrecientan, dando pie a las continuas revisiones y convulsiones del Bajo Imperio.

En resumen, el florecimiento de la economía urbana, sustentada por un activísimo comercio transmediterráneo en el *Mare Nostrum,* entró en clara decadencia a partir del siglo III, debido especialmente a las presiones de los pueblos bárbaros y a la crisis de la que podríamos denominar "burguesía" dominante de dichas ciudades. Al propio tiempo, la vida agraria fue amasando una serie de fallos y defectos que en buena parte coincidían con las necesidades que el estado imperial romano experimentaba para hacer frente a gravísimos problemas, especialmente a los planteados en las fronteras.

En esa época, los bárbaros cruzan diver-

sos *limes* y provocan el espanto de grandes sectores del Imperio. En tal coyuntura, el edificio ecuménico, universal de Roma pareció que no podría hacer frente a las gravísimas fisuras que preludiaban un pronto hundimiento del Imperio, tanto en Oriente como en Occidente. Fisuras y peligros que iban a agravarse de forma considerable con el problema de la crisis del sector agrario imperial.

Dentro de esta panorámica es fundamental situar la importancia básica de la compleja crisis socioeconómica del mundo romano de aquella época. Es decir, las formas de lo que podríamos denominar, en términos comparativos con realidades posteriores, "capitalismo mercantil y dinerario romano", que no habían podido llegar a superar el hecho de la importancia clave de la economía agraria, se encontraron con que ésta –en el conjunto del Imperio– tendía a concentrar las tierras en manos de muy pocos propietarios, agravando los inconvenientes del latifundismo multisecular. Es decir, no sólo el equilibrio quedaba roto, sino que además los propietarios agrarios (contrastando con la crisis urbana) aumentaban su poder económico, con consecuencias sociales y culturales que muy pronto comenzarían a manifestarse.

En su mayoría, los poseedores de grandes extensiones de tierras no las cultivaban per-





Anverso y reverso de un denario de plata acuñado por César para circular en la Galia (Museo Nacional, Roma).

LA EVOLUCION DEL SISTEMA MILITAR ROMANO EN LAS ULTIMAS ETAPAS DEL IMPERIO

A medida que se acentúa el declive imperial romano a través de las formas de organización adoptadas durante la etapa que conocemos con el nombre de Bajo Imperio, el ejército va sufriendo modificaciones importantes, que se manifestarán no sólo en su rendimiento como fuerza bélica que debe hacer frente a los enemigos que amenazan las diversas fronteras, sino también como grupo de presión importante, que dejará sentir su peso en la marcha misma del sistema politicosocial y económico del universo romano, al "militarizar" buen número de magistraturas, instituciones y fórmulas de funcionamiento del Imperio, variando de este modo, y de forma sustancial, antiguas realidades romanas de todo tipo.

Las modificaciones antedichas y su incidencia doble sobre el rendimiento bélico y la vida sociopolítica y económica del Imperio eran, por otra parte, algo inevitable. Lo importante es subrayar aquí algunos de los aspectos concretos de la evolución del sistema militar estricto en las últimas etapas del Imperio, para comprender mejor las cuestiones anteriormente apuntadas. Si, por una parte, va imponiéndose un sistema de casta y, por otra, el Imperio se ruraliza, ocurría además que la mayor parte de las cargas militares recaían sobre el campesinado, creándose de esta forma un grave círculo vicioso, que acabaría perjudicando gravemente a la estructura total del Imperio.

El ejército reclutaba sus efectivos básicos entre la gran masa rural, al propio tiempo que se imponía una drástica medida de casta: la condición militar se transmitía por herencia, con lo que el hijo del soldado pasaba a pertenecer al ejército, igual que ocurría con otros elementos. Paralelamente, ante el peso de las levas y su significación social, los grandes propietarios, encargados de entregar reclutas al ejército, seleccionaban para el servicio militar a los colonos y arrendatarios menos sanos, aptos y rentables: entregaban el desecho de los campos. Por otra parte, en una época en que la esperanza media de vida era muy corta, el servicio militar duraba veinte años. De este modo, en el ocaso imperial, la milicia no sólo se convirtió en una profesión poco honorable, sino que sería una tiranía insoportable.

En tales condiciones difícilmente hubiera podido resistir el ejército romano si, a la práctica antes enunciada, no se hubiese unido una política de captación de enemigos bastante inteligente. Es decir, el ejército, desprovisto de entusiasmo y de moral, compuesto de masas incultas y brutalizadas, que debía hacer frente a los ataques de sus enemigos en las diversas fronteras imperiales, no habría podido oponerse a tales adversarios de no contar con el sustancial refuerzo de "bárbaros", de enemigos que dejaban de serlo por pacto o fórmula jurídica parecida y que en muchas ocasiones constituyeron la fuerza de choque, el núcleo de defensa y de resistencia más eficaz frente a los ataques de germanos, partos y otros pueblos enemigos del Imperio.

Especialmente en Occidente, el ejército romano fue engrosando sus contingentes con núcleos de soldados germanos más o menos autónomos que ingresaban en la milicia mediante fórmulas personales o colectivas de vinculación, por ejemplo, los famosos ejércitos de *foederati* o aliados, constituidos por pueblos germanos enteros instalados en los territorios imperiales. Existía una serie de fórmulas que, a cambio de la entrega de tierras y de dinero, permitían que numerosos "bárbaros" lucharan en el maltrecho ejército imperial, con lo que se conseguía mantener una realidad política multisecular al apoyar a Roma frente a sus antiguos camaradas de armas.

Todo ello no podía sostenerse mucho tiempo, puesto que a las negativas consecuencias de la "militarización" del Imperio efectuada por campesinos rudos, incultos y brutales se une el factor de la infiltración legal, dentro del mundo romano, de los mismos enemigos que se trataba de combatir. De este modo, los esquemas tradicionales del mundo clásico van desapareciendo: las ciudades se arruinan y se despueblan, y los campos presencian, junto con el triunfo del latifundismo, el atomismo efectivo del poder en favor del gran propietario, verdadero "rey de los campos" Atomismo que se acentúa en el seno de una sociedad de castas, llena de descontentos y de desesperados, que se ponen a disposición y bajo la "protección" de los denominados "reyes de los campos", y donde se gestan los futuros gérmenes que caracterizarán a la sociedad medieval europea.

A. J.



Reproducción de una nave mercante romana del siglo II (Museo Marítimo, Barcelona).

sonalmente, con lo que se producía un fenómeno de absentismo, que empalma con la consideración de dichas tierras como una mera inversión (rentable, claro está) de sus capitales. Una inversión y una renta alimentadas básicamente por el trabajo de los esclavos. Contrastando con el precedente fenómeno de concentración agraria y de actividad esclavista, existía una amplia gama de grupos diversos de población rural libre (colonos, arrendatarios, campesinos independientes de todo tipo, etc.) que tendía a disminuir al no poder, por ejemplo, hacer frente a los impuestos siempre en aumento de un estado que, cada vez más, veía incrementar sus gastos militares. Como es fácil imaginar, tales tierras pasaban, más tarde o más temprano, a engrosar las posesiones de los grandes latifundistas.

Paralelamente, junto a los fenómenos que surgían en el mundo agrario, la mencionada decadencia de las ciudades provocaba otros factores que aumentaban los desequilibrios antes citados, trazando una línea de especial gravedad que condicionará más aún la crisis del Bajo Imperio. En efecto, a la ruina de los negocios, provocada en parte por las irrupciones de los bárbaros, etc., se unió, dificultando en gran manera la acción de las "burguesías" dirigentes y acomodadas, el constante aumento de la presión fiscal, de forma que el pago de las crecientes cargas fiscales quedó, en última instancia, en manos de los "ricos" tradicionales de cada ciudad. En otras palabras, los ciudadanos acomodados debían responder, ante el estado, del pago al erario público de unas cargas fiscales en constante aumento, sin poder sustraerse de dicha responsabilidad y coincidiendo tal factor con una crisis gravísima de sus actividades mercantiles.

No es de extrañar, pues, que en tal etapa crítica todos los que pudieron alejarse de responsabilidades y cargas tan onerosas no cejaran en la búsqueda de medios para hacerlo. Todo el mundo estaba cambiando. Así, por ejemplo, los mismos cargos públicos –antes tan "selectos" y codiciados– pasan a ser algo molesto y de difícil aceptación. Ciertamente, los cargos públicos a todos los niveles, desde las curias municipales hasta el *cursus honorum,* ya no son magistraturas ambicionadas por los ciudadanos, sino puestos que cuestan dinero, a veces mucho dinero, a quienes los desempeñan. Por tanto, de tales cargos intentarán zafarse muchas personas, especialmente en el terreno más numeroso de las curias municipales. Finalmente, para evitar tal absentismo en los cargos públicos y conseguir unos ingresos determinados, muchos de estos cargos tendrán que convertirse en obligatorios e incluso en hereditarios (inicio de la actividad de casta).

La compleja problemática anterior no puede ser entendida de manera satisfactoria si al proceso de transformación imperial y a las vicisitudes apuntadas no añadimos la crisis de muchos de los mecanismos clásicos del estado imperial, que, ante la presión de los bárbaros y la lógica acción defensiva del ejército, tenderá a privilegiar la acción de los militares profesionales y con ello contribuirá, inevitablemente, a una creciente militarización de los diversos niveles y esquemas del Imperio.

Una prueba de ello podemos encontrarla

LA JERARQUIA Y LA ESCALA SOCIAL DEL BAJO IMPERIO

Imperator-Dominus y su familia

Gran aristocracia de tipo burocrático de "Clarissimi" y "Perfectissimi"

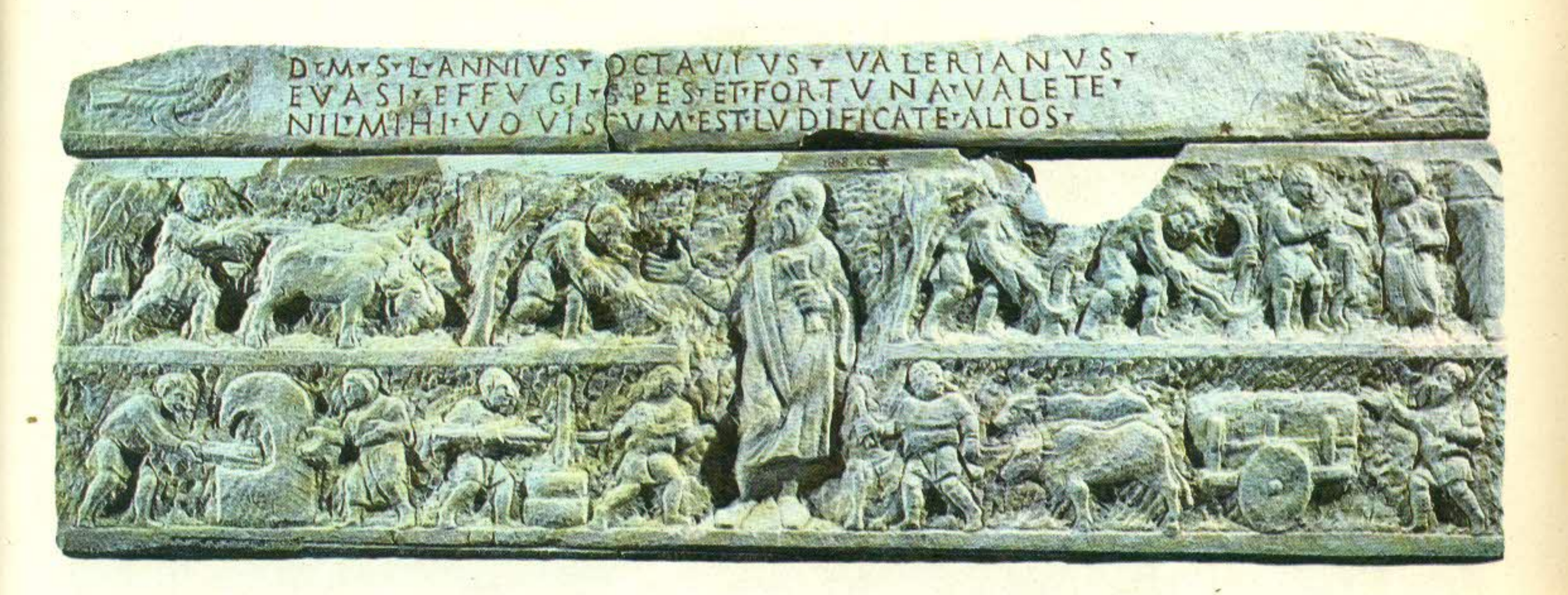
"Señores" de grandes fincas rústicas, en un imperio cada vez más ruralizado.

Jefes militares

Restos de las antiguas oligarquías urbanas

Núcleos urbanos "proletarizados"

Gran masa campesina (siervos de hecho)

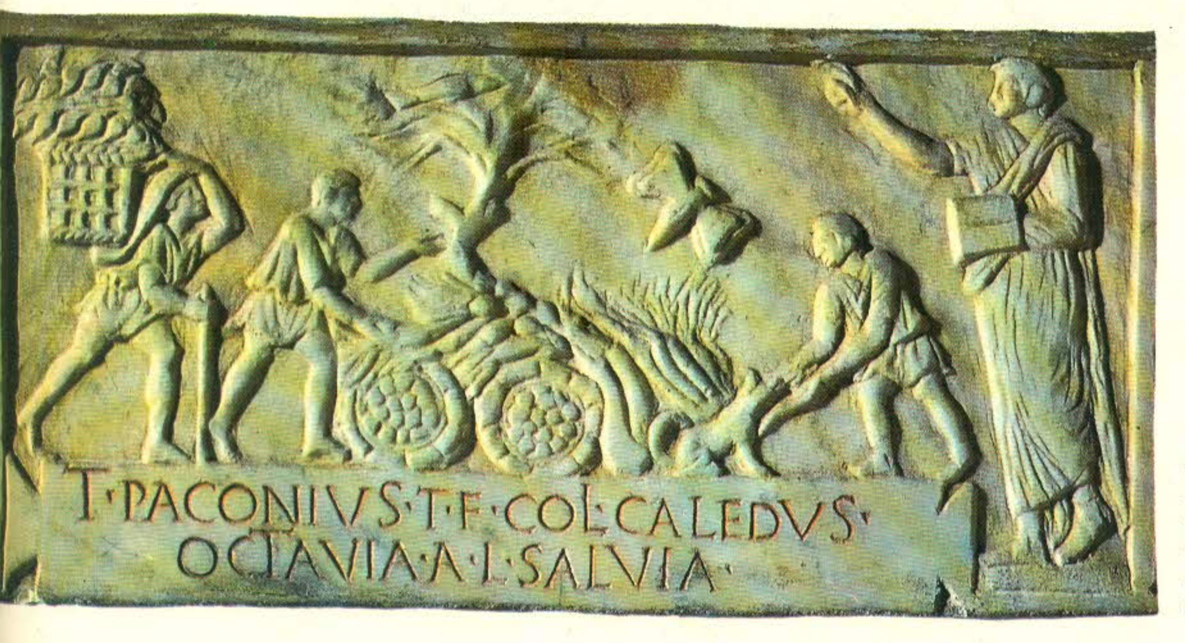


En este relieve del sarcófago de Annio Ottavio Valeriano, panadero romano del siglo III, se hallan representadas las sucesivas escenas previas al ejercicio de su labor, a saber, siembra, siega, transporte del grano, molienda y cocción (Museo Pío Clementino, Vaticano).

en relación con el desarrollo del mismo Derecho romano. Es tópico señalar la fecha del año 212 de nuestra era como un hito clave en la evolución y en la capacidad de asimilación y apertura del conjunto jurídico de Roma. En efecto, en tal año un decreto del emperador Caracalla concedía la ciudadanía romana a todos los súbditos libres de cualquier provincia del Imperio. Ello no afectaba a la muchedumbre de esclavos, que jurídicamente, como hemos indicado, sólo eran "cosas", que se compraban y vendían. Se ha hablado y escrito mucho acerca de la trascendencia de dicha medida y de las causas que la originaron. Y entre todo el maremagno de hipótesis y suposiciones no deja de tener interés el punto de vista que supone que, en parte, Caracalla intentó con su decreto humillar a la aristocracia y las burguesías tradicionales de Roma, al propio tiempo que con la ampliación del número de ciudadanos trataba de disminuir su papel político y social.

Disminución, por otra parte, paralela al incremento constante del papel del ejército, cuyos cuadros se nutrían cada vez más de los contingentes surgidos de la gran masa de la población rural, y que hacía variar, en la práctica, una clásica concepción romana de la milicia: ser soldado ya no era un honor, sino que el servicio militar constituía una triste y pesada carga que recaía en gran parte sobre las espaldas de los campesinos.

Prosiguiendo con las ideas y hechos que acabamos de enunciar, no es aventurado pensar que Caracalla, con su famoso decre-



Un granjero romano llamado, según la inscripción, Titus Paconius supervisa con un libro de cuentas en la mano los trabajos de recolección de sus criados en la granja (Museo Vaticano).



Pátera de plata procedente de Aquilea con diversas escenas relativas a la glorificación de la agricultura (Kunsthistorisches Museum, Viena).

to, trató de conseguir al menos tres importantes fines:

a) Ganarse el afecto, la simpatía y el apoyo de las clases humildes de la sociedad libre del Imperio, sobre las que pesaban la mayor parte de las cargas militares, fiscales, etc.

b) En el terreno fiscal, aumentar el número de contribuyentes, que por nuevos motivos y conceptos deberían hacer frente, con sumas superiores, a una serie de cargas públicas.

c) Rebajar socialmente el *status* o condición de las clases más elevadas del Imperio al otorgar a todos los hombres libres el mismo grado de ciudadanía. A partir de entonces la ciudadanía dejó de ser un privilegio, una condición especial de cierto número de personas, para convertirse, de hecho, en algo común e intrascendente.



Interior de un vaso de oro decorado con la figuro de un carpintero, en el centro, y a su alrededor algunas de las operaciones que realiza en su taller.

De esta forma, casi insensiblemente, surgieron los variados mecanismos psicosociológicos y políticos que permitirían la plena y definitiva eclosión de una nueva etapa imperial, que, a través de fórmulas absolutistas, despóticas y totalitaristas, tratará de hacer frente a una grave decadencia, patente en todos los terrenos. Una nueva etapa en que el papel de los militares, surgidos desde la base (es decir, sin la cultura ni el abolengo de los antiguos patricios y clases similares), tendrá una importancia extraordinaria.

Al cabo de una larga serie de intentos, proyectos, crisis y ensayos, Diocleciano –a partir del año 285 de nuestra era– pondría en marcha, en líneas generales, la mayoría de las formas de organización que caracterizarían el Bajo Imperio romano propiamente dicho. En tal sentido debe señalarse que el Bajo Imperio no significa una mera etapa de

LA "GERMANIZACION" DEL IMPERIO Y LA "ROMANIZACION" DE LOS INVASORES

La agonía del Imperio romano en Occidente fue larga y su desaparición real algo ignorado o sin efecto sobre la mayor parte de la población que habitaba los antiguos territorios imperiales, debido a que, desde hacía muchísimo tiempo, se había producido una compleja mezcolanza de ciertos factores, como la parcial "germanización" del Imperio. Contrarrestando tal proceso, un largo contacto de todo tipo entre romanos y germanos había logrado cierto grado de "romanización" de los futuros invasores y asimismo destructores del Imperio.

Cuando en el año 476 de nuestra era es depuesto Rómulo Augústulo y concluye teórica o técnicamente (tanto da el calificativo) el Imperio romano de Occidente, no sólo hacía tiempo que tal imperio era una pura ficción, sino que además la mencionada deposición no tuvo mayor repercusión que la de un gesto simbólico ni varió la realidad sociopolítica que hacía tiempo reinaba en Occidente. La parte occidental del Imperio llevaba mucho tiempo ocupada realmente por los "bárbaros". Hacía décadas que pueblos germanos enteros ocupaban importantes territorios imperiales, los cuales se habían conseguido no tanto por la fuerza como por un pacto político con los núcleos, cada vez más residuales, del poder imperial romano, que en momentos cruciales, tanto en Oriente como en Occidente, se mantendría gracias a la enérgica acción de hombres muy alejados de la "pureza" del origen romano, como el galo Rufino o, lo que es más determinativo aún, el vándalo Estilicón.

Mientras hombres y contingentes germanos defenderían de algún modo a Roma frente a otros enemigos germanos o distintos (caso concreto de los hunos), la misma penetración de elementos forasteros no sólo acostumbraría a la población del Imperio de Occidente a la continua presencia de elementos bárbaros en su territorio, sino que además tal penetración serviría de fórmula eficaz de "germanización" de importantes sectores territoriales, de manera que los habitantes se irían acostumbrando al modo de ser, a las formas jurídicas y a los planteamientos culturales de los elementos bárbaros que se habían instalado en aquella comarca o región. Pero es evidente que la misma instalación de elementos germanos en diversos territorios del Imperio no sólo ayudó a matizar de forma sustancial el hecho de la desaparición real y efectiva del Imperio romano de Occidente, sino que además tuvo una importancia fundamental en el proceso que podríamos denominar "romanización".

De este modo, no se produjo una ruptura brutal entre la desaparición de las estructuras políticas del Imperio de Occidente y el pleno advenimiento de las nuevas tentativas y los ensayos que, de forma irremediable, deberían efectuar en toda la antigua área occidental del Imperio romano. De hecho, las nuevas realidades politicosociales y económicas implantadas por el conjunto ocupante no hicieron más que seguir la trayectoria que se había ido dibujando a lo largo de las etapas del Bajo Imperio, un imperio que se iba "ruralizando" y atomizando, cada vez más fragmentado, y en el que el problema de la seguridad personal iba ocupando un lugar cada día más importante en las preocupaciones de los hombres de la época, gestándose de esta forma uno de los elementos más fundamentales en la formación del futuro feudalismo, que jugaría un papel tan primordial en la definición de los rasgos que mayormente caracterizarían a la Europa medieval. Por tanto, la mutua interconexión, interferencia y relación entre los aspectos de "germanización" y de "romanización" desempeñaría un papel de relativa continuidad entre un mundo que había sido clásico, romano, y otro que muy pronto sería ya europeo.

A. J.



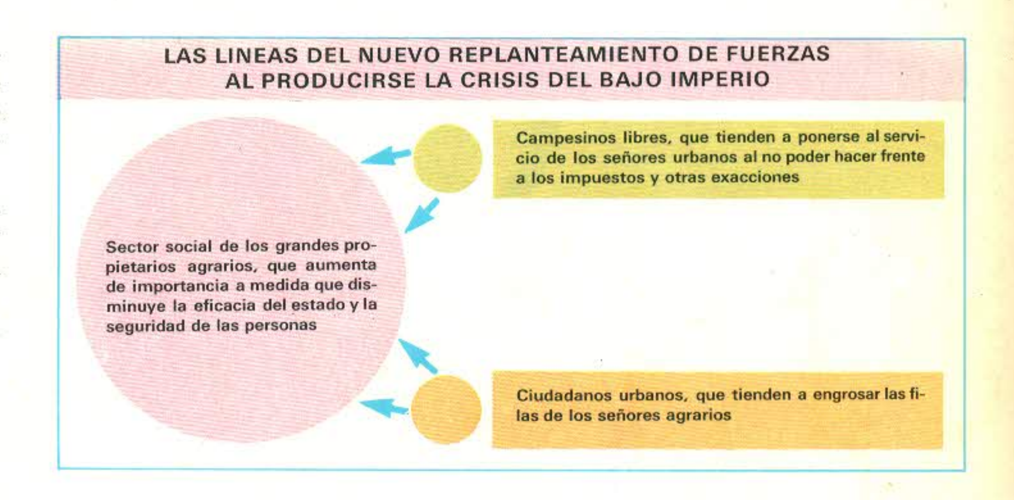
Relieve añadido al arco de Constantino, en Roma, que representa dos escenas de Marco Aurelio entrando triunfador en la urbe. Las conquistas territoriales del Imperio tuvieron gran importancia en la vida económica del país, pues incidieron directamente sobre la tributación, los mercados y la riqueza del contingente humano.

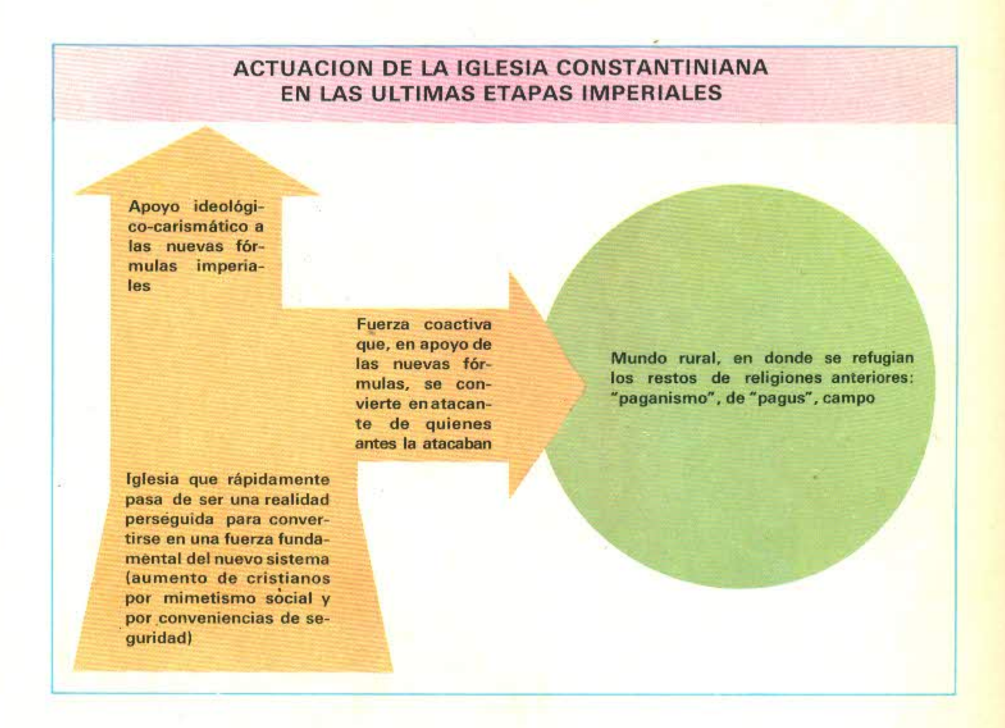
decadencia, sino que supone asimismo un gran esfuerzo de restauración en todos los niveles, que mantendría el Imperio romano en Occidente durante dos siglos y en Oriente durante más de mil años.

Las nuevas formas puestas en marcha a través del Dominado (fórmula ideada por Diocleciano) y consolidadas por la acción constantiniana buscarán, quizás inconscientemente, pero de forma real y efectiva, su apoyo y mantenimiento en el conjunto constituido por la masa amorfa de los campesinos. Dichas formas tenderán cada vez más a manifestarse a través de mecanismos despóticos de tipo oriental asiático y en el funcionamiento de un régimen de castas. En definitiva, se trata básicamente de buscar una fórmula de organización y autoridad que sea inteligible para un numeroso ejército, formado en su mayor parte por campesinos iletrados y que al propio tiempo mantenga una autoridad imperial absoluta. De este modo, el emperador pasa a ser un *Dominus* casi divino –conviene recordar aquí que, después de las tentativas de Diocleciano, Constantino buscará su apoyo ideológico en el núcleo cristiano–, frente al cual los ciudadanos no son más que simples siervos.

Paralelamente, la omnipotencia estatal tratará de afirmarse a través del reparto organizado del poder o a base del Imperio colegiado (tetrarquía de Diocleciano, futuros dualismos subsiguientes a Constantino), de manera que tales sistemas sirvan para afirmar más directamente sobre unos objetivos concretos la fuerte autoridad mantenida por el ejército y la burocracia. Con ello, Roma dejará de ser la *Urbs*, el eje del Imperio. Otras ciudades, como Nicomedia, Sirmium, Milán, Tréveris y, fundamentalmente, Bizancio o Constantinopla –la nueva Roma de Oriente–, ocuparán lugares de capitalidad que hasta entonces había monopolizado exclusivamente la ciudad del Tíber. Es decir, el Imperio, el *Orbs*, pesa más que su fundador, Roma, la *Urbs* por antonomasia.

La anulación de Roma se ratificará con la actitud de Constantino, al seguir a Diocleciano en su política de centrar la importancia básica del Imperio en sus provincias orientales, concretamente en torno a Constantinopla, la antigua Bizancio, la nueva capital, en la que acabará de completarse la centralización y jerarquización despótica mantenida sobre fórmulas míticas de tipo religioso, las cuales de la perspectiva gentil pasaban –con el advenimiento de la era constantiniana– a encontrar un apoyo decisivo en los mecanismos de un cristianismo oficial, convirtiendo a la Iglesia en una columna capital que sostendrá el edificio del Imperio durante mucho tiempo.





En el seno de estas nuevas formas de organización y justificación, el sistema de castas tendrá importancia capital cuando se hundan las estructuras tradicionales del Imperio y se condicione la nueva evolución social. Todo el mundo debía permanecer en sus puestos y las condiciones y oficios se transmitirían por herencia, a fin de evitar vacíos peligrosos. No obstante, fue insuficiente para acabar de frenar, de manera especial en Occidente, un declive que debía conducir primero a una "germanización" de diversos sectores del Imperio, después a invasiones y a ocupaciones concretas de determinados territorios y finalmente, en el año 476, a la deposición, efectuada por un dirigente bárbaro, del último emperador romano de Occidente.

BIBLIOGRAFÍA

Bloch, L.	*Instituciones romanas,* Barcelona, 1942.
Brion, M.	*De César à Charlemagne. Des origines à l'an 1000,* París, 1949.
Declareuil, J.	*Roma y la organización del derecho,* México, 1958.
Demougeot, E.	*La formation de l'Europe et les invasions barbares* (vol. I), París, 1969.
Folz, R.	*L'idée d'empire en Occident du* V*e* *au* XIV*e* *siècle,* París, 1953.
Friedlander, L.	*La sociedad romana,* México, 1947.
Homo, L.	*Nueva historia de Roma,* Barcelona, 1955. *La Roma imperial y el urbanismo en la antigüedad,* México, 1956. *Las instituciones políticas romanas; de la ciudad al Estado,* México, 1958. *La Italia primitiva y los comienzos del imperialismo romano,* México, 1960.
Latouche, R.	*Les grandes invasions et la crise de l'Occident du* V*e* *siècle,* París, 1946. *Les origines de l'économie occidentale,* París, 1956.
Lot, F.	*La fin du monde antique et le début du Moyen Âge,* París, 1951 (edic. castellana, México, 1956).
Petit, P.	*La paz romana,* Barcelona, 1969.
Rémondon, R.	*La crisis del Imperio romano,* Barcelona, 1967.
Rostovtzeff, M.	*Historia social y económica del Imperio romano* (2 vols.), Madrid, 1937.
Toutain, J.	*La economía antigua,* México, 1959.



Fragmento de un mosaico romano del siglo II *que representa a un amorcillo cogiendo uvas.*



En Tréveris, ciudad fundada por Augusto como capital de las tierras limítrofes del Rin, quedan muestras de su pasado romano y de su condición de residencia de varios emperadores. Aparte de la Porta Nigra, las termas romanas, de las que la foto muestra las ruinas, testimonian que era una gran capital.

La periferia del mundo antiguo

Mientras en las tierras que baña el Mediterráneo se verificaban los experimentos capitales de la *polis* griega democrática y el Imperio romano con sus provincias, en los extremos del ecumeno otras razas se lanzaban también a la gran aventura de una vida civil mantenida por una autoridad sujeta a leyes y basada en principios de distinta moralidad.

Por el Norte no se avanzó mucho más en los conocimientos que del Báltico y las tierras septentrionales de Europa tenían los antiguos griegos. Es sabido que las armadas romanas remontaron los ríos de Germania y que un gran comercio se desarrollaba desde las ciudades de la frontera del Rin con las tribus de la Europa central. Pero el gobierno imperial recordaba los descalabros sufridos al extender sus conquistas por aquel lado: Augusto, al morir, había encargado que no se avanzara más, y sólo por necesidad Trajano y Marco Aurelio guerrearon y pactaron con "naciones" de más allá del Rin y del Danubio. La Gran Bretaña continuó dividida por la muralla en pictos al Norte y bretones al Sur. Los pictos no fueron civili-

Este detalle de sarcófago de la época de Marco Aurelio representa la lucha de los romanos contra los bárbaros (Museo de las Termas, Roma). El límite del Imperio, que durante mucho tiempo fue el curso del Rin, fue atravesado por Trajano y Marco Aurelio en incursiones esporádicas. Pero en el siglo V, algunas tribus de francos se establecieron definitivamente en la margen izquierda del río.



zados, mientras los bretones se constituyeron en pequeños estados independientes, con reyezuelos que acuñaron moneda y aceptaron la tutela romana. Constancio, colega de Diocleciano, estaba establecido en Tréveris, pero hacía viajes de inspección a la isla del otro lado del canal. Por el lado de Germania, los "bárbaros" que rebasaron las fronteras del Oeste en el siglo IV eran los mismos que describe Tácito, y los mismos que hemos descrito ya en un capítulo anterior. Germania era aún para los romanos ejemplo de pueblo no contaminado por la civilización.

De las islas del Atlántico, los antiguos conocieron seguramente las Canarias y acaso también Madera. Plutarco dice que Sertorio quiso retirarse a las islas Afortunadas (las Canarias) cuando los asuntos de su partido en España comenzaron a ir de mal en peor. Pero no siendo aquellos parajes de expansión colonial ni de comercio, tan sólo por su situación geográfica pudieron excitar la curiosidad siempre desvelada de los poetas y de las gentes de mar.

Durante el Imperio, el norte de África continuó como estaba en tiempos de los cartagineses y como ha continuado hasta hace poco, a excepción del elemento árabe.

LA RUTA DE LA SEDA

Las expediciones de Alejandro Magno primero, y la influencia del mundo romano después, habían ido acercando gradualmente el continente europeo al asiático, pero estos contactos siempre se detuvieron en el Asia central, quedando como algo desconocido el Lejano Oriente. Es cierto que se enviaron algunas embajadas entre ambos mundos, como la efectuada a China en tiempos del emperador Marco Aurelio, pero este hecho se producía en los momentos en que la crisis del Imperio romano comenzaba a manifestar sus primeros síntomas y, por tanto, estas breves relaciones no lograrían un mayor desarrollo. Sin embargo, a pesar de que no existieron relaciones diplomáticas entre ambos mundos, se logró cierto conocimiento a través de intermediarios durante todo el mundo antiguo.

La principal vía de estas relaciones fue la ruta de las caravanas, y los embajadores de Occidente en Oriente eran los productos aportados por los comerciantes de las diversas nacionalidades.

Para evitar la competencia es indudable que estos comerciantes guardarían celosamente los caminos e itinerarios seguidos, así como los lugares donde obtenían sus productos, lo cual iba a contribuir a crear un clima peligroso, al mismo tiempo que sus empresas revestían cierto exotismo. Las costas del Mediterráneo oriental eran el jalón final de estos largos peregrinajes por el continente asiático y desde allí los productos eran transportados a diversos puntos del continente europeo.

¿Qué productos eran los que exigían estas arduas operaciones? ¿Cuáles los principales caminos emprendidos? ¿De qué nacionalidades era el personal dedicado a estos servicios?

En general, la mayoría de los artículos importados eran objetos de lujo, que encontraban un vasto mercado en las capas elevadas de la población grecorromana. Destacaba la seda, que llegaba desde la lejana China, en su mayor parte en bruto, siendo teñida y elaborada en las ciudades término de las rutas caravaneras. Tiro y Antioquía eran los principales centros manufactureros, donde las madejas y husos eran transformados en tejidos, al mismo tiempo que se teñían merced a una serie de operaciones a base de colorantes diversos, de los que la púrpura era el principal.

Además de la seda, otros productos, exóticos en su mayoría, encontraban también compradores en las gentes distinguidas del mundo romano. Entre ellos destacaban la pimienta, la canela, los perfumes y las perlas, que procedían de diferentes zonas del Extremo Oriente.

Es difícil averiguar la nacionalidad de los mercaderes, ya que en estos pingües negocios participaban hombres de numerosos pueblos. El mayor contingente estaba formado por fenicios, sirios, griegos, romanos y árabes, sin que se pueda establecer la primacía de ninguno de ellos.

Algunos reinos, como el de los partos, se convirtieron en monopolistas de gran cantidad de estos productos, ya que tenían que atravesar sus territorios. Además de la Partia, cobró gran importancia el reino de Palmira, situado en Siria, que se convirtió en un estado-tampón entre Roma y los partos hasta su definitiva conquista por Roma en el siglo III. Merced a esta situación, el reino de Palmira alcanzó una relevante posición en su papel de intermediario entre romanos y partos, por ser lugar de paso de las caravanas.

El origen de las caravanas eran las ciudades costeras del Cercano Oriente, sobre todo Tiro y Antioquía, desde donde pasaban a Palmira, para a continuación recorrer el territorio de los partos.

Al entrar en el reino parto, las caravanas vadeaban el Éufrates y llegaban a Ctesifonte y Seleucia, ciudades situadas a una y otra orilla del Tigris. Desde allí, remontando el curso del Diala, penetraban en Persia por Kasrcharin, descendiendo luego hacia Ecbatana. Por el sur del mar Caspio entraban en el desierto de Karakorum y atravesaban el desierto de Pamir por dos rutas que confluían en Kashgar. Un poco más al Sur, en el lugar llamado Torre de Piedra, se efectuaba un activo intercambio, pues era el centro de confluencia de los mercaderes procedentes de tres zonas distintas: Europa, India y China. A partir de este punto, la ruta ya no encontraba obstáculos naturales y, tras bordear el desierto de Gobi por dos caminos, recorría zonas escalonadas por lagos, oasis y manantiales, y pasaba al sur de la Gran Muralla, haciendo su entrada en pleno corazón del Imperio chino.

Ésta era la ruta básica de los mercaderes, pero también existían otras rutas terrestres, como una situada más al Norte, seguida por los colonos griegos del mar Negro, de la que Heródoto da testimonio, pero cuyo itinerario es más difícil de reconstruir.

Por último, estaban las rutas marítimas, más esporádicas y menos empleadas, ya que la navegación no había alcanzado un alto grado de desarrollo y necesitaba seguir la costa, estando expuesta a todos los peligros de la piratería, bastante intensa en aquellas zonas. Estas rutas solían arrancar del mar Rojo y desde allí llegaban a diferentes puntos del océano Índico, para luego emprender el viaje de retorno.

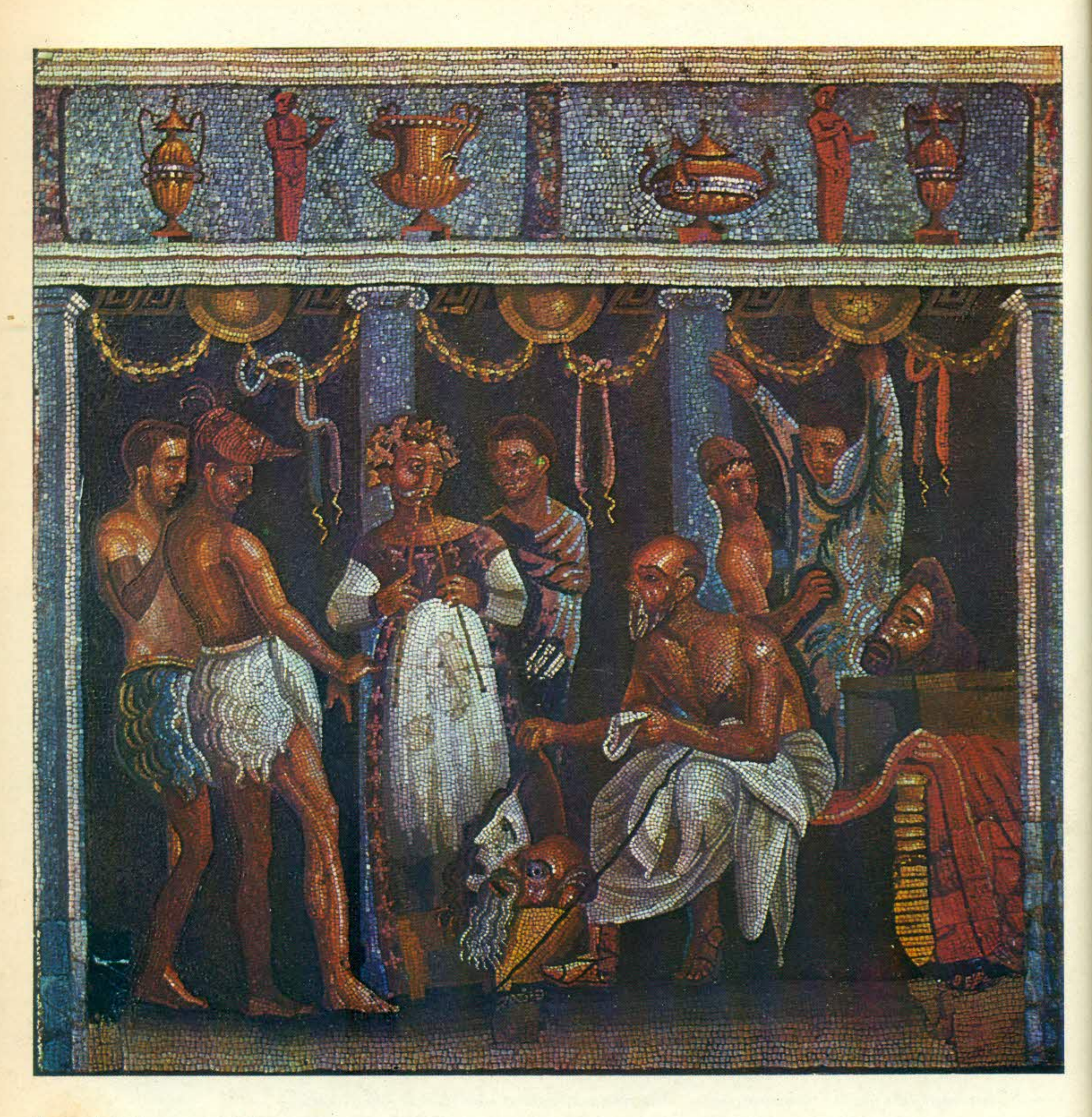
La ruta terrestre alcanzó su máximo apogeo a fines del siglo I, coincidiendo con la consolidación de cuatro importantes imperios que imponían una mayor garantía a estos movimientos. Nos referimos a Roma, la China de la dinastía Han, el reino parto y el de los grandes cuchanos, situado este último en el Afganistán y al norte de la India.

Finalmente, con el desmembramiento del Imperio mogol en el siglo XI, estas rutas terrestres desaparecieron por completo y fueron sustituidas por la navegación. Esta mayor apertura de las rutas marítimas coincidió con la revolución producida por el Renacimiento.

A. M. P.

Los aliados beréberes de los romanos demostraron una comprensión de la mentalidad clásica superior a la de los pueblos germánicos. Cicerón, en el *Sueño de Escipión,* presenta a Masinisa como un jefe digno de alternar con los mejores romanos. No hay recuerdo de que ningún explorador clásico atravesara el Sáhara. La vida de frontera, por el Sur, estaría llena de zozobras, amenazados siempre los colonos y los destacamentos militares por las incursiones de los *tuareg.* Pero cerca de la costa la seguridad era completa. Es interesante conocer cómo los romanos supieron entenderse con las poblaciones indígenas del África del Norte, que son una raza dura y difícil. No sólo respetaron sus costumbres (y aun sus malas costumbres), sino que pusieron empeño en mantener el feudalismo de los jefes de cabila, que dejaban en paz al colono romano con tal que pudiesen oprimir a los suyos. La prosperidad del África del Norte durante la época romana se refleja en las ruinas de ciudades y haciendas que cubren aún el país.

En Egipto los romanos heredaron las dificultades que los faraones habían experimentado ya en Nubia. Como los ingleses, durante el tiempo de su ocupación del valle



Escena de teatro representada en un bello mosaico romano (Museo Nacional, Nápoles). El gusto por las representaciones satíricas y dramáticas, heredado de Grecia, se conservó en Roma durante toda la época del Imperio, pero la producción literaria del género decayó a la par de otras manifestaciones artísticas.

del Nilo tuvieron que remontar el río para no verse hostigados por las gentes del Sur. Para castigar a una reina tuerta llamada Candace, el año 26 a. de J. C. ordenó Augusto una expedición, dirigida por Cayo Petronio, y fuerte de diez mil infantes y ochocientos jinetes. Este ejército subió hasta Meroe, el lugar más avanzado hacia el Sur adonde llegaron los romanos. Allí estaba la capital de Nubia; una dinastía de príncipes negros continuaba las antiguas tradiciones egipcias, arraigadas en el país. Sus pirámides todavía se levantan sobre la llanura arenosa; las momias estaban enterradas con joyas de estilo egipcio. Pero aunque Petronio estableció una guarnición cerca de Meroe, y los ingleses han hallado allí el busto de Augusto que está en el Museo Británico, la influencia de Roma en Nubia y Sudán debió de ser insignificante. Ya el mismo Augusto hizo retroceder la frontera hasta la primera catarata. El comercio debía hacerse a lo largo del

Nilo, ello era inevitable, pero por medio de caravanas, sin establecimientos fijos ni mutua compenetración de gentes.

Otro esfuerzo interesante, llevado a cabo el mismo año de la expedición de Petronio a Nubia, fue la tentativa de conquista de Arabia, confiada al prefecto de Egipto llamado Elio Galo. El ejército, también de diez mil hombres, se embarcó en el istmo para cruzar el mar Rojo. En las costas de Arabia les esperaban los aliados de Siria, que prometían llevarles a la capital de la misteriosa Arabia Feliz. Como siempre, los aliados orientales abusaron de la inexperiencia del jefe romano; el ejército llegó tan cansado y desmoralizado delante de Mariba, residencia de un caudillo árabe, que al cabo de seis días Elio Galo creyó prudente retirarse sin combatir. El resultado fue negativo; sin embargo, Augusto lo menciona en su testamento, donde recuerda todo lo importante de su gobierno. ¿Por qué? En primer lugar, porque la expedición de Galo había desvanecido algo el mito de una Arabia fantástica, país del oro, de las especias y de los perfumes. Recordemos que el gran Alejandro murió soñando en Arabia, y un ejército, que se había preparado en Babilonia, le esperaba para seguirle en esta nueva conquista.

Pero, sobre todo, la expedición de Elio Galo consolidó el prestigio de Roma en Arabia, haciendo entender a los naturales del país que lo que no había ocurrido entonces, podía ocurrir mañana. Así se les toleró a los romanos que sus naves pudieran visitar los puertos del sur del Yemen, que les eran indispensables para el comercio con la India, adonde iban cada año convoyes de buques, como veremos más adelante.

La frontera oriental del Imperio romano sólo en contadas ocasiones rebasó la línea del Éufrates; más allá habitaban los partos, de que hablan en términos respetuosos los escritores latinos. En realidad, los partos

Ruinas romanas de Volúbilis, antigua capital de Mauritania de la que a principios del siglo XX se descubrieron imponentes ruinas. El enraizamiento en el norte de África de la civilización imperial es una muestra de la capacidad de adaptación de los romanos.





En el norte de la Libia actual existió una provincia romana, llamada Cirenaica o Pentápolis, cuya capital era Cirene, ciudad de la que la ilustración muestra las ruinas de su teatro.

habían sustituido a los persas en la política del Asia, pero por su tipo y costumbres eran mucho más primitivos que los antiguos persas; serían de raza turania, y pueden compararse, por su carácter y por el papel que desempeñaron en la Historia, con los modernos turcos, de los que parecen un anticipo.

Partia es una región de valles y montañas poco altas, al norte de Persia. Allí vivían infinidad de tribus en un régimen patriarcal, aunque siempre dispuestas a guerrear unas con otras. Los persas y Alejandro lograron sujetarlas y no se rebelaron hasta el año 250 antes de J. C., cuando el llamado Arsaces, caudillo de los partos, se declaró independiente de Antíoco II; éste era nieto del diadoco Seleuco, un monarca fatuo a quien llamaron *Teos,* o el dios. Como es natural, ni Antíoco ni sus sucesores podían tolerar este nuevo desmembramiento; la India ya se había perdido y la Bactriana amenazaba también con separarse. Pero las campañas



El teatro romano de Biblos, Líbano, la antigua ciudad fenicia con ruinas multiseculares.

de los sucesores de Alejandro en el Asia tenían que resultar desastrosas, pues cuando más ocupados estaban en una expedición oriental, alguno de los Tolomeos los atacaba por la espalda.

En lugar, pues, de ser reducidos a la obediencia por los dinastas de Antioquía, los partos avanzaron hasta el Éufrates, logrando establecer su dominación sobre todas las antiguas satrapías situadas al otro lado del río.

Desde estas posiciones, los partos entraron en contacto con los romanos; durante el período de la revolución, Roma empezó a mostrar zozobra cuando oía pronunciar el nombre de los partos. Había que reducirlos a la obediencia. Una tras otra, las tierras del Asia Menor y de Siria habían pasado a ser provincias o protectorados romanos. La conquista de cada una de ellas fue una contribución necesaria para el triunfo de los grandes ambiciosos: Sila, Lúculo,

ASIA EN LA EPOCA DEL IMPERIO ROMANO
(130 a. de J. C. - 220 d. de J. C.)

130 Los Yue-Che, que los hunos rechazan del Turkestán, ocupan la Bactriana, desplazando, a su vez, hacia el Oeste y hacia el Sur a los tocarios y saces, pueblos indoeuropeos.

127 Fraates II, rey de los partos, en su lucha contra los seléucidas, llama a los Yue-Che, que se vuelven contra él y lo destruyen.

124 El emperador chino Wu-ti rechaza a los Hiong-nu (hunos) hacia el Asia central.

123-88 Mitrídates II el Grande: apogeo del reino parto: relaciones con China.

115 El general Chang K'ien intenta concluir una alianza en el Asia central contra los Hiong-nu.

110 Expansión china hasta la frontera de Annam (Indochina) por el Sur.

108 El reino coreano de Chao-Sien, provincia china. Apogeo de los Han.

105-79 Alejandro, rey de Judá: el helenismo es favorecido en Palestina.

102 Guerra de Roma contra los piratas del Mediterráneo.

100 Decadencia de las dinastías Maurya y Sunga en la India; apogeo de los Satavahana de Maharashtra oriental: relaciones con el mundo mediterráneo y con Indochina y el archipiélago malayo.

90-80 Los saces ocupan Gandhara y fundan una dinastía vasalla de los partos.

88-84 Primera guerra entre Roma y Mitrídates del Ponto.

86 Crisis dinástica en China.

83-82 Segunda guerra de Mitrídates.

83-69 Expansión armenia bajo Tigranes I: dominio de Siria.

74-64 Tercera guerra de Mitrídates en Anatolia.

73-48 Han Siuan-ti, emperador de China, vence a los Hiong-nu: expansión china hacia Occidente.

69 Campaña de Lúculo contra Tigranes de Armenia.

66 Pompeyo en Oriente.

65 Pompeyo en el Cáucaso y el Caspio.

64 Fin del reino seléucida: Pompeyo en Antioquía. Reorganización del Asia romana.

63 Caída de los Macabeos en Palestina.

58 Batalla de Avanti en la India central. Los saces deben retroceder, pero avanzan hacia el Oeste, rechazando a los reyes griegos de la India y del Irán oriental.

58-55 Mitrídates III, rey de los partos.

55-37 Orodes I sucede a Mitrídates III.

53 Campaña de Craso contra los partos: derrota de Carrhae.

51 Los Hiong-nu, vasallos de China.

49-43 Intervención china en los asuntos internos de los Hiong-nu.

48 Muerte de Pompeyo en Egipto.

47 Guerra de César contra Farnaces del Ponto: batalla de Zela.

40 Herodes, hijo de Antípatro, gobernador de Idumea, consigue que el Senado romano le dé el título de rey de los judíos.

38 C. Norbano Flaco vence a los partos.

37 Herodes entra en Jerusalén con tropas romanas y extermina la descendencia de los príncipes asmoneos.

36 Guerra de Marco Antonio contra los partos. Cleopatra obtiene de Antonio territorios en Siria y Asia Menor.

34 Antonio hace prisionero al rey armenio y ocupa sus estados.

33 Marco Antonio busca la alianza de los príncipes indoescitas para atacar a los partos.

32 Debilitamiento de la dinastía Han.

30 Egipto, provincia romana.

25 Galacia, provincia romana.

22-19 Augusto reorganiza Asia: entronización de Tigranes II en Armenia para sustraer este país a la influencia de los partos.

20 Fraates IV es obligado a devolver las insignias romanas tomadas a Craso y Antonio.

9 Regencia de Wang-mang en China.

7 ó 6 Nacimiento de Jesús (erróneamente situado seis años más tarde).

4 Muerte de Herodes.

1 Cayo César, nieto de Augusto, en Oriente: entroniza a Ariobarzanes II en Armenia. Reacción belicosa de los partos.

6 Arquelao, hijo de Herodes, depuesto por Augusto.

9-22 Usurpación de Wang-mang en China.

10 Los Hiong-nu conquistan Turfán a los chinos.

17-19 Germánico, gobernador general en Oriente.

18 Capadocia, provincia romana. Revuelta popular en China.

19 Muerte de Germánico en Antioquía.

25 Restauración Han en China: los príncipes, aunque aliados entre sí para la lucha contra la revolucion, combaten por el poder.

26 Primeras predicaciones de San Juan Bautista.

26-36 Epoca de revueltas en Palestina contra las exacciones de Poncio Pilato.

30 Muerte de Jesús.

37-44 Reinado de Agripa I en Judea.

44 Tracia y Palestina, nuevas provincias romanas.

50 Concilio cristiano de Jerusalén.

50-65 Los Yue-che (kushana) conquistan el norte de la India.

58-76 Ming-ti: recuperación de las posiciones chinas en Turkestán.

58-63 Cneo Domicio Córbulo en Armenia: victoria sobre Tirídates.

59 Tigranes, nuevo rey de Armenia impuesto por Roma.

61 Los partos intentan que Roma reconozca a Tirídates como rey; Tigranes debe abandonar Armenia.

63 Soberanía romana en Armenia.

66 Tirídates presta juramento de vasallo en Roma.

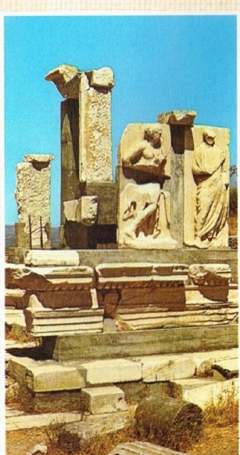
66-70 Revuelta judía en Palestina.

69 Fracaso romano en Armenia frente a los partos.

70 Destrucción de Jerusalén.

72-73 La resistencia judía en Massada.

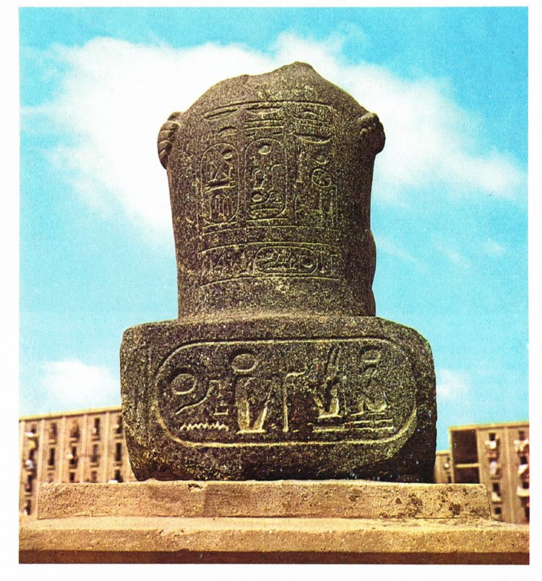
76-88 Chang-ti, emperador.



78-123 Kanishka, rey de los kushana.
106 El reino nabateo de Petra se convierte en la provincia romana de Arabia.
110 Intervención del rey Cosroes en Armenia.
114 Guerra de Trajano contra Cosroes.
115 Los romanos ocupan Ctesifonte. Asiria y Mesopotamia, provincias romanas. Revueltas judías en Egipto, Chipre y Mesopotamia.
117 Trajano se retira hacia Siria y muere en Selinunte (Cilicia). Adriano, nuevo emperador, renuncia a las provincias de Asiria y Mesopotamia; Armenia queda como estado-cliente de Roma bajo un rey parto. Durísima represión de la revuelta judía.
123 Acuerdo de Melitene entre Adriano y Cosroes, que impide una nueva guerra.
132 Rebelión de los judíos de Palestina, bajo Simón, contra Adriano. Simón, rey de los judíos.
134 El gobernador de Nicomedia defiende el Asia Menor contra una invasión de los alanos.
135 Reconquista de Jerusalén por los romanos: Elia Capitolina.
139 Simón obtiene del Senado romano el reconocimiento de una Judea independiente.
147 Vologeses III sucede a Mitrídates IV en Partia.
150 (?) Los hunos abandonan China, rumbo a Occidente.
162 Vologeses III invade Armenia y vence a los ejércitos romanos de Capadocia y Siria.
163 Lucio Vero en Oriente: reconquista de Armenia.
164 Avidio Casio conquista Mesopotamia. Destrucción de Ctesifonte. Los partos firman la paz: nueva provincia romana en Mesopotamia.
165 Revuelta antirromana en Seleucia. Peste en Seleucia: el ejército la transmitirá a Occidente, inaugurando una larga época de pestes en Europa occidental.
169 Embajada romana en China.
175 Revuelta de Avidio Casio en Siria.
194 Toma de Nisibis por Severo: la Osroene, provincia romana.
196 Severo conquista el principado de Adiabene en Mesopotamia.
197 Severo toma Babilonia, Seleucia y Ctesifonte.
198 Severo en Arabia: la fortaleza de Hatra resiste al ejército romano.
199 Tratado de paz con los partos: Mesopotamia vuelve a ser provincia romana.
216 El rey de los partos rehúsa casar a su hermana con Caracalla. Expedición militar romana.
217 El prefecto Macrino asesina a Caracalla en Carrhae. Macrino, nuevo emperador. Los partos vencen a Macrino en Nisibis; la paz es comprada con oro. Fin del predominio romano en Mesopotamia.
220 El sasánida Ardeshir se subleva contra el rey parto Artabán V: renacimiento persa. Crisis del Asia romana. Fin de la dinastía Han: el imperio chino queda escindido en tres estados.

Pompeyo y César. Ya no quedaba más que Partia por conquistar. Los partos entonces ocupaban Babilonia, Ecbatana, Persépolis, Susa. A intentar esta descomunal aventura se lanzó el triunviro Craso, hombre ya de sesenta años, que en toda su vida no había hecho más que enriquecerse prestando dinero y haciendo política de intrigas en la capital. Lo más extraño es que Craso consiguiera el asentimiento de César y Pompeyo. Ambos conocían el Asia, ambos eran inteligentes, y parece imposible que esperaran un desastre en el Éufrates para desembarazarse de su compañero de triunvirato.

El episodio es tan extraordinario, que creemos vale la pena contar aquí algunos detalles de la catástrofe. Por ellos se ve a plena luz el carácter de los partos y de los romanos. Al enterarse de la expedición, el rey de los partos mandó una embajada a Craso,



Un torso de guerrero romano, con inscripciones egipcias, hallado en Alejandría de Egipto junto a la columna de Pompeyo. Las conquistas romanas en Egipto no cambiaron mucho las fronteras del Imperio. Aunque se llegó hasta cerca de Meroe, no hubo nunca establecimientos firmes ni compenetración con la población indígena.



Ruinas del templo romano que Trajano mandó levantar en la ciudad de Pérgamo, en la moderna Turquía. El reino de Pérgamo, que en 133 a. de Jesucristo pasó como legado a los romanos por voluntad de su último rey, Atalo III, siguió dependiendo del Imperio hasta el siglo XI. Con la formación del Imperio de Oriente, su rango ciudadano aumentó debido a la proximidad de la capital del Imperio.

ofreciendo llegar a un acuerdo en lo que podía ser motivo de discordia. Los embajadores, caballerosamente, hicieron alusión a la avanzada edad del triunviro, y éste contestó que daría la respuesta personalmente al rey parto en su propia capital, Seleucia del Éufrates. El embajador, sonriendo con escepticismo, dijo a Craso que antes de que consiguiera llegar a Seleucia, le saldrían cabellos en la palma de la mano.

Craso cruzó el Éufrates con un ejército de cuarenta y cinco mil hombres y como un loco se lanzó a atravesar el desierto. Allí le esperaba el gran visir del rey parto, un joven de agigantada estatura y gran bizarría. Todas las fuerzas de su mando eran de caballería; la mitad escuadrones ligeros, los caballos con una simple brida y los jinetes armados sólo de flechas y arco. El resto lo formaban grandes caballos recubiertos, igual que los jinetes, de armadura. Hombre y corcel parecían inseparables; avanzando

lentamente con sus largas picas, hacían el efecto de una muralla de hierro impenetrable que se venía encima.

Al cuarto día de marcha por el desierto, los romanos se encontraron con los primeros jinetes partos. Era la caballería ligera, que avanzaba y retrocedía disparando flechas. Craso ordenó a su hijo Publio la persecución con caballería romana y, sobre todo, con un destacamento de mil jinetes galos que Julio César le había prestado generosamente. Sin embargo, pronto la caballería romana se vio rodeada por un círculo de jinetes, armados de pies a cabeza, que empuñaban sus picas, mientras los arqueros continuaban disparando sus mortíferas flechas por encima de esta muralla viva, cubierta de hierro. De los seil mil romanos de a caballo solamente quinientos fueron hechos prisioneros; todos los demás perecieron, incluso el joven comandante, hijo del triunviro.

La cabeza de Publio fue expuesta, clavada en una pica, al grueso del ejército romano, y gritaron desde lejos a Craso que le concedían una tregua de toda la noche para que pudiera llorar la muerte de su primogénito. Los romanos aprovecharon este respiro para retirarse a una fortaleza vecina; de no estar completamente desmoralizados, allí hubieran podido resistir, pues los partos no eran capaces de mantener un sitio continuado; pero nadie pensaba más que en escapar, y Craso se encontró solo con algunos

DESCUBRIMIENTOS GEOGRAFICOS DE LA ANTIGÜEDAD

Antes del siglo VI a. de J. C. se tenía del mundo una concepción bastante deformada, como lo muestran las descripciones vagas y someras contenidas en algunos papiros egipcios o en las tablillas mesopotámicas. Las descripciones homéricas son igualmente confusas; las contradicciones son frecuentes en el viaje de Telémaco a Esparta o en las aventuras de Ulises. Unos siglos más tarde surgieron los primeros tratados de geografía. La zona de procedencia de los primeros "geógrafos" fue la Jonia, lugar en el que se daban importantes descubrimientos en muchas ramas de la ciencia y donde se estaba desarrollando una gran actividad mercantil. En una de sus ciudades, Mileto, publicó Hecateo, a fines del siglo VI a. de Jesucristo, sus *Períodos* o *Viaje alrededor del mundo,* del que sólo se conservan fragmentos en los que se describen ciudades, pueblos y lugares por él conocidos. La narración está ilustrada con un mapa del mundo en el que es patente un conocimiento bastante avanzado del Mediterráneo, aunque los datos de otras zonas son más escasos.

En el período posterior, las actividades mercantiles van en aumento, por lo que nuevas potencias empiezan a interesarse en ampliar el campo de sus conocimientos geográficos para aumentar el número de sus consumidores. En este período, además de Roma, Cartago y los restantes países del Mediterráneo oriental empiezan a ser grandes potencias. Sus intereses hicieron que la esfera de los conocimientos lograra un gran avance.

De las múltiples aventuras fuera del corazón mediterráneo, quizá la más conocida sea la de Hannón, navegante cartaginés de mediados del siglo V a. de J. C. que, tras un viaje por las costas del nordeste africano, dejó una memoria en el llamado *Periplo de Hannón.* Otras expediciones famosas fueron la de Eudoxio, que fracasó en su intento de bordear el continente africano; la de Piteas de Marsella, que recorrió el mar del Norte en busca de estaño y ámbar; la de Scílax de Caria, que descendió el curso del Indo. etc.

Las expediciones de Alejandro Magno habían abierto nuevas rutas y se conocían nuevos pueblos hasta entonces desconocidos para el mundo europeo, a la par que suministraban considerables datos que serían aprovechados por los científicos posteriores. Se llegó así a la primera medida de la Tierra, que realizó Eratóstenes de Cirene. Según este científico, la circunferencia terrestre medía 39.740 km. Sólo se equivocó en 400 km, error que no se corrigió hasta el siglo XVIII.

A mediados del siglo II a. de J. C., las monarquías helenísticas empezaron a ser asimiladas por el estado romano, siendo éste, por tanto, el centro de todos los nuevos descubrimientos. Cuando Roma hizo su aparición en el mundo antiguo en calidad de gran potencia, en el mundo helenístico se estaba produciendo el colapso de la ciencia, engendrado por las contradicciones surgidas a partir del siglo IV antes de Jesucristo.

La decadencia de la ciencia en época romana se suele atribuir al "espíritu práctico" de los romanos. Esta causa es poco profunda y habrían de buscarse raíces más hondas, relacionadas con la misma estructura del estado romano, como causas reales que harían detener el avance de la ciencia. A pesar de ello, continuaron progresando algunos aspectos de la ciencia, debido al mismo interés del estado romano por conocer sus fronteras y los pueblos limítrofes con ellas. Tal fue el avance de la geografía.

La investigación científica geográfica siguió en las direcciones señaladas. En el reinado de Augusto destacó la colosal obra de Estrabón, que escribió una geografía en diecisiete tomos, con una considerable aportación de datos. La obra, a pesar de su indudable valor, tenía algunos notables defectos, como el empleo de fuentes anticuadas o la tesis de que el mar Caspio fuera un golfo oceánico. En la misma línea de Estrabón, pero en un plano menos monumental, están las obras de Mela y Plinio, siendo de gran utilidad la descripción de animales y plantas hecha por este último. En otra línea figuran las descripciones de viajes o periplos. Entre éstos, ya mencionamos el *Periplo de Hannón.* Del siglo VI se suele datar el *Periplo masaliota,* pero se duda que fuera un habitante de Massalia su autor y hasta de la misma existencia del periplo en esa fecha. Mayor fue la aportación del *Periplo del mar Eritreo,* que proporcionó datos sobre la navegación por el océano Índico y a través del mar de la India. También fueron importantes los itinerarios terrestres. De la época de Augusto tenemos las *Estaciones de Partia,* redactado por Isidoro de Carax, en el que se describía el reino parto. Más tardío es el *Itinerario Antonino,* en el que se enumeran las vías militares de las regiones del Imperio.

Por último, la mayor aportación científica a la geografía fue la emprendida por la escuela de Alejandría en la persona de Tolomeo. En su guía geográfica estaban condensados los conocimientos anteriores, tanto en geografía como en astronomía, acompañados de mapas y listas de ciudades que fueron una notable aportación al posterior desarrollo de la ciencia medieval.

Con ello llegamos al final de un largo recorrido a través de la civilización grecorromana, en la que, a pesar de los indudables avances que hemos referido, la ciencia en general no progresó mucho, limitada como estaba por la misma estructura de la civilización que la había creado.

A. M. P.



lugartenientes y siete mil legionarios. Entonces pensó Craso que había llegado la hora de pactar.

El joven visir parto recibió al triunviro con todos los honores, y parece que se había llegado a un acuerdo cuando el gesto mal interpretado de un caudillo bárbaro produjo una pelea general y en ella murió Craso con todos sus acompañantes. ¡Qué oriental resulta esto de llegar a las manos cuando se está redactando un tratado! Más lo son aún los detalles subsiguientes: el visir parto entró en Seleucia llevando consigo un soldado romano viejo al que se hizo pasar por Craso y se le infligieron vergonzosas humillaciones. La cabeza del verdadero Craso fue enviada al rey de los partos, quien la recibió en las montañas de Armenia cuando estaba escuchando la lectura de una tragedia de Eurípides, precisamente *Las Bacantes*. El joven visir, como premio de su victoria, fue asesinado; su popularidad acrecentada era un peligro para el monarca.

Divinidad de Heliópolis a la que convenían igualmente los nombres de Júpiter, Zeus y Baal (Museo del Louvre, París). En su cuerpo están representados el disco solar y las siete divinidades planetarias como unificación de los cultos de la costa mediterránea, simbolizados en Roma en un verdadero sincretismo. La preponderancia de Baal queda, sin embargo, acentuada con la presencia de los dos toros al pie de la estatua.

En Roma estos detalles produjeron gran horror, porque Craso era una figura popular y representaba casi medio siglo de historia romana. Se pensó en vengar el desastre; César preparó una expedición, que debía atacar a los partos por la frontera de Armenia, donde no hubieran podido manejar su caballería. Pero el dictador fue asesinado la víspera del día en que pensaba marchar para incorporarse al ejército, acuartelado en Grecia. Antonio quiso entonces restablecer su popularidad atacando a los partos, pero lo hizo con poca fortuna. Augusto, con más diplomacia, amenazó en el momento oportuno, consiguiendo que los partos le devolvieran los prisioneros y, sobre todo, las águilas o enseñas de las legiones de Craso. De ello se alabó también en su testamento, y en sus retratos aparece revestido de una

coraza con un relieve que representa a los partos, de hinojos, devolviendo los estandartes. Pero la frontera quedó fijada en el Éufrates; es más, los partos la rebasaron varias veces, entrando hasta Antioquía y Jerusalén violentamente, sin ser castigados.

Sólo Trajano consiguió llegar hasta el Tigris, arrasó Seleucia, entró en Babilonia y bajó por el río hasta llegar al mar. Allí vio las naves que venían de la India. ¡Qué tentación, otro mundo! Pero el gran español desanduvo su camino y dio al problema de Mesopotamia –mejor dicho, de Partia– la misma solución que modernamente le dieron los ingleses hasta 1958. *Rex Parthis datus,* dicen las monedas de Trajano acuñadas por aquella época. Se trató, pues, de dar un rey a los partos que fuese dependiente de Roma, y para esto se escogió un príncipe descontento que se hizo la ilusión de dominar toda la Partia con ayuda de las legiones.

Pero así que llegaron las noticias de la muerte de Trajano, Osroes, el rey legítimo de los partos, se instaló otra vez en la Mesopotamia, en su capital Ctesifonte. Adriano no quiso intervenir de nuevo. Aceptó el hecho consumado y, para acabar con aquellas disputas, resolvió celebrar una conferencia personal con Osroes. Lástima que no existan más detalles de la entrevista; Adriano y Osroes se encontraron en un lugar de la frontera oriental y el romano prometió devolver al parto una hija suya y el trono de oro que habían caído en poder de Trajano cuando el saqueo de Ctesifonte.

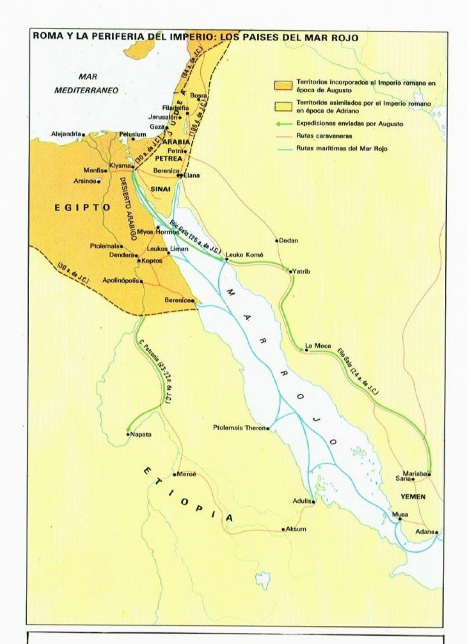
¿Para qué continuar? Partos y romanos permanecieron todavía durante otro siglo recelando unos de otros a través de la frontera. Una línea de castillos partos en el desierto todavía hoy da frente a la línea de ruinas de los campamentos romanos. Otras gentes, en tales condiciones, hubieran llegado a congeniar, y en realidad los partos aprendieron mucho de los griegos, establecidos en sus territorios, y de los romanos, que ejercían su vigilancia en el Oriente. Los castillos partos tienen la planta cuadrada de los campamentos romanos, con puertas y torres, sólo que el pretorio central se ha convertido en un palacio. La decoración se muestra también influida por los estilos clásicos, pero con tal riqueza de detalles que resulta ya completamente oriental. Los jefes partos eran capaces de entender un drama griego, pero se mantuvieron asiáticos en sus costumbres. El vencedor de Craso llevaba en sus campañas un harén que requería para ser transportado no menos de doscientos carros. Por sus medallas y relieves podemos apreciar que el deporte preferido de los partos era la caza. Raramente habitarían en las ciudades: Ctesifonte, su capital de la Mesopotamia, no era más que un lugar de descanso para un séquito de cazadores.



Casco guerrero del período de la Dacia prerromana procedente del tesoro de Sacoçu Mare (Museo Nacional de Arte Antiguo, Bucarest). En sus relaciones con Roma, los dacios llegaron a forzar a los romanos a pagarles un tributo a fines del siglo I. Poco después, una reacción natural, la dura campaña de Trajano de 101 a 107, incorporó este territorio al Imperio.

Ya insinuamos que los partos parecen una avanzada de los modernos turcos; igual que los beyes y bajaes de Anatolia, su mayor placer era tomar parte en feroces cabalgadas. Como no podía menos de suceder con un pueblo tan independiente, el Imperio parto no era más que una federación de caudillos para realizar empresas militares. El rey era elegido entre los miembros de la familia real por un consejo de magnates; una vez elegido, era casi imposible destronarle, pues la autoridad del monarca era absoluta.

Los partos mostraron gran tolerancia por los cultos de los pueblos del Asia Menor y de Siria cuando cayeron bajo su dominio; de



Dueña de Antioquía y de Alejandría, las dos grandes metrópolis del oriente helenístico en la época de Augusto, Roma entró en contacto directo con las rutas marítimas y terrestres del comercio con Oriente. Mientras en la ruta del Norte, por Siria y Mesopotamia, Augusto tropezó con el fuerte estado de los arsácidas y hubo de renunciar a una política de conquista, en el Este tuvo grandes posibilidades de controlar el tráfico del mar Rojo y de las caravanas de Arabia occidental. Dos expediciones emprendidas por Augusto –la de Elio Galo a Arabia y la de Petronio a Etiopía– pusieron de manifiesto las dificultades de un dominio militar directo sobre estos lejanos países. Desde este momento, la política imperial se encaminó a dominar los puntos finales de las rutas: con la conquista de la Arabia Pétrea por Trajano en 106, Roma se hizo dueña de los puertos del golfo de Aqaba, Berenice y Elana, terminales marítimos, y de Petra, punto de llegada de las caravanas árabes.

estos cultos y sus dioses algunos llegaron al Occidente. Incluso se atribuye a los partos un esfuerzo para preservar las escasas reliquias del *Zendavesta* que han subsistido hasta nuestros días. Éstas se conservaban sólo por tradición oral entre los persas, quienes entonces vivían sujetos a los partos. Y como los persas, hacia el año 225 de nuestra era, recobraron sus antiguas energías y desposeyeron y aun subyugaron a los partos, el hecho de preservarnos los mal zurcidos fragmentos de los escritos de Zarathustra es un servicio que nunca podrá agradecérseles bastante. Los árabes no hicieron tanto; al conquistar a Persia, cuatro siglos más tarde, persiguieron hasta extirparla la antigua religión aria que encontraron en el Irán.

Sin embargo, no hay duda que los partos entorpecieron el comercio de las naciones de Occidente con la India y China, que parecían más accesibles después de la expedición de Alejandro. Seleuco, el diadoco sucesor de Alejandro en la mayor parte de los territorios asiáticos, trató de hacer valer sus derechos en las provincias del norte de la India. El año 306 a. de J. C. pasó Seleuco las cordilleras con su ejército, pero fue detenido por un aventurero llamado Chandragupta, que se había enseñoreado de los valles del Indo y del Ganges. Seleuco pactó amis-



Cabeza denominada del "Príncipe bárbaro", del siglo III (Museo del Louvre, París). Para los romanos, la voz "bárbaro" significaba extranjero, con cierto matiz despectivo. Estos vecinos de las tierras del Imperio, siempre en lucha con él, obligaron a los romanos a una continua movilidad militar que, en definitiva, retardó la descomposición interior de la realidad imperial.

tad con Chandragupta y le dio por esposa una hija suya; a cambio, recibió de él un presente de cuatrocientos elefantes. Chandragupta y Seleuco, como después harían sus hijos y nietos, continuaron enviándose embajadores.

Uno de ellos fue el famoso Megástenes, cuyo relato proporcionó fantástica información a los geógrafos griegos y romanos. Hoy se tiende a rehabilitar a Megástenes; algunas de las rarezas que cuenta las copió de escritos de la época de Alejandro y aun anteriores. En cambio, no hay duda que Megástenes permaneció bastante tiempo en la corte de Chandragupta para enterarse de muchos detalles que coinciden con lo que cuentan los textos indos. Lo que más sorprendió a Megástenes fue el encontrarse en la India con caminos reales como los de Persia; pudo contar ocho jornadas, con hospederías en cada una, desde la frontera hasta Pataliputra, que era la capital donde residía Chandragupta. El perímetro de esta ciudad, cerca de la actual Benarés, ha sido excavado ampliamente. Los restos arquitectónicos puestos al descubierto revelan más reminiscencias del arte persa que recuerdos de formas clásicas. No es de extrañar: mucho antes de la expedición de Alejandro, ya Darío había establecido una satrapía en la India, cuya autoridad perduró más que la de los sucesores de Alejandro.

Megástenes revela las costumbres de la corte. Chandragupta vivía en una ciudad murada, con sus fosos, y permanecía retirado en su harén, del que sólo salía para dar audiencias y administrar justicia. Mientras escuchaba los pleitos, un esclavo le hacía masaje, otro le lavaba los pies y un tercero le peinaba el cabello. La noticia más

POLITICA Y ECONOMIA EN LOS LIMITES ORIENTALES DEL IMPERIO ROMANO

"Hacia 200, los arsácidas se apoderaron de Ecbatana. Desde entonces controlaron las vías marítimas y terrestres que unían el Cáucaso con la India, así como la ruta caravanera de Mesopotamia hacia la China. Estas dos grandes vías económicas se encontraban en Hecatompylos. Los arsácidas desplazaron muy pronto a ella su capital, que bajo Mitrídates I (174-136) adquirió un desarrollo considerable. Cuando el hundimiento del poder seléucida bajo Antíoco IV, los arsácidas se apoderaron de la gran metrópoli de Mesopotamia, Seleucia del Tigris, que había sustituido a Babilonia como centro económico del Asia Anterior. Partia se integraba, por el Tigris, desde este momento a la economía helenística y mediterránea, por Hecatompylos a la del Asia Central, por el mar Caspio a la del Cáucaso y de la llanura rusa. Dominaba la economía continental, como Egipto la economía marítima" (Pirenne).

"La corriente principal del comercio indio y centroasiático fluía desde la India, directamente o a través de Arabia, hacia Egipto, y se concentraba en Alejandría. En la época helenística y en la romana fue Petra el centro capital del comercio árabe en el norte de Arabia. Cuando más tarde Siria y Fenicia pasaron a ser seléucidas, se procuró desviar el comercio árabe hacia los puertos de Palestina, Fenicia y Siria y batir así a sus rivales egipcios. Bajo la protección de Pompeyo... las ciudades griegas de la Transjordania alcanzaron un nuevo florecimiento a fines del siglo I. La paz y la seguridad permitieron desviar de Egipto, hacia los puertos de Fenicia y Siria, buena parte del comercio de Petra, aunque sin perjudicar demasiado el de Alejandría" (Rostovtzeff).

"En los últimos tiempos de la época helenística, la hostilidad entre los partos, de un lado, y los seléucidas y luego los romanos, de otro, así como la anarquía reinante en las riberas del Éufrates, hizo que los transportes de mercancías que partían del golfo Pérsico y de Persia tuvieran que renunciar a seguir su antiguo camino y desviarse oblicuamente, a través del desierto, hacia Petra. En el siglo I cambió la situación. La ruta del Éufrates quedó de nuevo abierta. Fue la aldea de Palmira la que primero comprendió las grandes ventajas que ofrecía su situación. Palmira consiguió unificar a las tribus desérticas de los alrededores y crear condiciones que garantizasen la seguridad de las caravanas partidas de Seleucia-Ctesifón, una seguridad que no existía ya más al Norte, en el curso superior del Éufrates" (Rostovtzeff).

"Para adueñarse de las rutas de las caravanas, Trajano se anexionó Edesa, que, con Palmira y Damasco, era entonces uno de los grandes mercados continentales. Para dominar el mar Rojo, incorporó al Imperio el reino de los árabes nabateos. Finalmente, emprendió una gran campaña militar que provocó la conquista de Mesopotamia y Armenia. Las fronteras del Imperio habían sido llevadas hasta el golfo Pérsico por el Sur y hasta el mar Caspio por el Norte. Todas las vías entre el Mediterráneo, el mar Negro y el Cáucaso dependían así de Roma; toda el Asia Anterior se ligaba a la economía mediterránea... La política económica de Trajano en Oriente hubiese necesitado un gran esfuerzo militar" (Pirenne).

"Las ruinas de Petra, en Arabia, muestran que su período de máximo esplendor comenzó después de la anexión de la Arabia pétrea al Imperio romano (106). Sabido es que Trajano construyó una espléndida carretera desde Siria hasta el mar Rojo. El siglo II fue también la era de máxima prosperidad para Palmira, en Siria; y el espléndido desarrollo de la capital de los partos, Ctesifón, junto al Tigris, testimonia lo mismo, en igual sentido... Lo cual no es nada sorprendente, ya que las expediciones victoriosas de Trajano contra los partos y la política pacificadora de Adriano y Antonino aseguraron a Palmira largos años de tranquilo desenvolvimiento... Por su mediación afluía la riqueza a Antioquía y a las ciudades de la costa de Siria, Fenicia, Palestina y Asia Menor" (Rostovtzeff).

"El Imperio parto... había conocido una gran prosperidad, gracias a su posición intermedia entre Roma y la India. Después del fracaso de la política de César y Antonio en Oriente, Augusto había renunciado a incorporar la Mesopotamia al Imperio romano, y durante un siglo se practicó una política de amistad entre Roma y Ctesifonte... Trajano, para restaurar la economía romana, tenía el gran proyecto de llevar las fronteras del Imperio más allá del Tigris hasta el golfo Pérsico. Pero su muerte, en 117, marcó el abandono de su política... La guerra con Roma se reavivó, sin embargo, a causa de Armenia, bajo el reinado de Marco Aurelio... Tanto el Imperio romano como la dinastía de los arsácidas usaron sus mejores fuerzas militares en este duelo, que los dejó frente a frente" (Pirenne).

"En la peligrosa situación del Imperio hallamos la explicación de la política de Adriano, sucesor de Trajano. No es lícito afirmar que Adriano demostró falta de inteligencia y energía al abandonar las conquistas mesopotámicas de su antecesor... Adriano fue, por el contrario, hombre de gran energía y vasta inteligencia, y así lo demuestran sus actos... Si renunció a la política agresiva de Trajano fue porque se dio cuenta de que los medios del Imperio no eran suficientes para sostener una política de nuevas conquistas... En Mesopotamia creó estados amortiguadores que sirvieran de baluartes contra los ataques de los partos, y conservó y ordenó la Arabia pétrea y las regiones circundantes" (Rostovtzeff).

Representación en la columna de Marco Aurelio, en Roma, de la decapitación de unos prisioneros, tema repetido, tanto en el arte como en la realidad, en todas las zonas limítrofes del Imperio.





Estatuilla parta de bronce del siglo I-II que representa una leona. El imperio parto, en lucha constante con sus poderosos vecinos, tuvo durante el Imperio algunos momentos de buena relación con Roma. Al comenzar el siglo III desapareció como reino, anexionado por Persia, cuya dinastía sasánida se hizo con el poder.

curiosa que nos da Megástenes es que Chandragupta tenía una guardia de mujeres extranjeras, muy probablemente griegas o jonias del Asia. Grupos de *yavanas,* o esclavas jonias, aparecen a menudo en los dramas indos como escolta de los príncipes.

Encuentra ya Megástenes la población de la India dividida en cuatro castas: brahmanes, militares, mercaderes y artesanos, y además los parias, que no pertenecían a ninguna casta. La descripción que hace Megástenes de cada uno de estos tipos de población está llena de detalles exactísimos, que se han conservado hasta nuestros días; lo mismo podríamos decir del vestido y las costumbres: veracidad, frugalidad y decencia. Megástenes distingue dos subcastas de brahmanes, que probablemente reflejan la división entre los brahmanes de la religión hinduista y los que habían aceptado el budismo. Por esta época, el budismo se había extendido por la mayor parte de la India; el nieto de Chandragupta, el gran Asoka, adoptó el budismo como religión oficial y envió misioneros hasta Siria y Egipto.

Esto nos trae, pues, a la más importante de nuestras preocupaciones: ¿qué llegó del espíritu oriental al Occidente para que pudiera influir en las escuelas filosóficas griegas, y más tarde en el cristianismo? Contestaremos a esta pregunta en un próximo capítulo, al tratar del budismo, pero ya desde ahora podemos anticipar que la influencia fue casi nula, por no decir insignificante. Es cierto que el hijo de Chandragupta envió una embajada a Antíoco para pedirle, entre otras cosas, "un sofista", pero también consta que el monarca de Siria contestó que los

EL CONOCIMIENTO DEL AFRICA NEGRA EN LA ANTIGÜEDAD

En tiempos antiguos, el continente africano fue objeto de exploraciones dirigidas a un mayor conocimiento geográfico. No obstante, los datos que nos suministraron son muy fragmentarios y a menudo dudosos. La que podemos denominar África Negra, es decir, África central y meridional, fue ignorada por el resto del mundo durante toda la antigüedad. Esto no quiere decir que las principales potencias no realizaran viajes y exploraciones terrestres y marítimos, pero, aparte su escasa aportación científica, se realizaron con muy poca frecuencia.

Heródoto menciona los intentos realizados por los egipcios en tiempos del faraón Necao II y el viaje de Sataspes en el reinado del rey persa Jerjes. Ambos intentos parece que fracasaron, pero han pasado a la historia como las primeras tentativas conocidas de circunnavegación de África.

Al mismo tiempo que se realizaban estos intentos marítimos, otras expediciones se efectuaban por tierra. Las exploraciones del curso del Nilo por egipcios y griegos llegaban hasta el norte de la actual Etiopía. Roma fue la que amplió los conocimientos de esta ruta.

Los desiertos de Libia y del Sáhara, habitados por tribus nómadas, atraían menos a griegos y egipcios. La única exploración conocida antes de la dominación romana fue la mencionada por Heródoto, quien nos cuenta que, según oyó decir en Cirene, cinco beréberes de la tribu de los nasamones cruzaron el Sáhara por el lugar más ancho. Aunque esta expedición no llegara a realizarse, puede ser muy bien la expresión de intentos en tal sentido. Así, pues, el continente africano permaneció desconocido en su mayoría, hasta el fin del período helenístico.

Con el establecimiento de Roma en África del Norte, todas las exploraciones fueron dirigidas por el estado romano. El conocimiento de la costa meridional no registró ningún avance en época romana. El rey Juba II de Mauritania, amigo de Augusto, reconoció las islas Canarias, pero las rutas comerciales no pasaban más allá de Rabat y los estudios geográficos realizados se limitaban a los suministrados en el *Periplo de Hannón,* con algunas leyendas.

Por lo que respecta al interior del continente, los avances fueron más amplios. La romanización llegaba a la línea Rabat-Volúbilis-Fez, lo cual no significa que no se realizaran exploraciones romanas más al sur de esta línea. En el reinado de Claudio, el general Suetonio Paulino hizo un reconocimiento del Atlas, según testimonio de Plinio.

Muy numerosas fueron las expediciones realizadas por los romanos contra las tribus nómadas del desierto, que, al mismo tiempo, suministraron datos sobre estas zonas. En 19 a. de J. C., Cornelio Balbo llevó a cabo una expedición a Gadamés y otra a Garama. Septimio Flaco marchó contra los garamantas en el siglo I. Más interés reviste la expedición de Julio Materno, quien a fines del siglo I o principios del II, guiado por los caravaneros garamantas, llegó hasta el Sudán tras atravesar el Sáhara de Norte a Sur.

Otra zona objeto de expediciones fue el Nilo. Los romanos lograron penetrar hasta Napata. La antigua Etiopía se había convertido en un estado aliado de Roma contra el reino de Axum. En tiempos del emperador Nerón se realizaron expediciones para reconocer el curso superior del Nilo, el relato de las cuales nos ha sido transmitido por Séneca. Estos viajes no aprovecharon demasiado a los conocimientos geográficos, pues permanecieron muchos errores que no serían subsanados hasta bastantes siglos más tarde. Las fuentes del Nilo, por ejemplo, no serían descubiertas hasta el siglo XIX.

No obstante, el curso del Nilo Azul no era desconocido. Comerciantes portando objetos grecorromanos lo habían remontado y sus viajes confirmaron los conocimientos sobre el régimen de lluvias de los montes de aquel país.

Finalmente, otra zona motivo de exploraciones fue el mar Rojo. Esta región ya había sido objeto de anteriores intentos en la época de los faraones, pero desde el momento de la anexión de Egipto a Roma se incrementaron las exploraciones. El tráfico marítimo con el mar Rojo adquirió un mayor desarrollo debido a los ventajosos beneficios que reportaba la demanda de productos orientales en el continente europeo, beneficios que originaron numerosas expediciones marítimas, de las que se ha conservado una narración de viajes conocida con el nombre de *Periplo del mar Eritreo,* obra anónima del Imperio romano en la que se describe el Africa oriental.

En tiempos de Claudio se realizaron viajes como el de Diógenes, que navegó hasta Rapta. Pero hasta el siglo XIX, coincidiendo con el interés despertado por las potencias europeas en colonizar el continente africano, no se desvanecieron las múltiples incógnitas que planteaba tal continente.

A. M. P.

griegos no acostumbraban hacer comercio de filósofos. Las misiones enviadas por Asoka no fueron comprendidas; por lo menos, no dejaron ninguna huella en los escritores clásicos. Nos enteramos de que Asoka las envió porque las cita expresamente en una inscripción en sánscrito.

De lo dicho se desprende que la barrera de los partos debía, a la larga, hacer imposibles las comunicaciones por tierra con la India. Por esto se fue intensificando la navegación desde los puertos del mar Rojo, que los Tolomeos habían ya iniciado con éxito. Roma necesitaba los productos de Oriente: las sedas de China, las muselinas de la India, piedras preciosas, perlas y, sobre todo, especias. Cuando Alarico puso sitio a Roma, exigió como rescate tres mil libras de pimienta, y parece que los romanos pudieron procurárselas. Si esto ocurrió en momentos de decadencia, imaginemos lo que sería el comercio de productos orientales en la Roma del tiempo de Trajano. El viejo Plinio, que podía conocer las estadísticas oficiales y era meticuloso en cuestión de números, asegura que el comercio romano con la India, China y Arabia ascendía cada año a cien millones de sestercios, o sea unos seis millones de pesos oro. Plinio se queja de este comercio; se importaban artículos de lujo, por los que Roma no podía entregar, a cambio, más que algunos objetos manufacturados, como vidrios de Alejandría y, sobre todo, monedas. Cerca de dos mil monedas de oro y plata, con el cuño de emperadores romanos, se han encontrado en la India en nuestros días; esto dará una idea de las que debían de circular en el tercer siglo de nuestra era.

Plinio describe el viaje regular que hacían cada año los convoyes a la India, desde que Hippalus había dado a conocer el sis-

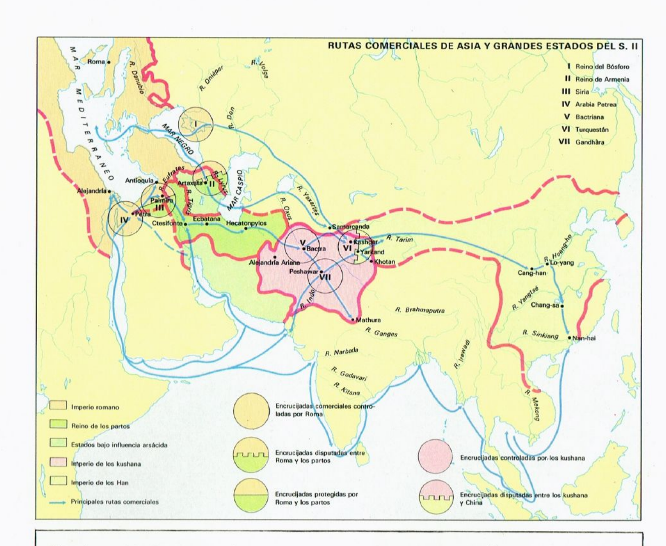


Medallón de mármol con la efigie de Antonino Pío hallado en Eleusis, Grecia. La presencia en todos los rincones del Imperio no sólo de las legiones romanas, sino también de estatuas de los emperadores, era para el Imperio el lazo de unidad tanto más necesaria cuanto mayor era la diversidad de las regiones.

tema de vientos periódicos que reinan en el océano Indico y que llamamos *monzones*. Para aprovecharse del monzón que sopla hacia el Sudeste, había que emprender el viaje a mediados del verano. Esto hacía más penosa la primera parte del trayecto, que era por tierra, atravesando el desierto de Egipto. Se remontaba el Nilo hasta Coptos, caminando después sólo de noche y descansando durante el día en aguadas, separadas por jornadas, hasta llegar al puerto de Berenice, de donde partía el convoy marítimo. La primera escala era la de La Meca; allí se encontraban ya productos orientales importados por los árabes. Después se tocaba en Adén y, por fin, el último puerto donde se tomaba agua, ya fuera de los estrechos, era el de Kaué. Desde allí las naves se dejaban llevar por la corriente y el monzón hasta alta mar, llegando a las costas de Bombay en cuarenta días. Los que tenían que regresar a Europa el mismo año, debían hacerlo en diciembre si querían aprovecharse del monzón contrario y remontar el mar Rojo con auxilio del viento del Sur, que sopla por esta época. El itinerario es preciso.

Los convoyes eran muy numerosos. Estrabón habla de ciento veinte buques que vio dispuestos a zarpar del puerto de Berenice, pero los aventureros y mercaderes que se embarcaban en ellos serían gente ruda y no pudieron darle ninguna referencia; por lo menos en su *Geografía,* Estrabón no hace más que copiar a Megástenes y a los escritores del tiempo de Alejandro. Los productos que se importaban de la India eran perfumes, cosméticos, casia, canela, incienso, aceites de nardo, ajenjo y pimienta. Pero además en la India se encontraban ya las sedas de China, que llegaban allí por mar o cruzando las montañas desde la Bactriana. Los chinos llegaban con la seda hasta un lugar cercano a la moderna Balk, conocido todavía con el nombre de *Torre de Piedra,* que ya llevaba en la antigüedad; aseguraban ellos que empleaban en el viaje no menos de siete meses. Desde la Bactriana, la seda descendía hasta la India por los puertos de las cordilleras, o por medio de los partos y los árabes llegaba a Siria; ésta era la ruta de tierra, que aun siendo larga y más costosa, por la infinidad de gabelas que tenían que pagarse por el camino, era preferible a la marítima.

El miedo a los piratas del océano Indico obligaba a los que viajaban sin escolta a atravesar el Asia a pesar de sus desiertos. Así llegó por tierra la embajada que un rey indo envió a Augusto. Tardó cuatro años en hacer el viaje, acaso por su extraña impedimenta, pues llevaba tigres, tortugas, faisanes y serpientes; un muchacho que podía tirar el arco con los pies, y hasta un monje budista. Los tigres se exhibieron en la inauguración del teatro de Marcelo, en Roma, el año 21



Entre los tres grandes centros productores del mundo antiguo —Oriente romano, India y China— se establecieron en época del Imperio romano relaciones constantes que, sin embargo, no solían ser directas. Los estados y ciudades intermediarios desempeñaron un papel importante en la historia durante los primeros siglos de la era cristiana. La razón de existir de ciudades como Petra, Palmira, Hecatompylos, Samarcanda o Kashgar, o de estados como el imperio arsácida o el de los kushana, es el dominio de puntos claves en el Asia de las caravanas. Las luchas constantes entre Roma y los partos por el dominio de Armenia, Siria o Mesopotamia, entre los partos y los kushana por el dominio de Bactriana, o entre los kushana y los saces por el norte de la India; el denodado empeño de todos los grandes estados por mantener las rutas comerciales de la estepa asiática abiertas frente a la constante amenaza de los nómadas mongólidos e indoeuropeos, todo ello responde a la importancia de un comercio internacional, cuyos productos básicos serían la seda china, los productos de lujo de la India y los metales europeos.

antes de J. C., y el monje budista llevó a cabo la "hazaña" de prestarse a que lo quemaran vivo en Atenas.

Otras embajadas de la India llegaron a Roma en tiempos de Claudio y de Trajano; este último recibió con gran honor a los orientales y les señaló un lugar en el teatro, en los escaños de los senadores, según Dion Casio.

Pero el más interesante de todos los contactos oficiales del Oriente con el Imperio romano es la embajada que, según los escritores chinos, envió Marco Aurelio a la corte de China el 166 de nuestra era. Los embajadores significaron al monarca chino, que se llamaba Huan-Ti, que los romanos habían deseado siempre mantener relaciones directas con su país, pero que los partos pretendían monopolizar el comercio de la seda e impedían toda comunicación directa. Los escritores chinos añaden que los enviados del emperador *Antun* (Antonino) ofrecieron presentes de marfil y cuernos de rinoceronte, pero no joyas. Este detalle ha hecho sospechar que la tal embajada, más que una misión oficial de Marco Aurelio, sería una mascarada de traficantes sirios y romanos, que se hicieron pasar por embajadores para tener más libre el camino de Oriente. Pero no hay nada que contradiga el carácter de Marco Aurelio. ¿Por qué tenía que enviar joyas el emperador filósofo en lugar de objetos naturales, como cuernos y colmillos maravillosamente labrados? Además, la fecha fijada por los escritores chinos coincide con un momento de paz en la Mesopotamia; se trata de unos años favorables para esta misión, cuando los partos, casi sometidos, habrían concedido todas las facilidades de haberlo querido así el emperador.

BIBLIOGRAFIA

Boulnois, L.	*La ruta de la seda*, Barcelona, 1967.
Cary, M., y Warmington, E. H.	*Les explorateurs de l'Antiquité*, París, 1930.
Casariego, J. E.	*Los grandes periplos de la antigüedad*, Madrid, 1949.
Clozier, R.	*Histoire de la Géographie*, París, 1967.
Grousset, R.	*Historia de Asia*, Buenos Aires, 1965.
Maluquer de Motes, J.	*Exploraciones y viajes en el mundo antiguo*, Barcelona, 1950.
Musset, L.	*Las invasiones. Las oleadas germánicas*, Barcelona, 1967.
Parias, L. H.	*Historia universal de las exploraciones*, Madrid, 1967.
Pirenne, J.	*Les grands courants de l'Histoire Universelle*, tomo I, París, 1956.
Rostovtzeff, M.	*Historia social y económica del Imperio romano*, Madrid, 1962.
Taton, R., y otros	*La science antique et médievale*, París, 1966.
T'Serstevens, A.	*Los precursores de Marco Polo*, Barcelona, 1965.
Wood, H. J.	*Exploraciones y descubrimientos*, Madrid, 1959.



Un vaso parto con decoración vegetal (Staatliche Museum, Berlín).



Un detalle de la gran muralla china, testigo de los últimos dos mil años de la historia del país. De sus muros almenados, que van a lo largo de tres mil kilómetros desde el golfo de Pechili hasta la frontera del Turkestán, penden grandes carteles con "slogans" de Mao. El camino sobre la muralla tiene unos cinco metros de anchura.

Los grandes moralistas chinos: Confucio y Lao-Tse

Mientras en el Occidente pensadores griegos y latinos se esforzaban en explicar el sistema del mundo con bases filosóficas, en el Lejano Oriente los chinos trataban de resolver el problema de vivir en común según normas de disciplina y moral.

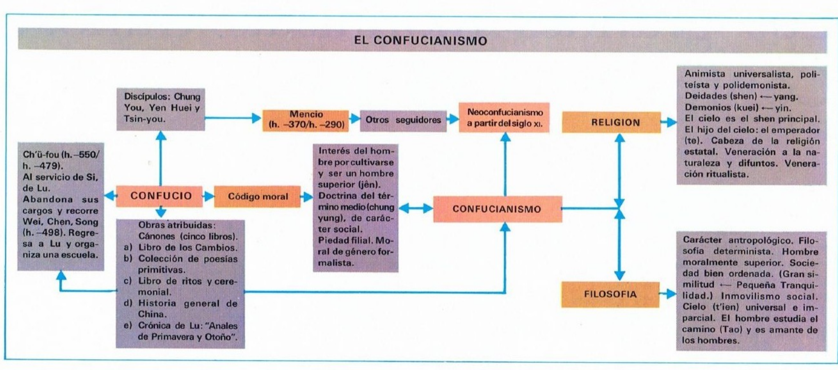
Entonces la China estaba dividida en pequeños estados casi independientes gobernados por duques o magnates, a veces aliados, a veces enemigos; en ocasiones, uno de ellos conseguía imponer su prestigio creando una dinastía que duraba algunos decenios. Estos estados *provinciales,* o el central ya dinástico, tenían sus cortes, en las que se comentaban tradiciones milenarias y se practicaban las costumbres ancestrales del buen vivir según los antiguos. Los duques, o jefes de estado, tenían su administración y cancillerías de profesionales del saber civil, que fueron después los mandarines.

Grabado chino del siglo XVIII que representa al emperador Chi Huang-ti de viaje (Biblioteca Nacional, París). Bajo su reinado se unificaron todas las tierras de China y construyó la gran muralla para defender esta unidad interior contra los bárbaros del Norte.

Fue en este mundo de letrados, por no decir filósofos, donde se recordaban y debatían las mejores maneras de proceder en cada caso de la vida organizada por viejas costumbres de generaciones seculares, en el que aprendió Confucio.

En la China civilizada que hacemos comenzar con Confucio no había un credo teológico basado en una creación y en un espíritu organizador que lo mantuviera e impusiera a los humanos deberes de adoración; en una palabra, carecía de fe religiosa. No se había hecho ni alusión a una vida futura, en la que se recibieran recompensas y castigos. No había tampoco arte representativo que diera libertad a la imaginación. El primitivo arte chino está concentrado en formas geométricas que sólo algunas veces se explican por remotas referencias a dragones, pájaros mitológicos y plantas de un país ideal. Estas para nosotros confusas relaciones con los seres vivos eran las que daban motivo de comentarios a los letrados de las cancillerías.

En uno de estos grupos de comentaristas se formó Confucio, el gran moralista, guía espiritual todavía para muchos de su raza. Los esfuerzos para explicar los símbolos que se entremezclan en los vasos de





Dos originales hebillas de bronce dorado en forma de tigre, de la dinastía Han (Museo Británico, Londres, y Museo Cernuschi, París).

bronce chinos no podían enseñar nada a Confucio. Su moral se basó en experiencia y raciocinio.

Los letrados anteriores a Confucio nos han dejado grandes libros ilustrados con imágenes grabadas que describen extraordinarios bronces, los cuales pueden atribuirse a la más remota antigüedad. Algunos son grandes tambores metálicos, que con su sonido revelan algo misterioso y raro; tienen el cilindro decorado con líneas paralelas y al resonar deben producir efectos mágicos, facilitar curas o preñez. Otros son vasos para contener líquidos de gran eficacia para expulsar los espíritus o para atraerlos con sacrificios o libaciones. La precisa utilidad de estos objetos, sin embargo, no pueden explicarla claramente ni siquiera unos anticuarios que emplearon toda la vida en su estudio. Para nosotros, acostumbrados a un arte realista, el efecto que nos producen es embelesarnos con una sensación de místico primitivismo, percibir en ellos algo que es profundo, bárbaro e infantil, pero al mismo tiempo esotérico e inefable.

Las formas inesperadas de sus panzas están acentuadas por relieves decorativos que parecen desafiarnos a que los descifremos para encontrar algo lógico, coordenado y natural. No podemos explicar cuál es la causa de su belleza ni lo que significan los pares de ojos que a veces podemos adivinar entre espirales. Hay líneas mayores, como la armonía principal, a la que acompañan arpegios menores. Contribuye a causar asombro la pátina que los bronces han adquirido con el tiempo, pues la oxidación del cobalto, rojo y verde, supera en belleza a las gemas naturales.

Los bronces chinos se han descubierto casi recientemente en tumbas que nadie había osado profanar antes de la revolución. Sólo algunos se conservaban como reliquia de familia en casas particulares.

Con los bronces aparecieron objetos de jade, que por su forma creemos personifican el alma, espíritu o carácter de un difunto. Algunos, sólo muy pocos, tienen formas ambiguas que pueden identificarse con visiones, casi espectros, entre nubes. Así, un

Hacha de bronce procedente de las excavaciones de Anyang, antigua capital de la dinastía Chang, en donde se han hallado piezas suficientes para conocer todo el arte chino anterior al siglo XII antes de J. C. y las primeras muestras de la escritura ideográfica china.



rarísimo jade encontrado permite distinguir un dragón volando en un cielo de tormenta. Pero, por lo regular, los jades tienen formas de cetros planos, que el gran señor llevaría en vida. Son más o menos largos y pulimentados; sólo a veces presentan ranuras en el borde o dientes que pueden significar casos de perpleja moralidad, caídas en error del difunto, por haber abandonado la superficie clara y lisa que imponía su condición de jefe de familia o de estado.

Los jades chinos son generalmente blancos, grises o de tonos marfileños, pero algunas veces tienen partes de color intenso, como si el alma que representan tuviera momentos en que vivía en desacuerdo con el resto de su manera de pensar y sentir.

Así, con esta ciencia, comentario crítico de arte y ciencia prehistórica en parte y en parte actual, se formó Confucio. Al plano moral en que pasó su juventud no llegaron ni ideas ni impresiones de otras gentes y países. No presenció sacudidas políticas produ-

Espejo de bronce cuya delicada factura es testimonio de un arte al menos dos siglos anterior a Confucio (Museo Cernuschi, París).

cidas por invasiones. Los pequeños soberanos que se disputaban el privilegio de ser los primeros en cada región tuvieron sus combates, que producían mucho dolor y ruina, pero nada espectacular que hiciera temer un fin total de la nación.

Los cambios en China no podían venir de los bárbaros del exterior ni de la misma población descontenta, porque las gentes se habían acostumbrado a la idea de que los males del estado no son resultado de una organización deficiente, sino de la falta de virtudes individuales de los ciudadanos. Si alguna vez se intentaron en China reformas radicales, fueron debidas a la iniciación de magnates saturados de filosofía o movidos por algún consejero idealista, místico o comunista. Sin embargo, cambios menores, revoluciones, desmembramientos de provincias, guerras civiles y efímeras cam-

Representación de Confucio según una copia del retrato original de Pou Kie que se guardaba en un monasterio budista de Pekín (Biblioteca Nacional, París).





Una vasija de bronce "tsio", de la dinastía Chang, utilizada para calentar el vino sobrante de las libaciones (Museo Cernuschi, París).

pañas de unificación dejaron poco rastro en la nación china, cuyo espíritu podemos ver cristalizado en los escritos de Confucio y sus discípulos.

Confucio nació el 551 a. de J. C. Su padre era ya viejo, de setenta años, y viudo cuando se casó con una muchacha de diecisiete años que le dio este su último vástago. Acaso su nacimiento casi póstumo explica la moderación algo apagada, ultrachinesca, que caracteriza los discursos de Confucio. Aunque puede decirse que el filósofo no conoció a su padre, siguió su misma carrera, que era la de empleado del gobierno. Hasta los cincuenta y dos años, Confucio no hizo más que meditar sobre los problemas de la vida humana, considerando a cada individuo como miembro de una familia y como ciudadano de un estado. Entregado a sus cavilaciones, atrajo a su alrededor a varios espíritus interesados en los mismos asuntos. Las preguntas y respuestas del maestro y sus discípulos forman cuatro libros, aunque el último ya es obra de Mencio, que vivió varias

LAO-TSE

Uno de los grandes filósofos de China, Lao-Tse, cuya influencia fue extraordinaria incluso fuera del país, es sin duda una figura histórica. Nacido hacia el 605 antes de J. C. en la provincia que ahora se llama Honan, durante algún tiempo fue maestro de Confucio, quien más tarde tendría ideas completamente distintas.

Según la leyenda, alrededor del nacimiento de Lao-Tse ocurrieron cosas sorprendentes. Su madre fue una virgen y su padre un rayo de sol. Durante ochenta años, la virgen llevó al niño bajo el corazón antes de su nacimiento. No es extraño, por tanto, que naciera con pelo y cejas blancos y que desde su primer día de vida fuera ya tan sabio como una persona octogenaria normal. Tampoco es extraño que su influencia en el pensamiento chino haya sido casi tan amplia como la de su discípulo Confucio.

Lao-Tse actuó como bibliotecario en la corte de Chou. Pronto se hastió de aquella vida, que con todo su lujo le impedía dedicarse a la meditación. En un librito que compuso explica su filosofía en ochenta y un capítulos y unas cinco mil palabras, obra que ha sido motivo de mucha confusión y controversia. Viajó con su libro en dirección al Oeste hasta llegar a la frontera del país. Entonces entregó el manuscrito a un guardia fronterizo, con el encargo de guardarlo bien. Y él desapareció para siempre de China y del mundo, porque nadie volvió a verle jamás.

Ningún libro ha dado tantos quebraderos de cabeza a editores y traductores como el famoso *Tao-Tse Ching* de Lao-Tse. Jamás una obra china ha sido traducida a tantos idiomas ni sufrido tantas interpretaciones personales, pues es tan oscura e incoherente, que es dificilísima su versión. Justamente los pasajes oscuros han dado ocasión a que el libro sea fuente de propaganda para toda clase de ideas, porque cualquiera puede aprovechar algo conveniente a sus propios fines. Propagandistas posteriores del *taoísmo,* como se llamó más tarde la teoría de Lao-Tse, pretendían que el gran filósofo había viajado a la India para informar a Buda de sus ideas y finalmente convertirle a la filosofía taoísta.

Según conceptos modernos, la obra de Lao-Tse no puede ser anterior al siglo IV antes de J. C. y debió ser redactada por más de un autor, lo cual explicaría su confusionismo. Comparando ideas de varios autores chinos antiguos se ha llegado a esta conclusión, pero tanto si Lao-Tse escribió el *Tao-Tse Ching* como si no, el hecho es que ha tenido enorme importancia para los pensadores chinos en el transcurso del tiempo, porque de él surge una mezcla extraña de ritos y costumbres, de espíritus buenos y malos, de diablos y dioses, de superstición y prodigio que le son ajenos, pero que impresionaban mucho a mentes rudas y que por ello fueron aprovechadas muchas veces. Sólo verdaderos expertos sabían encontrar el profundo e intrincado significado que aparecía en el libro, pues tras profundo estudio y meditación quizá podría comprenderse algo de lo que Lao-Tse habría querido decir antes de desaparecer del mundo. Como prueba de lo dicho transcribimos la última estrofa, que también con un pequeño esfuerzo es comprensible para el hombre moderno:

La palabra sincera no es bonita;
la palabra bonita no es sincera.
El hombre que vale no lucha;
el hombre que lucha no tiene valor.
El sabio no es docto;
el docto no es sabio.
El hombre perfecto no colecciona riqueza;
es derrochador en lo humano;
regala lo humano y es rico.
El camino del todo es:
conformarse sin lucha.
El camino del hombre es:
el hecho sin compromiso.

J. T. S.



generaciones después, y sólo contiene algunas alusiones directas a las enseñanzas de Confucio.

Además, como sea que Confucio pasó gran parte de su vida estudiando la Historia, para hallar en ella ejemplos de buena conducta y buen gobierno, se esforzó en corregir y embellecer los textos antiguos. A él debemos la redacción definitiva de cinco libros clásicos llamados *Cánones*. Uno es el antiquísimo *Libro de los Cambios;* otro es una colección de poesías primitivas chinas; otro es un libro de ritos y ceremonial, y los otros dos son libros de Historia: una historia general de China *(Shu-King)* y una crónica de la provincia de Lu, donde Confucio residió largos años. Confucio, pues, fue más bien

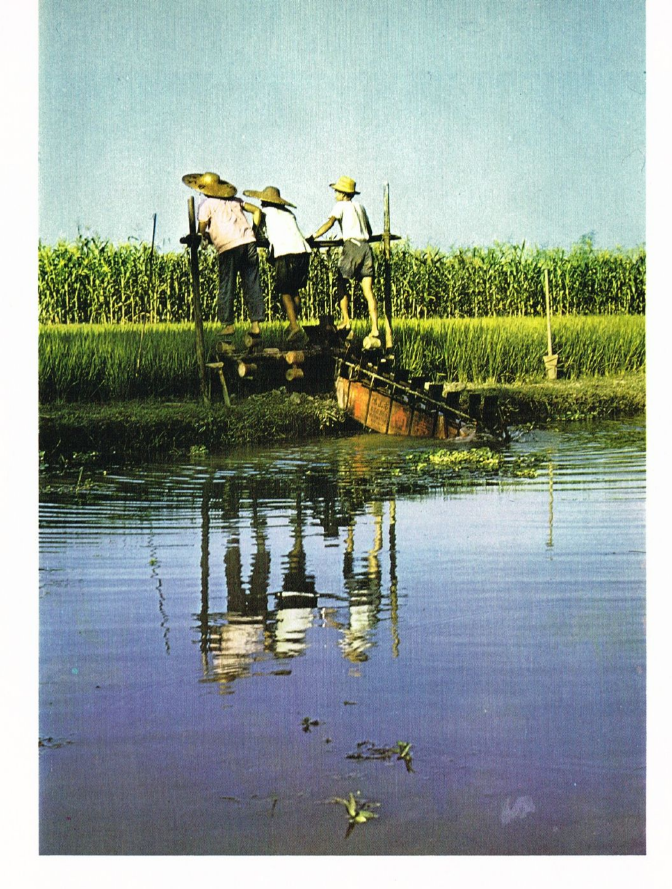
Terracota funeraria de la época Han, especie de maqueta de una casa china de la época (Museo Cernuschi, París).



Interior de un templo de Confucio en Taipeh, Formosa, con un altar en primer término. Si se levantaron templos a Confucio no fue por considerarle un dios o un ser divino, sino como signo de respeto a un gran hombre. El confucianismo no posee credo, sacerdotes ni "biblia", por lo que no puede hablarse de él como de una religión.

un erudito lleno de fe en el pasado que un pensador original. Empero, lo que repite, aunque fuese ya viejo, tiene tal acento de sinceridad, que penetra en el ánimo como doctrina enunciada por primera vez.

Para Confucio, como para la mayoría de los chinos, la primera virtud es la piedad filial, y la más grande ofensa que puede hacerse a un padre es no darle nietos. Hay que honrar la familia procurando que no le falte descendencia, y practicar el culto de los antepasados difuntos, por lo menos del padre y el abuelo. Pero así como el culto de los antiguos romanos a los manes tenía por móvil principal evitar los maleficios de los espectros, en los chinos es una continuación de la piedad filial que han demostrado en vida. La idea de Confucio de que, "cuando el padre todavía vive, el hijo no debería considerar nada como suyo", recuerda también la *manus* o potestad paterna de la ley romana; pero en China se da como consejo, pues el padre no tiene autoridad absoluta sobre el hijo. Tampoco hace falta, porque el hijo nunca desobedecerá a su padre ni abusará de su bondad bien reconocida.



En las inmediaciones de Cantón existe este sistema para regar los campos, que ha resistido el paso del tiempo, a pesar de todos los adelantos modernos.

Como consecuencia de esto, el padre no puede obligar a la hija o al hijo a contraer matrimonio con tal o cual persona, pero sabe muy bien que su propuesta no será nunca discutida. Una vez casados, el matrimonio es considerado casi como un sacramento. He aquí una sentencia del todo confuciana: "La mujer no puede procrear sola, el marido no puede procrear solo, el cielo solo no puede producir un hombre. De la colaboración de los tres nace el ser humano: por tanto, uno puede ser llamado igualmente hijo de su padre, de su madre, o hijo del cielo". También confuciana, aunque ya no lo parezca tanto, resulta esta otra sentencia: "Nunca ha nacido nadie sin la colaboración del cielo. Dios es el creador de cada uno de nosotros"

Hoy resulta enojosa la grave distinción que hace Confucio entre el hombre y la mujer. De él se deriva que en China exista una medida para juzgar al hombre y otra diferente para la mujer. "Una vez unida al marido, la mujer no olvidará la noción de sus deberes para con él; aunque él muera, ella no se casará otra vez." En cam-



La tumba de Confucio, en los alrededores de Cantón.

bio, el marido puede tener, y tiene todavía en China, varias concubinas en su misma casa. A menudo su propia esposa le ayuda a procurárselas, para que ellas y sus hijos den más vida a la sociedad doméstica, truequen en animación la monotonía del gineceo. La esposa sigue siendo, sin embargo, la señora del hogar: "El hombre no debe hablar de lo que atañe al hogar; la mujer no debe hablar de lo que ocurre fuera de casa". "No hay que hablar en la calle de las cosas de casa, ni en casa de las cosas de la calle." "La tierra y el cielo están separados y, sin embargo, tienden a un mismo fin; el hombre y la mujer deben estar separados, aunque siempre trabajando movidos con un mismo propósito."

Los chinos, como los romanos, creían que el divorcio era inevitable; no obstante, mientras el cónyuge romano debe legitimar su separación con una carta firmada por siete testigos, a la mujer china le basta con enviar a su marido un criado que le recitará la fórmula de despido redactada por Confucio: "Mi señora, por falta de habilidad, no ha sabido mantener llenos los vasos de grano para vuestros sacrificios; por esto me envía para que lo anunciéis a vuestros criados". Confucio, ya viejo, se divorció con la excusa de que su mujer no picaba la carne bastante fina. Los chinos nunca comen la carne asada sin picar.

Los rituales y ceremonial fijados por Confucio regularon toda la vida china hasta nuestros días. "Si llevas un objeto con una mano –dice Confucio–, lo llevarás a la altura de la cadera. Si lo llevas con las dos manos, a la altura del pecho. No mires de reojo; no contestes con voz fuerte; no te sientes con las piernas separadas; no te eches en la cama boca abajo."

Claro está que para Confucio las reglas y ceremonias son la expresión de lo que es justo. Con ellas espera dar más libertad al espíritu que mantenerlo atado con preceptos. Por este método del Justo Medio, incorporado a las normas tradicionales, Confucio espera obtener el "hombre completo". Este producto de una vida regulada hasta en los más pequeños detalles será un buen hijo, un buen hermano, un perfecto ciudadano y un perfecto gobernante. No amará las riquezas, pero no se entregará místicamente a la contemplación: "Vivir en el retiro, aunque sea obrando milagros, he aquí lo que no haré". Confucio predica la humildad: "No te creas tan grande como pequeños juzgas a los demás". Sin embargo, al preguntarle un día si debíamos devolver bien por mal, respondió: "Si amamos a los que nos odian, ¿qué sentiremos por los que nos aman? Justicia, pues, para los que nos hagan daño; amor para los que nos quieran bien".

Este estoicismo apagado de Confucio no convenció a todos los chinos. Mientras él trataba de aplicarlo con experimentos de gobierno, que le permitían realizar algunos príncipes amigos, en el Sur predicaba Lao-Tse la doctrina del *Tao* o conocimiento intuitivo, de que hablaremos más adelante. Pero hasta dentro del mismo confucianismo se sentían deseos de algo mejor. En el *Li-King*, o Libro de Ceremonias, que se atribuye también a Confucio, encontramos los siguientes párrafos, que con toda seguridad habrán de sorprender al lector:

"Cuando prevalezca el principio de la *Gran Similitud,* el mundo entero será una república y gobernarán los más sabios y virtuosos. Como no podrán menos de estar de acuerdo en todas las cosas, la paz será universal. Los hombres no mirarán a sus proge-



Una estatua del período de los Tres Reinos, en el siglo III, completamente integrada al paisaje de las cercanías de Nankín, antigua capital de China.

nitores como a sus únicos padres, ni a sus hijos como a sus únicos hijos. Se proveerá a la alimentación de los viejos, se dará trabajo a los que se hallen en condiciones de trabajar y se cuidará de los pequeños. Viudas y huérfanos serán atendidos... Cuando prevalezca el principio de la *Gran Similitud,* no habrá ladrones ni traidores, y las puertas permanecerán abiertas de día y de noche...

"En cambio, ahora cada uno mira sólo a su padre y a sus hijos como sus padres e hijos. Sus riquezas son para disfrutarlas él solo. Los grandes hombres se ocupan en amurallar las ciudades y protegerlas con fosos. Ritos y justicia son las maneras de mantener la correcta relación entre el príncipe y su ministro, el padre y su hijo, el primogénito y sus hermanos, el esposo y la esposa... Éste es el estado de cosas que yo llamo de la *Pequeña Tranquilidad*".

Como hemos anticipado, creemos que estos párrafos habrán sorprendido al lector; son casi las mismas palabras de un fragmento que hemos copiado de *La República,* de Platón. Parece evidente que la idea es idéntica: el día que reconozcamos nuestra propia naturaleza y vivamos perfectamente, la humanidad formará una sola familia. Por el momento, todo el esfuerzo de los héroes que Confucio cita como modelos de buenos gobernantes, todas sus virtudes, practicadas conforme a un ritual bien establecido, no podrán producir más que el régimen de orden y justicia que Confucio llama la *Pequeña Tranquilidad.* El ideal de la *Gran Similitud* resulta sumamente vago; no comprendemos si fue realidad en el pasado o si es una esperanza para el porvenir. Nosotros hemos optado por el futuro al traducirlo.

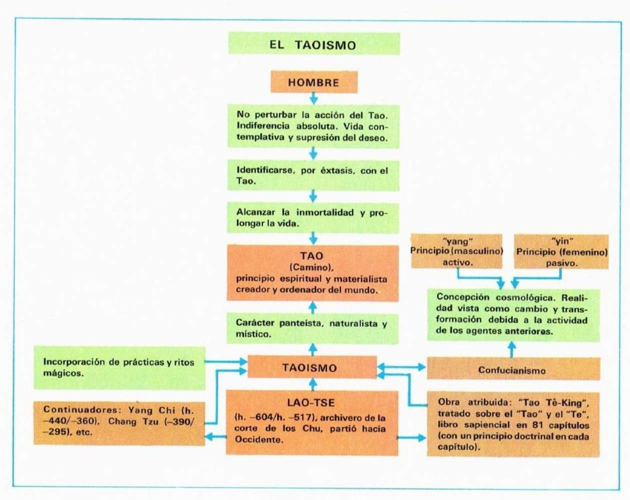
Pero en este tiempo de la *Pequeña Tranquilidad,* "el sabio encuentra placer en la corriente del agua, el virtuoso encuentra placer



en las colinas". Más aún que en la naturaleza, el sabio encontrará contentamiento en la poesía y la música. Confucio tenía sus pretensiones de crítico; un día llegó a decir: "Creo que en la literatura soy casi igual a los demás". Lo que, en su afectada modestia, era tanto como decir: sé más que los demás. La música para Confucio, lo mismo que para Platón, cambia el modo de ser de las personas. He aquí el párrafo de Confucio: "Los sabios se deleitan con la música y podría emplearse para mejorar al pueblo. La música ejerce tal influencia en el hombre, que llega a cambiar sus costumbres; por esta causa, los antiguos reyes insistieron en que se enseñara música en las escuelas". "Las ceremonias y la música –dice en el *Li-King*– no deben desdeñarse. La música brota de lo íntimo del alma, las ceremonias vienen de fuera; por esto las ceremonias deben ser lo más cortas posible, para dar tiempo a la música. Los sabios hacen música de acuerdo con el cielo, y disponen las ceremonias de acuerdo con la tierra. El más alto estilo de música es el más sencillo, la suprema elegancia es una sencillez sin pretensiones."

El último punto que Confucio deja en la penumbra, y así ha quedado siempre para los chinos, es el de la vida futura; sin embargo, dice: "La carne y los huesos se pudren en la tierra, el espíritu se manifiesta en lo

Lao-Tse, sobre su búfalo y con el rollo del "Tao" en la mano, partiendo para Occidente (Museo Guimet, París).



CONFUCIO

En la larga historia de China destaca un hombre que ejerció una influencia tan grande en la sociedad, que incluso se deja sentir en el sistema comunista actual. Este hombre fue el filósofo K'ung Fu-Tse, conocido en el mundo occidental como Confucio. K'ung Fu-Tse significa maestro K'ung. Hay un hecho que nunca debe perderse de vista, porque se presta a error: Confucio no fue un fundador de religión, sino un filósofo, maestro y político de dimensiones fuera de lo común.

Confucio –le llamaremos por su nombre latino, por ser el más conocido– vivió de 551 a 471 a. de J. C. De su vida real sabemos muy poco, porque los siglos han tejido a su alrededor una maraña de fábulas y leyendas. Posiblemente descendía de una familia noble venida a menos. Gracias a su clara inteligencia, finalmente llegó a ser una de las personas más sabias que jamás haya tenido China.

Sentía un interés extraordinario por la política, y este hecho no es sorprendente, ya que vivió en una época muy intranquila. El emperador reinante no era más que un títere. En realidad, quien mandaba era la poderosa nobleza. Para costear sus continuas guerras, el pueblo fue esquilmado por completo, y Confucio, que conocía bien tales problemas por su propia miseria, decidió dedicar su vida a buscar una solución que subsanara tanta arbitrariedad. Llegó a la conclusión de que la única posibilidad era establecer una nueva política de gobierno. El soberano no debía considerar como lo más importante la consecución de su propio bienestar, sino la felicidad de todos sus súbditos, y así señaló al emperador el objetivo sagrado de conseguir esto. Los impuestos, que habían llegado a extremos inaguantables, tenían que reducirse considerablemente; debían suprimirse los castigos crueles e inhumanos, porque sólo donde hay paz puede haber felicidad.

Para la consecución de sus planes, Confucio no podía contar con la ayuda de la nobleza. Mas para realizarlos era imprescindible conquistar una elevada posición en la política. En su propia provincia, Loe, no tenía ninguna posibilidad de conseguirlo. Para divulgar sus ideas, Confucio empezó por exponer sus planes con claridad y amplitud a los jóvenes. De éstos surgió un grupo de discípulos que le reconoció como maestro y logró alcanzar altos puestos en el gobierno, con lo que las ideas de Confucio se difundieron, aunque nunca ejercieron su máxima influencia en vida del gran filósofo.

Por fin, Confucio fue considerado suficientemente importante para otorgarle un alto cargo, aunque sólo fuera con el propósito de apartarlo de sus actividades de proselitismo. Consiguió un brillante título, pero llevaba implícita una actividad que le impedía desarrollar sus ideas, por lo cual se negó rotundamente a aceptar tal honor. Entonces decidió viajar para divulgar sus doctrinas. Durante diez años viajó continuamente por toda China en busca de un soberano que quisiera darle la oportunidad de poner en práctica los nuevos principios.

Cuando tenía 67 años y todavía no había encontrado el soberano ideal, regresó a la provincia de Loe (actualmente Shantung), donde siguió enseñando hasta que murió, a los 72 años.

Como maestro, Confucio fue insuperable. Sonsacaba de cada alumno su verdadero carácter y talento para impartir, según sus características, las enseñanzas oportunas.

No sólo incluía en ellas la filosofía, sino también la música, la poesía y la historia del propio país. El discípulo tenía que aprender a pensar por sí mismo y a contestarse las preguntas que la vida puede plantear a cualquiera. El valor que más apreciaba era la sinceridad en todas las circunstancias, y esto regía tanto para el emperador como para sus más humildes súbditos. Además, concedió gran importancia a las relaciones humanas correctas. La base de sus enseñanzas consistía en el derecho y el deber de cada individuo de tomar sus propias decisiones y asumir la responsabilidad completa de sus actos. La pobreza no era impedimento para llegar a Confucio; sólo contaba la inteligencia.

Por esto el filósofo chocaba continuamente con las ideas encasilladas de la nobleza y de las autoridades, que hasta aquel momento habían considerado de su dominio particular los conocimientos superiores y las bellas artes.

Confucio desechó rápidamente estas ideas arcaicas y falsas. Según él, sólo podía reinar un hombre que hiciese feliz al pueblo. Quien fuese virtuoso, inteligente y culto podía reinar. Un individuo de esta clase no tenía que ser necesariamente aristócrata. El rey que no ostentase estas cualidades tenía que retirarse y dejar su sitio a alguien que las poseyera. Pero incluso con estas buenas cualidades no sería buen gobernante. Sólo quien poseyera gran ilustración y amplia visión podría prever y reinar.

Como la buena educación podía proporcionar tales conocimientos y amplia visión al estudioso, Confucio atribuyó un valor enorme a la educación.

Todos debían recibir enseñanza elemental, con lo que podrían demostrar su inteligencia. Por medio de una selección cuidadosa siempre se obtendría finalmente el hombre adecuado para el puesto indicado.

Con el tiempo, China logró una forma de gobierno basado en las ideas de Confucio. El emperador, que ocupaba el cargo más elevado, tenía que ser el mejor, aunque podía delegar sus funciones en los ministros, que eran quienes gobernaban en realidad y habían conseguido este cargo por sus cualidades personales, sin que su nacimiento tuviera nada que ver en ello, al menos en teoría. Porque, desde luego, a menudo había circunstancias menos favorables en tiempos de intranquilidad o de desequilibrio en la economía. Sin embargo, se puede decir que la forma de gobierno imperante en China fue la determinada por el maestro K'ung.

J.T.S.

alto con glorioso resplandor". Hay algo aquí de la idea que hemos encontrado en los estoicos romanos acerca de una vida astral después de la muerte.

Pero Confucio no llega a entusiasmarse hasta creer intelectualmente, como Cicerón y Marco Aurelio. Vuelve al culto de los antepasados "como si estuvieran presentes". Parece prescribir los sacrificios más por el provecho que de ellos redunda a los vivos que por la satisfacción que procuran a los muertos. La piedad y las buenas obras que se van acumulando en sucesivas generaciones benefician por entero al tronco secular de la familia y de él pueden esperarse de esta manera mejores frutos.

"Sacrificio no es un acto exterior, pues sale del corazón." "Los espíritus sólo aceptan los sacrificios de los sinceros." Éste es el bien principal que se obtiene del culto a los antepasados: el mejoramiento de uno mismo. El maestro dijo: "¿Cómo podéis servir a los dioses si no sabéis servir a los hombres? Si no sabéis nada de la vida, ¿cómo pretendéis saber algo de los muertos?". Pero... "el cielo existe y Él me conoce".

Así, sin cosmogonía, o sistema de origen del mundo; sin teología, o concepto de la divinidad y sus gentes; sin escatología, o creencia en un reino de ultratumba, la China plasmada por Confucio tenía necesariamen-



te que ser presa de las místicas budistas y las supersticiones taoístas, por lo que no es raro encontrar allí gentes que practican las tres religiones, aunque consideran a Confucio como el patriarca nacional, el gran maestro que expresó en términos sencillos el carácter eterno de la raza.

Contemporáneo de Confucio, y viviendo como él empleado la mayor parte del tiempo, fue otro sabio gigante, cuyas enseñanzas todavía duran, aunque con intermitencias intercaladas con el puro confucianismo. Ya al final de la vida, este a quien llamamos Lao-Tse quiso ver y conocer al otro gran maestro del Justo Medio. De lo que hablaron no ha quedado tradición, pero Confucio dijo después de la entrevista: "Hoy he visto un dragón volando entre las nubes". ¿Qué le diría Lao-Tse para parecerle así? La leyenda sólo pone en boca de Lao-Tse estas palabras, que debían de sonar en los oídos de Confucio como una severa lección: "Estos ejemplos de virtud que buscas en el pasado son de gente ya comida por los gusanos y de la que subsiste sólo el nombre. El sabio debe vivir en su tiempo y trazarse su propio camino, para no hallarse rodeado de difi-

Estatua de Lao-Tse en la pagoda de porcelana de Cantón, China.

Cerámica vidriada, producida durante la dinastía Han, que representa la figura de un perro ladrando (Museo Británico, Londres).

MENCIO

De entre sus grandes filósofos, tres tuvo China que han sido de suma importancia para su historia: Mencio, Confucio y Lao-Tse, los cuales sobresalen con mucho de los demás. Si maestro K'ung fue conocido en Occidente como Confucio, maestro Meng también recibió un nombre latino: Mencio. Su vida presenta mucha semejanza con la de Confucio y provenía de la misma provincia (la actual Shantung). Igual que Confucio, vivió en una época de política confusa (372-289 a. de J. C.). Como profesor, viajó largamente por China enseñando su forma de pensar, hasta que, al fin, se retiró desilusionado, para terminar su vida dedicado plenamente a la meditación.

Mencio creía en los héroes legendarios de los antepasados, pero, al contrario que Confucio, no quiso aceptar todo lo que contaba la Historia. Creyó también en la bondad ingénita del hombre, que le permite distinguir entre lo bueno y lo malo, y esperó que cada individuo sometiera su actuación a este principio. Un joven está lleno de bondad congénita. Por los tristes ejemplos que le ofrece la vida, el hombre razonable se dará cuenta a tiempo de que su bondad disminuye, lo que le impelirá a reforzarla y cultivarla. Aunque esto no es fácil, tiene el estímulo de la "doctrina del amor distinguido". Por ejemplo: el individuo que ama a sus padres es un ser natural; si no los ama, es un animal, y por tanto, como hombre, es contranatural. De este amor por los padres viene a desarrollarse el amor hacia el prójimo.

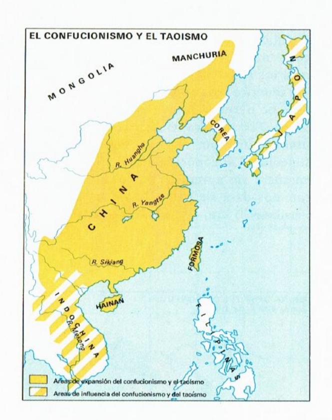
Como el hombre es bueno por naturaleza, no hay diferencia entre ellos. Todos somos iguales. Cada ser humano es, según Mencio, "una complejidad acabada perfectamente", pero esto no quiere decir que no haya hombres "más altos" y "más bajos", por decirlo en lenguaje sencillo. Aunque todos seamos buenos por igual, no somos iguales de inteligentes ni igualmente dotados, lo que es decisivo en la vida social.

Aparte de amor para todos, Mencio ponía justicia en cualquier cosa: "El espíritu del hombre es justicia". Sólo hombres verdaderamente buenos pueden reinar. Como en tiempos de Mencio el gobierno dejaba bastante que desear, no cesó de criticar acremente a los gobernantes feudales. Esto le llevó a reconocer el derecho a la revolución cuando el país estuviera mal gobernado.

Para el filósofo, las órdenes del cielo (según las cuales el emperador estaba sentado en un trono de dragones) eran algo muy sagrado, contra lo que ningún gobernante podía oponerse. El pueblo debía ocupar siempre el primer plano; el emperador sería su servidor. Si no tenía condiciones para desempeñar su tarea, debería ser destronado para siempre.

He aquí las reglas que Mencio daba para el buen gobierno: escuelas para todos, leves castigos para los malhechores, reducidos impuestos, reparto equitativo de riquezas, tierras en propiedad inalienable y definitiva para los campesinos, protección del estado para todo el mundo. Estas normas tan actuales de Mencio han permitido que los chinos le consideren como el segundo filósofo, inmediatamente detrás de Confucio, que es el primero. Cuando, bajo la dinastía Sung, nació el neoconfucianismo, las normas de Mencio tuvieron gran influencia, porque ciertamente se veía en ellas algo nuevo por completo.

J.T.S.



cultades. Los mercaderes ricos no enseñan sus tesoros, los guardan en la caja; igualmente, el hombre superior parece el más natural y sencillo. Apártate de la vana ciencia. Es cuanto tengo que decirte".

Estas palabras, que la tradición atribuye a Lao-Tse, están completamente de acuerdo con el librito llamado el *Tao,* en que se halla concentrada toda la filosofía del sabio archivero de Chou. La palabra *Tao* se traduce por *Camino,* o *Sentido,* pero su significado parece vago. Para la mayoría de los modernos críticos no es obra de Lao-Tse, sino de discípulos suyos posteriores. De todos modos, el *Tao* contiene una doctrina uniforme que parece la clara expresión de una gran personalidad.

La leyenda cuenta que Lao-Tse, después de haber vivido en su soledad del archivo de Chou, al llegar a la vejez renunció al cargo y salió de China para no volver.

El *Tao* nos lleva a un concepto del mundo mucho más profundo que cuanto hallamos en las otras doctrinas del Oriente. "*Tao* no puede expresarse –dice Lao-Tse–; el *Tao* es eterno; lo que puede nombrarse ya no es el *Tao.*" "Cuando un sabio oye hablar del *Tao,* comienza a pensar y cree en él; cuando un sabio a medias oye hablar del *Tao,* cree y duda; cuando un ignorante oye hablar del *Tao,* se ríe a carcajadas, y si no se riese, ya el *Tao* no sería el *Tao.*"

El *Tao* es lo inmanente, lo que es, ha sido y será, y está más allá del cielo y de la tierra. "Hay una cosa que ya existía antes que el cielo y la tierra: quieta, vacía. Sola e inmutable. Recorre un círculo y no sale de él. Se puede llamar *la madre del mundo.* No se sabe su nombre. La llamamos *Tao* para decir *grande...,* tan grande que se desvanece; leja-



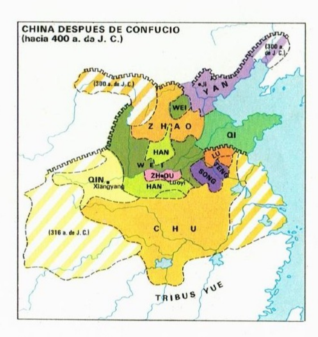
Según la imaginación de un dibujante chino del siglo XVIII, así era el acceso a la presencia de un emperador de la época Han (Biblioteca Nacional, París).

na, pero que vuelve... Fluye siempre. Es un abismo, que antecede a todas las cosas. Parece que fue antes que Dios." "Mis palabras –sigue diciendo Lao-Tse– son fáciles de comprender, muy fáciles de ejecutar; pero nadie en la tierra puede comprenderlas ni ejecutarlas." ¿Por qué? Porque los hombres quieren ser ellos y cambiarlo todo. ¿Cambiarlo para qué? Para el bien; pero el bien ya no es el *Tao;* el *Tao* está más allá del bien y del mal. Por esto Lao-Tse se enfureció contra Confucio. Escuchemos lo que dice: "Cuando un gran imperio empieza a correr naturalmente, como el agua, se produce la unión del mundo... Conquistar el mundo y querer manejarlo, he visto que fracasa. El mundo es una cosa espiritual, que no puede manejarse. El que la maneja, la echa a perder. El que la quiere retener, la pierde".

El progreso material no interesa a Lao-Tse: "Las carreteras serán hermosas y llanas, pero las gentes irán por malos senderos. Las leyes serán severas, pero los campos estarán llenos de cizaña y los graneros vacíos. Los trajes serán elegantes; todo el mundo llevará espada y comerá viandas exquisitas; algunos tendrán grandes fortunas; pero reinará el desorden y no la justicia". En cambio, "si reina uno verdaderamente grande, apenas el pueblo advertirá que está reinando. Otros reyes, menos grandes, serán amados, temidos o despreciados...". "El que gobierna (según el *Tao*) deja los corazones vacíos y los cuerpos dispuestos. Debilita los deseos y fortalece los huesos. Mantiene constantemente a las gentes exentas de saber y de apetitos, y cuida que aquellos que creen saber (los *científicos*, los sabios a medias) no se atrevan a obrar. Consigue no hacer. Así todo se pone en orden."

Por sus resultados vamos comprendiendo qué es el *Tao*. Es lo que es; y está más alto que la ley de la naturaleza, pero produce la ley. Lao-Tse dice que la Luna y las estrellas hace ya tiempo que aprendieron el *Tao*. Los hombres perfectos pueden ser como ellas y vivir conformes con el *Tao*. "Cuando los de arriba no hacen nada, entonces el pueblo se forma por sí mismo. Cuando los de arriba gustan de la quietud, el pueblo se arregla por sí solo. Cuando los de arriba no realizan actividad ninguna, el pueblo se enriquece por sí mismo. Cuando los de arriba no sienten apetitos, el pueblo, por sí mismo, adquiere la simplicidad." ¡Qué contraste con la regulación estricta de Confucio en todas las cosas! Más aún cuando añade Lao-Tse, evidentemente preocupado por el culto a los antepasados, que "cuando se gobierna el mundo por el *Tao,* entonces los muertos no vagan como espíritus. No es que los muertos no tengan fuerzas espirituales, pero no perjudican al hombre...".

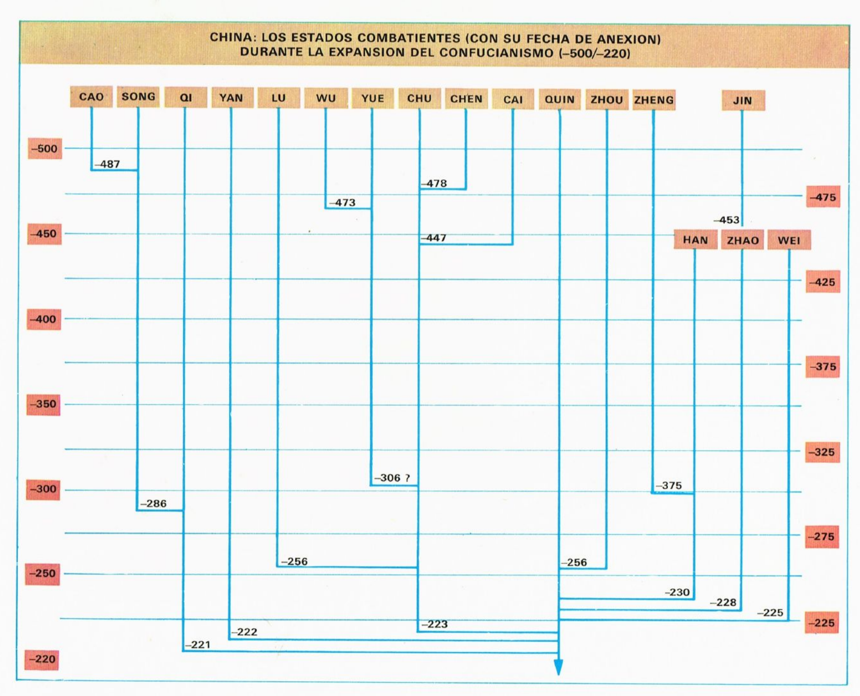
El *Tao* predica el amor, la sobriedad, devolver bien por mal, etc. Pero todo queda supeditado al conocimiento del *Tao,* que nos enseñará sin aprender, nos dirigirá sin buscar, nos dará sin pedir. La doctrina del *Tao* permaneció como una ciencia mística, ex-



puesta en libros posteriores, pero sin tener muchos adeptos, hasta que poco a poco fue convirtiéndose, de doctrina moral que era en su origen, en magia y superstición.

Varios emperadores chinos se interesaron por el *Tao*. Se cuenta que uno de ellos trató de explicarlo a sus cortesanos, y para tenerlos despiertos mientras hablaba, tuvo que amenazarlos de muerte si llegaban a bostezar. Otro emperador, el primero de la dinastía Han, protegió de tal modo a los letrados intérpretes y comentadores del libro de Lao-Tse, que el taoísmo pasó a ser la religión del estado.

Del pequeño filósofo archivero se hizo así un dios y se esperaron de él reencarnaciones sucesivas. Al *Tao* se le encontró un sentido oculto y a sus frases oscuras se les atribuyó fuerza de conjuro. Un sumo pontífice taoísta se instaló el año 123 en la montaña del Dragón, en Kiang-Si, y desde entonces sus descendientes han continuado atribuyéndose "el poder de pasearse por el cielo estrellado, gobernar el viento y la lluvia, mantener el mar separado de la tierra y expulsar los demonios". En todas las religiones se descubre el fenómeno de la interpretación del libro sagrado, esencialmente espiritual y metafísico, para adaptarlo a satisfacer necesidades prácticas de devoción. Se encuentran casos en que el texto de las escrituras y la liturgia están en perfecto desacuerdo, y aun se contradicen. Sin embargo, en el caso del taoísmo el escándalo es tan enorme, que no se comprende que un pueblo sensato y poco propenso a desvaríos místicos, como el pueblo chino, haya podido asociar durante más de dos mil años a Lao-Tse y el *Tao* con los conceptos de un cielo mágico y un infierno que se halla plagado de demonios a quienes hay que aplacar con exorcismos.



BIBLIOGRAFIA

Brémond, R.	*La sagesse chinoise selon le Tao,* París, 1955.
Creel, H. G.	*Confucius, the Man and the Myth,* Londres, 1951.
Do-Dinh, P.	*Confucio y el humanismo chino,* Madrid, 1965.
Duyvendak, J. J. L.	*Tao Te Ching,* 1954.
Fung Yu-lan	*A History of Chinese Philosophy,* Princeton-Londres, 1952-1953.
Grenier, J.	*L'esprit du Tao,* París, 1956.
Hughes, E. R.	*Chinese Philosophy in Classical Times,* 1942.
Hu Shih	*Religion and Philosophy in Chinese History,* Shanghai, 1931.
Legge, J.	*The Works of Mencius,* 1895.
Leslie, D.	*Confucius,* París, 1962.
Lin Yutang	*The Wisdom of Lao Tse,* 1948. *La sagesse de Confucius,* París, 1949.
Lionnet, J.	*Tao Te Ching, traité sur le principe et l'art des vieux maîtres de la Chine,* París, 1962.
Liu Wu-chi	*La philosophie de Confucius,* París, 1963.
Marín, J.	*Lao-Tse o el universismo mágico,* Madrid, 1967.
Maspéro, H.	*Mélanges posthumes sur les religions et l'histoire de la Chine. Les religions chinoises, le taoïsme* (3 vols.), París, 1950.
Shrycock, J. K.	*The Origin and Development of the State Cult of Confucius,* Nueva York, 1932.
Waley, A.	*Three Ways of Thought in Ancient China,* Londres, 1939. *The Way and its Power,* Londres, 1934.
Wieger, L.	*Le taoïsme,* París, 1911-1913.
Wilhelm, R.	*Confucio,* Madrid, 1965.



Una cierva arrodillada (Museo Cernuschi, París), muestra del arte de la estepa china, procedente de la región de los ordos, en la Mongolia meridional.



Relieve hindú del siglo II antes de J. C. que representa a Gautama meditando sobre el dolor y la muerte en su cámara nupcial (Museo Británico, Londres).

El Buda

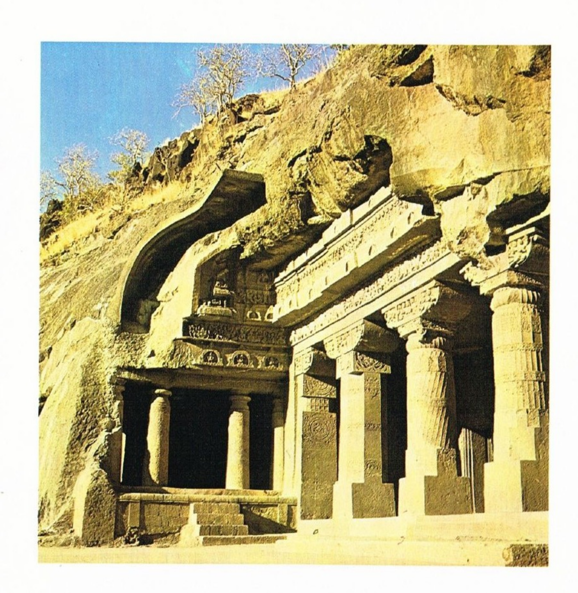
El príncipe ario Sidarta Gautama, de la tribu de los sakias, el que después fue llamado Buda, vivió y predicó en el siglo VI antes de J. C. No sabemos con exactitud la fecha de su nacimiento, pero tendría ya casi ochenta años cuando murió en 543, según los cómputos de los monjes de Ceilán. Hoy se tiende a dudar de esta fecha y a creer que hay que poner la predicación de Buda en el siglo V en lugar del VI; así es que el Buda sería contemporáneo de Sócrates y de Nehemías.

La juventud de Gautama se deslizó sin contratiempo en el palacio de Kapilavastu, al norte de la India. Los sakias estaban entonces en paz con sus vecinos, y Sidarta casó con una prima suya también aria, princesa de la tribu del "otro lado del río". Aunque la leyenda lo haya decorado con poéticos detalles, es casi seguro que su conversión se efectuó así: un día, Gautama, paseando en su carro con su escudero Chana, se encontró con el espectáculo de la vejez, la enfermedad y la muerte, que de súbito le abrieron los ojos para comprender la pobre trama de la vida.

Primero distinguió a un hombre viejo, al lado del camino. "¿Quién es ese de cabello blanco, ojos apagados y cuerpo tembloroso?", preguntó a su escudero. Chana contestó: "Es un viejo; antes fue un niño de pecho, y después un joven lleno de vida, pero ahora su lozanía se ha marchitado y ha perdido su fuerza...". Gautama replicó: "¿Y cómo puede nadie regocijarse cuando sabe que pronto envejecerá y se extinguirá su vigor?".

Y he aquí que, mientras hablaba todavía, vio a otro hombre que se quejaba, respirando febrilmente. "¿Qué tiene ese hombre?", preguntó Gautama. "Está enfermo –contestó el escudero–; los órganos de su cuerpo se hallan descompuestos; todos los humanos estamos sujetos a tales desórdenes."

El escudero picó los caballos para escapar de aquella visión, pero pronto se encontraron con un entierro. "¿Qué llevan esos hombres tan tristes, entre coronas y flores?" El escudero respondió: "Acompañan un cadáver. Sus miembros están rígidos, sus pensamientos le han dejado, no tiene vida, sus placeres y sufrimientos han termi-



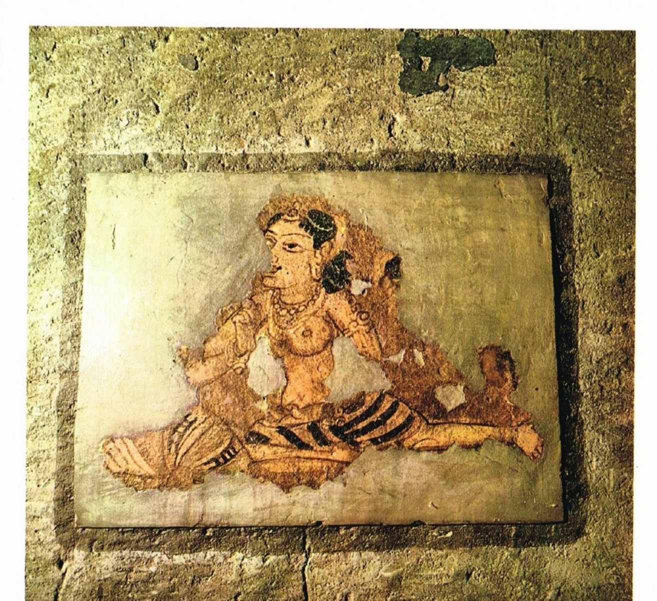
nado. Todo tiene que morir; no es posible eludir la muerte".

Desde aquel día, Gautama fue otro hombre. Al preguntarle su esposa la causa de sus preocupaciones, contestaba: "El hombre envejece, enferma y muere; ¿qué incentivo puede tener para él la vida?".

Por fin, al nacer su único hijo, cuando ya tenía Gautama veintinueve años, decidió abandonar Kapilavastu para hacer vida de mendigo. Marchó primero a una ciudad llamada Rajaga, donde había maestros de la antigua sabiduría de los Vedas. Vivían en las cuevas de las colinas que rodeaban la ciudad; más seguros allí que en despoblado, y lo bastante solos para contemplar sin distraerse los contrafuertes del Himalaya, que empiezan a distinguirse desde aquel lugar.

El propósito de Gautama es evidente; como más tarde Lulio y Loyola, quiso aprender antes de empezar a enseñar. Pero lo que aprendió no le satisfizo. He aquí, poco más o menos, las enseñanzas que recibió de los brahmanes el futuro Buda y sus objeciones: el alma –decían los maestros de la vieja sabiduría hindú– es distinta de las sensaciones. Cuando tú tocas una cosa, tu cuerpo es el que toca, pero tu alma es la que percibe. Tu alma es la que resuelve

Entrada a la cueva I de Ajanta, en el Decán. En las cercanías de esta localidad se descubrieron, a principios del siglo XIX, treinta cuevas que eran otros tantos templos budistas o lugares de reunión. Aunque es difícil establecer su cronología, se supone que fueron construidas del siglo II a. de J. C. al VII de nuestra era.



"La danzarina", fresco de una cueva de Ajanta.

Estela hindú del siglo XII con una representación de Visnú (Museo Guimet, París). Visnú, originariamente divinidad solar, entró a formar parte de la trinidad brahmánica creada para reforzar la antigua religión superada por el budismo. Puede experimentar diversas transformaciones o encarnaciones que se denominan "avatares de Visnú".



y piensa, pero también es ella la que siente el olor, la que nota el sabor, que tu nariz o tu paladar perciben. Dudar de la existencia del alma es un error que te aparta del camino de la salvación. La verdadera vía es purificar esta alma, separándose de las gentes, viviendo de limosna, sin apetencias ni responsabilidades. Sobre todo, reconociendo que el mundo material es un puro sueño, llegamos a una vida espiritual. Como un pájaro se escapa de su jaula, así vuela el alma cuando se siente libre de las sensaciones.

Éstas eran las doctrinas de ciertas escuelas brahmánicas por aquella época; hasta aquí habían llegado en los días del Buda. Las objeciones del príncipe Gautama, convertido ya en Sakia-Muni, o el sabio de su tribu, creemos que van a sorprender al lector. Por de pronto, el punto capital de todo el budismo es negar la existencia del alma. Este pequeño ser vivo, espiritual pero humano, que, como un invisible homúnculo, los filósofos griegos y romanos y todos los doctores cristianos insistieron siempre en afirmar que llevamos encerrado en nuestro cuerpo (el *nous,* la *psyche,* el espíritu, la *umbra,* el alma), fue el enemigo capital del Buda y de su escuela.

"Nuestra miseria –replicaba el futuro Buda a los sabios hindúes– no proviene de la esclavitud del alma, sierva, como decís, de las pasiones, sino de que no nos hemos libertado de la personalidad, del *yo*. Decís que podéis separar el *yo* de sus actos, pero os equivocáis; el hombre es un compuesto de sus facultades; no existe ese ente extraño que, oculto por un telón, percibe lo que pasa delante. No existen cosas sin cualidades: son las cualidades las que forman las cosas. No existe el alma sin las facultades, son las facultades las que forman el *yo*... ¡Cuánta confusión viene del interés en uno mismo y en su propia perfección! El mero hecho de pensar que uno piensa, y que piensa bien, le despierta su vanidad. Además, si existe esta alma, como decís, debe persistir después de la vida, ya en el cielo, ya en la tierra, ya en el infierno... ¿Estaremos eternamente condenados a egoísmo y limitación?"



Representación de Buda en madera dorada (Museo Histórico, Berna). Tras un período de voluntarias privaciones y de vida ascética, Gautama obtuvo la iluminación mientras estaba meditando bajo un árbol. Desde entonces se llamó Buda, que quiere decir "el Iluminado".

Los brahmanes repetían: "¿No ves por doquier los efectos de esta caracterización de cada cosa? El conjunto de cualidades personales hace a los hombres diferentes en temperamento, fortuna y destino. El *karma*, o personalidad, merece premio o castigo; por esto precisa la transmigración del alma a otro cuerpo, heredando de nuestra existencia anterior los efectos de nuestras malas acciones y el galardón de nuestra bondad".

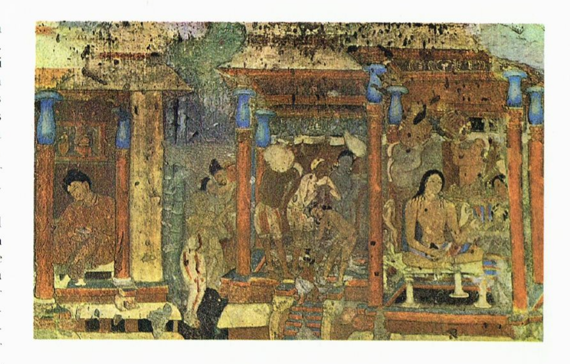
Gautama les contradecía en estos términos: "La existencia del *karma*, que caracteriza cada persona y cosa, es innegable:

pero el *yo* no existe. Mi persona es una combinación, así mental como material". De las primeras discusiones de Sakia-Muni con los brahmanes ya se desprende que en aquella época habría gran tolerancia en las escuelas indas hasta para las opiniones más arriesgadas. Esto debía facilitar después la predicación del budismo, pero, en realidad, Sakia-Muni no tenía nada que predicar todavía. Sus objeciones tenían sólo el carácter de una duda metafísica.

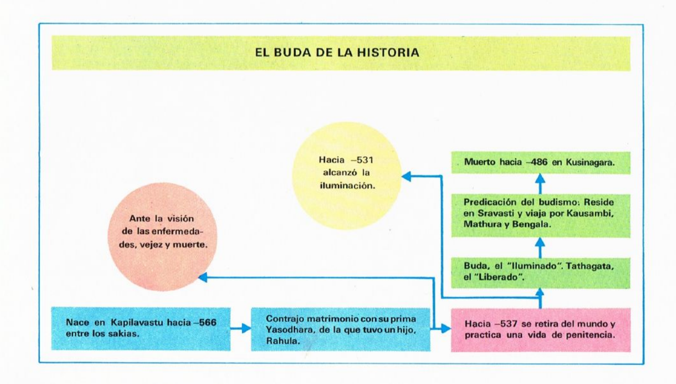
Desengañado de la escuela de Rajaga, el futuro Buda pasó al bosque para ver si, con la penitencia y el ayuno, podía liberarse de la personalidad que le atormentaba. Fijó su morada en la selva de Uruvela, en el lugar donde ahora se levanta el templo de Buda-Gaya, y allí por espacio de seis años mortificó su cuerpo ásperamente, hasta quedar reducido a un esqueleto. Probó a subsistir, dice la leyenda, con un solo grano de mijo al día. Tan dura penitencia le atrajo la admiración de las gentes, que acudían de muy lejos para implorar con respeto sus bendiciones.

Empero, Gautama no estaba satisfecho. Su cuerpo se debilitaba sin lograr aumento de luz espiritual por medio de repetidos éxtasis. Buscando la verdad, no podía experimentar los raptos de amor que han contentado a los místicos de otras razas. Comprendió que necesitaba reforzar su cuerpo si quería obtener la claridad del entendimiento. Para esto fue primero a bañarse en el río y, al tratar de salir del agua, se desmayó, pero haciendo un gran esfuerzo consiguió llegar a la orilla. Al verle allí, tendido y extenuado, la hija de un pastor le ofreció un plato de arroz, que Sakia-Muni comió sin escrúpulo. Esto escandalizó mucho a los que le servían reverentes por su vida de penitencia y austeridad.

Abandonado por los que le admiraban y perseguido, añade la leyenda, por los espíritus malignos, que le tentaban de continuo, fue a sentarse al pie de un árbol que crece en la India, una higuera silvestre *(Ficus religiosa)* llamada *Bo*. Era temprano, por la mañana, cuando comenzó a meditar a la sombra de la higuera, y antes de caer el día recibió la gran iniciación. Desde aquel momento sería el *Buda*, que quiere decir "el iluminado". Había comprendido, no la naturaleza de Dios, no la causa del universo, sino la naturaleza del dolor, sus causas y su remedio. Esto es lo que descubrió el



Detalle de un fresco de la cueva I de Ajanta que representa un episodio de la vida de Buda. El conjunto pictórico de Ajanta es por sí solo la mejor colección de pintura hindú.



LA INDIA DESDE LOS TIEMPOS VEDICOS AL BUDISMO

Ya hemos hablado en un capítulo del tomo II de esta obra sobre el cambio que representó para la India primitiva la llegada de pueblos indoeuropeos que se establecieron en su suelo. Hasta que los modernos trabajos de la arqueología descubrieron la existencia de las ciudades de Harappa y Mohenjo-Daro, nada se sabía sobre la historia de la India anterior a la llegada de los arios. En la actualidad, y gracias a numerosas excavaciones, conocemos la naturaleza de esta civilización del Indo, contemporánea a la sumerio-acadia, que en ningún aspecto parece inferior a su vecina y que, desde luego, es más antigua que las civilizaciones que durante muchos años se han estudiado como cuna del hombre y de la cultura.

A este respecto es aleccionador observar las excavaciones de estas antiguas ciudades indas: sus calles trazadas en ángulo recto; las instalaciones higiénicas de sus casas, como los desagües y salas de baño; la separación espacial entre los edificios públicos y las viviendas, son detalles propios más bien de una civilización moderna que de un pueblo del III milenio a. de J. C. Si a esto añadimos las sorprendentes manifestaciones del arte de la época, esculturas que son obras maestras en la técnica del modelado y en la plasmación del movimiento, tendremos una idea justa de la importancia de la primera civilización del Indo.

Pero este florecimiento cultural sufrió una perturbación interior cuando, entrado ya el II milenio, poblaciones provenientes de las montañas del Afganistán y Beluchistán, empujadas por la presión de pueblos invasores que venían de más arriba, buscaron su refugio en la llanura del Indo. Esto perturbó el equilibrio interior, que quedó totalmente roto, a mediados del II milenio, por la llegada, a través de la llanura irania, de un pueblo invasor, los arios, que con su presencia introdujeron en la India una lengua nueva, el sánscrito, y una civilización diferente, la indoeuropea.

La época que comienza en este momento y que, hasta el período grecobúdico, va a durar más de mil años no ha dejado restos arqueológicos suficientes para reconstruir las características de las culturas desarrolladas en suelo indo. Sobre todo, sorprende la ausencia de manifestaciones artísticas, lo cual no prueba que no se desarrollara el arte en esta época, sino más bien que los materiales que se emplearon eran muy frágiles, como la madera, o quizás el marfil, y que por eso han desaparecido las obras de arte, sin dejar huella alguna debido al clima húmedo y abrasador de la India. A pesar de ello, es ineludible estudiar este período, porque durante él se cimentaron ampliamente las bases de la peculiar concepción inda del mundo.

Para estudiar este período (1500 a 200 antes de J. C.), en que se produjo el impacto del mundo ario sobre el medio indo, sólo podemos usar como fuente histórica algunos textos literarios que la tradición inda considera como sagrados y de origen divino, los cuales reciben el nombre de *Veda,* que significa el *Saber.* En la literatura védica son evidentes unos períodos cronológicos, aunque tienen escaso rigor y precisión. La tradición épica posterior añade algunos detalles a las alusiones históricas de los textos sagrados. Con todo lo cual, la sucesión de los hechos, medio históricos medio míticos, ocurridos en este período, podría narrarse así:

La invasión de los arios, de los que dice el *Rig-Veda* que hubieron de enfrentarse con pueblos autóctonos de piel oscura y que levantaron fortalezas y ciudades a su paso, avanzó de Oeste a Este, de forma que el centro del arianismo, que en un principio fue el "país de los cinco ríos", pasó primero a una región llamada Kuru, situada entre el Ganges y el Sarasvati, y luego avanzó hasta las regiones de Koçala y Videha, en la orilla izquierda del Ganges medio. En su avance hacia el Sur, las poblaciones indígenas les opusieron una resistencia tenaz. Tales poblaciones vivían dedicadas al pastoreo y a la agricultura y en la base de su organización social había ya un esbozo de división de castas, aunque no imposibles de franquear, como lo fueron posteriormente, pues los miembros de distintas razas o castas podían contraer matrimonio entre sí.

Parece que estas poblaciones indígenas estaban ya políticamente organizadas bajo el mando de dos dinastías contemporáneas: la Solar, a la que pertenece el héroe Rama, cuyas aventuras constituirán más tarde el núcleo literario del poema épico sánscrito *Ramayana,* y la Lunar. Entre estas dos dinastías se daría la "batalla de diez reyes" de que habla el *Rig-Veda,* primer hecho concreto de la historia bélica del país.

Más adelante, sin que se pueda fijar la fecha ni siquiera aproximadamente, un motivo desconocido provocó una querella entre dos familias de la dinastía Lunar, que acabó en lo que se llama guerra de los Bhârata, en la que participaron como aliados de uno u otro bando la mayoría de los clanes arios vecinos. Esta integración de las tribus arias en los intereses locales cierra quizás el ciclo clásico de enemistad-enfrentamiento-alianza que a lo largo de la Historia se ha dado múltiples veces entre dos pueblos obligados a habitar el mismo territorio. Tras la guerra de los Bhârata vivió el rey Parikchit, mencionado por el *Atharva-Veda,* figura histórica y a la vez legendaria, fundador de una dinastía y artífice de una edad de oro. Durante su reinado, la India del Norte se dividió en varios reinos, los más importantes de los cuales fueron el de Kuru y el de Panchaba, que acabaron fusionándose.

Esto nos dicen las fuentes de la historia de este milenio, pero su conocimiento no proporciona apenas ninguna luz sobre el período. Lo que en realidad interesa conocer no son las listas de los reyes y la versión de sus hazañas, sino el proceso interior de la historización del país. Pasaron muchos siglos antes que los invasores arios dominaran la India del Norte, y ya el primer estado de características políticas y culturales arias se organiza en la región de Magadha, hasta que poco a poco se adueña de todo el valle del Ganges. Esta traslación de influencia desde el Norte hacia el Sur tuvo lugar entre los siglos VI y IV a. de J. C., es decir, durante el transcurso del imperio aqueménida.

Paralelamente a las manifestaciones de cultura que fue capaz de desarrollar este imperio –piénsese en los palacios reales de Susa y Persépolis–, también la civilización aria tuvo una gran eclosión artística e intelectual, bien patente en los monumentos de su capital, Pataliputra, y en el desarrollo del pensamiento brahmánico en las lecciones de los *Upanishads.*

Éste era el ambiente imperante en la India cuando en el siglo VI a. de J. C. nació el Buda, quien, como reacción contra el brahmanismo, antigua religión nacional, fundó el budismo, la más antigua de las grandes religiones actuales.

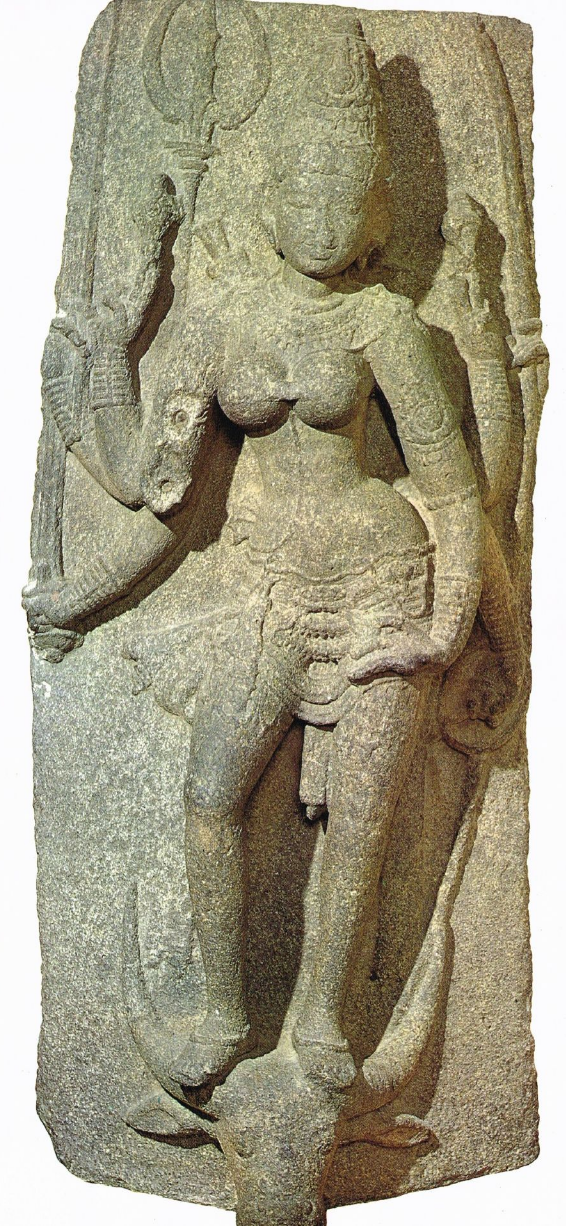
V. G.

Muni de los sakias, por esto fue llamado Buda; todo el budismo dimana de la gran iniciación del Buda en ese día memorable para la historia del Oriente. Casi la mitad de la raza humana sigue, o cree seguir, la doctrina del iluminado bajo la sombra de la higuera.

Lo que pasó por la mente del príncipe Gautama el día de su transformación en Buda no lo sabremos nunca; él no quiso decírnoslo y la leyenda lo ha forjado a su sabor, contando fantásticas visiones.

Por de pronto, el Buda resolvió hacer lo que se llama la Gran Renunciación, esto es, no vivir para él solo, sino predicar a los hombres la buena nueva. Ante todo, quiso el nuevo Buda ir a convencer a sus maestros, los brahmanes de Rajaga, y se encontró con

Estela del siglo I con un relieve de la diosa Durga, una de las numerosas transformaciones de la esposa de Siva (Museum of Fine Arts, Boston). Este personaje de la rica mitología brahmánica está en lucha constante contra el demonio. En esta ilustración aparece con armas en sus numerosos brazos y aplastando al demonio de cabeza de búfalo.



que ya habían muerto. Después creyó que era deber suyo convertir a los cinco ermitaños que le habían servido en la selva de Uruvela y que al dejarle se marcharon a Benarés. Vivían entonces como penitentes en un paraje de las afueras de la ciudad, llamado Parque de los Ciervos. Al ver llegar al Buda, se confabularon para rechazarle como a un apóstata, pero, impelidos luego por una fuerza misteriosa, le reconocieron como iluminado y le sirvieron como a un ser superior. El Buda, lleno de bondad, predicó a los cinco ermitaños un sermón famoso, conocido con el nombre de Sermón de Benarés o de la Fundación del Reino de la Verdad, que tiene la ventaja de ser corto. Es como sigue:

"Hay dos extremos que debemos evitar, ¡oh ermitaños! Uno es el de los placeres de los sentidos y el otro el de la mortificación con prácticas penosas, que entontecen y no aprovechan.

"Existe un camino intermedio, ¡oh ermitaños!, un camino que nos hace abrir los ojos del entendimiento y nos trae la paz, llevándonos a la sabiduría, a la verdad, al Nirvana.

"¿Cuál es este camino? En verdad os digo que es el de los ocho preceptos: Justa visión, libre de supersticiones e ilusiones. Justos deseos, altos y dignos de un hombre inteligente. Palabra justa, sincera y verdadera. Conducta justa, en paz, honestidad y pureza. Acción justa, sin hacer daño a cosa viviente. Justo esfuerzo, educándose para dominarse. Mente justa, activa, atenta y despierta. Justa contemplación, meditando cuidadosamente sobre la realidad de la vida.

"Respecto al dolor, oh ermitaños, cinco causas nos producen dolor. Son: nacimiento, enfermedad, muerte, unión con cosas desagradables y separación de cosas agradables. Las cinco son consecuencia de la composición de nuestro cuerpo.

"Éste es el origen del dolor. Buscamos la renovación de lo que siempre está cambian-

BRAHMANISMO

Con el nombre de brahmanismo se designa un conjunto de doctrinas religioso-filosóficas de tendencia panteísta, a partir de las cuales se ha desarrollado el hinduismo.

El núcleo originario de estas enseñanzas se halla en las compilaciones *(samhitâ)* de los Vedas. Estas compilaciones reciben los nombres de "Rig-Veda" (Saber de los himnos), "Sama-Veda" (Saber de los cantos), "Yajur-Veda" (Saber de los sacrificios) y "Atharva-Veda" (Saber de las fórmulas mágicas).

Debe destacarse que el "Rig-Veda", el libro más antiguo y venerado de la India, pertenece a un período –mediados del segundo milenio antes de Cristo– en el que los arios no se habían adentrado mucho en las nuevas tierras que estaban invadiendo. Prueba de ello son las escasas alusiones al tigre y al elefante, en las que se advierte además que esos animales serían algo raro y exótico. Nada se dice del árbol *nyagrodha*, "el que oculta sus ramas bajo la tierra", que más adelante se convertirá en un tópico de la literatura hindú. Se hace muy parca referencia a la flor de loto, no se menciona el arroz y tan sólo de modo marginal se habla del Ganges.

Los poetas védicos no ofrecen la actitud pesimista que será una de las más destacadas características del pensamiento hindú posterior. Se anhela una vida feliz, con abundancia de bienes, con mujeres placenteras, descendencia, muchos rebaños y aptitud para conservar durante mucho tiempo "olor de hombre". Heinrich Zimmer llegará a decir que en los himnos védicos aparece una verdadera obsesión por el oro y que el calificativo "dorado" se prodiga con particular fruición. Es evidente que el interés del pueblo védico en aquella época se centra en la posesión de bienes terrenos. El hombre védico desea alargar su existencia mediante procedimientos mágicos. En los textos védicos nada se dice aún acerca de la transmigración, concepto que halla pleno desarrollo en los "Upanishads".

Más de las tres cuartas partes de los himnos del "Rig-Veda" se dedican a divinidades que personifican fenómenos de la naturaleza. Yaska, el comentarista hindú, ya clasificó antaño a los dioses védicos en celestes, atmosféricos y terrestres.

El hombre védico vivía inmerso en un cosmos sagrado. No establecía diferencia alguna entre lo animado y lo inanimado. Sentíase completamente rodeado por potencias extrañas que podían ayudar o dañar. Tras cada fenómeno se ocultaba un dios. Un gesto, un sentimiento, un instrumento o un simple vocablo podían llegar a convertirse en divinidades. Por ejemplo, el nombre *bhaga*, que significaba "parte, lote, suerte", se convirtió en Bhaga, el dios que distribuye los bienes. La expresión *druh*, que se usaba para significar todo lo relativo a engaño, pasó también a designar un conjunto de seres empeñados en combatir la verdad.

Con todo, algunos dioses fueron destacando como núcleos de mayor potencia. Sus atributos permiten entrever un perfil antropomórfico que ofreció al hombre védico la posibilidad de establecer una relación personal.

Los primitivos dioses védicos, que adquirieron cierta configuración gracias a sus atributos, presentan características comunes: se alimentan de cereales, leche, mantequilla y beben *soma*, el licor sagrado. No duermen jamás. Actúan incesantemente y no sienten demasiado interés por la existencia de los humanos. Pero el hombre védico poseía una arma poderosa para entrar en relación con ellos: los himnos del "Rig-Veda".

Entre los dioses védicos destaca Indra. Es un gran héroe, un gran vencedor. En los himnos se hace referencia a sus brazos musculosos, a sus enormes manos, a su virilidad. Es voraz y además un insaciable bebedor de *soma*. Semeja un toro enfurecido. En él se ensalza la fuerza desbordante. Su oponente es Vrita, una especie de dragón que representa el obstáculo, la dificultad. Algunos autores han querido ver en Indra a un dios de las tormentas y en Vrita a la sequía.

Los Maruts, jóvenes y audaces guerreros, acompañan a Indra montados en carros deslumbrantes. Son los espíritus de las tormentas. Parjanya, el dios que hace crecer los vegetales y germinar el grano, quizá sea una personificación de las lluvias.

En los antiguos textos védicos se dibuja ya la personalidad de Vishnú como dios bondadoso que penetra y restaura las distintas parcelas del universo. En cambio, Rudra, el jabalí celestial que levanta y provoca cataclismos a su paso, presenta un carácter terrible como ente destructor.

Se ha sostenido que los himnos dedicados a Ushash, la aurora, son los textos más hermosos de la poesía religiosa de todos los tiempos. Ushash aparece como una hermosa doncella celestial, siempre joven y atractiva. Surya, el Sol, ojo de los dioses, el de dorada cabellera, la persigue enamorado y constante.

El dios Varuna, en el que se ha querido reconocer a Urano, parece la personificación del cielo. Él ha señalado los senderos de los astros y ha establecido el orden *(rita)* de todas las cosas, que precisamente se conserva gracias al "rito". Varuna es el soberano de los dioses y permanece estático en el centro del universo.

Agni representa el fuego, y Soma, el líquido que se derrama sobre el altar, es la bebida de los dioses. Junto con el "himno", el fuego y *soma* son los factores esenciales del sacrificio, medio de conectar las cosas del cielo con las de la tierra.

En el himno X, 90 del "Rig-Veda", denominado *Purushasûkta*, se encierra la idea madre del brahmanismo posterior. Se habla de Purusha, el gran hombre cósmico que se identifica con la realidad toda. Con el tiempo, el vocablo *purusha* adquirirá el significado de "espíritu". Esta trayectoria parece señalar el proceso por el cual se llegará a la identificación del alma humana *(âtman)* con la realidad absoluta *(Brahman)*.

Con el nombre de "Brâhmanas" se designan los tratados de exégesis de las "compilaciones" *(samhitâ)*, llevados a cabo por los brahmanes, que originariamente constituyeron la casta sacerdotal. Estos textos señalan una progresiva diferenciación del período védico. Puede apreciarse en ellos una exaltación del rito, pues incluso expresan que los dioses quedan subordinados a la eficacia del sacrificio y de la fórmula ritual. Oldenberg ha señalado que en este período se configura la noción de Brahman como oración o palabra mágica de carácter absoluto.

El predominio de la casta sacerdotal se refleja en el rango de divinidad superior que adquiere la oración *(brahma)* dentro del antiguo panteón védico.

Cada "Brâhmana" presenta un anexo o texto de meditación titulado *Âranyaka*, es decir, "perteneciente al bosque", llamado así por ser producto de la reflexión de los eremitas que buscaban recogimiento en el bosque *(aranya)*. Estos textos suponen una ruptura con las anteriores concepciones ritualistas, para lograr, a través de una meditación individual y un íntimo recogimiento, el éxtasis salvador. El núcleo central de cada *Âranyaka* es un *Upanishad*, palabra con la cual se significó originariamente la revelación de un secreto.

La doctrina de los "Upanishads", en términos generales, puede compendiarse en el principio de que el alma o *âtman* equivale a *Brahman*, el espíritu absoluto. Una de las fórmulas que más se repiten en los "Upanishads" es aquella en la que se afirma que "quien conoce *âtman* lo conoce ya todo", pues toda la realidad es la manifestación de Brahman (lo absoluto) a través del alma *(âtman)*.

Los "Upanishads" parecen reflejar la especulación surgida en el seno de la casta de los guerreros (kshatriyas), que muy pronto fue integrada en el conjunto de las creencias brahmánicas. En los "Upanishads" se establece una clara preeminencia de la ascesis *(tapas)* sobre el sacrificio *(yajna)*. La noción de *âtman* se halla ya en el "Atharva-Veda", aunque adquiere en los "Upanishads" su máximo desarrollo. La noción propia y originaria de los textos upanishádicos es la de *karman* o influjo anímico de las acciones, que provoca los ciclos de la transmigración. El concepto de *karman* tendrá una particular importancia en el desarrollo posterior del pensamiento hindú, puesto que toda filosofía, entendida como "saber salvífico", se empeñará en lograr la liberación del alma de aquel influjo que la va encadenando a sucesivas existencias.

J. G. F.

do, ya con una vida futura, ya con una mayor intensidad de la vida presente.

"En cambio, oh ermitaños, ésta es la verdad en lo que concierne a la destrucción del dolor: hay que evitar la sed de personalidad, y el verdadero camino son los ocho preceptos: justa visión, justos deseos, palabra justa, conducta justa, justa acción, justo esfuerzo, mente justa, activa y despierta, y justa contemplación.

"Por largo tiempo, oh ermitaños, no pude distinguir claramente estas verdades; por largo tiempo comprendí que no había conseguido la total sabiduría, pero ahora he obtenido el conocimiento supremo y la luz se ha hecho dentro de mí. Mi voluntad se ha emancipado, ésta es mi última existencia, no más reencarnación para mí". Esto es la negación de la vida futura.

Así habló el bienaventurado. Los cinco ermitaños se convirtieron, fueron los primeros discípulos del Buda y desde entonces vivieron en comunidad. A diferencia de otras religiones, la vida monástica fue establecida en el budismo por el propio fundador y empieza en el mismo Parque de los Ciervos, en Benarés. Concluido su sermón, el Buda añadió:

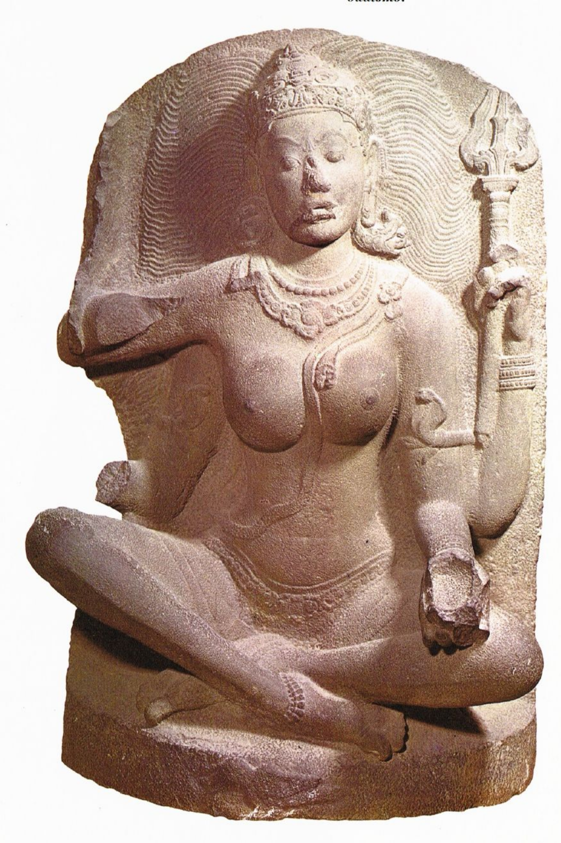
"Aquel que vive solo, aunque haya reconocido la verdad, puede claudicar y caer en sus viejos hábitos. Por tanto, bueno será que nos reunamos para ayudarnos y fortalecernos uno con otro. Sed como hermanos; unidos en amor, en santidad y en celo. Predicad la doctrina por los cuatro ámbitos del mundo, para que todas las criaturas fraternicen en el reino de la verdad. Ésta es la santa fraternidad, ésta es la *sangha* (o convento) donde vivirán en comunidad los que han encontrado refugio en el Buda".

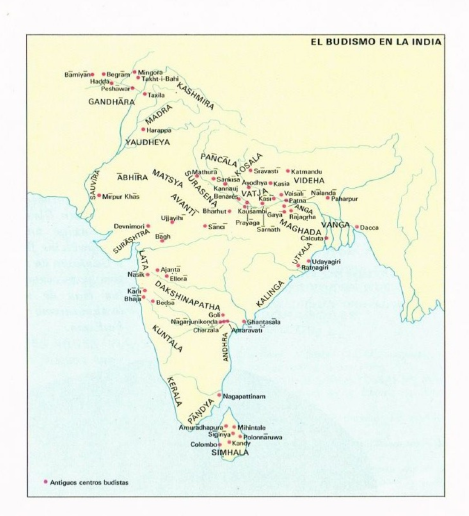
Tememos que el lector quedará algo desilusionado por estas primeras palabras del Buda, que no son sino repetición de los conceptos enunciados ya por Gautama cuando no era más que el Muni de los sakias. Lo único que hay de nuevo es un acento de fe que no existía en sus palabras antes de la iluminación. Seguridad, confianza en sí mismo, absoluta certitud es lo que transpira el sermón de Benarés.

Por lo demás, la disciplina moral, que hoy llamamos filosófica, propuesta por el Buda como vehículo para obtener la suprema libertad no era una gran novedad en el siglo VI a. de J. C., sobre todo en la India; sin embargo, la oposición de este tratamiento del Justo Medio a las prácticas ascéticas de los brahmanes se ve reflejada en todos los discursos del Buda. "Mortificación no procura conocimiento, cuanto menos procurará el triunfo sobre la sensualidad. Aquel que llena su lámpara con agua en vez de aceite, no obtendrá luz; el que frota dos maderos podridos, no encenderá fuego." "Comed y bebed según las necesidades del cuerpo; el agua rodea la flor del loto sin penetrar en los poros de sus pétalos."

Había ciertas escuelas brahmánicas que insistían en lo mismo: una vida santa en pensamiento y en acción. Sin embargo, es original el método propuesto. Hay que romper las diez cadenas que nos atan y que, según el Buda, son como sigue: la primera, naturalmente, es la ilusión del *yo soy*. Nunca somos, pues estamos cambiando a cada momento. La segunda cadena es dudar que pueda nadie librarnos de este error del *yo*, y que pueda uno mismo salvarse. La tercera,

Escultura hindú de basalto, del siglo X, que representa a una divinidad en una de las posiciones fundamentales del "yoga" (Museo Guimet, París). Esta filosofía, cuyo cultivo exige un complemento de ejercicios físicos, preparó a Gautama en sus años de retiro para comprender mejor las vías de superación del brahmanismo y fundar el budismo.

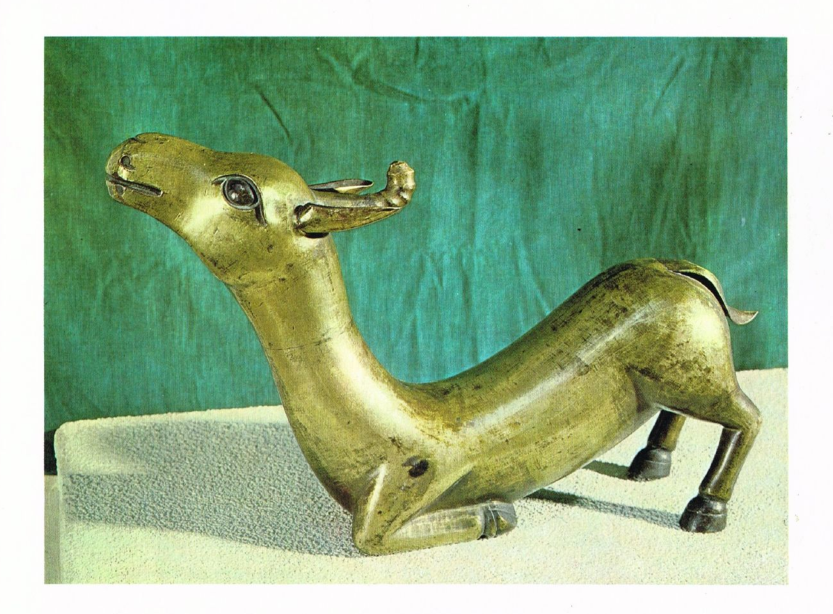




la confianza excesiva en las buenas obras, principalmente en la eficacia de la mortificación. La cuarta, la sensualidad; los que pretenden conseguir la completa liberación deben practicar la abstinencia y el celibato. Para los que no hayan llegado a este grado, bastarán templanza y moderación. La quinta cadena es la pasión; la sexta, el deseo de vivir bien en la tierra y gozar de este velo de las formas materiales. Otro error, o séptima cadena –¡qué sorpresa!–, es el deseo de una vida celestial, literalmente de un mundo sin forma. La octava cadena es la vanidad en la perfección ya obtenida. La novena, la excesiva seguridad en uno mismo. La décima, la ignorancia.

Con algunas variantes, el Buda coincide en su *Camino de Perfección* con lo que llamamos *quietismo* en Europa. Por esto conviene prestar más atención a la psicología budista, hasta dando a la palabra *psicología* el mismo valor que tiene entre nosotros, o sea ciencia del alma. A pesar de que niega la existencia del alma, sorprende la extraordinaria agudeza del Buda para explicarse la formación y funcionamiento de la personalidad. Se ha

Una vista de la ciudad de Benarés, junto al Ganges, en donde Buda empezó a anunciar su mensaje de salvación.



Gacela arrodillada ante la primera predicación de Buda en Benarés (Rietberg Museum, Zurich). El cuerno es un símbolo del Nirvana.

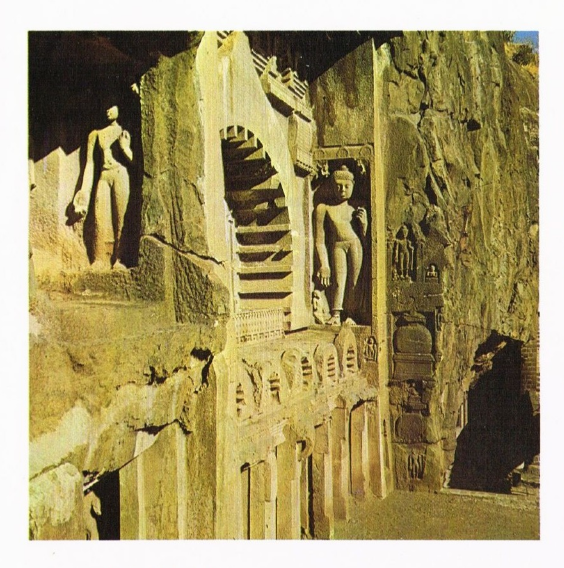
llegado a pensar, por los primeros escritores budistas, que la famosa solución que se llama la *Rueda de la Verdad* fue lo que descubrió el Buda el día de su iluminación debajo de la higuera. La *Rueda de la Verdad* podría también llamarse el *Árbol del Error,* porque de un error nace otro, y de éste, otro, pero la palabra *rueda* nos da la idea de una sucesión de errores que no tienen principio ni fin. He aquí la serie de ellos:

La ignorancia produce la impresión de unidad de lo que está separado; cada uno de nosotros es un compuesto, una mezcla. De esta idea falsa de unidad nace la conciencia individual. La conciencia nos da la idea de formas, de colores y del crecimiento, que acaso hoy podríamos interpretar por tiempo. Las formas y colores, al pasar por delante de nosotros, despiertan los sentidos. Los sentidos nos incitan al contacto. Del contacto viene la sensación. La sensación produce deseo de posesión. El deseo de posesión crea el afecto. El afecto, o amor, origina la existencia. La existencia impulsa a nacer, y del nacimiento vienen la vejez, la enfermedad y la muerte.

Esto parecerá a los occidentales el mundo al revés. No es el "pienso, luego existo", de que se valió Descartes, sino el "existo porque pienso", tengo conciencia porque pienso, y pienso mal.

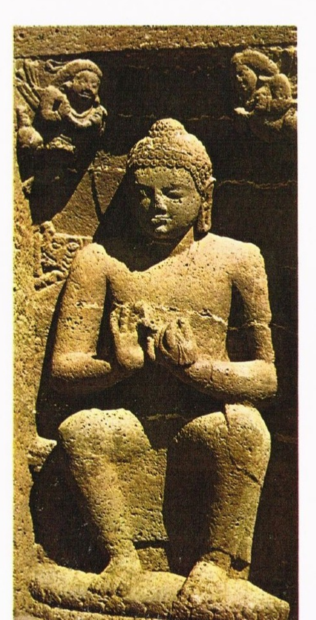
Claro está que decir que de la ignorancia venga la conciencia, y que de ésta, paso a paso, se consiga nacer, sonará, al oído de las gentes de cultura grecolatina, no sólo como una herejía, sino como un absurdo. Para nosotros es la vida la que, con su plenitud, produce amor, posesión y conciencia. Pero si admitimos que el alma no existe, la *Rueda de la Verdad* gira con mucha más lógica de lo que a primera vista parece. ¿Qué puede producir individualidad sino la ignorancia? Y este estado de ignorancia es lo que nos forja la ilusión de la conciencia individual. Los demás puntos de la rueda casi coinciden con los resultados de algunas escuelas modernas de psicología. Lo que ya no parece tan claro es que del deseo de ser, vengamos a la vida; aunque esto encaja muy bien con la idea, profundamente arraigada en los pueblos de la India, de una transmigración a otro cuerpo después de la muerte, para recibir el premio o el castigo.

Pero obsérvese bien que, según el Buda,





Relieves de la entrada de la cueva IX de Ajanta, considerada comúnmente como la más antigua de todas ellas. Las estatuas, como puede apreciarse en el detalle del Buda adjunto de la cueva XIX, responden a una estética clásica hindú, de líneas armoniosas y onduladas.



cuando renacemos, ya no somos lo que habíamos sido antes. Si nuestra personalidad cambia a cada instante, no es posible que subsista igual después de la muerte. El Buda se vale de comparaciones para explicar la transmigración: como de una luz se enciende otra, como de una semilla se produce otra semilla, como el discípulo repite los versos o las enseñanzas del maestro, así uno nace de lo que ha sido antes él mismo, en otra vida.

En realidad, el por qué y el cómo nacemos otra vez no lo dilucidó el Buda. Todas las religiones tienen sus misterios, que hay que creer con fe sencilla, y la idea de la reencarnación es el misterio del budismo. Todo lo demás resulta comprensible, como basado en un proceso intelectual.

Es interesante observar que hasta un pensador como Gautama parece atascarse en la idea, tradicional en la India, de la transmigración. Recordemos las palabras triunfales del Buda al acabar el sermón de Benarés: "¡Ésta es mi última existencia! ¡No hay reencarnación para mí!". Ya allí declara también que el objetivo final es la paz, la extinción, el *Nirvana*. Esta última palabra, casi lo único que del Buda se conoce en Occidente, quiere decir apagar, extinguir, pero no la vida, sino la personalidad. En los tex-

tos búdicos se menciona a menudo el Nirvana acompañado de epítetos que lo aclaran o glorifican. Nirvana es la isla del Refugio, el final del Deseo, donde no hay cambios ni destrucción. Concretando, Nirvana es la extinción de los tres fuegos: deseo, odio e ignorancia. Pero ya se comprenderá lo que deseo, odio e ignorancia significan para el Buda.

Con todo, el Buda y sus discípulos tuvieron que explicar a menudo el significado de la palabra *Nirvana* a los no iniciados. "El Nirvana no es pasado ni presente ni futuro, no se produce ni se puede producir... *existe, es.*" El Nirvana es casi como el *Tao*.

Tal fue, en sustancia, la doctrina del Buda. Con variedad de estilo, según hablase al pueblo o a los brahmanes, con parábolas o dialogando con los que le manifestaban sus dudas, Gautama insistió en estos mismos preceptos toda su vida. Cada año, el Buda y sus discípulos se reunían durante la estación de las lluvias en Magadha, o Benarés, y en cuanto llegaba el buen tiempo se despedían y separaban para seguir predicando a las gentes el Camino Medio de los ocho preceptos, la Rueda de la Vida, el Nirvana, etc. Así la actuación del Buda se prolongó durante los cuarenta y cuatro años que median desde su iluminación debajo de la higuera hasta la muerte, que le sorprendió ya octogenario, pero todavía recorriendo tierras. En este largo espacio de tiempo, el Buda, con su reputación bien cimentada de santo e iluminado, sufrió interrogatorios de príncipes y doctores de la antigua religión, de pobres y ricos, de gentes que solicitaban sus consejos y de gentes que le pedían milagros. Y a todos supo contestar siempre con nobleza y elevación. Por ejemplo, una pobre viuda le pidió un día que devolviese la vida a un tierno niño, su único hijo. El Buda dijo que resucitaría al niño si la madre le conseguía tan sólo mostaza para hacer un emplasto, pero debía serle facilitada en tal casa donde no hubiese habido nunca ningún muerto. La viuda se convenció bien pronto de la imposibilidad de encontrar un hogar donde no hubiera fallecido alguien.

Su propio padre pidió también al Buda que le visitase. El que había salido de su patria como príncipe, volvió a Kapilavastu como mendicante. Al saber que su hijo iba mendigando de puerta en puerta, el viejo rey salió a su encuentro y le suplicó que no le humillase pidiendo limosna.

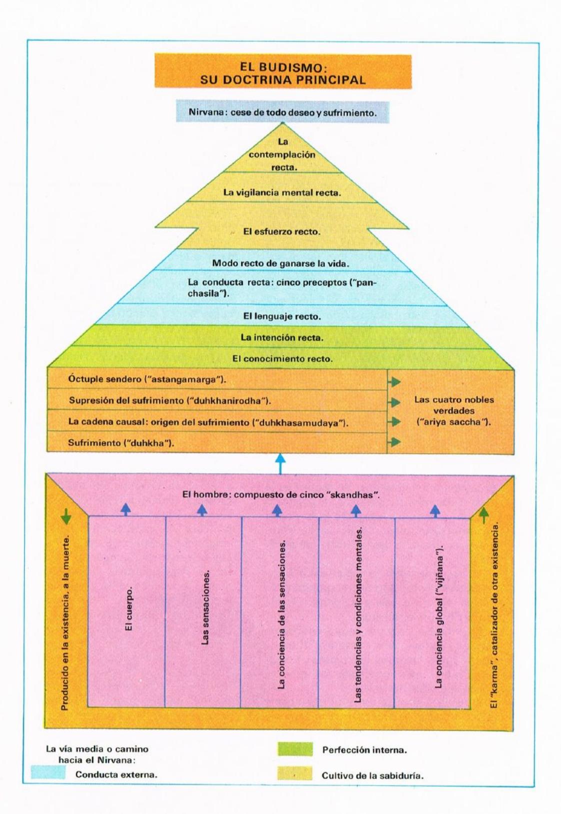
–Tú sabes bien que puedo proporcionarte cuanto necesitas –dijo el rajá de los sakias a su hijo.

–Es costumbre de nuestra raza pedir limosna –contestó Buda.

–¡La costumbre de nuestra raza! –repitió desconcertado el padre–. ¿No sabes que somos príncipes, hijos de príncipes?

–Vos y vuestra familia descenderéis de príncipes –replicó Gautama–, pero yo desciendo de los Budas, que vivieron de caridad toda su vida.

El padre no insistió, mas tomando al Buda por la mano lo llevó a palacio, donde parientes y servidores le recibieron con gran honor. Gautama quiso ver a su esposa y a su hijo; ambos aceptaron la doctrina del Buda; pero, como ocurre en otras religiones, los parientes del fundador no ejercieron gran influencia en el desarrollo del budismo; sólo un primo de Gautama, nombrado Ananda,



HINDUISMO

Más que una religión o una filosofía, el hinduismo es toda una cultura. Sin embargo, por regla general, con este nombre se conoce el conjunto de creencias que los hindúes denominan "religión o norma eterna" *(Sanatama Dharma)*, basada en las compilaciones védicas o en textos posteriores que adquirieron rango de "sagrados". Conviene destacar que el hinduismo supone una importante asimilación de elementos no arios.

En él, la idea de *Brahman*, espíritu absoluto y raíz de todo lo existente, aparece como tema central. Brahman, el ser neutro e indeterminado, se manifiesta a través de una trinidad *(Trimûrti): Brahma* (masculino), el creador; *Vishnú*, el restaurador, y *Shiva*, el destructor benevolente. El dios Brahma, como objeto de culto y ritual, no ha recibido una excesiva atención por parte de los hindúes, que aparecen básicamente divididos en dos grandes grupos: los visnuitas (vaishnavas) y los shivaítas (shaivas).

Vishnú, que en los Vedas es sólo un dios menor, fue adquiriendo importancia como divinidad generosa, pronta a prestar ayuda a los hombres. Su esposa es la diosa Lakshmi y su "vehículo" el pajarraco Garuda. Los textos aseguran que Vishnú penetró *(vish)* o encarnó diez veces, siempre para liberar a las criaturas de algún mal.

En el primer avatar o encarnación, Vishnú aparece como *Matsya*, el gran pez. Su misión es la de salvar a Manú, el Noé hindú del diluvio universal.

En el segundo avatar se presenta como tortuga, *Kurma*, que constituye el fondo de las aguas lechosas que dioses y demonios batían para conseguir los grandes dones sagrados del universo.

El tercer avatar presenta a Vishnú como jabalí, *Varaha*, que ataca a cierto demonio que se había permitido arrastrar al mundo hacia el fondo del océano cósmico.

En el cuarto avatar, Vishnú aparece como *Nara-sinha*, el hombre-león. De este modo, pudo vencer a un demonio que había conseguido de Brahma la promesa de que ni hombre ni bestia alguna pudiese derrotarle.

En el quinto avatar aparece como enano, *Vamana*, para poder engañar así a un rey-demonio que se había apoderado del mundo. El malvado monarca no imaginó que un ser de escaso tamaño pudiera arrebatarle su presa cósmica.

En el sexto avatar se manifiesta como Leñador o Rama-de-la-hacha *(Parasurama)*, el cual impide que los "guerreros" (kshatriyas) suplanten a los brahmanes.

Râma es el nombre del séptimo avatar de Vishnú, que en este caso se presenta como el héroe de la epopeya "Râmayana", la "gesta de Rama", donde aparece como prototipo del "esposo", en la búsqueda de Sîtâ, prototipo de la mujer hindú.

Krishna, el negro, es el octavo avatar de Vishnú. Su encarnación es descrita en el "Mahâ-bhârata", obra en la que se halla incluido el "Bhagavad-Gîtâ", o canto del bienaventurado, donde Krishna, bajo apariencia de simple servidor-auriga, alecciona al príncipe Arjuna sobre el sentido de la "acción".

La novena encarnación de Vishnú es, nada menos, el *Buda*. De este modo, el hinduismo asimilaba, como parte de su propio panteón, un poderoso movimiento no hindú que estaba irradiando por doquier como nuevo camino de salvación.

Finalmente, el décimo y último avatar será *Kalkin*, el caballo blanco, que aparecerá apocalípticamente para inaugurar una nueva época cuando la presente haya llegado al máximo en sus maldades y descarríos.

Otra divinidad de la Trimûrti, *Shiva*, personifica la potencia destructora, necesaria para que la vida pueda continuar. Por eso es un ser demoledor y a la vez benigno, ya que asocia la fuerza de la generación con la muerte. De ahí que sus adeptos lo saluden como "gran dios" *(Mahâ-deva)*. Shiva se manifiesta generalmente junto a su "aspecto femenino", a veces en extraño hermafroditismo. La potencia femenina *(shakti)* de Shiva, en su manifestación destructora, es *Kâlî*. A veces, la potencia femenina aparece como "diosa de hermosura", *Umâ*, o bien como perversa "bebedora de sangre", *Durgâ*. Para señalar la complejidad de formas y personificaciones de Shiva, bastará decir que en un solo capítulo del "Shiva-Purâna" se mencionan mil ocho nombres diferentes atribuibles a este dios.

La exuberancia de dioses, genios y potencias proliferó paroxísticamente en el hinduismo y condujo muy pronto –en una especie de "inflación" de lo divino– a la paradójica concepción de situar a las divinidades en el mundo de las apariencias, pura ilusión *(mâyâ)*, que impide vislumbrar la radical realidad de Brahman.

Las distintas formas de conocer la realidad última, condición para lograr la salud final, dio lugar a seis sistemas *(sad darshana)* "ortodoxos", aunque no todos presentan una especial preocupación teológica. Aparecen como filosofías o "modos de ver la realidad", pero también como técnicas para liberarse del encadenamiento en sucesivas existencias.

1.° *Sistema Mîmânsâ.* Establece la primacía y eternidad del sonido *(vâc)* como fundamento de los textos sagrados y de los himnos. Los Vedas existen desde toda la eternidad; por eso son la norma suprema en cuanto al "creer y al hacer".

2.° *Sistema Vedanta.* Con el tiempo, el sistema "Vedanta", llamado también "Uttara-Mîmânsâ" (Mîmânsâ segundo, posterior), fue diferenciándose del primero ("Pûrva-Mîmânsâ"), hasta adquirir, como sistema independiente, una gran complejidad.

Los nombres de los grandes expositores del "Vedanta" –Shankara, Râmânuja, Mâdhva y Vallabha– se asocian a cuatro distintas soluciones o subescuelas dentro del sistema. Shankara (siglo IX) proclama la solución "monista": sólo Brahman existe; lo demás es engaño, apariencia, magia *(mâyâ)*.

La doctrina de este rígido monismo se conoce como escuela de la "no-dualidad" (Advaita). Râmânuja (siglo XI) sostiene cierto monismo, atenuado por la existencia de atributos, que recuerda bastante el panteísmo de Spinoza: Brahman es la única realidad; el alma humana y el universo son "atributos" en el seno de la sustancia absoluta. Mâdhva (siglo XIII), el gran maestro de la escuela dualista



(dvaita), afirma que las almas existen con independencia del ser supremo. Vallabha (siglo XV), por su parte, sostiene que la aparición del mundo, frente a la realidad absoluta, sólo puede explicarse como ignorancia *(avijyâ)* por parte del sujeto que vive inmerso en el mundo de "nombres y formas".

3.º *Sistema Sâmkhya.* Afirma la existencia real del mundo fenoménico y admite un dualismo de materia *(prakriti)* y espíritus *(purusha)*. No hace referencia al Ser Supremo. Admite la eternidad de las almas y de la materia.

4.º *Sistema Yoga.* Aparece como una disciplina mental con la que se consigue una gradual liberación de las ataduras o "tóxicos" *(klesha)* que impiden el conveniente equilibrio de la energía espiritual. El llamado "Yoga clásico de Patañjali" muéstrase como un medio práctico de aplicar los conocimientos del sistema "Sâmkhya".

5.º *Sistema Nyâya.* Proclama la eficacia del conocimiento en la tarea de la salvación. Es una filosofía de la lógica. Admite la realidad del mundo fenoménico y establece las distintas formas válidas de alcanzar el saber: percepción *(pratyaksha)*, inferencia *(anumâna)*, comparación *(upamâna)* y testimonio *(shabdaq)*.

6.º *Sistema Vaiheshika.* Como escuela, se halla íntimamente ligada a la "Nyâya" y ofrece una clasificación de las distintas formas en que la realidad puede dividirse o enumerarse. El mundo se concibe como el resultado de una composición de átomos (*anu* = punto). No se hace referencia al Ser Supremo.

Hacia el siglo V de nuestra era se produce en los distintos grupos religiosos de la India un curioso fenómeno de exaltación de lo femenino y de la diosa Madre, que representa una eclosión de las corrientes religiosas autóctonas prearias. Esta nueva tendencia pone de relieve la importancia de la "esposa divina" junto a la figura de cada dios. La divinidad femenina representa la potencia o energía secreta *(shakti)* del poder creador divino. El shaktismo se desarrolla notablemente en el seno del shivaísmo, aunque alguna de sus formas se infiltran incluso en el budismo.

La unión sexual en el shaktismo es símbolo de la feliz unión con el espíritu supremo, y en la literatura sagrada de la secta se describen con mucho detalle y pormenores los goces carnales. El shaktismo de "derechas" se refiere a las prácticas eróticas de modo simbólico; el de "izquierdas" ve en el erotismo mágico una técnica especial de desarrollo interior.

El tantrismo aparece como un conjunto de doctrinas y prácticas rituales inspiradas en ciertos *tantras* (libros, textos) más o menos relacionados con las creencias populares y con el shaktismo. El "objetivo de salvación" se persigue a través de medios mágicos y se asoció con las prácticas Yoga. Este tantrismo "de izquierda" desarrolló entonces una fisiología de los "seis nudos energéticos" *(cakras)*, representados por flores de loto, que la serpiente-diosa Kundalinî, símbolo de la energía interior, puede ir activando en su desarrollo a lo largo de la columna vertebral. Otras formas de tantrismo pretenden utilizar para la salvación la energía cósmica que se halla en conexión con ciertos sentidos corporales.

En nuestros días, el hinduismo, con doscientos cincuenta y seis millones de adeptos y en continua adaptación doctrinal a las exigencias de las nuevas circunstancias, presenta el mayor número de "conversos" entre todas las religiones de la India. Muchos de sus textos "sagrados" pueden hallarse traducidos ya a buen número de idiomas occidentales y, en grado cada vez mayor, el hombre europeo siente curiosidad por los "saberes de salvación" de la India y las exóticas técnicas de desarrollo interior que allí aparecieron.

J. G. F.

aparece como el discípulo predilecto y le asiste en sus últimos años.

Tenemos un antiguo texto que explica la vida del Buda cuando ya había llegado a alcanzar la categoría de fundador. Se levantaba a las cinco de la mañana y pasaba en meditación profunda las primeras horas del día. Después se ponía una túnica color de azafrán y salía, con su espuerta, a mendigar; la leyenda añade que, por el camino, los céfiros perfumaban el ambiente y los árboles tendían, al paso del Buda, una alfombra de flores. Los pájaros y las fieras le saludaban gozosos, y los hombres, cuando se enteraban de su llegada, decíanse: "Hoy el iluminado viene a pedir limosna". Para recibirle poníanse sus mejores ropas y le sentaban a su mesa. El Buda discurría con ellos, según su capacidad, y después regresaba a su retiro y descansaba en su camastro hasta el mediodía. Luego predicaba a sus discípulos y les proponía el estudio de algún tema religioso.

En las horas calurosas del día, el Buda solía dormir la siesta en su aposento, perfumado con flores; después, al levantarse, estudiaba las condiciones en que vivían las gentes de los pueblos vecinos y cómo podría ayudarles en sus apuros. A veces recibía a esta hora a los que venían a visitarle. Tomaba luego un baño y resolvía después las



Una muestra de arte grecobúdico que representa el milagro del agua y del fuego, uno de los que realizó Buda en apoyo de su predicación (Museo Guimet, París). Puede apreciarse cómo de los hombros y pies de Buda brotan abundantes chorros de agua y llamas.

Estatua colosal de un Buda durmiente, en Wat Lokaya Sudha, Tailandia.

dudas que le proponían sus discípulos; durante gran parte de la noche se paseaba solo por su estancia.

En el transcurso de su vida, el Buda no sólo tuvo que resolver problemas que podemos llamar dogmáticos o religiosos, sino también cuestiones de disciplina conventual. En las comunidades budistas forzosamente tenían que ocurrir disensiones, que el Buda supo resolver apoyándose en principios estrictamente legales. Por ejemplo, en cierta ocasión un monje fue acusado de algo que él no creía que fuese contrario al espíritu de la regla. La disputa amenazaba convertirse en cisma. He aquí lo que dijo el Buda: "No hay derecho a expulsar un monje sólo porque la mayoría dice: Creemos que debe ser así". A los rebeldes decíales: "Odio no se



Pintura sobre tela que representa a Buda rodeado de sus discípulos (Museo del templo de Kelania, Ceilán). Como Buda enseñó con su ejemplo, la propagación de su doctrina es esencial para que todos los hombres puedan llegar cuanto antes al apogeo de la vida espiritual. La predicación de Buda fue acompañada de la fundación de monasterios.

LA CAUSACION SUBJETIVO-COSMICA BUDISTA (LA RUEDA DE LA VERDAD)

I.*
La ignorancia
("avidya")

II.
Las impresiones
subliminares

III.
La conciencia
global

IV.
La individualidad
egoísta

V.
Las seis esferas
de la actividad
de los sentidos

VI.
El contacto
de los sentidos
con sus objetos

VII.
Las sensaciones
y sentimientos
concomitantes

VIII.*
El deseo
("Tanha"
o "trsina")

IX.
El apego
a la existencia

X.
El carácter
y la acción

XI.
El nacimiento

XII.
La vejez, la muer-
te y sufrimientos

ANULOMA

PRATILOMA

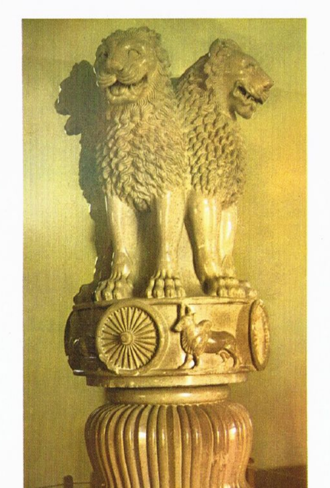
LA CADENA
CAUSAL
("PRATITYASA-
MUTPADA")

Nidana referido a la existencia futura
Nidana referido al presente
Nidana o causa radical referido al pasado
* Nidana más importante y más perjudicial.

apaga con odio; odio se apaga con amor, ésta es una ley eterna. Algunos no se han dado cuenta de ella, hay que perdonarlos, y los que la conocen han de enseñarla practicándola". "Con tontos y vanidosos no es posible mantener amistad."

Después de lo que precede, sería ocioso añadir que no hubo nada de milagroso ni heroico en la vida del Buda. Menos aún en su muerte: el Buda murió de una indigestión, por haber comido arroz con cerdo, cuando tenía ya más de ochenta años. Un hecho tan prosaico, no cabe duda, ha de ser rigurosamente histórico, sobre todo teniendo en cuenta que muy pronto los budistas adoptaron una rígida dieta vegetariana.

El suceso ocurrió del modo siguiente: el Buda, como de costumbre, viajaba predicando, a pesar de su avanzada edad; sólo le acompañaba su primo Ananda. Al llegar a Pava, lugar situado entre Benarés y Kapilavastu, fueron invitados a comer por un platero llamado Chunda; éste les dio lechón



Capitel de un pilar de la época de Asoka, del año 250 antes de J. C. (Museo de Sarnath, India). Los cuatro leones que miran hacia los cuatro puntos cardinales representan los poderes que llevan la ley budista a todas las partes de la tierra.

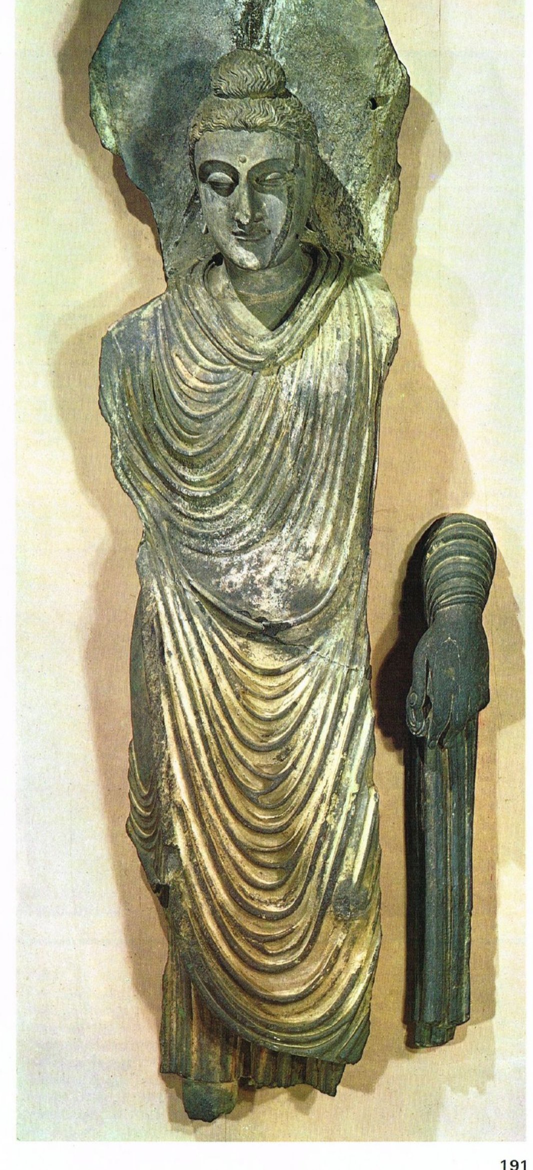


Bodisatva orando en medio de los reyes del infierno, pintura sobre seda (Museo Guimet, París).

con arroz, y después de comer y de dormir la siesta, el Buda quiso proseguir su camino; pero antes de atravesar el río Kuhusta tuvo que descansar y pidió a Ananda que le diese agua. Recobró algo sus fuerzas con ella, y aun trató de bañarse en el río, pero desistió y otra vez pusiéronse en marcha; por fin, a la caída de la tarde, el Buda se tendió en tierra para no levantarse más, en un bosquecillo que había al lado del camino.

El relato de las últimas horas del Buda demuestra que conservó hasta expirar su dignidad de sabio, o iluminado, sin pretender que le reconocieran por santo o profeta. Su ansiedad por Chunda fue grande en sus últimos instantes, pues temió que le acusaran de haberle envenenado. "Dile a Chunda que en su propia existencia recibirá una gran recompensa por el alimento que hoy nos ha dado... Dile que lo has oído de mis

Estatua de Buda del siglo I, en pizarra gris, hallada en los alrededores de Peshawar, Gandhara (Museo de Arte e Historia, Bruselas).



labios... Dile que los dos mayores regalos que he recibido en mi vida son el arroz que me dio la hija del pastor, el día de mi iluminación, y el lechón que he comido hoy en su casa..."

Esto era evidente: la comida que le diera la pastora le había facilitado su iluminación; esta comida del platero le facilitaba su final extinción en el Nirvana. Pero a Chunda y otros "creyentes" todavía les espera la reencarnación.

Solo con Ananda, expuso a éste sus disposiciones para el funeral y le dio algunas explicaciones sobre la disciplina de la orden después de su muerte. Ananda no pudo contener el llanto y exclamó: "¡Mi maestro me deja, y yo todavía no he obtenido la perfección!". Sin embargo, el Buda le consoló dirigiéndole las palabras siguientes: "No llores. ¿No te he enseñado a separarte de lo que amas? Todo lo que existe es un compuesto que debe disolverse. Por largo tiempo has sido mi amigo y compañero; siempre te has portado bien. Persevera y te verás libre de esta sed de vida y de la cadena de la ignorancia".

Algunos monjes se enteraron de lo que ocurría y el Buda viose pronto rodeado de discípulos. Al distinguirlos, les amonestó diciendo: "Vosotros pensaréis acaso que vuestro maestro os abandona, pero después de mi muerte, la ley y mis enseñanzas deben ser el maestro para vosotros". Dirigiéndose a ellos, les suplicó le manifestaran si sentían alguna duda o dificultad en materias de doctrina: "No quisiera que deplorarais luego haber perdido esta oportunidad de consultarme...". Por supuesto, nadie dijo nada. Por fin, tras una pausa, el Buda abrió los ojos y pronunció estas palabras, las últimas, que resumen toda su doctrina: "Recordadlo bien, ¡oh monjes!, todo lo compuesto está sujeto a destrucción y ruina. Aplicaos a salvaros vosotros mismos...".

Al enterarse de la muerte del Buda, el monarca de la ciudad vecina ordenó que se le hicieran suntuosos funerales. Sus despojos se quemaron en una pira gigantesca, decorada con guirnaldas de flores. Sin embargo, pocos años después se contaban en la India más de veinte mil reliquias, huesos, dientes y cabellos del Buda. Pero de este fenómeno de desviación hacia las prácticas supersticiosas y de la extraña evolución que experimentó su doctrina trataremos en el próximo capítulo.

BIBLIOGRAFIA

Bareau, A.	*Bouddha,* París, 1962. *Les religions de l'Inde,* París, 1966.
Coomaraswami, A. K.	*Hindouisme et Bouddhisme,* París, 1969.
Filliozat, J.	*Inde, nation et tradition,* París, 1961.
Formichi, C.	*La pensée religieuse de l'Inde avant Bouddha,* París, 1930.
Glasenapp, H.	*Les littératures de l'Inde,* París, 1963.
Gonda, J.	*Les religions de l'Inde. I. Vedisme et Hindouisme; II. Hindouisme récent,* París, 1966.
Grim, G.	*La religion du Bouddha,* París, 1959.
Oldenberg, H.	*Buddha, sein Leben, seine Lehre, seine Gemeinde,* Stuttgart, 1959.
Percheron, M.	*La vie merveilleuse du Bouddha,* París, 1956.
Quiles, I.	*Filosofía budista,* Buenos Aires, 1968.
Rahula, W.	*Lo que el Buddha enseñó,* Madrid, 1965.
Régnier, R.	*L'Inde et les pays indianisés,* París, 1963.
Renou, L.	*La poésie religieuse de l'Inde antique,* París, 1942. *L'Hindouisme,* París, 1951.
Renou, L.; Filliozat, J., y cols.	*L'Inde classique* (2 vols.), París, 1947-1953.
Semenoff, M.	*Bouddha,* París, 1960.
Spear, P.	*India,* The University of Michigan, 1961.
Varenne, J.	*Le Veda,* París, 1967.



Un relieve hindú con representación de la muerte de Buda (Museo Británico, Londres). El Buda histórico murió hacia el 486 a. de J. C., de dolorosa enfermedad. La tradición asegura que soportó los dolores con el dominio que de él cabía esperar y que sus cenizas fueron guardadas en stupas o monumentos funerarios búdicos.



Templo llamado del Diente de Buda, en la ciudad cingalesa de Kandy. La población de Ceilán, que durante mucho tiempo fue el centro de la vida budista del sur de la India, adquirió, al poco de su conversión, un diente de Buda, venerado siempre en un templo y festejado cada año con una procesión.

Predicación y evolución del budismo

El Buda, como todos los grandes fundadores, se resistió a dogmatizar su fe y, sobre todo, a sistematizar la liturgia. Es probable que, en un principio, creyera sólo aclarar algunos puntos dudosos de las escuelas brahmánicas. Después, al hacerse evidente que su predicación iba a ser más que una simple "reforma", el desdén por las prácticas y los ritos establecidos se le escapa en palabras casi violentas. "No os preocupéis de lo que hay que comer ni de lo que hay que decir... ¿De qué os sirven la tonsura y el hábito de monje si vuestros malos pensamientos os ensucian?"

En materias teológicas, la estrategia del Buda es la de Sócrates y otros mayores que él: considera vano tratar de averiguar el origen y el fin de las cosas. Un día un monje le pregunta: "¿Es que este mundo tendrá fin? ¿Subsiste el santo después de la muer-

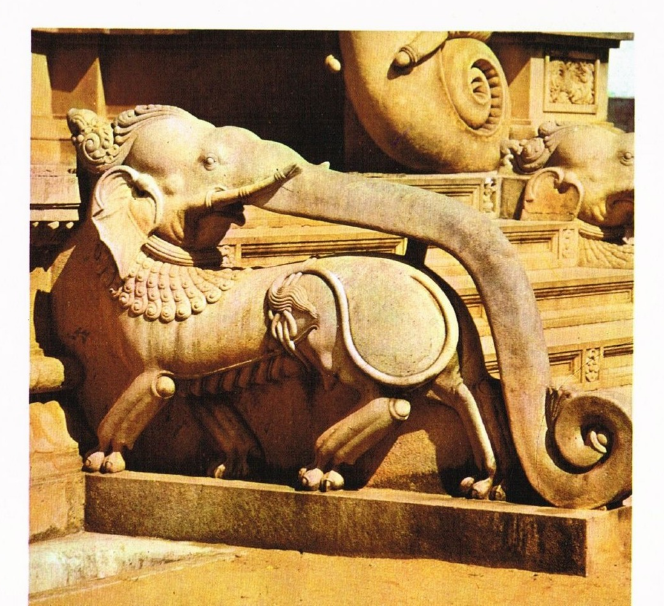
te?...". Y el Buda responde: "Si uno me hiere con una flecha envenenada, y mis amigos y compañeros tratan de curarme, ¿crees tú que voy a decirles: Esperad, vamos a ver quién me ha herido?... La vida religiosa no depende de si el mundo es eterno o tiene fin, ni tampoco depende de si existimos o no después de la muerte".

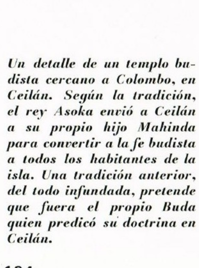
No se podía hablar más claro; sin embargo, durante toda su vida los monjes le asediaron con esta interrogación: "¿Quién ha hecho el universo? ¿Adónde irá a parar en su hora final?". El Buda contestó siempre que no quería saberlo: "Cuando el fuego se apaga, ¿te preguntas tú acaso si se ha ido hacia el Norte, o hacia el Sur, hacia el Este o hacia el Oeste?...".

Sabido esto, no es de extrañar que, después de la muerte del Buda, empezaran las disputas teológicas, las divisiones en sectas, el culto de sus imágenes y reliquias, y se procediera a la divinización del fundador. La leyenda del Buda, tal como la cuentan hoy la mayoría de los "creyentes", es algo diferente de la sencilla historia que hemos narrado en el capítulo anterior: los dioses acuerdan que ha llegado por fin la hora de que el futuro Buda se encarne en un mortal. El Buda escoge su tiempo, el país (o sea la India), el lugar, la familia y la madre de que habrá de nacer. La mujer elegida es llevada



El gran stupa de Sanchi, localidad de la India central, una de las construcciones funerarias búdicas más antiguas y famosas, que se remonta al último siglo antes de Jesucristo o primero de nuestra era.





Un detalle de un templo budista cercano a Colombo, en Ceilán. Según la tradición, el rey Asoka envió a Ceilán a su propio hijo Mahinda para convertir a la fe budista a todos los habitantes de la isla. Una tradición anterior, del todo infundada, pretende que fuera el propio Buda quien predicó su doctrina en Ceilán.

Terracota kmer que representa a Buda meditando (Museo Real de Arte e Historia, Bruselas). La austeridad del budismo primitivo, excesiva para el gusto del pueblo, siempre necesitado de la ayuda de seres sobrenaturales, se fue relajando hasta la pronta deificación de Buda.



por cuatro ángeles a una de las cimas del Himalaya, donde se le aparece el futuro Buda en forma de un elefante blanco. Después de dar tres vueltas en torno a la que ha de ser su madre, la aparición se encarna en aquel seno femenino, que se hace transparente. Como en un santuario de cristal, el futuro Buda pudo distinguirse durante diez meses, tiempo que duró su gestación. La madre del Buda murió siete días después de darlo a luz, y ascendió a los cielos sin tardanza. No hay que decir que todo se verifica con gran abundancia de prodigios. Análogamente, exagera la leyenda la predicación del Buda. Al que no se movió de los alrededores de Benarés, se le hace ir dos veces a la lejana isla de Ceilán y se le atribuyen multitud de milagros, como el de andar sobre las aguas, etc.

De la misma manera se atribuyen al Buda varios catálogos de preceptos morales, catecismos fáciles de recordar, y hasta cierto punto impregnados de su doctrina; por ejemplo, los cinco mandamientos o Pentálogo: No matarás, no destruirás ningún ser viviente. No tomarás nada que no te lo den. No mentirás. No beberás licores alcohólicos. No fornicarás.

Otras listas de pecados, virtudes, preceptos de vida monástica, ejercicios de meditación espiritual, coloquios edificantes, todo se encuentra en la literatura budista, y gran parte de ello atribuido al Buda. Lo más probable es que mucho de ello sea postizo, pues el Buda no escribió nada, y la primera compilación de sus doctrinas ha llegado ya hasta nosotros mezclada con gran cantidad de materiales extraños.

He aquí ahora la historia del budismo, tal como ha sido posible restablecerla por medio de datos vagos e incompletos. Inmediatamente después de la muerte del Buda, sus discípulos se reunieron en Rajaga. Sólo quinientos monjes asistieron a esta asamblea. La reunión se celebró en una cueva, preparada por el rajá de la localidad. La tradición supone que en esta cueva los reunidos fijaron en forma métrica y cantada los discursos del Buda y las reglas por él dictadas; algunos de sus discípulos recordaban

LA INDIA: DE BUDA A NUESTRA ERA

A los años oscuros del período prebúdico, imposible de historiar por falta de fuentes de primera mano, sucede una época de la que la indiscutible existencia histórica de Buda, por un lado, y la presencia y dominación de los soberanos de Persia en el noroeste de la India, por otro, han dejado numerosos testimonios, tantos y tan válidos que gracias a ellos la India entra en el concierto de la historia universal.

Desde hacía mucho tiempo varios reinos habían coexistido en el norte del país. Al principio, el más importante fue el reino Kashi. Luego, los de Kosala y Magadha le quitaron la supremacía y ejercieron un verdadero control en toda la llanura del Ganges. Otro grupo tribal, los Vriyis, que los historiadores prefieren calificar de república debido a su organización, intentó desempeñar también su papel político en el Norte. Pronto no hubo más que estos cuatro rivales, cuyas luchas por la preeminencia política en el Norte duró lo menos cien años, al fin de los cuales el reino de Magadha salió victorioso y se afirmó como centro de la actividad política del país durante algunas centurias. El rey más importante de Magadha fue Bimbisara, que reinó en la segunda mitad del siglo VI a. de J. C. Su política matrimonial con la nobleza del reino de Kosala logró una notable influencia más allá de sus fronteras. Su obra interior se centró en la organización de una administración eficiente y en la reglamentación del trabajo y la vida.

Paralelamente al reinado de Bimbisara, hacia el año 536 a. de J. C., Ciro, el emperador aqueménida del primer imperio persa, cruzó el Hindu-Kush y recorrió algunas tierras del noroeste de la India, imponiendo el pago de un tributo a las tribus de la región del Indo, concretamente a la de Gandhara. Su sucesor Darío I, cuyo reinado se prolongó a los primeros años del siglo V, consolidó la invasión del noroeste de la India y conquistó las tierras del valle del Indo y del oeste de Punjab. Estas regiones, que coinciden con la anteriormente citada zona de Gandhara, quedaron convertidas en la satrapía XX del Imperio persa, que, según testimonio del gran Heródoto, pagaba mayores tributos que cualquier otra satrapía por ser de las más populosas y ricas. En ocasión de las guerras médicas, que enfrentaron a los persas con los griegos, tenemos noticia de que un numeroso grupo de mercenarios indos procedentes de esta región lucharon en las filas de Jerjes.

Bimbisara fue asesinado en 493 por su hijo Ajatashatru, que se proclamó rey. No parece que su conducta obedeciera a un desacuerdo con la forma de gobernar de su padre, pues él siguió la misma política expansiva mediante la conquista militar. Además de anexionar a sus dominios el reino de Kosala, casi por sucesión familiar, también conquistó el de Kashi y la confederación de los Vriyis tras una guerra de dieciséis años. En 461 murió, asesinado como su padre, y le sucedieron cinco reyes cuyo derecho sucesorio era reclamado por cada uno de ellos a título de regicidio. Uno a uno fueron depuestos por el pueblo, el cual en 413 proclamó rey a Shishunaga, cuyos sucesores gobernaron aún medio siglo.

Al cabo de este tiempo el trono fue usurpado por Mahapadma Nanda. La corta dinastía de los Nanda llevó a cabo dos realizaciones concretas: un sistema de canales de riego y la organización de un ejército, cuya eficacia exageraron, sin duda, los historiadores griegos para ensalzar el poder de su propio ejército. En realidad, el ejército nanda no pudo entrar en combate con los griegos, ya que la campaña de Alejandro Magno no pasó del Punjab y ellos estaban mucho más al Este.

Las relaciones de Alejandro con la India del Norte han sido exageradas con frecuencia. Es históricamente cierto que en 331, cuando se enfrentó al ejército de Darío III en la batalla de Issos, pudo apreciar la fortaleza del contingente indo, basado en un grupo de elefantes adiestrados para la guerra. Probablemente era la primera vez que su ejército se encontraba ante medios bélicos parecidos, que debieron causar a sus soldados la sensación de algo fantástico y desconocido, sensación que más tarde condicionó posiblemente su conducta. La batalla de Issos fue la puerta abierta por la que Alejandro penetró en Asia.

En su irresistible avance conquistó la Bactriana, cruzó el Hindu-Kush en la primavera de 327 y pasó el resto del año subyugando a las tribus del noroeste de la India, que, si bien se le opusieron –como el famoso rey Porus de una de aquellas regiones, que perdió contra él la batalla de Hidaspes–, no lo hicieron con la suficiente fuerza para detener su empuje. Tras esta victoria, las tropas de Alejandro se negaron a seguir avanzando por tierras desconocidas. Sobre esta decisión y la rápida retirada se ha escrito mucho, pero es difícil averiguar las causas que la motivaron. En 324, el ejército griego en retirada llegó a Susa, en la Persia, y Alejandro murió el año siguiente.

Muy pocos años después de su muerte, las últimas huellas de la autoridad griega en el Punjab habían desaparecido. Los reinos que se estaban formando en la llanura del Ganges quedaron tan poco afectados por la campaña de Alejandro Magno que su nombre ni siquiera figura en la literatura del país. Esto, que pudo ser olvido natural, pudo también obedecer al cariz que, inmediatamente después de la marcha de Alejandro, tomaron las cosas en la región. Si algún héroe ha sido creado por la tradición inda como reacción nacional contra las conquistas macedonias, éste es Chandragupta Maurya, miembro de una oscura dinastía que subió al trono de Magadha cuando ya este estado había perdido toda su preponderancia. Reinó de 313 a 289 a. de J. C. y estableció su corte en la ciudad de Pataliputra.

Cuando, en 312, Seleuco Nicátor llegó a ser rey de todo el oeste de Asia, organizó una campaña guerrera para redescubrir las provincias indas de Alejandro y someterlas a su dominio. Su pretendida invasión fue rechazada por Chandragupta, que, dueño ya del valle del Ganges, fortaleció el vacío dejado en el noroeste de la India por la retirada de Alejandro. De esta manera, el poder de los Mauryas fue pronto conocido por Seleuco I, quien, modificando la brusca política de un principio, envió a la corte maurya como embajador al griego Megástenes, que recorrió toda la India. Incluso se asegura que una hermana del rey, con un séquito de mujeres, fueron a la corte de Pataliputra y se unieron a los altos dignatarios del reino maurya. Los testimonios de la época ponen de manifiesto que Chandragupta, a quien los griegos llamaban Sandrokottos, trató siempre con Seleuco de igual a igual.

De 298 a 273, Bindusara, hijo de Chandragupta, reinó en el trono de su padre. Los griegos le llamaron Amitrochates y sabemos de él que fue un gran sibarita, pues en todas sus legaciones pedía a Antíoco I vinos dulces, higos secos y otras delicadas frutas del Asia Menor. A su muerte, todo el subcontinente indo estaba bajo el dominio de los Mauryas. Sólo una zona, llamada Kalinga, en la costa este de la India, permanecía sin someterse. Y éste fue el empeño de su hijo y sucesor Asoka, que reinó de 273 a 232 a. de J. C. Su reino comenzó en sangre, con el asesinato de su hermano, y continuó en una campaña feroz para la conquista de Kalinga.

Según las fuentes de que disponemos, más de cien mil habitantes de esta provincia fueron pasados a cuchillo y otros tantos fueron deportados. Después de esta terrible campaña se convirtió al budismo y todo cuanto hizo durante su reinado estuvo inspirado por las doctrinas de Buda. Su reino fue el primer reino budista y Asoka el primer soberano de un gran imperio que prefirió la vía de la justicia a la de la fuerza y que consideró siempre la ley moral como clave de la acción pública. La religión se expandió por todo su reino y se multiplicaron los stupas, edificios religiosos conmemorativos de la muerte de Buda, y las inscripciones en estelas públicas proclamando el nuevo orden de cosas. En una de estas inscripciones se hace mención de Antíoco II de Siria, nieto de Seleuco Nicátor, y de Tolomeo III Filadelfo de Egipto.

A la muerte de Asoka su imperio comenzó un declive político, motivado quizá por la nueva política impuesta de no violencia, de la que derivaba una merma en la organización militar, o quizá por un debilitamiento general de la economía. Cin-

cuenta años reinaron aún los Mauryas en el valle del Ganges, al final de los cuales su reino desapareció y no subsistió de él más que el núcleo primitivo, la región de Magadha, en donde de 176 a 64 a. de Jesucristo reinó la nueva dinastía de los Sungas. Éstos eran una familia de brahmanes procedentes del oeste de la India, donde habían servido en armas a los Mauryas. El fundador de la dinastía Pushyamitra asesinó al último Maurya y usurpó su trono.

Pronto empezó una nueva política, tan opuesta a la anterior como la doctrina brahmán se opone a la budista. Las luchas contra Kalinga y contra los enemigos que amenazaban las fronteras norte y noroeste, China y Grecia, continuaron, pero con signo desfavorable. De hecho, el territorio se fue empequeñeciendo hasta quedar reducido a Magadha. La situación continuó en precariedad de condiciones bajo la dinastía de los Kanyas, que sucedieron a los Sungas y reinaron hasta el 28 antes de Jesucristo.

Pero todo esto no era sino la lenta agonía de un reino sentenciado a muerte. De hecho, desde el final del reinado de Asoka, el destino político de la India pasó de las manos de los nativos a las de pueblos extranjeros. El centro de gravedad del país se había desplazado desde el Ganges medio al Hindu-Kush, en donde los estrategas griegos continuaban su avance y ocupación. En algunos textos búdicos se cita a Demetrio (189-175) y a Menandro (155-130), su sucesor, que llevaron el límite de sus estados griegos hasta el Ganges superior y probablemente llegaron hasta la capital Pataliputra. Pero las luchas fratricidas debilitaron su influencia en la India, en la que se vieron sustituidos por otros pueblos provenientes del Nordeste, los Sakas, traducción inda de escitas. En este momento en que los griegos están desapareciendo de la escena inda nace el arte grecobúdico, cuyas estatuas de Buda, de formas apolíneas, son el más conocido testimonio.

A fines del siglo I de nuestra era, un tercer pueblo, los chinos, apareció en la escena inda con la fundación del imperio de los kushanas. Anteriormente los chinos se habían establecido en la Bactriana y luchado contra los últimos reyes griegos del territorio, Hipóstratos y Gondofernes, a cuya corte se dice que fue Santo Tomás desde Palestina en la primera mitad del siglo I. El imperio kushana fue el último de los grandes estados extranjeros en la India. Su principal rey, Kanishka (144-185), se convirtió al budismo, doctrina que, de esta forma, entró en la China a través de la ruta de la seda. Al cabo de un siglo de su reinado, el imperio kushana ya había dejado de desempeñar un papel importante en la India. El antiguo país ario estaba presto a renacer. Pronto Magadha llegaría de nuevo a ser el corazón de un gran imperio indígena creado por la dinastía de los Guptas.

V. G.

muy bien los preceptos monásticos, y otros, como Ananda, tenían más presentes las reglas de moral. El resultado de esta primera asamblea fue la primera redacción de las santas escrituras budistas, llamadas *Pitakas,* que quiere decir "cestos", donde se guardaron los textos.

La segunda reunión, celebrada cien años después en Vaisali, ya dio lugar a disputas. Un grupo de monjes pretendía la concesión de las llamadas *Diez indulgencias,* que son: 1, libre uso de la sal; 2, licencia para comer algo sólido después de mediodía; 3, dispensa para no observar estrictamente la regla yendo de viaje; 4, libertad para tomar órdenes y confesar fuera del monasterio; 5, que en lugar de solicitar permiso previo para hacer algo, pudiese el monje obtener licencia después de haberlo hecho; 6, libertad de atenuar un poco la severidad de la regla al tratar de atraerse a un extraño; 7, que se pudiese beber leche por la tarde; 8, que se pudiesen beber licores alcohólicos cuando son transparentes y claros como el agua; 9, que fuese permitido sentarse sobre tapices cuando éstos no tienen orlas; 10, que se les permitiera poseer oro y plata a los adeptos de la orden. Casi lo opuesto a lo que predicó el Buda.

¡Qué materias tan ajenas al espíritu del fundador, y qué motivos de disputa tan mezquinos, sólo un siglo después de la muerte del Buda! De momento, en esta asamblea de Vaisali triunfaron los ortodoxos y las *Diez indulgencias* fueron condenadas. Pero en otra reunión celebrada por los disidentes, éstos



Una estela de basalto negro procedente de Bihar que representa un bodisatva (Rietberg Museum, Zurich). La iconografía de Buda le representa siempre con las mismas características: de pie o sentado sobre las piernas replegadas; una protuberancia en el cráneo, símbolo de santidad; un lunar en la frente, y huellas de las sagradas ruedas en sus manos.

El stupa chaitya de Nalanda, en Bihar, construido en la época gupta.



Placa de marfil con dos figuras indas (Museo Guimet, París). El arte del relieve, empleado con profusión por los artistas hindúes para decorar los paneles de los stupas y los pilares de las puertas, llegó a una gran perfección, como puede apreciarse en estas figuras animadas de un movimiento de danza.



acordaron separarse de la comunidad. Tal fue el primer cisma que se produjo, y pronto se contaron hasta dieciocho sectas.

Por fortuna para el budismo, a mediados del siglo III a. de J. C. un gran monarca de la dinastía de Pataliputra se convirtió a la nueva religión. Su nombre es Asoka, y ha sido llamado erróneamente el Constantino del budismo por los occidentales, mientras en toda el Asia su nombre es venerado como el de un rey santo. Asoka fue un espíritu superior y una alma creyente, no un astuto gobernante que se aprovechó de una idea religiosa para sus fines políticos. Cuanto más conocemos a Asoka, más le admiramos.

Era nieto de Chandragupta, el que derrotó a Seleuco, el diadoco sucesor de Alejandro, cuando intentaba hacer valer sus derechos en la India. Los monjes, que han querido ponderar los beneficios que se derivaron de su conversión, describen a Asoka como un monstruo de crueldad antes de aceptar el budismo. Sea como quiera, lo positivo es que hacia el año 270 a. de J. C. sucedió Asoka a su padre, después de sostener una guerra contra su hermano mayor, que también se presentaba como pretendiente a la corona. Los dominios de Asoka eran vastísimos, y debía de estar en camino de conquistar toda la India cuando ocurrió su conversión. Asoka mismo nos cuenta, en uno de sus edictos grabados en la roca, los detalles de este cambio en él producido por la contemplación de los sufrimientos, miserias y desolación que eran consecuencia de

Jambhala, dios de las riquezas en el hinduismo búdico, de aspecto ridículo por su exagerado abdomen, lleva siempre en sus manos un limón (Museo Guimet, París). Este bronce procede de Java y fue objeto de culto popular, incluso entre los adoradores de Buda.



sus campañas. Las palabras de Asoka son más de rey que de letrado y dicen, con alguna confusión, poco más o menos, lo siguiente:

"Después de ocho años de reinado, el Rey procedió a conquistar a los kalingas. Ciento cincuenta mil personas fueron vendidas como esclavos, otras cien mil fueron muertas en los combates y muchas más perecieron de resultas de la guerra.

"Pero inmediatamente después de la anexión de los kalingas, el Rey sintió la necesidad de proteger la Ley y de extender su conocimiento a los que la ignoraban. La conquista de los kalingas fue causa de profundo dolor y arrepentimiento para el Rey...

"Ésta es la más grande conquista del Rey, la conquista de la ley de la Piedad, y por esto ha tratado de extenderla hasta seiscien-



Un relieve hindú del siglo VI, en la época de la expansión budista a las montañas del Tíbet (Museo Nacional, Nueva Delhi).



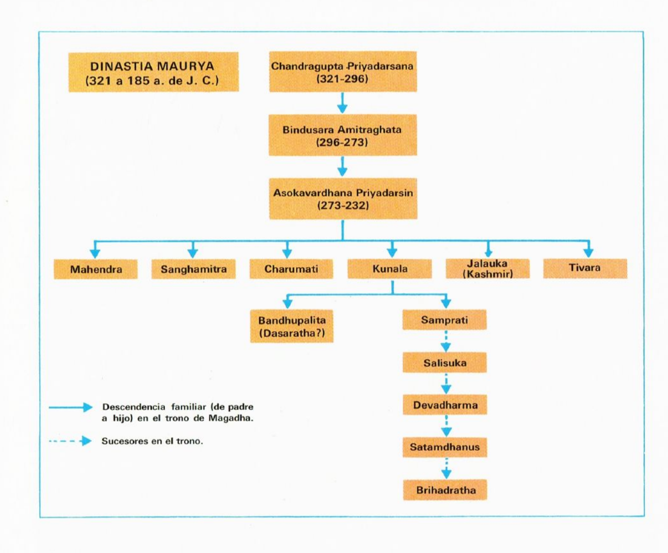
Marfil del siglo I que representa a un príncipe indo cazando sobre su montura en medio de una exuberante vegetación (Museo Guimet, París).

tas leguas más allá de los confines de su tierra, enviando misiones al rey Antíoco, y a los cuatro reyes que habitan al norte de Antíoco (Tolomeo, Antígono, Magasmo y Alejandro), a los reyes del Sur, a los cholas, pulindas, Cambodge, etc.

"Ésta es la conquista única que llena de alegría, la conquista de la Ley. El Rey considera que produce beneficio únicamente lo que aprovecha para la otra vida. Y por este motivo ha escrito este edicto y también para que sus hijos y nietos no se crean obligados a conquistar nuevos territorios. Y si por alguna razón tienen que tomar las armas, que lo hagan con paciencia y bondad, y recordando siempre que la verdadera conquista es la que se obtiene con piedad; ésta sirve para la presente vida y la futura."

En realidad, poco es lo que trasciende del budismo en el texto de este edicto. Se percibe una alma sincera, piadosa, pero no se distingue bien lo que se entiende por Ley. En otros edictos, Asoka es ya más explícito: se muestra vegetariano, por lo menos prohíbe que se maten animales para sus comidas, y repite la frase familiar entre los budistas: "Todos los hombres son mis hijos". Asoka condena las fiestas tribales en lugares altos, especie de romerías, donde se perpetúa la superstición; aconseja el respeto a los brahmanes y ermitaños, el amor a los padres, la caridad con los esclavos y sirvientes, la liberalidad, la tolerancia y la modestia. Por fin, en otro edicto, emitido con motivo de un concilio celebrado en Patna, el rey se muestra francamente budista y trata de dar consejos a los monjes:

"El Rey os desea, oh monjes, salud y felicidad. Ya sabéis mi gran respeto y reverencia por el Buda, la Ley y la Orden. Todo lo



Relieves del arco de la entrada norte del stupa de Sanchi, India.



que el Buda dijo, está bien dicho y la Ley es eterna. Éstos son los pasajes de la Ley que debemos recordar (y aquí siguen seis pasajes de las escrituras budistas)... y espero que constantemente meditaréis sobre ellos... Por esto los he mandado grabar aquí, para que sean bien conocidos".

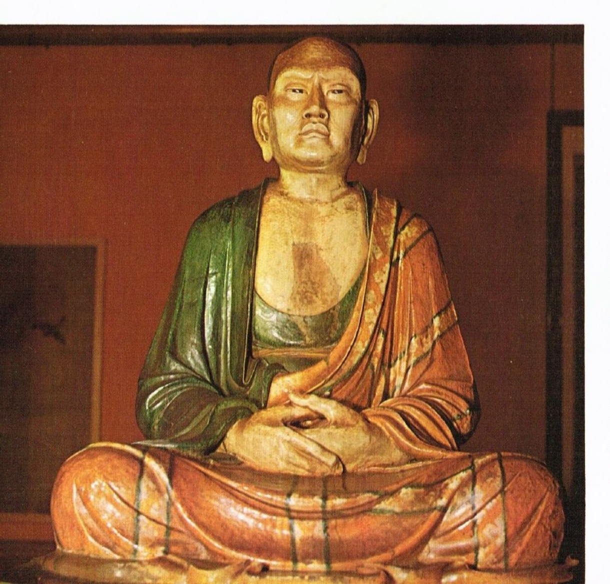
Recordando la actuación de otros "protectores de la fe", creeríamos encontrar a Asoka entretenido en disputas teológicas e impaciente por imponer la salvación a sus súbditos. Pero Asoka cuidó de los caminos, fundó hospitales, reguló la caridad, prohibió la mutilación de animales, plantó árboles... Claro que, con su fe sincera, no podía dejar de visitar los lugares santos, y como peregrino restauró y edificó monumentos conmemorativos en los sitios venerados por el recuerdo del fundador o de otros miembros ilustres de la orden. Así, por ejemplo, el famoso *stupa* o túmulo de Sanchi. Asoka quiso enriquecerlo con la magnífica cerca esculpida que es todavía la joya más preciosa del arte hindú. En cambio, en el mismo lugar, otro *stupa* más modesto cubría las cenizas del misionero Magima, enviado por Asoka a predicar el budismo en los valles altos del Himalaya.

De las misiones enviadas por Asoka, después del concilio de Patna, la que produjo

Relieve grecobúdico del siglo III, hallado en Afganistán, que representa a un bodisatva en su trono (Museo Guimet, París). Entre los siglos III y IV, el budismo pasó de su India nativa a varios países del Asia central y periférica. Más tarde se fundió con el taoísmo y confucianismo, formando la compleja amalgama del pensamiento religioso chino.



Porcelana china del siglo VII que representa a un apóstol budista (Museo Británico, Londres). La expansión que desde Asoka experimentó el budismo hacia los países circundantes de la India fue hecha por obra de monjes misioneros, budistas auténticos en plena vivencia de los ideales de la renuncia total predicada por Buda.



mejores resultados es la que mandó a Ceilán. Asoka envió como misionero a la perfumada isla del sur de la India a su propio hijo Mahinda. El rey de Ceilán quiso honrarse a sí mismo haciéndose coronar otra vez por el enviado de Asoka, y los monjes fueron alojados en una colina cerca de la capital. La tradición añade que llevaban como reliquia un hueso del Buda y el texto íntegro de las *Pitakas*.

Más tarde una hija de Asoka fue a reunirse con su hermano en Ceilán para establecer allí monasterios de monjas análogos a los de los hombres. Esta princesa misionera llevó también a Ceilán un recuerdo del Buda: trasplantó allí un retoño del *bo* o higuera silvestre debajo de la cual obtuvo el Buda la iluminación. Asoka en persona fue a buscar esta rama preciosa y así, mientras no quedan trazas del verdadero *bo* de la selva de Uruvela, el árbol de Ceilán extiende aún su ramaje milenario sobre una terraza cuidada por los monjes. Aquel venerable árbol que todavía se conserva con vida en Ceilán fue plantado el año 288 a. de J. C. y una profecía dice que florecerá eternamente.

La intervención de Asoka hizo que los

SECTAS Y ESCUELAS BUDISTAS

Asegura la tradición que un tal Subhadda, monje budista, hombre de edad avanzada y algo achacoso, al enterarse del fallecimiento del "Iluminado", dejó escapar estas palabras con aire de alivio: "Ahora que el Gran Asceta ha desaparecido, podremos conducirnos como mejor nos plazca". En estas frases se encerraba el destino del budismo. El Buda, según se afirma en los centenares de leyendas, había previsto o profetizado la escisión de quienes seguían sus "medicinales enseñanzas".

Poco después de la muerte del Iluminado, ya se convocó un "concilio". Se afirmaba que había tenido su origen en cierto descuido del discípulo Ânanda. La cosa ocurrió así: el maestro, en sus últimos momentos, le dijo que si alguna vez las "reglas secundarias" constituían una carga excesiva, podían dispensarse o incluso suprimirse. Pero Ânanda no preguntó al Buda qué debía entenderse por "regla secundaria". Las consecuencias de este olvido tuvieron importancia. Hay quien sostiene que, debido a él, las sectas budistas florecieron con la fuerza de la vegetación que nace en terreno fértil y propicio.

Tanto la tradición en lengua sánscrita como la que utiliza el *pâli* como medio de expresión concuerdan en admitir que, al poco tiempo de morir el Buda, unos quinientos monjes, hombres avanzados en la virtud, se reunieron en Rajagaha para deliberar acerca de las costumbres y doctrinas. Cien años después se reunió otro concilio, conocido con el nombre "De los setecientos". Parece ser que las reuniones de este tipo continuaron, y de este modo, después de los concilios, de modo casi automático, iban apareciendo un mayor número de herejes y disidencias. Muchas sectas budistas reconocen su origen en un determinado concilio, pero, como es natural, se presentan como las depositarias exclusivas de las normas y doctrinas originarias.

Es bastante difícil establecer en total el número de sectas budistas. Algunos señalan dieciocho ramificaciones a partir del tronco originario, otros sólo aciertan a ver seis, en tanto que hay quien enumera treinta y seis. El budista chino Fan-Yen, hombre meticuloso, contó setenta y seis... Parece, pues, que la determinación de las sectas era delicada cuestión de matiz y buen ojo. Además, para complicar algo más el asunto, ciertos pensadores budistas pasaron de una a otra secta, de modo que sus enseñanzas corresponden a distintas escuelas según la época en que aparecieron.

Al correr de los tiempos, las diferencias fueron adquiriendo volumen. Hacia los inicios de nuestra era aparecen ciertamente dos tendencias generales. Por una parte, se encuentra el llamado "Pequeño Vehículo" (Hinayâna) o budismo de la vía estrecha, y por otra, aparece el "Gran Vehículo" (Mahâyâna) o budismo de la vía anchurosa.

El "Pequeño Vehículo" sostiene que la salvación es tarea individual que debe alcanzarse en dura ascesis. El santo *arhat* gana las excelencias del Nirvâna mediante su propio esfuerzo. Es algo así como un camino aristocrático de salvación, a pesar de la gran humildad de los monjes. Por otro lado, el "Gran Vehículo" despliega una acción propagandística de atracción de masas. Sustenta el principio de que muchos podrán salvarse gracias a los méritos de aquellos que ya han logrado la total liberación.

Los adeptos llamados "santos", una vez han logrado emanciparse de las ataduras que ligan a las existencias inferiores, pueden renunciar misericordiosamente a la gloria para rescatar a los demás. Aceptan, de nuevo, los sufrimientos de la existencia con objeto de aliviar los dolores de las restantes criaturas. Entonces la "salvación" no es solamente el resultado de un heroísmo particular; también puede obtenerse gracias a los méritos de un "bodhisattva", es decir, de un mediador, gracias al cual muchos pueden salvarse.

El noble ideal que lleva implícito esta tendencia suele expresarse en estos himnos: "Mientras sufran los vivientes no puedo tener alegría. Deseo que terminen los sufrimientos en todas las zonas del universo. Deseo que el dolor desaparezca, que no haya defectos ni enfermedades, que no haya hambre ni sed, que los ciegos vean y los sordos oigan y que las mujeres puedan parir sin dolores... ¡No quiero que haya sufrimientos en los infiernos!... ¡Ojalá pueda conducir a todos los seres al Nirvâna! ¡Ojalá pueda dulcificar los dolores de las criaturas!... Renuncio a todos los méritos que he logrado, con tal de conseguir el bienestar de todos los seres... Yo cargaré con el peso de todas las culpas. Estoy dispuesto a absorber todos los sufrimientos de todas las formas de existencia inferior... ¡Es preferible que sufra yo solo a que sientan el dolor todos los demás!".

El budismo Mahâyâna predomina en China, Corea, Japón y se basa predominantemente en el "canon sánscrito", en tanto que la tendencia Hînayâna toma como punto de partida los textos del "canon pâli".

En el interior de cada "vía" aparecieron distintas escuelas filosóficas en un intento de interpretar la realidad del mundo y la del sujeto que lo percibe. Simplificando un poco las cosas, puede decirse que las escuelas *Vaibhâshika* y *Sautrântika* corresponden al budismo Hînayâna y que las escuelas *Mâdhyamika* y *Vidjânavâda* pertenecen al budismo Mahâyâna.

La escuela *Vaibhâshika* admite la realidad de la materia, compuesta de átomos, pero niega la realidad del sujeto que percibe, en el que veía un simple agregado de impresiones que nacían de los órganos sensoriales. El alma es una explicación vana e inútil. Sostenían los secuaces de esta escuela que decir "que los pensamientos provienen del alma" era algo semejante a lo que hace el curandero que, después de dar las medicinas que bastan para curar la enfermedad, hace gestos o pronuncia palabras mágicas. Con todo, otorgaban a los estados de conciencia, dentro de su concepción fenomenista, cierta duración.

Con el nombre de *Sautrântika* se designa la escuela de lo instantáneo. El mundo, como conjunto de fenómenos, es una apariencia basada en una vibrante sucesión de momentos. Los estados de conciencia son instantes infinitesimales cuya realidad se reduce a una apariencia. No hay sujeto percipiente que aparezca como base de esa sucesión punctiforme: "El yo asemeja, en realidad, a una hilera de hormigas". Los fenómenos no presentan duración alguna. Son, e inmediatamente ya no son. Cuando algo nace, a la vez muere.

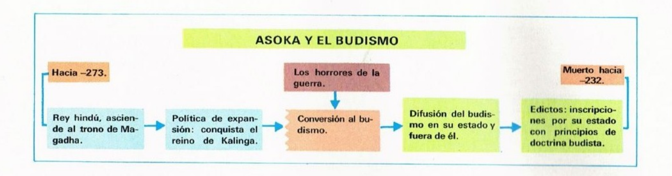
La escuela *Mâdhyamika,* que se presenta como "un camino medio" entre los dos "vehículos", aunque prepara indudablemente la gran floración doctrinal de las tendencias mahayánicas, queda caracterizada como una filosofía de la vacuidad. Los adeptos a la misma declaran que para afrontar convenientemente cualquier cuestión debe recurrirse a la antítesis, a la conjunción de posiciones contradictorias, hasta reducir el asunto a lo que verdaderamente es: un puro vacío. En su formidable gimnasia dialéctica, llegan a desfondar su propia posición: "La vacuidad es una isla segura contra todas las creencias. Ahora bien, conviene no creer ni siquiera en la propia vacuidad".

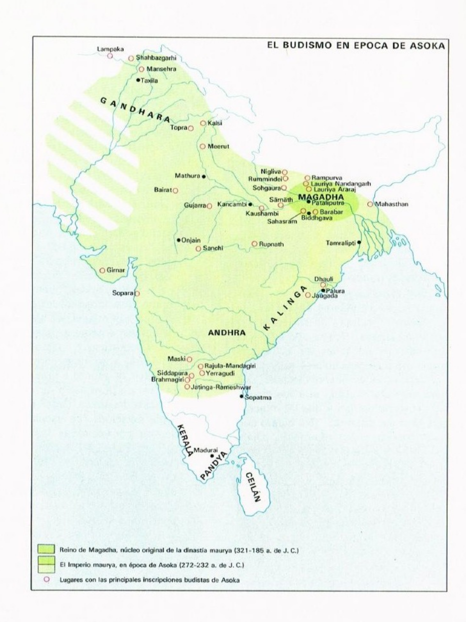
Otra importante escuela, el sistema idealista *Vidjânavâda,* declara que debe concebirse toda la realidad como un puro ensueño. Todo es pensamiento. El aforismo de la escuela reza así: "El pensamiento es base de todo" (*Âlaya vidjâna*). Ahora bien, ese pensamiento no procede de un sujeto, sino de una actividad, que en el fondo también es ilusoria. Tanto el "yo" como el "mundo" que aquél imagina son un enorme engaño. Precisamente la salvación consiste en liberarse de las falsas apariencias y desligarse así de toda representación, "porque, en el gran océano, no hay siquiera una gota de agua".

A través de las distintas escuelas budistas va mostrándose una curiosa posición para combatir el dolor de la existencia: considerar que ésta no tiene realidad. Solamente suprimiendo la causa se aniquilará el efecto.

Sectas y escuelas entrelazan sus ramificaciones en su impulso interpretativo. ¿Cuál era el "remedio verdadero" señalado por el Buda? Es comprensible la diversidad de puntos de vista. La "supresión del dolor y de sus causas" no es empresa fácil.

J. G. F.





monjes budistas suspendieran sus querellas. El concilio de Patna contribuiría a ello, fijando el orden o canon definitivo de las *Pitakas;* pero, como hemos dicho, estas escrituras debían de estar ya redactadas antes, porque en ellas no se menciona nunca a Asoka, cosa que hubiera sido inevitable de haberse compuesto los textos en esa época o poco más tarde.

Causa pena recordar que la India repudió el budismo ya hace siglos para recaer en las prácticas brahmánicas, ascetismo y mortificación, de las que, como dijo el Buda, por lo menos en la India, no se deriva una gran elevación espiritual. Hasta los modernos hindúes, reeducados en Europa y América, demuestran una tácita hostilidad hacia el budismo, acaso porque no es tan exclusivamente hindú como el deísmo brahmánico o porque no es tan estético como los cultos de Krisna, Siva y Visnú, a los que están entregadas hoy las castas inferiores. Y esto es tanto más triste cuanto que el Buda parecía ser el único que era capaz de poder salvar a la India de la tremenda división en castas y subcastas en que se debatía. El budismo hubiera podido contribuir en gran manera a crear una nación-estado en la India, como hizo el sintoísmo en el Japón y el confucianismo en China.

La historia del budismo después de la muerte de Asoka nos da el triste espectáculo de un empobrecimiento espiritual continuado. El budismo, convertido en religión del dios Buda, fue aceptado por razas extrañas, pero cada día más alejadas del espíritu de su fundador. Millones de tártaros, chinos y mongoles se llaman budistas; el budismo es la religión nacional en Java, el Tíbet y en Cambodge. Los monasterios budistas son numerosos en China, Japón, Corea y Manchuria. Pero, ¡qué budismo!

El budismo corrompido que se profesa hoy en el Extremo Oriente no se contenta con hacer del Buda un ser supremo, siempre meditabundo en el paraíso, antes y después de su encarnación, sino que llena ese cielo de innumerables seres benignos, protectores de los mortales. Por de pronto, como cada cinco mil años aparece un Buda sobre la tierra, los Budas anteriores a Gautama están ya con él en el paraíso y asimismo los Budas futuros. De éstos, el más atento a las súplicas de los mortales es, naturalmente, el próximo Buda, o sea Buda-Maitreya. La blanca figura de Maitreya se encuentra casi inevitablemente al lado de la estatua del Buda en los templos y conventos llenos de ídolos; es mucho más probable que nos escuche Maitreya que no el Buda, que ha conseguido ya el Nirvana.

Además, estos Budas primeros y los Budas futuros se impersonifican en otros seres puramente metafísicos, que son análogos a nuestras virtudes cardinales: Prudencia, Jus-

EL BUDISMO CH'AN O ZEN

El budismo mahâyâna o "Gran Vehículo" adquirió una curiosa modalidad en una derivación que generalmente se conoce con el nombre "zen". Este término japonés procede de la expresión china *ch'an-na*, que a su vez se origina en el sánscrito *dhyâna*. La equivalencia aproximada de estos vocablos puede ser algo muy parecido a "iluminación subitánea".

Según ciertos comentaristas chinos, *ch'an* o *zen* es "algo resbaladizo y redondo que rueda". Sorprendente definición ésta que ofrece solamente una imagen más o menos sugerente y que podría interpretarse como una indicación de las graves dificultades que entraña querer definir, en un plano estrictamente racional, aquella peculiar actitud interior a la que se alude con la palabra "zen".

Teitaro Suzuki, el gran maestro contemporáneo de la doctrina "zen", señala que hay notable inconveniente en dar una oportuna explicación de "zen", puesto que no se trata de una religión, ni de una filosofía ni de una escuela, al menos en el sentido habitual con el que esos vocablos se usan. El autor japonés prefiere caracterizar lo "zen" como una peculiar "experiencia", siempre y cuando dicha "experiencia" se conciba dentro del módulo interpretativo "zen". Lo cual es una forma de escamotear la explicación en vez de darla. Y esto es precisamente lo significativo. No hay explicación. Lo "zen" no es definible.

La leyenda de Bodhidharma, el maestro hindú que, según la tradición, trasladó la "experiencia" a China, es bastante significativa respecto a lo que se ha apuntado anteriormente. Dicen que este Bodhidharma era hombre de extraño aspecto, que en poco se diferenciaba de un necio vagabundo. Apareció por la corte del emperador Wu-ti, de la dinastía Liang, hacia el año 520. Este monarca, aunque al principio favoreció a los confucianos, dio luego un insólito cambio hacia las doctrinas del Iluminado. En un arranque de fervor, redactó incluso un catecismo budista.

Wu-ti, movido por su piedad, recibió amablemente al peregrino que procedía de las tierras del Buda; pero los modales del monje hicieron imposible el diálogo. Cuando el emperador le preguntaba algo acerca de las doctrinas, el maestro decía sandeces. Cuando el soberano le mostraba las obras que había llevado a cabo en pro del budismo, el otro se encogía de hombros y miraba distraído hacia otra parte. Finalmente, cuando el monarca le preguntó acerca de los "fundamentos de la enseñanza", el otro contestó que los fundamentos carecían de sentido: "Todo, todo es algo vacío". Wu-ti lo hizo expulsar de su presencia y asegura la leyenda que el monje partió hacia una cueva, dentro de la cual, cara a la pared, estuvo nueve años en continua concentración mental.

Se admitirá con facilidad que una práctica de este tipo no era cosa fácil, y por eso hay quien afirma que Bodhidharma, alguna que otra vez, caía dormido en el ejercicio de sus ambiciosas austeridades. Para evitar tales caídas, el asceta cortó sus párpados y los arrojó lejos de sí: de este modo, tendría los ojos siempre abiertos. Entonces se produjo el milagro: los párpados se convirtieron en el arbusto del té, otorgado a los ascetas por los dioses, para que con las infusiones de sus hojas se despabilaran. De ahí que los adeptos chinos repitieran: "Ch'an (Zen) tiene sabor de té (ch'a)". Acaso por eso se ha dicho, más de una vez, que "zen" no es un concepto, sino un "aroma".

A pesar de esa ingenua narración, no hay prueba documental de que existiera en el budismo hindú una escuela "dhyâna" que ofrezca características similares a la escuela "zen", aunque podrían hallarse textos –como el *Lankavatara-Sûtra*– en los que se hace referencia a un "despertar instantáneo", sin necesidad de pasar por enojosas y delicadas etapas preparatorias. Por otra parte, la escuela "ch'an" se parece en tantos aspectos al taoísmo, que muchos autores los han presentado como posiciones idénticas.

Por lo que respecta a China, en la última etapa de la dinastía T'ang las doctrinas "ch'an" o "zen" se habían convertido en una de las predominantes manifestaciones del budismo en el imperio y además en un fermento de inspiración para poetas y artistas.

Con el tiempo, apareció dentro de la escuela "zen" una doble tendencia: la rama "de la anécdota" y la rama del "silencio". La primera otorgó especial importancia al *koan* (en chino, *kung-an*), especie de problema o paradoja, generalmente en forma de pequeño diálogo, cuyo objetivo era el de provocar la ilustración interior a través de la perplejidad y el asombro. Esta "rama" señalaba que la fuerza de la iluminación era proporcional al grado de extrañeza provocado por el "koan".

El "koan" es una lección a través del absurdo. No es una enseñanza en el sentido de algo que se halla concluso, sino lección para que el receptor halle "un" sentido, "su" sentido.

Merece destacarse el peculiar valor que los maestros "zen" daban a sus textos, métodos y prácticas. Un día, Huai-yang se puso a frotar ladrillos sentado ante su choza. Alguien le preguntó qué estaba haciendo. El maestro dijo que deseaba conseguir un espejo. "¿Cómo puede obtenerse un espejo frotando adobes?" Huai-yang replicó: "Si frotando adobes no se hace un espejo, ¿cómo podrá lograrse un Buda mediante la meditación?". Asegúrase que, gracias a estas palabras, el discípulo "comprendió".

La escuela del "silencio" veía en los anteriores procedimientos, basados en el "koan", una especie de concesión a quienes no habían sabido llegar. Sostenían que el "koan" era algo artificioso y que sólo provocaba un "transporte" aparente. Según esta rama, la iluminación surge de lo trivial, de lo ordinario, de lo inmotivado. Basta percatarse bien de lo que uno experimenta: "Caminar por el solo hecho de caminar o estar sentado por el solo hecho de estar sentado".

El "satori" o iluminación era, para ambas tendencias, un modo natural de sentir "desde el mismo interior de las cosas", sin dar demasiada importancia a nada, ni siquiera a la iluminación.

Adquieren particular relieve –dentro de las concesiones al método, que a veces se permiten algunos maestros– los "cinco pasos" *(go-i)* que gradualmente pueden conducir a una especial visión.

En el primer paso se debe vislumbrar lo absoluto en lo finito. El segundo paso consiste en percibir lo finito en lo absoluto. El tercer paso supone conocerse como "centro" de esa antinomia envolvente formada por lo finito y lo infinito. El cuarto paso reclama aceptar todas las dualidades y contradicciones como algo natural. El quinto paso requiere "haber llegado y cogido", sin que nada pueda delatar la victoria obtenida, es decir, como si nada hubiese ocurrido.

Con todo, no puede hablarse propiamente de "normas" o "métodos zen". El método, como tal, no sirve. En cierta ocasión alguien preguntó a un maestro "zen": "¿Cuál es el primer principio?". A lo que respondió: "Si te lo dijera, se habría ya convertido en el segundo principio".

Yi-hiuan consideraba que un total negativismo ayudaba a que se alcanzase el espíritu de "vacuidad": "Para poseer buen sentido hay que deshacerlo todo. Si dais con el Buda, destruidlo; si dais con los patriarcas, destruidlos... Sólo así hallaréis la emancipación".

La escuela "zen" aparece, en último término, como una fórmula para lograr una peculiar plenitud interior gracias a la recuperación de una total espontaneidad. Según Fromm, el interés del budismo "zen" puede ejercer una positiva influencia en las técnicas psicoterapéuticas de Occidente.

La civilización japonesa ha asimilado la actitud "zen" hasta convertirla en algo propio. Este "espíritu" impregna la mayoría de las manifestaciones culturales del Japón: desde los cuidados del jardín y del arreglo floral, pasando por el arte de la lucha y de los arqueros, hasta el arte pictórico. Lo auténticamente nipón tiene "aroma zen". Inspirados en los maestros chinos ch'an, los pintores japoneses realizaron admirables obras de pintura dentro del estilo "sumi-e" y, aun hoy, el gusto por el sugerente arte caligráfico –en el que tanto intervienen las pinceladas como los "vacíos"– constituye un rico legado de los monjes, que "sabían introducir el vacío para llenar bien el contenido de las cosas".

J. G. F.



ticia, Fortaleza y Templanza. Los no iniciados no verán en la multitud de imágenes que llenan los santuarios budistas más que ídolos fantásticos y, aunque tengan un íntimo sentido oculto y procuren grandes consolaciones a los creyentes, es claro que estos beneficios no son los que deseaba el Buda para sí y sus discípulos.

El budismo ha tomado diversos aspectos en los diferentes pueblos en que ha arraigado. En Java, Siam y Cambodge se convirtió en la religión del estado y hasta se llegó a naturalizar al Buda con su leyenda local. Hay un Buda de Siam, que es un personaje legendario cuya historia se ha copiado de la de Sakia-Muni. *Stupas* y templos budistas se hallan siempre, en estos países del sudeste de Asia, decorados con relieves de sabor local; son a veces notables manifestaciones de la piedad nacional o del poder de un soberano que, a falta de otra, escogió el budismo por religión. Así, el templo de Borobudur, de Java, y los templos de Angkor, en Cambodge, son acumulaciones fantásticas de piedra que sólo tienen de budista el nombre.

LA EXPANSION DEL BUDISMO

Hinduismo: acaba con el budismo en la India.

TIBET

CHINA

COREA

JAPON

Siglo VII

Siglo I

Siglo IV

INDIA

MACEDONIA
SIRIA
EGIPTO

Misiones: siglo III a. de J. C.

Concilios ecuménicos:
I. Rajagaha (482 a. de J. C.).
II. Vesali (383 a. de J. C.).
III. Pataliputra (247 a. de J. C.).
IV. Bajo el rey Kaniska (siglos I y II).

Siglo VI

TAILANDIA

Siglo V

BIRMANIA

V. Mandalay (1868-1871).
VI. En 1954-1956.

Siglo III

Siglo III

CAMBOYA

Islamismo: termina con el budismo en la India.

Siglo III a. de J. C.

CEILAN

Entre los tártaros y mongoles, el budismo ha trascendido a magia y dominio de las fuerzas naturales. Los budistas de las llanuras del Asia central creen que, por concentración de la mente, pueden llegar a cambiarse las leyes de la naturaleza, obteniendo efectos que parecen milagrosos a los extraños.

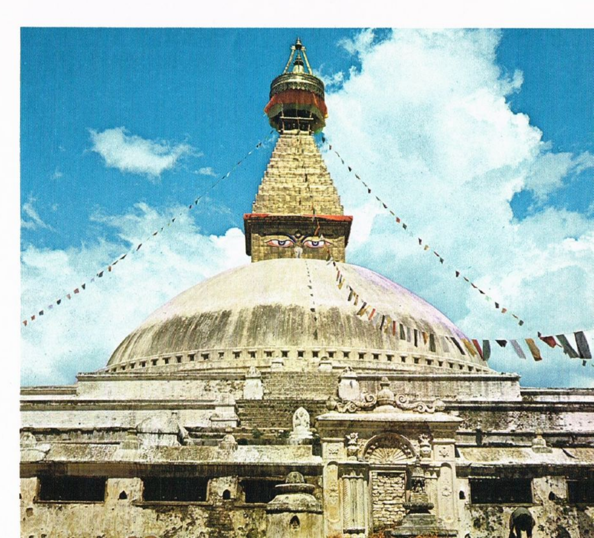
Otra curiosa transformación del budismo es la que encontramos en el Tíbet. Llegados por la vía del Nepal a los valles del otro lado de los Himalayas, en el siglo VII, los monjes del Tíbet fueron adquiriendo tantas riquezas y tanto poder sobre la población, que en 1419 las comunidades religiosas lograron imponerse al poder civil, si es que puede darse este nombre a los bárbaros jefes de tribus que pasaban la vida combatiendo incesantemente unos con otros. Hasta hace poco, el Tíbet era un país regido por los superiores de dos grandes monasterios budistas, el Dalai-Lama y el Panchen-Lama; el primero asumió el poder supremo hasta que tuvo que huir de Lhasa, en 1959, ante la presión de los chinos, que gobiernan ahora a través de la autoridad nominal del Panchen-Lama, entronizado en la capital. Los *Lamas*, o maestros, no son encarnaciones de Buda, como dicen a menudo en Occidente las personas mal informadas, sino que les da especial santidad el hecho de hallarse infundidos del espíritu de los Budas, pasados y futuros, que se llama *Avalo-Kitesvara*. Algo de este mismo espíritu está repartido entre los *chutuktus*, que vienen a ser como el sacro colegio del Dalai-Lama. En el templo de Lhasa, que es la capital del Tíbet, hay un trono para el Dalai-Lama, sillas más bajas para los *chutuktus* y asientos inferiores para los otros monjes. Las ceremonias religiosas tienen el carácter de un rito de purificación. Un monje vierte varias veces agua con azafrán sobre un espejo, que simboliza la bóveda celeste. El agua se recoge luego en un jarro y de ella se deja caer una gota en la mano de cada monje, quienes mojan el dedo en el agua santa y se ungen la frente y el pecho, para así purificarse. El resto lo beben devotamente.

Los budistas del Tíbet muestran gran habilidad para multiplicar el número de sus oraciones. En su afán de salmodiar sin descanso, los monjes llegan al extremo de cantar cada uno un verso diferente del mismo himno, y así, en el tiempo de entonar una línea, toda la comunidad ha recitado el himno entero. Nadie podría entender aquella confusión, pero la divinidad lo tiene en cuenta y lo acepta como una ofrenda. Todos los habitantes del Tíbet llevan un rosario de ciento ocho cuentas, y en medio de sus trabajos domésticos, o caminando, recitan las jaculatorias. Como no es preciso que las palabras



Richi entregado a prácticas austeras, según representación en talla de madera del sur de la India (Museo Guimet, París). Los richis eran personajes de la antigua mitología hindú a quienes fueron revelados los himnos de los Vedas. Como a los dioses y a los espíritus, se les rendía un culto especial.

Santuario budista de Boadhnath, en Kathmandu, Nepal. La doctrina de Buda fue transportada al Tíbet en el siglo VII, pero no floreció hasta que, a mediados del siglo IX, empezó a desarrollarse la vida monacal.





Relieve en madera de un carro del sur de la India que representa a la diosa Uchas (Museo Guimet, París). Esta diosa, que simboliza la aurora, fue un tema inspirador de los poetas védicos, que hicieron himnos preciosos para celebrarla. Se la representa siempre joven y atractiva, puesto que nace cada mañana.

sean pronunciadas de viva voz, se usan mecanismos inanimados; los más comunes son simples banderolas de seda atadas a la punta de un palo, enhiesto en los collados o lomas, para que las agite el viento. Se llaman "árboles de la Ley", y a cada ráfaga de aire la bandera se extiende, dejando ver un letrero con una frase bordada en la seda. Los textos son cortos; el más frecuente es una exclamación que dice: "¡Qué bella joya es el loto!", entendiéndose por loto la fuerza creadora del universo, sobre la que está sentado el Buda. Como se ve, estas devociones no carecen de originalidad y en algunos casos pudieran producir efectos de elevación moral; pero, por culpa de sus monjes budistas, o por otras causas, el Tíbet no fue precisamente un estado ejemplar.

El budismo llegó a la China por la vía indirecta del Afganistán y la Bactriana, por la cual se hacía el comercio de la seda. Las etapas de penetración del budismo son bien conocidas desde que se han estudiado los oasis del desierto central del Asia. Allí hacían provisión de agua las caravanas; allí aparecen imágenes budistas, mezcladas con restos del culto semicristiano de los herejes nestorianos.

Los anales chinos cuentan que, en el siglo II a. de J. C., una misión de la India fue enviada a la China, llevando allí reliquias y escrituras budistas. En cambio, ya el año 62 de nuestra era una embajada china marchó a la India con el mismo objeto. Pronto los libros fueron traducidos, y conventos budistas fueron apareciendo en los lugares más pintorescos de la China. Monjes chinos se trasladaron en peregrinación a la India y Ceilán; conservamos los relatos de los viajes de dos de estos peregrinos chinos, uno del siglo IV y otro ya del siglo VII. Son dos itinerarios importantísimos para la historia del budismo hasta en la India. Algunos conventos se encontraban ya desiertos, y las disputas de las sectas habían hecho posible la restauración de los antiguos cultos hinduistas. Por ejemplo, el peregrino chino del siglo VII nos dice en su itinerario que, cuando su visita, había ya en Benarés cien templos

hinduistas y sólo cuatro monasterios budistas. Kapilavastu y otros lugares santos se hallaban muy descuidados y otros en completa ruina.

El budismo ha procurado a la China un cielo plástico –casi diríamos tangible– que no se encuentra en la moral ceremoniosa de Confucio. Además, el budismo introdujo en China la vida monástica, a la que pueden acogerse todos aquellos espíritus superiores que no se conforman con el círculo cerrado de la familia y el clan, donde se ahoga el individuo en la China clásica. En el monasterio budista, el hombre tiene que sujetarse a cierta disciplina, al ayuno y la oración, pero su alma está libre; el monje se halla solo en medio de sus compañeros y piensa por su cuenta, vive para él, no para sus antepasados ni sus descendientes.

Todos los que han presenciado las ceremonias de los monasterios budistas de China y Ceilán convienen en que son en alto grado impresionantes; especialmente la que se celebra para la admisión de neófitos debe sorprender por su gravedad. El postulante, vistiendo como de costumbre, se presenta ante el capítulo de los monjes, que están sentados sobre esteras. Por tres veces pide ser admitido, "para escapar al dolor y conseguir el Nirvana". El monje que preside ata entonces al cuello del neófito las ropas monacales y le recuerda su naturaleza mortal; éste se retira para cambiar de ropa, y al volver se hinca de rodillas delante de la comunidad y pronuncia, por tres veces, los siguientes votos: "Voy a la Orden por refugio; voy a la Ley por refugio; voy al Buda por refugio. Hago voto de no matar a ningún ser vivo; hago voto de no robar; hago voto de castidad; hago voto de no mentir; hago voto de no beber licores alcohólicos", etc. Como prenda de su admisión, el neófito recibe la escudilla con la que saldrá cada día a mendigar su comida.

El budismo llegó a tener tal arraigo en China, que en el siglo IV fue por algún tiempo la religión oficial y hasta se ordenó la quema de los libros de Confucio. De China pasó el budismo a Corea y al Japón, donde ha subsistido con relativa pureza hasta nuestros días.

Algo de los principios morales del budismo ha trascendido al Occidente. Ya mencionamos la curiosidad que despertaron los ermitaños o "sabios del bosque" a los que iban en la expedición de Alejandro. Es muy posible que éstos fueran más bien doctores de la ciencia brahmánica, pero después consta que llegaron misioneros budistas hasta Alejandría. Sin embargo, lo más trascendental para la mentalidad europea son las ideas budistas de la renunciación y, como corolario, la fe en el estado de paz mental obtenida en las prácticas de la Ley del Justo, medio que aparta de la vida activa.

Ha habido, y existen todavía, grupos de budistas ingleses y americanos a quienes la doctrina budista ha llegado a través de textos religiosos que fueron traducidos en parte de las *Pitakas,* pero, sobre todo, de las lecciones que se encuentran en los poemas épicos *Ramayana* y *Mahabharata,* en los cuales los héroes, al combatir, repiten profesiones de fe budista convencidos de las bienaventuranzas que esperan por su fe, tan contraria a nuestro cristianismo práctico. Precisamente uno de los cantos de la epopeya hindú, el *Bhagavad-Gita,* lleno de espíritu del Buda, ha sido traducido a todas las lenguas y forma parte del tesoro literario de toda la humanidad.



Escultura del siglo IX de una diosa con un niño en brazos, procedente del norte de la India (Museo Guimet, París).

BIBLIOGRAFIA

Adams-Beck, L.	*Le Bouddhisme au Japon,* París, 1964.
Arvon, H.	*El budismo,* Buenos Aires, 1961.
Bacot, J.	*Le Bouddha,* París, 1948.
Bareau, A.	*Recherches sur la biographie du Bouddha,* París, 1963.
Conze, E.	*Le Bouddhisme dans son essence et dans son développement,* París, 1952.
Coomaraswami, A. K.	*Buddha and the Gospel of Buddhism,* Bombay, 1956.
Chang-chen-chi	*Practique du Zen,* París, 1960.
David-Neel, A.	*Le Bouddhisme,* París, 1960.
Fatone, V.	*La filosofía en la India,* Buenos Aires, 1942.
Filiozat, J.	*Dans le pas de Bouddha,* París, 1957.
Houang, F.	*Le Bouddhisme de l'Inde à la Chine,* París, 1963.
Humphreys, C.	*Le Bouddhisme,* París, 1961.
Lamotte, E.	*Histoire du Bouddhisme indien,* Lovaina, 1958.
Percheron, M.	*Buda y el budismo,* Madrid, 1959.
Renou, L.	*Anthologie sanscrite,* París, 1947.
Roger Rivière, J.	*El pensamiento filosófico de Asia,* Madrid, 1960.
Suzuki, D. T.	*L'essence du Bouddhisme,* París, 1955.
Suzuki, D. T., y Fromm, E.	*Budismo Zen y psicoanálisis,* México, 1960.
Thapar, R,	*A History of India,* Middlesex, 1966.
Watts, A. W.	*El camino del Zen,* Buenos Aires, 1961.



Estatuilla de la diosa Tara, del siglo IX (Museo Guimet, París). En el incongruente pabellón hindú, Tara es la diosa, esposa de Siva, que nació de sus propias lágrimas.



Miniatura del Pentateuco de Tours, del siglo VII, en que se representa la alianza de Yahvé con el pueblo hebreo en el monte Sinaí (Biblioteca Nacional, París). El largo peregrinar desde Egipto hasta la tierra prometida tuvo para el pueblo hebreo una fecha señalada: aquella en que Yahvé comunicó a Moisés los preceptos que su pueblo debía cumplir. A cambio, los hebreos serían para siempre el pueblo escogido.

Judaísmo

En el segundo volumen de esta obra hemos tratado de describir las experiencias religiosas del pueblo judío hasta los días trágicos de la invasión asiria y su deportación en masa a Babilonia y otros lugares de Oriente. Esta catástrofe nacional resultó a la larga beneficiosísima, no sólo para los judíos, sino para la humanidad entera. Las diez tribus del Norte, que formaban el reino de Israel, con capital en Samaria, probablemente fueron llevadas al confín de Armenia, y allí se desvanecieron confundiéndose con los habitantes del país. Son las llamadas "diez tribus perdidas", cuyo paradero no se ha podido localizar. Pero las dos tribus del Sur, que formaban el reino de Judá, fueron llevadas en masa a Babilonia, y allí los judíos aprendieron a vivir como un pueblo sin territorio; su rey fue Dios, y sus leyes, el Decálogo. Ni aun la raza significó tanto como la Ley; los extranjeros eran admitidos si aceptaban la Ley, que para los judíos era

LA HISTORIA DE ISRAEL: I. DE LA RESTAURACION DE ESDRAS A LA CONQUISTA DE JERUSALEN POR POMPEYO

(587 a 66 a. de J. C.)

587	Nabucodonosor II toma Jerusalén y saquea la ciudad. Gran número de judíos son deportados a Babilonia.
538	Ciro, conquistador del imperio neobabilónico, permite a los judíos regresar a su patria. Judea queda integrada en la satrapía transeufrática.
520	Los profetas Ageo y Zacarías incitan al pueblo a reconstruir el Templo. Ese mismo año se inicia su edificación con el apoyo del gobernador persa Zerubabbel.
445	Nehemías, nombrado gobernador, inicia las reformas legislativas que, continuadas por el escriba Esdras, convertirán a Israel en un estado teocrático bajo el protectorado de los sátrapas persas.
332-331	Alejandro, tras haber destruido Tiro y en camino hacia Egipto, cruza Palestina, que queda incorporada a su imperio.
301	El enfrentamiento entre los diadocos convierte a Palestina en zona disputada por lágidas y seléucidas. Ese mismo año, el país pasa a pertenecer a Egipto durante casi todo un siglo.
198	El descontento judío contra los egipcios facilita la conquista de Palestina por Antíoco III.
175	La política de Antíoco IV, hostil a la religión hebraica y dirigida a una real helenización del país, escinde a los judíos en dos partidos irreconciliables: uno de tendencia colaboracionista, otro violentamente nacionalista.
167-166	Matatías, sacerdote de Jerusalén, acaudilla la rebelión contra Antíoco.
166-161	Campañas de Judas Macabeo, hijo de Matatías.
152	Jonatán, hermano de Judas, es elegido sumo sacerdote, estratego y gobernador de Judea.
152-135	A favor de la crisis interna que sacude al reino seléucida, Jonatán y su hermano Simón alcanzan un régimen de casi independencia para Palestina.
135-106	Juan Hircán I, rey y sumo sacerdote, preside una época gloriosa para Judea: estado independiente, lucha victoriosamente contra idumeos y samaritanos y recobra las antiguas fronteras del reino de David y Salomón.
105-79	Alejandro, su sucesor, se aparta del partido nacionalista para apoyarse en la facción conservadora de los saduceos. La helenización cobra nueva fuerza en Judea.
75	Guerra civil entre Hircán II, sostenido por los nacionalistas, y Aristóbulo, adscrito al partido saduceo.
66	Pompeyo es nombrado general en jefe del ejército romano en Oriente.

la Ley de Dios. Deseaban regresar a la tierra de sus abuelos para practicar allí la Ley sin dificultades. Desde lejos soñaban con una comunidad ideal establecida en Jerusalén, reconciliada con Yahvé, que les protegería por los siglos de los siglos si procuraban satisfacerle con sacrificios y corazón contrito. Este deseo reprimido produjo una admirable literatura en la que hombres de todas las razas hallan todavía hoy una gran consolación. El sentimiento es universal; en el destierro, en la abyección, en la miseria, lo esperan todo, todo, de un agente supremo, del Dios de Israel, que ya sacó a sus padres de la tierra de Egipto.

En uno de los puntos que más habían preocupado a los judíos antes de la cautividad, esto es, en el problema de por qué los buenos sufren y los malos a veces prosperan, se dio también un gran paso. La explicación antigua era que Dios castiga los pecados hasta la cuarta generación. Pero Ezequiel, el profeta de la cautividad, escribe así: "¿Qué es lo que pensáis cuando oís repetir este viejo refrán: Los padres comieron uvas verdes y los hijos tienen dentera? – Por mi vida, dice el Señor, que ya no tendréis que escuchar más este refrán en Israel. – Todas las almas son mías, tanto el alma del padre como la del hijo. – El alma del que pecare, ésa morirá; pero el que fuere justo e hiciere justicia..., ése vivirá, dice el Señor Yahvé. – Mas si engendrare hijo ladrón, derramador de sangre, ¿vivirá éste? No vivirá; de cierto morirá, su sangre caerá sobre él. – Pero si éste engendrare hijo, el cual viere todos los pecados que su padre hizo, y viéndolos, no obrare según ellos..., éste no morirá por la maldad de su padre, de cierto vivirá". Ezequiel pone ejemplos en tres generaciones: el abuelo justo, el hijo malo y el nieto justo, cada uno de los cuales recibe, según su conducta propia, la vida o la muerte. Cada cual será recompensado por sus virtudes o castigado por sus culpas. La justicia aparece, por tanto, como condición esencial para entrar en el reino futuro. Los pecados que producen la muerte no son transgresiones de la liturgia, sino idolatría, fornicación, opresión, usura, latrocinio, es decir, cosas toleradas y hasta admiradas por otros pueblos de la antigüedad. Además, Ezequiel, como todos los judíos en el destierro, soñaba en la restauración del templo de Jerusalén y nos dio en su libro una descripción imaginaria, mezclando algo de lo que se recordaba que había sido el santuario antes de la destrucción con algo de lo que debía ser en el tiempo futuro. El Señor se apareció a Ezequiel como un arquitecto, con

el cordel y la vara de medir. Ezequiel cuenta así al empezar, con cierta tristeza, su visión del templo restaurado, con un príncipe y los sacerdotes: "Era el año veinticinco de nuestra cautividad...".

Con esto ya basta para comprender la alegría de los judíos de Babilonia al ver entrar en la gran metrópoli de Oriente a Ciro, rey de los persas, y enemigo lo mismo de Asiria que de Egipto. Estas dos naciones, que habían aplastado a Israel como el grano entre dos muelas de molino, iban a ser ahora castigadas por los persas. Más aún, Ciro consentía que los judíos regresaran a Palestina y hasta les autorizaba para reconstruir su templo nacional de Jerusalén. El primero que partió de Babilonia, en 536, fue un noble llamado Zorobabel, acompañado de cuarenta mil familias. Llevaban consigo sacerdotes, e inmediatamente levantaron un modesto santuario sobre las ruinas del antiguo templo.

En seguida empezaron las dificultades sobre la manera de relacionarse con los pueblos vecinos. Los peores no fueron los extranjeros que se habían establecido en Palestina durante la ausencia de los judíos, sino los samaritanos, mezcla de los pocos judíos que quedaron en el país cuando la deportación por los asirios. Recordemos que los samaritanos eran descendientes de judíos, y parece muy natural que quisieran reunirse

EL TALMUD

Desde el año 63 a. de J. C., en que Pompeyo convirtió Palestina en provincia romana, la situación de los judíos había ido empeorando hasta que en el 66 de nuestra era se alzaron en armas; pero la rebelión contra los romanos acabó con la pérdida de la independencia judía: en el año 70 las tropas de Tito conquistaron Jerusalén y destruyeron el Templo, que era el centro de la vida judía. Para subsistir, el judaísmo debía cambiar de orientación y lo logró gracias a Yohanán ben Zakkay, que si bien (como Jeremías) lloró la pérdida de la independencia, al igual que Esdras inició la construcción de un nuevo templo: el nuevo templo fueron las sinagogas, y los sacrificios fueron sustituidos por la oración.

La base del judaísmo es la Biblia; pero el texto bíblico no es un código legal que lo regule todo: hace falta algo más, es decir, interpretar la legislación bíblica. Así, por ejemplo, la Biblia dice: "El séptimo día es día de descanso..., no harás ningún trabajo", pero no especifica qué se entiende por "trabajo" —el Talmud establecerá las treinta y nueve prohibiciones básicas—. Por otra parte, a medida que los tiempos iban cambiando, era preciso deducir nuevas leyes que recogiesen la antigua tradición oral que Dios había dado a Moisés y éste transmitió a sus sucesores. Yohanán ben Zakkay reanudó la actividad de interpretación, comentario y deducción, que fue continuada por numerosos maestros, primero en Palestina y luego en Palestina y Babilonia simultáneamente hasta fines del siglo V. El conjunto de las leyes (junto con su interpretación y comentarios más o menos ajustados) es lo que al final constituiría el Talmud, el segundo texto básico de los judíos ortodoxos (negado, por tanto, por la secta de los caraítas).

Si una catástrofe semejante a la que sufrieron Pompeya y Herculano hubiera petrificado cinco o diez siglos de vida judía, el resultado sería —¡y lo es!— el Talmud: reproduce los debates tal cual se desarrollaron en las academias de Palestina y Babilonia. En esos debates se elaboró la doctrina tradicional del judaísmo, que en sustancia podría reducirse al dicho de rabí Hillel (siglo I a. de J. C.): "Lo que no quieras para ti, no lo quieras para tu prójimo. Eso es toda la Ley; lo demás sólo es comentario", frase que el emperador Alejandro Severo (siglo III) haría grabar en muchas de las construcciones que mandó edificar.

En el Talmud se halla el principio de que "la ley del estado es la ley" (enunciada por Samuel en el siglo III), un principio de capital importancia para el futuro de los judíos establecidos en los más variados territorios y sometidos a leyes estatales muy distintas de las propias, es decir, las talmúdicas, que se ocupan de muchísimos aspectos de la vida, como la constitución de los tribunales: "Los procesos monetarios serán juzgados por tres jueces. Es conveniente que cada parte elija un juez, y que el tercero sea nombrado por acuerdo de las partes. Ésta es la opinión de rabí Meir; pero los demás sabios dicen: los dos jueces elegidos por las partes elegirán el tercer juez... Se consideran judicialmente ineptos para ser jueces o testigos las siguientes personas: los jugadores de dados, los que prestan a usura, quienes escrutan el vuelo de los pájaros, los que especulan con los productos del año sabático, los esclavos, etc.". Pero como, en el judaísmo, derecho y religión van casi siempre unidos, no debe extrañarnos de que pueda establecerse que "el Día de Perdón está prohibido comer, beber, lavarse, friccionarse el cuerpo, calzarse y tener relaciones conyugales. Tan sólo al rey y a las novias les está permitido lavarse la cara (para no perder su belleza) y una mujer embarazada podrá calzar sus sandalias para no enfriarse".

El hecho de transcribir debates vivos, como si hubieran sido tomados taquigráficamente, explica que en el Talmud no todo sean leyes y prescripciones, sino que contenga toda clase de materias, que forman como una enciclopedia, extensa pero muy desordenada. Si al desorden de la "enciclopedia" se añade que sus autores (casi dos mil) pertenecen a distintas épocas y regiones, a muy diversas clases sociales, que sostienen teorías dispares e incluso contradictorias, resulta fácil comprender que junto a ideas sublimes se citen supersticiones populares; que junto a la regla médica aparezcan remedios de curandero y además notas astronómicas (como "el tubo hueco que tenía rabí Gamaliel y por el cual podía ver a una distancia de dos mil codos, tanto por mar como por tierra"), recetas culinarias, cuentos con moraleja, como esta versión del "no hay mal que por bien no venga": "En cierta ocasión en que rabí Akivá iba de viaje, llegó a una población y buscó albergue. Como no se lo dieran, se dijo: sea para bien. Y fue a acostarse al aire libre, en compañía de un gallo, un asno y una lámpara. A la primera ráfaga de viento, la luz se apagó; un gato estranguló al gallo y un león devoró al asno. 'Todo lo que la Providencia hace, es siempre para bien', exclamó. Aquella misma noche un ejército ocupó la población y apresó a todos sus habitantes".

Muy numerosos son también los refranes y las observaciones agudas: "Cuando el vino entra, el secreto sale", "Lo que el niño dice en la calle es lo que dicen su padre y su madre en casa", "Cuando el ladrón no tiene ocasión de robar, se cree un hombre honrado"; algunas de ellas muy actuales: "Hay tres clases de personas a quienes Dios considera virtuosas: el soltero que reside en una ciudad y no peca; el pobre que encuentra un objeto perdido y lo devuelve a su dueño, y el rico que paga los impuestos sin refunfuñar".

D. R.

Profetas en el altar portátil de Eilbertus Coloniensis (Kunstgewerbemuseum, Berlín). Estos personajes, surgidos durante la dominación extranjera y el cautiverio de los judíos en Babilonia en el siglo VI a. de J. C., mantuvieron viva la esperanza de su pueblo en el Mesías con interpretaciones de los acontecimientos y predicciones.

con los recién llegados a Jerusalén, que pertenecían a las tribus de Judá y Benjamín. Los samaritanos aparentaban transigir, deseando aceptar el templo de Jerusalén como santuario único de toda la raza. Juzgaban que los israelitas, escarmentados con la cautividad, debían procurar juntos su salvación. Pero Zorobabel comprendió que los samaritanos, que antes de la deportación se habían ya apartado de Yahvé, le serían más infieles



Uno de los manuscritos del mar Muerto hallados en las grutas de Qumrân. Estos escritos, de los siglos II y I a. de J. C. y del primero de nuestra era, contienen copias de los libros del Antiguo Testamento, comentarios a libros bíblicos y escritos sobre la organización de los esenios.



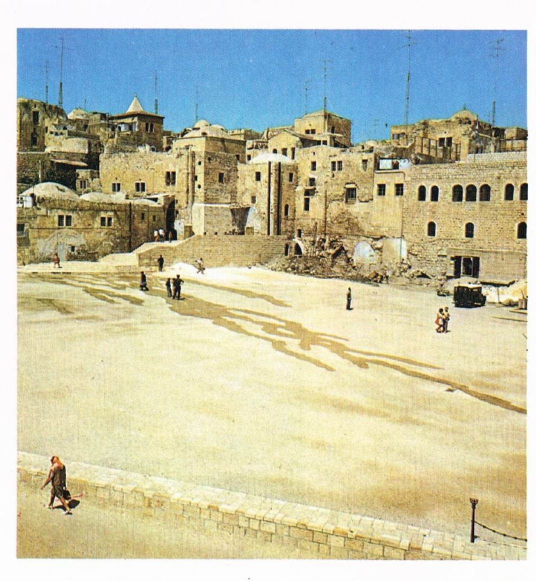
Óleo pintado por el polaco Aleksander Gierymski en el año 1890 titulado "Fiesta judía" (Museo Nacional, Cracovia). Las fiestas judías de mayor importancia son la de Pascua para conmemorar la salida de Egipto, la de Pentecostés para ofrecer a Yahvé las primicias de la tierra, la de los Tabernáculos para recordar el tiempo pasado en el desierto, y la de la Expiación para implorar perdón con sacrificios por los pecados de todos.

Vista de la parte vieja de la ciudad de Jerusalén. Destruida la ciudad por el ejército de Tito y sofocados los últimos intentos de independencia durante el reinado de Adriano, los judíos quedaron dispersos en núcleos de comunidades establecidas en diversos países. Jerusalén dejó de ser el centro real de la unidad judaica.

todavía entonces y prefirió conservar la integridad del grupo de fieles de Jerusalén. Esta decisión de Zorobabel fue de gran trascendencia para el pueblo judío: le confirmó en su aislamiento y le dio una regla de conducta para evitar la contaminación a través de los siglos, que todavía dura.

Los descendientes de Ciro continuaron su política liberal con los pueblos que habían sido oprimidos por los asirios, y nuevas bandas de judíos regresaron a Jerusalén. El segundo contingente partió de Babilonia el año 457 a. de J. C. Lo componían sólo mil ochocientas personas y llevaban como jefe a un sacerdote y escriba, descendiente de Aarón, llamado Esdras. La Biblia no nos habla de la juventud y educación de Esdras, pero la tradición judía señala un lugar del llano de Babilonia donde había tenido su escuela antes de partir para Jerusalén. Esdras emprendió una gran reforma religiosa en el judaísmo; la historia anterior de Israel viene a ser como un fondo ideal sobre el que Esdras estableció su estado teocrático, basado en una minuciosa interpretación de la Ley.

Pero es dudoso que Esdras hubiese conseguido su propósito sin el apoyo de Nehemías, que llegó con otro contingente trece años después. Nehemías no era un doctor como Esdras, sino un prócer, que había sido





Moneda judía, muy aumentada, contemporánea de la guerra de independencia de los Macabeos contra los sirios (Gabinete de Medallas, París).

distinguido con el cargo de copero real por Artajerjes. Llegó provisto de decretos redactados en su favor para el sátrapa o gobernador persa que residía en Samaria. El Libro de Nehemías, en la Biblia, describe minuciosamente la obra de restauración.

He aquí cómo cuenta Nehemías su dramática inspección de las murallas: "Después que hube llegado a Jerusalén, descansé tres días. Al tercero, por la noche, salí con unos pocos, sin decir a nadie lo que Dios me había puesto en el corazón. Mis compañeros iban a pie, sólo yo iba montado. Y salimos de noche por la puerta del Valle, pasamos por delante del pozo del Dragón y la puerta del Estiércol, examinando las murallas, que estaban caídas, y las puertas, consumidas por el fuego. Así llegamos hasta la puerta de la Fuente y la piscina de Siloé, pero allí no había lugar para mi caballo. De manera que seguimos por el torrente, vimos las murallas de aquel lado y retrocedimos, para entrar

Restos de la sinagoga de Cafarnaum, del siglo II, donde los judíos se juntaban para orar y para instruirse en la doctrina bíblica.

por la puerta del Valle. Pero ni los nobles ni los sacerdotes supieron adónde había ido ni lo que había hecho". En este patético episodio percibimos el dolor con que la pequeña patrulla silenciosa de judíos recién llegados miraba las derruidas murallas, que se les aparecían aquí y allá, entre los escombros, a la luz de la luna, y veían desde el valle del Cedrón la silueta desolada de la colina donde estuvo el templo que el mismo Yahvé había santificado con su presencia.

Nehemías probó con su energía y genio organizador que realmente era digno del cargo de copero que tenía cerca del gran rey. Restauró las murallas, organizó el gobierno y regresó después a Susa, para continuar ejerciendo en la corte su importante cargo; pero pronto nuevas dificultades, principalmente disputas entre los propios judíos, le obligaron a volver a Jerusalén para restablecer la disciplina, esta vez con severos castigos. No se sabe dónde murió Nehemías ni



Una lámpara de aceite judía, del siglo III-IV, decorada con el candelabro de los siete brazos, símbolo de la religión judaica, con un cuerno de carnero y una paleta sacrificial de incienso (Museo de Israel, Jerusalén).

LA RELIGION DE ESDRAS Y NEHEMIAS

LOS JUDIOS DE PALESTINA

No todos los habitantes de Palestina habían sido deportados a Babilonia. Muchos de ellos permanecieron en su país resignados al dominio babilónico. La religiosidad de los judíos palestinos parece una continuación del período anterior: fe en Yahvé mezclada con prácticas idolátricas, monoteísmo sincretista abierto a las creencias de los pueblos vecinos, continuación del culto en las ruinas del Templo.

LOS JUDIOS FUERA DE PALESTINA

Este estado religioso desmiente la existencia de un monoteísmo integral en Israel desde Abraham y no parece peculiar de los judíos residentes en Palestina; entre los hebreos que se refugiaron en Egipto es común el culto de Yahvé con la adoración de dioses orientales: en 1906, en la isla de Elefantina, donde hubo una colonia judía, se halló un papiro que conmemoraba la erección de un templo dedicado a Yahvé y su esposa Anat.

LA PREDICACION PROFETICA DE EZEQUIEL

Este profeta, que forma parte del primer grupo de judíos deportados de Babilonia en el año 597, se esfuerza en disipar las esperanzas de sus compatriotas sobre la destrucción del imperio neobabilónico que impedirá la conquista de Jerusalén. Después de su caída, el profeta insiste en que habrá un retorno a la patria; una vez en ella, el pueblo quedará convertido a Yahvé y tomará medidas para observar su ley en toda su pureza y no recaer jamás en la idolatría.

LA OBRA LEGISLATIVA EN EL EXILIO BABILONICO

Con Ezequiel, juristas y sacerdotes se dedican a definir las instituciones que el pueblo se dará a su retorno. Frente a la religiosidad individual, espontánea y cargada de acento moral que había sido la de los grandes profetas, se exalta ahora la importancia del Templo, de los ritos y prácticas que hacen de cada hombre un judío. La religión empieza a concebirse como el sistema de instituciones que aseguran la salvación nacional.

EL ESPIRITU DEL RETORNO

Los judíos que volvieron a su patria en el año 538 estaban imbuidos de la predicación de Ezequiel y las ideas de los juristas babilonios: llegaban a Palestina para edificar, por fin, un Estado-Iglesia para siempre fiel a Yahvé.

LA ESCISION DE PALESTINA

El conflicto entre la ortodoxia de los "gôlâ"—la emigración— y la flexibilidad religiosa de los "am hâ'ârès"—pueblo del país— estalló pronto.

LA INTERVENCION DE LOS JUDIOS-BABILONIOS

La tendencia a contemporizar que predominó en la aristocracia y los dirigentes judíos y el pequeño número que representaba la emigración hubieran sofocado la corriente rigorista de no intervenir decisivamente en su apoyo los judíos de Babilonia.

LA OBRA DE NEHEMIAS

Nombrado por los persas gobernador de Judea, Nehemías instauró el pago de diezmos al Templo, la observancia del sábado, la prohibición de matrimonios con no-judíos.

EL RADICAL ESDRAS

Para continuar la obra de Nehemías llegaría de Persia Esdras, quien promulgará solemnemente el conjunto de la Ley, el llamado "Código sacerdotal", establecerá el ritual del sacrificio cotidiano y el deber de la limosna, y conseguirá que sus compatriotas repudien a las mujeres extranjeras.

LA NUEVA RELIGION JUDIA

Desaparición del profetismo, es decir, de la manifestación más alta de la religión popular y espontánea.

El escriba, el hombre versado en la Ley, pasa a ser el hombre religioso por excelencia.

Encerrada en las murallas de Jerusalén, vuelta hacia el Templo, obediente a la Ley sacerdotal, la comunidad judía queda separada netamente de los pueblos vecinos y de los yahveístas no ortodoxos.

Lámpara de bronce, mucho más moderna que la anterior, pero con similares motivos decorativos: el candelabro y el cuerno en común y una hoja de palmera, también frecuente en la simbología judaica (colección particular, Nueva York).



tampoco Esdras, pero sí que ambos leyeron solemnemente al pueblo la ley de Moisés en el espacio que quedaba libre en el valle del Cedrón, fuera de la puerta de la Fuente. Los judíos allí congregados hicieron cinco votos, que mantienen todavía: 1.º, observar la ley mosaica; 2.º, no mezclarse con los gentiles; 3.º, no traficar en sábado y observar el año sabático; 4.º, satisfacer una limosna para el servicio del templo; 5.º, entregar diezmos y primicias, o sea, el décimo de la cosecha y los primeros frutos de cada año.

Estas cinco promesas, que parecen simplicísimas, tenían que originar grandes calamidades a los judíos. Por de pronto, observar la ley mosaica no era cosa fácil si se

LA DIASPORA O DISPERSION DE LOS JUDIOS POR EL MUNDO MEDITERRANEO Y ORIENTAL DURANTE EL IMPERIO ROMANO

LA REALIDAD DE LA DIASPORA JUDIA

–537. Parte de los judíos deportados en –588 permanecen en Babilonia.

–490. Se conocen colonias judías en Egipto.

–285. Tolomeo II instala judíos en la Cirenaica y Alejandría.

–223. Antíoco el Grande puebla las colonias de Frigia y Lidia, recientemente fundadas, con judíos.

70. Exilio colectivo del pueblo judío después de la caída de Jerusalén.

LAS MOTIVACIONES

Exodo voluntario de un país pobre.

Huida ante un ejército extranjero que se apodera del país.

Exilio de los vencidos en los frecuentes conflictos religiosos o civiles que dividen a los hebreos.

Deportaciones forzosas decretadas por las naciones ocupantes.

"De creer a Estrabón, citado con orgullo por Josefo, la Diáspora se había ya en su tiempo extendido a toda ciudad y no era fácil hallar un lugar sobre la tierra donde no estuviere... Esta afirmación excesiva no es única en su género. Se cita con frecuencia la frase de los 'Oráculos Sibilinos': 'La tierra entera está llena de ti, y también todo el mar', junto con la de Séneca, referida por San Agustín, según el cual 'los usos y costumbres de esta raza maldita se han instalado ya en toda la tierra, de suerte que los vencidos han dado sus leyes a los vencedores'" (Ch. GUIGNEBERT).

LAS COMUNIDADES EN EL EXILIO

Aunque nada les obligaba a ello, los judíos acostumbraban concentrarse en determinados barrios de la ciudad.

Se evitaban los matrimonios mixtos que pudieran conducir a una fusión con la población indígena.

Se pactaba un compromiso más o menos explícito con las autoridades de la provincia, tendente a dotar de cierta autonomía a las comunidades judías.

EL JUDAISMO, RELIGION LICITA

En el Imperio, el judaísmo gozó de un estatuto de religión permitida y respetada por la ley; estaba prohibido demandar a un judío en sábado o encargarle trabajos en tal día; se permitía celebrar cultos públicos en las sinagogas; se reconocía a la comunidad la propiedad de los edificios y lugares sagrados. Se les concedía que juraran lealtad al emperador-dios con fórmulas especiales que no repugnaran a su monoteísmo.

UNA ORGANIZACION PROPIA

El estado reconoció a las comunidades judías el derecho a imponer tributos a sus miembros, a constituir un fondo común para sus necesidades, a administrar justicia en materia religiosa. Una asamblea de todos los miembros para decidir en los asuntos importantes, un consejo de ancianos o "gerusía" para el gobierno cotidiano y un crecido número de funcionarios o "arcontes", de elección anual, aseguraban el bienestar de la colonia judía que, en circunstancias graves, podía enviar legaciones al propio emperador.

LA COMUNIDAD DE FE

La sinagoga es el centro de la vida comunitaria; lugar sagrado porque en él se lee la Sagrada Escritura, se predica y se ora, pero también escuela y emplazamiento donde se juzga y se ejecutan las sentencias. Un archisinagogo, sacerdotes, lectores de la Biblia, traductores a la lengua vulgar, cumplen el servicio de la sinagoga.

quería vivir en buena armonía con los vecinos. Las órdenes de abstenerse de ciertas comidas (apio, cerdo, liebre, langosta, etc.) son fáciles de observar si uno no se mueve de su casa. Los judíos podían y pueden todavía invitar a su mesa a un extranjero, pero era y es casi imposible para ellos comer en casa de un extraño.

La ley mosaica establece asimismo que no se comerá carne que esté sangrando, lo cual obliga a tomar medidas y precauciones extremas en el matadero. No se puede tampoco comer carne de una res que se haya ahogado ni que tenga alguna lacra en las entrañas, y tanta atención hay que poner en estos detalles, que todavía hoy la matanza de animales es uno de los servicios a que atienden los rabinos. Lo mismo podríamos decir de los manjares en que entra leche o manteca, de los días en que se debe comer de prisa o comer de pie, de los ayunos, etc.

Claro que todas estas prácticas contribuían a robustecer el sentimiento de la unidad nacional, pero, en cambio, debían irritar a los extraños que llegaban a ponerse en contacto con los judíos. Aquella pequeña nación, cuyo territorio podía divisarse entero desde la colina de Jerusalén, parecía querer distanciarse de todos con un molesto orgullo de pueblo escogido.

Cumplir estrictamente el sábado implicaba también no pocas dificultades. No sólo estaba prohibido comprar y vender en sábado, sino también pagar deudas, viajar y encender fuego... Se contaron treinta y nueve infracciones principales del sábado, con treinta y nueve restricciones para cada infracción, lo que hace un total de mil quinientas veintiuna prohibiciones. Por ejemplo, la infracción de *sembrar* incluye treinta y nueve restricciones, que son plantar árboles, podar, injertar, etc. *Espigar,* como hicieron los discípulos de Jesús un sábado, era una de las treinta y nueve restricciones incluidas en la prohibición de *cosechar.*

Por otro lado, el sábado no era un día de penitencia, sino de fiesta y alegría. Esdras y Nehemías leyeron la Ley un sábado y después despidieron al pueblo diciendo: "Id y comed vuestras mejores viandas y bebed del mejor vino; dad una porción a los que no





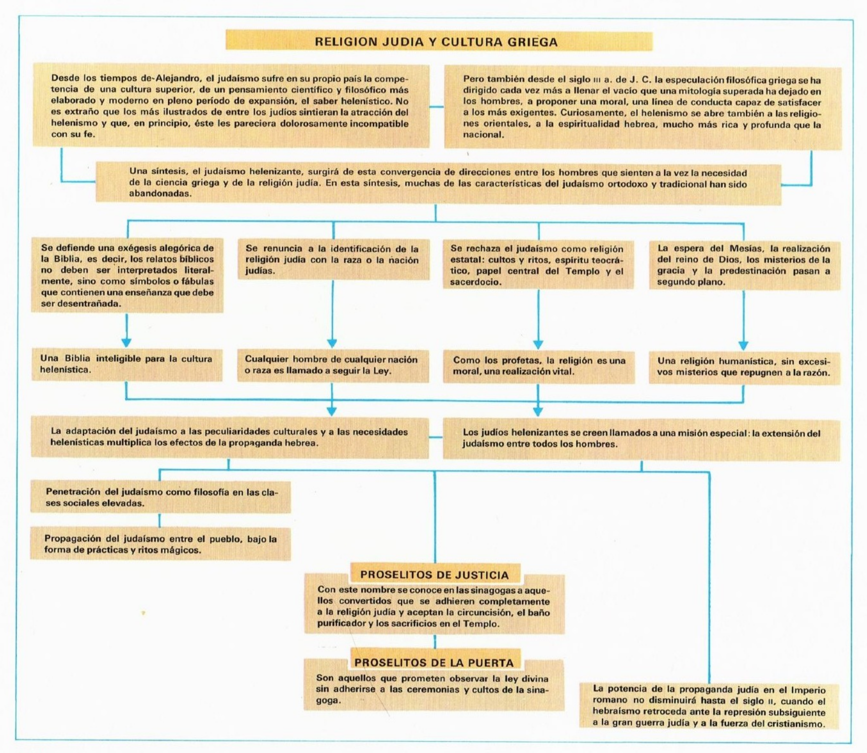
Simbología judía en un sello sirio de bronce (pieza rectangular) y un bajo relieve procedente de la sinagoga de Hamah, cerca de Tiberíades (ambos en el Museo de Israel, Jerusalén).



En torno a la Thora o Ley que Moisés recibió de Dios y dio al pueblo, gira toda la religión hebraica. Todo respeto a la Ley es poco. De ahí sus múltiples representaciones, para ayudar a tenerla siempre presente, como ésta de plata, del siglo XIX, procedente de Italia (Museo Judío, Londres).

tienen, porque este día es un día santo, no de duelo". Ya era más difícil decidir si había que curar en sábado y si se podía pelear el sábado en defensa propia. Sobre esto había diferentes opiniones; los fariseos no aprueban las palabras de Jesús, pero tampoco le contradicen cuando declara que tiene facultad para sanar en sábado al enfermo de hidropesía, como ellos para sacar del hoyo a una bestia que en él haya caído. Rabí Ismael encontró la confirmación de esta tendencia en el mismo Libro del Levítico. Allí se dice que "el hombre vive por la Ley", no dice que muere por la Ley. Durante la persecución de Adriano, los rabinos reunidos en la asamblea de Lyda decidieron que, en caso de vida o muerte, el judío podía transgredir las prohibiciones del sábado, excepto para cometer "idolatría, incesto o muerte". Pero sólo era en casos en que peligraba la vida del interesado, pues en condiciones normales las mil quinientas veintiuna prohibiciones regían con toda su fuerza.

También fue a menudo motivo de agravio para todos los pueblos vecinos la prohibición de mezclarse con los gentiles. Los proverbios de la Biblia no cesan de prevenir contra el encanto de la mujer extranjera, y una de las más importantes prohibiciones de la Ley era tomarla por esposa, pero el antiguo fervor había decaído. Ya Esdras tuvo que prohibir los matrimonios mixtos, y en una asamblea general del pueblo se decretó que los israelitas que habían tomado muje-



res extranjeras las repudiasen. Muchas esposas, entre ellas la de un hijo del sumo sacerdote, fueron devueltas a sus padres, sin otra razón que la de no ser judías, por orden de Nehemías. Y esta misma devolución en masa de mujeres extranjeras se repitió en todos los momentos en que la piedad nacional se hacía más intensa.

El cuarto y quinto votos, de la limosna y los diezmos para el servicio del templo, debían despertar la codicia de los vecinos. Grandes cantidades se acumulaban en el tesoro del templo con lo que mandaban los judíos que todavía residían en Babilonia y en otros lugares de Oriente. Estos desterrados eran acaso más celosos, y ciertamente más ricos, que los que habían regresado a Jerusalén, y como no podían prestar tributo personal al Dios de sus abuelos, le enviaban cada año limosnas abundantes.

Dados estos antecedentes, se comprende que el pueblo judío tendría que sufrir persecuciones; para resistirlas, contaba sólo con su fe y su compacta organización. El pequeño estado judío se gobernaba por un senado religioso y tenía un ejército de unos quinientos hombres de la tribu de Judá y mil de la de Benjamín. Mientras subsistió el Imperio persa, los sátrapas toleraron la autonomía de este gobierno republicano a cambio de una soberanía nominal y un tributo. Este estado de cosas continuó en el reinado de Alejandro. Parece que éste se dio cuenta de que en el santuario de Jerusalén había algo más respetable que en otros templos llenos de imágenes grotescas. Los judíos conservan la tradición de que muchos de ellos siguieron al gran conquistador macedonio en su expedición al centro del Asia.

A la muerte de Alejandro pasó Palestina a ser feudo de los Tolomeos. Una gran colonia de judíos apareció desde el primer momento en Alejandría, sin que sepamos el cómo y el porqué de su traslación a la nueva capital de Egipto. Sabido es que antes habían existido pequeños grupos de judíos esparcidos por el valle del Nilo, pero en Alejandría los judíos ocupaban dos barrios de los cinco en que estaba dividida la población. Desde este momento el judaísmo tuvo, además de sus centros tradicionales en Babilonia y Jerusalén, un tercer foco en Alejandría. Cada uno de estos tres núcleos llevó al judaísmo su contribución peculiar.

El primer grupo, es decir, el de los judíos de Babilonia, sin contaminarse de las religiones asiáticas, prestó más atención a las ideas de ángeles y demonios, que ya estaban en la Biblia, pero que tenían extrema importancia para los asirios y los persas. En Babilonia desarrollaron los judíos su literatura apocalíptica, en la cual nos introduce el Libro de Daniel, y cuyas producciones debían multiplicarse en el transcurso de los dos primeros siglos antes de Jesucristo o como también en el primer siglo de nuestra era.



Un rollo que contiene los Diez Mandamientos, guardados en un estuche de marfil del siglo XV (Museo Judío, Londres).

El segundo grupo, el de los judíos de Jerusalén, siguió comentando e interpretando la Ley con esa extraña mezcla de meticulosidad fastidiosa, salpicada de relámpagos de amor, que es característica todavía de la sinagoga. Tal era la seguridad de que la Ley era la ley de Dios, que se llegó a decir que "el que no es idólatra seguirá la Ley", o lo que es lo mismo, el que no es idólatra es judío, aun sin darse cuenta. De aquí que se



Arca de una sinagoga italiana del siglo XVI (Museo Judío, Londres). Del mismo modo que el arca de la Alianza era el centro del culto hebraico, el objeto principal de una sinagoga es el arca donde se guardan los rollos en que está escrita la Ley y los demás libros sagrados.

procurara convencer de esto a "todas las criaturas". La Ley no era privilegio exclusivo de los judíos; Dios se la había dado a ellos para que la guardaran, pero se la dio en el desierto, como indicando que no era la ley de las gentes de una región determinada. Ahora bien, siendo ésta la Ley de Dios, ¿por qué no la seguían naturalmente los demás pueblos? Porque habían perdido toda noción del bien y del mal. He aquí lo que cuenta el Talmud: "Dios fue a los hijos de Esaú (que vivían en Transjordania) y les dijo: –¿Queréis la Ley?– Ellos dijeron: –¿Qué dice la Ley?– Dios respondió: –La Ley dice que no matarás. –Entonces –contestaron los hijos de Esaú– no podemos seguirla, porque nuestro padre nos enseñó que viviéramos por la espada" Dios ofreció después la Ley a los hijos de Amón, pero éstos no pudieron aceptar el mandato de no cometer adulterio. Luego la ofreció a los hijos de Ismael, o árabes, que no pudieron comprometerse a vivir sin robar, y así, por una u otra razón, se excusaron todos los pueblos de la tierra, excepto los judíos, que aceptaron la Ley sin reservas.

Mientras los judíos de Babilonia prolongaban la Ley, por decirlo así, fraguando los temas apocalípticos de la Gran Desolación con las profecías de las pruebas finales de la humanidad; mientras los de Jerusalén alambicaban un sentido más espiritual de la Ley, los judíos de Alejandría daban el gran paso para hacer la Ley universal, traduciéndola a la lengua griega. La tradición dice que la iniciativa de traducir la Biblia del arameo al griego partió del segundo Tolomeo, gran protector de las artes y las ciencias. Asegura la leyenda que Tolomeo Filadelfo envió una carta al sumo sacerdote de Jerusalén pidién-

dole doctores capaces de traducir la Ley y los demás libros canónicos. El gran sacerdote Eleazar, continúa la leyenda, escogió setenta y dos doctores, seis por cada tribu, quienes pasaron a Egipto y cumplieron su encargo en breve tiempo. Ésta es la explicación tradicional de la primera versión griega de la Biblia, que llamamos *de los Setenta,* aunque, en rigor, debería ser llamada, si esto fuera verdad, *de los Setenta y dos.* Más tarde se embelleció el relato suponiendo que los traductores habían trabajado independientemente unos de otros, recibiendo la misma inspiración; pero desde muy antiguo se han puesto en duda los detalles de esta historia de los setenta o setenta y dos, aunque no aparece tampoco por ningún lado otra explicación más satisfactoria. Lo positivo es que la Biblia alejandrina se viene citando desde el siglo II a. de J. C. y de ella toman generalmente sus textos los primeros escritores cristianos, y hasta a veces los Evangelios.

Pero la más importante consecuencia del trato íntimo de griegos y judíos en Alejandría no fue que los griegos pudieran leer y apreciar los textos judaicos, sino que los judíos leyeran y apreciaran a los filósofos griegos. Claro está que la helenización del Asia fue una de las consecuencias de las campañas de Alejandro, y el fervor por las cosas griegas se dejó sentir también en Palestina, pero esta moda no trascendió en Jerusalén a la interpretación de la Ley, como hubo de ocurrir entre los judíos de Alejandría.

A la larga, la escuela de Alejandría produjo la extraña filosofía del llamado Filón Hebreo, mixta de platonismo y de judaísmo. Filón vivió en los primeros años de la era cristiana; en un capítulo anterior de este mismo volumen aparece como el decano y portavoz en una embajada que los judíos de Alejandría enviaron a Roma para obtener justicia del emperador Calígula. San Jerónimo nos dice que Filón era de familia sacerdotal, y por otra fuente sabemos que su hermano desempeñaba un cargo importante en la administración de Egipto. Su cultura es esencialmente griega; cita a los filósofos clásicos con gran precisión, pero insiste siempre en que él es judío y sólo en la Ley se halla la mejor filosofía. Para él la ley mosaica es la suma expresión de la ley de Dios. Es ley revelada, divina, y nada hay en ella, o sea en los cinco primeros libros de la Biblia, que no tenga un sentido religioso, y así encuentra profundas lecciones de filosofía en las simples historias de los patriarcas. Todo lo que dijeron los filósofos griegos estaba ya dicho, y mejor dicho, por Moisés. Es más: según Filón, los filósofos griegos debieron de aprender, de un modo u otro, su ciencia de la tradición judía.



Una lámpara de plata del siglo XVIII usada en la fiesta hebrea del Año Nuevo (Museo Judío, Londres).



Lámpara de cristal del siglo XVII con inscripciones bíblicas en hebreo, procedente de la sinagoga de Damasco (Museo Judío, Londres). Entre las lámparas que había en las sinagogas, la más importante pendía del techo y estaba encendida día y noche.

LOS JUDIOS DE ESPAÑA

La diáspora, es decir, la dispersión de los judíos por el mundo, fue un fenómeno iniciado antes, pero que se aceleró a partir del año 70, a raíz de la destrucción del templo de Jerusalén y la supresión de la independencia judía por obra de los romanos. En el curso de la dispersión llegaron también a Sefarad (nombre con que se designa en hebreo a España), donde habían de alcanzar días de gloria y realizar una importantísima labor cultural. Los judíos han dejado en España un rastro, quizás importante, pero difícil de valorar.

Aparte de leyendas, como la que relata la llegada de naves y funcionarios del rey Salomón, la presencia de los judíos en la península ibérica está atestiguada fugazmente desde el año 300, pero no alcanzó cierta consistencia hasta la época de los visigodos, que en los sucesivos concilios de Toledo fueron dictando medidas cada vez más restrictivas y que culminaron en la orden (no cumplida) de hacerse cristianos o emigrar del país. Sin embargo, la importancia cultural de los judíos españoles data del período musulmán, cuando "los poetas empezaron a balbucear": en la España musulmana, sobre todo durante la época de los reinos de taifas, pudieron desarrollarse y madurar filósofos y poetas como Shelomó ibn Gabirol (el Avicebrón de la filosofía escolástica) y Yehudá ha-Leví y, más tarde, el judío de mayor fama universal: el cordobés Maimónides, celebérrimo talmudista, filósofo y médico.

A partir del siglo XIII, cuando la Reconquista hubo llegado al Guadalquivir, la mayoría de los judíos españoles vivían en los cuatro reinos cristianos de la península. La población judía, numerosa, aunque es difícil calcular a cuánto ascendía, habitaba en muchas localidades, pequeñas o grandes; pero los núcleos principales se hallaban en las ciudades importantes, donde solían vivir concentrados en barrios propios, las llamadas juderías, que normalmente (a diferencia de los *ghettos* europeos de épocas posteriores) estaban abiertas y permitían el contacto diario entre los habitantes cristianos y los judíos, un intercambio que tuvo también repercusiones literarias: en castellano escribió Sem Tob de Carrión y en catalán lo hicieron Jafudá Bonsenyor y Moshé Natán.

Los judíos de una ciudad estaban integrados en un organismo jurídico, la aljama (una palabra árabe que significa "reunión o ayuntamiento"), que, a semejanza de los municipios cristianos, tenía sus propios directivos (los secretarios) y su consejo. En la judería se alzaban las sinagogas, a veces muy hermosas y que se han conservado hasta hoy, como las toledanas del Tránsito y Santa María la Blanca, la de Córdoba o la del Corpus Christi de Segovia, que se incendió en el siglo pasado. Los cementerios, en cambio, se hallaban fuera de la población: algunos han sido excavados en nuestros días, por ejemplo, los de Barcelona, Córdoba y Teruel, y en ellos se han encontrado restos humanos y pequeñas joyas femeninas (anillos, pendientes).

Los judíos ricos, los menos, moraban en casas amplias, como la de Samuel ha-Leví, en Toledo (actualmente Casa del Greco); pero la mayoría de la aljama la componían individuos de clase media y, sobre todo, gente humilde, pequeños artesanos (sederos, fabricantes de dados, zapateros, sastres, etc.) que a menudo formaban cofradías de ayuda mutua (para vestir pobres, para visitar enfermos, para enterrar muertos). El recuerdo de la manera de vestir de los judíos españoles se ha perpetuado en obras escultóricas y pictóricas (por ejemplo, en cuadros de Pedro Serra).

También en la España cristiana hubo intelectuales de relieve, como Shelomó ben Adret, Hasday Cresques o Ishaq Abrabanel, mientras otros correligionarios estaban al servicio de los reyes, como médicos (uno de ellos operó de cataratas a Juan II de Aragón) y financieros, actividades que desempeñaron en Castilla hasta el momento de la expulsión, mientras que en la Corona de Aragón pronto se pudo prescindir de ellos a consecuencia de la formación de una burguesía cristiana.

La vida no era fácil, pero sí tolerable. O al menos lo fue hasta fines del siglo XIV, pues en 1391 una oleada de furor (aparentemente por motivos religiosos, en realidad por cuestiones económicas y sociales) barrió toda la península, desde Sevilla (donde se inició) hasta la frontera francesa, a excepción de Zaragoza gracias a la presencia de Juan I, quien consideraba que los judíos eran su arca de caudales. Las consecuencias de estos ataques fueron: muchas muertes, emigraciones y conversiones forzadas al cristianismo, que empezaron a plantear el problema de los conversos. Un siglo más tarde, en 1492, los Reyes Católicos hicieron público un edicto de extrañamiento: en el plazo de tres meses, todos los que no se hubieran convertido debían abandonar el país.

La mayoría de los judíos salieron de España en 1492. Esos emigrados, a los que se denomina *sefardíes,* conservan aún hoy, a casi quinientos años de distancia, la lengua de su tierra de origen: un español del siglo XV, aunque con numerosas intrusiones de otras lenguas.

D. R.



EL MEDITERRANEO ORIENTAL EN EPOCA DE HIRCAN I (135-106 A. DE J.C.)

Las fantásticas ideas de Filón, referentes a la dependencia de la filosofía griega de la ley mosaica, no merecerían que nos detuviéramos a recordarlas si él, para probarlas, no hubiese tenido que valerse de un vocabulario griego y científico que fue más tarde aprovechado por el cristianismo. La palabra *Logos,* o *Verbo,* procede naturalmente de Heráclito y de Platón, pero por intermedio de Filón adquirió un sentido particular en el judaísmo. De acuerdo con Heráclito y los neoplatónicos, insiste Filón en que Dios es una esencia absolutamente desprovista de cualidad. Dios no puede ser grande, porque no es grande ni pequeño, no es bello, no es puro... Toda cualidad tiene sus limitaciones, sus más y sus menos. Dios es eterno, y al aplicarle una cualidad, lo reducimos a nuestra esfera

de finitud. De Dios sólo puede decirse con precisión lo que dice la Biblia, que Dios es *el que es*. Por esto se hace necesario el intermediario o intermediarios. Dios dispone de una infinita serie de ideas divinas, que Filón llama *Logos*, o con el plural *Logoi*. Todas estas ideas divinas están comprendidas en otra más alta y general que las encierra todas y que Filón llama *el Logos* o *Verbo* de Dios; por él se creó el mundo, y sin ser distinto de Dios, sin ser otro Dios, el Verbo es también Dios.

¡Cuán familiares nos son estas ideas! Sobre todo, ¡cuán familiares nos son estos vocablos técnicos para las personas divinas! Empero, ¡qué diferencia en su contenido doctrinal! Para Filón, el *Logos* es siempre un ser intermediario; en la doctrina católica el *Logos* es realmente Dios. De todos modos, si no fue él el primero en emplearla, uno de los más interesantes desenvolvimientos de esta idea se lo debemos a Filón, el judío místico de Alejandría, de quien se burlaba Calígula en Roma el año 40 de nuestra era. Pero hora es ya de que continuemos la historia de los judíos instalados en Jerusalén. Al declinar el poder de los Tolomeos, Palestina fue conquistada el año 198 a. de J.C. por el rey de Siria Antíoco III, llamado el Grande. Durante algún tiempo respetó éste a los judíos, pero habiendo tomado bajo su protección al general cartaginés Aníbal, los romanos Publio y Lucio Escipión lo derrotaron en la batalla de Magnesia, obligándole a pagar tres mil talentos al firmar la paz, y otros mil talentos cada año, por espacio de doce. Se comprenderá que desde entonces peligrara la comunidad de Jerusalén, que tenía fama de ser rica.

Antíoco el Grande fue asesinado al saquear el tesoro del templo de Elymais, en Siria. Su hijo Seleuco envió un general para que hiciera lo propio en Jerusalén, pero, según refiere el Libro de los Macabeos, fue arrojado del lugar santo por un ángel a caballo y con una armadura de oro. Sin embargo, la contribución de guerra impuesta por los romanos debió de exasperar a los reyes de Siria hasta el punto de hacerles cometer toda clase de sacrilegios. Por esto el hijo de Antíoco el Grande llamado Antíoco Epífanes entró dos veces en Jerusalén, despojó al templo de sus tesoros y acometió la desesperada empresa de desnaturalizar a los judíos. Prohibió que éstos observaran el sábado y la práctica de la circuncisión, y los que se empeñaban en desobedecer, sufrían pena de muerte. Muchos judíos murieron por no querer comer carne de cerdo o sacrificar a los falsos dioses.

Llevados a la exasperación, algunos valientes organizaron la resistencia. La rebelión empezó en el pequeño pueblo de Modín, al nordeste de Jerusalén. Allí se había refugiado el sacerdote Matatías con sus cinco hijos, los famosos Macabeos. Matatías no pudo hacer más que desmoralizar a los sirios con una lucha de guerrillas, pero de todos modos, al morir él, sus hijos se sentían bastante seguros en Modín para hacerle un gran funeral. Los dos hijos mayores, Judas y Jonatás, continuaron la campaña contra sus enemigos, que eran, naturalmente, el gobernador sirio de Jerusalén y los samaritanos.

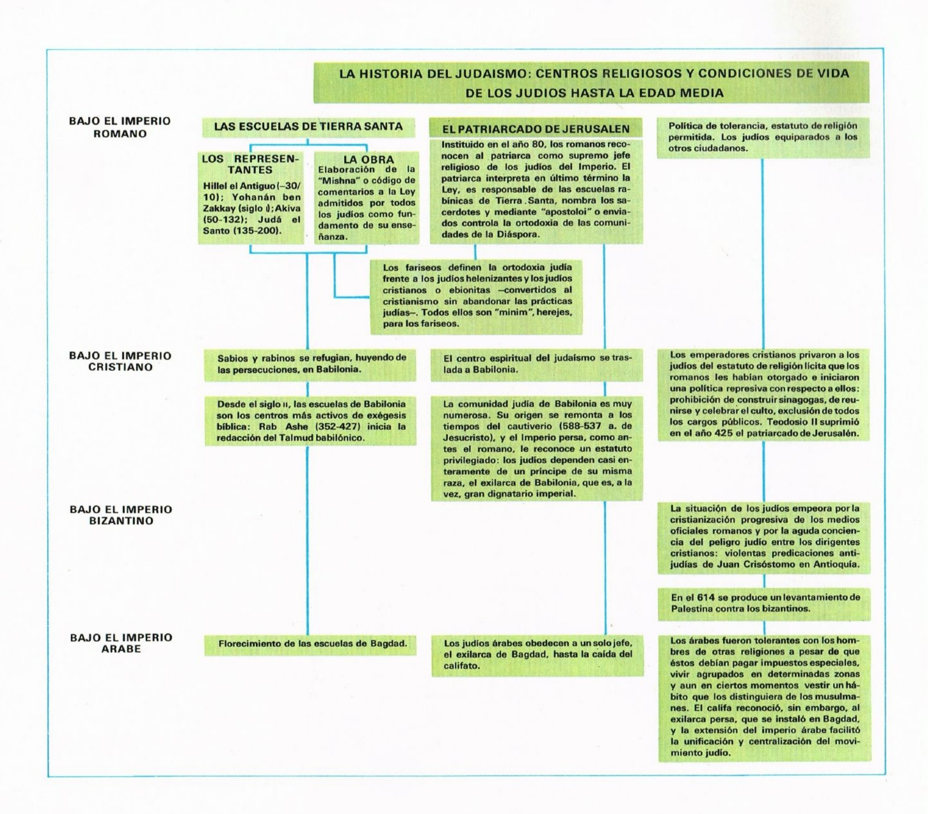
Los tiempos no podían ser más favorables para los Macabeos. Egipto, en manos de los últimos y degenerados Tolomeos, no ofrecía ya peligro; así no había que temer ya del secular enemigo de Palestina por la



Rollos de la Ley y portarrollos de plata del siglo XVIII (Museo Judío, Londres).



Aguafuerte de Rembrandt que representa una escena en el interior de una sinagoga (Instituto Neerlandés, París).



parte del desierto. En cuanto a Siria, los romanos hacían todo lo posible para que recobrase su posición predominante en Asia. Así es que, con varias alternativas de ganarlo y perderlo todo, los Macabeos, por fin, recobraron Jerusalén y hasta conquistaron parte de Fenicia y tierras del otro lado del Jordán. Los reyes de Siria tuvieron que reconocer su incapacidad de dominar la Palestina y, en un momento de apuro, vendieron sus derechos de soberanía por trescientos talentos de oro. Más aún, el último de los hijos de Matatías, llamado Simón, que ya era sumo sacerdote, fue nombrado jefe del ejército el año 140 antes de J. C. El año 138, Simón acuñó las primeras monedas judías que ostentan una palmera y la inscripción: "Santa Jerusalén". Simón es el primero, pues, de una dinastía de príncipes judíos que gobernaron en Palestina hasta la ocupación romana. A Simón sucede su hijo Juan, mejor guerrero que su padre; a éste, Judas, que se llama en las monedas: "Judas, sumo sacerdote y unificador de los judíos". A Judas sigue su hermano Alejandro Jonás, a quien, como dejara hijos menores de edad, le sucedió su viuda Alejandra, que gobernó nueve años y acuñó moneda como reina.

A la muerte de Alejandra, sus dos hijos, Hircano y Aristóbulo, se disputaron el poder. Hircano era el más débil y renunció a sus derechos en favor de su hermano. Pero Jerusalén estaba dividida en dos bandos, que allí tenían que ser principalmente dos escue-

las de interpretación de la Ley, saduceos y fariseos, y pronto Hircano se vio obligado a tomar partido por unos u otros y empezó otra guerra civil. El que se aprovechó a la larga de estas discordias fue el árabe Antípater, un aventurero consejero de Hircano. Pompeyo, que se encontraba entonces reorganizando el Oriente, actuó como árbitro en la querella de los dos príncipes judíos y, cortando por lo sano, envió a Aristóbulo con su familia a Roma y dejó a Hircano en Palestina, vigilado por Antípater, agente de los romanos. Imposible detallar las querellas que ocasionó este arreglo. Los hijos de Aristóbulo primero, y él mismo después, se escaparon de Roma y renovaron la lucha contra Hircano.

Todo tendía a hacer más necesario a Antípater, que, a pesar de todas sus traiciones, se mantenía, por lo menos, fiel a los romanos. He aquí, pues, el origen de su poder y, sobre todo, del de su hijo, el famoso Herodes, amigo personal de Antonio y después de Augusto, que contaron siempre con él como con un perro de presa. Herodes es una de las personalidades más fuertes de la época. Impío, cruel, sensual, valiente y apasionado, la historia de su larga vida es una tragedia de sangre y escándalo. Estaba casado con Mariana, nieta de Aristóbulo, y tenía además otras esposas. En su castillo de Makerus, en pleno desierto, se cometieron toda clase de violencias entre padres e hijos, maridos, mujeres y amantes... Pero Herodes era fastuoso como buen oriental y sólo por vanidad reconstruía con magnificencia a Samaria y enriquecía con nuevos pórticos el templo de Jerusalén. ¡Qué hubieran dicho Esdras y Nehemías si hubiesen podido llegar a ver semejante profanación!

Por esto los espíritus sinceros buscaban su refugio en la Ley. ¡Cuán consoladoras aquellas palabras santas que el mismo Dios había dictado! Hillel, el gran doctor de esta época, repetía: "Sed discípulos de Aarón, amad la paz, buscad la paz, amad a los hombres y traedlos a la Ley". Su discípulo Gamaliel añadía: "El mundo subsiste por tres cosas: justicia, verdad y paz". De Dios se decía: "Haced su voluntad como si fuera vuestra voluntad, y Él hará vuestra voluntad como si fuera la suya". Otro rabino pronunciaba estas palabras, que parecen cristianas: "El día es corto y la faena larga, los obreros lentos y la recompensa grande...".

Pero ni aun cerca de la Ley había paz. Varias escuelas de interpretación de la Ley disputaban sin cesar, aprovechándose de la terrible marejada política y de las rivalidades de los príncipes judíos. El Evangelio nos ha familiarizado con los fariseos y saduceos, pero había otros grupos o sectas en el judaísmo al comenzar la era cristiana. El lector curioso preguntará: ¿Qué representaban estas sectas, cuáles eran sus credos y en qué consistían sus disputas? La capital diferencia entre fariseos y saduceos consistía en saber si la Ley debía ser interpretada literalmente o si podían entenderse los textos con un sentido místico y alegórico. Los fariseos, para dar autoridad a su nueva interpretación, decían que desde Moisés se conservaba una tradición oral que estaba de acuerdo con su sentido. Moisés la había comunicado a Josué, éste a los ancianos de las tribus, los ancianos a los profetas y los profetas a los sacerdotes... Basados en esta tradición, los fariseos insistían en la resurrección de la carne, pero sólo para los buenos. En política, los fariseos eran partidarios de lo que hoy llamaríamos separación de la Iglesia y el estado, para que la política no se entremetiera en las cosas del dogma y se evitaran escándalos en el templo. Hoy los fariseos serían probablemente puritanos.

El nombre de saduceos viene probable-



Rollo con el libro de Ester guardado en estuche de plata del siglo XVIII (Museo Judío, Londres). Los libros del Antiguo Testamento son objeto de la lectura principal en las reuniones de la sinagoga.



Una calle de la judería –barrio de los judíos– de Besalú (Gerona) y sala destinada a las abluciones litúrgicas hallada en aquel mismo barrio. La sala, del siglo XII, es una de las tres que se conocen en Europa. Además de los ritos de purificación de las mujeres, se realizaban también en ella los de los fieles que se convertían al judaísmo.



mente del gran sacerdote Sadok, de los tiempos del rey Salomón. Consideraban el templo como una institución política de cuyos beneficios eran ellos los primeros en participar. No creían en la "tradición" de los fariseos para interpretar la Ley y, como dice el Evangelio de San Marcos, los saduceos afirmaban que no hay resurrección. Sentían más su política sacerdotal, ávida de poder, que los grandes ideales religiosos del pueblo de Israel.

Que ninguno de estos dos partidos satisfacía a las almas sedientas de verdad y de justicia, lo vemos claro en los Evangelios; por esto en el judaísmo existían otras sectas más espirituales, y algunos se habían retirado de la vida activa para reunirse en comunidades, a fin de no participar de las miserias de este mundo. Filón nos habla de grupos de anacoretas judíos que vivían en celdas separadas, cerca de Alejandría; se llamaban a sí mismos *terapeutas,* que quiere decir: médicos de sus almas. Se reunían sólo los sábados en un santuario común; después de leer la Ley, comían juntos pan con sal y danzaban y bebían hasta el amanecer, para más honrar a Dios. Filón llama a esto "una banacal espiritual"...

Otros ascetas que también se habían apartado en Palestina para vivir en soledad eran los esenios. Tanto Filón como Josefo hablan de ellos con gran admiración. He aquí unas palabras de Filón: "Los esenios han dejado las disputas de la lógica para los habladores y la física para los astrólogos. Consideran am-

UN VIAJERO JUDIO: BENJAMIN DE TUDELA

A mediados del siglo XII, un judío español, Benjamín de Tudela, emprendió un larguísimo viaje en dirección a Oriente con el fin principal de conocer cuál era la situación, material y espiritual, de sus correligionarios en los principales países del mundo entonces conocido y visitar las tierras orientales, Palestina sobre todo, que habían sido escenario de la vida de su pueblo en pasadas épocas de memorable recuerdo, cuando Israel formaba una unidad política en contraste con la dispersión (o diáspora) que caracterizaba el judaísmo de aquellos días.

Fue un largo viaje de quince años, durante el cual recorrió el nordeste de España, el sur de Francia y la península italiana de Norte a Sur; de ahí una nave le llevó a la parte meridional de los Balcanes y luego a las islas del Egeo. Recorrió detenidamente Siria, Palestina y Mesopotamia, pasó luego a Egipto, desde donde emprendió el viaje de regreso que, por Sicilia e Italia, le habría de llevar de nuevo a su patria.

Todo lo que vio y muchas cosas que oyó (incluso falsas, exageradas y legendarias) lo fue anotando para redactar un libro de *Viajes,* unas veces conciso y otras detallado, con frecuencia apasionado, que desarrolla ante nuestros ojos un panorama bastante completo del mundo coetáneo. En cada ciudad visita los núcleos judíos, cuyos miembros se dedican principalmente a la medicina, a la artesanía –abundan mucho los tintoreros– y al pequeño comercio, pero rara vez a las actividades agrícolas (que había sido la ocupación de los judíos en la época bíblica, abandonada más tarde por las dificultades que la vida en el campo presentaba para la autodefensa). Otras noticias las recoge de oídas; por ejemplo, las que se refieren a los judíos de Alemania y de los países eslavos, así como las relativas a los descendientes de las tribus perdidas y a los judíos que viven en el Lejano Oriente, como los judíos de raza negra residentes en Quilón.

En su minuciosa descripción de Palestina abundan los datos referentes a los restos del pasado. Así, describe el lugar ocupado por el Templo y el aún hoy subsistente Muro de las Lamentaciones: "El muro occidental, que es uno de los del Templo por el lado del sanctasanctórum, lo llaman Puerta de la Misericordia. Allí acuden todos los judíos a orar, delante del muro, en el lugar que fue atrio del Templo". Y también habla de la cueva del profeta Elías en Haifa, de las tumbas de los patriarcas en Hebrón, de las de David y Salomón en Jerusalén, de la de Raquel en Belén, "un monumento compuesto de once piedras, según el número de los hijos de Jacob, y sobre el cual se alza una cúpula construida sobre cuatro columnas: todos los judíos que pasan por allí graban sus nombres en las piedras del monumento". Pero también aparece el presente, por ejemplo, en la geográfica descripción del río Jordán o en las noticias de Siquem, donde encuentra a los samaritanos, es decir, los miembros de la secta judía que sólo acepta el Pentateuco y que conservan su propio templo en el monte Garizim.

Benjamín es un espíritu curioso y observador, que se interesa por muy diversos hechos de historia, geografía, economía, costumbres, religiones, etc., aunque no se refieran a los judíos. Así, nos habla de las sectas musulmanas de los drusos y sobre todo de los haxixín, sectarios drogados mediante la ingestión de una bebida a base de haxix, con lo que sus jefes podían hacerles cometer toda suerte de tropelías (de esta palabra árabe *haxixín* deriva el castellano "asesino"); menciona con cierto detenimiento las antigüedades de Roma, Constantinopla y Alejandría; describe con exactitud el nilómetro: "Para saber la altura del Nilo, con mucho ingenio han colocado una columna de mármol que sobresale doce codos por encima del agua; cuando el río crece hasta cubrirla, se sabe que ha subido lo suficiente para inundar todo Egipto por espacio de quince días, y si sólo llega hasta la mitad de la columna, se deduce que sólo cubrirá la mitad del país".

En Bagdad recoge informaciones sobre lejanos países, como la India, la costa de Malabar, Ceilán e incluso (más de un siglo antes de que Marco Polo emprendiera su célebre viaje) nos da una breve pincelada de China y del agitado mar que la rodea. Muy frecuentes son las indicaciones sobre la obtención y el comercio de las especias orientales, las que movieron a Colón a buscar un camino más corto para llegar a los centros productores (y a descubrir, fortuitamente, América): en Malabar "se encuentra la pimienta, cuyos árboles siembran por toda la campiña... Esos árboles son pequeños, y la pimienta, blanca como la nieve; pero al recogerla la ponen en cacerolas y derraman por encima agua hirviendo para que se endurezca; después la sacan del agua, la secan al sol y se vuelve negra". Pero la observación que más fama ha dado a nuestro viajero es la de las ruinas de Babilonia: "A una jornada de Bagdad se encuentra Babel, donde están las ruinas de la antigua ciudad de Babel, que ocupan una extensión de treinta millas; todavía se encuentra allí, en ruinas, el palacio de Nabucodonosor". A pesar de su extraordinario esquematismo, este breve pasaje ha sido suficiente para que los especialistas consideren que el primero de los asiriólogos fue un judío del siglo XII.

D. R.

bas ramas de la filosofía demasiado elevadas para la inteligencia humana, pero en la ética insisten en estudiar la Ley, cuyo sentido es posible descubrir con divina inspiración".

Los esenios comían juntos y en silencio, absteniéndose del aceite y de otras cosas. Creían en la inmortalidad del alma y en un paraíso que estaría más allá del océano. ¿Qué misterio se esconde en esta secta, de la que recientemente se han hallado en Palestina, cuidadosamente preservados, textos del siglo I a. de J. C., tan cercanos al cristianismo?

Pero otros espíritus superiores no necesitaban ir tan lejos ni rodearse de desiertos para encontrar a Dios. *El que es* está por encima de toda interpretación y toda disputa.

Podrá discutirse la manera de guardar el sábado, pero no hay discusión posible para las almas piadosas sobre el primer manda-



Plato para las fiestas rituales de la Pascua judía en cerámica del siglo XIX (Museo Judío, Londres).

Recipiente de plata e incrustaciones de piedras preciosas para contener especias para usos litúrgicos (Museo Judío, Londres).



miento de la Ley: "Amarás al Señor con toda tu alma".

Cuentan que al morir martirizado, en una de las persecuciones del segundo siglo, el gran rabino Akivá, se le vio sonreír, manifestando gran placer. El verdugo le preguntó si era brujo o poseía algún sortilegio para evitar el dolor. "Cálmate –le dijo Akivá–, no soy brujo ni haré alarde de no sufrir, porque esto sería también vanidad y pecado, pero ¿cómo quieres que no esté contento si me he pasado los años repitiendo: 'Te amaré, Señor, con toda mi alma por toda mi vida', y de que yo amaba al Señor con toda mi alma no hay duda, pero que le amé por toda mi vida no he podido decirlo hasta ahora, pues que es ésta la hora de mi muerte?".

La destrucción del templo y las persecuciones dispersaron a los judíos por las tierras del Mediterráneo. Muchos de ellos se instalaron en el norte de África y en España. Las actas de los concilios de Toledo contienen disposiciones que parecen crueles para obligar a los judíos a convertirse. Estas y otras restricciones en casi todos los países donde fueron a instalarse motivaron nuevas emigraciones. En la Edad Media muchos judíos fueron retirándose de las naciones del Occidente para formar grandes colonias en el centro y el norte de Europa. En algunas regiones de la Europa central, los judíos son todavía mayoría, pero se mantienen apartados de las poblaciones que los habían recibido y tolerado.

La sociedad judía forma grupo aparte, con un centro ideal en Jerusalén. Esta Jerusalén con que sueñan y para la que viven los judíos no puede darles más que esperanzas, pero nada concreto y real. No es la Jerusalén de sus mayores ni la Jerusalén actual en Palestina, sino una ciudad ideal como un espejismo del futuro, que entrevén entre las líneas de la Thora. Leen y releen el texto de la Ley, satisfaciéndose con sutiles comentarios. Cumpliendo estrictamente no sólo las prácticas establecidas por la Ley, sino también otras que acumularon durante los años de emigración y persecuciones, los judíos encuentran un placer sin límites que les hace olvidar todos los demás beneficios y ventajas de la vida moderna que se agita a su alrededor. Son judíos y nada más. Para evitar atropellos de gentiles, a principios del siglo XV los judíos fueron acorralados en barrios con murallas para protegerlos. Fueron los *ghettos* de toda Europa, formados por callejuelas estrechas, y por lo general sucias, donde los judíos quedaban libres de practicar sus ritos y ceremonias. Algunos no carecen de dignidad y belleza. Todavía hoy el verdadero judío no hace nada sin reconocer previamente la parte que en todo acto corresponde a la divinidad. Cuando bebe un vaso de agua o de vino, o cuando aspira el aroma de una flor, el judío recita una jaculatoria poética o piadosa.

Al llegar aquí, en presencia de esta nación dispersa, contumaz en sus maneras, algunas absurdas y poco semejantes a las de los occidentales, cabe preguntarse qué es lo que le debe la humanidad –además de la Biblia–, qué le debe además del Jesús que nació judío y creció bajo las enseñanzas de los profetas.

Parece increíble, pero los judíos en la Edad Media contribuyeron tanto o más que los árabes a la conservación de los principales descubrimientos de la antigüedad. En aquellos *ghettos* sin luz ni ventilación, en una cámara fría, destartalada, un doctor judío

que acudía por devoción a la sinagoga, en horas de silencio meditaba y escribía profundos tratados incorporando a las ideas de la Thora, ley judía, los motivos fundamentales de la *Metafísica* de Aristóteles o de los *Diálogos* de Platón. Todavía hoy nos admiramos de lo que pensó y escribió en el siglo XIV un judío llamado Cresques en el Call, o sea la judería de Barcelona. Otro judío de Málaga, Avicebrón, escribió una *Fuente de la Vida* que prestó grandes servicios en los días del triunfo de la Escolástica. Para Avicebrón todo cuanto existe ha de tener materia, con la sola excepción de Dios. Dios infundió una forma a todo lo creado, tanto lo que llamamos material como lo que calificamos de espiritual. Así, por ejemplo, los ángeles han de tener forma, los entes intermedios entre Dios y el hombre están asimismo revestidos de forma y materia. Es el aristotelismo llevado al extremo y que naturalmente fue combatido por la Iglesia, sobre todo por Santo Tomás. Pero aun combatiéndola, la *Fuente de la Vida* tuvo gran influencia y hasta hoy nos obliga a pensar.

Además de este servicio, ideológico, actualmente reconocemos que debemos al pueblo judío algo de la música eclesiástica y ciertos conceptos que aparecen en los himnos cristianos. Incluso en las artes plásticas, de las que son tan pobres los judíos modernos, se observan cada día influencias judías en la formación de los tipos de la iconografía cristiana.

Los mosaicos recién descubiertos en las distintas sinagogas de Galilea prueban que los judíos únicamente admitían la prohibición de representar formas vivas para asuntos religiosos, pero aceptaban temas astronómicos y meteorológicos para decoración.

Un aspecto del valle del Jordán en la Baja Galilea, Israel. La inteligente explotación del suelo ha hecho de la agricultura uno de los principales recursos económicos del nuevo estado de Israel, que a la llamada del movimiento sionista se formó en 1948 al ocupar algunos de los antiguos territorios bíblicos.



BIBLIOGRAFIA

Algazi, I. A.	*El judaísmo, religión de amor,* Buenos Aires, 1945.
Amador de los Ríos, J.	*Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal* (3 vols.), Madrid, 1875-1876 (reedición de ed. Aguilar en dos volúmenes).
Enciclopedia	*Judaica Castellana* (10 vols.), México, 1948-1951.
Gonzalo Maeso, D.	*Manual de historia de la literatura hebrea,* Madrid, 1960.
Guignebert, Ch.	*De los profetas a Jesús,* México, 1950.
Link, P.	*Manual enciclopédico judío,* Buenos Aires, 1950.
Margolis, L. M., y Marx, A.	*Historia del pueblo judío,* Buenos Aires, 1945.
Millás Vallicrosa, J. M.	*Literatura hebraicoespañola,* Barcelona, 1967.
Romano, D.	*Antología del Talmud,* Barcelona, 1953.



El Muro de las Lamentaciones, en el recinto del antiguo templo de Jerusalén, es un lugar al que acuden judíos de todo el mundo clamando por la venida del Mesías.



Cerca de Jerusalén se alza actualmente la iglesia de Getsemaní, al pie del monte de los Olivos, escenario del comienzo de la pasión de Jesucristo.

Jesús de Nazaret

De la infancia y juventud de Jesús, los evangelios canónicos hablan con extrema parquedad. En un libro profano como el nuestro, importa sólo saber que Jesús creció en Nazaret de Galilea, apartado de Jerusalén y del templo. La distancia de Nazaret a Jerusalén se salva actualmente en breves horas en automóvil, pero en tiempo de Jesús los peregrinos empleaban varios días para recorrer ese camino.

San Lucas nos dice que los padres de Jesús iban cada año a Jerusalén y en uno de estos viajes nació Jesús en Belén, que es casi un suburbio de Jerusalén. Cuando el Niño había cumplido los doce años, en otro de estos viajes ocurrió la disputa con los doctores o rabinos. Éstos escucharon atónitos las respuestas de aquel muchacho sobre temas que Jesús llamó ya "cosas de su Padre". El nombre de Padre celestial, algunas veces usado entre los judíos para calificar al Dios de Israel, no presenta nunca el sentido profundo que le dio Jesús. El rabino Akivá decía poco más tarde que los judíos eran bienaventurados porque podían ser llamados "hijos de Dios". De todos modos, la disputa con los doctores indica que a muy tierna edad Jesús se familiarizó con los libros de la Ley y los Profetas. Más tarde sus palabras aluden a pasajes de los Libros de los Macabeos, el Libro de Enoch y algunos *Salmos*.

A pesar de que tres de los evangelios han llegado hasta nosotros en griego, no es de creer que Jesús usase más que los dialectos semíticos del norte de Palestina. Las conversaciones que sostuvo con Pilato y otros



El tema de la Anunciación del ángel a la Virgen, uno de los más populares del arte cristiano, está aquí representado en un bello icono bizantino del siglo XIV (Iglesia de Ohrid, Yugoslavia).

funcionarios romanos lo serían en las lenguas del país, no en griego ni en latín.

La juventud de Jesús transcurrió en Nazaret, trabajando silenciosamente como humilde carpintero y meditando sobre cuanto le rodeaba y en la obra divina que Él venía a realizar. Este silencio de Jesús, desde su disputa con los doctores hasta su bautismo por Juan, duró más de quince años, pues contaría los treinta cuando se dirigió a visitar a Juan en la región desierta de Judea, en el valle del Jordán. Ya antes se habían extendido por toda Palestina los grupos de místicos comunitarios llamados *esenios*. Éstos no mostraban gran respeto por las tradiciones sacerdotales, llevaban una vida austera y practicaban el celibato. Juan el Precursor predicaba que la condición de judío –hijo de Abraham– no era suficiente para salvarse, que había que hacer penitencia y recibir el bautismo para lograr la remisión de los pecados. Sólo así se estaría preparado para el reino de Dios, cuyo advenimiento era inminente. Lo que significaba la frase "reino de Dios" para Juan sería análogo a lo que predicó Jesús después; pero entonces, para la mayoría de los judíos, el reino de Dios era el imperio de la Ley y el gobierno de la tierra por ellos. Tenía que venir precedido de grandes catástrofes, a las que sólo sobrevivirían los justos y arrepentidos. Separado el grano y quemada la paja, los elegidos de Israel gobernarían el mundo, pues sólo ellos habían prometido al Señor, en el Sinaí, "hacer siempre lo que Él mandase".

Juan era también bastante explícito en su modo de obrar y en sus palabras. Al preguntarle los neófitos qué debían hacer, contestaba: "El que tenga dos túnicas, que entregue una al que no tiene ninguna". A los publicanos, o recaudadores de impuestos, les mandaba ejercer su oficio con honradez; a los soldados, contentarse con su paga. Hallamos ya, pues, alrededor de Juan a gentes humildes, de cuya compañía después se hicieron cargos a Jesús. Los mandatos de Juan también sorprenden por su moderación: los publicanos pueden continuar obteniendo sus ganancias, si son legítimas; los soldados pueden cumplir su servicio, si no mienten ni levantan falsos testimonios y no despojan a nadie injustamente. Por esto la mayor grandeza del Precursor es haber anunciado y reconocido a Jesús: *Ecce Agnus Dei,* he aquí el Cordero de Dios, exclamó Juan al verle en el valle del Jordán.

Dos de los que seguían al Precursor se dispusieron al punto a acompañar a Jesús, y éste, al saberlo, hubo de preguntarles: "¿Qué buscáis?". Los interpelados, pescadores del mar de Tiberíades, que habían llegado también de muy lejos para ver y oír a Juan, le dijeron: "Maestro, ¿dónde moráis?". Jesús respondió: "Seguidme y lo veréis". Y fuéronse con Él y no le dejaron en todo aquel día. Uno de ellos, Andrés, dijo a Simón, su hermano: "Hemos encontrado al Mesías". Simón, que era de más edad y ya casado, quiso en seguida hablar con Jesús; éste, complacido de la sencillez que manifestaba, le saludó familiarmente, diciendo: "Tú eres Simón, el hijo de Juan, pero tú serás llamado Cefas" (que se interpreta Pedro). Jesús probaba su afecto imponiendo nombres a sus discípulos. A los hijos del Zebedeo les llamó *Boanergues,* o hijos del trueno, y cambió el nombre de Leví por el de Mateo.

El contacto con Jesús después de haberlo bautizado en el Jordán, debió de dar ánimos a Juan para predicar con mayores bríos. Acusó de incesto a Herodes Antipas y éste le hizo encerrar y decapitar después en su fortaleza de Makerus. Desde su prisión, a fin de iluminar a los suyos, tal vez llevado de impaciencia por presenciar el triunfo del

Mesías prometido por boca de los profetas, envióle dos discípulos para preguntarle: "¿Eres tú *el que ha de venir,* o debemos esperar a otro?".

Después de la muerte de Juan, se retiró Jesús al desierto para ayunar por espacio de cuarenta días. Los Evangelios describen sumariamente las tentaciones que allí tuvo que resistir Jesús y con las cuales el tentador pretendía apartarle de su misión: "Vivir con Dios, ser hijo de Dios, es el objetivo, pero no podemos vivir enteramente para Él porque tenemos necesidades". La réplica de Jesús es que no sólo de pan vive el hombre. Pero si podemos mantenernos de otra cosa que de pan, esto es, de la palabra de Dios, entonces, ¿por qué apurarse?; los ángeles nos sostendrán hasta en el caso de lanzarnos de lo alto de la muralla del templo. Lo cual es verdad; pero no hay que tentar a Dios ni pedirle milagros temerariamente. Por fin, si con la ayuda de Dios podemos conseguir cuanto deseamos, ¿por qué no valernos de ese poder de lo alto para establecer el reino de Dios sobre la tierra y acabar de una vez con tanta injusticia? El empleo de la violencia, so pretexto de hacer un bien, Jesús lo rechazó enérgicamente con una frase de la ley: "Adorarás al Señor y sólo a Él tributarás culto"

Después de fortalecer su espíritu con estos cuarenta días de soledad y ayuno, Jesús regresó a Galilea. En su camino tenía que cruzar el país de los samaritanos, que habían persistido en vivir apartados de los judíos, entre la Judea y la Galilea. Era al atardecer cuando Jesús cruzó por segunda vez aquel país. Se sentó cerca de un pozo; una mujer samaritana vino por agua, y como ella le preguntase si se debía adorar a Jehová en el templo de la montaña de Jerusalén o en el templo de la montaña de Samaria, Jesús pronunció aquellas memorables palabras: "Hora vendrá en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre... Dios es espíritu, y los que le adoran, en espíritu y en verdad es menester que le adoren doquiera estén".

Debió de ser aquél uno de los momentos en que, según Jesús, el hombre vive de la palabra de Dios, porque, al ofrecerle alimento, Jesús lo rehusó: "Yo tengo un alimento que vosotros no conocéis: mi alimento es hacer la voluntad de Aquel que me envió...". Después, mirando los campos verdes de los alrededores, añadió: "Faltan todavía cuatro meses para la siega, pero yo os digo que miréis bien y veréis que los trigos ya están blancos. El que siega recibe el jornal, y allega fruto para la vida eterna". Se percibe todavía en estas palabras pronunciadas en Samaria un eco de las tentaciones del desierto. No hay una frontera cerrada entre el espíritu y el mundo material. Jesús empieza a revelar también su sentido universal del Padre. Desaparece la distinción entre samaritanos y judíos, que había sido la pesadilla de Israel desde los tiempos de Esdras y Nehemías. Manifiestan, además, tales palabras propósitos de proselitismo; las mieses están maduras, hay necesidad de obreros.

Por esto, a su regreso a Galilea, Jesús empieza resueltamente la predicación. Un sábado, en la sinagoga de Nazaret, leyó las palabras de Isaías: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar la buena nueva a los pobres, y me ha enviado a pregonar la libertad a los cautivos y a devolver la vista a los ciegos...". Después, dirigiéndose a sus convecinos, Jesús se reveló sin reservas como el anunciado por el Profeta. La reacción de los que le conocían desde niño ha sido vivamente descrita por el evangelista. De momento se maravillaron de las palabras llenas de sabiduría



Marfil del siglo XI que representa la adoración de los Magos (Victoria and Albert Museum, Londres). Los sabios que, según el Evangelio de San Mateo, vinieron de Oriente para adorar a Jesús, le ofrecieron tres presentes y por eso la tradición dice que eran tres. Incluso desde el siglo VIII se le dan nombres propios.



Aspecto moderno de Belén, la aldea de Judea en la que, según la tradición cristiana, nació Jesucristo. Entonces Belén era un lugar de poca importancia, la primera parada de las caravanas que desde Jerusalén se dirigían hacia el Sur.

que salían de su boca, pero, volviendo en sí, se irritaron y quisieron castigarle por impostor. Ni los suyos parecen haberle defendido; sus deudos, según expone otro evangelio, atribuyen el ardor del apostolado que ejercía en medio de la multitud a enajenación, que ni tiempo para comer le dejaba.

No es de extrañar, pues, que Jesús abandonara su patria y su familia y buscara un refugio en la región del lago de Tiberíades, donde vivían los dos hermanos Andrés y Pedro, que había encontrado en el Jordán. El lago de Genezaret o Tiberíades está cerca de Nazaret y el espejo ovalado de sus aguas se distingue desde las montañas de Galilea. Tiene unos diecisiete kilómetros de circuito: sus aguas no son saladas, como las del mar Muerto, y en él los peces se reproducen maravillosamente. En tiempo de Jesús había en sus orillas cinco aldeas de pescadores: Betsaida, donde vivían Pedro y Andrés; Magdala, cuna de la Magdalena; Cafarnaum, Dalmanuta y Corozaín.

Pronto el renombre de Jesús se extendió por toda la Galilea y la Judea y aun atrajo gentes de Fenicia y del otro lado del Jordán. Predicaba a veces Jesús desde una barca, para que no le estrujase la multitud, o bien desde una de las alturas que rodeaban el lago, y en sus sermones anunciaba verdades eternas: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra. Bienaventurados los afligidos, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados cuando os ultrajen y persigan, y digan, mintiendo, cosas malas contra vosotros por mi causa; alegraos entonces, porque la paga es abundante en los cielos, y así persiguieron a los profetas antes que a vosotros".

La primera parte del Sermón de la Montaña aparentemente no contiene nada nuevo. Podríamos citar textos judaicos que implican semejantes recomendaciones, aunque sin el divino acento del Evangelio. Jesús declara el carácter de su obra de legislador divino cuando afirma: "No penséis que he venido a abolir la Ley ni los Profetas; no he venido a abolir, sino a perfeccionar. Porque yo os digo que si vuestra justicia no fuese más abundante que la de los escribas y fariseos, no entraríais en el reino de los cielos". Y como prueba de lo que Él llama perfeccionar la Ley, pone los siguientes



Marfil que adorna la tapa de un libro del siglo X y que representa la escena de la presentación de Jesús en el Templo (Victoria and Albert Museum, Londres). Esta ceremonia, que según la ley judaica debían realizar todos los padres con sus primogénitos, tenía el sentido de pagar el rescate del hijo con la entrega de un tributo al Templo.

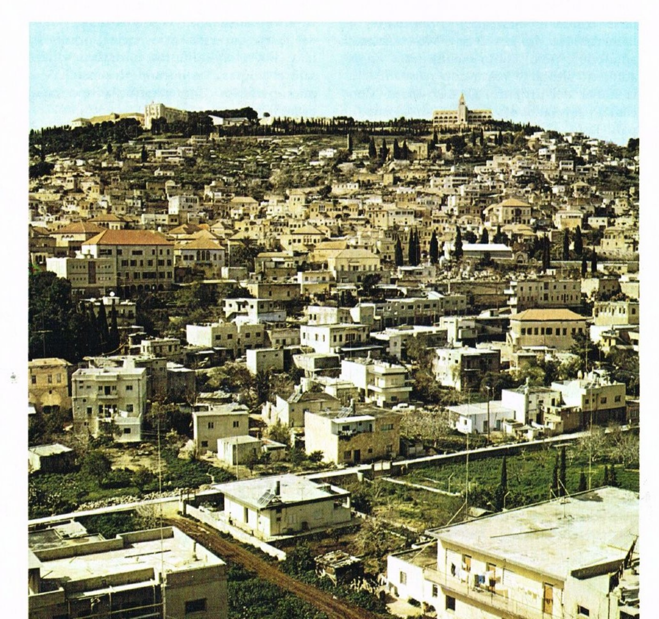
ejemplos: a los antiguos la Ley les prohibía matar, mas para Él será pecado irritarse contra el hermano, o insultarle, o llamarle loco. La Ley decía: "No cometerás adulterio", pero, como enseña Jesús, ya es adulterio desear o mirar con sensualidad a la mujer del prójimo. La Ley decía: "Con ciertas formalidades podrás divorciarte"; para Jesús, el que se divorcia, si no es por causa de adulterio, ya peca. La Ley decía: "No jurarás el santo nombre de Dios en vano"; Jesús no quiere juramentos, ni por el cielo ni por la tierra, ni por Jerusalén, ni por la cabeza, ni por nada. La Ley decía: "Ojo por ojo, diente por diente"; Jesús quiere que si nos pegan en una mejilla, presentemos la otra; que si uno nos pide la túnica, le demos además el manto, y si uno nos pide que marchemos con él una milla, vayamos dos en su compañía...

Y, no obstante, todavía Jesús insiste en que su doctrina está contenida en la Ley y los Profetas, y añade que todo lo que ha dicho se resume así: No hagas a otro lo que no quieras para ti. Pero cuando Jesús dice: "Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, orad por los que os persiguen, bendecid a los que os calumnian...", entonces sí podemos decir que empieza una nueva revelación. Y lo maravilloso es la lógica con que Jesús añade: "Porque si amáis a los que os aman, no tenéis derecho a ninguna recompensa. También lo hacen así los publicanos y pecadores. Pero si amáis a vuestros enemigos, entonces seréis hijos del Padre que está en los cielos, porque Él hace llover sobre justos e injustos y hace salir el sol para los buenos y los malos. Sed, pues, perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto".

La oración, la limosna, el ayuno deben hacerse en secreto, para que el Padre nos los pague también en secreto. No hay que juzgar ni condenar al prójimo; hay que perdonar para ser perdonados, "porque muchas veces, queriendo corregir al que tiene una paja en un ojo, no vemos la viga que tenemos en el nuestro". Esta bondad y paciencia evangélicas no son fáciles; la puerta es estrecha, pero conduce a la vida, mientras que la puerta ancha lleva a la perdición. Sobre todo, Jesús nos advierte que debemos prevenirnos contra los falsos profetas, que vienen mansos como ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por los frutos los conoceremos, porque la zarza no produce higos, ni uvas el matorral. Hacia el final del sermón, Jesús lanza aquella sentencia que deberían recordar particularmente las sectas protestantes que niegan la eficacia de las obras y para las que sólo el acto de fe conduce a la salvación: "¿Por qué me llamáis 'Señor, Señor', si no hacéis lo que os digo?... No todo el que diga 'Señor' entrará en el

LA HISTORIA DE ISRAEL: II. LA PALESTINA ROMANA

–63	Por propia iniciativa, Pompeyo interviene en Palestina: nombra sumo sacerdote a Hircán II y hace prisionero a Aristóbulo.
–47/–4	Herodes, hijo de Antípatros, gobernador de Idumea, es proclamado por los romanos rey de los judíos.
–4	A su muerte, Herodes divide el reino entre sus hijos: Judea queda para Arquelao; Galilea para Antipas; Batanea, Golanítide y Traconítide para Filipo.
6	Un levantamiento popular dirigido por Judas de Gamala contra las exacciones y abusos de Antipas, obliga a Augusto a destituirlo; Judea es gobernada a partir de este momento por un procurador romano residente en Cesarea.
37	El reino de Judea, nuevamente reconstruido, es concedido por Calígula a Agripa I, nieto de Herodes, como rey-aliado de Roma.
66	Las excesivas cargas fiscales que pesan sobre el pueblo judío motivan un desesperado alzamiento acaudillado por José ben Matatías y Juan de Giscala, que se apoderan de Jerusalén.
67	Vespasiano, general de Nerón, reconquista Palestina y cerca Jerusalén.
70	Tito, hijo de Vespasiano, que acaba de ser elegido emperador, dirige el sitio de Jerusalén, que es tomada por asalto y duramente saqueada el 26 de septiembre del mismo año.
72-73	Con la caída de las fortalezas judías de Herodeion, Maqueronte y Massada en poder de los romanos, concluye la gran guerra judía. Judea queda convertida en provincia romana bajo el mando de un *legatus pro praetore*.
81-96	Bajo el emperador Domiciano, la presión fiscal sobre los judíos se agudiza; el descontento cunde, a pesar de la durísima represión ejercida por los romanos.
115	Sublevación general de todos los judíos del Imperio cuando las fuerzas militares de éste se hallan en su mayoría empeñadas en la guerra contra los partos; la sublevación, ciertamente débil en Judea, es peligrosa y duradera en la Cirenaica, lo mismo que en la isla de Chipre.
130	Adriano insiste en una política helenizante con respecto a los judíos: prohibición de la circuncisión, proyecto de colonia romana en el solar de la vieja Jerusalén, templo a Júpiter donde antes se alzaba el templo de Salomón.
131-132	Simón bar Kokhba, elegido rey de los judíos, se pone al frente de un nuevo alzamiento contra Roma; el rabí Akivá le proclama "Mesías".
134	Julio Severo, general de Adriano, somete Palestina y recobra Jerusalén; el mismo emperador dirige las operaciones desde el año 132.



La moderna ciudad de Nazaret, capital de uno de los distritos del norte de Israel, era un poblado insignificante en tiempos de Jesucristo, perdido en las montañas de Galilea. Aquí vino a vivir José con su familia, bajo el dominio de Herodes Antipas, uno de los hijos de Herodes que al morir dividió su reino.

reino de los cielos, sino el que hace la voluntad del Padre, que está en el cielo".

Por fin, el Sermón de la Montaña acaba con una parábola: "El que oye estas palabras y las cumple, será como un hombre prudente que edifica su casa en la roca, mientras que aquel que las oye y no las cumple es como un insensato que levanta su casa sobre la arena". Jesús no hace todavía ninguna insinuación apocalíptica, no anuncia ninguna catástrofe inmediata ni promete el gobierno universal a los judíos; el premio es la Vida, la Vida eterna. Pero en las palabras dulces y sencillas del Sermón de la Montaña, la revelación de la nueva doctrina se ha precisado tanto, que no nos sorprende que para Jesús hubiese llegado ya la hora de organizar misiones de predicación. Por esto congregó a sus discípulos en un lugar montañoso y retirado, y allí escogió doce, para enviarlos de dos en dos, por doquiera, a predicar "el reino de Dios". Los misioneros debían sanar enfermos, resucitar muertos, curar leprosos, expulsar demonios... y todo por caridad, como Dios lo concede también. Los enviados de Jesús no deben llevar oro, ni plata, ni cobre, ni zurrón, ni túnica, ni calzado de repuesto... El evangelista San Marcos dice asimismo que ungían a los enfermos con óleo, como hicieron los antiguos profetas de Israel, y los curaban.

En cambio, Jesús obraba sus milagros con una simple palabra, con un gesto, un contacto. Miraba a los cielos, bendecía, y se multiplicaban los panes hasta saciar a toda una multitud. Ordenaba al mar y al viento aplacar su furia, y con una palabra suya devolvía la salud al epiléptico o endemoniado. Jesús condesciende a hacer estas cosas llevado de su piedad por los que sufren, y para dar "la señal del cielo" que pedían los fariseos. Pero tan importante como el milagro es la eficacia de la oración. Jesús nos enseñó en su Sermón de la Montaña la manera simple y precisa de rezar: la llamada oración dominical o *Padrenuestro,* tan divina y tan humana, que puede ser aceptada





Representación en marfil de la huida a Egipto, obra del siglo XIII (Museo del Bargello, Florencia). Bajo la amenaza de Herodes, José tuvo que abandonar Belén y refugiarse, como otros personajes de la Biblia, en Egipto. Probablemente, tras dos jornadas de camino ya estarían fuera de los dominios de Herodes, pero continuarían el viaje hasta alguna colonia de compatriotas residentes en aquella provincia romana.

LA RELIGIOSIDAD DE LOS TIEMPOS DE JESUS: I. LOS ESENIOS

LA ESCASEZ DE FUENTES

Hasta hace muy poco se creía que no existía ningún escrito de los esenios. Si, como parece, los manuscritos de Qumrân son esenios, el estudio de la secta deberá replantearse. Hasta ahora se contaba con escasas referencias en autores antiguos –Flavio Josefo, Plinio el Viejo, Filón de Alejandría, Eusebio de Cesarea–, más apropiadas para despertar la curiosidad que para aclarar la historia e influencia de los esenios.

NOTICIAS CONTRADICTORIAS

Las fuentes clásicas no están de acuerdo sobre las cuestiones básicas del esenismo. No es posible elucidar con ellas si existieron esenios fuera de Palestina, si habitaban en el desierto exclusivamente o también en las ciudades, cuál era su doctrina y en qué difería de la ortodoxia judía.

LAS SECTAS JUDIAS

Hace ya mucho tiempo que se conocía la existencia de sectas judaicas en la proximidad de la era cristiana; la multiplicidad de libros apócrifos y los testimonios clásicos no habían incitado a su estudio hasta nuestros días.

LA INTOLERANCIA JUDIA

Se tenía una idea del judaísmo un tanto falsa; se le creía una ortodoxia rigurosamente unitaria, sin disidencias, sin fisuras; se olvidaba que los judíos habían exigido a todo judío sólo la observancia de la Ley, permitiendo la especulación filosófica y la adopción de cualquier regla de vida.

LOS ESENIOS

Entre las numerosas sectas conocidas, los esenios parecen haber sido una de las más importantes por el relieve que se les da en el testimonio de los contemporáneos y por la admiración que suscitaron entre ellos.

LAS CREENCIAS DE LOS ESENIOS

No eran considerados herejes por los judíos ortodoxos; los esenios parecen haber sido, sobre todo, hombres empeñados en una observancia completa de la Ley por el sometimiento a una disciplina y el abandono del mundo. Identificaban el Mal con la materia, el Bien con el espíritu; el Sumo Bien era el espíritu por excelencia, Dios. El alma del hombre, que es espiritual, está sumergida en una prisión de materia, el cuerpo, del que será liberada a su muerte.

SU DISCIPLINA

Alejados del mundo, no tenían objetos de su propiedad; lo compartían todo con la comunidad de hermanos y, bajo un superior libremente elegido, trataban de perfeccionarse espiritualmente; el trabajo en el campo –tenían prohibido el comercio o la industria–, la oración, el silencio y la meditación eran sus deberes cotidianos; hacían voto de castidad, no comían carne ni ofrecían sacrificios de animales; rechazaban la esclavitud. No hubo, sin embargo, una sola disciplina esenia y cada comunidad fue libre de poner en práctica sus propias normas de vida.

EL DISCUTIDO ORIGEN

Los eruditos modernos no son unánimes en este punto. Para unos, y siguen el testimonio de Josefo, los esenios habrían tenido contactos con los pitagóricos. Para otros, la austeridad esenia es de influencia persa o búdica. Otro grupo prefiere considerar la religiosidad esenia como manifestación original de la espiritualidad judía.

INFLUYEN SOBRE EL CRISTIANISMO

Se ha tendido a relacionar el cristianismo con el esenismo y algunos autores consideran a Juan el Bautista y a Jesús como esenios o divulgadores de la doctrina esenia entre el pueblo. Es muy difícil valorar el sentido de esta relación, pero una cosa parece cierta: que el cristianismo nació como una interpretación más del judaísmo en un tiempo propicio a la especulación religiosa.



por todos los credos y razas del mundo entero.

Jesús prueba la eficacia de la oración cuando pregunta: "¿Cuál es el padre a quien su hijo pide pan y le da una piedra?...". Y si así proceden los hombres, que son malos, ¿qué no hará el Padre celestial, que es perfecto? El que cuida de los pájaros, que no siembran ni cosechan, más cuidará todavía de nosotros sus hijos, si tenemos fe. "Mirad los lirios del campo, cómo crecen. No se afanan ni hilan; y Yo os digo que ni Salomón con toda su gloria iba vestido como uno de ellos... No os preocupéis, pues, pensando qué comeremos, o qué beberemos, o de qué nos vestiremos. Buscad primero el

El Jordán es el principal río de Palestina. A sus riberas, poco profundas y cubiertas de abundante vegetación, acudían las gentes para recibir el bautismo de Juan.



Pintura del siglo XVI de uno de los conventos de Meteoros, Grecia, que representa a Jesucristo y la Virgen asistiendo como invitados a una boda. El episodio, conocido por las bodas de Caná, fue el primer milagro de la vida pública de Jesucristo y consistió en convertir en buen vino de mesa el agua contenida en unas ánforas destinadas para las abluciones.

reino de Dios y su justicia, y todo lo demás os será dado por añadidura."

Con estos sublimes conceptos, que parecen paradojas, pero que son verdades más prácticas que lo que acostumbramos llamar realidad, Jesús atraía a las gentes tanto como con sus milagros. Muchos cuya salud restableció, desaparecen de la escena y no oímos hablar más de ellos en los Evangelios; en cambio, pobres mujeres pecadoras, que debían su salvación a una palabra de Jesús, le permanecieron fieles hasta después de su muerte.

Difícil es establecer la cronología y el itinerario de Jesús en estos años de su ministerio, pero suponemos que, después de pasar algún tiempo en la región del lago, extendió su misión por toda la Galilea y fuera de ella. Todavía encontramos alguna reminiscencia de su vida entre pescadores en la parábola de la red, que coge los peces

San Juan el Bautista, llamado el precursor de Jesucristo, predicando y bautizando, según una miniatura de un manuscrito francés del siglo XIII (Biblioteca Nacional, París). Tras hablar de los largos años de juventud de Jesucristo, pasados en el anonimato, San Mateo habla de la misión de Juan, a quien acudían las gentes para ser bautizadas.

REFLEXIONES SOBRE EL SENTIDO HISTORICO-TEOLOGICO DE LOS EVANGELIOS

En la actualidad nadie desconoce el cambio que se ha operado en los diversos dominios del trabajo histórico, hasta el punto de que puede hablarse de verdaderas conquistas de la Historia como si se hubiese logrado alcanzar metas desconocidas e insospechadas o se volviese a recuperar algo inexplicablemente perdido. El descubrimiento de nuevas fuentes, la utilización de otras que una nueva valoración ha hecho imprescindibles o nuevos métodos hermenéuticos aplicados sobre las fuentes ya existentes y bien estimadas pueden ser, entre otras, las circunstancias que han provocado y posibilitado el nuevo impulso de las ciencias históricas.

La Historia Sagrada, o Bíblica, también se ha visto beneficiada por este impulso renovador, aunque a veces en alguno de sus momentos o personajes resulte difícil comprender cómo pueda haber una ignorancia o tendenciosa interpretación tan universalmente compartida, o cómo es todavía posible que, en una indiscriminada utilización de elementos poéticos, épicos, legendarios o históricos (advirtiendo su muy peculiar naturaleza), se haga una presentación de personajes o acontecimientos según las formas de la más estricta historia moderna.

La historia de Jesús tiene una peculiaridad y naturaleza singulares que la destacan sobre otros capítulos de la Historia Sagrada general. Los escritos sobre Jesús de Nazaret están trazados por personas que tenían fe en él, y el método histórico con que se les dio forma literaria no era precisamente del rigor científico que actualmente poseen las ciencias históricas. Esto hace que no pueda accederse a la persona de Jesús de igual manera que a otros personajes de la antigüedad. Y que, incluso, no sea lo mismo historiar a Jesús desde la fe, según la vivencia y cultura de una determinada época o situación, que desde un agnosticismo o materialismo que a veces "prejuicia" su método histórico al no conocer las fuentes desde la fe y medio social en que fueron escritas.

Aquí prescindimos de problemas como el de si es posible o no hacer historia de Jesús, el Hijo de Dios, o si existió o no Jesús en la realidad, pudiendo llegar a optar por la negación de su existencia histórica. Sino que, más bien, nos preguntamos qué valor histórico poseen en sí los documentos neotestamentarios y hasta qué punto es posible traducirlos o reducirlos a las categorías históricas del hombre moderno, supuesto, naturalmente, el alto valor de algunas noticias sobre Jesús de origen gentil y judío y supuestas la historicidad y autenticidad de dichos documentos con aspectos fundamentalmente históricos.

Es imprescindible, en primer lugar, conocer suficientemente cómo se escribieron y el medio ambiente en que se escribieron. Pero todavía nos resulta difícil determinar con precisión cuál sería la situación histórica de la comunidad de seguidores de Jesús a la muerte de su profeta, maestro o líder político... ¡Quién sabe las diversas representaciones y posturas que pudo haber en su tiempo respecto de su obra! Y, además, los escritos comienzan a aparecer rebasados los treinta años después de su muerte, en los que la primitiva comunidad de cristianos fue creando las formas o moldes literarios en los que vaciar tantos recuerdos y experiencias compartidos, al mismo tiempo que participaba de la conflictiva y problemática vida del judaísmo.

Primeramente, empezaron a circular tradiciones orales sobre Jesús según el método normal entre los judíos, el método repetitivo-oral. Además, una viva conciencia de que Jesús iba a volver inmediatamente pudo hacer innecesaria la escritura de las tradiciones. Naturalmente, las narraciones en su forma oral ya iban tomando una forma estereotipada, según el contenido u objeto. Pero al retrasarse la vuelta del Señor, la *parusía*, e ir desapareciendo los testigos oculares surgió la necesidad de dar forma escrita a las diversas narraciones. Pero entonces no fueron las preocupaciones biográficas ni los deseos de dejar constancia histórica para la posteridad lo que motivó esas tradiciones y sus formas escritas. Fue, más bien, la fe en Jesús, el Señor; la reflexión a la luz de los profetas, la contrastación con el judaísmo oficial, en cuyo seno nacía y se desarrollaba el cristianismo; la relación con los disidentes judíos o con las sectas más rigoristas, que pretendían representar el verdadero Israel, o con otros movimientos con los que Jesús compartió sus primeros días; la necesidad de organizarse y la búsqueda de algo que los diferenciara sobre los otros movimientos o sectas. Y también son de destacar las influencias provenientes de sus propias necesidades litúrgicas y sacramentales, de la necesidad de hacer adaptaciones o transformaciones de cara a la catequesis, así como también de la necesidad de defenderse frente al judaísmo oficial, o frente a tendencias divergentes y disgregadoras dentro del mismo cristianismo. Finalmente, el helenismo en su complejidad filosoficorreligiosa, que ya había exigido al judaísmo notables adaptaciones —como la platonización del judaísmo intentada por el judío Filón—, influyó para tratar de cambiar la original impronta semítica del cristianismo.

A toda esta compleja situación, apenas esbozada, hay que añadir que las tradiciones en su totalidad, en cuanto que son y suponen una reflexión teológica comunitaria, se transmiten o escriben con la pretensión de procurar y suscitar la fe del destinatario. Así, por ejemplo, el Evangelio que aparece atribuido a San Juan advierte claramente que no escribe "biografía", pues reconoce que hay muchas cosas más que no están escritas ahí, y que las que están "fueron escritas para que creáis que Jesús fue el Mesías". Es decir, escribe un "Evangelio" buscando la fe de los destinatarios.

Por esto, superada ya una época en la que la polémica y la apologética fácil e



institucionalista tuvieron lugar en una difícil situación cultural y religosa –por lo demás, no demasiado lejana a nosotros–, la investigación bíblica afirma que no es "historia estricta" lo que se nos da en esa literatura, que los Evangelios no son libros "de historia". O que, en todo caso, se trata de una "historia religiosa o teológica" en la que unos acontecimientos fundamentales de tipo histórico aparecen adaptados y transformados según las exigencias doctrinales o morales del medio ambiente en que se escribía la obra o del público a quien iban dirigidas las predicaciones. Desde esta afirmación fundamental no resulta difícil explicar las contradicciones u oposiciones que se encuentran en las diversas narraciones, los conflictos entre autores, las diferencias notables en lugares paralelos o los cambios en la ordenación de acontecimientos y discursos. Todo ello, por el contrario, a pesar de no ser percibido a través de una lectura superficial o piadosa, no resistiría el rigor científico de los métodos modernos. Y, aunque resulte innegable que dichas narraciones provienen del conocimiento y experiencias personales de quienes convivieron con Jesús, la aplicación de métodos hermenéuticos de carácter acientífico minaría más destructivamente la base y el valor real de los Evangelios diversos.

Las formas estereotipadas en las que se fueron vertiendo los recuerdos y experiencias sobre Jesús no fueron obra de un único autor, sino que tenían su origen en la comunidad y, como es natural, tomaron la forma de los "géneros literarios" propios del tiempo y de la literatura bíblica. Desde la creación primera de esas formas literarias ("paradigmas", "relatos de milagros", "anunciaciones", etc.) hasta la última, que se hace según el género "evangelio" y que da lugar a cuatro principales Evangelios, se encuentra toda una serie de compilaciones, dependencias, influencias o interferencias explicables en una comunidad viva e histórica y que, al intentar determinarlas, han dado lugar a diversas teorías.

Por encima de estos intentos explicativos, lo que aparece indudable es que, al hacer una determinada ordenación o selección de materiales, la comunidad o autor poseen una "intención teológica", un sentido catequético determinado o una exigencia litúrgica concreta. Todo lo cual bien pudo motivar de nuevo convenientes adaptaciones, bien personales del redactor, bien de parte de la comunidad de la que era portavoz y en la que ya se había efectuado la adaptación o interpretación que él introduce.

Por tanto, es fácil comprender que los diversos escritos que poseemos sobre Jesús no fueron obra de un único autor ni precisamente del titular del Evangelio, pues pudo ser la necesidad de prestigio o el que las tradiciones proviniesen de una escuela o ambiente estrechamente vinculados con un personaje importante de la primitiva comunidad (parece que es el caso de San Juan al atribuirle el cuarto Evangelio) lo que motivó la imposición de autor en un determinado escrito, sin pretender por ello hacerle autor exclusivo del escrito.

Finalmente, es necesario afirmar que siempre se demostró una preocupación por mantener el acuerdo fundamental y sustancial. Conocido es el caso de San Pablo, quien enérgicamente reivindicaba la posesión del carisma del apostolado y que sus enseñanzas pertenecían a la tradición que llegaba hasta el Señor, lo mismo que se daban en total acuerdo con las jerarquías de Jerusalén. Pero, al igual que no es posible exagerar desmesuradamente el papel creador de la comunidad o autor determinado hasta afirmar que los escritos son invenciones, leyendas o mitos, es necesario conceder el justo papel perteneciente a la comunidad. Sus redactores pertenecían a ella, estaban preocupados por extender el mensaje de Jesús y su predicación no podía conocer barreras de formalismos literarios.

El riesgo, pues, de cara a lograr la comprensión de los Evangelios es trascendental cuando sólo a través de ellos se puede alcanzar una fe en Jesús o sólo a través de su teología se puede lograr una verdadera economía del tiempo vivido por Jesús en tierras palestinianas.

J.M.ª P

buenos y los malos, pero la mayoría de sus comparaciones son de pastores que no abandonan su rebaño y lo protegen contra los lobos, de la oveja descarriada, del hijo pródigo que guarda la piara de cerdos, del sembrador que esparce la simiente sobre la buena y la mala tierra, de la pobre mujer que barre su morada y de la levadura que hace crecer la masa. Se ve que Jesús desea que le entiendan hasta los más humildes campesinos. Les habla de la túnica nueva, de la túnica remendada, del labrador que para comprar un campo ha de vender todo lo que tiene, del vino nuevo y los odres viejos, del que labra su campo sin volver la vista atrás. Es comprensible que durante estas últimas épocas que pasó en Galilea y en Judea, Jesús no tuviera residencia fija; sus discípulos son sus únicos familiares. Una vez se queja de que no tiene ni una piedra donde reclinar la cabeza.

Además, Jesús empieza a ser perseguido, o por lo menos vigilado, por los emisarios de Jerusalén. Su predicación y popularidad causan gran inquietud a las gentes del templo. Los Evangelios dicen textualmente: "Y se reunieron a su alrededor los escribas y algunos fariseos que venían de Jerusalén..." y "...entonces se presentaron a Jesús unos fariseos y escribas de Jerusalén diciendo: –¿Por qué tus discípulos desprecian la tradición de los antiguos, esto es, no se lavan las manos antes de comer el pan?...". Los judíos meticulosos se ofendían al oír que Jesús les decía que no es lo que entra por la boca lo que ensucia al hombre, sino lo que sale del corazón. Porque del corazón salen homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios y maldiciones. Éstas son las cosas que ensucian al hombre, y no el hecho de comer sin lavarse las manos.

Algunas de las "tradiciones de los antiguos" no están precisadas en la Ley, pero ya hemos dicho en el capítulo anterior que era casi imposible para los judíos comer con los gentiles sin faltar a algún precepto mosaico. Lo mismo ocurría con el dichoso sábado y sus 1.521 prohibiciones, que Jesús guarda sólo cuando no son incompatibles con un deber más alto. "Misericordia quiero y no sacrificio..." De todos modos, este lenguaje no podían entenderlo las gentes, saturadas de ritualismo, que venían de Jerusalén. Además, pronto Jesús, de acusado, pasa a ser acusador. Empieza a decir: "Guardaos de la levadura de los fariseos... Ciegos y guías



de ciegos...". Y, por su parte, los fariseos empiezan a desear su muerte. Debido a estas primeras sordas amenazas, y sabiendo Jesús que el tiempo de su muerte no había llegado todavía, se encaminó varias veces a Fenicia y al otro lado del Jordán, donde tenía algunos discípulos.

Estas cortas ausencias de Galilea precederían a otras etapas de su revelación. Al regresar de nuevo, Jesús dice: "Yo soy el pan de la vida; el que venga a mí no tendrá más hambre, y quien cree en mí no tendrá más sed". Todavía hace comparaciones con la Ley, pero como una cosa caduca y superada: "Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron. Éste es el pan que baja del cielo para que el hombre coma de él y no muera. Yo soy el pan viviente que

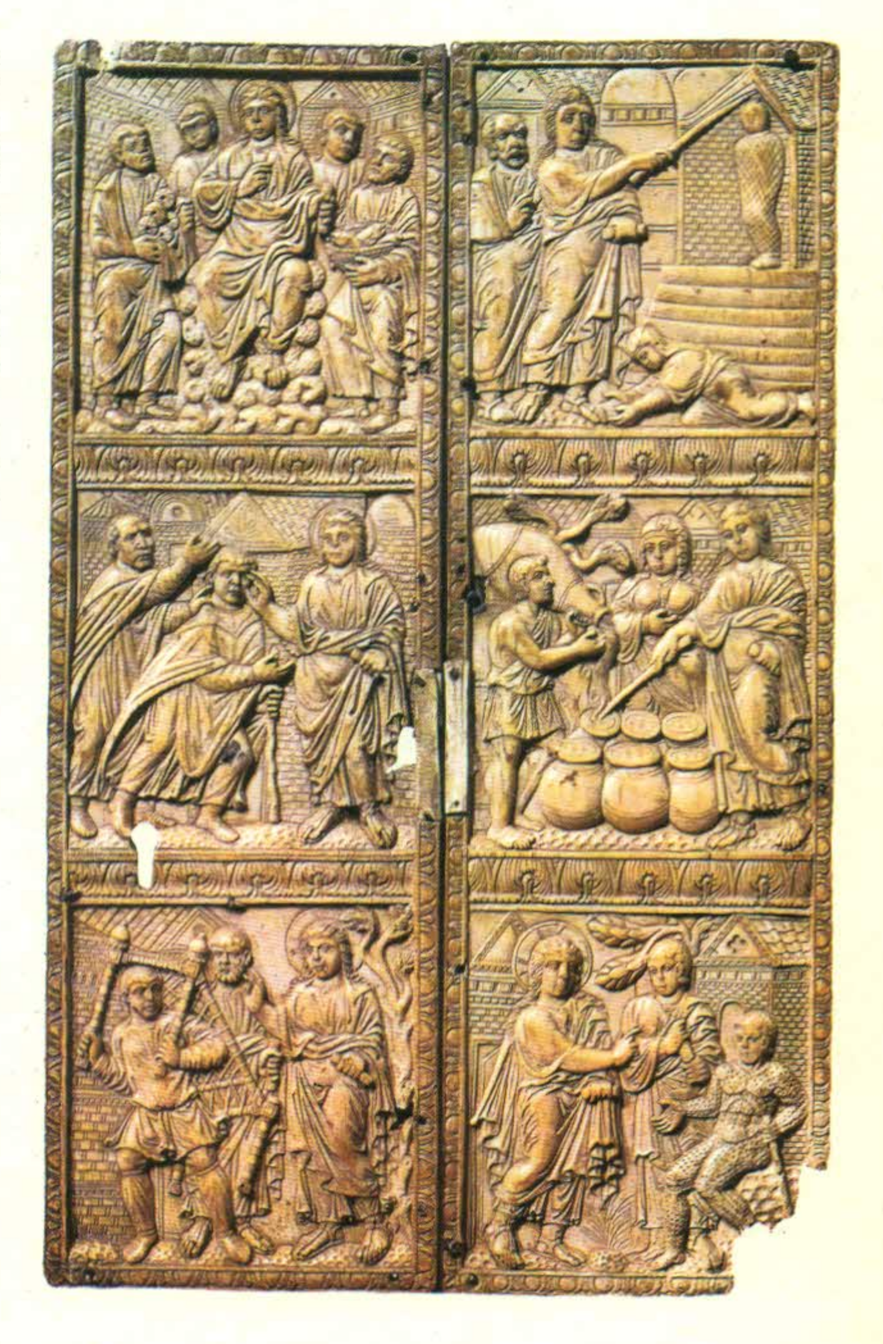
Los primeros a quienes llamó Jesucristo fueron dos hermanos pescadores, Simón y Andrés, representados en este mosaico de San Apolinar Nuevo, Ravena. El primero era llamado "Kaipha", que significa roca, piedra, y de ahí su nombre de Pedro.



El lago de Tiberíades, formado en el curso del río Jordán, ha sido siempre muy rico en pesca. Por eso, entre la población de su ribera había una gran proporción de pescadores. De entre estos hombres, humildes y piadosos por estar en diario contacto con las fuerzas de la naturaleza, eligió Jesús a sus primeros apóstoles.

bajó del cielo; si uno come de este pan, vivirá eternamente, y el pan que yo os daré es mi carne para la vida del mundo...". Discutían, pues, los judíos diciendo: "¿Cómo puede darnos éste su carne para comer? ¡Dura es esta palabra! ¿Quién puede oírla?". Y aunque Jesús añadió bien claramente: "El espíritu es el que vivifica, la carne no sirve de nada; las palabras que os he dicho son espíritu y son vida...", muchos discípulos le abandonaron. Entonces Jesús dijo a los doce: "¿Es que vosotros también queréis dejarme?". Y Pedro, respondiendo por todos, contestó: "Señor, ¿adónde iremos? Vos tenéis palabras de vida eterna, nosotros creemos que sois el Mesías, el Hijo de Dios".

Y con la humilde compañía de doce oscuros seguidores, Jesús marchó a Jerusalén. Es evidente que, hasta obrando sólo por razones humanas, era indispensable este viaje. Para que todo el mundo reconociera que Jesús era el Mesías, era necesario, o que se manifestara glorificado, con el templo por escabel, como querían los judíos, o que sufriera persecución y muerte, como había



Puerta de marfil con seis relieves que resumen la actividad taumatúrgica de Jesucristo durante los tres años de su vida pública (Victoria and Albert Museum, Londres). De izquierda a derecha y de arriba abajo: multiplicación de panes y peces, resurrección de un muerto, curación de un ciego, conversión del agua en vino, curación de un paralítico y de un leproso.

APROXIMACION A LA HISTORIA DE JESUS

Según los presupuestos expuestos antes, no extrañará que ante el problema de historiar a Jesús se hayan adoptado muy diversas posturas. Entre éstas, dejando otras de una radicalidad tal vez ya no posible en el actual estado de la investigación bíblico-histórica, sobresale la de aquellos que afirman exclusivamente el sentido teológico de los escritos sobre Jesús, de tal manera que en ellos no es posible encontrar dato alguno histórico, es decir, no es posible encontrar al Jesús de la historia, un Jesús todavía judío, sino solamente al Jesús de la fe, el Jesús "creído" por la primitiva comunidad de cristianos, un Jesús ya cristiano. La comunidad es quien "creó" las narraciones, y no resulta posible desandar el camino recorrido por ella en la redacción de sus documentos. Sin embargo, no por ello se niega a Jesús ni su existencia, sino que más bien, dado que lo mítico e histórico van entremezclados, es necesario intentar recuperar el significado más profundo que se esconde tras las concepciones mitológicas del Evangelio. Y como la concepción moderna del mundo no puede conjugarse con la bíblica, que es de carácter precientífico, lo que se impone es "desmitologizar" la peculiar presentación que en los Evangelios hay sobre la persona de Jesús. Pero, a pesar de los que juzgan que las formas míticas de los Evangelios no hacen más que poner de relieve la importancia de la persona histórica de Jesús y su historia, sin embargo, cualquier intento de encontrar una representación objetivizante de ellas habría de ser abandonado.

Esta manera de pensar, que ha existido sobre todo a partir de los escritos de Rudolf Bultmann, ha supuesto una clara influencia en los medios de investigación sobre Jesús, sea cual sea su confesión religiosa. De hecho, en la actualidad nadie puede atreverse a leer los Evangelios como si fuesen una obra de investigación histórica que un autor presenta a un certamen literario ni permanecer cómodo en la beatífica posesión de unas creencias que pretenden demostrar que las cosas fueron tal como se leen en los Evangelios bajo categorías modernas. Efectivamente, la idea de que Jesús es presentado a través de las catequesis primitivas, de la predicación *kerygmática* (del gr. *Kérygma:* anuncio o proclamación del núcleo esencial de la fe cristiana primitiva), de la liturgia, en una palabra, a través de una teología, se ha introducido en todos los ambientes, determinando la interpretación de los géneros literarios aparecidos en los escritos neotestamentarios en función de esa teología.

Sin embargo, a pesar de todo ello, a pesar de que Jesús sólo sea conocido a través de unos libros teológicos, existen otros autores y confesiones religiosas que investigan y tratan de recorrer el camino inverso al llevado por la primitiva comunidad para encontrar al mismo Jesús histórico que proclaman y anuncian para la fe los Evangelios.

Desde este punto de vista trataremos de ofrecer una breve introducción, según el estado actual de la investigación, siempre invitando a una ulterior y profunda reflexión personal y científica. Pues, efectivamente, esta crítica literaria e histórica ha conseguido, con sus métodos, precisar algunos momentos de la existencia de Jesús, aunque no sirvan, precisamente, para escribir una *Vida de Jesús* propiamente dicha, como las que se han escrito en tiempos antiguos, correspondientes a estadios previos de la investigación científica o correspondientes a una teología no concreta ni histórica en la perspectiva de la llamada Historia de la Salvación, pero que cultivaba los sentimientos religiosos y piadosos de una fe poco desarrollada y que, al mismo tiempo, permitía fundamentar la justificación de un apriorístico agnosticismo sobre la persona de Jesús.

Ante todo hay que notar que este segundo grupo de interpretaciones no establece su postura en relación de polémica con los primeros, sino que una diferente aproximación a las fuentes les procura un distinto método y una diferente, también, aproximación a la persona y a la historia de Jesús. Evidentemente que también reconocen que se parte de unas unidades literarias primitivas, que se van agrupando en colecciones con una espontaneidad proveniente de la realización de catequesis, reuniones litúrgicas o recorridos misionales, pero que esto no tiene nada que ver con aquel afán de "rellenar" conocido posteriormente en los Evangelios apócrifos, sino que más bien, como partían de unos recuerdos muy inmediatos a la realidad, como ésta era participada por sus primeros interlocutores, bien por sí mismos, bien informados por algunos bien allegados, no necesitaban esa vuelta a las fuentes que en nuestra actual preocupación biográfico-histórica nos resulta imprescindible.

Piensan, igualmente, que historia y teología se superponen parcialmente y que ha de ser la crítica histórica la que ha de diagnosticar el valor y calidad de las precisiones biográficas que aparezcan en los Evangelios. Opinan que, a partir de consideraciones sociológicas y de análisis internos (por ejemplo, el conservar en la predicación por ambientes paganos las controversias de Jesús con los judíos, que parecerían inútiles en un medio pagano, sería prueba de su preocupación constante hacia la persona de Jesús y hacia la historia de su vida), se puede probar la ausencia de invención por parte de la comunidad primitiva.

Reconocen que, junto a la creación de colecciones y bloques de narraciones, relatos, etc., circulaban cantidad de frases y relatos sobre Jesús de manera suelta y que coexistían con la misma formación de colecciones, insertándose en un momento determinado con sentidos variables según quien realizase la inserción o el ambiente en que se realizase. Pero que todo esto lo que evidencia es una comunidad viva y existencialmente histórica y que su libertad estructuradora indica una tradición de gran vitalidad que en nada empece el fundamento real del que parten ni su conexión directa con él.

Creen que la investigación, abandonando determinados postulados de la crítica documental que ha llegado a valorar unos Evangelios sinópticos sobre otros o preferir éstos al Evangelio según Juan, ha de dirigirse más al conocimiento de la formación de las tradiciones "presinópticas", desarrollando más el estudio de los diferentes ambientes en los que ellas se formaron. Así, al conocer el género literario de cada tradición o colección de tradiciones en función del ambiente donde se originaron será posible alcanzar un juicio de historicidad más cierto y seguro.

Antes de pasar a indicar en breve esquema cómo pudo desarrollarse la vida de Jesús, hemos de señalar que los recuerdos sobre su vida se hacen a partir de la experiencia de algo nada común a los demás hombres: su Resurrección. Es decir, la mirada de los primeros cristianos hacia su maestro se realiza al verlo constituido en *Señor,* el *Kyrios.* Pero esto no quiere decir que pretendan anunciar un misterio o desarrollar una serie de doctrinas sobre él, sino que proclaman "una existencia concreta de alcance doctrinal", convirtiéndose así el Evangelio, "en cierto sentido, en biográfico" (Léon-Dufour).

Lo poco que se habla de la infancia y juventud de Jesús en los Evangelios es, además, de gran imprecisión. Jesús nacería, unos cuatro o cinco años antes del comienzo de nuestra era, en Nazaret y se supone que su vida se desarrollaría conforme a las costumbres judías. Esto parecen reflejar los capítulos que en los Evangelios hablan de este período. Sin embargo, se ha de proceder con cautela a la hora de precisar los detalles y al querer hacer juicios históricos. Como, en principio, la predicación, el *Kérygma,* sólo contenía el anuncio de la muerte y resurrección de Jesús, las narraciones estaban centradas en Jerusalén. De aquí que sea significativa esta despreocupación inicial por los primeros años de la vida de Jesús y que los investigadores encuentren estos capítulos cargados de reflexión teológica y además encaminados en visión prospectiva hacia los sucesos jerosolimitanos del final de su existencia. Estas narraciones, pertenecientes sólo a Mateo y Lucas (pues en el Evangelio según Juan no es fácil ver un testigo de la infancia ni de la concepción virginal, ya que el manuscrito del prólogo de su Evangelio no está suficientemente

atestiguado), poseen una composición literaria peculiar.

Existen en ellas diversos géneros literarios, bastante conocidos en la literatura judía, que utilizan mucho los elementos maravillosos, a diferencia de las narraciones pertenecientes a la vida pública, que usan la Sagrada Escritura de modo apologético, lo cual, junto a los géneros literarios utilizados, entronca perfectamente ese período de vida con la Escritura en la que aparece la historia de salvación, cuya culminación se daría en Jesús. Este modo de atestiguar una existencia real dentro de perspectivas y exigencias teológicas no permite negar su existencia histórica, pero tampoco da lugar a empeñarse en precisar los detalles ni reconstruir sus términos exactos.

Una vez bien conocida la historia del pueblo judío, tras sus sucesivas humillaciones político-religiosas, y conocidas también las diversas posturas religioso-políticas a que dieron lugar, será posible valorar y enjuiciar históricamente los comienzos de la vida pública de Jesús, que sería hacia los treinta años. Entre las diversas organizaciones existentes, Jesús parece que se relacionó con los "movimientos bautistas" del área del río Jordán. También se le ha querido relacionar con el monaquismo de Qumrân, sobre todo tras la euforia producida por los descubrimientos efectuados en Khirbet Qumrân, pero se cree que más bien se trata de contactos literario-culturales de los primeros cristianos al compartir el caos producido por la destrucción de Jerusalén.

La relación con Juan Bautista, en concreto, aparece en la perspectiva apologética que imprimieron sus rivalidades con los "joanistas". De todas maneras, es en torno a Juan Bautista donde Jesús comenzó a predicar, incluso tomó alguno de sus discípulos, hasta el punto de poder establecer en Judea un primer período de ministerio apostólico de Jesús. Después pasó a Galilea, donde admitió más discípulos, estructuró el grupo y realizó una presentación de su mensaje salvador, diferenciándose de los demás movimientos conocidos. Aparece en Jesús una clara y decidida intención despolitizadora de las pretensiones de los componentes del grupo, que, naturalmente, participaban de las ideas nacionalistas judías que esperaban un mesianismo terrestre. En esta época aparecen "relatos de milagros", "controversias", agrupaciones de discursos, etc., importantes en cuanto a su contenido doctrinal y ejemplares en su realización pedagógica de cara a una catequesis, pero difíciles de verificar cronológica y topográficamente. Una complejidad de razones llevaron a Jesús a dejar Galilea y dirigirse a Judea de nuevo. La evaluación del período galileo es como de fracaso, lo cual hace pensar a los críticos en un período posgalileo por sus alrededores, en los que, antes de llegar a Jerusalén, Jesús reestructuró la orientación de su apostolado y purificó las pretensiones mesiánicas de sus discípulos, tratando de introducirlos más íntimamente en el misterio de su persona.

Jesús, que parece ya conocía Jerusalén e incluso habría predicado a sus habitantes, subió para celebrar la fiesta de los Tabernáculos, permaneciendo allí hasta la fiesta de la Dedicación. Hubo de interrumpir su estancia en Jerusalén debido a que escribas y fariseos comenzaron a hostigarle, buscando arrestarle incluso, lo que originó un período de predicación por la Transjordania. Pero volvió para la Pascua a Jerusalén, donde murió crucificado.

De nuevo resulta difícil para el historiador precisar la cronología e itinerarios de esta época, pero no lo es tanto aproximarse, por encima de las precisiones de espacio y tiempo, a la nueva orientación que Jesús dio a su ministerio: no trató de hacer comprender unas enseñanzas, sino presentar directamente su persona, a la que puso por encima de todos los grandes de la historia judía, siendo capaz de transformar el judaísmo en estado de corrupción disgregadora en el verdadero Israel soñado por los judíos desde antiguo. Jesús se presentó con los predicamentos más particulares, profundos y concretos de Dios, y las controversias de este período dejan buena constancia de ello. Pero la oposición, imbuida de reivindicaciones políticas, logró del poder ocupante romano la condena a muerte, liberándose así los jefes religiosos del judaísmo oficial de una pesada preocupación. Pero Jesús, según los Evangelios, resucitó. Y resucitando impulsó de nuevo a sus seguidores, iluminó sus experiencias y recuerdos, logrando que sus seguidores se dispersasen por todo el mundo precisamente utilizando los mismos focos de expansión que ya tenían los judíos, a quienes como una secta eran asociados, en un principio, por el religiosamente inquieto e insatisfecho mundo helénico-romano.

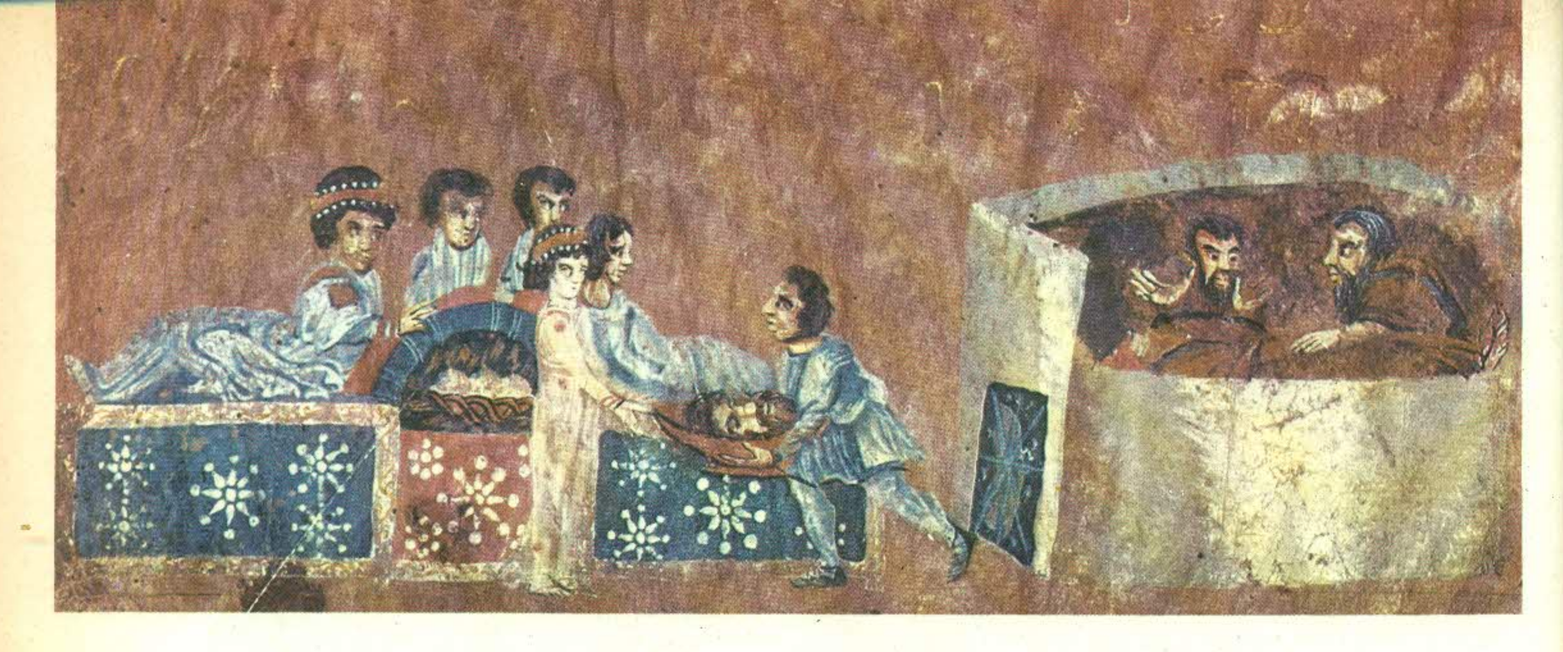
J. M.ª P.

profetizado Isaías. Hasta sus parientes de Galilea que, según palabras del evangelista, "no creían en Él", le decían: "Sal de aquí, vete a Judea para que vean las cosas que haces..., manifiéstate al mundo". Lo cual bien pudiera comentarse: marcha de aquí, preferimos nuestra miseria a tu salvación; si vences en Jerusalén con tus milagros, te seguiremos por tu éxito, no por la doctrina que predicas... Esto solo ya explica que Jesús fuese a Jerusalén casi a escondidas.

Siguió el camino directo a través del territorio de los samaritanos, que la mayoría de los galileos trataban de evitar siguiendo la ruta de la costa o bajando por el valle del Jordán hasta Jericó. Acabaría de entristecer a Jesús el ver que esta vez los samaritanos le recibieron como enemigo. "Iba con la faz hacia Jerusalén", y esto era bastante para hacer odioso al que dos años antes había sido recibido como amigo. Así era el mundo en tiempo de Jesús, y no es mucho mejor todavía: en su tierra el profeta, el Redentor, el Mesías, era molesto y peligroso; en tierra casi extraña, como era Samaria, los rencores nacionales intervenían en materia de religión hasta hacer negar la hospitalidad al que les daba palabras de vida eterna.

Jesús conocía bien Jerusalén y sabía lo que allí le esperaba. Con anterioridad había predicho su muerte con palabras más o menos veladas. A veces no le entendían; creían que quería suicidarse. Los judíos decían: "¿Es que quiere matarse cuando dice: –A donde yo voy, vosotros no podéis venir?...". Y muchos de ellos decían: "Está endemoniado y delira. ¿Por qué le escucháis?". Pero otros contestaban: "Éstas no son palabras de endemoniado. ¿Es que un endemoniado puede volver la vista a los ciegos?".

A pesar de estas impresiones desfavorables, recuerdan los Evangelios varios casos de doctores versados en la Ley que se sintieron fascinados por las palabras de Jesús. Un escriba le dijo: "Maestro, yo os seguiré adondequiera que vayáis". Otro, que había oído a Jesús, le preguntó: "¿Cuál es el pri-



Miniatura bizantina del Codex Sinopensis, del siglo VI, que representa el banquete en que Herodes mandó decapitar a Juan el Bautista (Biblioteca Nacional, París).

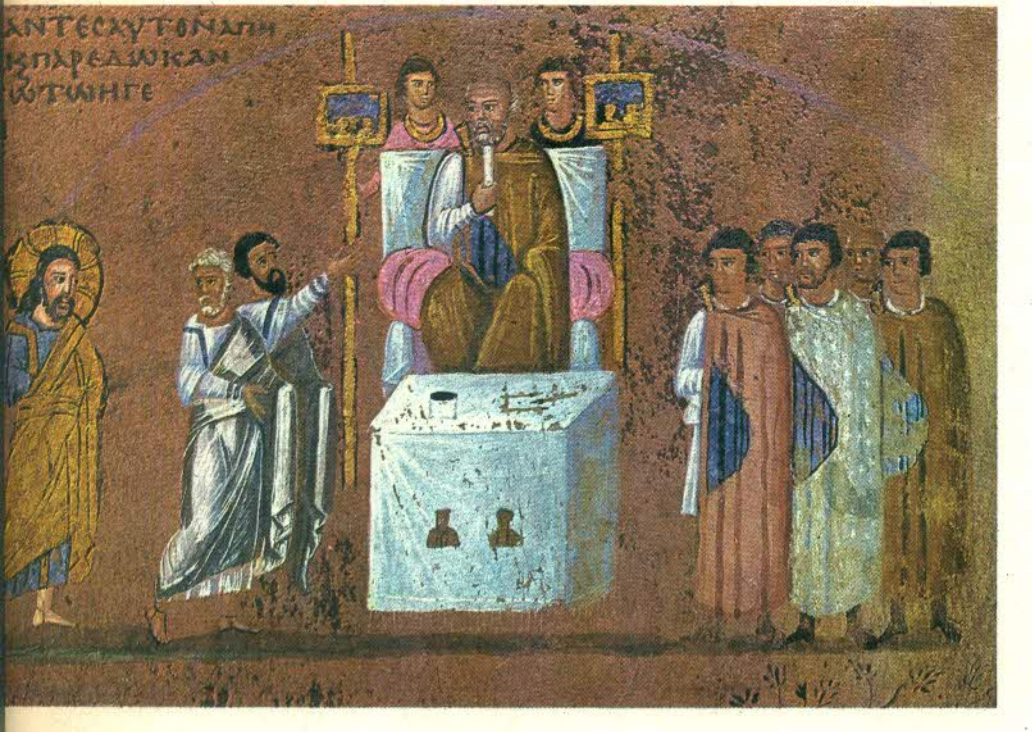
Miniatura del Codex Purpureus Rossanensis, evangeliario siríaco del siglo VI, que representa a Jesús ante Pilato (Museo Diocesano, Rossano). Arrestado en Getsemaní, Jesús fue llevado ante el sumo sacerdote Caifás, que ejercía la suprema jurisdicción en Judea, y de él al gobernador romano Poncio Pilato, que tenía competencia en lo civil y criminal y podía incluso firmar sentencias de muerte.

mer mandamiento?...". Otros le preguntaban para tentarle. Por fin, tenemos bien conocido el caso de Nicodemo, un miembro del consejo del templo, que quiso ver de noche a Jesús para decirle: "Maestro, nosotros sabemos que tú eres enviado de Dios, porque ningún hombre puede hacer los milagros que tú haces si Dios no está con él".

Sin embargo, la gran objeción en Jerusalén fue que Jesús venía de Galilea. Hasta cuando Nicodemo trató de defenderle en el sanedrín, le dijeron sus colegas: "¿Pero es que tú también eres de Galilea? Piénsalo bien y verás que de Galilea no ha salido ningún profeta...". Y recuérdese que los galileos, aunque tildados de tibios en la observancia de la Ley, eran judíos de pura raza, no gentes de dudosa nacionalidad.

Por esto Jesús contesta con la parábola del buen samaritano: "Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y topó con unos ladrones, que tras haberle despojado y herido se marcharon, dejándole medio muerto. Y acaeció que un sacerdote venía por el camino, y habiéndole visto, también pasó de largo. Luego vino un levita, y llegando a aquel lugar y habiéndole visto, también pasó de largo. Por fin, un samaritano llegó cerca de él, y viéndole, se apiadó; curó las heridas con aceite y vino, le subió a su caballería y lo llevó al mesón y le acomodó bien. Y al día siguiente, sacándose dos monedas, las dio al mesonero, diciéndole: –Cuídalo y todo lo que gastes de más, a mi regreso te lo pagaré.– ¿Quién de los tres os parece haber sido el prójimo del que topó con los ladrones?...". ¡Qué efecto haría esta parábola en Jerusalén! La vereda que desde Jerusalén baja al Jordán, pasando por Jericó, es uno de los caminos más frecuentados de Palestina. Por allí llegaron los judíos al volver de Egipto; por allí se va a Moab y la Perea. Y aún hoy el mesón a mitad del camino es el único que se encuentra de Jerusalén a Jericó. Jesús conocía bien aquella ruta; durante su última estancia en Jerusalén se había retirado a menudo a la región desierta del otro lado del Jordán y tenía que seguirla forzosamente.

Las parábolas de Jesús en Jerusalén reflejan la vida de huésped amado de sus discípulos. Jesús permaneció en Jerusalén desde la fiesta de los Tabernáculos, que era en el equinoccio de otoño, hasta la Pascua, en el equinoccio de primavera. En su predicación de estos seis meses pone ejemplos que revelan su contacto con una sociedad más compleja que la de los humildes labradores y pastores de Galilea. Así nos habla del mayordomo cruel que pide perdón al amo; de





Después de cenar por última vez juntos, Jesús y sus discípulos salieron a orar a un lugar llamado Getsemaní, al pie del monte de los Olivos. Aún actualmente, en que el lugar está ocupado por una iglesia conmemorativa, hay allí árboles como éste, que recuerdan su antigua denominación.

Óleo del siglo XVI sobre tabla que representa la entrada de Jesucristo en Jerusalén pocos días antes de su muerte (Museo Bizantino de Grecia).



no pretender la cabecera en los banquetes; de convidar, no a los amigos y parientes, sino a los pobres y lisiados; de los que no aceptan el convite; de los que quieren servir a dos señores; del que se construye una torre; del rey que se prepara a guerrear con otro, y de todos ellos saca comparaciones para la vida espiritual.

Jesús continuó haciendo milagros en Jerusalén y Galilea. En esta época obró el milagro de la resurrección de Lázaro de Betania, aldea próxima a Jerusalén. Jesús había sido en varias ocasiones huésped y comensal de Lázaro. El Evangelio dice que Lázaro se puso enfermo de gravedad, y sus dos hermanas, Marta y María, enviaron aviso a Jesús, que estaba lejos de Judea, acaso al otro lado del Jordán. Jesús demoró aún dos días el ponerse en camino. Cuando llegó, hacía cuatro días que el cuerpo de Lázaro estaba en el sepulcro. Al llegar ante la losa que cubría la tumba, Jesús lloró, luego dio gracias y, con voz fuerte, exclamó: "¡Lázaro, levántate y anda!...". Y el muerto salió, con los pies y manos fajados y la cara envuelta en el sudario.

Y continúa diciendo el Evangelio: "Muchos de los judíos que habían venido de Jerusalén a casa de María y visto lo que Jesús había hecho, creyeron en Él, pero algunos se fueron a contar a los fariseos lo que había hecho Jesús. Reunidos entonces los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, decían: –¿Qué hacemos?, porque este hombre obra muchos milagros. Si lo dejamos así, todos creerán en Él, y vendrán los romanos y tomarán este lugar y la nación.– Pero uno

LA RELIGIOSIDAD DE LOS TIEMPOS DE JESUS: II. LOS FARISEOS

LA IMAGEN TRADICIONAL

En la imagen de los fariseos que nos presentan los Evangelios se les reprocha lo que después de ellos será llamado "fariseísmo", es decir, la hipocresía religiosa, el atenerse a la letra de la Ley ignorando su espíritu, el obedecer sus ínfimas prescripciones olvidando lo fundamental.

El cristianismo y con él la cultura occidental y las historias que desde el Occidente cristiano se han escrito sobre Israel y el judaísmo han hecho suya esta imagen trazada por los Evangelios y han compartido su opinión peyorativa con respecto a los fariseos.

Los estudios más recientes sobre el grupo fariseo y la evolución de la religión judía ofrecen otras imágenes del fariseísmo. Sin polemizar con el testimonio de los Evangelios –es posible que los fariseos o un grupo de ellos fueran así en tiempos de Cristo–, los autores modernos consideran aquel movimiento uno de los elementos fundamentales en la historia de la religión hebrea.

¿QUIENES ERAN LOS FARISEOS?

Una asociación que se alababa de conocer mejor que nadie la ley de Dios en su texto y su tradición, que deseaba organizarse para practicarla con mayor exactitud, que quería imponerla a todos los demás.

Se ha dicho que fueron en principio "una religión del Libro" y secundariamente una religión del Templo, pues los ritos y el culto serían para ellos sólo un aspecto de la Ley.

Es significativo que mientras para los saduceos –partido o grupo sacerdotal– sólo cuenta la ley de Moisés, los fariseos consideran el valor de la Tradición judía, que desde el principio interpreta la Ley y que la adapta a las nuevas circunstancias.

SUS MEDIOS DE ACCION Y SU INFLUENCIA

Los fariseos estudiaban la Ley, se encargaban de su enseñanza al pueblo en las escuelas, en la sinagoga o el Templo, interpretaban las Escrituras y se recurría a ellos en caso de conflicto. Eran muy populares por su estricta observancia, su piedad y nacionalismo, porque en las ocasiones en que los judíos lucharon por su nación y religión, los fariseos se alinearon con su pueblo.

SU IMPORTANCIA REAL EN LA HISTORIA DE ISRAEL

DURANTE EL PERIODO MACABEO

El origen de los fariseos parece remontarse a esta época; se identificarían con los "asidoi", los hombres piadosos, que, decididos a defender sus creencias frente al helenismo triunfante, se rebelaron contra Antíoco Epífanes. Durante dos generaciones formaron el partido que sostuvo a los Macabeos y cuando la dinastía por éstos fundada se apartó, con Alejandro, de la tendencia nacionalista, los fariseos fueron duramente perseguidos. Con el apoyo que prestaron a Hircán II frente a Aristóbulo, suscitaron la intervención romana en su favor.

DESPUES DE LA GRAN GUERRA JUDIA

El desastre nacional arrastró con él a todas las sectas y partidos, a los saduceos por colaboracionistas con el invasor, a los esenios por su alejamiento del pueblo, a los celotes por su tremendo fracaso. Sólo los fariseos, que durante la guerra apoyaron el esfuerzo celote y luego trabajaron por la pacificación, pudieron salvarse. Lograron definir la ortodoxia judía frente a los judíos helenizantes y judíos-cristianos, organizaron el patriarcado de Jerusalén y elaboraron el "Talmud" para reconstruir una religión que había perdido sus dos soportes esenciales: la nación y el Templo.

llamado Caifás, que era pontífice aquel año, les dijo: –Vosotros no entendéis nada de estas cosas ni comprendéis que precisa que muera un solo hombre por todo el pueblo y que no se pierda toda la nación...". "Desde aquel día, pues, hicieron propósito de matarle."

Decretada así la muerte de Jesús, para que por la muerte de uno –aunque fuese inocente– se salvara la nación, quedaban aún por fijar los detalles para prenderlo y ejecutarlo. La manera de dar muerte a un falso profeta está claramente prescrita por la Ley: debe ser apedreado (así murió Esteban, y en varias ocasiones los judíos trataron de apedrear a Jesús). Pero bajo el protectorado romano era dudoso que nadie pudiera de-



La flagelación de Jesucristo, relieve del siglo XV en un sepulcro de la catedral de Split, Croacia. Condenado por Pilato a ser crucificado, Jesús fue conducido a los patios de la residencia del gobernador, donde los soldados le flagelaron. De allí se lo llevaron al lugar de la ejecución.



Escenas de la pasión de Cristo en una placa de marfil del siglo IV (Museo Cívico, Brescia). De izquierda a derecha y de arriba abajo: el prendimiento en Getsemaní, la negación de Pedro, el juicio ante Anás y Caifás, y el lavatorio de manos de Pilato.

LOS MANUSCRITOS DE QUMRÂN, DESCUBRIMIENTO ARQUEOLOGICO IMPORTANTE PARA PALESTINA

Principales textos manuscritos hallados en Qumrân: "Estatutos de la Asociación", especie de regla de la secta; cinco salmos de acción de gracias; un fragmento del poema "Guerra de los hijos de la luz contra los hijos de las tinieblas"; fragmentos de un discurso contra los enemigos de la secta, así como del texto del "Levítico"; extractos de Isaías y tres fragmentos de un comentario de Habacuc.

Los historiadores parecen estar acordes en atribuir tales escritos a la "Nueva Alianza de Damasco", grupo religioso esenio sobre el cual el "Escrito de Damasco", descubierto en el Cairo en 1910, proporciona información.

Los escritos nos restituyen una parte de la literatura esenia; el estudio de tal secta se ha replanteado actualmente con fuentes y textos directos.

¿Qué relación existe entre el cristianismo y la secta de Qumrân? Una vez más se ha defendido la posibilidad de que Juan Bautista o Jesús pertenecieran a este grupo esenio. La semejanza entre la historia de Jesús, su personalidad y pasión, y la trayectoria vital del Maestro de Justicia es llamativa, así como la relación muerte del maestro-castigo de Jerusalén por los discípulos de ambos. La liturgia de Qumrân –bautismo, conmemoración del pan y del vino– anuncia la del cristianismo naciente, lo mismo que su organización con obispos y jefes de la comunidad.

Como en el caso de los esenios, el problema más importante que plantea el estudio de la secta de Qumrân es el de evaluar y fijar su influencia y extensión en el mundo religioso judío del siglo anterior al cristianismo. ¿Alcanzó difusión la doctrina de Qumrân? El hecho de que los celotes, que dirigieron en el año 66-70 la rebelión contra Roma, conocieran el manuscrito de la "Guerra de los hijos de la luz contra los hijos de las tinieblas" y lo interpretaran como un canto a su propia cruzada parece contestar afirmativamente la pregunta.

No está todavía fijada la cronología de los manuscritos y, en consecuencia, los orígenes y vicisitudes de la secta.

TEORIA DE DUPONT-SOMMER

El manuscrito "Guerra de los hijos de la luz contra los hijos de las tinieblas" se referiría a las guerras macabeas (167-135 a. de J. C.) y los demás fragmentos a conflictos religiosos de los últimos tiempos de la dinastía asmonea (106-63). El "Maestro de Justicia", principal profeta y doctor de la secta, comenzaría su ministerio hacia el 103 a. de J. C.; emprende su predicación contra los sacerdotes de Jerusalén y el ritualismo oficial, culminando su misión hacia el 65-63 con su muerte violenta. La toma de Jerusalén por Pompeyo fue para ellos un castigo divino por la muerte del maestro. Con Herodes, la secta vuelve a Judea hacia el 37 a. de J. C.; la gran guerra judía (66-70) coincidirá con la disolución del grupo, tras haber escondido sus manuscritos en grutas cercanas al mar Muerto.

TEORIA DE GEZA VERMES

Para este erudito, el grupo esenio de Qumrân sería anterior. La política de Antioco Epífanes suscitaría la aparición de asociaciones judías creadas para defender la fe tradicional. Bajo el mismo Antíoco, viviría el Maestro de Justicia, cuya muerte se sitúa hacia el pontificado de Simón Macabeo, en torno al año 150 a. de J. C. El "Escrito de Damasco" se fecharía hacia el 110-100 antes de J. C.; el comentario sobre Habacuc y, en general, los manuscritos de la secta procederían del período inmediatamente anterior a la intervención romana (65-63 antes de J. C.).

Escena de la Crucifixión interpretada por F. Gallego, en la segunda mitad del siglo XV (Museo del Prado, Madrid).

Miniatura de un evangeliario griego del siglo XI que representa a unos guerreros repartiéndose las vestiduras de Jesucristo (Biblioteca Nacional, París). Las propiedades de los condenados a muerte pasaban a poder del estado, pero sus efectos personales se los repartían los verdugos echándoselos a suerte.



Escena del Descendimiento de la Cruz en un políptico de la Pasión del siglo XV, *perteneciente a la escuela inglesa (Museo de Capodimonte, Nápoles).*



cretar una pena de muerte más que el gobernador o el procurador de Roma, que entonces lo era Poncio Pilato. Hasta el mismo Herodes el Grande se había creído obligado a pedirle la confirmación de sus sentencias en casos graves. Había, pues, que esperar que en un tumulto, provocado por los agentes del templo, el pueblo, siempre irresponsable, apedrearía a Jesús como a un falso profeta.

Y en verdad que nadie saldría en su defensa; la coalición de los sacerdotes con los fariseos debía juzgarse omnipotente. La influencia de los fariseos era enorme, precisamente porque hacían alarde de pureza y practicaban la penitencia y una rigurosa piedad. Tanto el *Talmud* de Babilonia como el de Jerusalén, obra de los sacerdotes y, por tanto, reflejo de sus enemigos, describen a los fariseos dividiéndolos en siete clases o tipos. Uno es "el siquemita", esto es, de Siquem, donde se estableció Abraham primeramente. Desde luego, este fariseo es arcaizante; admitirá sólo lo antiguo y la primitiva revelación. Otro tipo de fariseo es "el que siempre cae"; el pobre quiere obrar bien, pero tropieza, y no es culpa suya si obra mal. Otro es "el que se desangra" –materialmente se pierde por el amor de Dios, se queda exánime–, no puede hacer más que deshacerse. El cuarto es "el mortero", el que muele, pasta, tritura las palabras de la Ley. El quinto es el fariseo tan moderno "que no quiere saber más que cómo ha de salvarse él". El sexto el que es fariseo "por miedo", y el séptimo, único bueno, el que lo es por amor. Jesús ataca a los fariseos con parábolas y sermones. Los define con los tan expresivos nombres de "sepulcros blanqueados", les acusa de ser avaros y amantes del dinero, y de robar a las viudas, lo que concuerda con lo que dice Josefo de los fariseos.

En estos últimos meses de su vida en Jerusalén, Jesús predice el fin del mundo, la destrucción de la ciudad y del templo, y su venida por segunda vez para juzgar a los buenos y a los malos. Pero además se revela claramente como Hijo de Dios, el Unigénito del Padre. Sobre todo, en la última cena con sus discípulos, Jesús pronunció las divinas palabras en que se declaró Uno con el Padre: "Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí... Cualquier cosa que pidáis en mi nombre, Yo la otorgaré, a fin de que el Padre sea glorificado en

el Hijo... Si me amáis, cumplid mis mandamientos... Si uno me ama, guardará mis palabras y mi Padre le estimará, y vendremos a él, y haremos mansión en él. Así como el Padre me ha amado a mí, también yo os he amado. Perseverad en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, perseveraréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y persevero en su amor... Y éste es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado; nadie tiene mayor amor que éste: dar la vida por sus amigos... Esto os mando: que os améis los unos a los otros".

He aquí la nueva doctrina: amarse los unos a los otros, no como prójimos, no como judíos, ni aun como hombres; no como compañeros de nuestro viaje terrenal, sino como Jesús ha amado a sus discípulos, que es como el Padre le amó a Él, con suprema plenitud e infinito amor. Jesús, en este sermón, dice ser Él la vid verdadera y sus discípulos los sarmientos; éstos pueden dar



Un fresco romano de los tiempos de Jesucristo, hallado cerca de villa Farnesina, en Roma, en que aparece una mujer trasvasando perfumes de un frasco a otro (Museo Nacional, Roma). Aceites y perfumes eran usados no sólo para arreglo de las mujeres, sino para embalsamar a los muertos. Por eso esta figura recuerda a María Magdalena, que ungió el cuerpo de Jesús antes de ser enterrado.

fruto unidos a Él, pero arrancados de la vid, que es Jesús, no producirán nada.

Jesús en esta última cena estableció el sacramento de la Eucaristía, centro del culto cristiano. San Pablo, más tarde, recordaba sus palabras. He aquí las de San Pablo en su primera epístola a los corintios: "Como yo lo he aprendido del Señor, así os lo he enseñado a vosotros: que el Señor Jesús, la misma noche que iba a ser entregado, tomó pan, y cuando hubo dado gracias, lo partió y dijo: –Tomad, comed, éste es mi cuerpo, que por vosotros es partido; haced esto en memoria mía.– Y de la misma manera, tomó la copa, después de haber cenado, diciendo: –Esta copa es el Nuevo Testamento en mi sangre; haced esto, cuantas veces la bebiereis, en memoria mía". Ésta era la última etapa de la revelación de Jesús, y así dice en su oración al Padre: "Yo te glorifiqué sobre



El monte Tabor, al norte de Israel, en donde quiere la tradición que, tras una noche de oración, Jesús se transformara delante de algunos de los apóstoles.

la tierra, la obra acabé que me encomendastes que hiciese". Hecha aquella última recomendación, Jesús, acompañado de algunos discípulos, marchó al Monte de los Olivos, seguro de que allí irían a buscarle los que querían su muerte. Ésta fue decretada por el Senado de los sacerdotes y perpetrada con la complicidad del gobernador romano. Éste, cínico, para excusar su complicidad al tolerar el suplicio romano de la crucifixión, hizo colocar sobre el madero una inscripción declarando que Jesús de Nazaret se había erigido rey de los judíos.

Pero terminemos aquí este relato; creemos profanación, casi sacrilegio, describir en estilo que necesariamente ha de ser superficial y frío la Pasión, Muerte y Resurrección del Redentor del mundo. Los evangelios sinópticos (que son los de Mateo, Marcos y Lucas) describen la Pasión como la vieron o la oyeron contar de otros que estaban presentes.

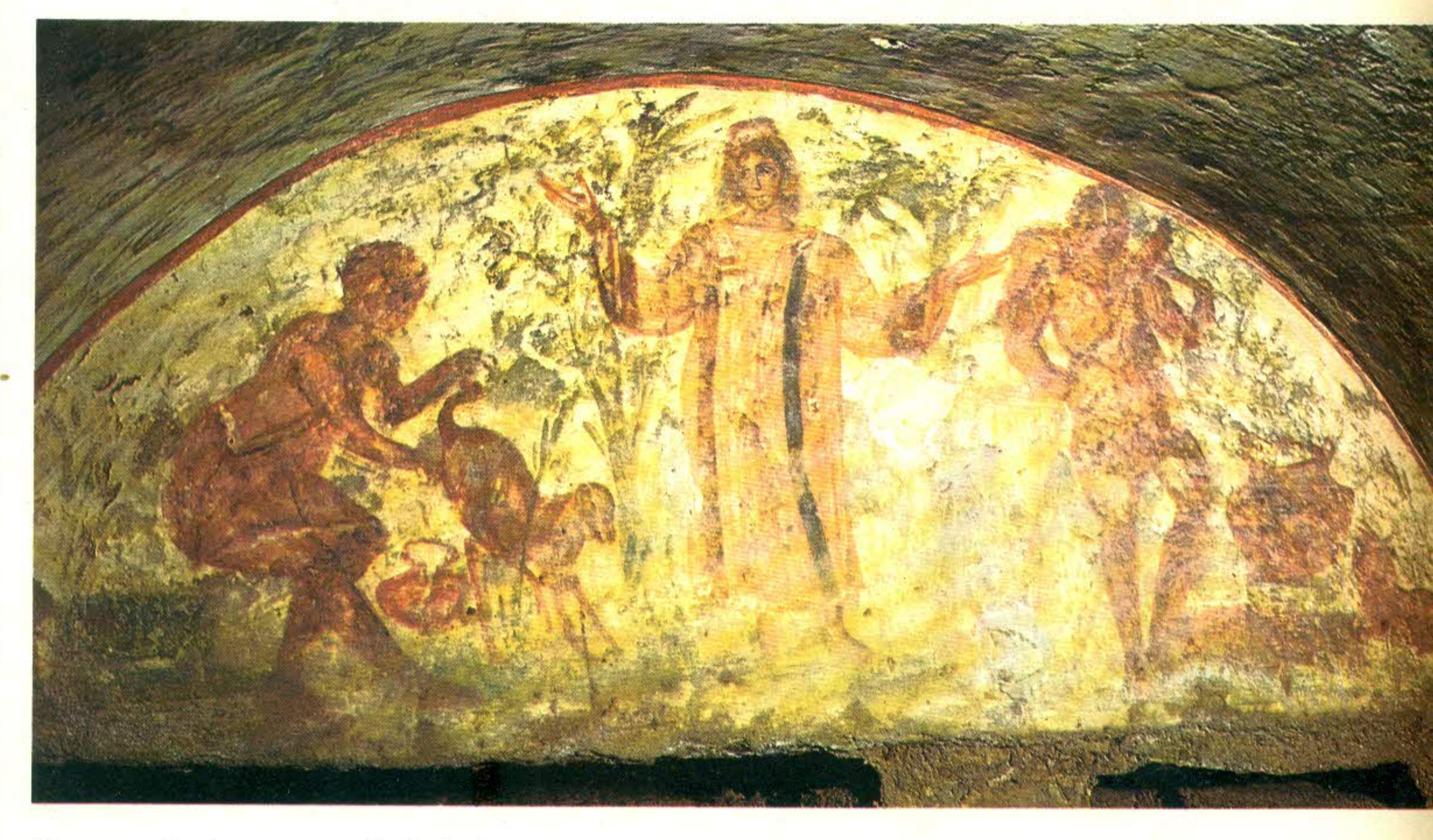
Los lugares donde Jesús sufrió su pasión y su muerte se han identificado en los sitios señalados por la tradición. Todavía se reconoce la Vía Dolorosa en la calle Recta que va de puerta a puerta. El Pretorio, donde Pilato dictó su sentencia, es también lugar bien conocido. La colina del Calvario, Gólgota o Calavero, no hay duda de que estaba fuera de las murallas. Más incierto, o casi imposible de identificar, es el lugar del sepulcro, hoy el Santo Sepulcro. Los judíos no tenían la costumbre de enterrar sus muertos dentro de las ciudades. Pero en los alrededores de Jerusalén existe gran número de sepulcros excavados en la roca y, aun vacíos, indican aproximadamente cómo pudo ser el que sirvió a José de Arimatea para depositar el sagrado cuerpo de Jesucristo.

BIBLIOGRAFIA

Alonso Díaz y Sánchez Ferreiro	*Evangelio y evangelistas,* Madrid, 1966.
Barth, Bultmann y otros	*Antología de teólogos contemporáneos,* Barcelona, 1969.
Dibelius, M.	*Jesus,* Berlín, 1960 (reedición).
Grandmaison, L. de	*Jésus Christ. Sa personne, son message, ses preuves,* París, 1929.
Léon-Dufour, X.	*Los evangelios y la historia de Jesús,* Barcelona, 1966.
Potterie, I. de la	*De Jésus aux Evangiles,* Gembloux-París, 1967.
Robert, A., y Feuillet, A.	*Introducción a la Biblia,* tomo II, Barcelona, 1966.
La Sagrada Escritura	*comentada por profesores de la Compañía de Jesús,* Madrid, 1962.
Scheifler, J. R.	*Así nacieron los Evangelios,* Bilbao, 1967.
Schnackenburg, R.	*El testimonio moral del Nuevo Testamento,* Madrid, 1965.
Surgy, E. de; Grelot, P., y otros	*La Resurrection du Christ et la exégèse moderne,* París, 1969.
Trilling, W.	*Jésus devant l'histoire,* París, 1968.
Wikenhauser, A.	*Introducción al Nuevo Testamento,* Barcelona, 1960.



Aparición de Jesús a los apóstoles en un evangeliario griego del siglo XI (Biblioteca Nacional, París). Éste fue el punto de partida de la predicación evangélica.



Representación de un orante rodeado de dos escenas pastoriles en el "cimitero maggiore" de Roma.

Predicación del cristianismo. Persecuciones

He aquí la narración sucinta de la vida que llevaban los discípulos de Jesús, tal como se halla en los *Hechos de los Apóstoles:* "Perseveraban en la doctrina de los apóstoles y en la comunión, y en la fracción del pan y en las oraciones. –Y toda persona tenía temor, y muchas maravillas y muchas señales eran hechas en Jerusalén por los apóstoles. –Y todos los que creían, estaban unidos y tenían todas las cosas comunes. –Y vendían las posesiones y las haciendas y repartíanlas a todos, según cada uno había menester. –Y perseveraban unánimes cada día en el Templo, y partiendo el pan por las casas, comían con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios y siendo bien vistos de todo el pueblo".

A cualquiera que, por las apariencias externas, juzgara de la vida de los discípulos de Jesús, podía parecerle que estos sólo constituían una agrupación de judíos piadosos o, a lo más, una institución cenobítica semejante a las de los esenios. Nada habría en ellos que repugnase a los judíos. Con todo, pronto estalló el primer conflicto con la Sinagoga. Los discípulos no podían recibir mejor trato que el Maestro.

Después de la Pasión del Señor, sus discípulos se prepararon para la venida del Paráclito o Espíritu Santo, según Él les había prometido, perseverando en la oración unánimemente. En cuanto a la comunidad, proveyeron tan sólo en que fuese completado el número de los doce apóstoles con la elección de Matías, que había andado siempre en compañía de ellos durante la vida de Jesús, a fin de que –son palabras de Pedro– fuese hecho testigo con ellos de su resurrección. En el día de Pentecostés, adelantándose

EL CRISTIANISMO HASTA EL ACCESO DE DIOCLECIANO AL IMPERIO

14	Muerte de Augusto.
27-29	Pilato, procurador de Judea. Predicación de Juan Bautista.
H. 30	Muerte y resurrección de Cristo.
36	Poncio Pilato abandona Judea.
36-37	Martirio de Esteban.
37	Muerte de Tiberio; Calígula, emperador.
H. 38	Conversión de Pablo.
43-44	Martirio de Santiago, hermano de Juan.
49	Concilio de Jerusalén.
50	Los judíos, expulsados de Roma.
51-52	Pablo en Corinto.
54	Muerte de Claudio; Nerón, emperador.
58	Arresto de Pablo en Jerusalén.
62	Lapidación de Santiago, el "hermano del Señor".
64	Incendio de Roma: primera persecución.
66	Rebelión de Judea.
68	Suicidio de Nerón.
69	Vespasiano, emperador.
70	Toma de Jerusalén por Tito, hijo del emperador.
81	Imperio de Domiciano.
H. 95	Carta de Clemente de Roma a los corintios.
98	Muerte de Domiciano; Nerva, emperador.
H. 100	Muerte de Juan Evangelista.
111	Plinio el Joven, legado de Bitinia.
117	Muerte de Trajano en Oriente; Adriano, emperador.
132	Rebelión de los judíos.
155	Los judíos se rebelan.
161	Marco Aurelio, emperador.
161-169	Martirio de Policarpo de Esmirna.
163-167	Martirio de Justino en Roma.
H. 170	Aparición del montanismo en Asia Menor.
175-177	Mártires de Lyon; Ireneo, obispo de Lyon.
179	Abgar IX, rey de Osroene (Edesa), primer soberano cristiano (?).
180	Muerte de Marco Aurelio.
185	Nacimiento de Orígenes.
189-190	Disputa pascual bajo el pontificado de Víctor.
193	Clemente enseña en Alejandría. Fin de la dinastía de los Antoninos: Septimio Severo, emperador.
197	Tertuliano: *Apologeticum.* Edicto de Severo prohibiendo el proselitismo judío y cristiano.
203	Hipólito: *Comentario sobre Daniel.*
207	Tertuliano bajo la influencia dominante del montanismo.
217-222	Calixto, papa. Reforma de la penitencia. Condenación de Sabelio. Cisma de Hipólito.
218	Heliogábalo, emperador, se relaciona con el ambiente de las religiones orientales.
222	Alejandro Severo, emperador, toma contacto con un ambiente influido por el cristianismo.
226	Los sasánidas sustituyen a los partos en la dirección del imperio iranio e impulsan una fuerte reacción nacional frente a ciertas influencias occidentales.
231	Orígenes, ordenado sacerdote.
235	Asesinato de Alejandro Severo; Maximino, emperador. El papa Ponciano y el antipapa Hipólito, deportados a Cerdeña.
241	Sapor I, rey de los persas.
242	Comienza la predicación de Mani.
244	Plotino en Roma.
247-248	Dionisio, obispo de Alejandría.
249	Cipriano, obispo de Cartago.
249-250	Edicto de persecución de Decio. Martirio del papa Fabián. Invasión de los godos.
251	Cornelio, papa. Sínodo de Roma contra el cisma de Novaciano.
252	Muerte de Orígenes.
256	Los persas toman Antioquía. Sínodo de Cartago.
257-258	Persecución. Martirio del papa Sixto II, del diácono Lorenzo, de Cipriano de Cartago.
259	El emperador Valeriano cae en poder de Sapor.
260	Galieno, único emperador. Sínodo de Roma. Edicto de tolerancia de Galieno.
264-265	Los godos en Éfeso y Grecia. Muerte de Dionisio de Alejandría.
268	Claudio II, emperador, detiene a los godos. Sínodo de Antioquía. Condenación de Pablo de Samosata.
269	Muerte de Plotino.
272	Aureliano toma Palmira.
276-277	Invasiones bárbaras.
280	Conversión de Tirídates, rey de Armenia.
284	Diocleciano, emperador.

Pedro con los once a la gran multitud que se había congregado a causa del prodigio, les evangelizó a Jesucristo resucitado; en aquel sermón hállase el arquetipo de la predicación apostólica a los judíos.

Pocos días después San Pedro y San Juan curaron en nombre de Jesús a un cojo de nacimiento que pedía limosna en la puerta del templo, y mientras estaban predicando en el pórtico de Salomón, los sacerdotes, los custodios del templo y los saduceos, irritados al escuchar como aquéllos enseñaban al pueblo, cayeron sobre los dos apóstoles y los prendieron. San Pedro, delante del sanedrín, habló de "Jesús de Nazaret, el que vosotros crucificasteis", con una constancia que sorprendió a los acusadores. Los *Hechos* añaden que los judíos advirtieron que los apóstoles eran "hombres sin letras e ignorantes", pero que daban pruebas "de haber estado con Jesús". Así ya no es de extrañar que el pequeño grupo de Jerusalén creciese rápidamente, pero tampoco que arreciasen las persecuciones. El primer mártir, San Esteban, fue acusado de blasfemo contra Moisés y contra Dios, que para los judíos quería decir la Ley y el Templo. La defensa de San Esteban es un sumario de la historia del pueblo judío, con objeto de probar que la venida de Jesús entraba desde el principio en los planes de Dios y que el mismo Jesús era Hijo de Dios. Esteban recordó, a propósito de Jesús, el versículo del salmo 102, que dice que los cielos son obra de sus manos. Y, naturalmente, al llegar aquí, de acuerdo con la Ley, San Esteban fue condenado a morir apedreado.

El martirio de Esteban confirmó a la Iglesia naciente, y con ímpetu único en la historia de la Humanidad los apóstoles y

Escultura del apóstol San Pedro, del siglo XV, en el pórtico de la catedral de Šibenik, Dalmacia. Pedro creyó siempre en la posibilidad de ser fiel, a un mismo tiempo, a la fe cristiana y a la ley judía. Por eso se opuso a Pablo en el trato con los judeocristianos, temiendo que volvieran al judaísmo.



sus discípulos se lanzaron a la predicación. Por lo pronto, San Felipe se encaminó a la aborrecida Samaria, y otros irían más allá de las fronteras de Judea, porque San Pedro y San Pablo encontraron ya conversos y comunidades en Jaffa, Damasco y Antioquía pocos años después. Los judíos bien podían haber recordado el consejo prudente del rabino Gamaliel: "Si este designio es obra humana, se desbaratará por sí misma; pero si es de Dios no la podréis desbaratar, sería combatir contra Dios". En efecto, en el decurso de pocos años, el mundo atónito vio realidad palpable la misión dada por Jesús a los apóstoles: "Id y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todas las cosas que os he mandado".

Algunas de las primeras comunidades debían de tener un carácter mixto judío-cristiano; las enseñanzas que les habían llegado de Jesús eran muy vagas, pero, pese a ello, las Iglesias o asambleas se organizaron con sorprendente uniformidad. Éste es uno de los hechos más extraordinarios de la historia del espíritu humano: que sin una dirección central en Jerusalén, sin un dogma bien definido, el culto se practicara del mismo modo en los lugares más apartados. Sería uno de los efectos del Espíritu Santo. Movidos por un mismo impulso, los fieles se reunían a lo menos una vez por semana, los sábados por la noche. Algunas de estas comunidades continuarían reuniéndose en viejas sinagogas, donde los conversos estaban en mayoría, pero muchas veces el culto se celebraba en una casa particular, en una sala o en un desván, como en Troas, y hasta en un sitio o paraje al aire libre, como en Filipos. El culto consistía en espontáneas plegarias e himnos que se cantaban en común. Cuando alguno de los reunidos tenía el don de la profecía o del ministerio sacerdotal, predicaba un breve sermón antes de la cena. Cada uno de los miembros de la asamblea llevaba su refacción, más o menos abundante según sus medios propios, pero luego de

Escena del banquete eucarístico, de fines del siglo II, en las catacumbas de Priscila, Roma. La "fracción del pan" empezaron a realizarla los discípulos de Jesús en sus reuniones después del día de Pentecostés.



El emperador Nerón (Museo de las Termas, Roma), que, al echar las culpas del incendio de Roma, por él provocado, sobre la reciente comunidad cristiana de la ciudad, hizo la primera publicidad de los cristianos, que, precisamente por ser sangrienta, se hizo incontenible para el Imperio.

reunidos estos manjares, se distribuían entre todos, sin distinción de clase ni edad. Finalmente, llegaba el momento sacramental de partir el pan y beber del cáliz, que al efecto pasaba de uno a otro, según lo había enseñado Jesús. "Tomad y comed; éste es mi cuerpo, que por vosotros es partido; haced esto en memoria mía... Esta copa es el Nuevo Testamento en mi sangre; haced esto, cuantas veces la bebiereis, en memoria mía." A lo que no deja de añadir San Pablo que "todas las veces que comiereis este pan y bebiereis de esta copa, anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga". Esto es, que con tales palabras no sólo se conmemoraba su muerte y pasión, sino que se renovaba la esperanza de su segunda venida.

Sin embargo, impresiona ver como en estos tiempos ocupa poco lugar en la preocupación general la inminencia de la *Parusía,* o segunda venida de Jesús; estamos lejos de la carta de San Pablo a los tesalonicenses, en que el Apóstol de los Gentiles resuelve sus dudas sobre la próxima venida del Señor y se esfuerza por disipar sus temores y devolverles la tranquilidad. Una fuerza enorme de expansión y de juventud lleva por doquier a los apóstoles para crear nuevas cristiandades. Son frecuentes en la edad apostólica los dones extraordinarios:

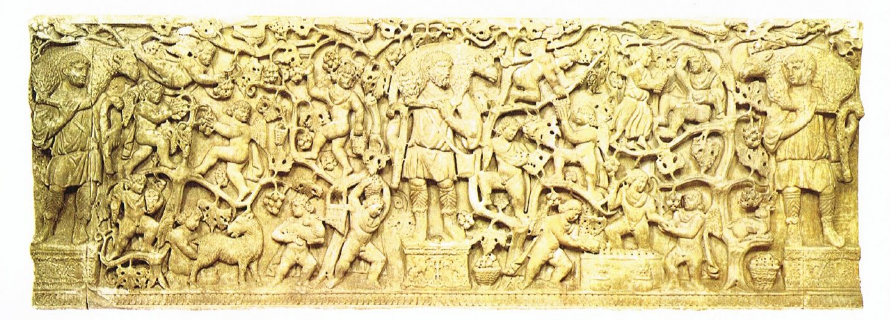
el don de profecía, el don de hablar lenguas extrañas, el de hacer milagros. A poco tiempo de predicar en Jerusalén, la muchedumbre de conversos fue aumentando en tal forma que obligó a los apóstoles a nombrar diáconos coadjutores para que cuidaran de la administración de las limosnas y, sobre todo, para que les ayudaran a predicar y bautizar a los nuevos creyentes.

Por otro lado, la predicación a los gentiles y a los conversos del judaísmo obligó a que se abandonaran poco a poco ciertas prácticas tradicionales, que arrancaban de una interpretación meticulosa de la Ley. Las tres cosas que parecían repugnar más a los gentiles eran la circuncisión, la prohibición de manjares impuros y el sábado. La circuncisión, sobre todo, enfurecía a los grecorromanos; el emperador Adriano ordenó castigar esta práctica como una mutilación del cuerpo. Es uno de los méritos de San Pablo el haber acabado con la pesadilla de la circuncisión, y sus cartas y los *Hechos* ponen de relieve que encontró seria oposición entre los discípulos de Jesús que permanecían en Jerusalén. Pero como ocurre siempre entre los justos, hasta aquellos que resultaron vencidos, que en este caso fueron los partidarios de la circuncisión, en lugar de enfurecerse y protestar, encontraron la consolación interior encerrándose en un ideal de pureza. La resolución de los apóstoles en el concilio de Jerusalén prueba esta concordia de voluntades. El jefe de los judíos cristianos parece haber sido el apóstol San Jaime el Menor, pariente de Jesús. He aquí la descripción que hace de él Hegesipo: "Jaime, llamado el Justo, era santo desde antes de nacer. Nunca bebió vino ni comió carne. Nunca se cortó el cabello ni se ungió con aceite, ni se bañó con agua caliente. Él podía interceder con Dios (entrar en el *Sancta Sanctorum);* nunca llevó vestidos de lana, sino ropas de lino. Iba solo al Templo, para rogar por el perdón de su pueblo, y sus rodillas se habían endurecido como las de un camello de tanto arrodillarse. Por causa de su piedad fue llamado el Justo y *Oblías,* que quiere decir *el Guardián..."*

Así, pues, no es de extrañar que mientras San Pablo y San Pedro iban haciendo concesiones a las gentes no judaicas que atraían a la nueva fe, San Jaime, viviendo en un ambiente israelita en que era muy otro el problema, tuviera dificultades al principio para admitir el criterio universalista, y hasta que pudiesen parecerle exageradas las palabras de San Pablo, en especial cuando decía que "todas las cosas a la verdad son limpias"



Imagen del Buen Pastor, del siglo VI (Museo Arqueológico, Constantinopla). Esta figura, ya existente en la antigüedad pagana como símbolo funerario, tomó consistencia en el cristianismo como imagen de Jesucristo, que había dicho: "Yo soy el buen pastor".



Sarcófago cristiano del siglo IV con representación de tres imágenes del Buen Pastor en medio de una animada escena de vendimia (Museo Pío Clementino, Vaticano).

EL LIBRO DE LOS "HECHOS DE LOS APOSTOLES": ¿PRIMERA HISTORIA DE LA IGLESIA?

Tradicionalmente, al escribir la historia de la Iglesia se estudia en capítulo aparte la vida de Jesús y luego, tras los acontecimientos de Pentecostés, comienza el estudio de la Iglesia fundada por Jesucristo. En realidad, se proyecta un esquema lógico, pero sin tener en cuenta las diferencias existentes con nuestros actuales métodos de transmisión histórica. En comentarios anteriores señalamos que, a diferencia de los tiempos actuales en que la historia puede registrarse de inmediato, los Evangelios presentan a Jesús a través de unas experiencias y unos acontecimientos propios y exclusivos de la primitiva Iglesia. Y que, por tanto, es fácil comprender que en esos documentos podamos encontrar datos para describir la vida de Jesús, lo mismo que descubrir de alguna manera cuál sería la vida, necesidades o preocupaciones de la comunidad donde tuvieron origen esas narraciones. A pesar de todo, en esa interrelación de Jesús y comunidad creyente apenas nos es posible alcanzar un desarrollo histórico de cómo sería su vida, al menos en el sentido a que actualmente estamos acostumbrados. En ocasiones se trata aparentemente de una narración sobre Jesucristo, pero refleja más bien una situación concreta de la comunidad que la transmite.

Hay un libro, sin embargo, que tradicionalmente es considerado como la primera historia eclesiástica: el libro de los *Hechos de los Apóstoles.* Pero este libro no está libre de los problemas generales de toda literatura bíblica ni de las circunstancias especiales en que aparecieron los Evangelios. No es difícil descubrir en él, después de un científico estudio crítico-literario, como junto a su afán histórico andan las necesidades de tipo teológico y apologético, que indudablemente pueden condicionar el sentido de la lectura e interpretación de su contenido. Es un hecho común a todos estos escritos que responden a unos objetivos muy concretos, que además influyen en la concepción y redacción de la obra.

El libro de los *Hechos* no tiene por qué haber escapado a esa circunstancia. En efecto, en éste aparece la Iglesia en sus primeros momentos, pero no es directamente de él de donde pueden deducirse datos suficientes que sitúen a la Iglesia primitiva. Antes de ello es necesario alcanzar el medio ambiente y las circunstancias en que se escribió la obra, para lo que es indudable que también sirve indirectamente el mismo libro. Éste posee unas expresas intenciones apologéticas que le preocupan más que exponer la historia de la primera Iglesia y que explican el carácter incompleto de la obra y las lagunas existentes, lo mismo que el desconocimiento de las Epístolas de San Pablo, frente a las que se observa una clara idealización, o la falta de representación que hay de las comunidades de Alejandría o del Oriente.

El programa del autor es fundamentar la existencia de la comunidad primitiva sobre unos "testigos" y unos "testimonios", elaborando teológica y apologéticamente el desarrollo de la Iglesia hacia la gentilidad, apartándose del judaísmo y respondiendo así a lo anunciado por Jesús. Los cristianos fueron considerados durante muchos años como una "secta" judía. San Pablo, ante el procurador Félix, tras el alegato de Tértulo que acusaba a Pablo como "jefe de la secta de los nazareos", confiesa que sirve al Dios de sus padres "con plena fe en todas las cosas escritas por la Ley y los Profetas, según el camino que ellos llaman secta...".

Probablemente, en un principio los discípulos de Jesús se separaron menos del judaísmo que los mismos esenios. Como ellos, o como los fariseos, los saduceos o los celotes, se consideraban como el "verdadero Israel". Mantenían, como miembros del pueblo israelita, las prácticas de la religión judía, observaban la Ley y los usos de los sacrificios judíos, pagaban el tributo al templo, se sometían a la jurisprudencia sinagogal, incluso se reunían en el mismo templo, y, a pesar de la consumación dada por su maestro a la Ley de Moisés, seguían fundamentalmente el Antiguo Testamento. Sin embargo, poco a poco se hicieron manifiestas formas propias llenas de extraordinaria capacidad evolutiva: el bautismo como rito de iniciación y sin tener que precederle la circuncisión; el estilo de oración en común en las casas particulares, que, a pesar de haber recibido influencias del culto sinagogal, se hizo independiente al ser excluidos los discípulos de la sinagoga; las comidas de carácter escatológico que tenían en comunidad, en las que se recordaba y esperaba al Señor; la forma de dirección y gobierno de la comunidad y el sentido de su convivencia en el amor. Todo ello aceleró, finalmente, el "proceso de desprendimiento" de la Iglesia naciente frente al judaísmo oficial.

Aunque el proceso de evangelización cristiana comenzó por los helenistas judeocristianos huidos de Jerusalén a causa de la persecución, los esfuerzos de Bernabé y Pablo —reconocidos por la comunidad primitiva en el "Concilio de Jerusalén"— dieron lugar a una cristiandad en la gentilidad sin necesidad de someterse a la circuncisión ni a la ley mosaica.

Este proceso de separación se consumó con la destrucción de Jerusalén. Los cristianos, que seguirían la actitud abstencionista iniciada por su maestro respecto de la potencia ocupante, no tomaron parte en el levantamiento contra los romanos. Fueron perseguidos como traidores, teniendo que huir a la Jordania oriental y propagando su fe por la zona fronteriza sirio-árabe. La Iglesia de Jerusalén dejó de imponerse como Iglesia madre, dirigiéndose ya hacia los paganos exclusivamente y dando lugar a una Iglesia pagano-cristiana que llegaría a tener su centro en Roma, capital del Imperio. La rivalidad entre judíos y cristianos fue creciendo y, tras abandonar su propia versión griega de los Setenta y repudiar el método alegórico de Filón, los judíos expulsaron a los cristianos de su comunidad nacional, e incluso en la principal oración rabínica se llegó a incluir la maldición de los "herejes y nazareos".

En este contexto es necesario valorar el sentido histórico del libro de los *Hechos de los Apóstoles,* que, en realidad, se centra principalmente en los hechos de tres personajes importantes para el programa del autor: exponer el "progreso del Evangelio" según el plan expresado en las palabras que el autor pone en boca de Jesús: "Seréis mis testigos en Jerusalén y en toda Judea, y Samaria, y hasta los extremos de la tierra".

Efectivamente, los primeros capítulos tratan de la fase de Jerusalén y, en torno a la persona de Esteban, se va iniciando el intento de desplazar el cristianismo hacia los judíos de habla griega y hacia los prosélitos. Luego viene la extensión por Samaria, en torno a Felipe. En los capítulos restantes, tras la descripción de la primera extensión a los gentiles, se llega a la admisión en gran escala de los gentiles en la Iglesia, que posteriormente, personalizada en Pablo, continuará por Macedonia, Acaya y todo el mundo grecorromano hasta Roma, la capital.

Así, el autor demuestra que no era una religión hostil al Imperio romano y sí una religión lícita, al paso que tampoco quería ser una secta en oposición al judaísmo. Sin duda, si el libro aparece por el año 80, a diez años de la destrucción de Jerusalén, era necesario ese tipo de apologética. Y frente a la idea de que los judíos sí que se oponían al cristianismo, el autor construye el discurso de Esteban, con el que demuestra que los judíos ya habían procedido de manera similar otras veces al oponerse a los mensajeros divinos y que, lo mismo que rechazaron a Moisés, rechazaban también al sucesor de Moisés, Jesús, siendo así los verdaderamente opuestos al judaísmo los que se tenían por judíos, no los cristianos.

Es curioso señalar como el autor en los discursos que tienen lugar en Jerusalén utiliza la versión de los Setenta, actualizando lo primitivo para el mundo helenístico, donde el cristianismo estaba en franca expansión y a la que el autor pretende contribuir con su libro.

De esta manera, en una magistral combinación de teología, apologética e historia, aparece el libro de los *Hechos,* que, naturalmente, el historiador moderno habrá de utilizar con cautela, supuesto su gran valor para describir los orígenes de la comunidad apostólica.

J. M.ª P.



"San Pedro distribuyendo a los fieles los bienes de la comunidad", por Masaccio (Iglesia del Carmen, Florencia). El espíritu de la antigua cristiandad era que cada uno ofreciera para el bien de todos parte de sus ganancias. Engañar a la comunidad en esto era un pecado muy castigado por Dios.

o que "el hombre no será justificado por las obras de la Ley" y, por fin, que "no hay judío ni griego, no hay siervo ni libre, no hay varón ni hembra, porque todos sois uno en Cristo-Jesús". La epístola única que tenemos de San Jaime forma un gran contraste con las de San Pablo; podría tomarse como un texto judaico si no fuese porque menciona a Jesús como el Señor; pero, en cambio, continúa llamando sinagogas a las comunidades cristianas.

Y, con todo, hasta este apóstol judaizante fue martirizado por los judíos. He aquí la descripción de su martirio, como la copió Eusebio en su *Historia de la Iglesia:* "Habiendo llevado los escribas y fariseos a Jaime hasta un pináculo del Templo, le preguntaron, gritando: –Dinos tú, oh Justo, en el que todos tienen confianza; decláranos si Jesús es el camino, la verdad y la vida. –¿Por qué me pedís acerca del Hijo del hombre? Él está sentado en los cielos, a la diestra del Gran Poder, y pronto vendrá sobre las nubes.– Y cuando oyeron esto, algunos dijeron: –¡Hosanna al Hijo de David!...– Pero los escribas y fariseos arrojaron al santo varón de lo alto de la muralla, gritando uno a otro: –¡Vamos a apedrear a Jaime el Justo!– Y empezaron a lapidarlo, porque no había muerto de la caída...". Eusebio expone que el golpe mortal se lo dio un tonelero con una estaca.



La muerte violenta del más cercano pariente del Señor causaría gran impresión en las comunidades cristianas. Algunos judíos cultos, como Josefo, atribuyeron los males que cayeron sobre los judíos a castigo de Dios por el crimen de la muerte de Jaime el Justo. Por otro lado, los mandatarios del templo estaban de tal modo agobiados por los insolubles problemas nacionales, que no es extraño que se enfurecieran contra "una secta" que esperaba la salvación de las doctrinas de "un profeta" galileo que habían ellos crucificado pocos años antes. La nación judía estaba agonizando. No sólo era la opresión de los romanos, sino pestes y hambres también, que parecían castigo del cielo. En varias ocasiones, la desesperación llevó a los judíos a rebelarse y Jerusalén fue sitiada y destruida dos veces por las legiones de Tito y de Adriano. Este último mandó edificar, sobre las propias ruinas del templo de Jehová, un nuevo templo a Júpiter Capitolino. Y entonces el pueblo judío abandonó la Palestina, dispersándose sobre la faz de la tierra, hecho que se conoce universalmente con el nombre de *Diáspora* o dispersión.

Esta dispersión, iniciada en siglos anteriores, facilitó la predicación del cristianismo. En cualquier lugar del Oriente adonde llegaran los apóstoles, tenían casi la seguridad de hallar un grupo de judíos. A ellos predicaban primeramente, y por lo regular se producía una escisión: algunos aceptaban a Jesús por el Mesías y se bautizaban. Para muchos, el bautismo era el sacramento de la iniciación cristiana y producía efectos carismáticos, esto es, don de lenguas, profecía, etc. No es, pues, de extrañar que los conversos se mostraran llenos de celo por los beneficios espirituales que percibían en su alma, y tampoco es maravilla que los que permanecían adictos a la sinagoga fueran los peores enemigos de los cristianos. Las actas de los mártires muy a menudo nos enteran de que los judíos delataban a los conversos a las autoridades romanas. Ser tachado de judaísmo pronto pareció una

El apóstol San Pablo, escultura del siglo XV del pórtico norte de la catedral de Šibenik, Dalmacia. A pesar del balance positivo de la predicación de Pablo, éste encontró pronta hostilidad de parte de los judeocristianos porque, intentando hacer comprensible el evangelio a los paganos, pretendía librar al cristianismo de sus ataduras judías.

herejía. Para Ignacio, el santo mártir de Antioquía, guardar el sábado era casi apostatar. Marción llegó al extremo de blasfemar del Dios del Sinaí, diciendo que la justicia de la Ley no sólo era imperfecta, sino opuesta a las enseñanzas de Jesús.

Claro está que la Iglesia condenó a los secuaces de Marción, porque si el Dios del Antiguo Testamento no era el verdadero Dios, tampoco se podía dar fe a las profecías. Pero la posición antijudaica de un santo ortodoxo, como Ignacio, y un hereje, como Marción, prueban que el abismo abierto entre la Iglesia y la Sinagoga era definitivo ya al empezar el siglo II.

Pronto el cristianismo se extendió también a las provincias occidentales del Imperio. En la epístola de San Pablo a los romanos, el apóstol envía saludos a los cristianos establecidos en Roma. Algunos se reunirían con sus hermanos en sus propias casas; así a lo menos parecen indicarlo las palabras del apóstol cuando habla de "los hermanos que están con ellos". La mayoría de los nombres de estos primeros cristianos de Roma son griegos; algunos serían libertos y esclavos de Narciso, el valido de Nerón, y probablemente se reunirían en una escondida dependencia del Palatino. Otro, llamado Hermas, acaso sea el mismo que después escribió *El Pastor,* tratadito delicioso que llegó a leerse con las epístolas canónicas. Otro, Lino, es seguramente el que encabeza el catálogo de los obispos de Roma después de San Pedro.

Es más, en el propio reinado de Nerón un incendio destruyó parte de Roma y de él se acusó a los cristianos. Fue el año 64; esto prueba que, poco más de treinta años después de la muerte del Señor, ya había bastantes cristianos en Roma para poder imputarles semejante crimen. Los informes que de él tenemos arrancan nada menos que de los *Anales* de Tácito. En ellos hay un párrafo que dice así:

"Todos los esfuerzos y munificencia del emperador fueron insuficientes para desvanecer el rumor siniestro de que él había ordenado el incendio. Para disipar esta creencia y culpar a otros, martirizándolos, Nerón acusó a los cristianos, que el pueblo odiaba por sus abominaciones. El Cristo, del que ellos tomaban el nombre, había sido ejecutado durante el reinado de Tiberio, bajo la procuradoría de Poncio Pilato. Esta maligna superstición, reprimida por algún tiempo, se reavivó de nuevo, y no sólo en la Judea, donde se originó el mal, sino hasta en Roma, donde encuentra refugio todo lo que es malsano y corrompido. En consecuencia, algunos cristianos, conducidos ante el tribunal, fueron convictos, no tanto de



La predicación de San Pablo en Éfeso chocó con las costumbres de sus habitantes, que adoraban a Diana, diosa asiática de la fertilidad, en un templo al que acudían peregrinos de todas partes. La pieza del siglo II aquí reproducida representa a la diosa (Museo Arqueológico de Selçuk, Éfeso).



haber causado el incendio como de detestar a la Humanidad. Envueltos en pieles de animales fueron despedazados por los perros, crucificados o quemados vivos, y algunos sirvieron de antorchas encendidas durante la noche. Nerón ofreció sus jardines para este espectáculo, y hubo carreras de carros, en las que el emperador se mezcló con la gente vestido de auriga. Y he aquí que estos criminales, que merecían castigos ejemplares, despertaron un sentimiento de compasión, porque pareció que no eran sacrificados por el bien común, sino para satisfacer la crueldad del tirano".

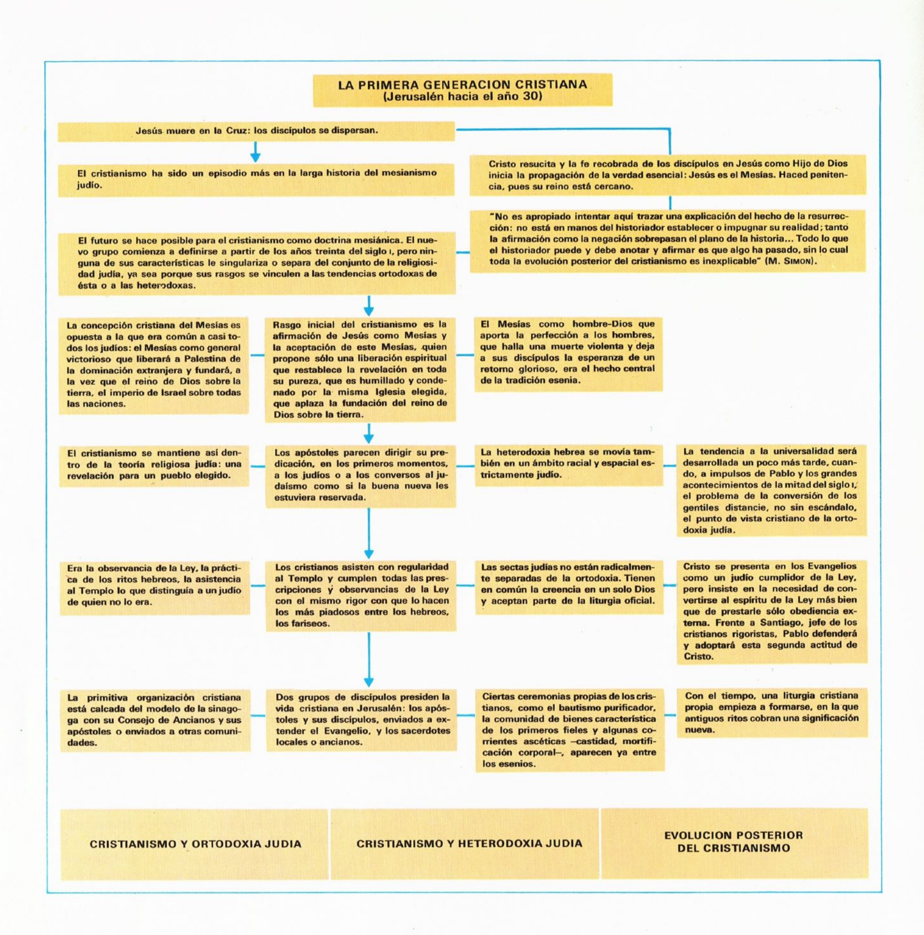
Este párrafo se encuentra en los dos manuscritos más antiguos de Tácito, uno del siglo IX y otro del XI, y no cabe creer que en aquella época se hiciera una tan magistral falsificación del estilo del gran historiador romano. Debemos considerarlo, pues, como el documento más antiguo en que se refleja el disgusto con que era visto el cristianismo entre las gentes de educación clásica. Tácito, evidentemente, no acepta la suposición de que el incendio de Roma fuese obra de los cristianos; lo único que sería dable imaginar es que algunos de ellos, que con sencillez de corazón esperaban ver la tierra envuelta "en sangre y fuego y vapor de humo", tomasen tal desastre como el principio del fin. Todavía hoy algunas sectas protestantes esperan el cataclismo preliminar de la segunda venida de Jesucristo de un momento a otro. Se llaman a sí mismos "los santos de los últimos días".

Según el historiador romano, los cristianos eran odiados por el pueblo porque su fe era una maligna superstición y merecían castigos ejemplares. En cambio, la admiración que produciría "la constancia", o fe de los mártires, se refleja también en el párrafo transcrito. No es extraño, pues, que si en un pagano los mártires despertaron compasión, los fieles sintiesen verdadero culto por ellos. En esta primera persecución de Nerón sufrieron martirio en Roma San Pedro y San Pablo, y la tradición revela allí su culto ya en el siglo II.

En torno a tal fecha y a tal acontecimiento puede situarse el término del primer período del cristianismo. La persecución de Nerón, en la forma en que la describe Tácito, revela que ya no existe la confusión política entre el cristianismo y el judaísmo. Los cristianos son perseguidos como tales, y realmente constituyen ya por doquier una sociedad organizada, cerrada incluso al trato común con judíos y gentiles. Los escritores católicos han probado recientemente que, ya desde un principio, no fue el cristianismo un movimiento puramente espiritual, sino una Iglesia de fieles adoctrinada según un catecismo oral, debidamente garantizada y regida por una jerarquía especial, funcionando con un culto colectivo propio, cuyo centro era la *sinaxis* eucarística. De los *Hechos de los Apóstoles* aparece ya claramente esta síntesis orgánica de la Iglesia naciente: la predicación evangélica como doctrina autenticada por la resurrección de Jesús, Hijo de Dios y Redentor de los hombres; la jerarquía primera de los apóstoles con San Pedro a la cabeza, como realización visible del: *Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo ecclesiam meam;* los sacramentos, el bautismo, la imposición de manos, la eucaristía, la ordenación de los presbíteros al frente de las nuevas comunidades... La aparición de los Evangelios sinópticos hacia el año 60, como fecha extrema de su composición, es el testimonio

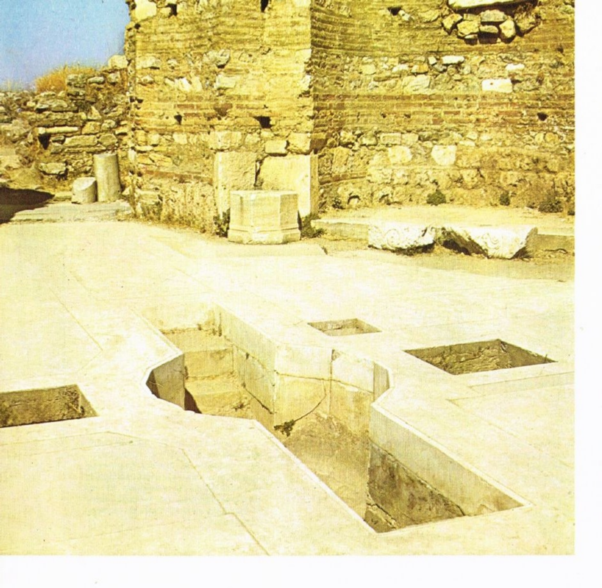


Moneda del emperador Decio (Biblioteca Nacional, París), el cual, habiendo organizado un sacrificio general de todo el Imperio a los dioses inmortales, puso a muchos cristianos en situación dramática. Sólo se exigía quemar unos granos de incienso delante de los ídolos, pero muchos no quisieron y provocaron una sangrienta persecución.



definitivo de la catequesis apostólica, así como las *Epístolas* de San Pablo lo son del desarrollo simultáneo de la doctrina y la organización eclesiástica: obispos, presbíteros, diáconos. La Iglesia-madre de Jerusalén y las de Antioquía y Roma son los centros principales que atestiguan el desarrollo de la fe en el mundo y la unidad de las instituciones cristianas. La existencia de una organización ya uniforme en el último tercio del siglo I tuvo hace ochenta años una brillante confirmación al descubrirse en Constantinopla el inestimable documento llamado la *Didaché o doctrina de los Apóstoles*. La *Carta primera de San Clemente Romano* confirma también la existencia de una organización y jerarquía eclesiásticas en la segunda generación cristiana. Muy pronto, pues, luego de la muerte de Jesús, aparece la Iglesia organizada y extendida ante el Imperio, que por su parte ha empezado ya a perseguirla.

Mas, pese al testimonio de Tácito, no

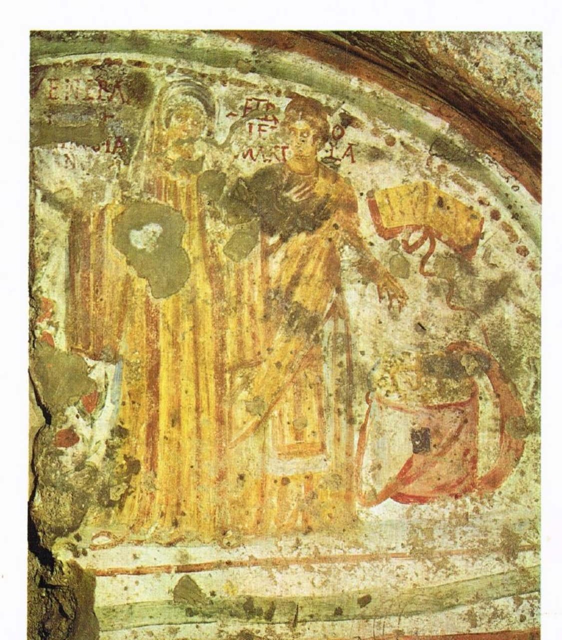


Fuente bautismal en el interior de la basílica de San Juan, en Éfeso, donde, según era costumbre en los primeros siglos del cristianismo, se practicaba el bautismo por inmersión.

resulta muy claro por qué los cristianos tuvieron que aparecer a los ojos de los romanos como una maligna superstición. Muchas de las sectas orientales que florecían en Roma tenían el mismo prurito de vivir únicamente para su Dios después de haber pasado por las ceremonias de iniciación, que regeneraban al neófito, y no hay recuerdo de que el gobierno imperial romano se ensañara con ninguna de ellas como lo hizo con el cristianismo. Más tarde la Iglesia se ha enorgullecido de las persecuciones; Pablo Orosio las compara a las diez plagas de Egipto y señala una para cada uno de los reinados de Nerón, Domiciano, Trajano, Marco Aurelio, Severo, Maximino, Decio, Valeriano, Aureliano y Diocleciano.

El carácter de estas persecuciones dista mucho de ser uniforme. La de Nerón fue puramente local, y por un crimen que nada tenía que ver con la religión. Los motivos que tuvo Domiciano para perseguir a los cristianos no los han manifestado ni los escritos de los Padres de la Iglesia ni los historiadores romanos. Suetonio no nos da la menor indicación de que Domiciano tuviera opiniones muy definidas en materias religiosas; pero sin duda los cristianos por esta época serían calumniados por los judíos. Tanto Atenágoras como Tertuliano dicen que los cristianos eran acusados de traición, incesto y canibalismo. La primera acusación era justificada: los cristianos se negaron siempre a prestar culto al emperador, y esto equivalía a faltar a los deberes cívicos. Esta falta fue más tarde la única de que se culpó a los cristianos.

El crimen de incesto podía ser justificado también en algunos casos, sobre todo si se juzgaba de acuerdo con la ley mosaica, y no olvidemos que los judíos eran los principales



Pintura mural de las catacumbas de Domitila, Roma, de la segunda mitad del siglo IV, que representa a las mártires cristianas Veneranda y Petronila. Venida la primera de la Galia y convertida la segunda por el propio San Pedro, ambas sufrieron martirio a los primeros ataques de la persecución.



Miniatura de un evangeliario griego del siglo XI que representa el suplicio del fuego dado a un cristiano (Biblioteca Nacional, París). En general, el motivo de las persecuciones contra los cristianos no era el hecho de practicar otra religión, ya que el estado romano era muy tolerante, sino dejar de cumplir una ley del estado que era dar culto al emperador.

acusadores de los cristianos. Hasta el mismo San Pablo, en la primera epístola a los corintios, se escandaliza como de cosa desconocida aun entre gentiles porque uno de los miembros de la comunidad se había casado con su madrastra. Es de presumir que muchos grupos de herejes tenían más empeño que los verdaderos fieles en encubrirse con el nombre de Cristo, y es bien sabido que el falso misticismo de los desviados les hace caer a menudo en enormes obscenidades, y que esto ocurría entre los herejes del Oriente y del África del Norte lo sabemos por los escritos de los propios Padres de la Iglesia; siendo así, tenemos que reconocer que algunas veces sería difícil para un magistrado romano distinguir entre las ovejas de Cristo y los siervos de Satanás.

Por último, se imputaba a los cristianos el crimen de canibalismo. Tertuliano dice concretamente que les acusaban de *sacra-*

EL EPISODIO DE ESTEBAN: ¿PRIMERA PERSECUCION CONTRA EL CRISTIANISMO?

Con el nombre de helenistas se designaba a los judíos a quienes la Diáspora había acostumbrado al uso corriente del griego. Ciertos grupos habitaban, sin embargo, en Jerusalén, y es uno de éstos, del que Esteban parece ser portavoz y jefe, el que se habría convertido desde los primeros momentos al cristianismo.

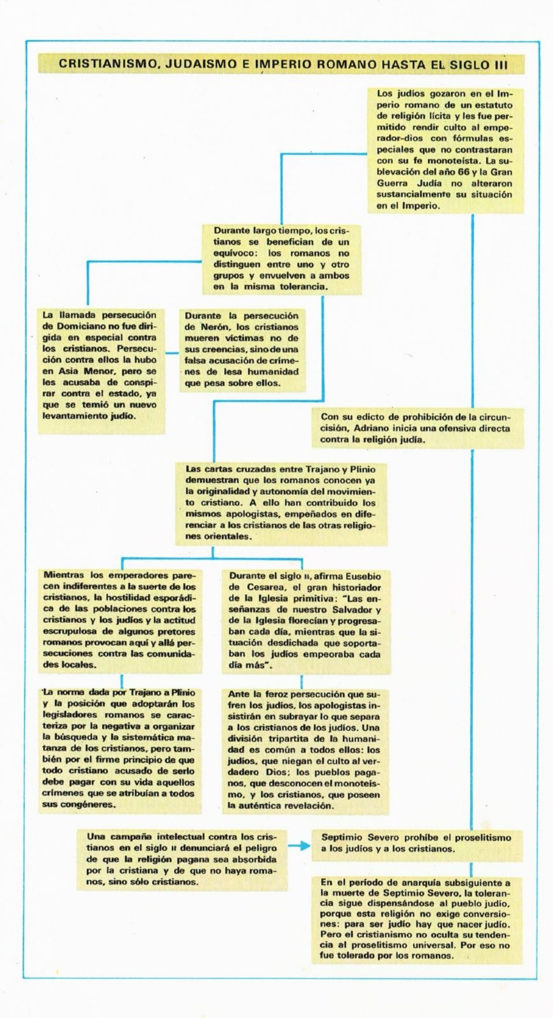
En los "Hechos de los Apóstoles" nos ha sido conservado el discurso que Esteban, acusado de predicar contra el Templo, pronunció ante el Sanedrín. Dos temas fundamentales expone el futuro mártir:

Desde Abraham, el pueblo elegido ha olvidado el mensaje divino: la hostilidad contra Moisés, el culto a los ídolos, la construcción del Templo, la condena de Cristo son algunos episodios de esta degradación de un pueblo. Esteban condena como herético y sacrílego el culto del judaísmo desde Esdras y Salomón.

Esteban aparece vinculado, por esta interpretación de la evolución del pueblo hebreo, a ciertas tendencias muy extendidas entre los judíos helenísticos —oráculos sibilinos—, que buscaban en un retorno a las fuentes de la religión judía una mayor y más pura espiritualidad.

En el Libro de Daniel aparece por primera vez la figura mesiánica del "Hijo del Hombre", recogida por algunas corrientes heterodoxas judías que la interpretarán en un sentido nuevo: el Hijo del Hombre es un Mesías destructor, acabará con el viejo orden caduco e injusto, instaurará en la tierra, juntamente con su reino, una nueva Ley, unas nuevas instituciones. Esteban identifica a Cristo con el Hijo del Hombre y es esta expresión, "Hijo del Hombre", de significado blasfemo y subversivo, la que excita contra él a la multitud.

"De hecho, el cristianismo naciente no ha encontrado la oposición unánime de las autoridades y la opinión judía mientras no ha puesto en tela de juicio los puntos considerados fundamentales e intangibles de la Ley. La predicación de Esteban contra el Templo provoca su lapidación. Pero la subsiguiente persecución se limita estrictamente al grupo de los helenistas, sus discípulos. Cuando los 'Hechos de los Apóstoles' nos dicen que toda la Iglesia de Jerusalén fue entonces dispersada con excepción de los apóstoles, es difícil aceptar este testimonio. ¿Por qué extraña aberración los judíos, si querían atacar a toda la comunidad cristiana, habrían respetado precisamente a sus jefes? En realidad, la continuación del relato implica que sólo el grupo helenista resultó afectado..." (M. SIMON).



mento infanticidii, esto es, de sacrificar niños para comer su carne y beber su sangre. Es singular que éste sea el mismo crimen de que se acusó a los judíos en la Edad Media y al que a menudo dieron fe las autoridades cristianas.

Hoy nos parece inverosímil e imposible que los discípulos de Jesús, que practicaban la caridad, fueran acusados de tan groseras falsedades, y así hubo de parecerlo también a algunos funcionarios romanos. Mas, a pesar de todo cuanto pueda decirse acerca del origen y valor de tales acusaciones groserísimas, lo cierto es que ninguna de ellas determinó las persecuciones desencadenadas contra la Iglesia. Bien se ve por el juicio que formaron de los cristianos los más cultos gobernadores de provincias y que se refleja en la tantas veces reproducida carta de Plinio el Joven, que gobernaba la Bitinia hacia el año 110. Su carta, dirigida al emperador Trajano, dice así:

"Señor, es costumbre mía dirigirme a vos en casos de duda. ¿Quién mejor que vos puede resolver mis dificultades y desvanecer mi ignorancia?

"Nunca tuve nada que ver en procesos de cristianos; no conozco los precedentes ni sé qué penas tienen que imponérseles. Tengo todavía mis dudas de si he de tratar a los jóvenes con un rigor distinto de los viejos; de si los que se arrepienten merecen castigo; de si debe perdonarse a los que, habiendo sido cristianos, han abandonado ya la secta y, sobre todo, si el nombre de cristiano es ya una prueba de inmoralidad.

"Hasta ahora mi manera de proceder con las personas acusadas de ser cristianas es la siguiente: les pregunto una, dos y tres veces si son cristianos, advirtiéndoles que si no lo niegan, tendrán pena de muerte. Si persisten en confesarse cristianos, los mando ejecutar, porque no hay duda que su obstinación merece ya el castigo. Hay otros, igualmente obstinados y locos, que son ciudadanos romanos, y éstos los envío a Roma.

"Como ocurre frecuentemente, el mal se extiende al reprimirlo y he notado diferentes variedades o sectas. A veces un anónimo me escribe el nombre de varias personas y algunas de ellas niegan ser o haber sido cristianas. Algunas repiten mi invocación a los dioses y ofrecen incienso y vino a vuestra imagen. Me han dicho que ninguna de estas cosas pueden hacer los que son verdaderamente cristianos; en consecuencia, a aquéllos los dejo inmediatamente en libertad. Otros, acusados por el anónimo, dicen que fueron cristianos hace dos, tres o veinte años, pero que ya no lo son; éstos declaran que su crimen o indiscreción fue que tenían que reunirse en días fijos, antes de salir el sol, para cantar himnos al Cristo, como a un dios, y comprometerse, con una fórmula sagrada, a llevar una vida de pureza, sin cometer robo, violencia ni adulterio, cumplir lo pactado y pagar las deudas. Era su costumbre, dicen, dispersarse pacíficamente después de

estas ceremonias y reunirse de nuevo para la comida de un manjar inocente; pero hasta esto han dejado de hacer desde la publicación de mi edicto, por el que, de acuerdo con vuestras instrucciones, prohibí las sociedades privadas. Más aún: creí procedente recurrir al tormento para obtener la verdad de dos mujeres diaconisas, pero no descubrí más en ellas que una creencia loca y extravagante.

"De todos modos, he suspendido mis sesiones en el tribunal para pèdiros consejo. Porque muchas personas de todas clases, sexo y edad son imputadas, y muchas más lo

Pintura del siglo III, en el cementerio de los Santos Pedro y Marcelino, de Roma, que representa a Adán y Eva expulsados del Paraíso cubriéndose con hojas de parra.





Sarcófago paleocristiano conservado en Santa María Antigua, Roma. Obsérvese que los rostros de los dos personajes centrales están sin terminar. Esto lo hacían adrede en los talleres para que el comprador pudiera hacer esculpir los rasgos del muerto en el personaje central. Éste sería, pues, un sarcófago para un matrimonio.

serán, pues la infección de este culto extranjero se ha esparcido no sólo por la ciudad, sino también por los pueblos y aldeas. Todavía creo que puede ser detenida y curada. Verdad es que algunos templos que acostumbraban estar llenos de gente están ahora casi desiertos y no se practica en ellos culto, y los que vendían forraje para las víctimas y sacrificios no encuentran quien lo compre. Pero esto indica cuán fácil es cambiar la opinión del pueblo si se le concede oportunidad para arrepentirse".

Hay que admirar el candor de esta carta y agradecer al buen Plinio la multitud de datos que nos procura. Sorprende, primero, que él, uno de los mejores abogados de Roma, no hubiese tenido que tratar con los cristianos antes de encontrárselos en Bitinia, adonde ha ido sólo por breve tiempo. Además, reconoce que existen varias sectas y dice que recibe información por anónimos, acaso de judíos o herejes. Plinio no halla pecaminoso en los cristianos nada más que su obstinación. Le parece un peligro la multitud de ellos en las ciudades y en el campo, pero cree que de la misma manera que dejaron otras supersticiones, dejarán de ser cris-

Una orante cristiana cubierta con un velo, pintada en el siglo III, en las paredes de las catacumbas de Priscila, en Roma.

tianos si se les da lugar de arrepentirse. Plinio aconseja, pues, hacer la vista gorda. He aquí la respuesta de Trajano, digna del gran emperador:

"Habéis procedido bien, mi querido Plinio, en los casos que mencionáis de los cristianos, porque no puede establecerse una regla general de procedimientos. Por de pronto, no hay que perseguirlos; si son acusados y confiesan, castigadlos, pero si uno dice que no es cristiano y lo prueba invocando a los dioses, no hay que preocuparse por su pasado; con el arrepentimiento ha merecido el perdón. No debéis aceptar delaciones anónimas, que son peligrosas e indignas de nuestros tiempos".

La carta de Plinio pone, empero, bien en claro que el único punto legal por el que la administración romana podía perseguir en masa a los cristianos era el de considerar ilícitas las asambleas o asociaciones de los fieles. La ley romana distinguía entre *colegios,* o corporaciones, *lícitos* e *ilícitos.* La diferencia capital estaba en que las corporaciones *lícitas* podían poseer, heredar, vender y pleitear con completa personalidad civil, mientras que las *ilícitas* carecían de estos derechos. Por lo regular, estas asociaciones *ilícitas* eran toleradas; pero el gran jurista Ulpiano declara formalmente que los miembros de un colegio ilícito son culpables de delito de sedición, que en la ley romana se castigaba con pena de muerte.

Es muy probable, pues, que en los años que median entre el reinado de Domiciano y el de Trajano debió de promulgarse un *senatus consultus* (cuyos texto y fecha no conocemos) declarando ilícitas las asambleas cristianas, y esto explica las penas de muerte que aplica Plinio, tan meticuloso en cosas de ley. Por esto también ya a principios del segundo siglo empiezan las apologías de los escritores cristianos, dirigidas a veces al propio emperador para convencerle de la inocencia de sus doctrinas.

Pero que los cristianos se daban cuenta de su fuerza, debida a su número y a su fe, y que algunos harían alarde de ello, parece manifiesto por la *Apología* de Tertuliano, de últimos del siglo II. Éste indica textualmente que los cristianos están esparcidos por todo el Imperio en multitudes enormes, y casi amenazan el poder civil. Por ahí debe hallarse la razón técnica de las persecuciones y de por qué la existencia del cristianismo apareció muy pronto como un peligro para el Imperio: no era un culto extranjero como los demás, y por tanto fácil de absorber o tolerar, sino lo que hoy llamaríamos una sociedad religiosa secreta constituida dentro del ámbito imperial.

No menos significativo de una singularidad persecutoria aparece el texto de la carta primera de San Pedro: "Que ninguno de vosotros sea condenado por asesino, ladrón, malhechor o por meterse en lo que no le importa; pero si le condenan por cristiano, que jamás se avergüence de ello". Los cristianos

CRISTIANISMO Y JUDEOCRISTIANISMO

CRISTIANISMO Y JUDAISMO

¿En qué medida los judíos convertidos al cristianismo deben sujetarse a las prescripciones de la antigua Ley?

CRISTIANISMO Y PAGANISMO

¿Las prácticas y ritos judaicos deben ser impuestos a los gentiles que se conviertan al cristianismo?

LA MISION DE PABLO Y BERNABE EN LICAONIA Y PISIDIA (45-48)

La acogida favorable que los paganos dispensan a su predicación impresiona a Bernabé y a Pablo; éste empezará ahora la elaboración de su teología, cuyos dos principios fundamentales parecen consecuencia de aquel hecho: si el pueblo elegido rechaza el mensaje divino, hay que llevarlo a los gentiles, más propicios a recibirlo; el cristiano salvado por Cristo no está sujeto a prácticas y ritos, que la venida del Mesías abroga para siempre.

EL LLAMADO INCIDENTE DE ANTIOQUIA

Por las mismas fechas, "gente venida de Judea" enseña en las comunidades cristianas de Antioquía que la observancia de la Ley, los ritos del culto judío y en especial la circuncisión son obligatorios para todos los cristianos.

LA PRESION JUDIA SOBRE LOS JUDEOCRISTIANOS

En el ambiente de nacionalismo exacerbado que está viviendo el pueblo judío hacia la mitad del siglo I, episodios de este tipo son frecuentes; por presión de los celotes y fariseos, algunos judeocristianos definen claramente la pertenencia de todos los cristianos a la comunidad judía, cuyo signo es la circuncisión.

LA POSICION DE PABLO Y BERNABE

Pablo y Bernabé, que han vuelto de su misión en Pisidia y Licaonia, sostienen en Antioquía la posición adoptada con respecto a las comunidades cristianas de origen pagano en aquellos países: ningún gentil está obligado a observar las leyes judías ni a sufrir la circuncisión.

AMBOS GRUPOS APELAN A LA COMUNIDAD APOSTOLICA DE JERUSALEN

LA DECISION ANTIJUDAICA DE LA REUNION DE JERUSALEN

Los apóstoles y ancianos de Jerusalén resuelven que los gentiles convertidos al cristianismo no sean obligados a seguir las costumbres judías ni a circuncidarse: el triunfo de la opinión de Pablo y Bernabé significa la ruptura del cristianismo con la religiosidad judía y la negativa a solidarizarse con el destino histórico de Israel.

LA ACTITUD DE PEDRO (49)

En un viaje a Antioquía, Pedro, muy influido por los medios judeocristianos, no comparte el pan –ceremonia eucarística– con los cristianos de origen pagano. La posición del primero de los apóstoles puede explicarse por el deseo de evitar una apostasía general de los judeocristianos.

LA RADICALIZACION DE POSICIONES HASTA LA GRAN GUERRA JUDIA

Año 49: Ruptura de Pablo con Bernabé y Marcos, partidarios ambos de una solución de compromiso en el conflicto con los judeocristianos. – Año 50: Pablo denuncia en sus epístolas la difusión de falsas esperanzas mesiánicas entre los cristianos, a imitación de los judíos, que ven en la rebelión contra Roma la ocasión propicia para el advenimiento del Mesías, libertador de su pueblo. Los gálatas, indica el apóstol, han vuelto a la idolatría judía. – Año 57: Numerosos cristianos se hallan mezclados en la proyectada sublevación contra Roma; en estas circunstancias, renunciar a la obligatoriedad de la circuncisión es una traición política; una decisión rígida en este sentido induciría a la apostasía de muchos de ellos; en todo caso, los expondría a la persecución por parte de los judíos. – Año 58: En un viaje a Jerusalén, Pablo, odiado entre los judeocristianos, realiza por consejo de los apóstoles un acto de lealtad judía: se dirige a orar al Templo. Acusado de sacrilegio, está a punto de morir lapidado. Denunciado a los romanos, permanecerá detenido o en libertad vigilada hasta el año 63. – Año 62: La hostilidad creciente contra los cristianos se manifiesta en el martirio de Santiago. – Año 66: Estalla la Gran Guerra Judía; la comunidad cristiana de Jerusalén se retira a Pela, lo cual equivale a un abandono total de la causa judía.

LAS PERSECUCIONES

Al tratar de hacer historia de las persecuciones con espíritu crítico y con el propósito de relatar los hechos tal como ocurrieron de verdad, resulta necesario establecer una serie de presupuestos que, aunque no inciden de lleno en la interpretación de semejante fenómeno persecutorio, al menos suponen como una especie de barrera de contención para no desfigurar los hechos con perspectivas románticas o idealizadoras o con visiones excesivamente globales y generalizadoras. Lo primero que reconocen los historiadores modernos de las persecuciones es que, aun con el riesgo de lastimar piadosos sentimientos, hay que admitir una romántica transfiguración del período de las persecuciones por parte de las generaciones posteriores, concretamente a partir de la cristianización del Imperio.

Al hablar de las persecuciones no se ha tenido inconveniente en tratarlas bajo un mismo capítulo, generalizando las circunstancias o causas de su aparición y otorgándoles globalmente un mismo común denominador como base de su interpretación. Sin embargo, es necesario estudiar cada una en su contexto sociopolítico, en sus interrelaciones religiosas, dada la imposibilidad, al menos en el estado actual de la investigación, de reducir a un conjunto unitario y global los motivos o causas de tal fenómeno. Es natural comprender que no es lo mismo estudiar los comienzos de la lucha con las persecuciones de Nerón o Domiciano que los movimientos hostiles tras el año 180, donde, a pesar de ellos, comenzó a constituirse la gran Iglesia. Lo mismo que no se puede globalizar la actuación de los emperadores romanos en un Imperio con claros signos de decadencia, sobre todo en el aspecto religioso.

Es necesario valorar suficientemente que las persecuciones ocupan un período de casi trescientos años, en el que se suceden más de cuarenta gobernantes, cuyas circunstancias de gobierno hay que conocer para poder valorar su actitud frente a la ya tradicional inseparabilidad entre patriotismo y religión estatal.

Las fuentes que nos hablan de las persecuciones poseen un valor limitado y relativo. Son escritos de origen exclusivamente cristiano y, salvo algunos documentos paganos de los que puede sacarse alguna noticia, no se poseen escritos en los que pueda conocerse con mayor precisión el punto de vista pagano. Desde antiguo, la literatura cristiana del tiempo de las persecuciones y la historiografía cristiana posterior impusieron la apreciación cristiana de los hechos. Así es como no se vio más que al monstruoso perseguidor por un lado, a quien luego le alcanzará su bien merecido castigo de parte de Dios, y por otro lado, a los escogidos y a los justos, que, al ser constantes en el martirio, se hacían acreedores de la imperecedera corona celestial.

Fueron sobre todo Eusebio y Lactancio quienes pusieron las bases de esta interpretación, que ha perdurado hasta los tiempos modernos: así, según ellos, las persecuciones, cuyo número quedó reducido definitivamente a "diez", se vieron ya predichas, en profética y mística anticipación, en las diez plagas de Egipto. A esto hay que añadir la aparición de una importante literatura que, sobre todo a partir del siglo II, daría origen a la "piedad martirial" y que tendría enorme fuerza de atracción para los cristianos, a quienes servía de consolación espiritual la idea de que el martirio cruento unía de forma especial con Jesucristo. Todo esto puede adquirir para el historiador moderno ciertos visos de idealización, obligándole a proceder con cautela en la utilización de las fuentes.

Respecto a la determinación de las causas o motivos inmediatos de las persecuciones, los historiadores modernos han descartado la idea de que pudiera haber existido una ley que regulase jurídicamente la actitud del estado romano frente a los cristianos. Según parece, ni siquiera a partir de las disposiciones penales de la famosa *lex maiestatis*. El "delito de lesa majestad", semejante a lo que hoy se llama rebelión o sedición contra la autoridad constituida, estaba regulado, ciertamente, por una ley de lo más imprecisa y que se prestaba a una caprichosa aplicación por parte de los emperadores, pero ocurre que en todos los procesos que se conocen jamás se habla de delitos de lesa majestad. Y, además, resulta curioso que fuese Trajano quien, si bien jamás quiso que se aplicase la ley de lesa majestad, estructuró jurídicamente el proceso contra los cristianos.

En cuanto al "culto del emperador", puede decirse algo parecido. La preocupación imperial por ampliar el ámbito de la religión estatal era notoria. Pero no ha de creerse que por ello fuese obligatoria la presencia, personal o comunitaria, en el acto del culto o que, a no ser en el caso de ostentar algún cargo público, la ausencia conculcase alguna ley. Además, en los escritos de Tertuliano se puede comprobar como, respecto de los cristianos, la moral del tiempo permitía la asistencia pasiva. Es necesario señalar también que no sólo los cristianos sentían necesidad de rechazar este culto, sino que, a pesar de ser utilizado por los emperadores como elemento integrante y de unión frente a las tendencias separatistas, y a pesar de ser un buen medio en la canalización de las emociones patrióticas (todavía cuando el estado se cristianizó existían nostálgicos aristócratas que cultivaban amorosamente el paganismo tradicional como esencia y origen del poderío de Roma), también otros grupos podían expresarse así, según Séneca el Joven, al constatar que "todos estos ritos los cumplirá el sabio como ordenados por las leyes, no como si fueran gratos a los dioses... Toda esta turbamulta plebeya de dioses, que en largo tiempo amontonó la superstición, la adoraremos teniendo en cuenta que su culto responde más bien a la costumbre que a la realidad".

Esta cita nos introduce en otro aspecto sumamente interesante: el papel político que para el Imperio romano tuvo la religión. Ya el historiador griego Polibio, dos siglos antes de Cristo, al visitar Roma quedó vivamente impresionado por la solicitud del gobierno para cuidar de sus ritos y edificios religiosos. Pero, a este respecto, los cristianos jamás fueron perseguidos por hacer sacrilegios o realizar ritos prohibidos, pues más bien se les consideraba "ateos" *(athei)* por no poseer un culto aparente. Además, la actitud del estado frente a las religiones venidas de Oriente era totalmente abierta. Y, junto al gusto y utilización política del culto al emperador, existía también una total aceptación de las religiones extranjeras. Se prefirieron los cultos exóticos, menos formalistas y estériles que los cultos ancestrales de Italia, buscando mitigar la inquietud, el tedio y el vacío religioso. Las religiones clásicas griegas y romanas, tras un período de disolución, hubieron de dar paso a reorganizaciones de tipo oriental. Al mismo tiempo, la superstición y la magia seguían alimentando las necesidades religiosas del pueblo, que consideraba raras las prácticas del culto al emperador y esotéricas las de las religiones mistéricas.

Este contexto religioso, que había de llegar a un sincretismo oficializado, es de significativa importancia para conocer el papel representado por las religiones judía y cristiana.

Se habla de un antijudaísmo en el mundo pagano, pero, por otro lado, es un hecho el alto grado de estima que, tras un proceso de helenización, logró el judaísmo entre los romanos. Sus ideales morales y su monoteísmo, así como su teología de la vida ultraterrena, encontraron abundantes adeptos entre los paganos. De hecho, su religión adquirió su *status* legalizado, con tal que orase por el emperador. Los prosélitos, paganos que se circuncidaban, recibían el bautismo de inmersión y participaban en los sacrificios judíos, pasando a formar parte del pueblo judío con la total aceptación de las obligaciones de la ley judaica, y los "temerosos de Dios", que, aunque no se circuncidaban, no podían resistir la atracción de la idea monoteísta y del culto de la Sinagoga, pasando a ser considerados como seguidores simpatizantes, eran sus mejores y más cuidadas adquisiciones.

El cristianismo, como defiende el libro de los *Hechos*, separado del judaísmo, también logró expansionarse hasta la misma Roma. Y, aunque había nacido a la sombra del judaísmo, es de suponer que en sus misiones por los paganos el enfrentamiento con el judaísmo sería ineludible.

Por otro lado, el hecho de que el cristianismo fuese considerado como una secta judía haría adoptar una actitud de reserva, al menos por parte de quienes se manifestaban abiertamente antijudíos. Máxime cuando las pretensiones de los cristianos eran las de poseer el único verdadero Dios y Salvador del mundo, de modo que su culto era incomponible con la existencia de cualquier otra forma cultual.

Es indudable que esta actitud provocó diversas hostilidades de parte de judíos y paganos. El judaísmo de la diáspora tuvo gran influencia: los judíos nunca perdonaron a los judeocristianos su apostasía de la fe de sus padres, lo que naturalmente, junto a la acción radical de los judaizantes, sería fuente de más de una acción conflictiva. Además, los cristianos fueron expansionándose al aprovechar núcleos de misión judíos, así como la traducción de la Biblia y los métodos interpretativos procedentes de la helenización filoniana del pensamiento judía, en el que habían nacido y del que eran tributarios.

Toda esta situación competitiva es necesario valorarla más de cara a hacer comprensiva la actitud del poder romano. Pero es que además el mismo cristianismo comenzó pronto a sentir la división provocada por las diversas interpretaciones doctrinales acerca del misterio de Jesús y de la obligatoriedad y dependencia de la ley mosaica. Cerinto, los ebionitas, los mandeos, el gnosticismo, representan corrientes religiosas de los primeros tiempos que también buscaban su puesto en el Imperio romano, junto a nuevos movimientos heterodoxos que irían apareciendo posteriormente y con más fuerza impugnadora. Entre éstos pueden citarse los iniciados por el retórico Frontón, Luciano de Samosata, Celso, el enfrentamiento con un gnosticismo más desarrollado y con las pretensiones internacionalistas de la Iglesia procurada por Marción, el auge del montanismo, etc. Todo ello tuvo que ser fuente de conflictos, al mismo tiempo que supusieron la exigencia de una reflexión más profunda y de una apologética bien estructurada para los cristianos, que en ocasiones, al llegar una situación persecutoria, habían de reconocer la carencia de buena formación por parte de sus adeptos.

Toda esta compleja situación politicorreligiosa es necesario examinarla insistiendo de nuevo en lo que suponía el Imperio romano. El poder romano parece que no intervenía en las cuestiones de religión a no ser en ocasiones de tumultos o situaciones extrañas que pudiesen inquietar su seguridad política. Los emperadores, salvo en el caso peculiar de Nerón, nunca tomaron la iniciativa de la persecución. Ya desde antes de Jesucristo, como en el asunto famoso de las bacanales o acerca de las actuaciones de astrólogos, adivinos o magos, se comprueba que su intervención era motivada por la repercusión política que pudieran tener.

Los cristianos, en su difícil caminar expansivo, tomaron como actitud, frente a los demás cultos, la de cerrarse en una separación absoluta. De aquí que, junto a los enfrentamientos con los demás grupos judeocristianos, haya que admitir una creciente animosidad de los paganos contra los cristianos, que en su comportamiento obligaban a considerarlos como enemigos declarados de la antigua civilización. Tal vez la literatura cristiana contemporánea pueda ser exponente de la escasa cuenta que se dieron de que su peculiar estilo religioso daba ocasión para ello. Su versión interiorizada de la religión, sus reuniones domésticas, sin necesidad de templos ni organizaciones sacerdotales, la ausencia de institucionalizaciones en una sociedad cristiana que se gobernaba por el amor, que les mantenía unidos fuertemente de cara a sus pretensiones de trascendencia y validez universal, no pudieron pasar inadvertidas para los paganos. De aquí que algunos autores hablen del odio a los cristianos como causa de las persecuciones.

Buscando una comparación no muy lejana a esos tiempos, puede recordarse el caso de la muerte de Jesús bajo la autoridad romana, pero víctima de las presiones provocadas por los partidos originados en el judaísmo oficial, que se encargaron de presentar a Jesús como elemento peligroso para la seguridad del estado. No sería nada extraño que algo parecido hubiera ocurrido en este período. La desestima general, la desconfianza y el rencor contenido que despertaban los cristianos y que hacía considerarlos como un hatajo de canallas, pudo provocar el que el vulgo se tomase la justicia por su mano o los arrastrase ante las autoridades civiles pidiendo tumultuosamente su castigo.

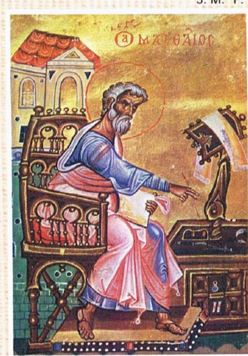
Por otro lado, los cristianos fueron creciendo y ocupando cada vez más puestos representativos en la sociedad romana, lo mismo en las clases elevadas que en las clases cultas, de las que pronto salieron obispos que gobernaron sus comunidades. Los períodos de tranquilidad, reflejo de la tan estimada *pax romana,* fueron abundantes y los cristianos los supieron aprovechar para estructurarse y organizarse como sociedad.

A la hora de representarnos la cantidad de muertes que provocaron las persecuciones es necesario no dejarse llevar por la idealización. Faltan estudios de demografía, lo mismo que de estratificación social, para lograr tener una idea más aproximada de la realidad. A través del culto a los mártires se puede alcanzar el sepulcro, que evidenciaría la existencia del mártir, pero es difícil encontrar información sobre el número, la clase de suplicio, su profesión, su edad, etc. La literatura más abundante tiene su origen en la "novelesca y primitiva literatura martiriológica de carácter legendario. En ella el mártir aparece siempre con rasgos teatrales, habla con elocuencia, obra un sinfín de milagros, provoca conversiones, etc., y con mucha frecuencia se presenta al emperador como juez, cosa que en la realidad era rarísima, y a veces actúan como perseguidores emperadores que jamás lo fueron, como Alejandro Severo y Numeriano, o aparece Diocleciano juzgando a los mártires romanos, a pesar de que casi nunca estaba en Roma"... De aquí que estas narraciones hayan falseado el cuadro de las persecuciones y que los "millares de mártires innominados no merezcan el menor crédito" (Hertling).

Este limitado y breve esbozo permite estimar la dificultad y complejidad a la hora de historiar este período. Es importante valorar cómo el cristianismo, que poseía como punto más conflictivo con las demás religiones su pretensión de fundar una comunidad unida en el amor y en las relaciones personalistas de su culto sacramental, lejos de los institucionalismos religiosos del Imperio o de las construcciones legalistas de los judíos, fue creciendo, sin embargo, hasta llegar a constituirse en la religión oficial del Imperio. Curiosa paradoja que obliga a estudiar más científicamente esta época de las persecuciones y a abandonar las interpretaciones exclusivamente provenientes de las teorizaciones institucionales a partir de la victoria sobre las religiones enemigas.

Como consideración final, ha de colocarse en esta perspectiva histórica la marginación automática que tuvieron las demás religiones, y entre ellas la especial exclusión del judaísmo. De manera más insistente se les hizo responsables de la muerte de Jesús, que había venido a instaurar el reino de Dios, cuya secuela e imagen eran el emperador y su imperio. Así, tal vez será posible ahondar en el conocimiento de un proceso que se inicia de un cristianismo surgido del judaísmo que, a través de enfrentamientos con el judaísmo, con sus respectivas apologéticas y movimientos heterodoxos, en un mundo romano vacío y sincrético religiosamente, llegó a alcanzar el favor del poder imperial.

J. M.ª P.





Lámpara cristiana del siglo IV *con las figuras de los apóstoles Pedro y Pablo guiando la nave de la Iglesia (Museo Arqueológico Nacional, Florencia).*

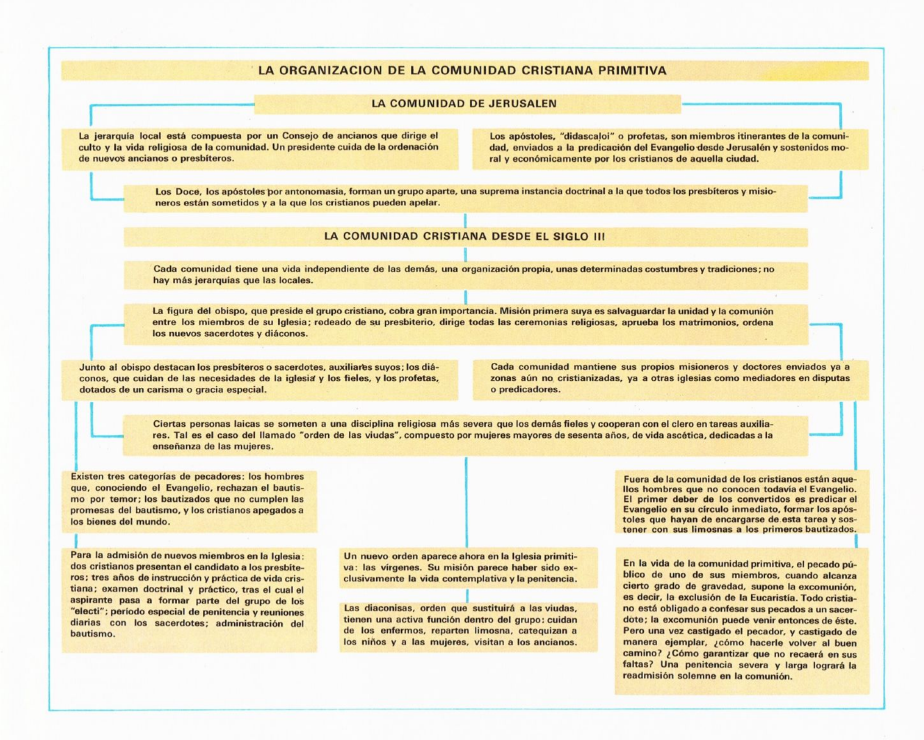
no olvidaron nunca esta recomendación. He aquí algunos párrafos del ya citado Ignacio de Antioquía, que escribe a los cristianos de Roma para prevenirles de su llegada en calidad de preso, acusado de ser cristiano: "Desde la Siria vendré a Roma para luchar con las fieras. Por mar y tierra, de día y de noche, vengo acompañado de diez soldados que son peores que diez leopardos. Sólo resultan más malos cuando alguien les trata bien. Que pueda yo tener la alegría de gozar con las bestias que están preparadas para mí, y que pueda animarlas para que me devoren pronto y no tengan miedo de atacarme. Si no me embisten, yo las obligaré. Perdonadme: ya sé ahora lo que es ser discípulo... Vengan el fuego, y la cruz, y el romperse los huesos y aplastarse todo el cuerpo, y todas las torturas del infierno, si esto me lleva a Jesús".

Para mejor demostrar todavía el espíritu de los mártires, vamos a copiar algunos párrafos de una carta de la Iglesia de Esmirna narrando el martirio de San Policarpo.

"Policarpo fue llevado en un carro al estadio de Esmirna por el capitán de la policía y su hijo. En el camino trataron de persuadirle con estas palabras: –¿Qué te cuesta decir *Santo César,* sacrificar y salvar tu vida?– Él, de momento, no contestó, pero después dijo: –No voy a hacer lo que me aconsejáis.– Por lo que le regañaron y, al bajar del carro, le dieron un empujón y se hirió en la barba con la caída. Pero levantándose entró en el estadio, como si nada le hubiera ocurrido, y se oyó una voz de lo alto que decía: –¡Policarpo, no desfallezcas, condúcete como un hombre!– En seguida el procónsul le preguntó si era Policarpo y después le dijo: –Tengo respeto por tu edad; jura por el genio del César, arrepiéntete y di: ¡Abajo los ateos!...– Pero Policarpo, mirando gravemente a la multitud, que llenaba el estadio,



El evangelista San Marcos según un evangeliario bizantino del siglo X *(Biblioteca Nacional, Viena). Escrito posiblemente antes del año 63, el Evangelio de San Marcos recoge la predicación de San Pedro, por lo que se supone que su autor fue discípulo del primero de los apóstoles.*



suspiró, y de cara al cielo, dijo: –¡Abajo los ateos!– A lo que el magistrado, tomando ánimo, añadió: –Jura que reniegas del Cristo y te dejaré libre.– Policarpo le contestó: –Ochenta y seis años le he servido y no me ha hecho daño, ¿cómo quieres que blasfeme del Rey que me ha salvado?

"Otra vez el magistrado insistió, pero Policarpo dijo: –Si tú me pides que jure por el nombre del César, escucha lo que te digo: yo soy cristiano. Mas si tú deseas conocer lo que es el cristianismo fíjame día y hora y te lo enseñaré.– El procónsul (evidentemente señalando al gentío, ebrio de sangre, que llenaba el estadio) le dijo: –Persuade al pueblo primeramente... Mira, tengo bestias fieras y te echaré a ellas si no te arrepientes. –Arrepentirme del bien –replicó Policarpo– es un cambio que no haré nunca, pero es muy noble cambiar la maldad por la bondad.– A lo que el procónsul amenazó otra vez: –Si tú no haces caso de las fieras, te haré quemar, a menos que te arrepientas.– He aquí la respuesta de Policarpo: –Tú me amenazas con fuego que consume en una hora, y no conoces el fuego eterno, que está reservado a los impíos. Acaba. Haz lo que quieras...– A lo que el procónsul, sorprendido, envió al heraldo a proclamar tres veces, en medio del estadio: –Policarpo ha confesado ser cristiano.– Y cuando los gentiles y judíos que residían en Esmirna oyeron esto, gritaron furiosamente: –¡Éste es el Maestro del Asia, el padre de los cristianos, el destructor de los dioses, que enseña a muchos a no sacrificar!...– Y pidieron que le soltaran un león. Pero era ya tarde y se habían terminado las luchas..." La carta continúa dando detalles interesantísimos, que resumiremos brevemente. Encendieron una pira y a ella subió Policarpo, después de haber hecho una larga oración; pero el fuego formó



Detalle de los relieves del sarcófago de las Musas, de la época de Antonino Pío (Museo del Louvre, París). Frente a la nueva religión, absurda para los romanos, puesto que adoraba a un criminal ejecutado con el infamante suplicio de la cruz, el Imperio seguía modernizando su mitología. Así, las musas pasaron a ser divinidades con cuyo concurso el hombre ganaba la inmortalidad.

como una bóveda alrededor de su cuerpo, por lo que fue necesario llamar al verdugo, que le hirió con una espada. A "instigación de los judíos" el cuerpo fue quemado. "Pero nosotros –sigue diciendo la carta– reunimos sus huesos, más preciosos que diamantes y más estimados que el oro, y los guardamos en un lugar apropiado, donde el Señor nos permitirá reunirnos y con alegría celebrar el aniversario de su martirio."

He aquí, pues, ya el culto a los mártires bien documentado. Es probable que el martirio de Policarpo ocurriera en el reinado de Antonino Pío, el año 155, pero conviene recordar que San Policarpo había sido amigo de San Juan Evangelista, y como ambos lograron una edad avanzada, los discípulos que recogieron los restos de San Policarpo pueden considerarse como la tercera generación después de Jesús. Las persecuciones dieron héroes y leyendas a las Iglesias locales, que se sintieron alentadas a glorificar su memoria. Las Iglesias más distantes se participaban unas a otras los detalles de sus martirios, y esto sirvió para unificar la Iglesia; por ejemplo, la maravillosa carta de las Iglesias de Vienne y de Lyon, en Francia, en que se explican los detalles de una persecución, va dirigida a las Iglesias de Asia y de Frigia. Y todavía en esta epístola, de mediados del siglo II, los cristianos de la Galia dicen que eran acusados de celebrar banquetes como Tiestes, o sea de canibalismo, y casamientos como Edipo, o sea de incesto.

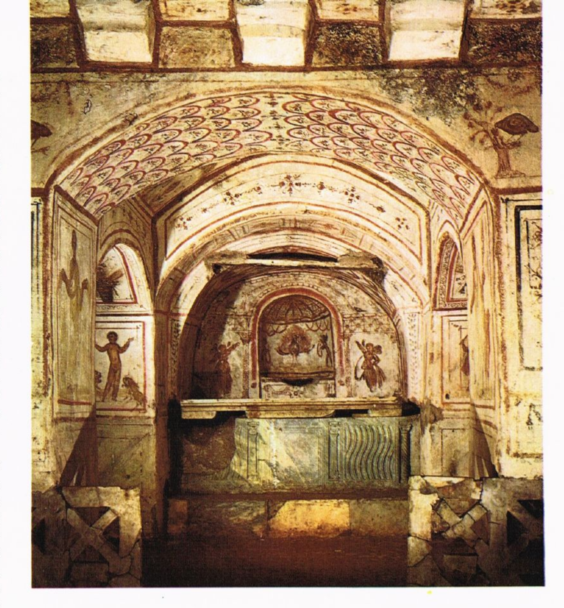
Por esto el martirio, en las primeras persecuciones, iba generalmente precedido del tormento, para hacer confesar estos críme-



Miniatura de un evangeliario bizantino del siglo X con la figura de San Lucas (Museo Británico, Londres). Quiere la tradición que este evangelista fuera médico, pues su lenguaje no da lugar a equívocos. La crítica racionalista, en cambio, niega que el Evangelio de San Lucas y los demás evangelios sean obra de un solo autor, sino fruto de la comunidad cristiana, que expresó sus tradiciones y deseos en forma popular.

nes a los cristianos. Los que resistían tan dura prueba sin claudicar eran llevados, descoyuntados y heridos, a la cárcel, donde esperaban el día feliz de su muerte en el circo. Durante el tiempo que pasaban en la cárcel, enfermos y doloridos, los mártires se sentían llenos del Espíritu Santo y sus palabras tenían casi valor profético y dogmático. Nada más interesante, sobre este punto, que el librito llamado: *Pasión de las Santas Perpetua y Felicidad,* en Cartago, el año 202. Ambas santas eran jóvenes y estaban casadas, con hijos. Perpetua fue a la cárcel con un niño de pecho, y Felicidad, encinta de ocho meses, parió una niña tres días antes de sufrir el martirio. Ambas tuvieron visiones, predijeron lo que iba a ocurrir y escribieron sus sueños en la cárcel con una gracia inefable. El que recogió y puso en orden sus palabras acaba el relato diciendo que una santa como Perpetua no hubiera muerto si ella no hubiese querido morir.

Sin embargo, todas las persecuciones de los siglos I y II fueron intermitentes y locales. Dependían, más que nada, del número de enemigos que tenían los cristianos en cada localidad y del afán que sentían el populacho y el gobernador de martirizar a unos infelices a los que creían tontos o exaltados, pues se empeñaban en morir por un dios extranjero. Pero cuando, para dar fuerza y unidad a su gobierno, Caracalla promulgó un edicto concediendo el derecho de ciudadanía a todos los hombres libres del Imperio, entonces era casi natural insistir en el culto al "genio" del emperador. Hay que recordar que el Imperio romano se había formado por agregación de los pueblos más diversos. Recuérdese que el culto del genio de Roma y el que se tributaba a Augusto eran, más que el ejercicio de un deber civil, una práctica religiosa. El "genio" del emperador no era el alma del monarca reinante ni su personalidad divinizada que sustituyera a los otros dioses del Olimpo. El "genio" de una persona era algo extraño al mismo individuo. Las otras sectas orientales no veían nada incompatible con su fe en el hecho de poner unos granos de incienso en un brasero y pronunciar unas palabras vacías de sentido. Sólo los judíos se habían resistido a participar en todo culto o ceremonia que pudiera interpretarse como infidelidad al Dios del Sinaí; y los romanos, que detestaban al "pueblo escogido", le concedieron un régimen de excepción que era casi justo, porque los judíos eran súbditos de una nación que legalmente estaba sólo bajo la protección de Roma. Pero cuando, después de largo sitio, Jerusalén fue tomada por las legiones de Tito y su autonomía nacional fue suprimida, esta tolerancia se hizo menos efectiva, y no hay que decir que no serían los cristianos quienes se beneficiaran de la antigua posición jurídica de los judíos.



Interior de las catacumbas de Vía Latina, Roma. Las catacumbas eran las sepulturas colectivas de los primeros cristianos que, partiendo de una tumba familiar, excavaban galerías en varias direcciones donde enterraban a sus muertos y se reunían para orar. En las paredes hay muestras del primer arte cristiano occidental.

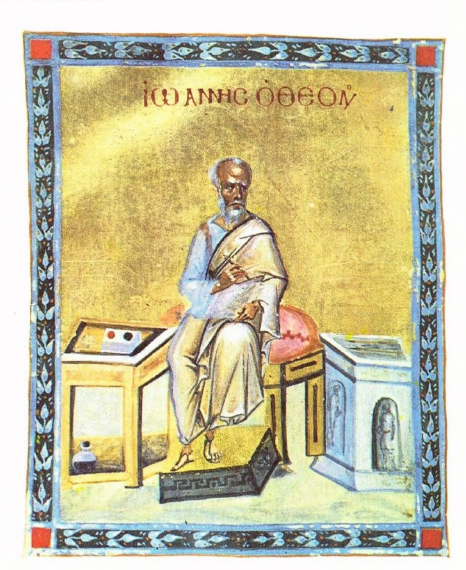
En las últimas persecuciones ya no se trata de incestos y otras calumnias, sino simplemente de desertores encubiertos bajo escrúpulos de conciencia, como los que en nuestros días se han negado, en algunos países, a ingresar en filas porque sus principios religiosos o morales les impiden tomar parte en la guerra. Septimio Severo prohibió, bajo penas severas, hacerse cristiano. Decio obligó a los cristianos a sacrificar a los dioses del Imperio y abjurar de Cristo. Los edictos de Valeriano obligaban a los obispos a adherirse oficialmente a los dioses del estado y renunciar a constituir comunidades con sus Iglesias.

A mediados del siglo III, el Imperio romano empezaba a desquiciarse, y de ello se daban cuenta los emperadores más avisados. La presión de los bárbaros se iba haciendo insoportable y se necesitaba una disciplina interior para contrarrestar aquel peligro. La falta de espíritu cívico se imputaba a la relajación del culto debido a los antiguos dioses. Pretender renovar una fe que ha caducado es absurdo, y de ello estaban convencidos la mayoría de los paganos, pero sí creían que

Detalle del portal izquierdo de la catedral de Milán, con una escena en bronce relativa al edicto de Milán. Por este edicto de tolerancia, Constantino reconocía el derecho de existencia del cristianismo y lo colocaba bajo la protección imperial.



San Juan Evangelista, según una miniatura del siglo X (Bodleian Library, Oxford). Después de predicar la doctrina de Jesucristo en varios sitios del Asia Menor, se retiró, ya anciano, a Éfeso, donde pasó los últimos años de su vida. Este retiro fue interrumpido por el destierro a la isla de Patmos, ordenado por la autoridad romana.



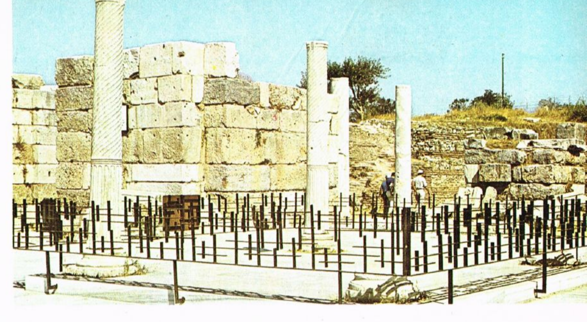
se podía sustituir por una fe más filosófica, como el culto al dios solar Mitra, o simplemente con una piedad laica, basada en el sentimiento de solidaridad y respeto a la ley, que representaba el "genio" del emperador. Pero esta idea de divinizar el concepto del estado personificándolo en un hombre repugnaba a los cristianos, que rendían culto al verdadero Dios. Y de aquí el contraste, la obstinación del gobierno imperial y las persecuciones.

Los gobernantes romanos exigían bien poco; en la mayoría de los casos no se iba en busca de los que estaban escondidos y, por lo menos en Egipto, bastábales a los sospechosos con enviar firmada al magistrado competente una minuta oficial, como declaración de ciudadanía. Se han encontrado varios papiros en Egipto con estas minutas, algunas firmadas a veces en nombre de otro, por no saber o no querer firmar el interesado, y parece que con este expediente se contentaba el funcionario encargado de tomar la declaración. Pero la sangre corrió a torrentes...

Era, sin duda, designio providencial que la Iglesia se fortaleciera con la sangre de los mártires. Tuvo que organizarse como en tiempo de guerra, y la autoridad de los obis-

Una representación de la Iglesia, obra del siglo XIII, en la catedral de Estrasburgo, Francia. La joven aquí coronada y triunfante, como corresponde a la situación de la Iglesia en la Edad Media, no era sino una niña indefensa al final de la última persecución.





Lugar de la supuesta tumba del apóstol San Juan en su basílica de Éfeso.

pos se robusteció con las persecuciones. El obispo era el general que dirigía el combate contra Satanás, invisible, y contra el visible poder del gobierno imperial. Después de los apóstoles, todas las comunidades tuvieron su obispo, escogido éste todavía dentro de la Iglesia misma. En un principio, los obispados fueron como monarquías electivas, y las Iglesias se gloriaron de la serie de sus obispos, algunos de ellos mártires, otros grandes doctores. La reputación de algunos de ellos les dio cierta autoridad sobre sus colegas, formándose así la jerarquía del obispo metropolitano, como superior de los otros obispos de su nación o provincia. Las Iglesias de Antioquía, Roma, Alejandría y Cartago, al final del siglo III, habían sido ya regidas por tantos santos y varones ilustres, que su derecho a ser cabezas de toda una región parecía una cosa indiscutible, y con mayor universalidad sobre todo por parte de la de Roma, y de este hecho a la concentración de toda la autoridad espiritual en el pontificado solamente hay un paso.

Mientras tanto, se iba formando el repertorio de imágenes caras a los cristianos. La figura más deseada, esto es, la del Cristo, tenía dificultades casi invencibles. No sólo existía el peligro de caer en las idolatrías de los paganos, sino que la información que procuraba a este respecto la escritura santa era vaga y aparentemente contradictoria. Isaías dice que el Mesías no tendrá belleza que pueda hacerlo deseable; Tertuliano, con su apasionamiento africano, casi insiste en que Jesús debe ser feo, para que no le amemos por su belleza. Así es que se recurrió al expediente de representarlo primero como el Buen Pastor y después como un joven imberbe con nimbo cruciforme.

Hasta bien entrado el siglo IV no tomó Jesús el tipo definitivo del Redentor, con barbas finas, ojos negros y cabellos lacios, que es todavía el máximo consuelo de la humanidad doliente.

116

BIBLIOGRAFIA

Alonso Díaz, J.	*De Jerusalén a Roma,* Santander, 1963.
Danielou, J., y Marrou, H. I.	*Historia de la Iglesia,* dirigida por L. J. Rogier, B. Aubert y M. D. Knowles, Madrid, 1968.
Dupont, J.	*Les sources du Livre des Actes. Etat de la question,* Brujas, 1960.
Fliche, A., y Martin, V.	*Histoire de l'Église,* París, 1935-1938.
Goppelt, L.	*Die apostolische und nachapostoliche Zeit,* Gotinga, 1962 (importante aportación protestante).
Hertling, L.	*Historia de la Iglesia,* Barcelona, 1960.
Jedin, H.	*Manual de historia de la Iglesia,* Barcelona, 1966.
Küng, H.	*La Iglesia,* Barcelona, 1969.
Léon-Dufour, X.	*Los evangelios y la historia de Jesús,* Barcelona, 1966.
Moreau, J.	*La persécution du christianisme dans l'empire romain,* París, 1956.
Simon, M.	*Les premiers chrétiens,* París, 1960.
Wikenhauser, A.	*Introducción al Nuevo Testamento,* Barcelona, 1960.



Ruinas del circo de Majencio, en Roma. Mucho más liberal que Galerio en su edicto de tolerancia de 311, Majencio dio libertad a los cristianos y ordenó que se les devolvieran sus bienes inmuebles. A pesar de lo cual, es posible que este circo viera algún espectáculo no acorde con la libertad concedida.



Las sectas gnósticas y el concilio de Nicea

Vista interior de la capilla griega en las catacumbas de Priscila, Roma. El vehemente carácter absolutista de Diocleciano puso en marcha una grandiosa persecución contra los cristianos, la más sangrienta de todas, exigiéndoles la adoración al emperador. Pero no tardó en darse cuenta de que las ideas bien arraigadas no pueden combatirse con sangre.

Hay que abrir aquí un paréntesis para explicar la defensa de los cristianos mediante apologías en tiempo de las persecuciones y la resistencia a tolerar las herejías filosóficas llamadas gnósticas: *gnosis* quiere decir en griego "conocimiento". Las gnosis, muchas y muy variadas, tenían como origen la dificultad de aceptar que Jesús era Dios como el Padre, y ello mucho antes de que Arrio precisara esta dificultad, situación que tuvo que resolverse con el concilio de Nicea. Los herejes gnósticos empezaban sus sistemas teológicos declarando que el Dios creador, o sea el Padre, tenía que ser de tal grandeza, pureza y bondad, que no podía haber producido el universo imperfecto y a menudo malo. A este Dios supremo primero, incomprensible, no podía atribuirse la ley mosaica. En consecuencia, el Antiguo Testamento era creación humana... La ley, la

Anverso y reverso de una medalla del emperador Diocleciano, el cual dio un giro importante a la marcha del Imperio intensificando la labor defensiva de las fronteras (Gabinete de Medallas, París).







naturaleza y el hombre son producto de espíritus intermedios. Dios está alejado del universo: es infinito, incomparable a todo lo creado, careciendo de toda imperfección y de toda calificación. Hasta aquí esto es un concepto filosofico, pero los gnósticos trataron de explicar el mundo real y al hombre con Jesucristo como creador, es decir, con Jesús como Dios agente y activo. Al dios infinito, universal y eterno le llamaron Dios puro, y al dios creador, o sea Jesús, Dios justo.

Entre ambos había una serie de elementos divinos, casi siempre por pares, que engendraban al inmediato, ya más próximo a la realidad. Les daban nombres semíticos o egipcios. Las sectas gnósticas habían producido cierto número de profetas en los países del Oriente y muy pocos en Egipto. El primero o más conocido de los profetas gnósticos es el llamado Simón Mago, del que se forjó la leyenda de un viaje a Roma para obtener de San Pedro la facultad de resucitar a los muertos.

La ida de Simón a Roma ha sido descartada recientemente, pero de que Simón practicó la magia en gran escala en Samaria no cabe duda, porque San Justino y San Ireneo pudieron comprobarlo.

Simón iba acompañado de una mujer llamada Elena y explicaba que hay un poder supremo que creó los ángeles, los cuales

El año 286, el emperador Diocleciano decidió aligerarse del gobierno del Imperio nombrando a Maximiano corregente de la parte occidental del Imperio y encargado de su administración y defensa. Ambos augustos aparecen representados en este pilar de la Biblioteca Vaticana, Roma.

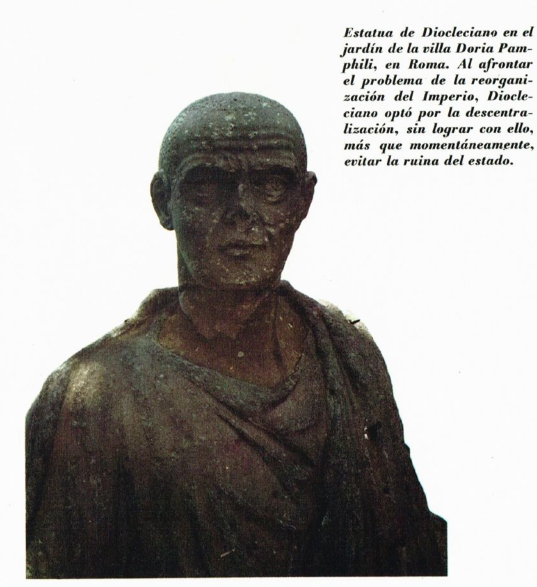
a su vez crearon el mundo. El matrimonio y la procreación eran considerados pecaminosos. Simón recomendaba también el comer sólo vegetales. Estos consejos o mandamientos se encuentran en casi todas las subsiguientes sectas gnósticas, que, según San Ireneo, aparecieron como setas en el bosque, tal era su abundancia. Simón pretendía hacer milagros y de él procede la palabra *simonía,* empleada todavía para calificar la corrupción de los eclesiásticos.

Aunque determinados consejos o mandamientos son comunes a todas las predicaciones de los profetas gnósticos, algunos daban a su doctrina caracteres especiales, como el acentuar la creencia en la segunda venida de Jesús. Tres de los fundadores de Iglesias gnósticas aseguraron que habían recibido la revelación de que Jesús iba a aparecer pronto en las nubes y cuidar de los creyentes por espacio de mil años. Tan seguros estaban de esta venida, que abandonaron los hogares y marchaban en masa hacia el Oriente. Uno de ellos podía determinar el lugar, un valle estéril junto al Éufrates, y allí se consumieron los devotos esperando años. Aunque algo de la gnosis llegó a Roma, el mal se fue diluyendo y poco se percibe de su influencia en el dogma católico romano.

Simultáneamente, la Iglesia romana fue precisando el canon o serie de libros sagrados que constituyeron el Nuevo Testamento. A finales del primer siglo de la era, los cuatro evangelios canónicos ya estaban reconocidos como libros santos e inspirados por Dios. El relato de la vida de Jesús y el recuerdo de sus palabras se había conservado en textos cortos llamados *Logía* o sentencias. De ellos se aprovecharon Mateo, Marcos y Lucas. Sus tres evangelios tienen tanto parecido entre sí, que se han llamado sinópticos. El cuarto evangelio, atribuido al apóstol San Juan, es mucho más destacado y tiene infiltraciones de gnosticismo. A Jesús se le califica de Logos o Palabra divina y hay paralelismos que se corresponden con el estilo de los profetas gnósticos: emplea las antinomias Luz-Tinieblas, Verdad-Mentira y Ángel de la Luz-Ángel de la Oscuridad...

En todo caso, el evangelio de San Juan aparece ya incluido en la lista llamada *Canon de Muratori,* por ser Muratori quien lo descubrió en un palimpsesto de Ravena del siglo I. También contiene la mayoría de los otros libros del Nuevo Testamento, y casi en su orden actual definitivo. Además, la Iglesia romana utilizaba un texto llamado *Didaché,* que significa doctrina, en el cual se propone una moral y se regula el rito de los sacramentos. El manuscrito más antiguo de la *Didaché* fue descubierto en Constantinopla hace más de ochenta años, pero hay referencias romanas a la *Didaché* del siglo II. Hay que mencionar también un libro rústico, algo novelesco, escrito por un miembro de la Iglesia de Roma. Era un campesino llamado Hermas, hermano del papa San Lino. El Señor le comunicó a Hermas muchos consejos morales, que repite intercalando parábolas edificantes. El libro de Hermas, llamado *El Pastor,* se leía en las reuniones de los fieles después de la cena común los sábados por la noche.

Al comenzar el siglo II, la Iglesia católica romana, ya bien establecida, tenía el prestigio que le daban los martirios de San Pedro y San Pablo, que la fundaron. Era reconocida por las demás comunidades cristianas, desde el Éufrates hasta la Galia, como cabeza de todas las Iglesias cristianas. Por su vecindad con la administración imperial se creía con derecho y deber de contraatacar en tiempo de persecución. Esto dio origen a una serie de alegatos o apologías en favor de la religión cristiana para convencer a los emperadores de la injusticia de las acusaciones contra los creyentes. Era una literatura casi de propaganda y producida por personas de educación filosófica que veían con disgusto la persecución por el solo he-



Estatua de Diocleciano en el jardín de la villa Doria Pamphili, en Roma. Al afrontar el problema de la reorganización del Imperio, Diocleciano optó por la descentralización, sin lograr con ello, más que momentáneamente, evitar la ruina del estado.

Los césares Constancio y Galerio, agregados al trono por Maximiano y Diocleciano, respectivamente (Biblioteca Vaticana). Según el sistema de sucesión ideado por Diocleciano, a los veinte años tenían que retirarse los emperadores y dejar el sitio a los césares, que, a su vez, elegirían nuevos ayudantes. Así se aseguraba una sucesión oportuna no hereditaria.



cho de llamarse cristianos. La primera apología para convencer al emperador filósofo Marco Aurelio no parece haber producido mucho efecto. Su autor, Celso, era un erudito pagano que distingue las sectas gnósticas de la *Gran Iglesia*. Su tratado, llamado *Discurso verdadero,* aconseja a los cristianos que abandonen su separación y se asocien a la religión del estado. Celso temía que sin la unión se debilitaría la fuerza de Roma.

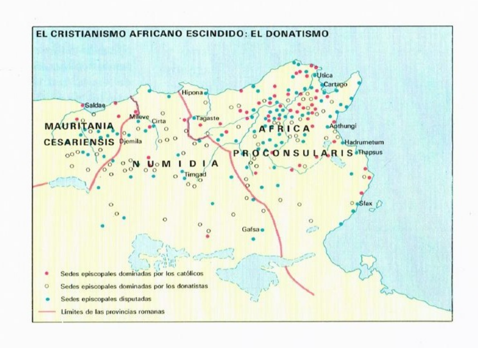
Otras apologías fueron redactadas para convencer al emperador Antonino Pío. La

de Arístides compara las religiones de los bárbaros, los judíos, los griegos y los cristianos y ensalza las virtudes de estos últimos. Justino era otro filósofo que vivía y vestía como tal. Iba con una capa corta de ciudad en ciudad, predicando sus principios filosóficos. Primero explicaba un puro platonismo, pero cuando contempló escenas de martirio y se dio cuenta de la sinceridad de los mártires, se convirtió al cristianismo y escribió su apología. Los retóricos paganos se enfurecieron contra aquel intruso en el campo de la filosofía y consiguieron su condena como enemigo del estado. San Justino murió mártir en Roma.

A mediados del siglo III, la caída del Im-

La Porta Nigra, entrada fortificada de la ciudad de Tréveris, construida en tiempos de Aureliano. Tréveris fue la capital de la Galia belga y un importante puesto estratégico por su proximidad a la frontera germana. Constancio Cloro fijó en ella su residencia, desde donde dirigió las operaciones de recuperación de aquellas tierras a los germanos.





perio romano parecía inminente. Algunas tribus francas habían invadido la Galia y España. Los godos arrasaron la Dacia (hoy Rumania) y llegaron hasta Éfeso. Armenia se había perdido, y por el Este los persas vadearon el Éufrates. El emperador Valeriano, que acudió con presteza a detenerlos, fue vencido y, hecho prisionero, sirvió de escabel mientras vivió, según la leyenda, al rey Sapor cuando éste se sentaba en el trono.

Sin embargo, Claudio y Aureliano, dos emperadores aclamados por las legiones, rechazaron a los bárbaros y hasta restablecieron las fronteras por el Oriente. Los muros de Aureliano, que dan la vuelta entera a la ciudad, todavía causan asombro al que visita Roma; parece imposible que,

Mosaico del ábside de la iglesia de Santa Inés, en Roma, que representa a dicha mártir, decapitada en 304 en la persecución de Diocleciano, entre los papas Símaco y Onofre.

LA HELENIZACION DEL CRISTIANISMO: CLEMENTE DE ALEJANDRIA

TENDENCIAS SINCRETICAS DEL HELENISMO ALEJANDRINO.

En Alejandría, la helenización de la antigua religión egipcia es completa: Horus es identificado con Apolo, Amón con Zeus, Ptah con Hefestos, Toth con Hermes, Osiris con Dionisos.

Antes de la aparición de Cristo, los judíos alejandrinos, especialmente Filón, han consumado ya una alianza entre el Antiguo Testamento y la cultura griega.

La primera característica de la corriente alejandrina es la alianza del Evangelio con la cultura griega.

VALOR ALEGORICO DE LOS ANTIGUOS TEXTOS RELIGIOSOS.

El helenismo elabora una exégesis de Homero y de Hesíodo, de valor simbólico. En las historias de los dioses se descubren las fuerzas de la naturaleza, las potencias del alma o los misterios de la metafísica.

Filón de Alejandría aplica a los textos del Pentateuco el mismo método que los exegetas de Homero y Hesíodo, y ello para disipar el escándalo de una legislación caduca o relatos escabrosos e ingenuos.

Clemente de Alejandría utiliza el método filoniano: toma de Filón una alegoría, la interpreta originalmente y elabora luego otra más cristológica.

CULTURA PROFANA Y CULTURA RELIGIOSA.

El plan de Filón consiste en poner la cultura profana al servicio de la Biblia, sosteniendo el principio de la necesidad de la cultura profana como preparación para el conocimiento de las Escrituras.

Entre las disciplinas que Clemente pone al servicio del entendimiento de la Escritura la más importante es la filosofía, porque hace pasar del conocimiento ingenuo al científico ("episteme"). En el plano filosófico es la investigación ("zétesis"), que parte de datos comunes, pero permite transformar la simple opinión en certeza ("gnosis").

Según Clemente, el punto de partida son los hechos que presenta la Escritura; en concreto, los primeros principios son las verdades reveladas esenciales. La "zétesis" consistirá en relacionar con ellas los diversos datos de la Escritura: así se habrá pasado de la fe a la gnosis. Es lo que constituye la demostración ("apodeixis") escriturística.

La diferencia esencial entre Filón y Clemente es que mientras en aquél el método llevaba a una reducción a términos racionales, en éste hallamos tan sólo la aplicación a un dato puramente revelado, con lo que plantea los fundamentos del método teológico.

CRISTIANISMO.

El medio alejandrino sería favorable al proselitismo cristiano. Alejandría será la escuela donde el cristianismo, nacido en un medio semita, acabará su educación griega.

Hasta Clemente de Alejandría, la exégesis cristiana es una prolongación de la del judaísmo palestino; busca correspondencias entre el Antiguo Testamento y la Nueva Alianza: Justino, Ireneo, Melitón; más tarde, Hipólito y Tertuliano.

en medio de tantas dificultades, Aureliano encontrara recursos suficientes para construir las gigantescas torres y la altísima muralla que han protegido a Roma hasta nuestros días. Más aún, un sucesor de Aureliano trató de salvar el Imperio no sólo con batallas, sino con una nueva organización. Para muchos, la llamada Edad Media debería empezarse a contar desde el año 284, cuando Diocleciano fue proclamado emperador. Con él, por lo menos, empieza una nueva era; el Imperio romano es algo diferente antes y después de Diocleciano.

Por de pronto, Diocleciano se asoció a su lugarteniente Maximiano, lo cual no



Anverso de una moneda de bronce de Diocleciano (Museo Nacional, Roma). Los intentos del emperador de reorganizar la vida económica en el Imperio fracasaron. La uniformidad de los precios en tiempos difíciles dio como resultado catastrófico el aumento de la miseria.

EL GNOSTICISMO: DE LA FILOSOFIA A LA HEREJIA

A veces, la ortodoxia triunfante ha menospreciado en exceso, en su posterior reconstrucción, muchos de los movimientos heterodoxos que aparecen principalmente a partir de los siglos II y III y cuyo mayor interés es el de ser impugnados para, sobre sus ruinas, construir el gran edificio intelectual y moral que se impondrá a caballo de los últimos esfuerzos de supervivencia del Imperio. Indudablemente que, sobre todo para el creyente, la intrínseca capacidad de perdurar propia de la Palabra revelada será la principal explicación por encima de tantos conflictos y enfrentamientos ideológicos, religiosos y políticos, pues no existía una esfera sin la otra. Mas para unos y para otros, creyentes y no creyentes, cada vez resulta más importante e iluminador conocer aquellos siglos en los que diversas maneras de interpretación lucharon por llegar a dominar sobre los demás.

Por qué unas formas de pensamiento, teologías y filosofías prevalecieron sobre otras, por qué dentro de la misma ortodoxia dominante unas posturas resultaban, con la sola diferencia del tiempo, aceptables o dignas de proscripción, es algo que todavía es objeto de investigación y de sumo interés para quienes en esos siglos encontramos el punto de partida de un mundo y cultura occidentales.

Poniendo un ejemplo respecto del gnosticismo, podrá valorarse, supuesto el hecho histórico-dogmático de la Resurrección, qué diferentes consecuencias se hubieran sucedido del modo de entender la ideología gnóstica con su peculiar concepción de la vida-resurrección. E, indudablemente, la cultura occidental ha sido no poco influida por una determinada visión cristiana de la muerte, lo que no quiere decir que siempre haya sido una fiel y estudiosa interpretación del mensaje evangélico original.

La ideología gnóstica no es una efímera corriente filosófica bajo la influencia del neoplatonismo ni una deleznable herejía, marginal y despreciable, como luego afirmaría Constantino del arrianismo, resultado lógico de anteriores sistemas. El gnosticismo, aunque a la larga resultó un sistema deficiente, tiene en su haber el valor de primicia al tratar de reflexionar, de hacer teología, sobre qué sea el Verbo, la sustancia del Verbo, la "procesión del Verbo". Y el gnosticismo, aunque a la larga será proscrito, dada su heterodoxa desviación, ha de considerarse como el primer intento de una filosofía cristiana de la religión y de la historia. Cuando todavía el primitivo cristianismo tenía preocupaciones pastorales y se movía en la escueta tradición del pensamiento judeocristiano, ya tuvo que experimentar los ataques del "innovador" gnosticismo, capaz de hacer naufragar la fe, según puede comprobarse en las cartas paulinas a Timoteo.

Desde luego, fue el gnosticismo una ideología de amplia incidencia en el mundo primitivo cristiano. Ya en el área propiamente judaica del naciente cristianismo venían percibiéndose tendencias semejantes: la secta esenia, que constituía una especie de "pregnosis"; el afán platonizador de Filón, que se percibe en el Evangelio de Juan de manera vulgarizada o difusa. Todo ello supone un esfuerzo por hacerse entender en el mundo cultural del helenismo. Partían de ideas tomadas del judaísmo tardío, con elementos de la revelación cristiana en sincretismo con elementos orientales. Su ritual, apoyado en los cultos mistéricos y cristianos, tenía poderosa fuerza de atracción, con una buena carga de simbolismo bien explotado y una hábil propaganda.

La gnosis se presentaba liberadora y, como el cristianismo, pretendía dar al hombre religiosamente inquieto una respuesta inteligente y válida del mundo y de sí mismo. Con palabras del gnóstico Teodoto, el gnosticismo se enfrentaba a estas cuestiones: "¿Qué éramos, qué hemos venido a ser, dónde estamos, adónde hemos sido arrojados, adónde vamos, de qué nos liberamos, qué es nacer, qué es renacer?".

Sus más importantes líderes pasaron con sus nombres a la historia del pensamiento: Marción, que logró formar en los albores del cristianismo una Iglesia disidente gracias al corpus que le dio como regla de fe; el sirio Basílides, el cual inició la edad de oro del gnosticismo, y el egipcio Valentín, el cual formuló el más amplio sistema gnóstico de innegable influencia posterior. Además, había otros movimientos sectarios más populares, como los barbelognósticos, los ofitas, los naasenos y los setianos. También puede valorarse la influencia de Manes y el maniqueísmo, grandemente difundido por la India y China debido a la combinación con el viejo dualismo persa de Zoroastro, pero de no menos honda repercusión en el pensamiento y religiosidad occidentales, perviviendo incluso a través de los grupos cátaros.

Pero, al considerar estos pensadores, no pueden atribuírseles las cualidades de los malos teólogos que escogen de la Sagrada Escritura lo que les interesa a sus tesis, como ya decía de Marción el mismo Tertuliano, según el cual, Marción "ha destrozado las Escrituras para adaptarlas a su sistema". Al fin y al cabo, no querían probar una doctrina distinta de la de la Iglesia. En todo caso, como ya entendió perfectamente Harnack de Marción, pueden ser considerados estos teólogos y pensadores como precursores de quienes, poseyendo una certeza, justa en su principio, dirigen la visión de las cosas de tal forma que todo debe subordinarse a aquélla.

Pero siempre es necesario superar una postura dogmática excluyente para, sin perjuicio de la personal y propia creencia, adentrarse en la complejidad del pensamiento humano en esta época y tratar de comprender por qué el cristianismo, además de poseer características reveladas y de contar con el favor imperial, fue imponiéndose sobre otras maneras de interpretación, algunas no menos cristianas y amantes de la Sagrada Escritura. De hecho, su influencia, hasta en el mismo cristianismo institucionalizado, cuesta mucho de ser borrada del todo.

En cuanto a las obras-fuente del gnosticismo es necesario referirse a una de las principales adquisiciones de los últimos tiempos. Se trata de los descubrimientos en el Alto Egipto, cerca del antiguo monasterio pacomiano Cenobosquion. Lo que hasta hace poco se sabía del gnosticismo, se conocía, sobre todo, a través de sus impugnadores: San Ireneo, obispo de Lyon; su discípulo Hipólito de Roma, Epifanio de Salamis (Chipre), etc. Unos pocos escritos de procedencia gnóstica, como la *Pistis Sophia* y los *Libros de Jehú*, suponen escasa documentación.

Ahora se poseen muchos de los escritos mismos de los gnósticos. El descubrimiento de importante material gnóstico quedó un poco nublado por los sensacionales descubrimientos de Qumrân (1947), pero no fueron menos importantes los descubrimientos de Nag Hammadi (Egipto) por el año 1945, cuando unos campesinos encontraron una ánfora con documentos en su interior que fueron vendidos por poco precio a unos traficantes, quienes los llevaron a El Cairo. Allí, en el Museo Copto de esa ciudad, reposan muchos documentos esperando todavía ver la luz científica: son trece códices en copto sahídico casi todos, que contienen unos cincuenta tratados. Son traducciones del griego que debieron de realizarse por los siglos IV-V, pero responden a originales que pertenecían al siglo II, cuando seguramente el volumen de la literatura gnóstica superaba al de la Iglesia. En torno a los Evangelios han aparecido evangelios de *Tomás, Felipe, de los Egipcios* y un *Evangelio de la Verdad.* Existen también *Hechos* de Pedro y de Matías, abundante literatura apocalíptica. Naturalmente, toda esta literatura es apócrifa, pues no fue admitida por el canon católico.

El *Evangelio de Santo Tomás,* que hasta ahora era conocido por alguna cita de Hipólito, se encuentra completo —el único evangelio apócrifo primitivo que lo está— y es de valiosa importancia para completar los conocimientos de la época primitiva de la Iglesia. Al igual que los manuscritos de Qumrân pudieron pertenecer a alguna comunidad de esenios establecida por ese lugar, los manuscritos de Nag Hammadi probablemente procederán de la biblioteca de alguna comunidad gnóstica.

Ya en las referencias de Hipólito se habla de una secta que utilizaba este Evan-

gelio, los naasenos. Pero como en muchos escritos aparece como figura central el profeta Set (Sem), bien pudo pertenecer esa biblioteca a los setitas.

El gnosticismo fue combatido y desarticulado; su teogonía y cosmogonía, deficientes, fueron superadas por los nuevos esfuerzos reflexivos. Pocas posibilidades tenía de llegar a sobrevivir, pues en su amalgama de elementos orientales y helenísticos, a pesar de ser una afición contemporánea, se oponía al ideal clásico de la *sōphrosynē*, así como suponía el suicidio de la clásica razón al despreciar la ciencia objetiva.

Pero no hay que olvidar aquel mundo intelectual donde el neoplatonismo de Ammonio Saccas, Plotino, Porfirio, etc., supusieron no poca influencia en los grandes problemas de la teología sobre la divinidad del Verbo. Pues entre los mismos padres griegos del siglo III no todo fue acierto y seguridad. Y precisamente a través de estos movimientos "heréticos" la ortodoxia católica se vio obligada a reflexionar su propia actitud frente a la Escritura y a la regla de fe, a revisar sus formas de organización y a desplegar su fuerza dialéctica frente a semejantes amenazas.

En suma, independientemente de la proscripción por la ortodoxia victoriosa, el gnosticismo patentiza la lucha del espíritu humano por encontrar salida en aquella época de decadencia imperial y de esperanzadoras promesas evangélicas, a pesar de que sus representantes, en su mayoría intelectuales grecorromanos que prefirieron el Jesús-Dios totalmente alejado de la participación de este mundo, se instalasen en un fascinador mundo de complejidades en busca de lo mágico, convencidos de que el mundo cotidiano era sensiblemente malo y una falaz ilusión. Todavía, modernamente, apreciaciones semejantes, subrepticios dualismos y una reticente utilización de seres intermedios, no han desaparecido del área cultural cristiano-occidental, si bien no se encuentran respaldadas por construcción sistemática alguna.

J. M.ª P.

tenía nada de particular porque otros emperadores habían gobernado también con colegas de igual categoría; pero esta vez Diocleciano y Maximiano se dividieron el Imperio: el uno se encargó del Oriente, y el otro, con plena autoridad, fue casi un primer emperador del Occidente. Ambos tomaron el nombre de *augustos*. Diocleciano casó a su hija con un dacio corpulento llamado Galerio, al que dio el título de *césar*, y Maximiano, a su vez, nombró césar suyo al noble romano Constancio Cloro, padre de Constantino. Constancio estaba ya casado entonces con una mujer que había sido mesonera en su juventud, la misma que después fue Santa Elena, pero hubo de repudiarla para casarse con la hijastra de su augusto y darle así garantías de fidelidad. Diocleciano, el iniciador de esta tetrarquía, estableció su corte en Nicomedia, en el Asia, casi enfrente de la antigua Bizancio. Galerio residió en Sirmium, la actual Belgrado; Maximiano en Milán y Constancio en York o en Tréveris, para defender el Rin y la Bretaña. A Roma se le respetaron sus honores de capital, pero en realidad comenzó a vivir sólo del prestigio de su glorioso pasado y amenazada de convertirse en ciudad santa, buena para legitimar una corona después de una sublevación, pero no para gobernar el vasto imperio ni decidir los destinos del mundo.

Otro cambio importante fue la nueva división del Imperio en doce grandes *diócesis*, repartidas a su vez en provincias. El número de estas últimas varió con el tiempo; cuando Diocleciano empezó la reforma había sólo cincuenta y siete, pero a su muerte sumaban noventa y seis, y en ocasiones su número llegó a ciento doce. Por ejemplo, España estaba dividida en seis provincias y la Galia en quince. La misma Italia, que había sido siempre considerada como una extensión de Roma, fue dividida en doce provincias, y Egipto, hasta entonces feudo personal del emperador, se vio incluido en la nueva organización. A la cabeza de las diócesis estaban los *vicarios* de los augustos. Los gobernadores de las provincias tomaron diferentes títulos: prefecto, procurador o procónsul. Esta subdivisión de las antiguas provincias romanas tenía por objeto impedir que pretendientes ambiciosos se hicieran feudos para apoyar sus pretensiones. Lactancio dice que "Diocleciano trituró el Imperio en pequeños fragmentos para poder aterrorizar al mundo". Pero además lo hizo para centralizar el gobierno y, sobre todo, concentrar las contribuciones en el peculio de los augustos. En esta época desaparece toda idea de tesoro del estado: el dinero del erario fue propiedad del emperador. Los gastos del estado se consideraron como "gastos imperiales", y todo el mundo aceptó la idea de que "el palacio" era la corte, el gobierno y la capital.

A consecuencia de esta centralización y despotismo, los tetrarcas insistieron en exigir, para ellos y para los dioses del Imperio, el homenaje religioso de los súbditos, que los cristianos se negaban a tributar, y, por tanto, recrudecieron las persecuciones. Constancio, más refinado y tolerante, no parece haber tratado cruelmente a los cristianos, pero Galerio, brutal y salvaje, impulsado por su madre, sacerdotisa de una divinidad bárbara, empleó toda su energía en perseguir a los confesores de Cristo. Diocleciano, algo indeciso en este punto, no se dispuso a molestar a los cristianos hasta recibir indicaciones del oráculo de Delfos. En cuanto a Maximiano, no pudo menos de imitar a sus compañeros de mando, y en especial puso empeño en separar del ejército a los cristianos y, en caso de contumacia, castigarlos severamente. Por el nú-

mero imponente de mártires que sufrieron en las distintas regiones de la tetrarquía y por el rigor de las medidas tomadas contra los templos y el culto, así como contra el sacerdocio y los fieles, la persecución de Diocleciano bien merece el dictado de "Gran persecución" con que ha pasado a la Historia; representa el máximo esfuerzo del Imperio contra el cristianismo, el cual muy pronto triunfaría de los dioses antiguos.

Tal fue la política de los cuatro corregentes hasta 305. En esta fecha, Diocleciano, que tenía ya cincuenta y nueve años, reunió sus tropas cerca de Nicomedia y delante de ellas renunció al título de augusto. Se había convenido que Maximiano abdicaría también y que los dos césares ascenderían a augustos. Ellos, por su parte, elegirían los nuevos césares, que a su vez serían más tar- de otros augustos. Diocleciano pensó haber hallado de este modo un sistema excelente para regular la sucesión imperial. Era evidente que un príncipe que reuniera todas las condiciones necesarias no podía traspasar su poder a su hijo y fundar una monarquía hereditaria; el Senado, como asamblea electora, había probado su incapacidad, y era peligroso dejar la elección a las legiones. La idea de Diocleciano de que los hijos de los césares fuesen excluidos de la sucesión, para evitar que el gobierno cayera en manos ineptas, parecía obligar a los augustos a elegir a los más aptos. Resulta muy interesante advertir que el proyecto de Diocleciano se parece a una de las constituciones de Bolívar, cuando éste proponía un presidente vitalicio que elegiría al vicepresidente, que debía ser su sucesor. Pero



El arco de Galerio en la ciudad de Salónica, Grecia. Cuando en 305 acabó el plazo de gobierno de la primera tetrarquía, Galerio ocupó el puesto de Diocleciano y Constancio Cloro pasó a ser augusto en Occidente. Como césares fueron elegidos Maximino Daja en Oriente y Severo en Occidente.

al retirarse Diocleciano se vio ya la imposibilidad de aplicar este régimen. Los hijos de Constancio y Maximiano, inteligentes y ambiciosos, no se resignaron a ser preteridos, después de haber participado algo del poder en las cortes de sus padres. Así, pues, Constantino y Majencio se levantaron en Occidente, mientras Galerio, ascendido a augusto, como sucesor de Diocleciano, conservaba las provincias orientales con otro césar por él improvisado.

Para asegurarse primero en Occidente, Constantino atacó a Majencio, venciéndole en la batalla de Puente Milvio, a las puertas de Roma. Era el 25 de octubre de 312. Es innegable que, ya desde este día, Constantino atribuyó su victoria a la protección que le había dispensado el Dios de los cristianos. Después explicó (y el historiador Euse-



Detalle de los relieves del arco de Galerio en Salónica. Aunque en mal estado, se adivinan en ellos vigorosas escenas de las campañas guerreras del emperador.



Paisaje de las cercanías de la ciudad de Split, Yugoslavia, donde Diocleciano se hizo levantar un gigantesco palacio para descansar después de su abdicación.

bio consigna haberlo recogido de sus propios labios) como, durante su marcha contra Majencio, había visto en el cielo, encima del sol, una cruz resplandeciente con la inscripción: *τούτω νίκα*, "Con esto vencerás" Impresionado por la visión, a la noche siguiente tuvo un sueño en el que se apareció Cristo, con la misma señal flameante que había visto en el cielo, ordenándole que la hiciese poner sobre sus estandartes y se sirviese de ella como de arma defensiva contra sus enemigos. Al apuntar el día, Constantino llamó a sus generales y les contó la visión. A toda prisa buscaron entre los soldados quienes tuviesen el oficio de platero y, dirigidos por el propio Constantino, fabricaron el *Lábaro,* que más tarde se conservó en Constantinopla como preciosa reliquia entre las joyas imperiales. Era un estandarte formado por una lanza de punta dorada y una barra transversal, rematada con un círculo de pedrería que encerraba el crismón o monograma del Cristo.

Constantino, después de la batalla de Puente Milvio, entró en Roma y allí levantó un arco triunfal, en el cual el Senado hizo grabar esta inscripción, que se lee todavía: "Constantino, por inspiración de la divinidad *(instinctu divinitatis)* y la grandeza de su genio, ha vengado a la comunidad en una guerra justa contra el usurpador y toda su gente". Es, pues, evidente que Constantino, aunque no estuviese bautizado, contaba con tener en su favor al Dios de los cristianos.

Mientras, en Occidente, Constantino se desembarazaba de Majencio, un "hombre nuevo" había aparecido en Oriente, un tal Licinio, que Constantino se vio obligado a aceptar provisionalmente como colega. Invitado por Constantino, Licinio acudió a Milán y ambos proclamaron en esta ciudad, en el año 313, el famoso edicto que lleva su nombre, posiblemente el documento más importante para la historia de la Humanidad. El llamado *Edicto de Milán* se expresa textualmente como sigue:

"Siendo así que Constantino Augusto y Licinio Augusto nos hemos reunido en Milán para discutir lo que conviene al interés y seguridad públicos, hemos llegado a la conclusión de que, de cuantas medidas puedan aprovechar a la humanidad, ninguna es tan necesaria como la que sirva para regular el culto debido a la divinidad.

"Hemos decidido, por tanto, otorgar a los cristianos, y a todos los demás, perfecta libertad de practicar la religión que crean la mejor, para que así pueda propiciarse cualquier divinidad que esté en el cielo, y hacérnosla propicia para nosotros y para cuantos están bajo nuestra autoridad. Así es que hemos pensado que la política más razonable es que, bajo ningún pretexto, pueda privarse a nadie de la libertad de escoger su religión, tanto si prefiere la cristiana como otra cualquiera, para que la Divinidad libremente nos conceda en todas las cosas su favor y benevolencia.

"Por tanto, es bueno que se sepa que hemos decidido abolir todas las restricciones contenidas en previos edictos respecto a los cristianos, porque nos han parecido injustas y extrañas al espíritu de nuestra clemencia.

"Por esto, cualquier persona que desee abrazar o practicar la religión cristiana tendrá desde ahora libertad de hacerlo sin ninguna limitación. Hemos creído necesario explicar bien estas cuestiones para que se sepa que hemos concedido a los cristianos el libre y completo derecho de practicar su religión.

"Pero de la misma manera debe entenderse que el mismo libre y completo derecho, conforme a la paz de nuestros tiempos, se concede a todos igualmente para que puedan practicar cualquier religión que ellos escojan. Y hemos decidido esto para

Marfil bizantino con la representación de Roma (Kunsthistorisches Museum, Viena). Tras la reorganización imperial de Diocleciano, Roma perdió la capitalidad del estado. En efecto, mientras Diocleciano fijaba su residencia en Nicomedia, Maximiano se establecía en Milán.



que nadie ni ninguna religión sean desposeídos del honor que se les debe".

El lector habrá observado que lo que conceden Constantino y Licinio en el edicto de Milán es la libertad religiosa íntegra, completa y absoluta, ni más ni menos lo que llamamos nosotros "libertad de cultos". Se repite varias veces que el edicto se promulga principalmente para proteger a los cristianos y acaba de probarlo la segunda parte del acuerdo estipulado en Milán con la restitución inmediata y gratuita de todos sus bienes religiosos, así los que estuvieren en poder del fisco como los que habían sido vendidos o donados a personas particulares, pero no se sigue con ellos una política de excepción. Recuérdese que ni Constantino ni Licinio eran cristianos: Constantino no se bautizó hasta la víspera de su muerte, y Licinio murió pagano. Es de notar, sin embargo, el carácter general que toma en las potestades imperiales la reacción en favor de los cristianos, ofreciendo incluso aspectos religiosos sorprendentes.

Hasta Galerio, el principal responsable de la gran persecución, consumido por una enfermedad horrible, trató de congraciarse con los cristianos para que rogaran por su vida. El curioso edicto de Galerio moribundo, dando también libertad de culto a los cristianos, acaba con este párrafo, que revela la desesperación de quien, por librarse de la muerte, se asiría de un hierro candente: "...Y en pago de nuestra tolerancia, los cristianos rogarán a su Dios por nuestra salud, por la suya y por el bien del estado, para que el estado pueda estar seguro y prosperar, y ellos vivir tranquilos en sus casas".

Este edicto, fechado en Sárdica el 311, es dos años anterior al edicto de Milán y a la supuesta conversión de Constantino. Los efectos sobrenaturales de la protección que podía dispensar el Dios de los cristianos se indican también en la oración que Licinio mandó recitar a sus soldados la víspera de la batalla de Adrianópolis, al regresar de Milán para reconquistar el Oriente. Licinio creía que su rival Maximino había logrado el concurso del olímpico Júpiter; por esto hizo co-

NICEA: UN TRIUNFO PARCIAL PARA EL IMPERIO Y PARA LA IGLESIA

En una compleja perspectiva histórica, el concilio de Nicea polariza algo más que una polémica interna de la Iglesia acerca de un punto de su fe cuya resolución dogmática puede constituir el punto de partida más importante que sobre el Evangelio revelado exhibirá la historia del dogma a lo largo de los siglos. Adentrarse en el estudio del concilio de Nicea supone relacionarse con el mundo de un imperio que se desvanecía poco a poco, pero irremediablemente, y con una Iglesia que se fue consolidando, para llegar a pervivir a lo largo de los siglos, sobreviviendo a tantas estructuras y fuerzas que la vieron nacer.

Nicea es un momento evocador de la fe cristiana, pero creyentes y no creyentes pueden valorar algo más que las disquisiciones en torno a la Trinidad o Unicidad de Dios y, consiguientemente, en torno a la Humanidad o Divinidad de Jesucristo. En Nicea hay más o, en todo caso, la cuestión de fe –trinitaria o monádico-arriana– implicó serias influencias en la historia general contemporánea.

La teología cristiana había quedado perfectamente integrada en la tradición intelectual griega al finalizar el siglo II. Los debates teológicos estaban a la orden del día y podría decirse que las conversaciones teológicas llegaron a ocupar el lugar de los antiguos debates políticos de la *polis*. Con la definitiva imposición del cristianismo puede decirse también que a partir del siglo IV comenzó Occidente a ser oficialmente y de manera profesa "cristiano", hasta que en los tiempos modernos se hizo posible profesar abierta y colectivamente el ateísmo, el agnosticismo, etc., o cualquiera otra religión. Pero esto no permite pensar que la unidad religiosa de Occidente, impartida por la Iglesia, fue doctrinaria y totalitaria, ni mucho menos implicando total uniformidad. Y es que desde los primeros tiempos las desviaciones y disidencias han sido patentes.

El cristianismo nacía en un complejo y conflictivo mundo en crisis política, religiosa e ideológica y, naturalmente, hubo de estar enrolado en semejante proceso, lo mismo que los que habían aceptado la fe cristiana no podían estar liberados de sus hábitos culturales y de pensamiento.

En torno a Nicea, ya en el año 325, la controversia y el enfrentamiento no pueden ser más expresivos. Aunque, según señala Crane Brinton, "la Iglesia católico-romana preservó y fortaleció su unidad precisamente porque tuvo que luchar contra los herejes y entrar en compromiso con ellos, ya que el predominio de los herejes –es decir, de las discrepancias en los juicios de valor– es probablemente, en la pubertad de un movimiento, más un signo de fuerza que de debilidad".

El arrianismo polariza o lleva a su culminación los diversos movimientos heréticos que intentaron abordar el problema de Jesús, el Verbo, ya desde el viejo gnosticismo. La influencia del neoplatonismo era notoria. En la misma escuela alejandrina –la de Ammonio Saccas– habían estudiado Orígenes y Plotino. Y éste ya había hablado de tres "hipóstasis" universales, formadas ante todo por el "Principio" o "Único", de quien procede la "Razón", análoga al antiguo "Verbo", y por el "Alma". No resultaba difícil encontrar obispos no herejes todavía que afirmasen que Jesucristo no era más que un hombre nacido de la virgen María. Y en las controversias teóricas y terminológicas se observa que no siempre se tenían ideas muy claras sobre la identidad sustancial entre el Padre y el Hijo, y acaso ni siquiera sobre la filiación divina.

Como superación del politeísmo pagano y del dualismo gnosticista, sobre todo en contra del marcionismo, el monarquianismo estableció seguridad absoluta para el Principio Único (en griego, la *Mone arche*), para la Monarquía de Dios Padre, de modo que Padre e Hijo no eran más que dos aspectos o modalidades de una misma persona. De esta manera se logró salvar la unidad de Dios, pero se deshacía la trinidad de sus personas.

Este sistema herético encontró importantes matizaciones con Sabelio y, sobre todo, con Pablo de Samosata. Son hombres importantes, pues Sabelio difundió sus ideas por la Pentápolis, donde luego Arrio vio la luz, y a Pablo, el cual, favorecido por la princesa Zenobia, había obtenido nada menos que la sede de Antioquía, sucedió el célebre Luciano, en cuya escuela antioquena estudió Arrio, participando de la poderosa fuerza de sugestión de su maestro, quien no debía de poseer ideas muy exactas sobre la divinidad del Hijo de Dios a juzgar por los "lucianistas" posteriores.

Entre los admiradores de Luciano germinó y se desarrolló vigorosamente el arrianismo de primera hora, que llegaba cuando la teología sobre la divinidad del Verbo estaba aún poco madura. Y en este contexto apareció Arrio, regente en la iglesia de Bakaulis de una parroquia del puerto. Divisiones y denuncias hicieron salir a la luz pública las teorías de Arrio, el cual llegó a enfrentarse con su mismo obispo, produciéndose una importante ruptura y escisión en bandos dentro de la Iglesia.

Arrio afirmaba el *subordinacionismo*, por el que, siempre a base de argumentos bíblicos, aseguraba la creación por el Padre del Verbo manifestado en Cristo y por el que quedaba en un dios de segundo orden. En este momento quien desee hacerse una idea de la situación no podrá dejar a un lado la situación político-religiosa del Imperio, más allá de las rencillas, contiendas y enemistades personales que vinieron a englobarse en enfrentamientos más generales e importantes.

Con Constantino, la religión cristiana había tomado carácter oficial y político. Salvar la decadente *romanidad* era, sin duda, su principal objetivo. En Nicea triunfó la causa católica, derivando el espíritu de tolerancia de anteriores edictos hacia una confesionalidad determinada. Pero sólo con Teodosio, hacia el año 379, el nicenismo llegó a imponerse definitivamente y el cristianismo llegó a ser verdadera religión del estado.

Entre tanto no puede decirse simplemente que a Constantino siguieran emperadores más o menos perseguidores, sino que es necesario adentrarse en la sinuosa política de este siglo del Imperio, correlacionando los objetivos imperiales y la génesis y desarrollo de las muy diversas sentencias religiosas.

Resolver el problema de la divinidad de Jesucristo con una mera explicación sociologista puede ser insuficiente, pero atribuir a la invisible acción del Espíritu Santo el éxito triunfal de Nicea puede resultar excesivamente simple. Aunque, indudablemente, no tardaría en imponerse eficazmente una interpretación de la historia, diferente del espíritu clásico romano, centrada en la Providencia divina. Así lo hicieron Eusebio de Cesarea y Lactancio para Constantino y luego San Agustín lo hará básicamente para su filosofía de la historia, de gran influencia en la Edad Media.

Constantino hizo causa común con el símbolo de fe niceno y su voluntad de hacerlo respetar se respaldó con la amenaza de destierro, reduciéndose el número de opositores. No en vano la victoria de la fe iba unida a la del emperador Constantino. Pero Arrio no cedió, aunque sí los "lucianistas". Y desde este momento el arrianismo conoció la división, aunque sin perder su fuerza. Los cristianos celebraron su victoria en un banquete oficial ofrecido por Constantino. Según Eusebio de Cesarea, no faltó ningún padre y los obispos pasaron sin inmutarse por entre las filas de soldados que presentaban sus espadas desenvainadas. Algunos se recostaron junto al emperador... Parecía, a juicio de Eusebio, una imagen del Reino de Cristo. Debió de ser entonces cuando Constantino pronunció, dirigiéndose a los comensales, aquella frase histórica: "Vosotros sois obispos de lo que está dentro de la Iglesia, y yo soy obispo, puesto por Dios, de lo que está fuera". Pero Constantino no tenía suficiente conciencia del problema religioso implicado, y el concilio de Nicea fue más bien un éxito rotundo de la política religiosa de Constantino en orden a salvar el naufragante Imperio.

No faltaron las reacciones contra el concilio, rechazadas por las amenazas de destierro y la victoriosa espada del emperador romano. Pero desde el 328, Atanasio, sucediendo a Alejandro, se hizo cargo de la sede de Alejandría, verdadero líder

y constructor del edificio intelectual trinitario. Y Constantino seguía con su política de regalos, confirmando los dogmas e invitando a la concordia.

Es importante destacar el acceso del oportunista Eusebio de Cesarea, que no se comprometió tanto como Eusebio de Nicomedia en su amistad con Arrio, aunque en el fondo había afirmado con reticencia el símbolo de Nicea, pues a partir de entonces hubo un importante cambio en la política imperial a favor del arrianismo. En el 330 tuvo lugar un sínodo semiarriano en Antioquía. Comenzaron las deposiciones y destierros de nicenistas. Arrio retornó de su destierro. Y en un sínodo celebrado en Jerusalén con ocasión de la dedicación de la basílica de la Anástasis, se declaró ortodoxo a Arrio, aunque, cuando iba a ser admitido a la comunión de la Iglesia, murió. Aún peor fue para la ortodoxia la muerte de Constantino, el cual llegó a aceptar el bautismo de manos del obispo arriano de Nicomedia, "muriendo así en olor de santidad arriana" (Cochrane).

Constancio, desligado de los compromisos de Nicea, favoreció abiertamente los planes de la facción semiarriana capitaneada por Eusebio. Pero, frente a la política oriental antinicena de Constancio II, se levantó la política a favor de Nicea en el Occidente gobernado por Constante. Ahora, la división del Imperio favoreció más la división dogmática. Y, sobre todo, a partir del concilio de Sárdica, que ratificó a Nicea (343), la ruptura entre orientales y occidentales se hizo más marcada y duradera.

Pero Constancio llegó a ser único emperador del Imperio, los sínodos arrianos se prodigaron y la obra de Nicea parecía humanamente condenada al naufragio.

He aquí, pues, como en torno a Nicea fue dibujándose la línea dogmática de la Iglesia, pero también el cesaropapismo irrumpió prematuramente en Occidente, poniendo la Iglesia a merced de la fluctuante política imperial, además de la nueva situación que tomaron las cuestiones religiosas, situación que durará siglos y siglos en la historia de Occidente. La división Oriente-Occidente nunca se zanjará, a pesar del intento teodosiano. El arrianismo llegará a perdurar, incluso en los pueblos invasores germánicos, que en su contacto con Roma y la naciente cristiandad serán objeto, entonces, de *evangelización* y *conversión*, y el maridaje Iglesia-Estado marcará el desarrollo politicorreligioso de Occidente.

Indudablemente, en el actual esfuerzo ecuménico la historia también habrá de tener en cuenta aquellas nueve décimas partes de orientales y germanos que se adhirieron al arrianismo.

J. M.ª P.

Cabeza de Constantino, retrato plenamente realista que representa a dicho emperador con mayor fidelidad, sin duda, que las esculturas halladas en Roma, imperfectas y simplificadas como todo el arte estatuario de la época (Museo Nacional, Belgrado).



rrer entre las tropas la especie de que él había recibido del cielo unas palabras que todos los soldados tenían que repetir. Con ellas aseguraba el triunfo. La oración distribuida por el augusto Licinio entre sus tropas dice así: "Dios altísimo, venimos a ti, Santo Dios, venimos a ti. Te encomendamos nuestro derecho, te encomendamos nuestra seguridad, te encomendamos nuestra soberanía. Por ti vivimos, por ti ganaremos batallas y felicidad. Altísimo y Santo Dios, escúchanos. Extendemos hacia ti nuestras manos, ¡escúchanos, Altísimo y Santo Dios!".

¡Qué pensar de esta oración! Ni una palabra para el Cristo, y es un documento oficial posterior de un año al edicto de Milán. El carácter propiciatorio de esta jaculatoria es innegable, pero se ve el deseo de invocar a Dios de modo que no pueda sentirse ofendido nadie que no sea cristiano.

Tal vez no sea ajena a tales hechos la creencia en los efectos mágicos, que, a últimos del siglo III, había sustituido, en la mayoría de los espíritus superiores, a la fe religiosa y filosófica del paganismo. Posiblemente también, la experiencia de la inanidad de las últimas persecuciones hizo sen-



Detalle de la batalla de Puente Milvio en un retablo atribuido a Miguel Alcañiz (Museo de Bellas Artes, Valencia). Constantino, hijo de Constancio Cloro, proclamado augusto por las legiones de Britania a la muerte de su padre, tuvo que hacer valer sus derechos frente a numerosos enemigos, como Majencio, hijo de Maximiano, que por su parte iba también derrotando a sus enemigos. Enfrentados los ejércitos de ambos al norte de Roma, Majencio murió en la batalla y el vencedor entró triunfante en Roma.

tir a muchos la superioridad del Dios de los cristianos y el valor de su religión. Pero lo cierto es que, en estos días, todo hace presagiar una profunda mudanza religiosa en el Imperio. A la más cruel de las persecuciones sucede un afán intenso de tolerancia, y aun de favor, para los cristianos. En vísperas de la batalla de Puente Milvio, mientras Majencio intenta todavía granjearse el favor de los dioses con toda suerte de sacrificios y sortilegios, los soldados de Constantino aparecen con el monograma de Cristo grabado sobre sus escudos, emblema verdaderamente inusitado. Y en Constantino hay algo más que una simple actitud benévola para con los cristianos, impulsada por intereses políticos. Si se hubiera inspirado solamente en las tendencias religiosas de sus subordinados, el emperador de Occidente no podía hallar razón alguna para abandonar a los antiguos dioses ni ventaja política que le indujera a declararse cristiano. Después de la victoria de Puente Milvio, Constantino no sólo se ha convencido de que está bajo la protección del Dios de los cristianos, sino que desde entonces habla y obra siempre, en materias religiosas, como un creyente convencido. En su ánimo se ha obrado un cambio profundo: puede hablarse, sin temor, de verdadera conversión al cristianismo. El Imperio va a entrar en la fase decisiva de su historia; los sucesores bizantinos de Constantino no tardarán en poner en los documentos al pie de su nombre el apelativo, en extremo significativo, de "príncipe cristiano y emperador de los romanos".

Por algún tiempo pareció que Constantino y Licinio iban a instaurar una nueva tetrarquía; ambos adoptaron a sus hijos como césares. Pero el año 321 la guerra se declaró de nuevo entre los dos augustos y, tras una campaña rápida, de tres batallas sucesivas, Constantino obligó a Licinio a deponer la púrpura y suplicar que se le perdonara la vida. Constantino estableció entonces la monarquía universal, gobernando solo, sin corregentes, desde el Atlántico hasta la frontera de Persia.

Es natural que, entre sus primeros cuida-

dos, el emperador se preocupara del Dios que le había sostenido fielmente en sus campañas y de la Iglesia que le servía. Por su parte, la Iglesia, que experimentaba dificultades de disciplina y de dogma, si bien no podía tener en el emperador un árbitro para dirimir disputas doctrinales, podía confiar en él para reducir a los díscolos y perturbadores.

Ya mucho antes los obispos orientales habían acudido al emperador Aureliano, que era no sólo pagano, sino hasta enemigo de la Iglesia, para que les ayudara a recobrar la basílica de Antioquía, que les quitaran unos herejes. Por tanto, no es de extrañar que el 313, el mismo año del edicto de Milán, Constantino recibiera un mensaje de algunos obispos del África para que interviniese en un cisma que amenazaba divi-



Aspecto actual de Puente Milvio, en Roma, donde se dio la decisiva batalla que puso fin a la pluralidad de emperadores.

CLEMENTE DE ALEJANDRIA Y LA REVELACION A LOS PUEBLOS PAGANOS

Para Clemente de Alejandría existe una preparación evangélica en el mundo pagano, algunos de cuyos hombres han sido inspirados por Dios.

En la búsqueda de estos filósofos del mundo pagano, Clemente llega a la conclusión, puesto que los más antiguos filósofos griegos eran de raza bárbara o se habían educado entre los bárbaros, de que la filosofía no se inició en Grecia.

La filosofía floreció primeramente entre los bárbaros, manifestándose según las razas: sus iniciadores fueron "los profetas de Egipto, los caldeos de Asiria, los druidas de Galia, los magos de los persas, los gimnosofistas de la India".

En el origen, Dios comunicó por medio de los ángeles a cada raza, por mediación de un inspirado, una determinada sabiduría. La historia de la filosofía no es la historia de un progreso, sino de la decadencia de la sabiduría primitiva.

Las verdades en estado puro, tal como Dios las comunicó, han de buscarse en los orígenes.

Cristo ha venido a restaurar la sabiduría primitiva revelada a los hombres.

La idea de una revelación paralela a la de los judíos, hecha a los sabios de las naciones, lleva a Clemente a acentuar el paralelismo entre la Biblia y los poetas griegos, en particular Homero y Hesíodo, que ya se encuentra en Justino.

Judíos y cristianos representan a los personajes del Antiguo y Nuevo Testamentos como figuras mitológicas: por ejemplo, el Buen Pastor se asemeja a Orfeo llevando la oveja.

Ejemplos de analogías: la descripción del mundo en el escudo de Aquiles es paralela al relato de la creación del mundo en el Génesis; la historia de Océano y Tetis corresponde a la separación de las aguas y la tierra; la creación de Eva es comparada con la de Pandora; el relato del diluvio tiene un paralelo en la historia de Deucalión; la de la torre de Babel en la de los gigantes que quisieron colocar el monte Pelión sobre el Osa; la caída de Faetón es relacionada con la de los ángeles; Minos, legislador de los cretenses y confidente de Zeus, es paralelo a Moisés; David es relacionado con Orfeo, ambos citaristas, y tanto uno como otro son figuras de Jesús.

Las transposiciones de Clemente no son meras adaptaciones, sino que preludian una profunda teoría sobre el cristianismo. La revelación de Cristo se distribuye en las formas propias de las diversas culturas. Cuando el cristianismo se difunde por el mundo griego, debe despojarse de su forma semita para adoptar una forma helenística, hablará la lengua de Platón y de Homero, tomará las actitudes de Hermes y Ulises.



Leyenda que corona el arco de Constantino, en Roma, dedicado al emperador, según reza la frase, que por inspiración de la divinidad venció al ejército enemigo.

dir aquella Iglesia. Constantino tuvo entonces para con los cismáticos africanos una paciencia de neófito. La querella, llamada *de los donatistas* porque la había iniciado Donato, obispo de Cartago, se refería al punto de disciplina sobre si se podía o no rebautizar a los que apostataron durante las persecuciones. Pero en tiempo de Constantino el litigio se cifraba en discutir la validez de la consagración y, por tanto, la legitimidad jurisdiccional del obispo de Cartago. Había en ello, sin duda, aspectos de querella personal; había también razones económicas. Constantino, después de su triunfo, hizo a las iglesias espléndidos regalos para compensarlas de lo que habían perdido durante los tiempos de persecución. Ya puede comprenderse que, con la esperanza de manejar estos bienes, los donatistas no claudicaron, ni aun habiendo sido amenazados por Constantino, cuya indignación estalló con violencia: "Secuaces del demonio –dice el em-

perador a los donatistas–, el diablo es vuestro padre; estáis locos, sois traidores, impíos, enemigos de Dios y de su Iglesia".

En vez de retractarse, los cismáticos africanos encontraron en esta condena otra razón para separarse de la Iglesia oficial. Mucho más tarde, en tiempo de San Agustín, los donatistas sostenían que el emperador no tenía jurisdicción sobre la Iglesia: *Quid est Imperator cum Ecclesia?* Excelente doctrina, si contra ella no hubiesen obrado los donatistas: ellos precisamente fueron los que habían acudido al emperador para hallar solución a las querellas con que perturbaban la Iglesia de África. Con todo, Constantino procedió como verdadero príncipe cristiano. No quiso intervenir como juez; se limitó a convocar una asamblea de obispos que condenó a los donatistas. Igual proceder tuvo con una segunda apelación, que acabó con nueva condena, en un concilio celebrado en Arles.

La intervención del emperador en la contienda de los donatistas embargó su atención desde el 313 hasta 316, año en que decidió no dedicar más tiempo a los obispos africanos, esperando que el ardor de la disputa se amortiguaría gradualmente, falto de estímulo exterior. Pero, como todos los políticos geniales, Constantino sacó provecho hasta de sus propios errores. Es probable que durante el litigio con los donatistas el emperador estrechara sus lazos de amistad con el obispo de Córdoba, Osio, que debía ser su asesor en materias teológicas por largo tiempo.

Por desgracia, no sabemos nada de la infancia y educación de Osio, y aun es posible que no fuera español, por más que con su conducta manifestó tener una alma hispánica, una fe práctica, con cierto no disimulado desdén por las especulaciones filosóficas.

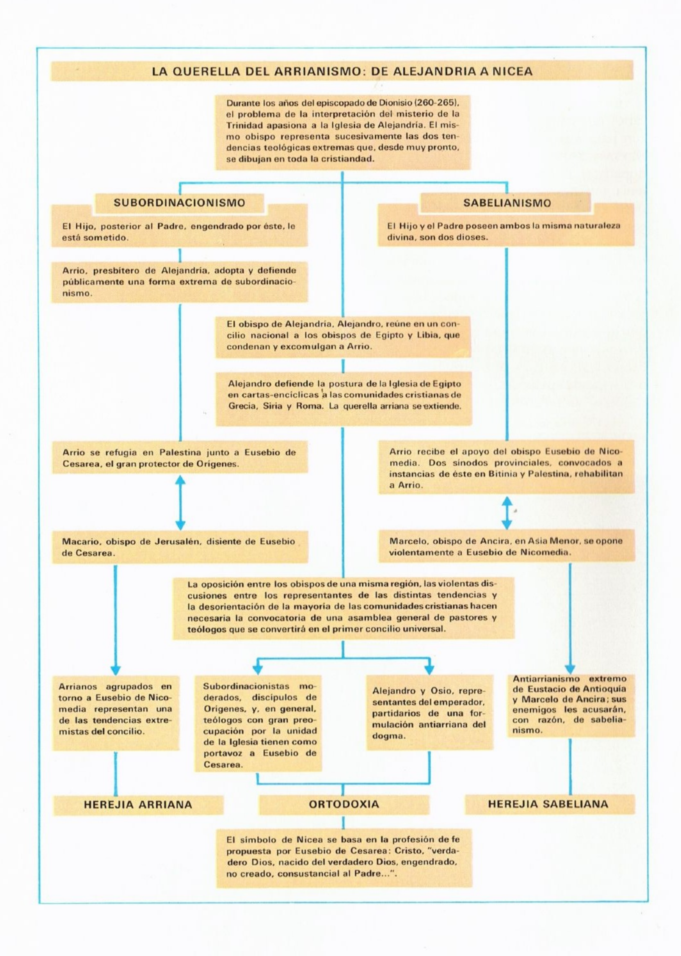




Anverso y reverso de un medallón de oro de Constantino (Gabinete de Medallas, París).

ESSENDOCI IN CONTRATI A MILANO IO COSTANTINO AUGUSTO E IO LICINIO AUGUSTO ABBIAMO GIUDICATO CHE FRA TUTTI GLI ATTI GIOVEVOLI AGLI UOMINI ED OSSEQUIOSI VERSO LA DIVINITÀ QUESTO BISOGNASSE COMPIERE PRIMA DI OGNI ALTRO

Detalle de una de las puertas de la catedral de Milán, donde se halla desarrollado el tema del edicto de Milán. Un año después de su triunfo sobre Majencio, Constantino publicó, junto con Licinio, designado augusto de Occidente por Maximiano, un edicto de tolerancia para los cristianos, sus bienes y la práctica de su culto.



Osio es el prelado que Constantino designó para pacificar la Iglesia de Alejandría, cuyas divisiones amenazaban extenderse por todo el Oriente. Por espacio de más de un siglo, las herejías que tenían arraigo en los países de antigua cultura griega se esforzaban por aclarar la verdadera naturaleza del Hijo de Dios. ¿Quién era este Jesús, Verbo encarnado, "nuevo dios" del que los cristianos obtenían la salvación? Ésta debía ser la pregunta que se harían la mitad de los ciudadanos romanos al ver que la otra mitad, incluso el emperador, abandonaba las viejas supersticiones para esperarlo todo del Cristo. Exagerando un poco, podríamos decir que, si las herejías del primero y segundo siglos cometieron errores al tratar de identificar al Padre con conceptos filosóficos de la divinidad y no con el Dios del Sinaí, las herejías del tercero y cuarto si-

glos debatieron filosóficamente la relación del Padre con el Hijo. Unos herejes hicieron al Hijo idéntico con el Padre, lo cual era un error; otros hicieron al Hijo creado por el Padre, posterior al Padre, lo cual era otro error.

El primer error se llamaba *sabelianismo,* por haberlo propagado mucho tiempo antes un tal Sabelio; pero en la época de Constantino sólo unos pocos insistían en explicar la solución del problema de la naturaleza de las tres personas de la Trinidad por tres sucesivas manifestaciones de un dios único que tomó, uno después del otro, estos tres aspectos según convino a la salud del linaje humano. El sabelianismo proponía como solución del problema de la divinidad: que Dios fue primero el dios-legislador del Sinaí, después se encarnó para ser Jesús, el Hijo o Verbo, y más tarde se manifestó como el Espíritu Santo, para procurar la santificación del hombre en sucesivas revelaciones del mismo Dios.

Pero no era esta herejía que llamamos sabelianismo la que amenazaba dividir a la Iglesia de Alejandría en tiempo de Constantino, sino más bien otra contraria, que establecía una diferencia esencial entre el Padre y el Hijo, haciendo del Hijo una criatura engendrada por el Padre, y posterior al Padre, añadiendo que hubo un tiempo en que no existía el Hijo, y que el Hijo, como todas las criaturas, era susceptible de variación. Esta herejía se llamaba *arrianismo,* del nombre de su defensor Arrio, presbítero de la iglesia de Baukalis, en Alejandría. Defendía el dogma, contra la herejía de Arrio, otro presbítero de Alejandría lleno de fuego y pasión: Atanasio.

Fue Arrio hombre de moralidad irreprochable, alto, delgado, en cuyo aspecto exterior se advertían señales de la mortificación

Pintura bizantina del siglo XVI, procedente del monasterio de Iviron, en el monte Athos, que representa el concilio de Nicea. Este primer concilio ecuménico de la Iglesia, reunido en el palacio imperial de Nicea, fue apoyado en todo momento por Constantino, deseoso de guardar la unidad de aquella institución en la que se apoyaba su poder, y que dos sacerdotes alejandrinos estaban a punto de romper con discusiones teológicas.



117

Columna conmemorativa de Constantino en la ciudad de Estambul, sobre la que antiguamente se erigía una estatua del emperador.



y el ascetismo. Su voz era persuasiva. Tenía muchos partidarios en Alejandría, sobre todo entre el clero y gentes piadosas que se habían retirado del mundo para consagrarse a la oración. Arrio predicaba que hay un solo Dios, eterno e increado. Todo lo demás son sus criaturas, incluso el Verbo-Jesús. Como todas las demás criaturas, el Verbo fue creado de la nada. "El Verbo fue creado voluntariamente, no necesariamente; él, a su vez, es el creador de todas las otras cosas, y esto justifica el título de Dios. El Padre adoptó al Verbo como hijo por sus méritos. Pero esta adopción no da al Verbo participación en la Divinidad, no le hace igual a la Divinidad: Dios no puede tener igual. El Espíritu Santo es la primera criatura creada por el Verbo y, en ese sentido, es inferior a Jesús..."

Hoy repugna escribir estos conceptos aun como simple exposición de un desatino teológico; pero en el Oriente del siglo IV, saturado de filosofía, eran posibles las más grandes aberraciones religiosas. Arrio, además, tenía un carácter radical y obstinado. Preguntado en un sínodo de los obispos egipcios si el Hijo hubiera podido cambiar del bien al mal, como hizo Satán, Arrio respondió con un *sí* rotundo. Naturalmente, después de tal blasfemia, fue expulsado de Alejandría y tuvo que refugiarse en Palestina, al lado de Eusebio de Cesarea, el futuro historiador de la Iglesia. Otro Eusebio, obispo de Nicomedia, demostraba también grandes simpatías por Arrio, circulando cartas en defensa suya entre los obispos orientales. Ambos Eusebios eran entonces las figuras más relevantes de las Iglesias del Asia; del de Cesarea nos quedan sus escritos, que hablan muy alto en su favor, y en cuanto al otro Eusebio, no hay que olvidar que Nicomedia era la capital del Oriente antes que Constantino transformase Bizancio en Constantinopla.

Arrio, por su parte, sintiéndose escudado por personajes tan importantes, había empezado a perder toda prudencia. Regresó a Alejandría para continuar su batalla teológica y allí escribió pequeños opúsculos, de carácter eminentemente popular, que eran leídos por los descargadores del puerto y los marineros como si se tratase de historias profanas.

Se han conservado algunos versos de uno de estos trataditos de Arrio, llamado *Talía,* que no tiene para nosotros más interés que el de hacer revivir este episodio lamentable de la historia de la Iglesia. La *Talía,* asómbrese el lector, empezaba así: "Según la fe del elegido por Dios, – que comprendía Dios. – Según la fe de sus santos hijos los ortodoxos, – que han recibido su Espíritu, – esto es, lo que yo he aprendido... – Yo, que he sufrido tanto – y de quien se habla tanto; – yo, que he recibido de Dios – la sabiduría y el conocimiento, etc."

Extraña que el público de los teatros y los muchachos por las calles de Alejandría vinieran a las manos cantando esto y discutiendo quién tenía razón, si Arrio o su obispo Alejandro. San Gregorio Nacianceno describe así los efectos tardíos de la querella: "No se oyen más que discusiones acerca de este asunto en el mercado, la bolsa



Restos de la llamada basílica de Constantino en el foro romano, edificio abovedado del siglo III iniciado por Majencio y terminado por Constantino, que le dio su nombre. Las tres altas bóvedas no son sino las naves transversales que sostenían la central, mucho mayor, ya desplomada en la actualidad.

y el muelle. Si preguntáis a un mercader cuánto quiere por su mercancía, os responde si creéis que el Hijo fue engendrado o no fue engendrado. El panadero os dice: El Hijo está subordinado al Padre. Y si mandáis al criado que os caliente el baño, replica que el Hijo fue creado de la nada...".

Así estaban las cosas cuando Constantino llegó al Oriente el año 323, tras su victoria sobre Licinio. Parece que el temor de que se repitiera en las Iglesias orientales un cisma peor que el de los donatistas africanos le preocupaba grandemente. He aquí sus propias palabras: "¡Ay de mí!, ¡qué herida me ha causado en el corazón el oír las querellas que os dividen, más odiosas aún que las que separan a las Iglesias del África!... Investigando la causa de estas discusiones, encontré que era un asunto enteramente desproporcionado a esta controversia; porque vos, obispo Alejandro, preguntáis a vuestros presbíteros lo que piensan acerca de un pasaje de la Escritura Santa, o sobre cuestiones tontas, y vos, Arrio, sin ningún respeto, lanzáis ideas que nunca debíais haber pensado o que, si las pensasteis, debíais haber callado...".

De manera que para Constantino, si el Hijo era creado o increado, si era igual o menor que el Padre, eran cuestiones tontas, que no debían pensarse ni discutirse. Resulta muy graciosa la ingenuidad de Constantino, pero es necesario tener en cuenta sus dificultades anteriores, así como su liviana instrucción teológica, para imaginarse cumplidamente cuál sería su estado de ánimo. Había luchado más de trece años para restaurar la monarquía universal, y ahora,

Medalla con la efigie de Maximino Daja, augusto de Oriente tras la muerte de Galerio (Gabinete de Medallas, París). La reacción contra el período de tolerancia religiosa de Occidente estuvo personificada en Oriente por el propio augusto, que inició una campaña de sangrienta persecución. Pero Licinio le derrotó por las armas y se hizo dueño de Oriente.



cuando pensaba consolidar su autoridad valiéndose de la Iglesia como instrumento de gobierno, la encontraba destrozada por una querella teológica que resultaba para él incomprensible.

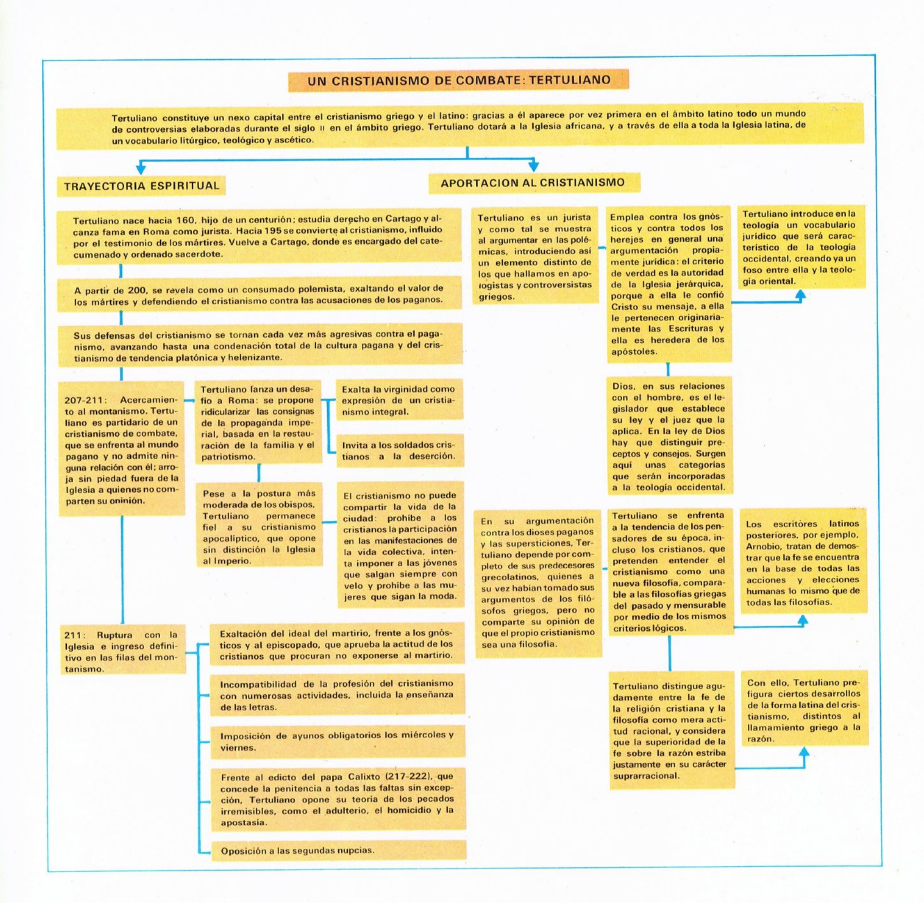
Por fin, después de haber enviado a Osio a Alejandría, sin ningún resultado, Constantino decidió convocar un concilio universal para el año 325. El sínodo debía reunirse en Nicea, principalmente para decidir sobre la disputa de Arrio. Es de suponer que fueran llamados todos los obispos de la cristiandad, pero del Occidente sólo consta que acudieron dos representantes del obispo de Roma, el obispo de Milán, el de Calabria, uno de Sicilia, otro francés y Osio, obispo de Córdobá. En cambio, del Oriente acudieron más de trescientos representantes. Allí estaban los dos Eusebios; Alejandro, con catorce obispos egipcios y cinco de la Libia; los patriarcas de Antioquía y de Jerusalén, y hasta obispos del otro lado del Éufrates, de Persia y de Armenia. Algunos de ellos, que habían sobrevivido a las últimas persecuciones, llegaban a Nicea mutilados, cojos, marcados por terribles cicatrices o con los ojos vaciados por el hierro candente del verdugo. En cuanto al promotor de aquella disputa, Arrio, llegó acompañado de varios de sus amigos.

El emperador llegó a Nicea el 3 de julio y en seguida empezaron las sesiones. Eusebio de Cesarea, que probablemente presidió algunas de las sesiones, nos ha conservado en la *Historia de la Iglesia* su descripción como testigo ocular de la imponente escena. Constantino, a su llegada, cruzó la iglesia por en medio de los prelados, vistiendo su túnica purpúrea, incrustada de piedras preciosas. "Parecía –dice Eusebio– un ángel de Dios." Todos los guardias y acompañantes de su séquito, armados, se habían quedado fuera del pórtico. Resulta de todo punto evidente que el emperador quería dar la impresión de que lo esperaba todo de la sabiduría de los reunidos y por obra del Espíritu Santo, sin ánimo de imponer su autoridad.

Constantino saludó a los obispos en un discurso en latín, que fue traducido por un intérprete; la mayoría de los reunidos hablaban sólo el griego y en esta lengua se mantuvo la discusión. El emperador, con ejemplar respeto, asistió a la mayoría de las sesiones, acaso confiando que su presencia obligaría a guardar la debida compostura



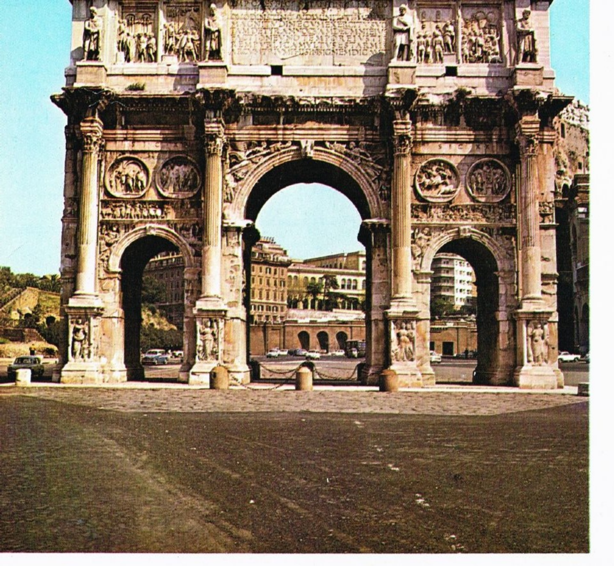
Cabeza de Constantino perteneciente quizás a una estatua del emperador colocada en su basílica de Roma (Museo Capitolino, Roma).



a quienes se mostraban divididos por odios y doctrinas las más opuestas. Por lo que sabemos de las deliberaciones, Arrio no trató de disimular sus errores, encubriéndolos con metafísicas ambigüedades; al contrario, parece que llevaba un escrito breve y claro donde estaba resumido todo su sistema. La indignación de los contrarios fue entonces tan violenta, que se dice que San Nicolás, obispo de Myra, dio a Arrio un puñetazo en la cara. Se cuenta que cuando sus enemigos preguntaron a Arrio si aceptaba que "el Hijo es la Imagen del Padre, su Imagen eterna, indivisible e inalterable", Arrio contestó, repitiendo los textos bíblicos, que el hombre ha sido creado a imagen de Dios, que en Él vivimos y nos movemos y tenemos nuestro ser.

Atanasio, otro testigo presencial del concilio, nos dice que con frecuencia los arrianos se daban ánimos unos a otros, haciéndose guiños y hablándose al oído.

Por fin se halló una palabra que sólo podía disgustar a los que pretendiesen con-



El arco de Constantino, en Roma, monumento colosal levantado aprovechando varias partes, sobre todo relieves, de otros arcos romanos existentes en la urbe. Pero su conjunto es una lograda composición arquitectónica.

Medalla de Constantino, augusto (Museo Nacional, Belgrado).



ciliar todas las opiniones. El Hijo es *homousios* o de la misma naturaleza (consustancial) con el Padre. Pero Arrio protestaba diciendo que la palabra *homousios* no se encuentra en las Sagradas Escrituras. Eusebio de Cesarea creyó haber salvado la situación proponiendo entonces que los reunidos aceptaran, como credo común, una fórmula que se venía empleando en su iglesia como símbolo de la fe para los catecúmenos, antes del bautismo. Pero la fórmula propuesta por Eusebio no fue aceptada, y los Padres, por imponente mayoría –sólo dos obispos se negaron a firmar–, aprobaron la siguiente redacción del símbolo niceno:

"Creo en un solo Dios, Padre Todopoderoso, Creador de todas las cosas, visibles e invisibles; creo en un solo Señor, Jesucristo, el Hijo de Dios, el Unigénito del Padre, esto es, engendrado de la esencia del Padre, Dios de Dios, Luz de Luz, Verdadero Dios del Verdadero Dios; engendrado, pero no creado, consustancial al Padre, por quien todas las cosas han sido hechas; quien por nosotros, hombres, y para nuestra salvación, descendió de los cielos, se encarnó e hizo Hombre, sufrió y resucitó al tercer día, subió a los Cielos y volverá para juzgar a los vivos y a los muertos. Creo en el Espíritu Santo. Y a todos aquellos que digan: –Fue un tiempo en que el Hijo no existía; antes de ser engendrado no era; fue hecho de la nada o de cualquier otra sustancia; el Hijo de Dios es un ser creado, expuesto a cambios...– sea anatema".

Éste es el credo de Nicea, que resume la fe de la Iglesia católica. Mas la disputa no acabó en Nicea; el arrianismo volvió a renacer y, diluido y suavizado, acabó por separar la cristiandad en las dos Iglesias de Roma y Bizancio. Ambas se llaman a sí mismas ortodoxas; los católicos consideran cismáticos a los griegos, y éstos llaman cismáticos a los católicos. Aun hoy la diferencia entre las dos Iglesias estriba sobre todo en esta palabra: *consustancial.* Mientras la Iglesia romana insiste en el *homousios,* que quiere decir "de la misma naturaleza", la Iglesia griega prefiere el *homoiusios,* que quiere decir "de semejante naturaleza". Al parecer hay sólo una *i* de diferencia entre *homousios* y *homoiusios,* pero esta *i* cambia el sentido, introduciendo una reminiscencia de arrianismo que jamás admitirán los católicos romanos.

Con todo, en tiempo de Constantino se creyó que podía darse el asunto por terminado y, tras una fiesta de despedida, los obispos regresaron a sus diócesis. El concilio parecía haber logrado un éxito maravilloso. Los trescientos obispos anunciaron en su carta colectiva a toda la cristiandad que la herejía había sido extirpada de la Iglesia. Arrio, Eusebio de Nicomedia y unos pocos recalcitrantes fueron desterrados. Arrio murió pronto en un monasterio del desierto de Egipto y no pudo ver la renovación del hondo conflicto que había promovido, pero Eusebio de Nicomedia, que se mantenía recalcitrante, volvió a su obispado y acabó siendo el prelado de confianza de Constantino y el que le bautizó antes de morir. En una palabra, ocupó el puesto que por largos años había tenido Osio. ¿Por qué?

Acaso la caída de Osio fue debida a alguna protesta que no conocemos por la vida privada de Constantino.

Al año siguiente del concilio de Nicea se encontraba Constantino en Roma, y allí, en el palacio ruinoso de los césares, se perpetraron crímenes que llenaron de horror al mundo. El hijo primogénito de Constantino y de su primera esposa Minervina, llamado Crispo, fue arrestado y enviado a Pola, donde murió de modo sospechoso pocos días después. El hijo de Licinio, que también estaba en Roma, fue aún más sumariamente eliminado; y la segunda esposa de Constantino, Fausta, aún joven, madre de cuatro hijos todavía niños, moría sofocada en un baño caliente, y en este asesinato veía todo el mundo la mano imperial.

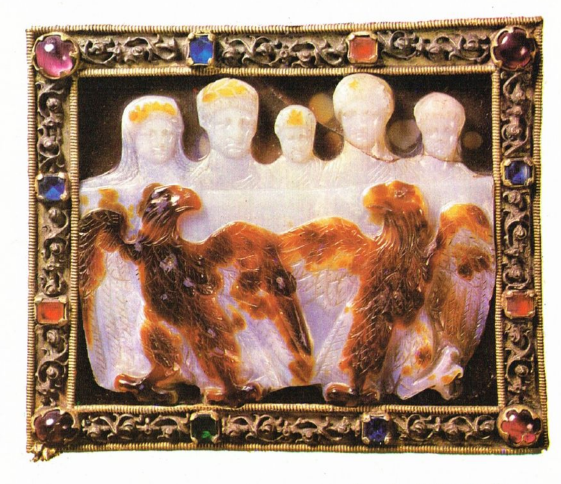
Semejantes crímenes debieron de pertur-

bar la mente de Constantino, porque se dice que hasta pidió a los sacerdotes de antiguos cultos paganos que le purificaran y que, habiéndose ellos negado, puso su confianza en un brujo llegado de España.

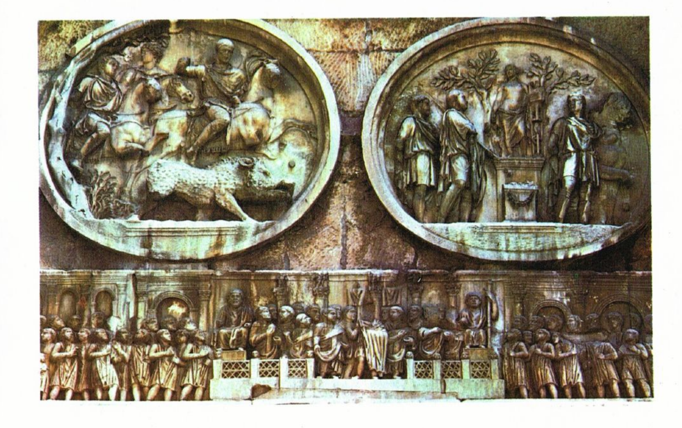
Esta leyenda indica, por lo menos, el concepto que de Constantino formaron algunos de sus contemporáneos. De lo que no queda duda es que, después de la muerte de Crispo y Fausta, el emperador trató de ocupar su mente con obras edilicias y construyendo grandes monumentos. Quedan aún en Roma monumentos de la época de Constantino, de tipo pagano. Además del arco triunfal, Constantino construyó o terminó la basílica que se llama hoy de Majencio, sobre el foro romano. Sus bóvedas rivalizan con las de las termas de Caracalla.

Acaso para evitar aquella Roma manchada con la sangre de su propia estirpe o quizá para sustituir la antigua Roma por una capital más cercana a la frontera del Éufrates, decidió crear una nueva capital en una península del Bósforo, donde había estado la colonia de Atenas llamada *Bizancio.* Al principio, Constantino pensó en llamarla *Nea-Roma,* o Nueva Roma, pero pronto tomó el nombre de *Constantinópolis.* El propio emperador trazó la línea de sus murallas, diciéndoles a sus consejeros que iba guiándose por un ángel que le señalaba, desde el cielo, el perímetro que debía tener la futura ciudad. Este plan se conservó durante toda la Edad Media.

Constantino, además de marcar el perímetro de las murallas, fijó las líneas principales de la urbanización interior. La calle mayor central –la Mesa– iba del Augústeo o plaza del Palacio hasta la puerta de Tracia, en el extremo occidental de la ciudad, donde después se construyó el palacio de las Blaquernas, con su imagen milagrosa. El resto de la ciudad, dividido en lotes para edificar, dice la leyenda que Constantino lo dio a pa-



Camafeo de Constantino, engarzado en las tapas del "Codex Aureus" (Biblioteca de Tréveris). Junto al emperador aparecen su esposa Fausta, hija del augusto Maximiano, y sus tres hijos.



Relieve de la fachada norte del arco de Constantino, en Roma, con dos medallones, bélico uno y religioso el otro, y debajo una escena que representa una alocución del emperador a los romanos.

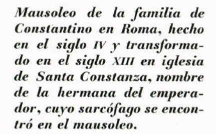
tricios romanos para que construyeran una mansión con tantas puertas y ventanas como la que tenían en la vieja Roma. La residencia de un senador llamado Taurus era famosa no sólo por el espacio que ocupaba con sus jardines, sino también por las estatuas griegas que había reunido, como un coleccionista moderno.

Constantinopla fue varias veces destruida por incendios, saqueos y terremotos, pero sus monumentos y vías más importantes permanecieron en los mismos lugares que les había señalado Constantino. Todavía hoy prestan servicio algunas de las cisternas del tiempo del fundador. Aunque muy quebrantada por el fuego y el agua, se mantiene en pie la columna de pórfido que sostenía la estatua del gran emperador, en la plaza principal, llamada *Augústeo.*

La residencia imperial, con su millar de dependencias, que se empleaban como habitación y para los servicios administrativos, se levantaba en la punta que da frente a la costa de Asia. Rodeado de una muralla y esparcido entre jardines, el "palacio" se parecía más a las residencias de los monarcas orientales que a un monumento compacto, con su cuerpo central y sus alas para dependencias. Podríamos decir que no tenía fachada, pero la entrada principal se hallaba a un lado del Augústeo; enfrente, al otro lado de la plaza, se levantaba el gigantesco circo, donde la multitud privada de derechos políticos se expansionaba con el espectáculo de las carreras de caballos.

Las fiestas religiosas, con las solemnes ceremonias que se celebraban en las tres grandes iglesias erigidas por Constantino: Santa Sofía, Santa Irene y los Santos Apóstoles, contribuían también en gran manera a la distracción de los moradores de la nueva capital.

Además de esta empresa gigantesca de construir desde los cimientos una nueva capital, Constantino ordenó que se levantaran nuevos edificios en las antiguas ciudades del Imperio. Roma vio cómo se edificaban templos espléndidos sobre las tumbas de los apóstoles Pedro y Pablo y de Santa Inés. En Jerusalén, el emperador ordenó la construcción de los edificios del Santo Sepulcro y la basílica de la Ascensión. En Belén se conser-



Mausoleo de la familia de Constantino en Roma, hecho en el siglo IV y transformado en el siglo XIII en iglesia de Santa Constanza, nombre de la hermana del emperador, cuyo sarcófago se encontró en el mausoleo.



Dos legionarios romanos custodiando a un bárbaro prisionero, detalle de la fachada sur del arco de Constantino, en Roma.

va aún casi intacta la basílica constantiniana erigida sobre el lugar donde estaba el portal del Pesebre.

Los cristianos, por su parte, libres ya de la pesadilla que habían significado las persecuciones, edificaron por todas partes infinidad de templos dedicados a sus santos mártires y confesores.

Como ya hemos dicho, si no es absolutamente exacto que la nueva fase de la historia de la humanidad, la Edad Media, empezara con Diocleciano, lo que sí resulta cierto es que bajo Constantino, y por obra suya, el Imperio romano se transformó decididamente en aquella monarquía universal y cristiana que luego (precisamente porque no se había borrado por completo el recuerdo del antiguo Imperio) había de ser el ideal que alentaría durante todo el período medieval de la historia europea.

BIBLIOGRAFIA

Bardy, G.	*Histoire de l'Eglise,* vol. III de la obra dirigida por A. Fliche y V. Martin, París, 1966.
Brehier, E.	*La philosophie de Plotin,* París, 1928.
Brezzi, P.	*Cristianesimo e impero romano sino alla morte di Costantino,* Roma, 1944 (2.ª ed.).
Cochrane, N.	*Cristianismo y cultura clásica,* México, 1949.
Danielou, J., y Marrou, H. I.	*Nouvelle histoire de l'Eglise. I. Des origines à Grégoire le Grand,* París, 1965.
Doresse, J.	*Les livres secrets des gnostiques d'Egypte,* París, 1958.
Farina, R.	*L'impero e l'imperatore cristiano in Eusebio de Cesarea,* Zurich, 1958.
Hubert, J.	*Manual de la Historia de la Iglesia,* Barcelona, 1966.
Kasser, R.	*L'évangeli selon Thomas,* Neuchâtel, 1961.
Mazzarino, S.	*Aspetti sociali del IV secolo,* Roma, 1951.
Ortiz de Urbina, I.	*Nicea y Constantinopla,* Vitoria, 1969.
Paribeni, R.	*Da Diocleziano alla caduta dell'impero d'Occidente,* tomo VIII de "Storia di Roma", Bolonia, 1941.
Peterson, E.	*El monoteísmo como problema político,* en "Tratados teológicos", Madrid, 1966.
Seston, W.	*Dioclétien et la tétrarchie. I. Guerres et réformes (284-300),* París, 1946.
Vogt, J.	*Constantin der Grosse und sein Jahrhundert,* Munich, 1960 (2.ª ed.).



Moneda de la emperatriz Elena, madre de Constantino (Gabinete de Medallas, París). Repudiada por Constancio Cloro por conveniencias políticas, al llegar su hijo al trono la elevó al rango de augusta. Sin duda se ha exagerado la influencia que tuvo en el ánimo de su hijo para aceptar a los cristianos y la importancia de sus actividades religiosas.



Detalle de un fresco del siglo IV *procedente de Beska, actual Yugoslavia, que representa a tres trabajadores de otros tantos oficios (Museo de Novi Sad, Voivodina).*

Fin del paganismo. Juliano el Apóstata

El hecho de que Constantino y sus sucesores hicieran pública profesión de fe cristiana no destruía por ello el carácter oficial de la antigua religión romana. Otros emperadores habían demostrado antes sus preferencias por los cultos orientales; Marco Aurelio, pese a su monoteísmo estoico, continuó practicando los sacrificios de ritual a los antiguos dioses; eran ceremonias cívicas que los emperadores tenían que presidir como jefes del estado. Lo exigían no sólo la tradición establecida por siglos de prácticas litúrgicas, sino también los intereses y bienes muebles vinculados en los colegios sacerdotales.

Todavía el emperador cristiano Graciano, que no quiso revestirse con los hábitos pontificales, tolera que en una inscripción del año 370 se añadan a sus títulos las abreviaturas *Pont. Max.,* pontífice máximo.

En ninguno de sus edictos prohibió Constantino las prácticas religiosas de los paganos. Se burló de ellos, los compadeció por su ceguera, casi los amenazó con sus sarcasmos, pero no los consideró criminales, como antes se había hecho con los cristianos. Constante, hijo de Constantino, fue mucho más allá: el 342 insistió en que la superstición pagana debía desaparecer por completo, pero hizo una concesión, y fue la de ordenar que los templos situados lejos de las ciudades fuesen respetados, "porque son lugares donde se han originado los juegos del circo y otros espectáculos". La razón no puede ser más especiosa, pero revela que los santuarios en despoblado eran más venerados que los templos de las urbes; además, indica que ni el emperador ni los súbditos estaban dispuestos a renunciar a los espectáculos o juegos del circo. Ya en tiempo de Marco Aurelio había en Roma, cada año, ciento treinta y cinco días de fiesta en el circo, y este número había aumentado en el siglo IV. Mucho más tarde, decía aún Arcadio que no quería sumir al Imperio en duelo y tristeza suprimiendo los espectáculos. Es verdad que los combates de gladiadores fueron pronto prohibidos, pero las carreras de carros y caballos se toleraron hasta el final

Representación, en marfil bizantino, de Constantinopla, la nueva Roma fundada por Constantino e inaugurada en el 330 (Museo Arqueológico, Viena). En situación privilegiada a la entrada del Bósforo, la nueva capital fue una salvaguarda de la cultura clásica en tiempos difíciles para Roma.



del Imperio cristiano de Oriente, como una de las pocas diversiones al alcance del pueblo de Constantinopla.

El segundo hijo de Constantino, llamado Constancio, supuso que el golpe de gracia contra la antigua religión sería prohibir los sacrificios, pues los paganos, aun sin creer en los antiguos dioses, no querían renunciar a la esperanza de obtener resultados inmolándoles víctimas propiciatorias; pero, pese a que Constancio amenazó con la pena capital a los que honrasen a los viejos ídolos con sacrificios, éstos debieron de practicarse en secreto por mucho tiempo. Muy interesante a este respecto es un "milagro" ocurrido en 354: habiéndose retardado el convoy de trigo que debía llegar del África, el prefecto de Roma decidió que se hiciesen sacrificios a Cástor y Pólux, y al punto cambió el viento y llegaron al puerto de Ostia las naves esperadas. Esto sucedía después de la prohibición de Constancio, y quien la desobedecía era nada menos que la primera autoridad de la capital del Imperio.

A la muerte de Constancio, su primo y sucesor Juliano intentó llevar a cabo la famosa restauración del paganismo que le ha valido el dictado de *Apóstata*. Como tipo humano, Juliano es una de las más interesantes figuras del panorama de la Historia. Era sincero, estimaba la religión clásica por su aspecto estético, y la principal razón para que mandara restablecer el culto fue el preservar de ruina la belleza de los antiguos templos. Juliano se había educado en Atenas y con filósofos neoplatónicos; por esto al combatir al cristianismo con sus escritos desplegó una peligrosa malicia.

Que un emperador, sobrino de Constantino, dijera que si Dios hizo la mujer para ayudar al hombre, ésta no hubiera debido





Anverso y reverso de una moneda de plata conmemorativa de la inauguración de Constantinopla el 11 de mayo del año 330 (Museo del Castillo Sforza, Milán).

tentarle, y que si Dios prohibió al hombre y a la mujer que distinguieran el bien del mal, ya no eran culpables, tenía que producir cierta confusión en la mente de los que vacilaban aún en aceptar el cristianismo con sus dogmas sobre el pecado original y la salvación por la sangre de Cristo.

Pero Juliano era demasiado filósofo para volver a los antiguos dioses. Cuando quiso proponer algo mejor, divagó. Como religión del estado pareció preferir el culto al Sol, que no era cosa nueva ni satisfactoria. De lo que no queda duda es de su profundo odio a los cristianos. Sin que directamente decretara su persecución, permitía que el populacho pagano se ensañase con ellos, y por su parte hizo cuanto pudo para combatir al cristianismo. Prohibió que los cristianos enseñaran en las escuelas, con lo cual rompió la tradición romana de la libertad de enseñanza, que, aun durante las más violentas persecuciones, había sido respetada. Juliano sintió horror al pensar que sus amados autores clásicos, Homero y Hesíodo, serían comentados despiadadamente por los pedagogos cristianos, que tan sólo los apreciaban como modelos de estilo. Los escritores de su época añaden que Juliano impidió a los cristianos estudiar los clásicos, porque temía que con ellos aprenderían el arte de la oratoria y podrían atacar al paganismo con mayor elocuencia.

Ignoramos qué efectos remotos hubiera podido producir la "reforma" de Juliano. Éste, con su elocuencia y su cultura, actuó siempre de un modo personal; él es quien habla, no el estado romano ni la filosofía antigua, y esta lucha de un hombre, aunque revestido del manto del filósofo y la púrpura imperial, contra una institución de origen divino estaba condenada a inevitable derrota. La misma muerte heroica de Juliano, a los dos años y medio de reinado, indica que era más bien un romántico erudito que un gobernante. Halló la muerte en la frontera de Persia, al frente de su ejército, por haberse lanzado al combate como simple soldado. Alejandro y Trajano expusieron también sus vidas en aquellos mismos parajes, pero ni el uno ni el otro tenían el corazón lacerado por las polémicas religiosas.

El "caso" de Juliano el Apóstata reviste interés extraordinario porque está perfectamente documentado en una época en que empezamos a carecer de información. Además de los escritos polémicos del emperador se han conservado algunas de sus cartas y, sobre todo, las descripciones de su carácter en el *Panegírico,* de Libanio, y la *Historia contemporánea,* de Amiano Marcelino. Este último deja comprender que Juliano era muy supersticioso, y añade que llegó a temerse que se experimentaría escasez de ganado si volvía triunfante de la campaña contra los persas en la que murió. Esto lo dice por el gran número de víctimas que Juliano sacrificaba regularmente. Libanio cuenta que el joven emperador saludaba al sol, por la mañana, inmolando reses, y por la tarde corría también la sangre para saludar la puesta del sol. Por la noche, otras reses eran degolladas para apaciguar a los espíritus nocturnos.



Dos personajes de provincias defendidos tras un escudo, en un mosaico romano del siglo IV (Museo del 25 de Mayo, Belgrado).

DEL IMPERIO ROMANO AL CRISTIANO: I. LA EVOLUCION DE LAS DISTINTAS RELIGIONES EN EL SIGLO IV

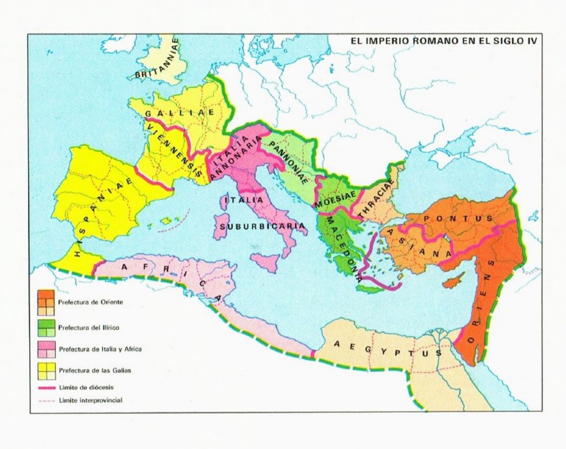
Paganismo		Ortodoxia		Arrianismo	
		325	Concilio de Nicea: símbolo de fe ortodoxo; el Hijo es consustancial al Padre.		
				334-338	Concilios de tendencia arriana en Cesarea (334), Tiro (335), Jerusalén (335) y Antioquía (338): condenación de Anastasio, obispo de Alejandría, y con él de los partidarios del credo de Nicea.
		340-341	Concilio de Roma: se insiste en la ortodoxia del símbolo de Nicea, se rehabilita a Anastasio y se defiende la primacía de la sede de Roma.		
341, 346, 365	Prohibición de celebrar sacrificios paganos.				
		343	Concilio de Sárdica: apoyados por Constante, los obispos occidentales ortodoxos excomulgan al clero oriental arriano.	343	Concilio de Filípolis: apoyados por Constancio, los obispos orientales arrianos excomulgan a los obispos occidentales nicenos.
				353-355	Sucesivos concilios en Occidente, Arles (353) y Milán (355), que adoptan una postura equívoca con respecto al arrianismo
356	Se cierran los templos paganos, se confiscan sus bienes.				
				357-359	Los concilios de Sirmio (357) y Rímini (359) formulan como ortodoxo un credo homeano (entre el Padre y el Hijo existe una similitud no sustancial).
				360	Persecución contra los obispos afectos al niceísmo y contra los obispos de creencias anomeas (entre el Hijo y el Padre no hay semejanza alguna).
361-363	Leyes restauradoras de Juliano.				
		364	Sínodo de Lampsaco: condenación de la fórmula homeana, credo homusiano (consustancialidad).	364-366	A raíz del sínodo de Lampsaco, el emperador Valente persigue a los obispos nicenos.
		364-375	La ortodoxia, perseguida en Oriente, se afianza y extiende en Occidente favorecida por la política tolerante de Valentiniano I.		
		378	Tras el desastre de Adrianópolis, Graciano restablece en sus sedes a los obispos nicenos de Oriente.		
		378	Concilio de Roma: el emperador prestará a la Iglesia el apoyo necesario para imponer las decisiones de los concilios.		
379	Graciano abandona solemnemente el título de Pontífice Máximo, suprema dignidad del paganismo.			379	Graciano prohíbe a los heréticos predicar, organizarse y reunirse en asambleas públicas.

	Paganismo		Ortodoxia		Arrianismo
		380-381	Teodosio proclama en varios edictos la obligada adhesión de todos los romanos al símbolo de Nicea.		
		381	Todas las iglesias, sin excepción, deben ser entregadas a los obispos nicenos, únicos depositarios de la ortodoxia.	381-384	Edictos contra la herejía de Teodosio; comienza la persecución contra el arrianismo.
		381	Concilio de Constantinopla: identidad y consustancialidad del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.	381	Concilio de Constantinopla: el arrianismo es una herejía, sólo la doctrina homusiana es ortodoxa.
382	Graciano ordena sacar el altar de la Victoria, levantado en el Senado romano.				
382	Se suprimen las dotaciones y privilegios de los colegios sacerdotales romanos.				
385	Se condenará a pena de muerte a aquellas personas a las que se encuentre ofreciendo sacrificios.				
391	Se prohíbe cualquier acto de significado pagano en todo el Imperio.				
392	La profesión de creencias paganas es equiparada a los crímenes de lesa majestad.				
393	No se celebrarán en adelante los Juegos Olímpicos.				
396	Un decreto imperial impide la representación de los Misterios de Eleusis.				

El mundo antiguo, en el siglo IV, parecía atacado de una enfermedad de magia y superstición. Ya hemos visto que Constantino no se vio libre de tan funesto error; el hecho de que Juliano cayese en tales extremos es, además, altamente significativo. Los emperadores Constante, Constancio, Valente y Valentiniano, que se llamaban cristianos, castigaron severamente las prácticas de magia y espiritismo, pero esto mismo prueba cuán extendidas estaban. Un modo de obtener información sobre las cosas futuras, a mediados del siglo IV, está curiosamente descrito en su *Historia* por Amiano Marcelino: se colocaba un trípode, hecho con ramas de laurel, en una cámara saturada de perfumes; sobre el trípode había una bandeja, hecha de una aleación de metales, con las letras del alfabeto grabadas en sus bordes. Sobre la bandeja colgaba un anillo, que hacía mover un oficiante, vestido de lino blanco sin mezcla, por medio de una rama de verbena que tenía en la mano. Cuando el anillo dejaba de oscilar, señalaba una de las letras de la bandeja. El vuelo de las aves, los sueños, las entrañas de una víctima, incluso el chillido de un ratón, todo se tomaba como agüero.



Cabeza de bronce de una emperatriz bizantina del siglo IV (Museo de Nis, Yugoslavia).



Los escritores cristianos no se cansan de combatir las prácticas adivinatorias, que se han infiltrado hasta entre los fieles. San Jerónimo dice que un cristiano rico no podía nunca ganar las carreras porque sus caballos estaban paralizados por las artes mágicas de sus rivales. Un cristiano acudió a San Hilario y éste consintió en prestarle su copa, llena de agua bendita, para que pudiera purificar su cuadra; el buen hombre destruyó así el maleficio y ganó las carreras. El mismo San Agustín, acaso la mentalidad más poderosa de la época, creía en la astrología antes de convertirse.

En el siglo IV, la ciencia antigua parece como un enfermo que no resiste a la muerte. Se advierte una falta absoluta de interés para su estudio, no hay originalidad ni afán de saber; los que saben algo, declaman contra este conocimiento, que no les ha proporcionado la paz del alma, que encontraron, en cambio, en las Sagradas Escrituras. San Jerónimo trata a Platón de loco y deplora el interés que él mismo siente todavía por Cicerón. San Agustín escribe un tratado *Contra académicos,* y San Ambrosio cree que Pitágoras acertó en muchas cosas por haber tenido la feliz oportunidad de leer a Isaías.

Tales expresiones, empero, deben tomarse más bien como consecuencia de la seducción ejercida por los clásicos a causa de su excelencia formal, en cuanto podían ser vehículo de ideas paganas perturbadoras de la mentalidad cristiana. Por otra parte, a la gran era patrística, que en este siglo cuenta con tan admirables doctores, no puede considerársela en ruptura con la antigüedad literaria: de San Hilario, por ejemplo, ha llegado hasta nosotros un himno cuyos versos están moldeados en el troquel de una oda de Horacio: *Sic te diva potens Cypri.* La única ciencia que se ve progresar algo es la geografía. El Imperio permanecía todavía unido, y para defender las provincias lejanas había que acumular datos de los pueblos enemigos de más allá de las fronteras; en cambio, la Historia empieza a deformarse, aunque se universaliza. Esto será un gran adelanto, porque se empieza a tener conciencia de la Humanidad sin distinción de razas ni fronteras. Además, la decadencia de la administración romana era tan evidente, que se esperaba el fin inmediato del Imperio y aun del mundo entero. De tal catástrofe acusaban algunos a los cristianos; para defenderse, San Agustín escribió su *Ciudad de Dios,* y Paulo Orosio una *Historia universal contra paganos.* En ambos libros se insiste en afirmar que los acontecimientos siguen el plan trazado por la providencia y anunciado ya por las profecías. Pero la ciencia antigua no debió de perecer en pocos años. La serie de los escritores clásicos debía hallarse completa todavía, aunque Paulo Osorio lamenta ya haber visto en el Oriente bibliotecas con los armarios vacíos. La misma dispersión de las grandes bibliotecas debía de proporcionar a los estudiosos ocasión de hacer excelentes adquisiciones. San Agustín, sitiado en Hipona por los vándalos, escribe dándole gracias a un amigo porque le ha facilitado dinero para la compra de libros.

Por otro lado, las guerras con los partos habían enseñado a los generales romanos los métodos de combate del Oriente. Leemos en Amiano Marcelino novedades de balística para arrojar piedras y antorchas encendidas sobre las ciudades sitiadas; castillos de mimbre y nuevas torres transportables para atacar las murallas; fosos, reductos y mil estratagemas de poliorcética, en las que se utilizó



Anverso y reverso de una moneda de oro de Constantino II, acuñada en Nicomedia hacia el 335 (Museo Británico, Londres). Hijo primogénito de Constantino el Grande, acordó con sus hermanos Constante y Constancio la división de poderes en el vasto Imperio, pero en litigio de mando con Constante, le declaró la guerra y fue derrotado en Aquilea y muerto allí mismo en 340.

cuanto se conocía de la mecánica antigua. El mundo iba tomando el aspecto de un campamento armado, que conservó, con raros períodos de paz, durante toda la Edad Media.

Uno de los síntomas más inquietantes de la decadencia del Imperio en el siglo IV es la irregularidad con que se administra la justicia. Las antiguas leyes romanas eran bien conocidas y hasta se sentía un deseo evidente de codificarlas, pero no se aplicaban. La delación era la base de juicio; la prueba testifical se practicaba con torturas feroces; los jueces eran funcionarios imperiales, y a veces dictaban sentencia los mismos emperadores, poco dispuestos a la clemencia bajo la amenaza constante de usurpadores. Amiano Marcelino, hablando del césar Galo, escribe: "El año 352, en Antioquía, ordenó la muerte de todas las personas principales de la ciudad porque protestaron cuando quiso fijar los precios del mercado". Es probable que Galo tuviera razón, pues era un año de escasez, pero que un césar cristiano castigara una protesta así con la ejecución en masa de todas las personas principales de la capital de Siria resulta sorprendente.



Cabeza de Constancio II, que heredó de su padre Constantino la parte oriental del Imperio (Museo de los Conservadores, Roma). Por procedimientos extraños llegó a obtener la unidad del Imperio bajo su mando, pero las crecientes dificultades de tipo religioso y defensivo le impidieron disfrutar con seguridad de su dominio. En 355 nombró césar a Juliano y éste se arrogó el mando total de augusto en Occidente. Constancio no le pudo combatir, muerto de fiebres en 361.



Camafeo con la figura de Juliano el Apóstata (Gabinete de Medallas, París).

Anverso y reverso de una moneda de bronce de Juliano acuñada en Constantinopla durante su reinado (Museo Británico, Londres).



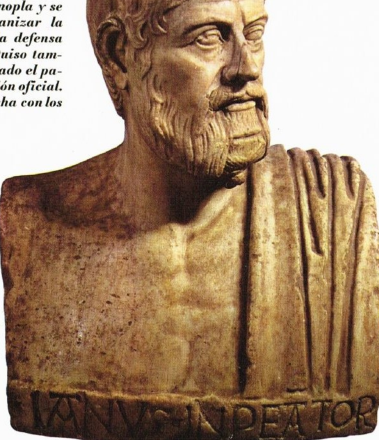


Muchos de los acusados perecían en el tormento, que se convirtió en una manera de ajusticiar sin prueba ni sentencia. En el siglo IV el Imperio, corroído por el miedo y la corrupción, dio muerte con sentencias absurdas a muchos de los que, coordinando sus esfuerzos, hubieran podido salvarlo. El senado había perdido su autoridad; todo el poder recaía en el emperador, que llevaba el nombre de Augusto, pero en realidad era un déspota absoluto. Los retratos de los cónsules y funcionarios de esta época nos presentan a personajes robustos, de aspecto sano, ojos fijos y cara rapada, con una mueca de hastío, tal vez por reconocerse incapaces de sostener un mundo que se derrumbaba. Frente a ellos podríamos colocar las imágenes de los obispos, con sus facciones también rudas y enérgicas, algo contraídas por una mueca que en ellos parece revelar impaciencia por no poder destruir de una vez al paganismo agonizante.

El conflicto entre las dos religiones culminó con la famosa controversia acerca de la estatua de la Victoria, en la curia del senado de Roma. No era una reliquia latina, no conmemoraba ningún triunfo militar ni había obrado ningún prodigio: era sencillamente una estatua griega, de bronce dorado, que Julio César había llevado a Roma desde Tarento. Parecía volar, con las alas extendidas, para simbolizar el triunfo de Roma con una corona de laurel. El respeto con que habían jurado delante de esta Victoria tantas generaciones de padres de la patria la había hecho sagrada, pero, a pesar de ello, Constancio, el año 357, ordenó que se quitara del palacio del senado. Juliano mandó reponerla en su sitio, y fue otra vez retirada por orden de Graciano.

Causa una angustia casi dolorosa ver como el paganismo, herido de muerte, escogió para librar su última batalla la defensa de esta estatua de la Victoria, que no representaba nada genuino, ni desde el punto de vista moral ni el religioso. Los senadores paganos que se empeñaban en conservarla tampoco tenían ninguna fe en ella; deseaban sólo morir envueltos en los recuerdos espirituales del pasado.

El senado de Roma, en el que predominaban los tradicionalistas paganos, envió cuatro diputaciones a Milán, donde residía el emperador, para suplicarle que les permitiera reponer la estatua de la Victoria en la



Busto del emperador Juliano, llamado el Apóstata, que sucedió en el gobierno a Constancio II (Museo de la Civilización Romana, Roma). En 361 fue aclamado emperador en Constantinopla y se apresuró a reorganizar la administración y la defensa de las fronteras. Quiso también devolver al estado el paganismo como religión oficial. Murió en 363 en lucha con los persas.

DEL IMPERIO ROMANO AL CRISTIANO:
II. LA POLITICA RELIGIOSA DE CONSTANTINO Y SUS INMEDIATOS SUCESORES

Adopción de una política de tolerancia hacia todos los cultos.

El paganismo es todavía una fuerza en el Imperio; las masas rurales y el ejército le son adictos, aunque la predicación cristiana gane sin cesar nuevos adeptos entre ellos; también son adictos al paganismo ciertos círculos ilustrados de las grandes ciudades, que alcanzarán gran predicamento entre los intelectuales y la aristocracia.

Constantino, en una decisión sin precedentes en la historia de Roma, concede a los litigantes el derecho de traspasar sus pleitos de los tribunales civiles a los episcopales, cualquiera que fuese el asunto tratado.

Por primera vez, la Iglesia cristiana es, dentro del Imperio, una sociedad legal con personalidad civil y el derecho a poseer bienes y a heredarlos.

Como interviene en la organización y asistencia de varias Iglesias paganas, Constantino se reserva explícitamente el derecho a decidir en los distintos problemas de la Iglesia y adecuar su solución a las necesidades generales del Imperio.

La paz de la Iglesia viene a ser sinónimo de paz pública. Por eso, en la violenta disputa trinitaria entre sabelianos, arrianos y moderados, es urgente para Constantino obtener una definición ortodoxa de la fe cristiana. De ahí la idea imperial de la convocatoria de un concilio y el pronto apoyo ofrecido al símbolo de Nicea.

La posición rigorista de Nicea, que implicaba la excomunión de los arrianos y exigía del emperador una inmediata marginación social del grupo, parece a Constantino "una solución demasiado occidental", difícil de imponer a un Oriente de mayoría arriana. En la corte es considerable la influencia del arrianismo, hecho que explica la tolerancia de Constantino para con los heterodoxos.

La disputa arrianismo-ortodoxia en la época de Constante (337-350) y Constancio (337-361).

A través de las poderosas personalidades de Atanasio, obispo de Alejandría, y el papa Julio, obispo de Roma, Constante acepta una nueva teoría de las relaciones estado-Iglesia: el estado debe apoyar con toda su fuerza la ortodoxia cristiana, formulada libremente por la Iglesia.

La Iglesia occidental, reunida en el concilio de Roma, interviene en el conflicto arriano a petición de los obispos nicenos de Oriente, a quienes rehabilita al tiempo que reafirma el credo de Nicea. Constante apoyará el conjunto de estas decisiones.

Constancio, emperador de Oriente, acepta la fe "ortodoxa" dictada en los concilios de Cesarea, Jerusalén y Antioquía y, de acuerdo con ella, expulsa de sus sedes y destierra a los obispos partidarios de Nicea, considerados ahora herejes.

La muerte de Constante evita la guerra civil y convierte a Constancio en emperador único de Oriente y Occidente.

Después de un viaje a Roma y de su estancia en la capital (358), Constancio, que se muestra muy sensible al peligro de un levantamiento nobiliario en Occidente, arrumba la legislación antipagana.

Hasta el año 357, la disposición de Constancio con respecto al paganismo y a la aristocracia romana es parecida a la de su hermano Constante, quien en los últimos años de su reinado inicia la represión del paganismo y de las pretensiones autonomistas de la aristocracia.

Constancio, emperador de Oriente y Occidente.

Los obispos alcanzan el rango de funcionarios públicos: reciben el derecho a usar el correo oficial, no están sometidos a la jurisdicción civil y recuperan sus facultades judiciales.

La política de independencia de la Iglesia de Roma se hunde ante la actitud contemporizadora de Constancio, que en tanto promete la convocatoria de un concilio general, persigue y destierra a los obispos occidentales más destacados en la defensa del niceísmo.

En los concilios de Arles y Milán, Constancio impone la condenación pública de un grupo de obispos nicenos orientales y aplaza la cuestión de la definición de la ortodoxia hasta un próximo concilio general.

El emperador trata de contrarrestar la fuerza económica creciente de la Iglesia y obliga a las personas ricas que entran a formar parte del clero a dejar dos tercios de sus bienes al estado, a la vez que niega a las tierras eclesiásticas la exención de impuestos.

Marfil alejandrino del siglo IV *que representa a una dama caracterizada a la manera de la antigüedad clásica (Museo de Cluny, París). En el último período del Imperio, Egipto representó un punto de partida del nuevo arte, en parte herencia del grecorromano, y en parte aportación de las civilizaciones orientales.*



sala de reuniones. La primera embajada pasó a Milán el año 382, pero Graciano ni siquiera le quiso conceder audiencia. La segunda, del año 384, tuvo más fortuna, porque Valentiniano II la recibió. El mensaje, leído por el senador Símaco, presidente de la comisión, fue publicado y motivó una respuesta de San Ambrosio. La tercera embajada pasó a visitar a Teodosio el año 388, y la cuarta estuvo en Milán con el mismo objeto en 392.

Como se ve, el asunto de la Victoria duró largos años y produjo tal impresión en las mentes de cristianos y paganos, que todavía Enodio de Pavía, en el siglo VI de nuestra era, hacía alusión a esta querella. Prudencio reunió los opúsculos cruzados entre San Ambrosio y el senador Símaco. Éste pertenecía a una familia principal romana, era inmensamente rico, y estaba emparentado con otros jefes del partido tradicionalista. Cuando habla, adopta un tono solemne, para persuadirnos de que es la Roma pagana la que habla por su boca. Haciendo uso de una imagen poética, personifica el genio de la ciudad en una matrona que exclama así: "Permitidme profesar la religión de mis padres y no os arrepentiréis de ello. Esta religión ha sujetado el universo a mis leyes; su culto ayudó a nuestros mayores a rechazar a Aníbal y a defender el capitolio de los bárbaros. ¿Para esto he llegado a mi larga vejez, para verme castigada con insultos?".

"¿Quién será tan enemigo de Roma que no deplore la injuria hecha a nuestra Victoria?", declama Símaco. Una de sus razones para defender este antiguo culto pagano es que la herencia que se ha recibido de los antepasados debe transmitirse íntegra a los que vendrán. Otra razón es que si Roma fue poderosa con su culto pagano, no hay por qué cambiarlo. La idea antigua de que cada ciudad o nación tiene sus dioses propios, que deben conservarse, aparece también en Símaco. Son las mismas ideas de Cicerón, algo espiritualizadas: "Cada nación tiene sus ritos y su culto. La Providencia asigna a cada ciudad diferentes protectores. Del mismo modo que cada mortal recibe al nacer una alma propia, de la misma manera cada pueblo recibe un genio particular para velar por sus destinos". Es de notar que este defensor de una religión que agoniza quiere apoyarse en argumentos más "avanzados" que los de sus enemigos. "El Dios a quien se dirigen nuestras plegarias –dice Símaco– es el mismo para todos. Un mismo cielo cubre nuestras cabezas, vemos los mismos astros y formamos parte de un mismo universo; poco importa la manera de adorar a su Creador. Parece imposible que haya sólo un camino para llegar a este gran misterio."

Otra cosa que lamenta Símaco es que el emperador, a la vez que ha mandado retirar la estatua de la Victoria, haya confiscado los bienes de los templos y suprimido los haberes de pontífices, vestales y cien otras jerarquías del sacerdocio pagano. Los templos podían continuar abiertos, no se excitaba todavía a la destrucción de edificios y estatuas, pero se les dejaba sin recursos. He aquí cómo se expresa Símaco respecto a esta expoliación: "¿Es que los religiosos no gozan

de la protección de la ley que defiende a los demás ciudadanos romanos? Esclavos y libertos reciben los bienes que les ha legado su amo y, en cambio, los ministros del culto y las vírgenes vestales no tienen derecho a heredar. ¿De qué les sirve a estas doncellas el guardar su castidad, procurando merecer del cielo la felicidad de la patria? En nuestro Imperio resulta más provechoso ayudar a los hombres que servir a los dioses". Por fin, Símaco profiere amenazas: los dioses vengarán la ofensa hecha a sus templos y sacerdotes, pero esta esperanza en los dioses parece una confesión de incapacidad.

A este "padre de la patria" contestó el obispo de Milán, San Ambrosio. Pertenecía también éste a una ilustre familia romana, pero nació en la Galia. Ambrosio empezaba su carrera como funcionario del estado cuando fue elegido, casi a la fuerza, obispo de Milán. Detalle típico de la época es que cuando Ambrosio fue elegido obispo, todavía era catecúmeno. Los cristianos de Milán no podían llegar a entenderse para escoger un pastor, y Ambrosio les reconvino con tales firmeza y elocuencia, que le eligieron obispo a él por aclamación.

Al enterarse de la embajada de Símaco reclamando el altar de la Victoria, dirigió una terminante protesta al emperador. Su tono es vibrante, amenazador: "Todos tienen que servir al emperador, pero el emperador tiene que humillarse ante Dios. Si decidís contra Dios en este asunto, los obispos no lo tolerarán; entraréis en las iglesias y no hallaréis en ellas ningún sacerdote para recibiros".

San Ambrosio escribió aún otra memoria refutando los argumentos de Símaco: "Decís que los dioses han salvado a Roma de Aníbal y de los galos, pero fueron los gansos los que, con sus graznidos, despertaron a los guardias del Capitolio, y ¿por qué se entretuvieron tanto los dioses en las guerras púnicas? Si se hubiesen decidido a salvar a Roma antes de la batalla de Cannas, ¡cuántas víctimas no se hubieran ahorrado!...". En cuanto a los recuerdos del pasado, San Ambrosio no quiere nombrar a Nerón y otras calamidades de la historia romana. ¿Cómo parangonar las vestales con las vírgenes cristianas? Las vestales pueden casarse al cabo de treinta años. "¡Brava religión que obliga a guardar castidad cuando son jóvenes muchachas y permite la impudicia cuando son viejas!"

A la cuestión candente del salario de los sacerdotes paganos, San Ambrosio contesta que tampoco los cristianos reciben sueldo del estado: "Prefiero que seamos pobres de dinero y ricos de gracia", dice San Ambrosio. "Nuestro título de gloria es la sangre que derramaron los mártires en las persecuciones, mientras que los paganos no piensan más que en los bienes que les han quitado. La pobreza, que para nosotros es un honor, los paganos la consideran un ultraje. Nosotros creemos que los emperadores nos ayudaban mejor cuando nos perseguían, que ahora que nos protegen."

Todavía se devolvió la estatua de la Victoria al senado el año 392, cuando Valentiniano II fue asesinado por el franco Arbo-



Una hoja del díptico de Símaco conmemorativo de las nupcias de un hijo de los Nicómaco con una hija de los Símaco, acaudaladas e influyentes familias romanas del siglo IV (Museo de Cluny, París).

CONTROVERSIA RELIGIOSA Y POLITICA REACCIONARIA EN LA NUEVA REPUBLICA

La figura de Juliano el Apóstata, de no ser considerada desde la perspectiva triunfalista de cualquier mística ortodoxa, puede representar un momento del secular enfrentamiento entre el agonizante clasicismo y el cristianismo cada vez más pujante. La cuestión religiosa, indudablemente, representaba el centro de la discusión, pero no en términos de cristiandad-infidelidad, como ocurrirá posteriormente en la Edad Media o en las antiguas y modernas colonizaciones, sino más bien en términos más profundos de cultura, filosofía y política.

No en vano Juliano llegó a ser el segundo de los reyes-filósofos por quien la filosofía volvió a revestirse de la púrpura imperial. De modo que considerar a Juliano el Apóstata sólo desde la estricta perspectiva de una ortodoxia cristiana y eclesiástica, al modo de las clasificaciones inquisitoriales –tal vez su apodo de *apóstata* lo exhibe con evidencia–, que juzgan con criterios valorativos posteriores y además ya desfasados, trae como resultado nublar el horizonte de posibilidades de cara a conocer el turbulento Bajo Imperio romano, en el que se desarrolló la cultura cristiano-occidental.

Ciertamente, Juliano actuó contra los cristianos, pero en el sentido de que, con él, el clasicismo, el helenismo, tras la identificación constantiniana de imperio-cristianismo, intentaba hacer retroceder la rueda del destino, queriendo demostrar su sólida y tradicional validez e intentando, como Constancio también, a su manera, rehuir las consecuencias del ajuste constantiniano.

El fervor y celo cristianos han llevado a muchos historiadores a prodigar no pocos exagerados epítetos a Juliano el Apóstata, minusvalorando, dado su anticristianismo, sus virtudes políticas, cuyas realizaciones estaban llamadas a fracasar frente a la omnipotencia divina y la providencia, que poco antes había hecho aparecer a Constantino el Grande.

Pero también existen historiadores que, aun caracterizando el Imperio por una *Pax Iuliana* como empresa personal, reconocen en Juliano no escasa parte del genio hereditario de los segundos Flavios, con valores de estadista en calidad de césar de la Galia que recordaban a su abuelo Constancio Cloro y con buenas cualidades de soldado no indignas de su tío Constantino. Su solicitud por los provinciales de su jurisdicción, acosados y agobiados de tributos, fue notoria. Y "en su declaración de emperador, Juliano obró movido por algo más que la protesta amargamente enconada contra la tiranía doméstica; aquélla le ponía al frente de un capital movimiento revolucionario, el más significativo desde el levantamiento del propio Constantino, pero, a diferencia del movimiento por Constantino encabezado, el de Juliano lo fue de reacción, con este santo y seña: *De Cristo a Platón*" (N. Cochrane). La audacia e iniciativa que desplegó en sus campañas germánicas y en su marcha sobre Constantinopla pusieron en evidencia sus cualidades, pero ellas mismas, reveladas como temeridad y locura, acabaron prematuramente con sus planes reaccionarios contra el constantinismo.

Juliano había crecido con la terrible imagen de la matanza de sus familiares con que se realizó el acceso de los hijos de Constantino. Estudiante y bien rodeado de tutores, resultó con un elevado apasionamiento por lo antiguo y una devota apreciación por el clasicismo, lo cual, junto a la búsqueda del bien público, fue configurando el personalísimo papel de restaurador que a sí mismo se atribuyó. A partir de esta postura inicial podrán comprenderse sus realizaciones políticas, que desde un principio estuvieron marcadas por su reticencia a admitir la heredada política constantiniana. Y de aquí que hiciera frente al cristianismo.

Que Juliano fuera o no cristiano, que se bautizase por oportunismo, no es cuestión importante para ser valorada, y menos desde el medio ambiente de unos historiadores en el que diecisiete siglos después manifestarse católico puede ser "oportuno" socialmente, aunque no se sienta interiormente. Por tanto, a través del constantinismo cristiano o del cristianismo constantiniano hay que estimar las actuaciones de Juliano contra los cristianos concretos y reales de su tiempo.

La religión era elemento importante, pero en el sentido del platonismo, de quien era fiel seguidor y discípulo. En las Ideas sólo se descubría la verdadera objetividad y universalidad anhelada por los hombres, y la aprehensión de dichas ideas es la única posibilidad certera para una ciencia de la naturaleza y del hombre, para la cual su política de filósofo-rey iba orientándose de cara a subsanar las dolencias de una sociedad que necesitaba la reactivación de una *romanidad* cada vez más agonizante.

A Juliano le preocupaban las cuestiones económicas y sociales, pero como platónico firmemente convencido de que la religión es la tabla de salvación de la vida política, hubo de atender especialmente a las cuestiones eclesiásticas. En esta perspectiva calificó a la política constantiniana de *innovadora*: "Más encarecidamente que cualquier otra cosa detesto la innovación, especialmente en lo que a los dioses se refiere, y sostengo que deberíamos mantener intactas las leyes heredadas del pasado, pues es notorio que fueron dádiva de los dioses". De modo que si era posible destruir la Iglesia constantiniana, mejor fuera que sólo separarla de su maridaje estatal. Y ver en la política juliana una persecución contra los creyentes como tales; por tanto, de nuevo resulta exagerado y desviado. Era la corporación institucional eclesiástica lo que pretendía hacer objeto de su acometida, ya que en ella veía la causa de la degeneración intelectual y moral, importante obstáculo para su platónica búsqueda de la paz y justicia sociales.

Desde el momento que consideró el problema religioso como problema político, en el terreno y con los medios de la política habría de resolverlo. En esta perspectiva, el Apóstata se dedicó a cancelar las inmunidades y exenciones con que habían sido favorecidos, en el sistema de privilegios anterior, los cristianos. En realidad, era cambiar la dirección; más que abolir los principios de privilegio a favor de los cristianos, era conferirlos a los sacerdotes paganos. Una diferente interpretación del edicto de tolerancia. Los cristianos hubieron de devolver a la propiedad pública lo que "durante las recientes perturbaciones pasaron a manos privadas, debiendo ser dicha propiedad desarrendada mediante su justa valoración". Creía Juliano que, generalizando el edicto de tolerancia, "puesto que la libertad servía para fomentar sus disensiones, ya no debería temer el gobierno por más tiempo la unanimidad del populacho cristiano".

Pero no se exageren las presiones o persecuciones de este momento, aunque historiadores no faltos de mística interpretación de la historia eclesiástica hacen un reconocido comentario en este sentido, como puede verse por estas palabras de Juliano: "Por el cielo, que no quiero que los galileos sean muertos, azotados o de otra forma injuriados contra la ley. Por la razón debemos persuadir e instruir a los hombres, no por golpes, insultos o violencia física... Quienes yerran en materias de grave importancia merecen piedad, no el odio; y así como la religión es el mayor de todos los bienes, así la irreligión es el peor de los males. Y ésta es la situación de los que abandonaron a los dioses para adorar cadáveres y reliquias".

Esta manera de pensar, avalada con ejemplos como en aquella ocasión en que Juliano confiscó los bienes de la rica comunidad arriana de Edesa por haber atacado a los valentinianos, "para que la pobreza les enseñara a conducirse mejor y para que no se viesen privados del reino celestial prometido a los pobres", la fue realizando por la vía del derecho y de la acción legal, bien extendiendo privilegios y favores a quienes compartían su creencia, bien cancelando privilegios o incluso los derechos privados.

Juliano decía en este famoso texto: "Deseo que los hombres religiosos sean alentados y francamente digo que tienen derecho a ello. La locura galilea causó un desbarajuste casi universal, y sólo la cle-

mencia del cielo pudo salvarnos. Deberíamos, pues, honrar a los dioses y a los hombres religiosos y ciudades de tal espíritu". Es decir, desde su política religiosa de carácter anticonstantinista hay que buscar la interpretación de su conducta. Para Juliano, Constantino era un renegado del paganismo oficial. Pero, sin embargo, en opinión de algunos historiadores (Bidez, Duchesne), no pudo sustraerse del todo al influjo constantinista, de modo que consideran como influjo cristiano su reorganización del sacerdocio pagano como si hubiera un injerto de organización eclesiástica, e incluso hablan de una "deteriorización" de la política de Juliano cuando en su afán reestructurador de la verdadera religión iba transformando el helenismo con ciertos caracteres de tipo teocrático.

Juliano, en su anticonstantinismo esencial, abandonó también la política filobárbara. Buscaba así el renacimiento de las tradicionales glorias militares, pero que, como es de sobra conocido, precisamente en su personal y solitario esfuerzo acabaría con la república en lugar de obtener su restauración.

Con Constantino coincidió también, y sin duda con mucho más ahínco en el valor de las artes liberales, el establecimiento de un significativo experimento en la historia de la educación romana. Prohibió las escuelas privadas, en un empeño de centralización de la enseñanza, pero esa monopolización de la cultura, que, según el mismo Amiano, procuraba "evitar que los adictos a la Iglesia cristiana enseñaran como gramáticos y retóricos", no fue bien aceptada por los paganos de espíritu elevado, pues imponía más esclavitud que libertad.

Decía Juliano, hablando de las personas que no siguen la religión tradicional: "Hasta ahora, muchas circunstancias les impidieron abrazar la religión verdadera; el terror universal sirvió de pretexto para que la opinión correcta relativa a la religión no fuera declarada. Ahora, sin embargo, obtenida por clemencia y favor del cielo la libertad, tengo por absurdo que haya hombres que enseñen lo que no tienen por verdadero. Pero si piensan que haya algún saber en lo que interpretan y enseñan, prueben sobre toda cosa imitar la piedad de aquellos autores. Si estuvieren, no obstante, convencidos de que los tales yerran en su opinión de los dioses sacros, que entren en las iglesias galileas y estudien a Mateo y Lucas...".

Pero, a pesar de todo, fortuna puede decirse que fue para los cristianos su prematura muerte, al negar el filobarbarismo constantiniano en su indesviable lógica anticonstantinista, pues hubiera logrado reducir el cristianismo a la justa medida y localización señalada por Juliano: como continuación de un culto semibárbaro limitado por los angostos confines de Galilea.

Juliano no entró en los conflictos arriano-cristianos. Para él, todos pertenecían a la "superstición galilea", que había seguido la peor parte del judaísmo, los profetas en lugar de la Ley. "Los galileos, como sanguijuelas, chuparon la peor sangre de aquellos orígenes y dejaron la más pura. Siguieron deliberadamente a hombres que habían transgredido su propia ley y que pagaron adecuada pena por haber preferido vivir desafiando la ley y proclamando un nuevo y extraño evangelio."

Por supuesto, negó la divinidad de Jesús, aunque no en el sentido arriano, sino como fábula que tiene como objeto la parte crédula, necia e infantil del espíritu. Creyó en la existencia histórica de Jesús, labrador iletrado, considerando sus enseñanzas como faltas de verdad y belleza, débiles, ajenas al sentido práctico y socialmente subversivas. Pensaba que era posible captar la divina esencia, pero a través de un conocimiento del todo independiente de Moisés, Jesús o Pablo. Dependía de la actividad benéfica y providencial del Sumo Dios, el rey Helios, el Sol intelectual, uno e idéntico, quien posibilitaba la comprensión de los humanos, centro de toda su teogonía.

Como conclusión puede citarse su obra *Los Césares*, donde se refleja claramente su posición en este secular conflicto de cristianismo y clasicismo, de *Pax Iuliana* contra *Pax Constantiniana*. Al celebrar un concurso entre los emperadores deificados, el premio por excelencia se lo otorga al otro rey-filósofo, Marco Aurelio. Al tener que vivir cada concursante bajo la tutela de una deidad adecuada, para Constantino no encuentra quien pueda protegerle. Por fin, da con la Lujuria, quien, acogiéndole con afecto, le presentó a la Incontinencia. Pero deidades vengadoras le limpiaron de sus delitos.

A través de este anticonstantinismo, Juliano negó el cristianismo, en el que no pudo ver más que una fase de la interminable lucha de barbarie y civilización. En su monarquía platónica, quiso defender la civilización después de su renegación constantiniana. Ya los judíos no podían ofrecer en la actividad legislativa de Moisés nada semejante a la actividad de un Licurgo, Solón o Rómulo. Siempre fueron de cultura insuficiente y su larga historia de cautiverios así lo patentiza. En esa misma línea, el cristianismo no es más que una religión de escape, que comenzó a adorar a un "judío crucificado", primer cadáver entre la multitud de otros cadáveres recientemente muertos, los cuales eran comentados por Eunapio, amigo de Juliano, de esta manera: "Cabezas escabechadas y huesos mohosos, tales han venido a ser los dioses del pueblo romano". Evidente incompatibilidad entre el espíritu clásico y el cristianismo, que, no obstante, encontró en otros emperadores sinuosas vías de transacciones integradoras.

En el irreversible proceso de decadencia romana, Juliano intentó, en un sobrehumano y personal esfuerzo, la inevitable imposición que los "ateos" cristianos realizaban sobre la verdadera religión tradicional, a pesar de que, según Juliano, "la suma y sustancia de su teología se reduce a estas dos cosas: silbar para alejar a los diablos y hacer la señal de la cruz sobre sus frentes".

El cristianismo prevaleció, la romanidad no fue salvada por Juliano y, aunque parezca paradójico, con los cristianos volverá a revivir en los espíritus las frustradas esperanzas de una romanidad perdida.

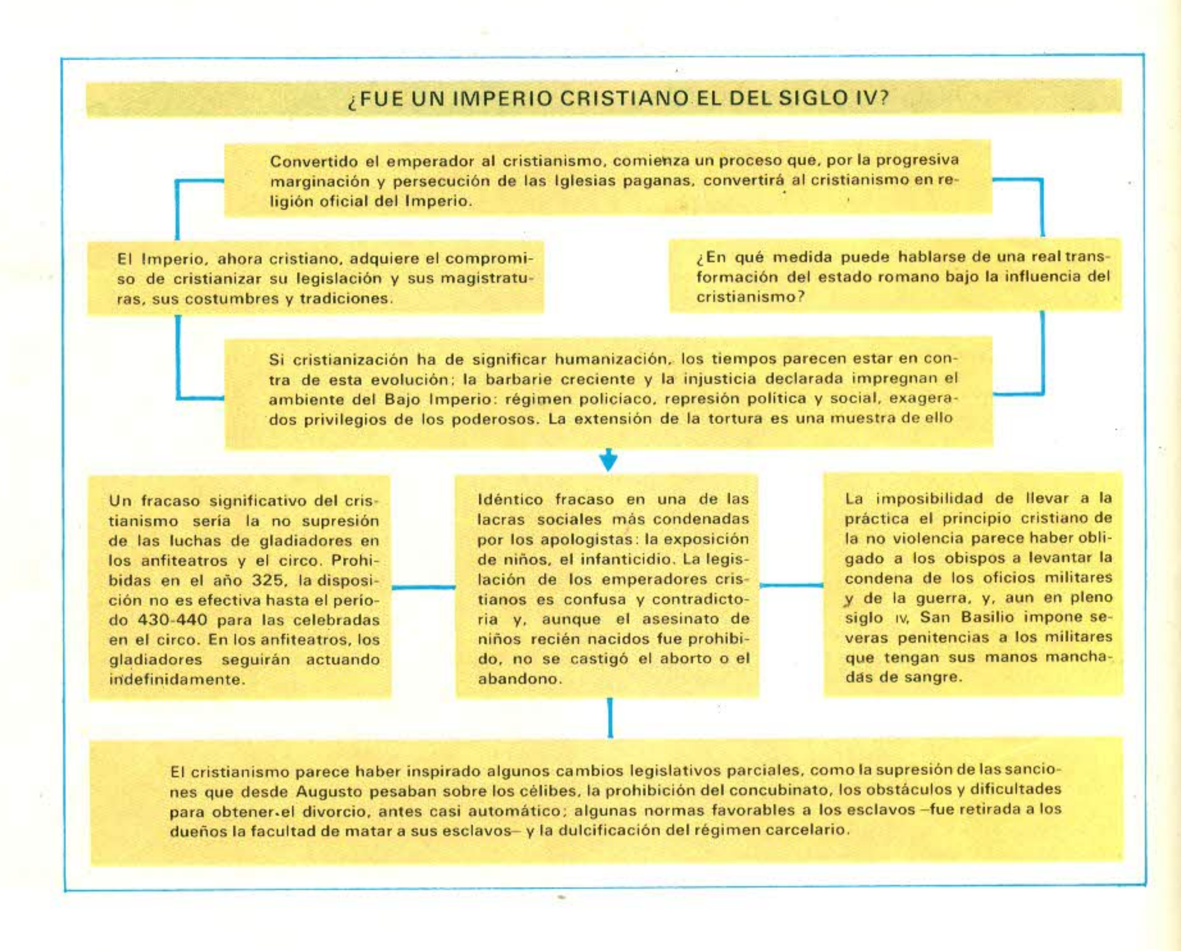
En la trayectoria iniciada con Constantino y el concilio de Nicea, la época juliana supuso un paréntesis en el progreso de la reacción arriana. Durante su gobierno pudo reunirse un importante concilio en Alejandría (362). Atanasio procuró una apertura de criterio para formar un frente único con los semiarrianos, hasta el punto de que puede hablarse de una restauración de la ortodoxia. Pero siguieron las intrigas eclesiásticas: obispos antes depuestos volvieron a sus sedes, Atanasio sufrió un cuarto destierro, el cisma luciferiano, la sede de Antioquía con tres obispos simultáneos, etc., son hechos que pueden dar una idea de aquel clima de conflictos eclesiásticos. En estas cuestiones, poco supuso Juliano. Peor fue con Valente, quien, habiendo sucedido a la época de neutralidad confesional de Valentiniano I, se convirtió en un decidido promotor del arrianismo y perseguidor de macedonianos y semiarrianos.

Pero las medidas favorecedoras de Graciano en Oriente, el fortalecimiento de la Iglesia con nombres como Gregorio Nacianceno, Basilio, Ambrosio de Milán, quien precisamente sucedía al arriano Aujencio, confluyeron, bajo la presidencia del papa Dámaso, en la época triunfal de Teodosio el Grande. Éste se convirtió en el mayor favorecedor de la causa cristianonicena, fue fundador del imperio ortodoxo y prototipo de "príncipe cristiano", sin la mínima tolerancia para el arrianismo y demás herejías, que fueron formalmente abolidas. Y de nuevo el emperador mandó congregar a la Iglesia en concilio, la cual en Constantinopla remataría la instauración de la ortodoxia.

Así acabó toda posibilidad para la religión clásica; así tuvo lugar "el fin del paganismo". Pero las querellas y las divisiones continuaron, el mismo platonismo dejaría sentirse en el propio seno del cristianismo, que reanimaría la tradición romana. De ahí que se reclame la necesidad de iluminar más estos períodos, en los que la interpretación triunfalista de la institución eclesial ha influido en toda la historia general. Si ello es explicable en la Edad Media y su régimen de cristiandad, no hay que extenderlo a un mundo romano conflictivo y decadente, todavía no desaparecido de Occidente.

"Apóstatas" o "grandes", "fin del paganismo" o "comienzo de la cristiandad", suponen demasiada unilateralidad en la hermenéutica de la historia, todavía abierta y accesible para un Occidente ávido de conocerse y reformarse.

J. M.ª P.



gasto. Este bárbaro, sintiéndose incapaz de gobernar, hizo reconocer como emperador a un letrado de Roma llamado Eugenio, que era cristiano. Creyéndole dócil y dispuesto a transigir con sus ideas, el elemento pagano de Roma apoyó a Eugenio, y el pobre retórico purpurado tuvo que hacer concesiones a sus amigos los paganos. La Victoria fue devuelta al aula del senado, la estatua de Júpiter se levantó de nuevo y se celebraron otra vez los misterios de Isis y de la *Magna Mater*. Ya hemos dicho que Eugenio era cristiano, pero el que dirigía la restauración pagana era el senador Nicómaco, yerno de Símaco. Eugenio no devolvió a los templos paganos los bienes secuestrados, pero los cedió a perpetuidad a Nicómaco y a otros senadores del partido reaccionario. Acaso no era el deseo de aumentar sus fortunas lo que llevaba a los senadores paganos a aceptar estas dádivas, sino que pensaban administrarlas por cuenta de la religión perseguida, y estando estos bienes registrados como de propiedad privada, evitaban así el peligro de una nueva confiscación. Pero la espada vengadora de la verdad y la justicia se levantó para acabar de una vez con el paganismo contumaz. El agente en esta ocasión de la cólera celeste fue el emperador español Teodosio, que gobernaba las provincias orientales mientras Arbogasto, Eugenio y Nicómaco disponían a su antojo de Roma, del estado y de la religión. Teodosio, debidamente aconsejado por un eunuco egipcio, que le profetizó la victoria, marchó desde Constantinopla sobre Italia para acabar con los aristócratas y sus dioses paganos.

La batalla entre Teodosio y los reaccionarios paganos se dio en un llano delante de Aquilea. Nicómaco murió en el combate, Arbogasto se suicidó y Eugenio fue hecho prisionero y decapitado.

Después de la victoria de Aquilea, los cristianos recobraron su supremacía en



Medallón de oro de Valentiniano I, quien recogió de Joviano la herencia de Juliano completamente transformada: por un lado, la paz con los persas, y por otro, el restablecimiento del cristianismo (Museo Nacional, Belgrado). Valentiniano, excesivamente ocupado en Occidente por las luchas con alamanes, burgundios, francos y sajones, nombró augusto de Oriente y corregente del Imperio a su hermano Valente.

Acueducto de Valente en Constantinopla, la capital de la parte del Imperio que le fue entregada por su hermano. Valente favoreció como pudo a los partidarios de la condenada corriente desviacionista del arrianismo.

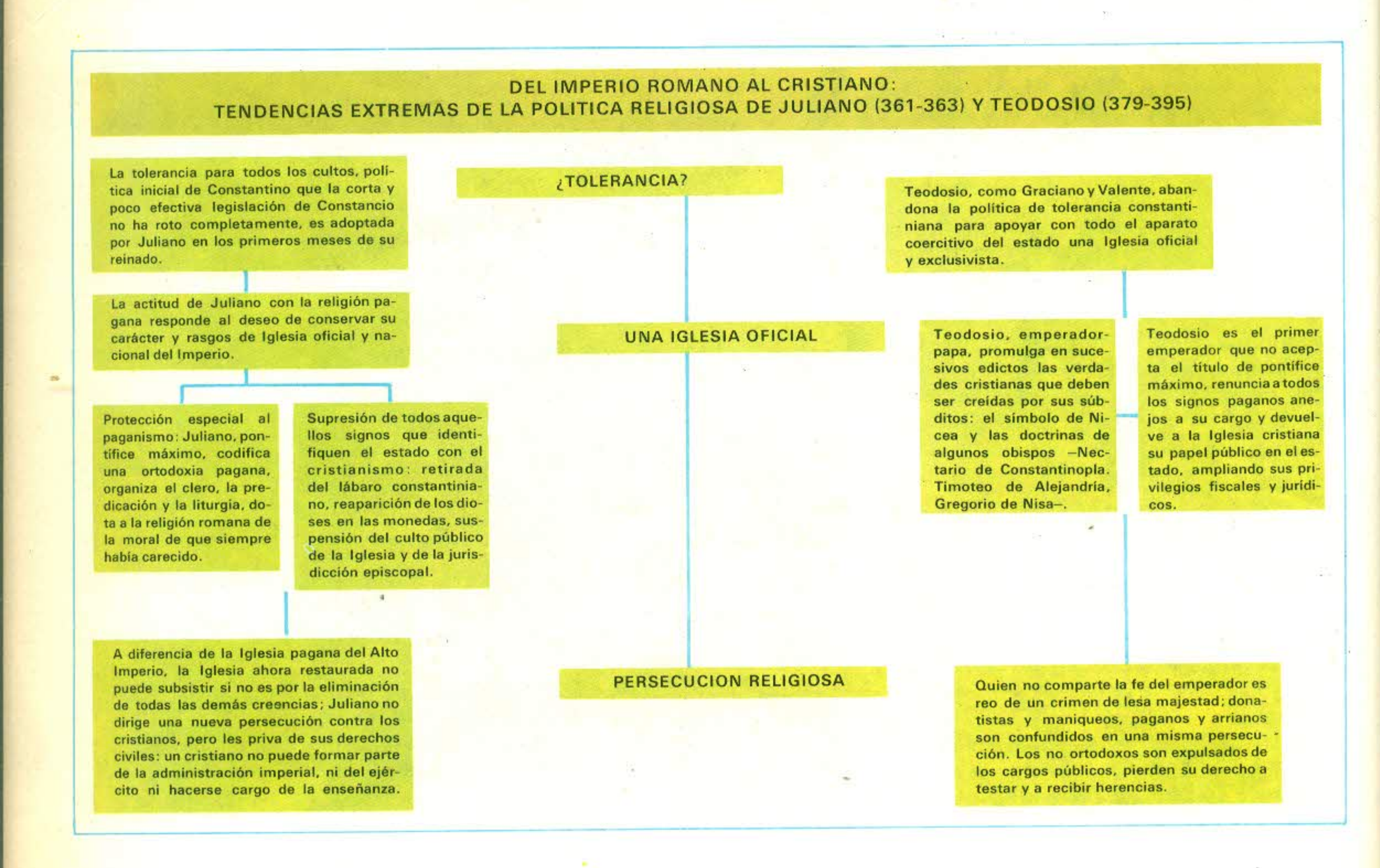


Roma, y esta vez para siempre. Las medidas de Teodosio no fueron, como las de sus antecesores, un ataque indirecto al paganismo. Resueltamente recomendó que capillas, templos y santuarios de los antiguos dioses fuesen destruidos o purificados con el signo de la religión cristiana. Se nombró una comisión especial, formada por varios jefes de administración, para que procedieran a cerrar los templos, destruir los ídolos e instrumentos de sacrificio, cancelar pensiones y anular privilegios de los sacerdotes paganos, y, en fin, liquidar la propiedad de los viejos santuarios del paganismo en beneficio del emperador, de la Iglesia y del ejército.

El contenido de la legislación imperial para acabar con el paganismo revela el propósito de querer hacer las cosas rectamente y aun de salvar lo que podía haber de aprovechable en el viejo culto. Pero el entusiasmo popular no tuvo límites y, principalmente en las provincias, la clausura definitiva de los templos paganos fue acompañada a menudo de destrucción y desórdenes. En la Galia, San Martín de Tours, a la cabeza de sus monjes, procedió a derribar los ídolos y a cortar las encinas sagradas de los antiguos celtas. Más sensacional aún fue la destrucción del *Serapeum* de Alejandría. Los devotos de Serapis se habían fortificado en su recinto y tuvo que sitiarse como una fortaleza. Por fin, convencidos de su impotencia ante el furor popular, apoyado por la decisión imperial, los paganos abandonaron el *Serapeum.* Las turbas de monjes y conversos invadieron el recinto y no pararon hasta verlo completamente destruido. El ídolo de Serapis era una estatua gigantesca, revestida



El obelisco de Teodosio, en Constantinopla, traído de Egipto y levantado sobre una base con relieves alusivos al emperador, se halla en una gran plaza de la moderna Istanbul que ocupa parte del antiguo hipódromo construido por Constantino a imitación del circo Máximo de Roma. Teodosio, de origen hispánico, fue nombrado en 379 augusto de Oriente. Su intervención en Occidente para reprimir sublevaciones le hizo lograr la última unificación del Imperio, que duró hasta su muerte, en 395.



de placas de bronce; estaba sentado, con un cetro en la mano, como el Zeus de Olimpia. Un soldado se encaramó hasta el hombro de la estatua y le dio, con una hacha, un tremendo golpe en la cara. Una de las placas de bronce cayó al suelo, sin que nada ni nadie castigara la profanación; entonces, ya sin miedo, otros golpes completaron la hazaña y el coloso quedó desprovisto de su revestimiento metálico en poco rato. El tronco de madera, arrastrado al anfiteatro, fue quemado, entre los gritos y algazara del populacho.

La Iglesia ha reconocido a Teodosio como el verdadero fundador del imperio cristiano. Algunos de sus antecesores, después de Constantino, fueron cristianos sinceros, pero no puede decirse que fueran ellos los que cristianizaron el Imperio. Teodosio, resueltamente, declara "que es su deseo y voluntad que ninguno de sus súbditos se atreva, en ninguna villa o ciudad, a adorar a los ídolos". Más todavía, la religión que debían profesar todos los ciudadanos era "la que el apóstol San Pedro enseñó a los romanos y que hoy enseñan el pontífice Dámaso y el obispo Pedro de Alejandría".

Teodosio reconoce así la jerarquía católica, con el papa Dámaso a la cabeza, y la mención que hace del primado de Alejandría, aunque en segundo lugar, es sólo una concesión de autonomía a las Iglesias orientales, bien que insistiendo en que deben seguir las enseñanzas de San Pedro. El régimen de una autoridad suprema para la Iglesia, con su paralela autoridad civil en el Imperio, puede decirse que se inaugura con Teodosio. El gran español tuvo la intuición de que había llegado la hora de imponer una disciplina a las conciencias. Para muchos suena esto hoy a intolerancia, pero era un progreso enorme comparado con la doctrina todavía propuesta por Símaco de que cada pueblo o nación tenía su dios tutelar, que cuidaba de sus destinos. Era una idea arqueológica, más aún, prehistórica, de la religión, incompatible con el concepto de imperio universal que empezaba a arraigar en las conciencias. Por la misma razón que Trajano, Marco Aurelio y Diocleciano habían insistido en implantar la unidad religiosa a base del paganismo, Teodosio debía insistir en la uniformidad cristiana. Era otro esfuerzo para consolidar el Imperio.

Consecuente con sus principios, Teodosio reconoció a la Iglesia el derecho de decidir en materias de religión y de moral; él mismo se sometió a la penitencia que le im-

puso el obispo de Milán, San Ambrosio. Este episodio señala el principio de la dependencia en que se halla la autoridad civil respecto de la eclesiástica en materias de conciencia. El pecado de Teodosio era grave. Como buen español, cuando se irritaba era violento, y en una ocasión, para castigar un motín en Tesalónica, ordenó que se invitara a los ciudadanos a una fiesta en el circo, y cuando los tuvo reunidos, los hizo acuchillar bárbaramente. Para dar idea de la brutalidad del castigo, contaremos sólo que un mercader extranjero, que aquel día se hallaba por casualidad en Tesalónica y había acudido al circo, vio matar a dos hijos suyos, como él inocentes.

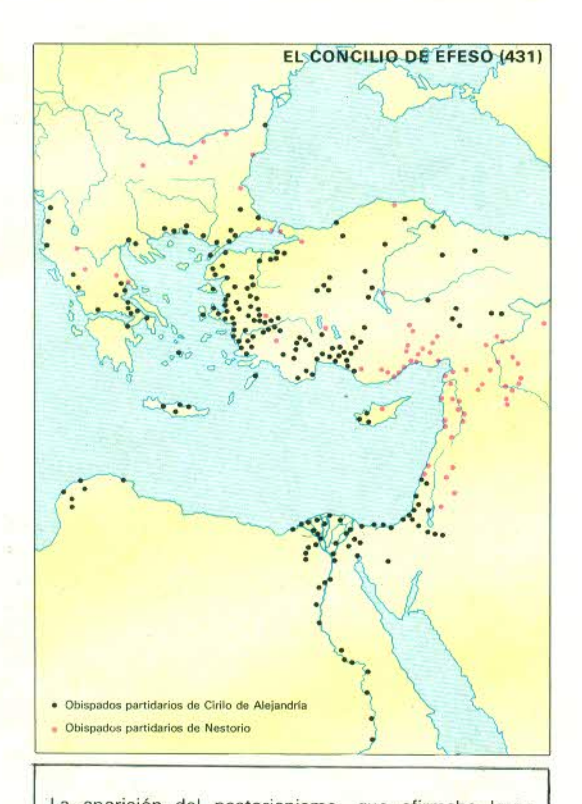
La horrible venganza de Tesalónica afligió a todo el Imperio, y celoso como siempre San Ambrosio por el buen nombre cristiano, proclamó desde el púlpito y en la calle que el emperador debía hacer penitencia de su pecado mostrando su arrepentimiento delante del pueblo. El gran emperador aceptó la sentencia y, vistiendo el sayal de penitente y en actitud suplicante, con lágrimas en los ojos, imploró en la catedral de Milán el perdón de su horrendo delito. Teodosio tuvo que esperar ocho meses para ser de nuevo admitido entre los fieles y acercarse a la sagrada mesa para comulgar.

Ya puede comprenderse que un emperador que se somete a la autoridad eclesiástica hasta el punto de confesarse y hacer penitencia en público, habría de exigir que los demás se sometieran también y no toleraría disensiones. En este punto, Teodosio es también católico perfecto; sus edictos contra los herejes son enérgicos, el emperador se convierte en el brazo protector de la Iglesia mi-

Detalle de una de las puertas de la catedral de Milán con una escena de la vida de San Ambrosio. Fue éste un gran personaje influyente en su tiempo, que, tras ostentar cargos políticos en la administración romana del Imperio, fue promovido al episcopado de Milán siendo simple catecúmeno. Además de consejero de los emperadores fue amigo personal de Teodosio y se le reconoce influencia decisiva en la conversión de San Agustín.



Disco de Teodosio el Grande hallado en Almendralejo a mediados del siglo XIX (Academia de la Historia, Madrid). El emperador, sentado en el centro, tiene a su lado a sus hijos Arcadio, a su derecha, y Honorio, a su izquierda, y entrega a un personaje el libro con los preceptos necesarios para gobernar una provincia.



La aparición del nestorianismo, que afirmaba la no existencia de una unión completa entre las dos naturalezas de Cristo, fue el primer acto de un largo proceso cargado de consecuencias para la Iglesia oriental. El nestorianismo, ampliamente difundido en Siria y Mesopotamia, fue condenado en el concilio de Éfeso por la energía de Cirilo de Alejandría; pero, a partir de aquí, la escuela alejandrina evolucionó progresivamente hacia la herejía opuesta, el monofisismo. El reparto de los partidarios de Cirilo y los de Nestorio en la época del concilio de Éfeso revela la existencia de unos conglomerados muy coherentes de diócesis, coincidentes, en gran parte, con los contornos de las naciones.

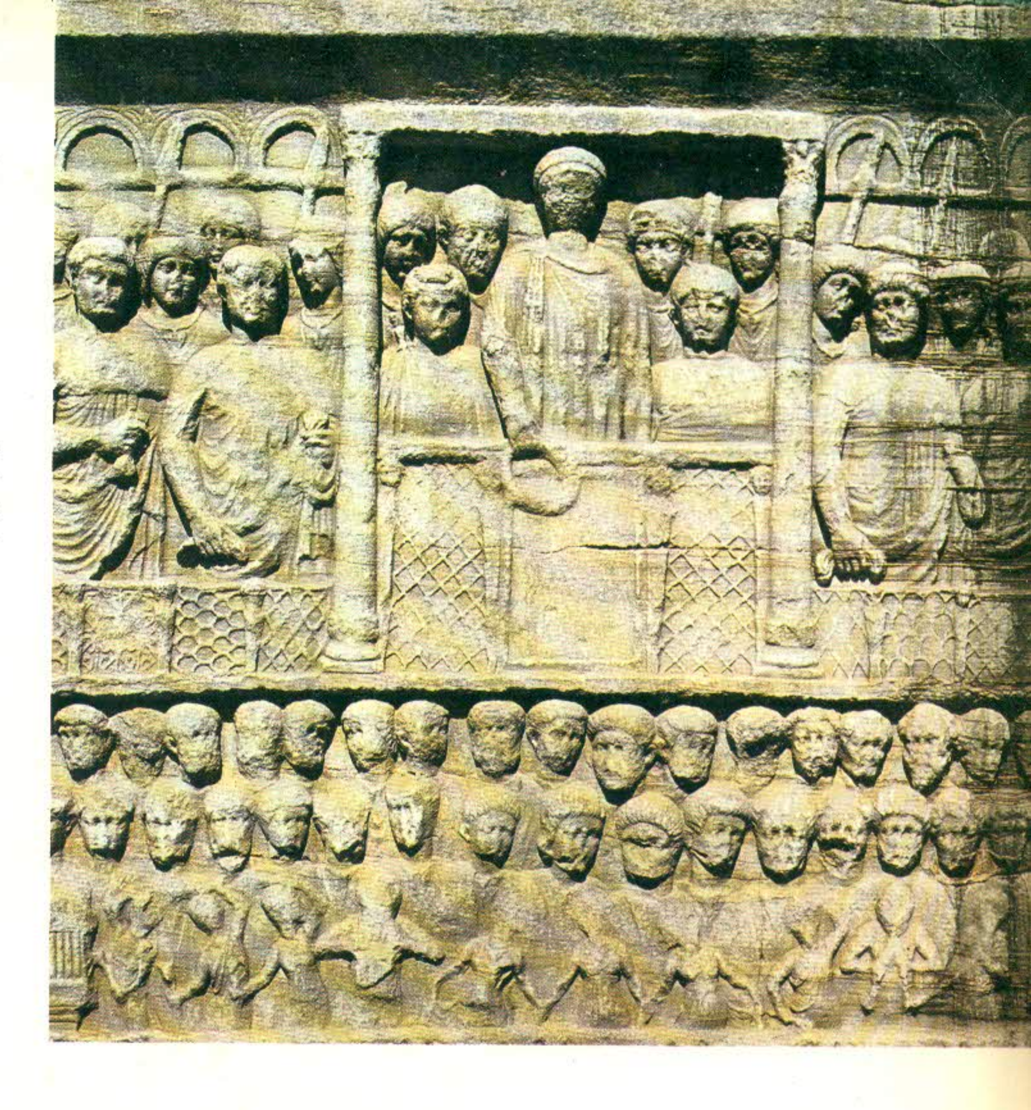
Un fragmento de las murallas de la moderna Istanbul, mandadas construir por Teodosio para defender la capital de su Imperio.



litante. Pero también en este punto Teodosio demuestra hallarse dotado de un espíritu superior, aunque no hace más que seguir el compás de los tiempos, que con el cristianismo, religión del estado, imponían nuevas formas de coordinación de poderes, exigían un nuevo régimen entre la Iglesia y el Imperio, propendiendo a la unidad espiritual de la civilización, que será el gran empeño y el ideal que alentaría durante la Edad Media.

De este tiempo es digno de relación lo sucedido con unos herejes españoles, ejecutados en Tréveris por orden del corregente de Teodosio en Occidente, otro español llamado Máximo. La historia de este interesantísimo episodio, en pocas palabras, es como sigue: hacia el año 370 un laico muy experto en teología empezó a predicar en las provincias occidentales de España ensalzando fervorosamente el más riguroso ascetismo. Se llamaba Prisciliano, era rico y de ilustre familia, algo dado a la astrología y las ciencias ocultas, pero gran orador. Sobre todo, Prisciliano predicaba la continencia, el ayuno y el apartamiento del mundo; en cierto período del año, él y los que le seguían escondíanse en lugares solitarios, en la aspereza de los montes o dentro de sus casas. Se reunían en parajes secretos y, cuando comulgaban, lo hacían sin ser vistos; sus singularidades bastaban para causar viva zozobra a los otros cristianos, por lo que empezaron a propagarse rumores fantásticos, en los que no faltaba la nota de obscenidad. Se les acusaba de rogar a Dios desnudos. La voz de alarma la dio el obispo de Córdoba, Higinio, quien despertó el celo de su colega de Mérida, Idacio. Otros obispos, en cambio, dieron más importancia al ascetismo de los priscilianistas que a su herejía, y pronto el episcopado español se halló dividido en dos bandos. Un concilio celebrado en Zaragoza el año 380 condenó a los priscilianistas, pero algún obispo se mostró favorable a los disidentes y éstos continuaron su predicación, con la agravante de que Prisciliano fue elegido obispo de Ávila.

El asunto tomó tales proporciones, que el papa Dámaso pensó intervenir y el incansable San Ambrosio obtuvo del emperador un rescripto por el que, en términos generales, se condenaba a "los falsos obispos y los maniqueos". Prisciliano y los suyos, aunque se sentían inocentes de maniqueísmo y podían probar sus títulos al episcopado, comprendieron que el edicto imperial apuntaba contra ellos principalmente. Para defenderse, Prisciliano y dos de sus adeptos marcharon a Milán y Roma. Los priscilianistas fueron invitados a acudir a un concilio en Burdeos, para allí, en terreno neutral, discutir sin apasionamiento; pero viendo que



Detalle de los relieves del pie del obelisco de Teodosio en Istanbul, donde se ve al emperador, con coronas preparadas para los vencedores de las carreras, rodeado de familiares y numeroso público, en la tribuna del circo.

los obispos de la Galia les eran también poco favorables, Prisciliano tuvo la desdichada idea de apelar al emperador, o a su corregente Máximo, que gobernaba en Tréveris como colega de Teodosio.

De este modo el concilio fue sustituido por un proceso disciplinario. Máximo prometió a San Martín de Tours que no se dictarían sentencias capitales y que, a lo sumo, podría llegarse a la deportación de los herejes. Pero el acusador Itacio, obispo hispano, no paró hasta convencer a Máximo de que Prisciliano y los suyos eran culpables de brujería, y éste era un crimen que las leyes castigaban con pena de muerte. Para aclarar este punto, Prisciliano fue sometido al tormento, y es posible que un temperamento místico y delicado como el suyo no pudiera resistir a confesar todo lo que querían sus enemigos. No por herejes, sino por culpables del crimen de magia, Prisciliano y seis más fueron decapitados. Entre estas seis víctimas había un poeta, Latroniano, elogiado por San Jerónimo, y una noble matrona, Eucrotia, todos españoles.

No se ha precisado todavía exactamente lo que constituía la herejía de Prisciliano ni interesan en gran manera sus opiniones teológicas; lo que presta interés a este proceso es que Prisciliano y sus colegas fueron las primeras víctimas del brazo secular. Los más cultos y virtuosos obispos católicos consideraron la ejecución de Prisciliano, por mandato del poder civil, como una gran desgracia. San Martín de Tours, San Ambrosio, de Milán, y el papa Siricio, sucesor de San Dámaso, deploraron el celo cruel de los obispos españoles y se negaron a comunicar con los responsables del crimen cometido por Máximo, pues no querían tener trato alguno "con los que habían pedido la muerte de los herejes", según manifestara con dicha expresión el gran San Ambrosio.

Mas la herejía priscilianista no quedó extirpada con la ejecución de sus primeros propagadores. Su rescoldo, latente, duró varios siglos. Aunque no conozcamos los pormenores doctrinales y morales de esta secta, es evidente que los priscilianistas se sentían inspirados por Dios y que sólo reconocían la autoridad del Altísimo. Consideraban que la disciplina y la jerarquía eclesiásticas, necesarias para mantener el orden entre las multitudes, no les afectaban a ellos, los iluminados. Dios, comunicándose directamente con cada uno de ellos por visiones y revelaciones, podía proponer las más extrañas y contradictorias normas de conducta. Sin embargo, los priscilianistas, como todos los extremados, consideraban el mundo y el hombre como enemigos y, dando a las obras de la carne una importancia muy secundaria, se permitían excesos que creían sin daño porque estaban en un plano muy inferior a lo que para ellos era el bien y el mal.

Anverso y reverso de una moneda de oro de Valentiniano I acuñada en Constantinopla durante su reinado (Museo Británico, Londres).





BIBLIOGRAFIA

Andreotti, R.	*Il regno dell'Imperatore Giuliano,* Bolonia, 1936.
Bidez, J.	*La vie de l'empereur Julien,* París, 1930.
Cochrane, N.	*Cristianismo y cultura clásica,* México, 1949.
Labriolle, P.	*Histoire de l'Eglise,* vol. III de la obra dirigida por Fliche-Martin, París, 1936.
Levi, M. A.	*L'impero romano,* Turín, 1963.
Llorca, García Villoslada, Montalbán	*Historia de la Iglesia católica,* Madrid, 1960.
Negri, G.	*L'imperatore Giuliano l'Apostata,* Milán, 1954 (5.ª ed.).
Pareti, L.	*Storia di Roma e del mondo romano. VI. Da Decio a Costantino (251-337 d. C.),* Turín, 1961.
Piganiol, A.	*Histoire de Rome,* París, 1962 (5.ª ed.).
Riccioti, G.	*L'imperatore Giuliano l'Apostata secondo i documenti,* Milán, 1956.
Stein, E.	*Histoire du Bas-Empire. I. De l'état romain à l'état bizantin (284-476),* Brujas, 1959.



Elia Flaccila, la primera esposa del emperador Teodosio, de origen español como él, que se distinguió por sus obras caritativas (Gabinete de Medallas, París). Murió en 385 y la Iglesia griega la considera santa.

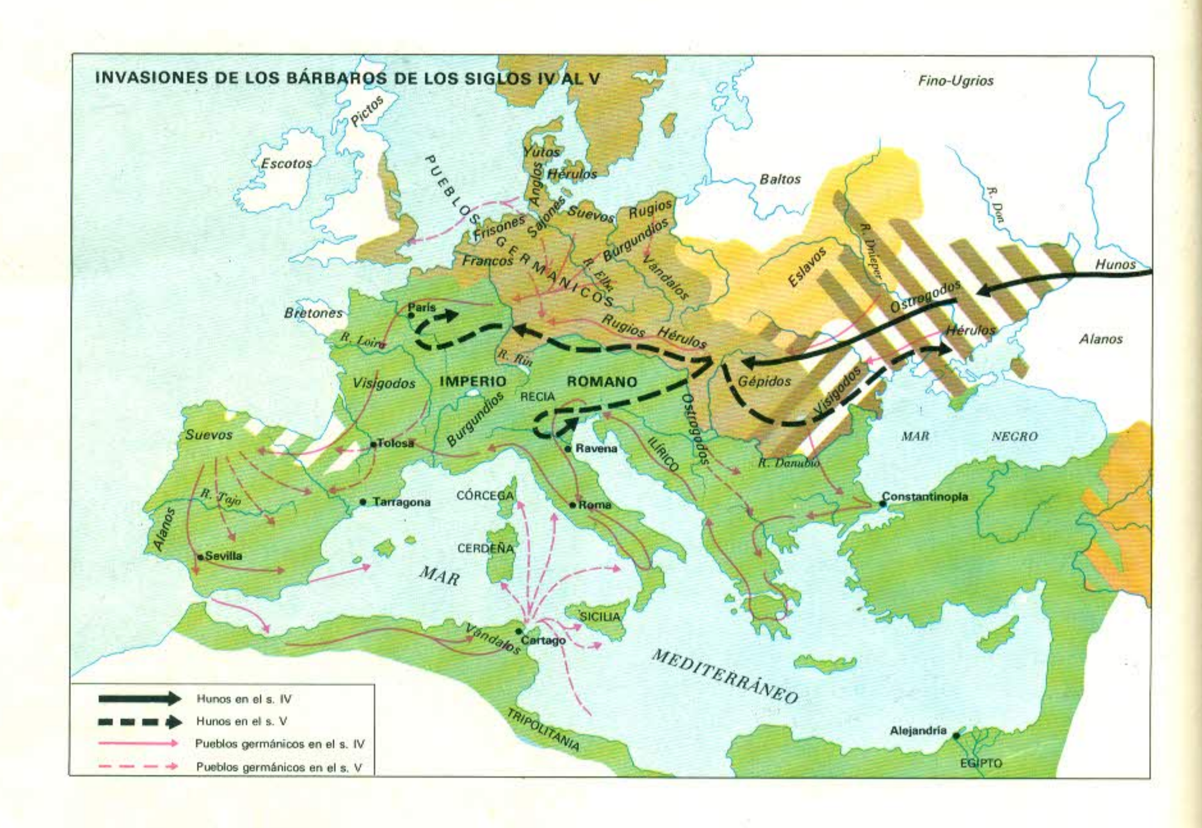


Relieves en el sepulcro de Estilicón (Iglesia de San Ambrosio, Milán), el único hombre de su tiempo que hubiera podido salvar el Imperio si los emperadores no le hubiesen negado su apoyo. Arcadio le impidió actuar en Oriente, y Honorio instigó a las tropas para que le asesinaran.

La caída de Roma. Atila

Generalmente se ha descrito el hecho histórico de las invasiones bárbaras como una avalancha de pueblos germanos que, rebasando las fronteras del Rin y del Danubio, invadieron simultáneamente las provincias occidentales del Imperio. Algo de verdad hay en esto, pero la entrada de los germanos en tierra del Imperio no sobrevino de una vez ni violentamente. Se acostumbra también decir que las invasiones produjeron un estado de anarquía y retroceso en la civilización, que no empezó a remediarse hasta que se formaron las nacionalidades de la Europa moderna, ya casi al final de la Edad Media. Esta versión, por lo menos exagerada, se funda en textos casi contemporáneos; pero hay que advertir que son de escritores latinos, eclesiásticos, que veían en los bárbaros germanos un doble enemigo, porque la mayoría pertenecían a la secta arriana y en muchas ocasiones habían sido un verdadero castigo para la Iglesia católica.

En cambio, la causa principal del desplazamiento de los pueblos teutónicos, que es el movimiento de grandes masas de tribus mongolas hacia la Europa central, se ha



considerado como un episodio secundario. Se habla de Atila y de los hunos como de otros bárbaros, acaso los peores, pero sin distinguirlos mucho de los de raza germánica, casi cristianizados y medio romanizados. Y, sin embargo, la ocupación por los hunos de la mayor parte de Europa es uno de los más extraordinarios sucesos de la Historia.

Conviene recordar que los hunos eran de raza turania, que ya hemos descrito como adormecida, pero que se levanta en sacudidas periódicas amenazando conquistar el mundo. Pertenecían a la misma raza que los tártaros y mongoles que acaudilló Gengis-Khan, y aun tal vez que los turcos de Bayaceto y Solimán; pero mientras los mongoles de Gengis-Khan se detuvieron al llegar al Mediterráneo y los turcos no pasaron de Viena, las hordas de tez amarilla, ojos oblicuos y pómulos salientes que seguían a Atila cruzaron por delante de París, llegaron hasta Orleáns, y de Italia se marcharon sin ser vencidas, acaso porque la tierra clásica, llena de ciudades y cultivos, no se prestaba a la vida nómada ni tenía pastos para sus caballos.

La historia de los hunos anterior a su llegada a Europa la conocemos sobre todo por los escritores chinos, que hablan de tributos que tenían que pagar a los *hiungs* para mantenerlos más allá de sus fronteras. Cuando, con la construcción de la gran muralla y el establecimiento de una dinastía en China capaz de hacerse respetar, no pudieron continuar sus incursiones depredatorias hacia el Sur, los hunos se dirigieron poco a poco hacia los desiertos entre el Oxus y el mar Caspio. Por algún tiempo parecieron amenazar a los partos y quererse instalar en las llanuras fértiles del Asia; pero, siguiendo acaso la línea de mínima resistencia, al final del siglo III los hallamos ya entre el Volga y el Dniéper.

Los primeros que sufrieron en Europa el choque de los hunos fueron los alanos, que vivían en las tierras que los griegos llamaron *Escitia*, al norte del mar Negro. Los alanos habitaban en tiendas y vivían aún bajo un régimen pastoril; aunque se habían mezclado mucho con los vecinos turanios, eran originalmente de raza aria como los germanos. Grupos numerosos de alanos se agregaron a las hordas de mongoles que llegaban del Asia; otros de ellos, acaso los más civilizados, o germanizados, se corrieron hacia sus vecinos teutónicos, manteniéndose distanciados, pero siguiéndoles en sus movimientos posteriores, como veremos más adelante.

Los hunos avanzaban en hordas disgregadas, llevando gran impedimenta de carros, mujeres y rebaños, y obedeciendo sólo, en sus expediciones militares, a un jefe o monarca que difícilmente podríamos llamar rey. Cuando la presión de nuevas tribus recién llegadas se hizo irresistible, las avanzadas de los hunos empezaron a hostigar a los más orientales de los pueblos germánicos, instalados en las llanuras al norte del Danubio; éstos eran los godos, divididos desde hacía mucho tiempo en las tres ramas de ostrogodos, visigodos y gépidos. Los ostro-

godos trataron de combatir con los hunos, pero la terrible avalancha de gente amarilla era irresistible. Parte de los ostrogodos accedió a pagar tributos a los hunos y sus jefes aparecen como consejeros de aquellos asiáticos, ejerciendo el mismo papel que los barones germánicos del Báltico desempeñaron siglos después en la corte de los zares rusos. La segunda rama de los godos, la que estaba instalada más al Norte y había tenido menos contacto con el Imperio romano, los *gépidos,* consintió también en pactar una alianza con los hunos y los acompañó en sus campañas posteriores.

Pero al llegar los hunos a las tierras de la tercera rama de los godos, los godos del Oeste, o *west-gots,* que nosotros llamamos visigodos, éstos, al comprobar que la resistencia era imposible, en vez de ceder, como sus parientes los gépidos y los ostrogodos, prefirieron cruzar el Danubio y sumisamente se pusieron bajo la protección del Imperio romano. Antes ocultarían el tesoro real, que se encontró hace algo más de medio siglo en Petrosa, Rumania. Esto ocurría en 376, y el lugar por donde cruzaron la frontera los visigodos estaba sujeto a la autoridad del *augusto* de Constantinopla. Así pues, Valente, que era entonces emperador, aceptó la oferta que le hacían los visigodos de establecerse en una región inculta de la Tracia y vivir allí como aliados y súbditos del Imperio; pero impúsoles dos condiciones que no podían ser más onerosas: la primera, que los visigodos tenían que hacer entrega de sus armas, y sólo así desarmados cruzarían la frontera, y la segunda, que debían entregar sus hijos, para que fuesen repartidos por las diferentes ciudades del Asia y aprendiesen allí las maneras y costumbres de las gentes grecorromanas. La primera condición exasperó a los visigodos, quienes, sin embargo, por el soborno y el contrabando lograron conservar muchas de sus preciosas armas, y el cumplimiento de la segunda condición les dejó todavía más libertad de movimientos para poder atacar al Imperio si no se les indemnizaba, con tierras y subsidios, por la pérdida de sus familias.



Díptico de marfil del cónsul romano Félix, que vivió en la primera mitad del siglo V (Biblioteca Nacional, París). En unos momentos en que los romanos vivían con las armas prestas por los continuos peligros de las invasiones, la imagen de este cónsul, vestido con la clásica toga, representa el eterno ideal pacífico de los romanos.



Vasija rumana de plata, del siglo V, *con escenas báquicas (Museo de Historia de Cluj, Rumania). La mezcla de los romanos con los habitantes de la Dacia (región conquistada para el Imperio por Trajano, que ocupaba el espacio de la actual Rumania) dio como resultado una población muy sensible a todas las actividades y costumbres de Oriente.*

El número de visigodos que cruzaron el Danubio está fijado en un millón de personas, de las cuales doscientas mil eran guerreros. Hoy mismo sería peligroso aceptar una nación así entera dentro de los límites de una Europa civilizada; cuánto más difícil no sería abastecer e instalar a tal multitud para los funcionarios de una administración corrompida como la de Constantinopla. Hasta San Jerónimo, que estaba entonces en el Oriente, excusa a los visigodos de su rebelión: *Per avaritiam Maximi ducis ad rebellionem fame coacti sunt;* esto es, que los visigodos hambrientos se rebelaron por culpa de la avaricia del duque Máximo, encargado de ejecutar el tratado. La explotación indigna a que fueron sometidos los refugiados visigodos les impulsó a procurarse la justicia por su cuenta. Las primeras escaramuzas fueron favorables a los bárbaros; esto alarmó al emperador Valente, quien trató de aniquilarlos en una batalla campal delante de Adrianópolis. La lucha se libró el 9 de agosto de 378 y en ella murió Valente, con varios condes palatinos, treinta y cinco tribunos y cuarenta mil soldados. El desastre de Adrianópolis se ha comparado al de Cannas, tanto por la magnitud de la catástrofe como porque no supo aprovecharse de ella el vencedor.

Los visigodos llegaron a las puertas de Constantinopla; pero, completamente desorientados en los suburbios de la capital, regresaron a la Tracia, país más favorable al género de vida nómada a que estaban acostumbrados. El sucesor de Valente fue el gran Teodosio, de quien ya hemos hablado en el capítulo anterior; éste comprendió el peligro de tener a los godos como enemigos a las puertas mismas de su capital y las ventajas que, en cambio, podrían obtenerse de ellos si se les consideraba como aliados. Los visigodos permanecieron, pues, tranquilos en la Tracia hasta la muerte de Teodosio, el año 395. Durante este tiempo habían aprendido algo de las ventajas de la vida sedentaria, construido chozas, labrado campos y creado nuevas familias; pero, por otro lado,

sobre todo los jefes, se habían dado cuenta de la descomposición del gobierno imperial y de cuán importante era su propia fuerza, que podía hacer caer la balanza hacia un lado u otro en el caso de decidirse a intervenir en la cosa pública.

El mismo año 395, los visigodos, descontentos, emprendieron otra vez su trágico itinerario. Guiábales Alarico, guerrero de sangre real, que había hecho su aprendizaje en Italia con Teodosio. Con la promesa de viñedos y olivares que debían encontrar en Grecia, Alarico empujó a sus visigodos hacia el Sur. Dejaron las áridas e inclementes llanuras de la Tracia para asomarse a las cercanías de Atenas, que admiraron sin saquear, y pasaron el istmo de Corinto para hacerse fuertes en el Peloponeso. Allí trató de acorralarles un general de origen vándalo, antiguo favorito de Teodosio y ahora tutor de sus hijos, llamado Estilicón, y sólo por milagro pudieron los visigodos escapar de aquel callejón sin salida que era el sur de Grecia. Un nuevo arreglo con Arcadio, el hijo mayor de Teodosio, que gobernaba entonces las prefecturas del Oriente, "concedió" a los visigodos nuevas tierras en el Epiro, que hoy llamamos Dalmacia, con acceso al Adriático.

En aquellos momentos, la Dalmacia era una magnífica posición estratégica. Al servicio del Imperio, desde allí podían los visigodos acudir al sitio de mayor peligro, tanto si se trataba del Oriente como del Occidente; pero podían también atacar a cualquiera de sus señores si éstos no cumplían lo pactado. Y así fue; permanecieron tranquilos en el Epiro desde 397 hasta el 401, en que Alarico arrastró a sus guerreros a la conquista de Italia. Nada mejor que describir las causas de la invasión con las mismas palabras de Jordanes, el historiador casi contemporáneo de aquellos godos:

"Cuando Teodosio, el enamorado de la paz y la raza goda, hubo fallecido, sus hijos empezaron a arruinar el Imperio con una conducta viciosa y con negar a sus aliados, o sea los godos, la establecida distribución de dádivas. Esto hizo que en éstos aumentara el desprecio por los romanos, y temiendo perder su valor y degenerar en la ociosidad, los godos nombraron a Alarico por rey; éste, que pertenecía a la familia de los Baltos, que quiere decir *atrevidos,* tras aconsejarse con los jefes, decidió procurarse un reino independiente para los godos".

Por despecho, pues, de la administración imperial, que los tenía olvidados, y por el deseo de aventuras y peligros tan característico de los primitivos teutones, entraron los visigodos en Italia. Estilicón fue otra vez el encargado de detenerlos cuando ya habían invadido las llanuras del Po. He aquí, pues,



Cabeza de Arcadio, emperador de Oriente desde 395, año de la muerte de su padre Teodosio, hasta 408. Apenas comenzado su reinado, sufrió un ataque de Alarico, jefe de los visigodos, y lo rechazó, sin aceptar la ayuda de Estilicón, tutor militar de ambos emperadores por voluntad de Teodosio. Aceptó, en cambio, como jefes de su ejército a algunos bárbaros que no le dieron los éxitos apetecidos. Le sucedió su hijo de corta edad Teodosio II.



El emperador de Occidente Honorio, segundo hijo de Teodosio, que reinó desde 395 a 423 (Museo del Louvre, París). Su designación como augusto de Occidente significó la partición definitiva del Imperio romano. Los servicios de su general Estilicón no impidieron la entrada de los visigodos en Italia y de los vándalos en España.

La Piazza del Popolo, en Ravena, con las dos columnas que sostienen las estatuas de San Vital y San Apolinar. Esta ciudad es un museo del mejor arte bizantino debido a que Honorio en 404 la hizo capital de Occidente.



frente a frente, de un lado, la gigantesca masa de los godos, sin organización ni ruta fija, pero a las órdenes de un caudillo leal y generoso, y, del otro lado, el viejo Estilicón con sus mercenarios de todas las razas, alistados en unas legiones que todavía llevaban las águilas imperiales, pero que ya no conservaban de romanas más que el nombre.

La campaña fue larga y llena de sorpresas. Alarico se reveló como caudillo consumado; sin embargo, los imperiales pudieron alabarse de haber conseguido una victoria en un lugar del Piamonte llamado Pollentia. Resultado de ella fue un nuevo arreglo: los visigodos se retiraron a sus tierras por unos años, y Estilicón y Honorio fueron el 404 a Roma para celebrar su triunfo, como en los tiempos de Mario y Pompeyo. Es famoso, sobre todo, este triunfo por ser el último en que se dieron en espectáculo los combates de gladiadores. Los cristianos protestaron, y hasta un monje llamado Telémaco murió apedreado por la turba cuando trataba de separar a los contendientes en la arena. El sacrificio de esta víctima del humanitarismo acabó de decidir a Honorio, que tenía a su



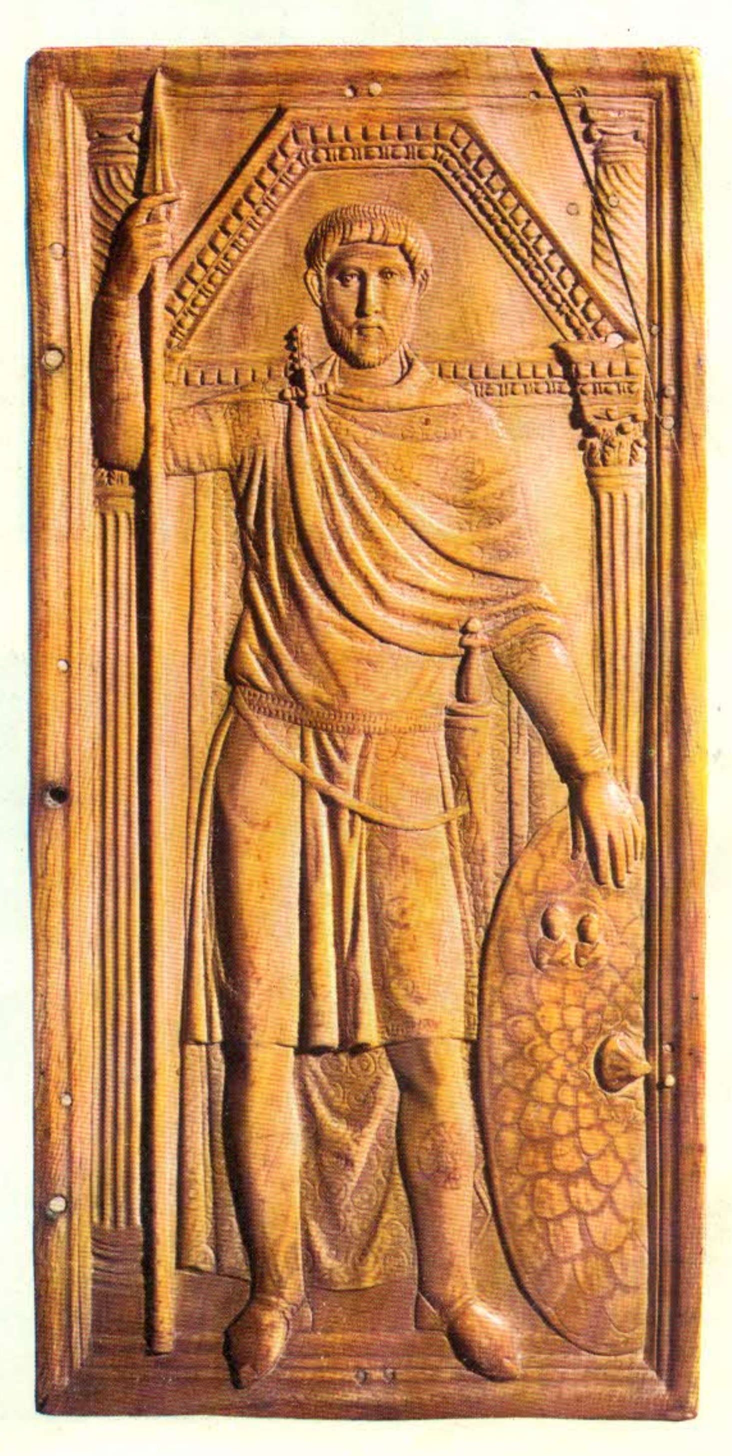
Hoja del díptico paleocristiano del cónsul Basilio con escenas circenses al pie del relieve (Museo del Bargello, Florencia).

cargo el gobierno de las prefecturas occidentales, y publicó un edicto en el que prohibía para siempre los juegos gladiatorios.

El triunfo de Estilicón y Honorio representa, empero, el final del primer episodio de la entrada de los bárbaros en tierras del Imperio. Por lo pronto, los únicos aceptados son los visigodos, y aun sin haber podido hallar para ellos un domicilio que fuera definitivo.

Mientras tanto, los hunos y sus aliados habían avanzado hasta el Báltico. Su presión sobre los pueblos germánicos vecinos del Imperio se iba haciendo cada día más intolerable; algunas tribus germánicas cedían, y mediante un tributo y una alianza continuaban en las tierras de sus mayores; otros combatían a los asiáticos, disputándoles valle por valle, selva por selva, la orilla derecha del Rin. Finalmente, un día, el último del año 406, incapaces de resistir más el empuje de los hunos, grandes multitudes de pueblos germánicos atravesaron el río que durante varios siglos había sido la frontera de Germania. Pero no fue un ataque de teutón a romano, no fue una invasión para conquistar provincias: fue un desbordamiento producido por una presión que venía de mucho más allá, de las estepas de la Mongolia, a través del Asia y de la Europa central y que había empezado mucho antes.

El general Estilicón representado en la hoja de un díptico de marfil de los siglos IV-V (Catedral de Monza). El mejor general del Bajo Imperio era de origen vándalo y se opuso a los invasores casi contra la voluntad de los emperadores, los verdaderos interesados.



Hoja del díptico de marfil de la catedral de Monza, con la figura de Serena, esposa de Estilicón, y de su hijo Euquerio. Otras dos hijas de este mismo matrimonio fueron sucesivamente esposas de Honorio. En cuanto a Euquerio, su padre fue acusado de haber intentado colocarlo en el trono.



Cómo pudieron estas naciones germánicas atravesar la frontera es todavía un enigma. Muy probablemente, la guerra con los visigodos en el Oriente obligó a desguarnecer las fortalezas del Rin: Colonia, Maguncia y Tréveris. El vado se hizo por tantos puntos a la vez que las guarniciones romanas prefirieron encerrarse en sus castillos a exponerse a una destrucción segura. Lo que parece cierto es que los bárbaros no tenían un plan preparado de antemano, ni iban dirigidos por un jefe único ni se improvisó un caudillo en el acto de la marcha. Muy probablemente, con esta comunicación misteriosa y casi subterránea que se transmite a las multitudes en los días supremos de la Historia, se dieron cuenta de que había llegado la hora en que no hallarían resistencia capaz de detenerlos.

Pasaron avergonzados delante de las ciudades romanas y destruyeron algo, pero poco, para obtener el sustento. Estos guerreros teutónicos, cubiertos de andrajos, con sus mujeres y chiquillos, siguieron avanzando vacilantes, sin atacar ni ser atacados, hasta que hallaron parajes apartados donde la romanización no había sido completa y pudieron instalarse allí, casi a escondidas de la administración imperial, que era aún para ellos un poder poco menos que divino. Unos, los francos, llegaron al ángulo nordeste de Francia y Bélgica, adonde los mercaderes romanos habían ido siempre de paso. Otros,



Las luchas sangrientas del circo fueron parte del gran espectáculo de los romanos tanto en la República como en el Imperio. Este mosaico (Galería Borghese, Roma) demuestra que en el Bajo Imperio la costumbre era tan popular como en tiempos de Nerón. Pero, de repente, una orden de Honorio suprimió todos los espectáculos en que intervenían gladiadores.

LAS CONDICIONES ECONOMICAS Y SOCIALES EN AMBAS PARTES DEL IMPERIO

Las distintas condiciones generales y económicas influyeron sobre la común situación social de Oriente y Occidente –sociedad organizada en base a la coacción, tendencias feudales–, produciendo resultados muy diversos a la par que un gradual distanciamiento entre las dos partes del Imperio. En cuanto a recursos, las provincias occidentales, a diferencia de las orientales, casi intactas, entraron en una situación de quiebra: la reducción del territorio y el empobrecimiento causado por la invasión e instalación de los bárbaros según unos pactos que les permitían tomar el tercio de lo ocupado, la disminución de la producción agrícola y la crisis de abastecimiento, la pérdida de las minas, la decadencia de la industria y del comercio, el empeoramiento y confusión del sistema monetario, la falta de seguridad y el agotamiento fiscal se opusieron, como causas inexorables de disolución, al intento de salvación llevado a cabo por las débiles autoridades del gobierno. Así, la legislación contra las tendencias feudales (patronato, latifundio) y a favor de la conservación de la vida municipal (curias, corporaciones), que en Oriente pudo tener aún cierta eficacia o indicar, al menos, que los fenómenos disolutivos eran reconocidos menos abiertamente por el estado, en Occidente no tuvo ninguna eficacia.

Nuevos centros de poder (jefes militares, terratenientes, los mismos bárbaros) dominaron una sociedad confusa. En las ciudades, sobre las ruinas de la administración municipal, se iba engrandeciendo la actividad temporal de los obispos. La población que en las provincias intentaba evitar la opresión fiscal y la miseria entregándose a los patronos, entrando en los monasterios o dedicándose al bandidaje, pudo quizás hallar el yugo de los bárbaros más ligero que el de los romanos y alimentó así el fermento nacionalista, presente desde hacía tiempo sobre todo en la Galia y en España, pero también en Oriente (Siria y Egipto).

Si el cuadro de la situación de Occidente en el siglo V se nos aparece tétrico debido a los sentimientos de los escritores que nos lo pintaron, nostálgicos en general de la grandeza clásica, y el examen de algunos testimonios concretos echa una luz más optimista al menos para ciertas regiones, es indiscutible, desde Claudiano a Namaciano y desde San Jerónimo a Salviano, la impresionante unanimidad sobre los rasgos generales de un organismo en franca decadencia. Aún seguía Oriente su vida normal como sociedad, cuando ya Occidente se debatía en la crisis total. La publicación en 438 del código de Teodosio, más bien que afirmar la unidad jurídica del Imperio, la destruyó para siempre, y desde entonces las eventuales agregaciones hechas por una parte del Imperio sólo eran válidas en la otra, tras una comunicación de un emperador a otro, cosa que normalmente no se puso en práctica. En 440, a sólo un siglo y medio de la imposición del latín por Diocleciano, el griego fue adoptado como lengua oficial en la administración oriental. Estos dos hechos significaron para la sociedad la división definitiva del Imperio.

A. G.

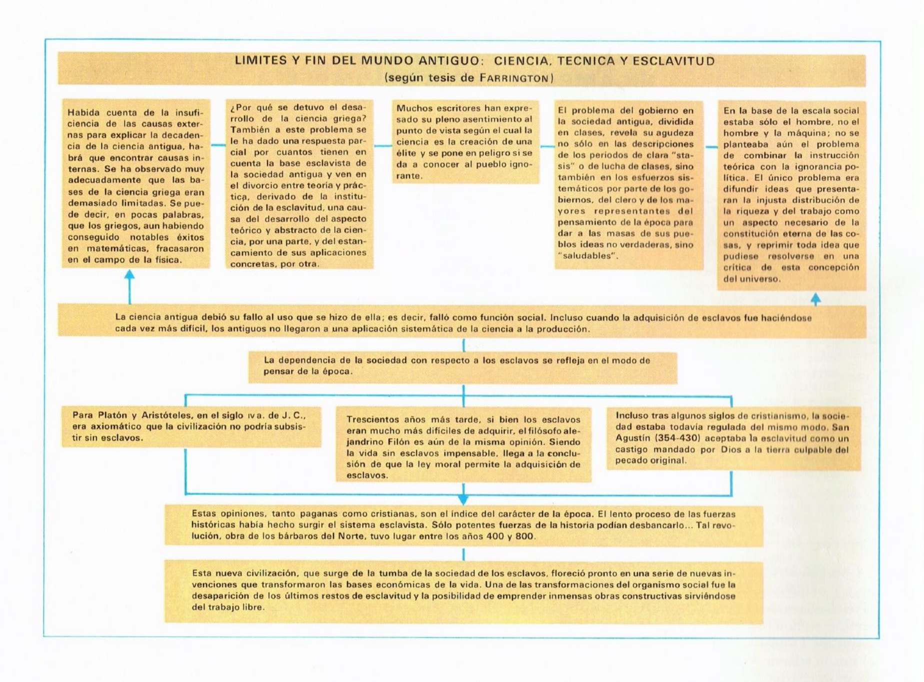
los borgoñones, se internaron en los repliegues montañosos que separan a Francia de la Helvecia y desde allí hicieron más tarde famoso su nombre. Otros, más fuertes, cruzaron los Pirineos y se creyeron seguros en el rincón atlántico del norte de España, donde se instalaron los suevos, o bajaron hasta Andalucía, la primera etapa de los formidables vándalos.

Pero la Francia más romanizada, esto es, la Francia central y la Provenza, permaneció sin grandes cambios y continuó viviendo bajo la administración romana después del paso de aquellos pueblos. Lo mismo podríamos decir de España: ni la Tarraconense ni la parte central, más romanizada, recibieron daño alguno de los nuevos ocupantes, que se consideraban más bien huéspedes que enemigos del Imperio. Sin embargo, los espíritus cultivados de la época se dieron cuenta de lo que significaba aquella ocupación de parte de las provincias occidentales por los germanos. San Jerónimo, desde el Oriente, describe a los pueblos teutónicos recién llegados al Occidente con estas palabras: *Innumerabiles et ferocissimæ nationes.* Así, poco más o menos, hablan también Orosio y Claudiano, y empiezan a distinguir el carácter de las diversas tribus de germanos: unos son bravos, pero perezosos; otros son fieles y cumplidores de lo pactado; otros traidores, otros glotones y lujuriosos; cada nación tiene un defecto y posee también apreciables cualidades.

Es de creer que si el Imperio hubiese estado en su apogeo, como en tiempos de Marco Aurelio, estas gentes germánicas habrían sido absorbidas gradualmente, romanizándose poco a poco. En cambio, ahora las encontramos en seguida al servicio de ambiciosos magistrados imperiales que se



Este casco de bronce, decorado con delicadas escenas, perteneció sin duda a algún gladiador que alcanzó celebridad por sus triunfos en la arena (Museo Nacional, Nápoles).



valen de la fuerza de los bárbaros para imponer un candidato a la púrpura o para atacar a sus enemigos personales. La desgracia para Europa no fue, como se ha dicho muchas veces, que los bárbaros cruzaran el Rin demasiado pronto, sino que, al contrario, al cruzarlo el año 406, era ya demasiado tarde.

En efecto, ya el año 410 los visigodos se apoderaron de Roma y la saquearon. El asombro que esto produjo en los bárbaros fue enorme. La CIUDAD, que así se llamaba a Roma, la capital del mundo, la que había hecho temblar a sus abuelos, era presa de uno de los suyos. Un germano, Alarico, con una banda de visigodos, había entrado en Roma y mandaba en ella a su antojo. Otros, establecidos en provincias, podían hacer lo mismo con las ciudades romanas amuralladas, que, en menor escala, tenían también su prestigio y sus tesoros. La superstición de la superioridad romana se iba desvaneciendo...

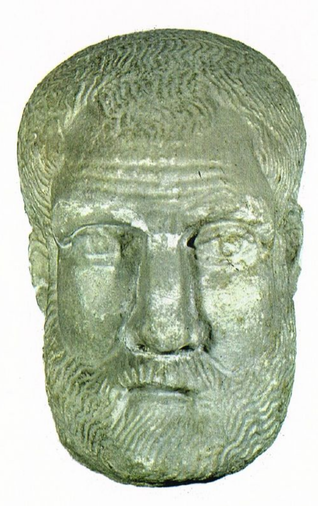
Sólo una cosa quedaba todavía fuerte: la idea del Imperio. El concepto de las nacionalidades no se había formado aún; bárbaros y romanos se sentían sujetos a la administración imperial, el águila de dos cabezas, que entonces eran dos aguiluchos impotentes, los hijos de Teodosio, uno en Constantinopla y otro en Milán o Ravena. Sobre esta idea de la unidad del Imperio, aun con dos capitales, deberemos volver más adelante; sin embargo, ahora es preciso que expliquemos algo de la segunda etapa del itinerario de los visigodos, en cuyo camino ocurrió el mencionado episodio de la caída de Roma.

El año 408, el incapaz Honorio consentía en Ravena el asesinato de Estilicón. La desaparición del viejo general alano no sólo significaba, para los visigodos, que no habría en Occidente nadie capaz de detenerlos, sino también que la subvención en metálico y especies que percibían por su inacción se haría más irregular en lo sucesivo. Esta consideración bastaba para acabar de decidir a los visigodos a lanzarse sobre Italia. Con un contingente de setenta mil guerreros (recordemos que eran doscientos mil al cruzar el

Las murallas de Roma, construidas por Aureliano cuando el Imperio no tenía aún nada que temer, sirvieron en 410 para detener el primer empuje de los visigodos de Alarico. Pero a poco las puertas cedieron y se produjo el saqueo de Roma. Sólo tres días permitió el jefe godo que durara el pillaje, e hizo respetar las basílicas de San Pedro y San Pablo.

Danubio), Alarico saqueó Aquilea y Cremona, pasó sin detenerse por delante de la ciudad de Ravena, defendida por sus pantanos y canales bordeados de pinares, cruzó los Apeninos y plantó sus reales delante de Roma. Después de un primer sitio, que los visigodos levantaron mediante un regular donativo, el año 410 Alarico entraba en Roma.

Para dar idea de la hazaña, recordemos que el perímetro de las murallas de la capital era de unos treinta y cinco kilómetros y que debía de contener todavía más de un millón de habitantes. Por otra parte, es seguro que, al descender a través de la Italia, Alarico y sus guerreros reclutarían esclavos de raza teutónica y alanos, que se sumarían a sus filas. Por lo menos, sabemos que sólo en Roma los visigodos encontraron cuarenta mil germanos. ¡Qué desorden no produciría en las explotaciones agrícolas, y aun en los servicios de la capital, esta liberación de millares de esclavos, que se unían a los enjambres de los bárbaros! He aquí otra de las



Cabeza que se supone representa la de Alarico (Museo de las Termas, Roma). Este rey de los visigodos, rechazado de Oriente por Estilicón, atacó la parte occidental del Imperio. Honorio intentó contenerle cediéndole parte de sus dominios, pero el bárbaro avanzó por Italia y saqueó la ciudad de Roma.

LIMITES Y FIN DEL MUNDO ANTIGUO: CIENCIA, TECNICA Y ESCLAVITUD
(según tesis de LILLEY)

La economía romana se basaba, aún más que la griega, en el trabajo de los esclavos. Por eso, durante el período de la expansión romana fue escaso el uso de la rueda hidráulica. Disminuyó incluso la aplicación de la energía animal para accionar los molinos, usándose, en cambio, esclavos. Así, pues, como sucedió siempre en la economía antigua, la esclavitud impidió la aplicación plena de la energía no humana.

Todo el período de la grandeza romana no produjo una sola invención mecánica de importancia.

Al iniciarse el declive del poder romano, cuando los ejércitos victoriosos ya no traían sus víctimas como esclavos, comenzó a hacerse sentir una seria escasez de mano de obra. En estas circunstancias comenzó a producirse un notable desarrollo de las máquinas accionadas por energía no humana. Los siglos IV y V asistieron a la considerable difusión de molinos hidráulicos en diversas partes del Imperio. La rueda hidráulica se usaba sólo para moler trigo. Se tienen noticias de una sola excepción, en el siglo IV: una sierra para cortar mármol. Pero correspondió a la Edad Media generalizar el uso de la rueda hidráulica y aplicarla a toda una serie de nuevas tareas.

La decadencia y caída final del Imperio romano significó la pérdida de algunas muestras de cultura que, sin embargo, no constituían índices verdaderos del nivel de civilización. La Edad Media la apreciamos como una era de renovado adelanto, después de un prolongado período de relativo estancamiento.

El período que va desde el año 2500 a. de J.C. hasta el fin del Imperio romano produjo pocas invenciones: las únicas realmente sobresalientes fueron un proceso de beneficio y fusión de minerales, que hizo del hierro un metal de uso general y ejerció, por tanto, un efecto muy considerable sobre el nivel de vida; la aplicación en pequeña escala de la energía animal a ciertos tipos de máquinas, y el uso –en muy limitada escala– de la energía hidráulica.

La Edad Media comenzó aplicando estas técnicas, que poco a poco produjeron una serie de invenciones nuevas que sentaron los fundamentos del mundo moderno.

El derrumbe del Imperio romano acarreó también el derrumbe de una estructura social basada en el trabajo de esclavos. La esclavitud no desapareció en forma súbita; el número de esclavos fue disminuyendo poco a poco durante los últimos siglos del Imperio romano y los primeros de la Edad Media.

La sociedad romana de finales del Imperio retornó a una forma de organización existente antes de la aparición de las sociedades esclavistas, un sistema de unidades locales basadas en su producción agrícola, que realizaban sus propias manufacturas en el mismo lugar, con escaso comercio, salvo en algunos artículos esenciales, como el hierro y la sal.

Pero tal cambio significó una reducción en la severidad de las divisiones de clase: en vez de ordenarse desde un emperador "divino" hasta un esclavo "subhumano", los estratos sociales iban sólo desde el siervo hasta el señor del castillo, en contacto suficientemente estrecho con sus siervos sobre los procesos de producción.

Los bárbaros, que invadieron Europa a medida que retrocedían las fronteras romanas y que se mezclaron con la población antes gobernada por los romanos, ayudaron a completar la transición a una sociedad en la cual el "status" relativo del trabajador era mucho más elevado que en la antigüedad.

El artesano, que nunca desapareció por completo y que en los siglos siguientes fue convirtiéndose en un elemento más y más importante de la sociedad, se hallaba en situación de beneficiarse con los resultados de su inventiva, en escala mucho mayor que su semejante de la antigüedad.

Fracasado el abastecimiento de esclavos, la temprana Edad Media se vio frente a una severa escasez de mano de obra. La respuesta de la antigüedad a las tareas que requerían abundante mano de obra había sido sencilla: muchos esclavos. La Edad Media hubo de encontrar otra respuesta: el desarrollo y la aplicación de fuentes de energía distintas a los músculos humanos.





Anverso y reverso de una moneda de Gala Placidia, hermana del emperador Honorio, que fue una de las presas más codiciadas con que se hizo Alarico en el saqueo de Roma.

causas que hay que añadir a las muchas con que se ha tratado de explicar la ruina de la civilización clásica.

Sorprende que, mientras en el siglo anterior las legiones proclamaron varios emperadores de raza bárbara, árabes y sirios, los guerreros teutónicos de esta época se consideraron, sin excepción, oficiales extranjeros al servicio del Imperio, al que ofrecían su espada y sus compañías de soldados, pero ninguno pretendió erigirse emperador. Eran más bien cabecillas que gobernantes y políticos. Sentían por la máquina administrativa romana, con su sombra de senado y sus *augustos*, un respeto que ya no merecían inspirar. Así, por ejemplo, lo primero que

hizo Alarico al entrar en Roma fue instigar al senado para que nombrara otro emperador que pudiera sustituir al pobre Honorio, refugiado en Ravena. Desgraciadamente, la elección del senado recayó en un notario, músico y cantor llamado Atalo, aún peor que Honorio, al que, sin embargo, los visigodos guardaron fidelidad por algún tiempo.

Pero no es ahora ocasión de seguir punto por punto el relato de estos años de invasión. Baste decir que, después de una excursión por el sur de Italia, en la que Alarico murió, por fin, el 412, los visigodos, guiados ya por un pariente de aquél, Ataúlfo, se instalaron en Provenza y volvieron a entrar en negociaciones con la corte de Ravena, tratando de venderle caros sus servicios. Para hacer más tratable a Honorio y a sus consejeros, los visigodos conservaban en su poder al seudoemperador Atalo, elegido por el senado, y a la hermana de Honorio, hija también del gran Teodosio, la hermosa Gala Placidia, la mejor presa del saco de Roma.

Ataúlfo casó con Gala Placidia en Narbona y las nupcias se celebraron a la manera romana. Se han conservado unas palabras de Ataúlfo, que Pablo Orosio oyó repetir en Palestina, según las cuales parece que había dicho que, cuando era joven, hubiese querido hacer una Roma gótica, pero que después se convenció de que lo más práctico era romanizar a los visigodos. Las nupcias de Ataúlfo y Gala Placidia, en Narbona, parecieron asegurar el triunfo de esta idea. Hacía más de treinta años que los visigodos vagaban por las tierras del Imperio; muchos de ellos habrían nacido ya en el suelo clásico y hablarían, además de los dialectos teutónicos, algo de griego y latín. Estaban, sin duda, casi tan calificados para proteger al Imperio como los francos en tiempos de Pipino y Carlomagno. Por desgracia, los visigodos eran arrianos, y su religión altamente les perjudicaba. De todas maneras no demostraron tanto antagonismo hacia los católicos como los vándalos y suevos. No hubo persecución por parte de los godos.

Por otra parte, el matrimonio de Ataúlfo con Gala Placidia parece haber sido un matrimonio de amor. Ataúlfo, aunque de baja estatura, era apuesto e inteligente, y tenía cierta espiritualidad natural que daba gracia a sus palabras. Era también un gran guerrero, como lo probó al cumplimentar el encargo que le diera Honorio de limpiar la Hispania de bárbaros, vándalos y suevos. Si no vencerlos, por lo menos consiguió que se mantuvieran en los límites asignados. Ataúlfo tomó como base de sus operaciones o capital a Barcelona; allí diole Gala Placidia un hijo, el pequeño Teodosio, que hubiera sido un príncipe godo-romanizado, o romano-germanizado, si no hubiese muerto a los pocos meses. Pero también allí en Barcelona murió Ataúlfo asesinado por uno de sus capitanes, un día que bromeaba con ellos visitando las caballerizas de palacio. Gala Placidia enterró a su esposo Ataúlfo en un gran sepulcro en forma de templo romano.

Muerto Ataúlfo y acabada su misión en España, los visigodos pactaron por última vez con el Imperio, bajo estas bases: devolvieron Gala Placidia a su hermano Honorio, se les concedieron tierras en Aquitania, desde el Loira hasta los Pirineos, y se confirmó su carácter de milicias imperiales. De hecho, la corte de los visigodos en Tolosa era la capital de un estado independiente y cerca



El rey visigodo Ataúlfo, según la "Genealogía de los Reyes", de Alonso de Cartagena (Biblioteca Nacional, Madrid). Sucedió este rey a Alarico y reinó hasta que en 415 fue asesinado en Barcelona. Sus conversaciones con Honorio, tendentes a crear un reino godo en las Galias, no dieron fruto porque Ataúlfo no quiso devolver a Gala Placidia, sino que se casó con ella. El acoso de los generales de Honorio le obligó a abandonar las ciudades conquistadas y a refugiarse al otro lado de los Pirineos.

LOS BARBAROS

El elemento más importante de transformación y diferenciación entre Oriente y Occidente fue ciertamente el conjunto de los recién llegados al Imperio. En el siglo V, los bárbaros dieron término con rapidez y eficacia a la serie secular de contactos y al largo proceso de penetración, ora violenta ora pacífica, que los había introducido a todos los niveles de la sociedad del Imperio.

A fines del siglo IV, el ejército era ya completamente bárbaro, desde los soldados a los generales, y se achaca a Teodosio el no haberse dado cuenta de este fenómeno. En el siglo V, y de manera especial en Occidente, se afirmó el poder de los *magistri militum* bárbaros, incluso en las cosas civiles, y la reacción contra esta prepotencia determinó, con sus éxitos y fracasos, gran parte del curso de los acontecimientos. La barbarofilia y la barbarofobia empezaron desde entonces a ser elementos políticos.

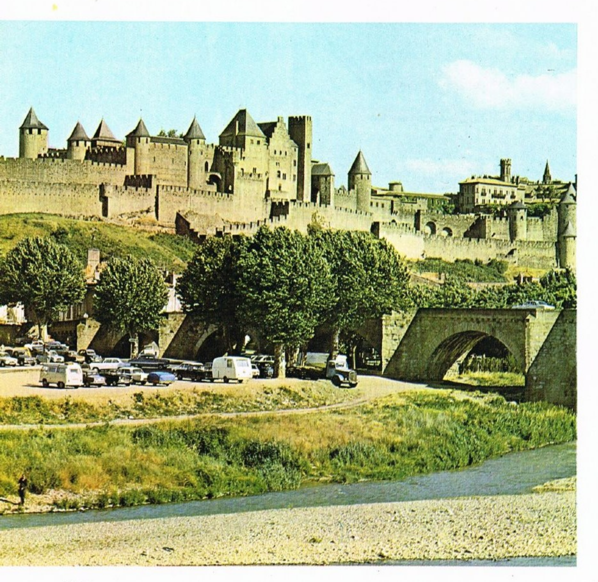
Pero, aparte el alternante juego de estos elementos, la regencia del semibárbaro Estilicón y su parentesco con la casa imperial, el matrimonio de Gala Placidia con el godo Ataúlfo, el poder del alano Aspar en Oriente y el de Aecio, fundado en su amistad con los hunos, en Occidente fueron aspectos de la nueva realidad, obligada a tener bien en cuenta la presencia cada vez más importante de hombres y pueblos nuevos.

La población del Imperio, especialmente en las provincias de los confines, se iba mezclando desde hacía siglos (colonos libres y no libres de origen bárbaro). Desde la era de Teodosio, naciones enteras venidas al Imperio con armas y bagajes y conservando su integridad y autonomía habían recibido unas tierras y un pacto o *foedus*. Sin embargo, la fuerza asimiladora de la romanidad con su civilización superior podía asegurar la absorción de los elementos nuevos, cosa que siempre había hecho Roma y que aun esta vez hubiera logrado la clarividencia de Teodosio y de Estilicón si el movimiento no se hubiese acelerado demasiado, pues no todos los grandes pueblos germánicos recibían las tierras del Imperio de acuerdo con un *foedus*, sino que algunos empezaron a tomarlas con violencia, instalándose en ellas, en algún caso, como reinos ya del todo independientes. Así sucedió, en su aspecto más aparente, o sea, el desmembramiento territorial, la liquidación de la *pars Occidentis*, aparentemente contemplada con indiferencia por Oriente, que quedó en una afortunada condición de mayor tranquilidad, debido, sin duda, a la debilidad de la Persia de esa época, ya que los invasores, abandonando la frontera septentrional, se trasladaban hacia la más fácil presa occidental.

En los días de Adrianópolis, cuando el desastre de Valente frente a los godos invasores, el Occidente había acudido en socorro de Oriente, pero ahora la creciente separación entre las dos partes del Imperio hacía difícil la mutua ayuda. Por otra parte, alguna triste experiencia disuadió a Oriente de intervenir.

Por tanto, aun en este aspecto quedó consumada la separación, de la que nacieron las características básicas del mundo medieval: en Oriente, la supervivencia del Imperio con rasgos bizantinos; en Occidente, el sistema nuevo de los estados romano-bárbaros.

A. G.



de ella construyeron la casi inexpugnable fortaleza de Carcasona, pero se resignaron y aun se vanagloriaron de ser los ejecutores de las órdenes del monarca de Ravena.

Así se hallaban las cosas medio siglo después de la invasión. Grandes parcelas del Imperio estaban gobernadas por los jefes bárbaros, quienes se valían para administrar justicia, entre los romanos establecidos en su territorio, de los antiguos funcionarios de la administración imperial y sólo ponían gran empeño en que el servicio militar siguiese confiado a los teutones. Es cierto que los bárbaros reclamaban el uso y posesión de dos tercios de las tierras cuya protección se les había confiado, pero éste era un privilegio que hacían derivar de los antiguos legionarios romanos, quienes tenían derecho a un

Vista de la ciudad de Carcasona. A la muerte de Ataúlfo, los visigodos pactaron con Honorio y se les concedió establecerse al sur de la Galia en calidad de súbditos del Imperio. En realidad fueron del todo independientes e hicieron de la ciudad de Tolosa una de sus capitales. En Carcasona fundaron una ciudad teóricamente inexpugnable.

tercio o a dos tercios de la casa y la tierra del patrón que los alojaba. Es de suponer que, a pesar de la desmoralización de los servicios imperiales y del mal efecto que causó la caída de Roma, los germanos hubieran acabado por infundir sangre nueva al Occidente sin destruir los moldes clásicos, pero el empuje incesante de los hunos desorganizó definitivamente lo que apenas estaba organizado.

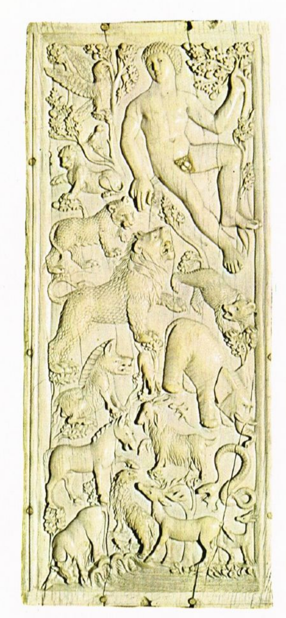
A mediados del siglo V, los hunos aparecen dirigidos por un gran jefe, Atila. He aquí cómo lo describe Jordanes: "Atila era altivo y desdeñoso; mirando de un lado a otro, manifestaba fuerza y voluntad. Era belicoso y, sin embargo, reservado en sus acciones, decidido en el consejo, bueno para con los humildes y generoso con los que recibía bajo su protección; de baja estatura, anchas espaldas y cabezota grande, ojos pequeños, barba clara y gris, nariz chata y piel oscura, señalando su origen oriental". De las costumbres de Atila nos entera el precioso relato de un tal Prisco, quien acompañaba a una embajada que fue a visitarle el año 449. Los embajadores romanos partieron de Constantinopla y llegaron sin contratiempo a Sárdica, quizá la moderna Sofía. Allí encontraron ya la ciudad destruida por las avanzadas de los hunos. Toda la región, hasta el Danubio, estaba cubierta de cadáveres, que los hunos, como de costumbre, habían dejado insepultos para atemorizar a los romanos. Atravesaron el río en balsas hechas de troncos de árboles y, después de varios días de cabalgar, acamparon cerca del lugar donde Atila estaba cazando; éste recibió a los embajadores con frases violentas y hasta les amenazó con crucificarlos. Su principal queja era que no le habían devuelto los cautivos hunos, que esperaba con la embajada.

Dos días después, Atila, con todo su séquito, marchó hacia la madriguera donde se alojaba regularmente. Allí fueron también los embajadores, pero por diferente camino, porque Atila quería detenerse en determinado paraje para recoger otra concubina para el harén. Por fin, el gran caudillo turanio llegó a su aposento. Grupos de muchachas salieron a recibirle, cantando y agitando sin cesar velos de lino blanco. Sin desmontar, Atila comió y bebió de lo que le presentaron sus esclavas.

La morada de Atila estaba situada en una eminencia desde la que se podía dominar todo el campamento. Una empalizada, con torres también de madera, rodeaba su habitación. Todo lo cual estaba construido con arte, pulimentado y decorado con tallas de escultura.

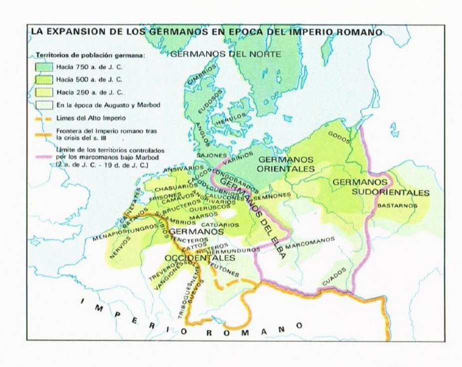
Las negociaciones de la embajada adelantaron muy lentamente; pero, a la manera oriental, los embajadores fueron invitados a un banquete. Atila comió en una mesa separada, en el centro de la sala; a un lado tenía a sus hijos y ministros, y al otro a los embajadores. Los manjares fueron servidos a los huéspedes en vajilla de plata, pero los vasos eran de oro; sólo Atila comió y bebió en platos y vasos de madera; por lo visto, tenía empeño en exhibir su simplicidad de jefe de nómadas. Al terminar el banquete, entraron los bardos en la sala para entonar cánticos de guerra y de victoria, que hicieron derramar lágrimas de emoción a los guerreros jóvenes. Por fin, un bailarín-bufón, jorobado y de origen africano, empezó sus mímicas, que todos rieron, menos Atila, que se mantuvo grave e impasible.

Éste era el hombre que, a la cabeza de sus quinientos mil hunos, atravesó el Rin acompañado de sus aliados: gépidos, alanos y ostrogodos. Era hacia la primavera del año 451 cuando las hordas de Atila, dividi-





Díptico paleocristiano de mediados del siglo V con una representación de Adán en el paraíso y escenas de la vida del apóstol San Pablo (Museo del Bargello, Florencia).





Moneda de Valentiniano III conmemorativa de la victoria de los Campos Cataláunicos sobre Atila (Gabinete de Medallas, París). El empuje de los hunos hacia Occidente fue detenido por un ejército de romanos y germanos cerca de Troyes, y Atila se vio obligado a replegar sus tropas hacia el Rin.

das en dos grupos, atravesaron el río por Coblenza y Basilea. El primero de estos vados se hallaba desguarnecido, porque los francos que ocupaban la región no quisieron resistir; el segundo estaba en las tierras que ya hemos dicho que ocupaban los borgoñones. Reunidas las dos masas de los hunos en Metz, pasaron por Reims y París, sin entrar en ellas. Su objetivo era Orleáns, en el recodo que forma el Loira en el centro de Francia, un punto de importancia estratégica formidable...

¿Qué hacían, mientras tanto, los imperiales? Por fortuna, el Imperio podía contar entonces con la colaboración de Aecio, un general romano que conocía perfectamente a los hunos. En ocasión de hallarse enemistado con Gala Placidia, que en nombre de su hijo Valentiniano regentaba el Occidente, este general romano se había desterrado voluntariamente a la corte de Atila. Allí vivió Aecio algunos años como huésped, y a su regreso traía una escolta de sesenta mil jinetes hunos.

Con su ejército personal de hunos y alanos, Aecio se había impuesto a la corte de Ravena, y estaba en la Galia, tratando de pacificar a los pueblos teutónicos que habían encontrado allí aposento, cuando Atila con sus hordas penetró en la zona romana. Aecio comprendió en seguida que no podía hacer frente a los hunos teniendo a sus espaldas a los visigodos indecisos; éstos permanecían en la Aquitania y su frontera pasaba por el sur de Orleáns. El rey de los visigodos no parecía muy dispuesto a colaborar con Aecio; su excusa era que Atila no había llegado todavía al territorio que él tenía que defender, pero acaso esperaba el resultado del choque de los dos imperios para caer del lado del vencedor. Aecio encomendó a un cultísimo patricio romano poseedor de inmensa fortuna, llamado Avito, la delicada misión de convencer a los visigodos. Este noble intermediario regresó de su embajada llevando tras de sí a los escuadrones armados de los visigodos, con el rey y dos de sus hijos a la cabeza. Animado por este refuerzo, y aseguradas sus espaldas, Aecio fue al encuentro de los hunos, que estaban aún sitiando a Orleáns. Atila, al ver aparecer las águilas romanas, levantó el cerco, buscando un paraje más llano para maniobrar su ejército, compuesto exclusivamente de jinetes. Lo encontró al nordeste del Loira.

Este espacio favorable está cerca de Châ-

Anverso y reverso de una moneda de Teodosio II acuñada en Constantinopla hacia 420 (Museo Británico, Londres). Fue emperador de Oriente desde los siete años, en que sucedió a su padre Arcadio, hasta 450, pero quienes gobernaron en su infancia fueron primero su prefecto Antemio y luego su hermana Pulqueria. La conciencia de la inseguridad de los tiempos en que vivió le llevaron a construir las murallas de Constantinopla que aún hoy están en pie.





"Encuentro del papa León I con Atila", por Rafael Sanzio (Museo Vaticano). La intervención personal del papa, que probablemente salvó la ciudad de Roma de un nuevo y definitivo saqueo, supuso al mismo tiempo el fin del peligro huno para todo Occidente. Atila murió al año siguiente y sus tropas se retiraron a las estepas rusas de donde habían venido.

lons, en el lugar llamado *Campos Cataláunicos*. Como buen turanio, Atila, la víspera del combate, pidió a los adivinos de su séquito que le predijeran el resultado de la batalla. El método para presagiar que emplearon los brujos de Atila es el mismo que usan todavía los chinos y mongoles, y que usaban ya mil años antes de Jesucristo, esto es, calentar huesos y conchas de tortuga y, por la forma de las grietas, descifrar el porvenir. El augurio de los shamanes hunos fue que Atila perdería la batalla, pero que en ella moriría su enemigo. ¿Y quién era su enemigo sino Aecio? ¿Y qué más podía desear Atila que la muerte del desterrado ingrato al que había colmado de honores, y le había regalado una guardia real, el mismo que ahora le perseguía acaudillando las huestes de sus enemigos?... Atila se decidió, pues, a perder, con la esperanza de sacrificar a Aecio. Porque, además, Atila sabía muy bien que, una vez desaparecido Aecio, el Occidente entero caería bajo su dominio.

El combate, que se dio en junio o julio de 451, fue un gigantesco duelo entre naciones. Todas las fuerzas de Europa, y hasta podríamos decir de Asia, estaban movilizadas en aquella llanura. La batalla de Châlons contrasta con el carácter local y episódico de los demás conflictos entre bárbaros y romanos. Desde la batalla de Adrianópolis a la de Châlons sólo hallamos escaramuzas, con las que los bárbaros destrozaron el Imperio y se desangraron ellos mismos, pero no se jugaba la suerte de Europa fiándola a la de las armas, como en los Campos Cataláunicos.

A un lado estaban los hunos con sus aliados: gépidos, hérulos y ostrogodos. Enfrente, Aecio con todas las milicias romanas y sus aliados, francos y visigodos. Atila disparó la primera flecha y peleó durante toda

EL SACO DE ROMA (408-410)

La reacción antibárbara occidental fue más fanática que la oriental. El prefecto del pretorio, Teodoro, y Olimpio, *magister officiorum,* instauraron un régimen bastante más duro que el de Estilicón, dominando a Honorio, ensañándose contra sus enemigos con ejecuciones y confiscaciones, condenando la memoria de Estilicón y destruyendo cruelmente a su familia. Los soldados "romanos", instigados a una dantesca carnicería de las mujeres e hijos de los soldados bárbaros, no hicieron sino dividir las escasas fuerzas militares cuando era menos oportuno. Muchos desertaron atraídos por Alarico, que no se había retirado a la caída de Estilicón, antes, al contrario, estaba a punto de caer sobre Italia.

Otro motivo de preocupación fue el abandono de la política de tolerancia religiosa. Olimpio, falto incluso de espacio vital por todas partes, rechazó la petición de Alarico de renovar la alianza mutua, lo que suponía la renuncia a eliminar al usurpador de las Galias. Una nueva negativa fue la respuesta al propio Alarico, que pedía una indemnización en dinero y en tierras del Nórico y de la Panonia. E incluso por tercera vez rechazó la alianza de Alarico, sin tener siquiera un ejército que diera consistencia a su conducta, cuando el visigodo entró en Italia y la recorrió desde Aquilea a Milán, Ravena y Roma.

Antes de acabar el año 408 la ciudad de Roma se vio sitiada por los bárbaros. El hambre y la peste obligaron al senado a tratar con Alarico, cuyas condiciones de paz aumentaron considerablemente: una indemnización enorme y la alianza con Honorio. Comunicadas estas condiciones a la corte de Ravena, mientras Alarico suspendía el asedio y se retiraba a Etruria, fueron rechazadas, pero Olimpio cayó en 409, sin haber logrado impedir que Ataúlfo, recién llegado del Danubio, se reuniera con Alarico.

Con Olimpio acabó el fanatismo antibárbaro. El mando del ejército volvió a las manos de un bárbaro, Alobico, y fue gran desventura que la dirección de los asuntos pasara entonces a manos del intrigante Jovio, prefecto del pretorio, pues en determinado momento Alarico llegó a contentarse con una parte del Nórico, sin exigir tributo pecuniario alguno. Malograda esta ocasión de un arreglo altamente favorable, la guerra se reanudó en el otoño del 409.

Ravena podía ahora disponer de un fuerte contingente de mercenarios hunos y esperaba la ayuda prometida por Oriente y por Constantino, emperador de las legiones romanas de Britania. Alarico volvió a asediar Roma, y el senado, atento a la reacción de Ravena, aceptó como emperador al usurpador impuesto por Alarico, el senador de origen griego y pagano Atalo. El asedio fue levantado, el nuevo emperador fue bautizado por un obispo godo y arriano, y el ejército godo vino a ser el ejército romano, con Alarico como *magister utriusque militiae* y Ataúlfo como *comes domesticorum.* De este modo, el rey godo podía creerse haber realizado su sueño, sin duda sincero, de inserción en el estado romano, y tener en Atalo, admirador del liberalismo de Estilicón, quien lo comprendiese y, sobre todo, le obedeciese.

Sin embargo, Atalo fue más independiente de lo previsto. Al principio se hizo reconocer por Honorio, pero cuando lo vio en apuros, debido a la infidelidad de los hunos y a la falta de envíos de socorro de Oriente y de la Galia (Constantino estaba luchando en España, donde los vándalos, suevos y alanos se habían desbordado en el otoño de 409), lo quiso suplantar y con la ayuda de Jovio y de Alobico lo redujo a esperar la única salvación en la huida a Constantinopla.

Pero durante todos estos acontecimientos hubo un rápido cambio. Roma estaba hambrienta y Atalo trató de asegurarse el trigo de África, pero el escaso cuerpo de expedición "romano" fue vencido por el *comes* Heracliano, fiel a Honorio, que cortó los envíos a Roma y mandó dinero al emperador de Ravena para reforzar la fidelidad de los hunos. Además, llegaron cuatro mil hombres de Oriente. Alentado, Honorio hizo frente a Alarico y Atalo. Se levantó el sitio de Ravena, Atalo regresó a la hambrienta Roma y Alarico realizó campañas de devastación por el sur de Italia, en donde, a mediados de 410, estaba también Constantino, no para ayudar a Honorio, sino para secundar los designios personales de Alobico.

Los acontecimientos se precipitaron cuando Honorio logró deshacerse de Alobico, y Constantino, rechazado incluso por Alarico, volvió a la Galia. En julio de 410, Alarico destituyó a Atalo y se dispuso a parlamentar con Honorio, pero se vio sorprendido por un ataque a traición de Saro, su enemigo de siempre. Alarico, furioso, sitió Roma por tercera vez y entró en la ciudad el 24 de agosto de 410, saqueándola durante tres días.

Tras retirarse, probablemente por falta de víveres, pasó a Campania y Apulia y se dirigió a Sicilia, con la probable meta final de África. Pero a fines de 410, la muerte sorprendió en Calabria al rey germánico que había repetido la empresa de Aníbal y de los galos contra Roma. El hecho impresionó más a la literatura que a la política militante, especialmente como punto de arranque en la polémica paganocristiana sobre la interpretación de la Historia. Pero fue una fecha memorable.

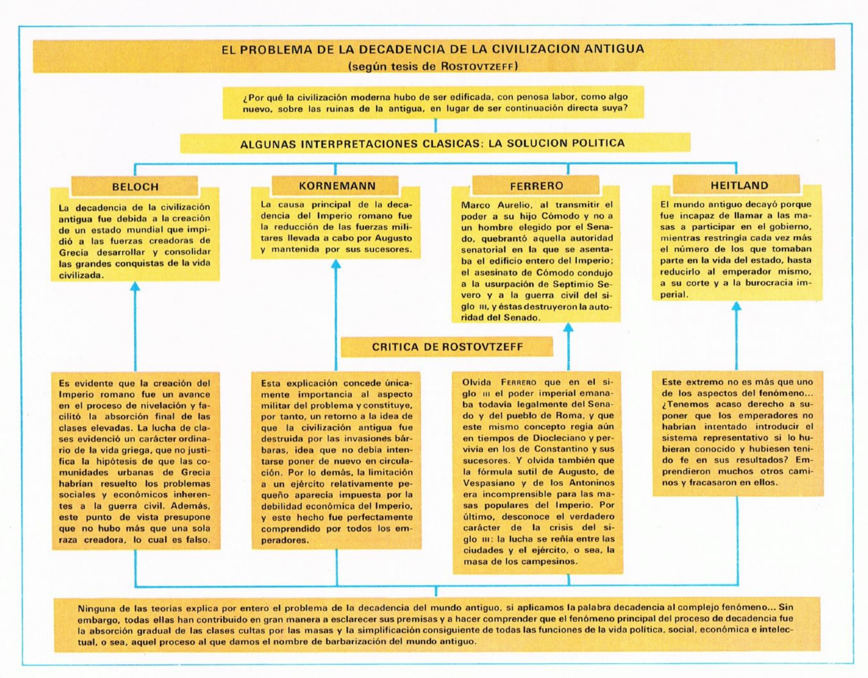
A. G.

la acción en primera fila. El rey de los visigodos combatió también personalmente, pero pronto fue herido de una lanzada y murió en las avanzadas, como para probar la precisión del oráculo de Atila. El jefe de sus enemigos había sucumbido, pero no era el detestado Aecio, sino un bárbaro que hubiera podido ser su amigo. La otra parte del oráculo también parecía verificarse: los hunos perdían la batalla; el hijo del rey de los visigodos, descendiendo a paso de carga de una altura que dominaba el campo, había reconquistado todo el terreno perdido en las primeras horas. Los hunos empezaban a retirarse y Atila había hecho ya levantar una pirámide de sillas de montar para que fuera su pira mortuoria.

Pero llegó la noche y Aecio aconsejó a los visigodos que renunciaran a la persecución y regresaran a Tolosa. ¿Por qué? Se ha dicho que Aecio no quería envalentonar a los visigodos, que, envanecidos por haber destruido a Atila, se sentirían los árbitros del Imperio. Es posible que Aecio recordara también entonces el agradecimiento que debía a Atila por la hospitalidad de él recibida y creyera que bastaría con el castigo sufrido para que los hunos regresaran para siempre a las llanuras donde dejaron sus rebaños. Pero el reposo de Atila en las

praderas del Danubio duró pocos meses. Desbandar un ejército de quinientos mil hombres es más difícil que su movilización. El año 452, Atila invadió Italia, entrando por la misma ruta que había seguido Alarico, esto es, Aquilea, el Véneto y el valle del Po. Milán y Pavía pagaron un tributo, aunque consta que Atila entró en Milán y hasta hizo que pintaran su retrato junto al de los antiguos césares en un fresco del palacio. Mas, como hemos dicho al empezar el capítulo, Italia no era un país apetecible para un pueblo de pastores. Por esto, Atila aceptó la propuesta que le hicieron los representantes de las que podríamos llamar "gentes itálicas", porque casi no podemos decir que representaran al emperador. Los comisionados que fueron a tratar con Atila en su tienda, levantada cerca del lago de Garda, fueron el cónsul de aquel año, Avieno, romano cauto, fino y malicioso; un tal Trigecio, que había sido gobernador de la prefectura de Italia y conocía bien el país, y, con autoridad y personalidad superior a todos, el papa-obispo de Roma, que era nada menos que León el Grande, cuya sola presencia impresionaba. Atila consintió en retirarse; de todos modos, hubo que pagarle un tributo proporcionado al mal que se evitaba.

Atila murió al siguiente año, ahogado en su propia sangre. Durmiendo, después de un banquete, se le rompió una vena y su esposa lo encontró muerto en la cama. Después de los funerales, empezaron las disputas entre sus hijos y los príncipes aliados para procurarse la sucesión. Nadie parecía tener personalidad bastante para mantener unidos aquellos pueblos de diversas razas y todos indómitos. Los gépidos y ostrogodos, por de pronto, se separaron de los hunos, apropiándose grandes espacios de terreno en la vecindad de la frontera romana. Desde allí espiaron el momen-





Iglesia bizantina de Ravena, que por tradición se viene llamando "Mausoleo de Gala Placidia". Sus bóvedas están decoradas con preciosos mosaicos y en su interior se conservan tres sarcófagos que se cree contienen los restos de Honorio, Gala y su esposo Constancio.

to propicio para entrar a su vez, ya por su cuenta, en Italia y adueñarse de aquel país delicioso que habían visto en sus correrías acompañando a Atila. Un día, los ostrogodos con Teodorico, más tarde los longobardos y gépidos con Alboíno, llegaron también a Italia para hacer lo mismo que los visigodos habían hecho en Aquitania y España, y que los francos y borgoñones hacían en Francia: transformar en naciones sedentarias lo que eran sólo bandas de aventureros.

Cabe preguntarse hasta qué punto se había efectuado ya la germanización de la *Romania* de fines del siglo V a la mitad del VI. Un dato puede facilitar la explicación. Tanto en Occidente como en Oriente, mujeres de gran categoría se sentían dispuestas a contraer matrimonio con un bárbaro o aceptarlo sin repugnancia al serles impuesto. Ya hemos visto a Gala, la princesa de más alta alcurnia, aceptar a Ataúlfo como esposo legítimo y darle un hijo. Otra romana, Honoria, sintió tanta admiración por el carácter y los actos de Atila, que le envió su anillo de desposada, ofreciéndose a unirse en legítimo matrimonio con el rey de los hunos. Otras se entregaron como esposas a los monarcas vándalos del África, que, además de ser bárbaros sin apenas haber tenido contactos con la civilización clásica, eran de religión arriana.

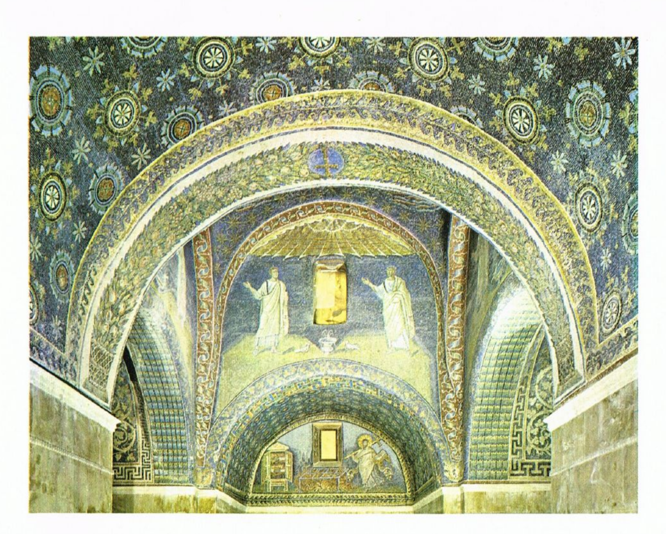
La personalidad de Gala Placidia, que hemos visto aparecer entre los nombres de los bárbaros, merecería una biografía más completa.

Regresada a Ravena, casó con Constancio y a su muerte hizo construir un admirable sepulcro que conserva todavía los sarcófagos de ella misma, de su hermano Honorio y de su marido. Este mausoleo de Gala Placidia en Ravena es de estilo bizantino, decorado con mosaicos magníficos tanto en las paredes como en las bóvedas. Así, mientras el primer monumento funerario que levantó Gala Placidia, que es el sepulcro de Ataúlfo en Barcelona, tenía la forma de un templo romano clásico, el mausoleo de Ravena es ya completamente de gusto oriental. Ambos representan en arquitectura el doble carácter de la princesa hija de Teodosio, romana y por su casamiento con Ataúlfo casi goda, y después de regresar a Ravena, por sus relaciones con la corte de Constantinopla, seducida por el estilo bizantino.

Su vida, desde los días en que estaba encerrada en la Roma sitiada por los visigodos; después como una presa de gran valor, con las marchas a través de Italia; su casamiento con Ataúlfo y su corta viudez en Barcelona; su nueva vida en Ravena y en Roma como regente de Valentiniano III, parece el tema de una novela histórica, y no es otra cosa sino una epopeya femenina única para su época.



Detalle de una cruz bizantina del siglo V en cuya pintura quieren reconocer algunos autores los rostros de Gala Placidia y de sus hijos (Museo Cristiano, Brescia). Tras su unión matrimonial con Ataúlfo, casó con un general de Honorio. De este matrimonio nació Valentiniano III, que sucedió muy pronto a su padre y gobernó en su minoría de edad bajo la regencia de su madre. Gala Placidia murió en 450 y fue sepultada en Ravena.



Detalle de los mosaicos del interior del mausoleo de Gala Placidia, en Ravena.

BIBLIOGRAFIA

Boak, A. E. R.	*A History of Rome to 565 A. D.* (5.ª ed.), Nueva York, 1965.
Farrington, B.	*Ciencia y política en el mundo antiguo,* Madrid, 1965.
Garzetti, A.	*L'impero romano* (vol. II de "Storia Politica Universale"), Novara, 1966.
Latouche, R.	*Les grandes invasions et la crise de l'Occident au Ve siècle,* París, 1946.
Lilley, S.	*Hombres, máquinas e historia. Breve historia de las máquinas y herramientas en relación al progreso social,* Buenos Aires, 1957.
Lot, F.	*El fin del mundo antiguo y el comienzo de la Edad Media,* México, 1956.
Piganiol, A.	*L'empire chrétien,* París, 1947. *Histoire de Rome,* París, 1962.
Mazzarino, S.	*Aspetti sociali del IV secolo,* Roma, 1951. *Stilicone. La crisi imperiale dopo Teodosio,* Roma, 1942.
Paribeni, R.	*De Diocleziano alla caduta dell'impero d'Occidente,* Bolonia, 1941.
Rostovtzeff, M.	*Historia social y económica del Imperio romano,* Madrid, 1962.
Sirago, V. A.	*Galla Placidia e la trasformazione politica dell'Occidente,* Lovaina, 1961.



Efigie de Gala Placidia en una moneda de la época (Museo Nacional, Roma).



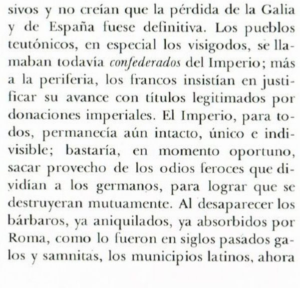
Fachada sur de la basílica de Santa Sofía de Constantinopla, empezada en 532 y acabada en menos de cinco años. Fue su principal arquitecto Antemio de Tralles y su ayudante Isidoro de Mileto, pero, según un cronista de la época, el primer artífice fue el propio Justiniano.

Reconquista de Occidente por los imperiales. Justiniano

La muerte de Atila y la disgregación de los diversos grupos étnicos que le obedecían dieron lugar a trastornos generales en Occidente. Mientras pueblos de diferentes razas peleaban en la Europa central para disputarse las tierras de pastos del Danubio, en la Galia, los francos, libres de la amenaza de los hunos, repetían sus campañas contra los visigodos, establecidos al sur del Loira, y aun llegaban a perseguirlos hasta España. Es de imaginar lo que sufrirían en estos ataques y contraataques las poblaciones romanas de ambos lados del Pirineo.

Con todo, para los funcionarios imperiales la anarquía producida en el Oeste por las invasiones teutónicas no debió de parecer mal irremediable. No tenían, como nosotros, la visión de los acontecimientos suce-

sivos y no creían que la pérdida de la Galia y de España fuese definitiva. Los pueblos teutónicos, en especial los visigodos, se llamaban todavía *confederados* del Imperio; más a la periferia, los francos insistían en justificar su avance con títulos legitimados por donaciones imperiales. El Imperio, para todos, permanecía aún intacto, único e indivisible; bastaría, en momento oportuno, sacar provecho de los odios feroces que dividían a los germanos, para lograr que se destruyeran mutuamente. Al desaparecer los bárbaros, ya aniquilados, ya absorbidos por Roma, como lo fueron en siglos pasados galos y samnitas, los municipios latinos, ahora ahogados dentro de sus murallas, podrían vivir de nuevo con libertad, y la prosperidad y el comercio se restablecerían, como en tiempos de Trajano.



Un yelmo del siglo VI procedente de una tumba de Krefeld (Landschaftsmuseum, Krefeld). En la caída del Imperio romano, los bárbaros del Norte desempeñaron un papel de sustitución, más prestos a romanizarse que a imponer sus costumbres en las tierras invadidas.

El concepto actual de que el Imperio es una forma supermonárquica de gobierno que tiene por esencia un carácter de universalidad estaba arraigado en las mentes latinas, acostumbradas al imperialismo romano. Hoy hablamos de Imperio de Oriente y de Occidente como de dos monarquías separadas; nos parece posible que una pudiera destacarse enteramente de la otra y que una –la de Occidente– pudiera ser un mosaico de naciones sin depender de la administración imperial única de Constantinopla. Pero este concepto era entonces políticamente absurdo. Como el pontificado, el Imperio era absoluto y universal; podía ser regido por dos emperadores, uno en Constantinopla, con su colega en Roma, o viceversa, pero la idea imperial no permitía división. Por esto era inconcebible que las provincias occidentales, ocupadas por los bárbaros, pudieran emanciparse y separarse definitivamente del Imperio. Y los germanos, más familiarizados con la idea clásica del Imperio que nosotros, no se habían atrevido a vanagloriarse todavía claramente de una usurpación total de la soberanía en las tierras imperiales que ocupaban en el occidente de Europa.

El concepto, casi supersticioso, de la unidad del Imperio hubiera podido facilitar la reorganización de las provincias occidentales, con gobernadores bárbaros que habrían sido elegidos por sus diversas naciones y refrendados por la administración de Constantinopla o de Ravena; no obstante, lo dificultaban las costumbres teutónicas y su jurisprudencia peculiar. Además se encontraba un extraño entorpecimiento para facilitar la mutua cooperación entre el Imperio y sus *foederati* teutónicos: los bárbaros eran en su mayoría irreducibles arrianos, y en las provincias occidentales la mayoría de la población latina y los funcionarios imperiales eran decididamente católicos. El papa, obispo de Roma, en muchas ocasiones tuvo que ejercer funciones que de hecho correspondían al emperador, puesto que éste, residiendo en Constantinopla, a menudo carecía de energía y solicitud para ocuparse en los problemas que presentaba la situación de Occidente.

Por otra parte, es aún un enigma lo que constituía el arrianismo de los bárbaros teutónicos; pero los ostrogodos, visigodos, suevos, longobardos y, sobre todo, los vándalos sentían una feroz repugnancia por la jerarquía y usos de la Iglesia católica. Sospechamos que más que una convicción religiosa los movía a esta actitud díscola de semiarria-

Fíbulas de plata dorada fabricadas por los ostrogodos, que a fines del siglo V y principios del VI dominaban Italia y las regiones circundantes (Museo Nacional, Belgrado).



nismo el empeño en permanecer independientes, sin la inspección, que empezaba a estar severamente organizada, de la Iglesia romana. Muchas de sus costumbres seculares hubieran sido tenidas por los católicos como incompatibles con el cristianismo, y además había el culto secreto de Odín (Wotan), que podía mantenerse al margen de un cristianismo arriano, pero no del católico.

En aquella época una sola cosa preocupaba grandemente a la administración imperial, siempre con una cabeza en Constantinopla, y a veces con otra en Roma o en Ravena: la pesadilla de cómo libertar de los vándalos las provincias de África. Los vándalos permanecieron tranquilos (con excepción de sus luchas con los suevos) en el sur de España. Allí fueron a hostigarles los visigodos, al servicio del Imperio, ya en tiempos de Ataúlfo y Walia; por fin, en 428, invitados por cierto conde llamado Bonifacio, pasaron el estrecho y ocuparon las provincias que hoy componen Argelia, Túnez y Trípoli. Esta ocupación de África por los vándalos fue una calamidad, sobre todo para Italia, porque Roma no recibía ya el grano de Egipto, que iba ahora a Constantinopla, sino el que se llevaba directamente de Cartago a Ostia. Además, los vándalos se habían hecho piratas y paralizaban la vida marítima del Mediterráneo.

Parece curiosa la extraña facultad de los teutones para dedicarse a la navegación en cuanto se les presenta una oportunidad para ello. Los vándalos hacía siglos que no navegaban; habían recorrido Europa de un extremo al otro sin disponer más que de pira-



Cabeza de Avito, emperador romano de Occidente, de origen galo (Museo de las Termas, Roma). A la muerte de Petronio Máximo, los visigodos le proclamaron emperador. El senado romano ratificó su elección, pues era conocido por su talento militar, pero el emperador de Oriente le consideró siempre usurpador y por eso le negó toda ayuda. A los quince meses de reinado le depuso el general suevo Ricimero. Avito murió al intentar la huida.

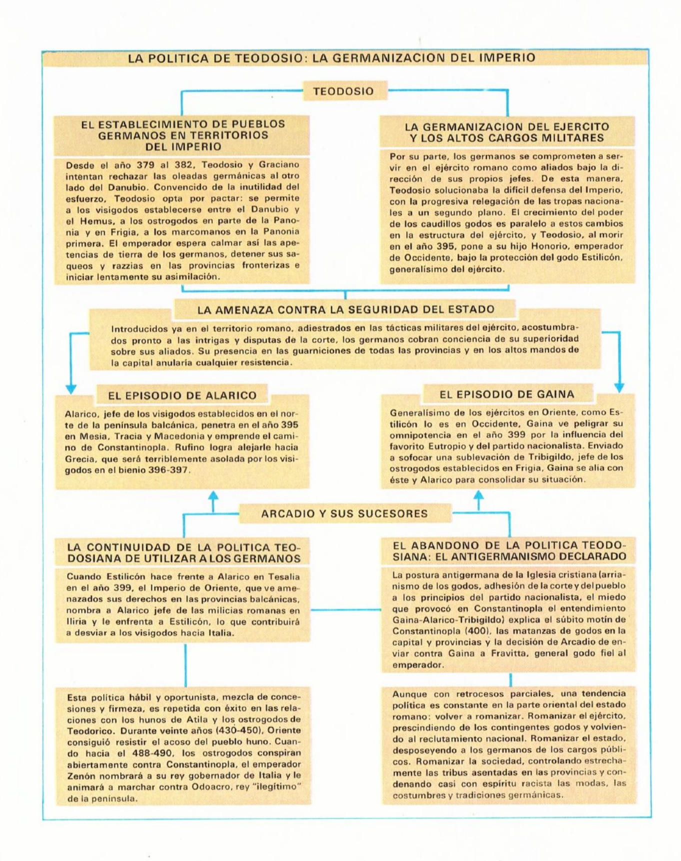


Díptico consular de Flavio Anastasio, cónsul de Constantinopla en 517 (Biblioteca Nacional, París). Obsérvese la parte inferior de las hojas con la típica escena circense, dos caballos con sus domadores y un grupo de cómicos.

guas para atravesar los ríos, y al llegar al África y encontrarse con que el desierto les cerraba el paso por el Sur, se convirtieron en marinos, con una maestría que parece exigir siglos de experiencia. Claro está que el Mediterráneo forma una unidad, y los vándalos debieron de aprovecharse de pilotos griegos y latinos, que no preguntaban a quién servían, sino contra quién se dirigían sus embarcaciones. Los vándalos, por otra parte, no tenían objetivo determinado; no sentían por el Imperio ninguna simpatía, pues nunca habían estado alistados a su servicio, pero tampoco lo odiaban. Los escritores contemporáneos, que estaban amedrentados por los vándalos, reconocen, empero,

que eran castos, sencillos, inteligentes y valerosos. Su única pasión era el odio a los católicos; se sentían en esto empujados por la divinidad. El rey vándalo Genserico, habiéndole preguntado un día su piloto hacia dónde dirigirían sus buques de rapiña, le contestó: "Contra aquellos que Dios quiera castigar". Todo lo demás lo fiaba a la voluntad del viento. Y los que Dios quería castigar, según los vándalos, eran naturalmente los "herejes" católicos.

Los vándalos habían conquistado las Baleares, Córcega y Cerdeña. Como los imperiales no tenían armadas en el Mediterráneo occidental, los vándalos causaban los mismos estragos que siglos después los corsarios berberiscos cuando desembarcaban en Sicilia, en Italia o en España. El año 455 saquearon a Roma y sólo logró contenerlos el papa, quien además obtuvo de Genserico tres concesiones: que no se molestaría a los ciudadanos indefensos, que no se incendiarían los edificios públicos ni se torturaría a ningún cautivo. De todos modos, el saqueo de Roma por los vándalos duró días, tras los cuales regresaron impunemente al África. Como botín se llevaron, entre otras cosas, los tesoros del templo de Júpiter Capitolino, que habían respetado los otros invasores, con los vasos y candelabros del templo de



Teodorico, rey de los ostrogodos, en una partida de caza, según un relieve del siglo XII en la fachada de San Zenón de Verona. Enviado a Italia por el emperador de Constantinopla, barrió de allí a los hérulos, que con su jefe Odoacro la dominaban por completo, y se estableció en el Norte, imponiendo su autoridad en toda la península. Reinó treinta y dos años, buscando en todo seguir la tradición imperial romana, de cuya cultura era un gran admirador.

Jerusalén, que Tito había traído a Roma. Tal estado de cosas no podía tolerarse si el Imperio quería conservar una sombra de dignidad. Por esto, cada vez que en Oriente o en Occidente aparecía un gobernante católico, su primera preocupación consistía en organizar una expedición contra el África dominada por los bárbaros.

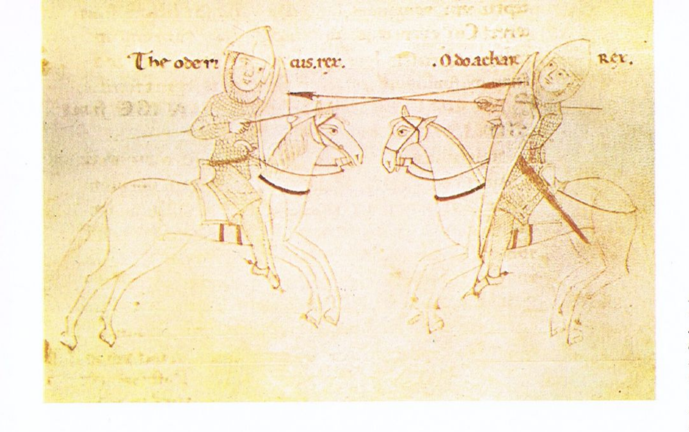


Una moneda de oro de Teodorico, rey de los ostrogodos, con su efigie en relieve (Museo Nacional, Roma).

Pero el golpe de gracia a los vándalos vendría de las provincias orientales. Algunos detalles de la sucesión imperial en este período, en el Occidente, darán idea de la descomposición social que reinaba en Italia; además, revelarán al lector la mentalidad de las gentes romanas y bárbaras y su relativa manera de entender la idea del Imperio.

El año 455, Valentiniano III, descendiente del gran Teodosio, pero completamente incapaz, moría asesinado en Roma, en el campo de Marte. Una sombra de senado aclamó emperador a un patricio rico, de costumbres fastuosas, llamado Petronio Máximo; éste, que había tomado parte en el asesinato de Valentiniano, quiso contraer matrimonio con la emperatriz viuda y que, a la vez, la hija de ésta se casara con su hijo. No es de extrañar, pues, que a la llegada de los vándalos muriera Petronio Máximo arrastrado por el populacho de Roma, y que la emperatriz y su hija siguieran a Genserico, prefiriendo el África con sus bárbaros a la Roma del siglo V con sus patricios envilecidos.

El sucesor de Petronio Máximo fue un romano de provincias, impuesto por los visigodos de la Galia. Era aquel mismo Avito al



El duelo entre Teodorico y Odoacro se halla maravillosamente representado en estas dos muestras de arte del siglo XII, una miniatura del Códice Palatino (Biblioteca Vaticana) y un detalle de los relieves del portal de San Zenón, de Verona.

que hemos visto, en el capítulo anterior, servir de agente de Aecio para conseguir que los visigodos lucharan al lado de los imperiales contra los hunos. Conocemos infinidad de detalles sobre la vida y posición de Avito en la Galia. Tenía una gran hacienda en Clermont-Ferrand y era poseedor de inmensa fortuna. Pero, cosa extraña: el culto gran señor de la Galia parece haber demostrado rudas maneras y costumbres licenciosas al llegar a Roma. Por esta y otras causas, el emperador, cliente de los visigodos, no duró más que un año. Un capitán de los bárbaros de Italia lo depuso y, no creyendo necesaria su muerte, le hizo tonsurar y lo envió a las Galias.

El caudillo que así eliminaba a un emperador era de origen suevo y llevaba sangre

EL ULTIMO PERIODO DE LAS INVASIONES EN OCCIDENTE: DEL AÑO 395 AL 476

Emperadores y generalísimos	Los usurpadores	Los germanos en la Galia, España y Bretaña	Los germanos en Italia y África del Norte
395 Honorio sucede a su padre Teodosio.			
395-408 Estilicón, generalísimo de los ejércitos.			
			401 Alarico penetra en Italia sin que Estilicón logre detenerle.
			405 Los ostrogodos y otras tribus germánicas pasan el Danubio y los Alpes en dirección a Italia. Los romanos lograrán aniquilarlos cerca de Florencia.
		406 Ante la amenaza de los hunos, los asdingos (vándalos), los cuados (suevos), los burgundios y los alanos (sármatas) cruzan el Rin y penetran en la Galia.	
	407 Usurpadores en Bretaña: Marco, Graciano, Constantino.		
			408 Penetraciones sucesivas de los visigodos de Alarico en Italia. Los bárbaros cercan a Honorio en Ravena.
	409 Usurpación de Jovino en Maguncia.	409 Suevos, vándalos y alanos en España.	
	409 Detentación de Máximo en Tarragona.		
			410 Los visigodos y numerosos ostrogodos de Panonia sitian por tercera vez Roma y el 24 de agosto saquean durante tres días la ciudad.
411-421 Constancio, generalísimo de los ejércitos y augusto (417).			411 Muerto Alarico y elegido Ataúlfo, los visigodos, tras intentar pasar a África, marchan a la Galia.
		412 Ataúlfo se establece en el sur de la Galia.	
		414-415 Ataúlfo obtiene de los romanos Aquitania, pero Constancio le obliga a retirarse a Tolosa.	
		422 Los vándalos alcanzan el sur de España.	
423 Juan, jurista de Ravena, emperador.			
424 Valentiniano III, emperador bajo la regencia de Gala Placidia.			
425-433 Félix, Bonifacio y Aecio rivalizan por el título de generalísimo.			
			428 Bonifacio, gobernador de África, llama en su ayuda a Gunderico, que cruza el estrecho de Gibraltar.
			431 Genserico concluye la conquista de África del Norte tras haber dominado la resistencia de última hora de Bonifacio, nuevamente fiel al Imperio.

Emperadores y generalísimos

433-454 Aecio, generalísimo de los ejércitos.

455 Petronio Máximo, senador y amigo de Aecio, emperador.

455 Avito, proclamado emperador por el rey burgundio Gondebaldo.

456 Ricimero, generalísimo de los ejércitos.

457 Mayoriano, proclamado emperador por Ricimero.

461 Severo, lo designa emperador Ricimero.

467 Antimio, aclamado emperador por Ricimero.

472 Olibrio, nombrado emperador por Ricimero.

472 Asesinato de Ricimero.

473 Glicerio, nombrado emperador por el rey Gondebaldo.

473 Orestes, generalísimo de los ejércitos.

474 Nepote es designado emperador por Zenón.

475 Rómulo Augústulo, hijo de Orestes, emperador.

Los usurpadores

455 Usurpación de Marcelino en Dalmacia.

Los germanos en la Galia, España y Bretaña

436 Aecio reorganiza la Galia: establecimiento de los francos en el Norte en torno a Maguncia, de los alamanes en el Sur cerca de Worms, del resto de los burgundios en el Alto Ródano.

439 Bretaña es abandonada.

451 Los hunos invaden la Galia: batalla de los Campos Cataláunicos.

461 Hegemonía visigótica en la Galia: reino de Tolosa.

471 Expansión del nuevo reino burgundio.

Los germanos en Italia y África del Norte

435 Aecio firma un tratado con Genserico: los romanos establecen a los vándalos como federados en África del Norte a cambio de que ellos respeten el "statu quo".

439 Independencia de los vándalos, que conquistan Cartago y disponen ahora de un puerto y una poderosa flota en el Mediterráneo.

452 Los hunos, reagrupados después de la derrota de los Campos Cataláunicos, invaden Italia sin encontrar resistencia; es el papa León quien consigue la retirada de Atila de Italia.

455 Ataques de los vándalos contra Sicilia, Italia, Cerdeña, Córcega y Baleares. Genserico asalta y saquea Roma.

465 Dominio vándalo en el Mediterráneo: conquista de Cerdeña, expediciones contra Grecia, Epiro e Iliria.

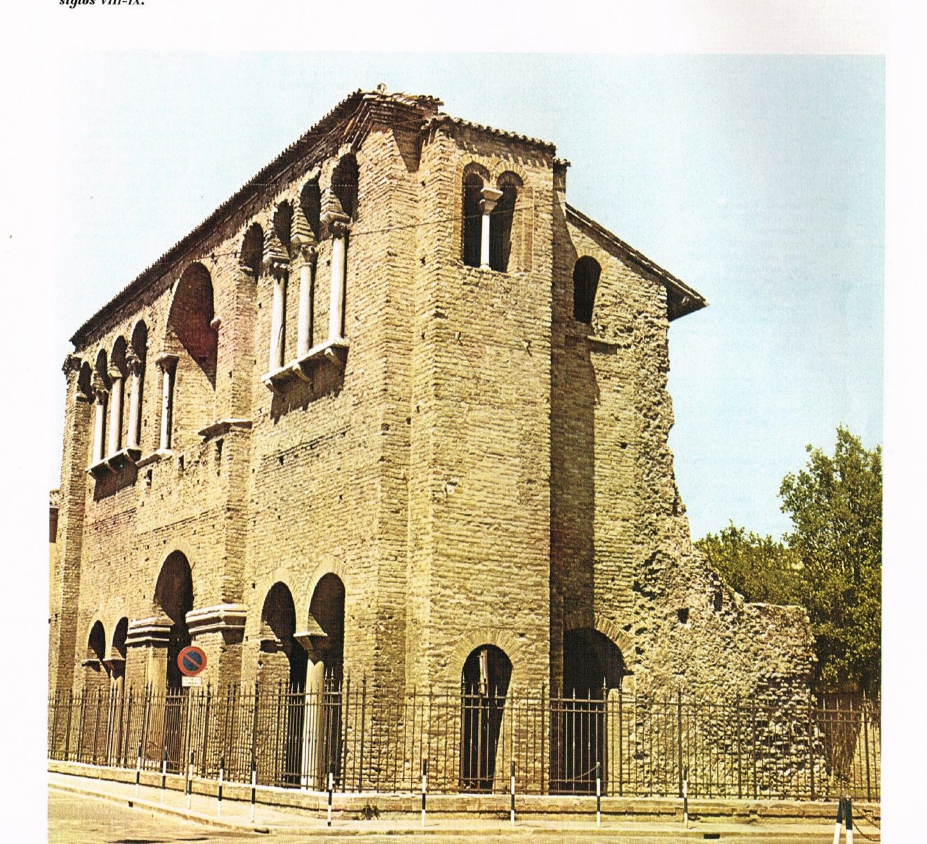
474-475 Genserico firma un tratado de paz y alianza con el emperador de Occidente, Rómulo Augústulo, y con el de Oriente, Zenón.

476 Las tropas germanas en Italia se sublevan, destituyen a Rómulo y proclaman rey de Italia a Odoacro, hijo de un príncipe suevo.

El llamado palacio de Teodorico, en Ravena, que se levanta junto a la basílica de San Apolinar el Nuevo. Parece que este edificio no tiene del rey ostrogodo más que el nombre, pues, en realidad, perteneció a los exarcas bizantinos y es producto de los siglos VIII-IX.

de estirpe real visigoda. Se llamaba Ricimero, y con el título de conde y patricio tomó en sus manos los destinos de Italia por espacio de veinte años. Sin embargo, tampoco Ricimero se hizo coronar emperador, sino que eligió como sucesor de Avito a un romano llamado Mayoriano, joven todavía, que ya se había distinguido al lado de Aecio en varias campañas. Esta elección fue ratificada por el emperador de Constantinopla, quien aceptó a Mayoriano como colega para las provincias occidentales. El gobierno de Mayoriano duró sólo cuatro años; en ellos hizo esfuerzos heroicos para restablecer el orden y, sobre todo, reconquistar el África. Primero trató de enterarse de las condiciones del país y al efecto pasó a visitar a Genserico, disfrazado, como si fuese su propio embajador; después preparó una formidable armada, que se reunió en Cartagena de España. Sin embargo, Genserico, que tenía espías y traidores en los buques, logró que desertaran algunas de las naves y Mayoriano se vio obligado a renunciar a la expedición. Su fracaso en este asunto de África originó su pérdida; los soldados se amotinaron y Mayoriano murió en el campamento de una manera misteriosa. Ricimero, todavía ejerciendo su protectorado, se vio, pues, en la necesidad de buscar otro emperador.

Éste fue un tal Severo, que duró también cuatro años, aunque con descontento de la corte oriental. Ricimero, mientras tanto, gobernaba de hecho, y para congraciarse con la corte imperial de Constantinopla aceptó la idea de deponer a Severo y entronizar a



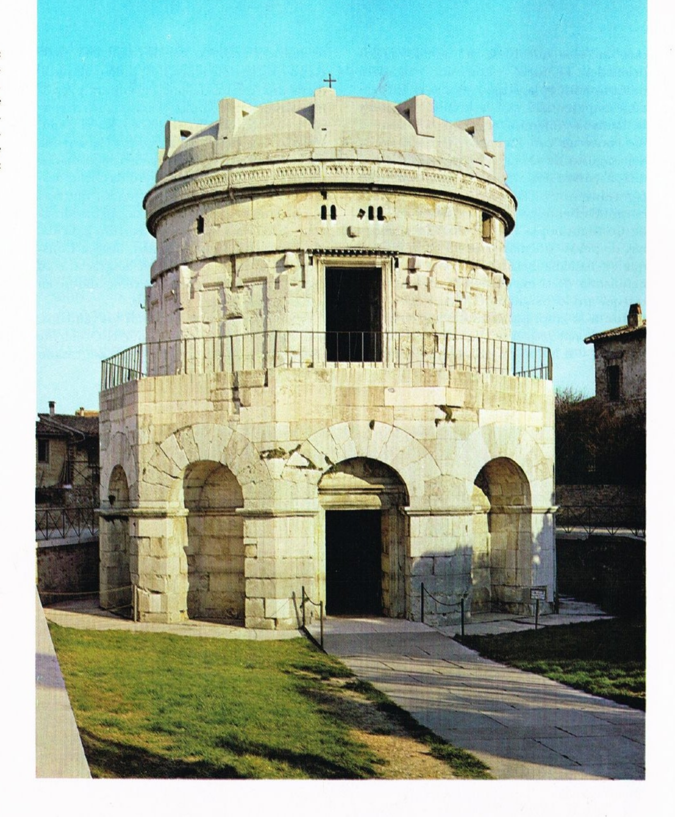
otro augusto que fuese del agrado de los orientales. El nuevo emperador, candidato de Constantinopla, llegó a Roma el 467; estaba emparentado con la familia reinante y se llamaba Antemio. Su primera iniciativa fue concertar con Ricimero, y con la ayuda del augusto de Oriente, la inevitable expedición contra los vándalos. Los bizantinos contribuyeron a ella con hombres y dinero; la cantidad entregada por el tesoro imperial de Constantinopla fue de veinticinco millones de pesos. Además se envió un almirante que se llamaba Basilisco y debía ser el generalísimo de la expedición. Todas las fuerzas que pudo movilizar el Occidente se sumaron a la empresa. Basilisco logró desembarcar a unos cuarenta kilómetros al este de Cartago, y si hubiese avanzado resueltamente, hubiera acabado con los vándalos; pero Genserico envióle emisarios, pidiendo que le diera una tregua de cinco días para proponer condiciones de paz, y entre tanto preparó la resistencia. Una noche en que el viento soplaba favorable, lanzó contra la armada de los imperiales varios navíos incendiados que les causaron grandes pérdidas. Esto desmoralizó al ejército de tal modo, que una parte de él regresó por tierra, siguiendo la ruta de la costa; otra parte regresó a Sicilia. Basilisco, con algunos navíos, llegó a Constantinopla, donde, caído en desgracia, sólo pudo librarse de la muerte refugiándose en un santuario como penitente.

Con excepción del azote de los vándalos, por algún tiempo pareció que el Occidente obtendría la paz. Ricimero habíase casado



Basílica de San Apolinar el Nuevo, en Ravena, que fue la capilla palatina de Teodorico. Sus mosaicos interiores son de gran belleza, destacando el que representa el palacio real de Teodorico. El campanario es una edificación posterior del siglo IX.

El mausoleo de Teodorico, en Ravena, monumento de planta poligonal iniciado en 520. Obsérvese la estructura de los arcos, formados por dovelas dentadas. Bajo la cúpula, que es un solo bloque de piedra calcárea, se encuentra el sarcófago de Teodorico.



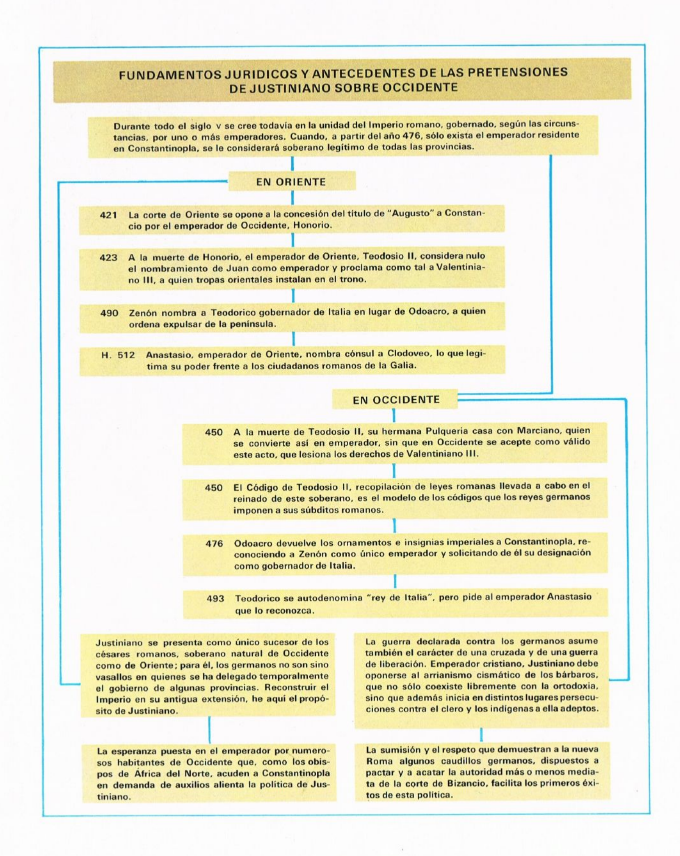
con la hija de Antemio; pero en 472 la discordia que venía fermentando entre éste y Ricimero convirtióse por fin en una guerra civil, y Ricimero entró en Roma, matando a Antemio con su propia espada. Poco después también moría Ricimero.

Aquí se impone que digamos algo del tipo nuevo que aparece en el escenario de la Historia con Ricimero: éste es el soldado de fortuna, el bárbaro sin patria, que se erige en cabecilla militar de un monarca que sólo cuida de cuestiones puramente civiles. Ricimero se hizo árbitro de Italia porque el ejército y aun el pueblo le prefirieron a los funcionarios romanos, que sólo se ocupaban de cobrar contribuciones. También en Bizancio un general bárbaro llamado Aspar había impuesto como emperador a un candidato suyo. Pero había más energías entonces en Oriente que en Occidente; en los cuadros del ejército bizantino hallamos muchos nombres armenios y persas, y éste era un material mucho más sano que el conjunto de romanos degradados y germanos desertores que vemos en Italia al finalizar el siglo V. Pero, ni aun así, Aspar se mantuvo tanto tiempo en Constantinopla como Ricimero, y los que le imitaron, en Occidente.

Desaparecido Antemio, cuatro emperadores se sucedieron, en cuatro años, en Occidente. El del año 472 fue propuesto nada menos que por los vándalos desde África; el del 473 fue un candidato sugerido por el rey de los borgoñones; el del 474 vino

otra vez de Constantinopla, y el del 475 fue un tal Rómulo Augústulo, aunque bajo estos pomposos nombres se escondía el hijo de uno de los antiguos servidores de Atila. El padre de Rómulo Augústulo era un romano de pura sangre, pero la Historia empieza a mencionarlo como secretario del jefe de los hunos. Se llamaba Orestes y no debió de perder del todo sus maneras romanas, porque, a la muerte de Atila, Orestes regresó a Italia y se reincorporó al servicio del emperador Valentiniano. Los desórdenes del año 474 hallaron a Orestes ascendido al título de Maestro del Ejército y con una fácil insurrección consiguió hacer nombrar emperador romano a su hijo Rómulo Augústulo. Éste contaba solamente catorce años de edad; el hecho de que Orestes prefiriera hacer emperador a su hijo en vez de revestirse él mismo con la púrpura es otro síntoma del concepto puramente honorífico que se concedía a la dignidad imperial en Occidente.

El gobierno de Orestes y su hijo duró sólo ocho meses. Lograron un tratado y la protección de Genserico, quien desde África era factor decisivo de la política de Occidente; en cambio, Orestes no pudo resistir la presión de su propio ejército y fue asesinado. Los soldados pedían a Orestes la ter-





Aun bajo el dominio de los ostrogodos, Italia conservó sus costumbres imperiales, como lo demuestra este díptico de Boecio, que fue cónsul en 487 (Museo Cívico, Brescia). Ambas escenas le representan ejerciendo funciones de su cargo: la de la izquierda, con el cetro consular; a la derecha, dando la señal para empezar los juegos en el circo.

cera parte de las tierras de Italia. Ya hemos visto que los visigodos se habían apropiado dos tercios de las tierras que ocupaban en la Galia; los borgoñones, además de los dos tercios de los campos, tomaron la mitad de los pastos y bosques; los vándalos no se habían contentado ni aun con eso... ¿Por qué no podían, pues, los bárbaros de Italia, que eran la mayoría de los veteranos del ejército, obtener una porción parecida, máxime cuando grandes partes de la península estaban abandonadas por haber desaparecido los antiguos propietarios?

La resistencia de Orestes a esta demanda resultó fatal para él y para Italia. Si los veteranos de la península se hubiesen instalado en los antiguos predios deshabitados, algunos habrían conseguido arraigar y fundar así una nueva población agrícola, que tanta falta hacía en aquel tiempo.

El cabeza de motín de los soldados que depusieron a Orestes y a su hijo era un jefe de los hérulos llamado Odoacro, que iba a repetir la experiencia de Ricimero. Gobernó a Italia desde 476 hasta 493. La sola diferencia entre Odoacro y Ricimero es que este

último siempre se valió de un emperador decorativo con quien justificar su usurpación, mientras que Odoacro se hizo coronar rey levantándole los soldados sobre el pavés, según la costumbre germánica. Pero hasta Odoacro mantuvo el respeto a la idea del Imperio. He aquí el párrafo capital del documento que el senado de Roma aprobó por unanimidad a propuesta de Odoacro: "El Senado y el pueblo romano consienten en que la sede del Imperio universal sea transferida de Roma a Constantinopla y renuncian al derecho de elegir emperador, pues reconocen la inutilidad de la división en dos Imperios. La República confía en las virtudes y el valor de Odoacro, y humildemente requiere al emperador que le dé el título de patricio y consienta en que administre la diócesis de Italia". Ésta es la parte sustancial de la misiva que los enviados del senado de Roma entregaron al emperador Zenón en Constantinopla. ¡Qué vergüenza –aun para los que parecían ser los beneficiarios de esta abdicación de poderes– oír que el pueblo y el senado de Roma renunciaban a sus derechos!

Los nombres de *República* y de *Imperio universal* todavía suenan como vigentes: Italia es sólo una diócesis que puede ser gobernada por un caudillo, un soldado de fortuna, que ayer todavía iba vestido de pieles, como el rey de los francos de hecho



Mosaico del presbiterio de la iglesia de San Vital de Ravena que representa a Justiniano con su séquito, en el que destaca el obispo Maximiano. El emperador, que aparece coronado y revestido de clámide purpúrea, lleva una ofrenda de joyas para el sacrificio eucarístico. Se trata de uno de los más bellos mosaicos bizantinos y se conserva con un perfecto colorido.



Silla de marfil del obispo Maximiano de Ravena, de mediados del siglo VI (Museo Episcopal, Ravena). Se trata de un mueble único en el mundo por la preciosidad de sus relieves y la perfecta imitación de la decoración vegetal.

gobernaba las Galias, el de los visigodos a España, y el de los vándalos el África. Resulta interesante igualmente la respuesta del emperador Zenón. Sin apresurarse a recoger esta sucesión de lo que equivocadamente se llama en la historia *Imperio de Occidente,* el augusto de Constantinopla no envió más colegas a Roma y, en cambio, escribió una carta a Odoacro en la que le llamaba ya *patricio.*

Pero Italia está más cerca de Constantinopla que Francia y España, y Odoacro fue solicitado para entrar en una conspiración contra el emperador Zenón. La sospecha de que Odoacro había ofrecido su apoyo a los conjurados irritó terriblemente al viejo emperador, quien además quería deshacerse de una multitud de ostrogodos que habían rebasado las fronteras orientales. Eran los mismos ostrogodos que habían seguido a Atila hasta Orleáns y que ahora sentían también el atractivo de las tierras del Sur. Iban guiados por un joven caudillo que había estado muchos años en Constantinopla como rehén y allí se había familiarizado con las ideas romanas. Se llamaba Teodorico y poseía en grado máximo todas las cualidades de la raza germánica. En Constantinopla no se habían debilitado su espíritu aventurero ni su valor. Teodorico, modelo hasta hoy del héroe teutónico, peleaba personalmente; en muchas ocasiones los golpes de su espada decidieron el éxito de contiendas en las que luchaban pueblos enteros. Considerándole peligrosísimo como enemigo y muy útil como amigo, el emperador Zenón confió a Teodorico la empresa de libertar a Italia de los *confederados* que obedecían a Odoacro.

Teodorico entró en Italia por el Norte. La destrucción de Odoacro no fue cosa fácil. Se dio la acostumbrada batalla preliminar junto al Isonzo, en los llanos delante de Aquilea. De allí Odoacro retrocedió a la línea del Adigio y una segunda batalla se desarrolló bajo los muros de Verona, donde Teodorico hizo verdaderos prodigios de valor, cantados todavía por las epopeyas germánicas. El Dietrich de Verna de los cantares de gesta es ni más ni menos que Teodorico de Verona. Por fin, Odoacro se refugió en Ravena y allí corrió a acorralarle el ostrogodo. Después de haber concertado una paz por la que se comprometieron a reinar juntos, Teodorico dio muerte a Odoacro; con un tajo de su espada, según la leyenda, lo partió en dos desde el cuello a la cintura. Asombrado de la eficacia de su propio golpe, dicen que Teodorico exclamó, al ver a Odoacro partido en dos mitades: "¡Pero este infeliz no tenía huesos en su cuerpo!".

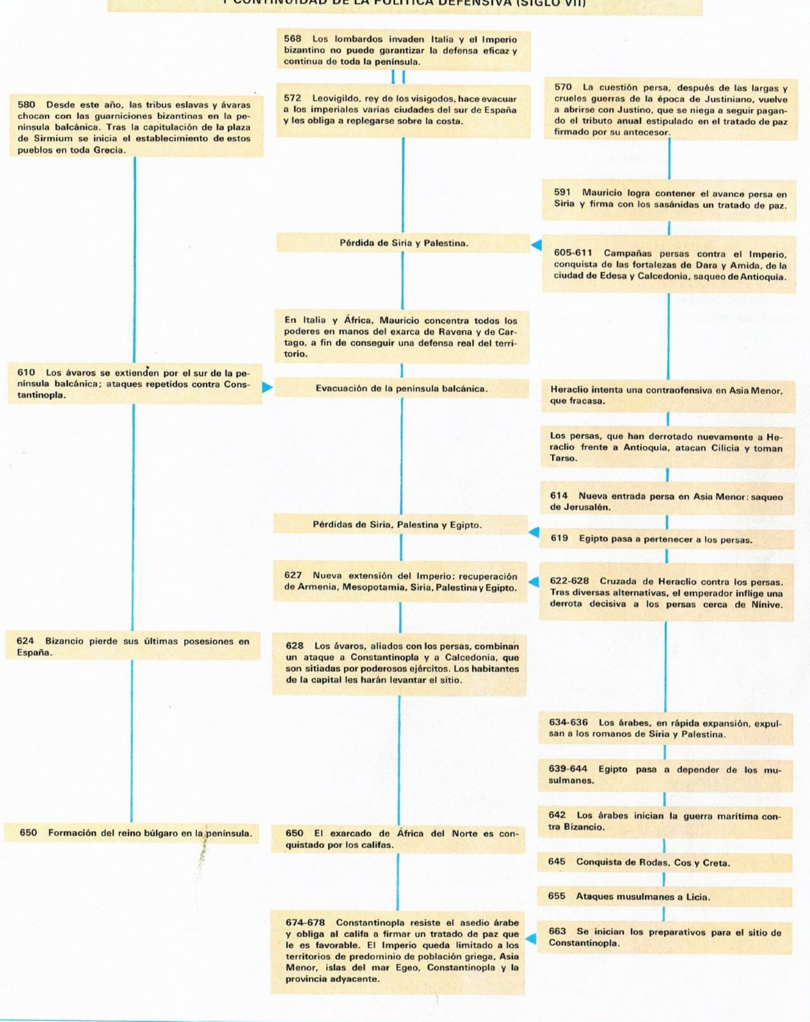
Y ya desde este momento empieza el período del gobierno de Italia por Teodorico, que duró treinta y dos años. "Gobernó las dos naciones, ostrogodos y romanos –dice un biógrafo contemporáneo–, como si fueran un solo pueblo. Aunque era arriano de religión, encargó la administración civil a los

romanos y no hizo nada contra los católicos. Celebró fiestas en el circo y en el anfiteatro y repartió raciones de grano entre el pueblo, etc."

Teodorico el ostrogodo trató, pues, de realizar en gran escala el propósito del visigodo Ataúlfo de romanizar a los germanos. Según las crónicas, Teodorico construyó edificios: un palacio en Pavía, el palacio y el acueducto de Ravena, termas y otro palacio en Verona, que parecen iniciativas impropias de un bárbaro ostrogodo. Dicen que la paz atraía a mercaderes a Italia y que la agricultura renacía bajo el paternal gobierno de Teodorico. Sin embargo, Teodorico no sabía leer ni escribir; para firmar se mandó hacer una pauta con agujeros, marcando sus letras en una tablilla de madera. Los guerreros ostrogodos que le rodeaban, y a quienes había confiado la guarda de los puntos estratégicos de Italia, eran todavía más rudos y bárbaros que él. Sobre todo, eran arrianos y no atacarían a los vándalos; no podía intentarse una restauración del espíritu clásico mientras los vándalos conservaran las provincias de África. Teodorico, en realidad, no es más que un episodio curioso del período de las invasiones, un experimento interesante de adaptación; resulta, en sí mismo, un personaje heroico, pero no cambió el curso de la Historia; no hizo más que repetir en mayor escala lo que ya habían hecho Ricimero y Odoacro. Es el caudillo germánico que, con sus compañeros de armas, trata de poner orden en la administración, pero sin iniciar definitivamente un nuevo régimen. Se mantuvo siempre como un agente de Constantinopla. Envió una embajada al emperador Zenón para solicitarle el uso del manto real, sin pretender por eso que le reconociera como colega. Su título era el de "Rey de los godos y los romanos en Italia".



Detalle del mosaico de San Vital con Justiniano y uno de sus acompañantes, en quien muchos autores ven a Belisario, su general triunfador. A pesar de las brillantes campañas que realizó el general –en Oriente contra los vándalos, en Italia contra los ostrogodos–, su fidelidad al emperador fue puesta en duda al final de su mandato.


REDUCCION DE BIZANCIO A PEQUEÑA POTENCIA: NUEVAS INVASIONES Y CONTINUIDAD DE LA POLITICA DEFENSIVA (SIGLO VII)
568 Los lombardos invaden Italia y el Imperio bizantino no puede garantizar la defensa eficaz y continua de toda la península.
580 Desde este año, las tribus eslavas y ávaras chocan con las guarniciones bizantinas en la península balcánica. Tras la capitulación de la plaza de Sirmium se inicia el establecimiento de estos pueblos en toda Grecia.
572 Leovigildo, rey de los visigodos, hace evacuar a los imperiales varias ciudades del sur de España y les obliga a replegarse sobre la costa.
570 La cuestión persa, después de las largas y crueles guerras de la época de Justiniano, vuelve a abrirse con Justino, que se niega a seguir pagando el tributo anual estipulado en el tratado de paz firmado por su antecesor.
591 Mauricio logra contener el avance persa en Siria y firma con los sasánidas un tratado de paz.
Pérdida de Siria y Palestina.
605-611 Campañas persas contra el Imperio, conquista de las fortalezas de Dara y Amida, de la ciudad de Edesa y Calcedonia, saqueo de Antioquía.
En Italia y África, Mauricio concentra todos los poderes en manos del exarca de Ravena y de Cartago, a fin de conseguir una defensa real del territorio.
610 Los ávaros se extienden por el sur de la península balcánica; ataques repetidos contra Constantinopla.
Evacuación de la península balcánica.
Heraclio intenta una contraofensiva en Asia Menor, que fracasa.
Los persas, que han derrotado nuevamente a Heraclio frente a Antioquía, atacan Cilicia y toman Tarso.
614 Nueva entrada persa en Asia Menor: saqueo de Jerusalén.
Pérdidas de Siria, Palestina y Egipto.
619 Egipto pasa a pertenecer a los persas.
627 Nueva extensión del Imperio: recuperación de Armenia, Mesopotamia, Siria, Palestina y Egipto.
622-628 Cruzada de Heraclio contra los persas. Tras diversas alternativas, el emperador inflige una derrota decisiva a los persas cerca de Nínive.
624 Bizancio pierde sus últimas posesiones en España.
628 Los ávaros, aliados con los persas, combinan un ataque a Constantinopla y a Calcedonia, que son sitiadas por poderosos ejércitos. Los habitantes de la capital les harán levantar el sitio.
634-636 Los árabes, en rápida expansión, expulsan a los romanos de Siria y Palestina.
639-644 Egipto pasa a depender de los musulmanes.
642 Los árabes inician la guerra marítima contra Bizancio.
650 Formación del reino búlgaro en la península.
650 El exarcado de África del Norte es conquistado por los califas.
645 Conquista de Rodas, Cos y Creta.
655 Ataques musulmanes a Licia.
674-678 Constantinopla resiste el asedio árabe y obliga al califa a firmar un tratado de paz que le es favorable. El Imperio queda limitado a los territorios de predominio de población griega, Asia Menor, islas del mar Egeo, Constantinopla y la provincia adyacente.
663 Se inician los preparativos para el sitio de Constantinopla.

El llamado "marfil Barberini", que representa el triunfo del emperador (Museo del Louvre, París). La figura central recibe homenaje de Jesucristo, sostenido por dos ángeles (arriba), del cónsul que tiene en sus manos una victoria (izquierda) y de diversos bárbaros que acuden de todas las partes del Imperio a ofrecerle dones exóticos (abajo). El emperador triunfante es, para muchos, Justiniano, o si no, uno de los emperadores orientales de fines del siglo V.

Ya en su vejez, Teodorico comenzó a preocuparse por la sucesión. Dejaba sólo una hija, Amalasunta, y un nieto, Atalarico, de menor edad. Parece que algunos miembros demasiado activos del senado romano iniciaron negociaciones con el emperador de Constantinopla para que se preparara a ejercer su soberanía en Italia a la muerte de Teodorico, sin contar con la nación ostrogoda. Esto tenía que irritar al gran caudillo, que había sido fiel al Impe-

La emperatriz Teodora y su corte de damas precedidas de dos dignatarios, en el mosaico de San Vital. La ofrenda de la augusta es una taza de monedas; su gesto concuerda con el de los Reyes Magos que lleva pintados en el borde inferior de su clámide. Estos son los únicos mosaicos que nos muestran el fasto interior del palacio imperial de Constantinopla.



LA OBRA DE JUSTINIANO

Para que el lector pueda hacerse una idea más exacta de lo que representó el reinado de Justiniano, no para la historia de la cultura y del pensamiento humanos, donde es figura de primera magnitud, sino para el propio Imperio bizantino, creemos que nada será tan interesante como copiar unos párrafos de la *Historia del Imperio bizantino* de A. A. Vasiliev, quien a sus grandes dotes de historiador une la característica de considerarse, por ruso, heredero de aquel brillante Imperio:

"Haciendo balance del conjunto de la política exterior de Justiniano, ha de decirse que sus guerras interminables y agotadoras, que, en definitiva, no realizaron todas sus esperanzas ni todos sus planes, tuvieron fatales consecuencias para la situación general del Imperio. En primer lugar, aquellas gigantescas empresas requirieron gastos enormes. Procopio... declara que Anastasio había dejado reservas enormes para la época, que ascendían a 320.000 libras de oro, todas las cuales Justiniano dilapidó pronto. Según testimonio de otro historiador del siglo VI, el sirio Juan de Éfeso, las reservas de Anastasio no se agotaron por completo sino bajo el reinado de Justino II, esto es, después de la muerte de Justiniano. En todo caso, el legado de Anastasio, incluso si restringimos la cifra de Procopio, debió de ser de gran utilidad a Justiniano para sus empresas militares. Pero no podía bastarle. En cuanto a los nuevos impuestos, eran superiores a las capacidades de pago de una población extenuada. Los esfuerzos del emperador para reducir los gastos estatales haciendo economías en el sostenimiento del ejército produjeron una reducción del número de soldados, disminución que tornaba muy insegura la suerte de las provincias occidentales conquistadas.

"Desde el punto de vista romano de Justiniano, sus expediciones de Occidente son comprensibles y naturales; pero desde el punto de vista de los intereses reales del estado deben ser consideradas inútiles y nocivas. La brecha abierta entre Oriente y Occidente era ya tan grande en el siglo VI, que la sola idea de reunir ambas regiones constituía ya un anacronismo. No podía existir una unión efectiva. Las provincias conquistadas sólo podían retenerse por la fuerza, y ya hemos visto que el Imperio no disponía de poder ni de medios para ello. Arrastrado por sus sueños irrealizables, Justiniano no comprendió la importancia de la frontera y provincias orientales, donde residían esencialmente los intereses vitales del Imperio bizantino. Las expediciones occidentales, obra sólo de la voluntad del emperador, no podían tener resultados duraderos, y el plan de restauración de un Imperio romano único desapareció con Justiniano, aunque no para siempre tampoco. A causa de la política general exterior de Justiniano, el Imperio atravesó una crisis económica intensa y extremadamente grave."

"Falto de dinero y agobiado por necesidades urgentes, el propio Justiniano tuvo que recurrir en ocasiones a las mismas medidas que prohibía en sus edictos. Vendió cargos por gruesas sumas y, a pesar de sus promesas, creó nuevos impuestos, aunque sus *Novelas* muestran con claridad que le constaba la imposibilidad de la población de atender a sus cargas fiscales. Presionado por dificultades financieras, recurrió a la alteración de la moneda y batió moneda depreciada, pero la actitud del pueblo hízose tan amenazadora, que hubo, casi inmediatamente, de revocar el edicto que lo disponía. Todos los medios posibles e imaginables fueron puestos en obra para llenar las cajas del estado... La severidad con que hacía percibir los impuestos alcanzó extremo rigor y produjo un efecto desastroso sobre la población, ya extenuada. Un contemporáneo dice que 'una invasión extranjera hubiese parecido menos temible a los contribuyentes que la llegada de los funcionarios del Fisco'. Las poblaciones pequeñas se empobrecieron y quedaron desiertas, porque sus habitantes huían para escapar a la opresión del gobierno. La producción del país descendió a casi nada. Estallaron revueltas.

"Comprendiendo que el Imperio estaba arruinado y que sólo la economía podía salvarlo, Justiniano aplicóse a ello, pero en la esfera donde más peligroso podía resultar. Redujo los efectivos del ejército y con frecuencia retrasó la paga de los soldados. Mas el ejército, compuesto sobre todo por mercenarios, se levantó a menudo contra semejante práctica y se vengó en las indefensas poblaciones. La reducción del ejército tuvo otras consecuencias graves, pues dejó al descubierto las fronteras y los bárbaros pudieron penetrar impunemente en territorio bizantino y entregarse al pillaje. Las fortalezas construidas por Justiniano no se mantuvieron con la debida guarnición. Incapaz de oponerse a los bárbaros por la fuerza, Justiniano hubo de comprarlos, y ello arrastró a nuevas expensas... La falta de dinero había engendrado la disminución del ejército, y la insuficiencia de soldados exigió más dinero para pagar a los enemigos que amenazaban a Bizancio.

"Si a esto se añaden las frecuentes carestías, las epidemias, los temblores de tierra, cosas todas que arruinaban a la población y aumentaban el presupuesto del gobierno, se puede imaginar el desolador panorama que presentaba el Imperio al final del reinado de Justiniano...

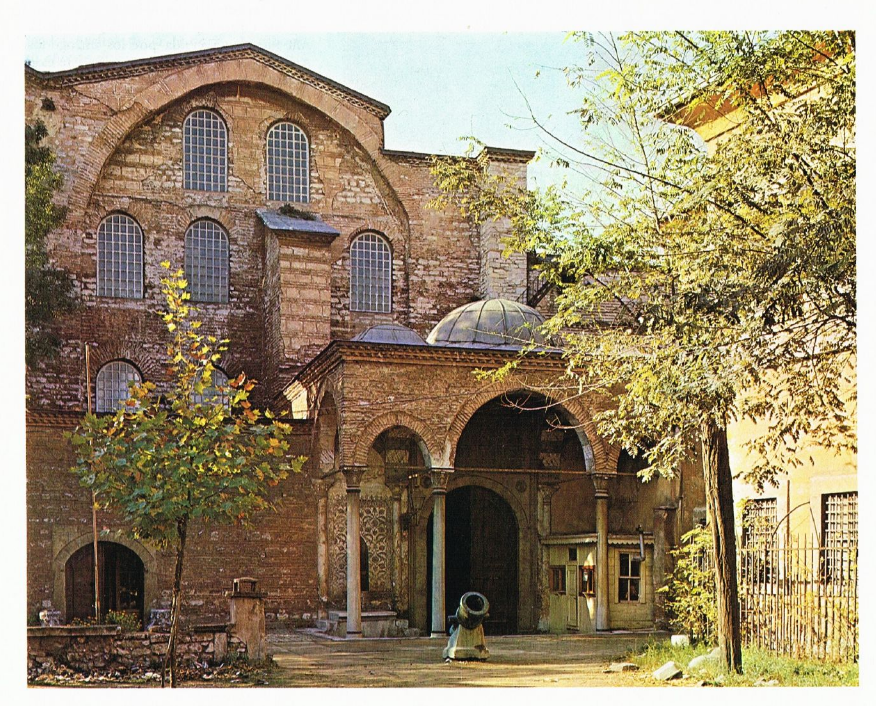
"Los esfuerzos de Justiniano en la esfera de las reformas administrativas fracasaron completamente. En lo financiero, el Imperio se hallaba a dos dedos de la ruina. Aquí no debemos perder de vista el estrecho lazo que unía la política interna con la externa del emperador. Sus vastas empresas militares en Occidente, con los inmensos gastos que exigían, arruinaron el Oriente y dejaron a los sucesores de Justiniano una herencia pesada y difícil. Las primeras *Novelas* prueban con claridad que Justiniano deseaba poner orden en la vida del Imperio y elevar el nivel moral de los órganos del Gobierno, pero tan nobles intenciones no pudieron trocarse en realidades vivas porque tropezaron con los planes militares del emperador, planes que le dictaba el concepto que tenía de sus deberes como actual heredero de los césares romanos."

rio y creía que en Constantinopla debían aceptar a su nieto como sucesor. Que algunos patricios degenerados se entremetieran en estas altas cuestiones de gobierno, viviendo aún él, Teodorico, le exacerbó de tal manera, que mandó ajusticiar a los sospechosos. Entre ellos murió un tal Símaco, acendrado católico, aunque descendiente de aquel Símaco neopagano que no quiso admitir el fin del paganismo, y, sobre todo, pereció Boecio, a quien podría llamarse el último escritor clásico. Saturado de la literatura antigua, Boecio redactó en latín culto y elegante un tratado, *De consolación filosófica,* que fue el libro más popular de la Edad Media. Escrito en la cárcel durante los meses que estuvo esperando el suplicio, el libro de Boecio es, en sustancia, el diálogo entre un condenado a muerte y la personificación de la Filosofía. Ésta, matrona todavía fuerte, va vestida con una vieja túnica en la que hay bordadas las letras *T* y *P*, iniciales de *Teoría* y *Práctica.* Ambos, el condenado y la intelectual matrona, discuten sobre la in-

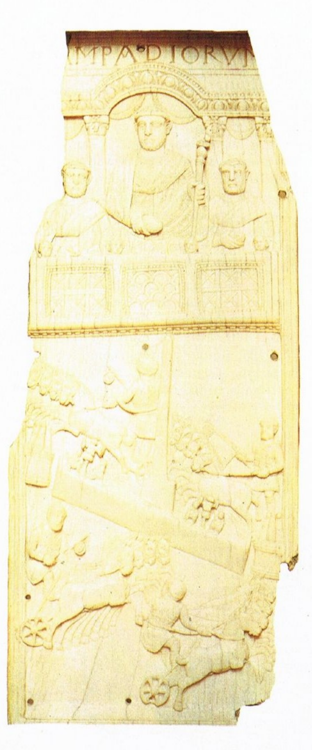
constancia de la fortuna y la estabilidad que, en cambio, existe en el Bien Supremo, todavía el *Summum Bonum* de Aristóteles. En el libro de Boecio no aparece una alusión al cristianismo, ni al misterio de la Redención ni a la predicación de Jesús; pero el hecho de que un libro pagano, o al menos puramente filosófico, como el de Boecio pudiese ser aceptado en las escuelas cristianas como un modelo edificante demuestra el cambio enorme del espíritu de las gentes del siglo V.

A poco de la ejecución de Símaco y Boecio moría Teodorico de disentería a los setenta y dos años de edad. Era el 30 de agosto de 526 y fue enterrado por su hija Amalasunta en una tumba construida en la *pineta,* junto a Ravena. Todavía se conserva con pocos deterioros un mausoleo de planta decagonal terminado con una gigantesca losa de granito que tiene la forma de cúpula achatada, de diez metros de diámetro y formada por un solo bloque, que tuvo que alzarse valiéndose de anillos tallados en la misma piedra. La tumba tiene en el interior dos pisos; el inferior, vacío actualmente, serviría de depósito de armas y recuerdos del gran ostrogodo; en el superior hay todavía un sarcófago donde estaría el cuerpo embalsamado. Textos antiguos, poco dignos de fe, dicen que el sarcófago estaba sostenido por cuatro columnas de pórfido. A su alrededor, según dice Agnellus, el cronista de Ravena, había haciendo guardia estatuas metálicas de los doce apóstoles, hecho algo raro porque Teodorico fue siempre no sólo arriano, sino hasta adicto a la religión de Odín. En el mismo mausoleo hay una decoración tallada en un friso alto con el relieve de los espectros que van al Walhalla, aunque aparecen como seguidores de la cruz. La misma decoración se encuentra trazada en filigrana en la armazón de oro

Un ángulo de la iglesia de Santa Irene, en Constantinopla, construida bajo Justiniano por el mismo arquitecto de Santa Sofía. Su planta es rectangular y tiene dos cúpulas superpuestas en el mismo eje, una sobre un tambor con ventanales y otra achatada y sin aberturas.



Una escena del díptico de los Lampadios que representa una carrera de cuadrigas en el hipódromo de Constantinopla, presidida por el emperador o por un alto magistrado (Museo Cristiano, Brescia).



que sostenía la coraza de cuero del gran ostrogodo.

Ya sin esta sombra del caudillo arriano en Italia, los imperiales de Constantinopla resolvieron acabar de una vez con los vándalos de África. Sería el principio de la reconquista de Occidente, porque después seguiría la de Italia y, por fin, la de España y las Galias. Los bárbaros sólo habrían sido un paréntesis en la historia romana... Así debían de pensar, al menos, algunos del consejo imperial de Constantinopla. La cuestión se debatió delante del emperador Justiniano y de su esposa Teodora. El recuerdo del fracaso de la expedición de Basilisco y la pérdida enorme que ocasionó hacían terriblemente impopular toda iniciativa contra el África. El prefecto del pretorio fue el portavoz de esta oposición: "El África, oh Augusto, dista ciento cuarenta días de Constantinopla. Para llegar a ella hay que cruzar grandes extensiones del mar, y si la empresa fracasa, tardaremos más de un año en saberlo. Además, aunque conquistemos el África, no podremos mantenernos en ella sin la Sicilia y la Italia, que se hallan en poder de los ostrogodos...". Pero los católicos no cesaron de aconsejar al emperador, incluso asegurándole que Dios les animaba en sueños, y sabemos que Justiniano se dejaba impresionar fácilmente por esta clase de advertencias. El hecho es que una armada de quinientos buques, algunos de setecientas toneladas, partió del Bósforo el 21 de junio del año 533. Mandaba la expedición el famoso Belisario, llevando éste como notario o secretario al historiador Procopio. Hasta para dar carácter novelesco a la expedición, acompañaba a Belisario su esposa Antonina, de más edad que él, la cual le ayudaba con sus consejos y le amargaba la existencia con sus infidelidades.

La expedición, detenida por vientos contrarios, tardó dos meses en llegar a Sicilia. Allí fue bien recibida por los ostrogodos; Amalasunta comprendió que, en este caso, su interés estribaba en olvidarse de la cuestión religiosa y ponerse del lado de los imperiales; éstos sorprendieron a los vándalos desprevenidos, desembarcaron fácilmente y la batalla se dio trece días después, delante de Cartago. Acabó con la desbandada de los vándalos. Aquella misma noche el triunfante Belisario quedaba instalado en el palacio de Gelimero, el nieto del abominado Genserico, y devolvía la catedral a los católicos.

Tuvo que lucharse otra vez, y Gelimero, de nuevo derrotado, se refugió en una montaña del Atlas. Desde allí pidió a los imperiales que le perseguían tres cosas, que dan idea del temple del alma del jefe vándalo: pan blanco, una esponja para lavarse los ojos enfermos y una lira para cantar la rapsodia que había compuesto de sus desgracias. Por fin, Gelimero fue capturado, y al hallarse en presencia de Belisario lanzó una gran carcajada. ¿Es que las calamidades habían debilitado su cerebro, o bien se reía de ver al general bizantino sentado en su propia silla? Tal vez el belicoso poeta tuviese algo de filósofo.

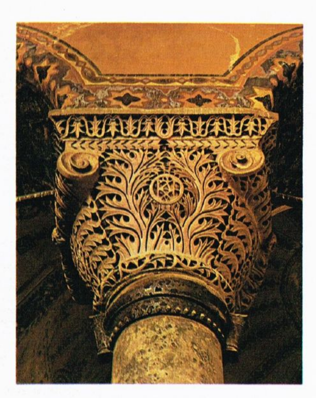
Los cautivos vándalos fueron llevados a Constantinopla, el senado bizantino concedió a Belisario los honores del triunfo y Justiniano tomó el título de *vandálico*. Roma, o la Neo-Roma, como se llamaba a Constantinopla, subsistía en su nueva sede de los estrechos, entre Europa y Asia.

Al año siguiente de la caída del reino vándalo, Justiniano enviaba sus embajado-

res a Amalasunta, pidiendo, en apariencia, sólo las fortalezas de Sicilia para asegurar la protección del África, pero, de hecho, quería reclamar toda Italia. Las demandas eran tan onerosas, que la hija de Teodorico no quiso transigir, y, en el verano del 535, Belisario desembarcaba en Sicilia con siete mil quinientos hombres. Pocos parecen para la gran empresa que les estaba confiada, y aun la mayoría de ellos eran hunos, árabes, armenios y gépidos; pero al final del año toda Sicilia estaba en poder de los imperiales.

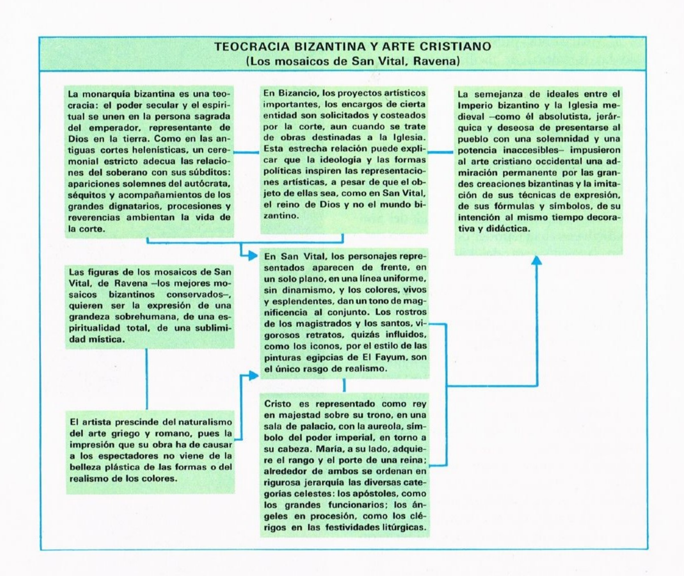
En la primavera del año 536 atravesó Belisario el estrecho de Mesina. Como siempre ocurre para todo conquistador que penetra en Italia por el Sur, Belisario no encontró resistencia hasta llegar a Nápoles. El sitio de Nápoles fue largo y difícil. En cambio, Roma fue de momento abandonada por los ostrogodos, pero Belisario se vio de pronto sitiado dentro de la gran ciudad por una formidable aglomeración de más de cien mil guerreros. La resistencia de Belisario, sitiado en la antigua capital con unos pocos soldados bizantinos, es uno de los más estupendos hechos de la Historia. Al cabo de un año de ataques desesperados, los ostrogodos levantaron el sitio de Roma y se retiraron al norte de Italia. Desde allí hicieron a Belisario varias proposiciones; la última fue la de que él, Belisario, gobernaría Italia, en nombre del emperador, con el título de *Rey de los romanos y de los godos*... Belisario manifestó que aceptaba, y de este modo entró en Ravena sin resistencia; pero pronto, con doblez bizantina, se quitó la máscara y encarceló a los jefes ostrogodos. La guerra gótica parecía terminada y Belisario regresó a Constantinopla con los tesoros de Teodorico y su hija. A los patricios del senado de Constantinopla se les permitió admirar las joyas de los bárbaros sólo en las grandes solemnidades; nunca se expusieron a la vista del pueblo, que oía hablar de estos tesoros como de cosas fabulosas. Así se daba a entender que la guerra no sólo devolvía provincias a la Roma del Bósforo, sino que pagaba los gastos de las expediciones.

Esto explica que, cuando pocos años más tarde se hizo necesaria una segunda expedición de Belisario a Italia, hasta el emperador Justiniano hubo de poner por condición que el ejército se mantendría exclusivamente con los recursos que encontrase en el país. Eliminados los descendientes de Teodorico, los ostrogodos habían levantado sobre el pavés a un joven guerrero llamado Totila; éste, por espacio de once años, tenía que asombrar al mundo, tratando de restablecer el predominio de la nación ostrogoda en Italia. Totila reconquistó la mayor parte de la península y hasta entró en Roma tras un segundo sitio,



Un capitel de Santa Sofía de Constantinopla con el monograma de la emperatriz Teodora en medio de la decoración vegetal.

El emperador Justiniano dando consejos a su arquitecto, miniatura de la "Crónica de Santa Sofía" (Biblioteca Vaticana). A la actividad arquitectónica de Justiniano, en creaciones nuevas o en restauraciones, se deben, entre las más famosas, las iglesias de Santa Sofía y Santa Irene en Constantinopla, la de San Vital en Ravena y las de Santa Sofía y San Demetrio en Salónica.



que duró más de un año. Desgraciadamente para los imperiales, esta vez no tenían a Belisario dentro de Roma; ésta estaba defendida por un general llamado Besas, que trataba de enriquecerse vendiendo el poco grano de la intendencia a precios inauditos. Así no es de extrañar, pues, que en diciembre del año 546 los ostrogodos hallaran traidores que les abrieran las puertas de la antigua capital del mundo.

Totila arengó a sus guerreros desde el foro; subido a la tribuna desde donde hablaron Escipión y los Gracos, trató de explicar a los ostrogodos la causa de las desgracias de su nación y el remedio de ellas, que, según Totila, consistía en esperar el favor del cielo luchando con justicia y sin atropellar a los pueblos itálicos. Después Totila pasó al senado, y allí habló con tal enojo, que hizo enmudecer a los patricios. "Decidme, ¿qué daño habéis recibido de los ostrogodos? ¿Qué beneficios os han llegado de Justiniano el emperador, si no son sus recaudadores de contribuciones?..." Pero, casi al mismo tiempo, Totila enviaba una embajada a Constantinopla para pedirle a Justiniano que le permitiera continuar el sistema ya probado de gobernar él en Italia como Teodorico, en nombre del emperador. El Imperio, con su delegación de poderes, parecía aún, a mediados del siglo VI, la única forma de gobierno viable y legítima... para los bárbaros.

Pero Justiniano, y sobre todo Belisario, no se contentaban con una soberanía nominal y querían restablecer la autoridad imperial romana sin disminución en las provincias de Occidente. Año tras año, Belisario, en campañas memorables que recuerdan las de César y Napoleón, fue acorralando a los ostrogodos. Sin embargo, no fue él, Belisario, quien les dio el golpe de gracia, sino un general ya octogenario y eunuco, llamado Narsés. Éste acabó con Totila y su sucesor Tejas, y con los dispersos restos de la nación ostrogoda. Después, Italia pareció otra vez romana, si es que puede darse este nombre a su condición de provincia bizantina. Igual podría decirse del África y de las islas del Mediterráneo; hasta el sur de España fue recobrado por los ejércitos de Constantinopla. Es curioso recordar que cuando San Hermenegildo, huyendo de su padre, se refugió en estos territorios del sudeste de la península, que habían recobrado los imperiales, las crónicas contemporáneas dicen que se marchó a tierras de la República. ¡Constantino-

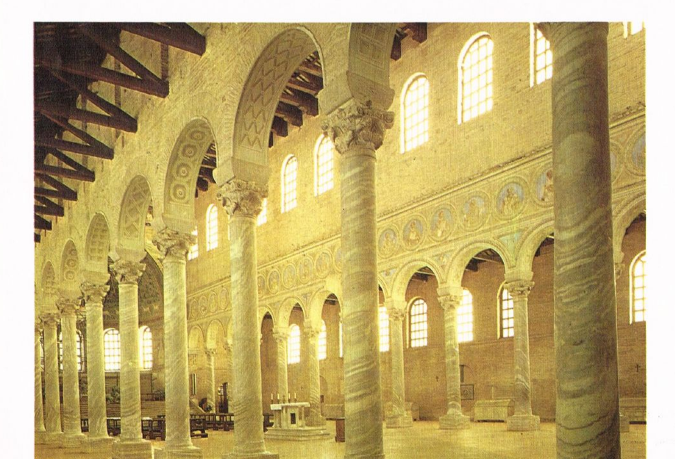
pla una república! ¡Qué sarcasmo! Pero hasta allí, en Constantinopla misma, se tenía la obsesión de Roma; cada año se nombraban cónsules, aunque no sirviesen más que para contar los años... El senado subsistía como un fantasma, había pretores y patricios, pero todo vacío, inerte.

¡Qué lección para nosotros esta tentativa de restauración de Justiniano! Es cierto que no se podía hacer revivir otra vez la Roma clásica, es evidente que el Imperio bizantino de Constantinopla no podía absorber en su seno a la gente bárbara, con una vitalidad superior, porque requería otra organización política. Pero, queriendo resucitar la Roma antigua, Justiniano prestó acaso el mayor servicio que un monarca haya hecho al mundo: codificó, o mandó codificar, el antiguo derecho romano. La legislación romana se había formado por acumulación de elementos muy diversos. Como núcleo tenía la ley de las Doce Tablas, arcaica, imposible, pero todavía mirada con singular veneración. A ésta hay que añadir las leyes aprobadas por el pueblo en los comicios republicanos; los senadoconsultos o decisiones del senado, las ordenanzas municipales o edictos de los pretores, que cambiaban cada año; las decisiones de jurisconsultos célebres (que tenían el valor de nuestras sentencias del Tribunal Supremo), y, por fin, los rescriptos de los emperadores... Todo tenía fuerza de ley. Es sorprendente que esta enorme masa de legislación no fuera organizada y codificada hasta el siglo VI por Justiniano, cuando ya casi no se precisaba. Porque hemos de recordar que, aunque Justiniano por su pensamiento deseaba ser un romano, en cambio, por la voluntad era un déspota oriental. En la misma codificación de derecho que él ordenó, se encuentra este párrafo de tanta significación: "La voluntad –el gusto– de un emperador tiene los efectos de ley, porque el pueblo romano ha delegado en su príncipe su poder absoluto y soberanía".

Sin embargo, Justiniano, reservándose para él y sus sucesores este poder absoluto, que hacía casi innecesario un código de derecho, nombró la comisión que tenía que darnos, organizada y comprensible, toda la legislación romana. No sabemos exactamente la parte que el propio Justiniano tomó en las deliberaciones de la comisión codifica-



La basílica de San Vital, en Ravena, obra de un tal Juliano Argentarius. La munificencia de la corte se reflejó en esta obra suntuosa, que es quizás el edificio bizantino que nos da idea más clara de lo que era la arquitectura imperial en tiempos de Justiniano.



Interior de la iglesia de San Apolinar in Classe, en Ravena, obra del siglo VI.



Iglesia de Santa María, antiguo baptisterio de los arrianos, en Ravena, construida en el siglo VI.

dora. Justiniano era de origen dálmata y debía conocer el latín; había recibido lo que hoy llamaríamos educación universitaria, pero se rodeó de juristas expertos: el presidente de la comisión fue Triboniano, oriundo del Asia Menor, quien poseería gran imaginación. Hacía versos, comentaba a Homero y escribía de astronomía y matemáticas, cosas extrañas para un abogado. En cambio, Triboniano tenía mala reputación: era avaro, ateo y poco escrupuloso como juez. A este oriental asoció Justiniano nueve colaboradores, para organizar, primero, sólo los rescriptos imperiales desde Adriano hasta su tiempo. El trabajo necesitó catorce meses y se dividió en *Doce Tablas,* como recuerdo de las leyes de los decenviros. A la compilación se le dio el nombre de *Código de Justiniano* y se repartieron copias exactas de la misma a todos los magistrados del amplio Imperio.

Satisfecho de este experimento, Justiniano nombró una segunda comisión, también presidida por Triboniano, para codificar la legislación romana. Esta segunda comisión se componía de diecisiete técnicos y empleó tres años en redactar lo que llamamos hoy el *Digesto* o las *Pandectas.* Triboniano, además de amasar una fortuna, poseería un tesoro de libros viejos, porque consta que fue de su librería particular de donde se sacaron la mayoría de los manuscritos estudiados por la comisión. El trabajo está hecho con un espíritu científico que no podemos menos de admirar; se ordenan las materias en capítulos y artículos, pero se conservan las referencias de los antiguos jurisconsultos romanos.

Como los originales de que se valieron Triboniano y sus colegas han desaparecido, estas citas de las *Pandectas* tienen un valor histórico extraordinario. Por ellas podemos restaurar, en parte, los escritos de los últimos tiempos de la República y los primeros siglos del Imperio.

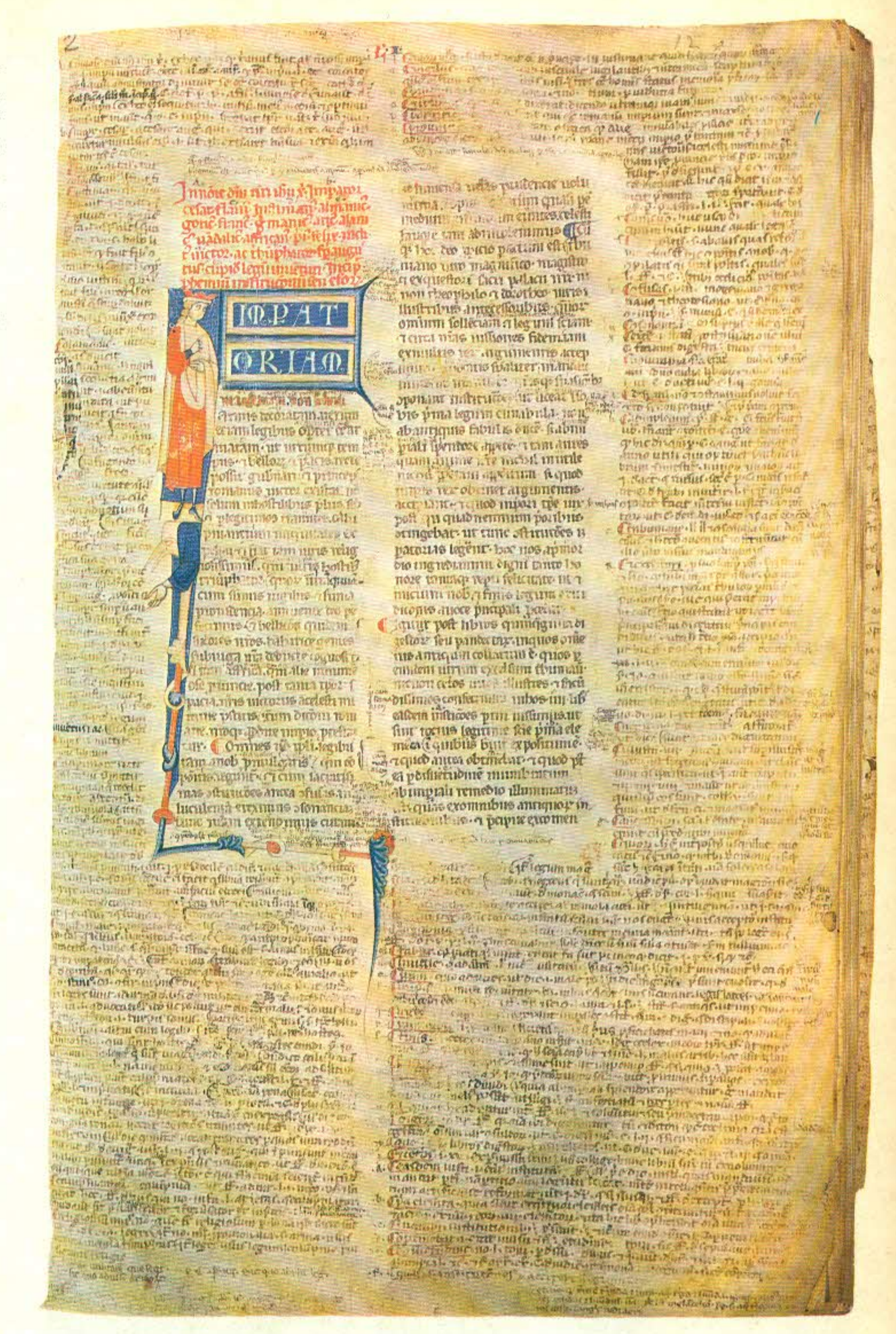
Por fin, Justiniano hizo ordenar un tratadito sumamente práctico, resumen del *Digesto,* llamado *Instituta,* y fundó escuelas de derecho en Roma, Constantinopla y Beirut. Sin embargo, pronto se advirtió que el esfuerzo de Justiniano sería más útil a las generaciones de un porvenir lejano que para su propio tiempo. Nada nos dará mejor idea de la inestabilidad de las cosas humanas que el pensar que el *Digesto* se ha salvado de la destrucción sólo por un único manuscrito... Un códice único, copiado el siglo VII en Constantinopla, llevado a Amalfi, donde estuvo ignorado varios siglos, llevado después a Pisa y hoy en Florencia, es el "original" del que se derivan todas las copias y ediciones de la gran compilación ordenada por Justiniano.

Justiniano fue un activo constructor. Reedificó edificios que estaban ya algo arruinados o resultaban viejos para el gusto de la época, y a él debemos las suntuosas iglesias de Santa Sofía y de Santa Irene en Constantinopla, que todavía subsisten, y las iglesias de San Vital en Ravena, y Santa Sofía y San Demetrio en Salónica, que son los más excelentes ejemplares del arte bizantino. Es sorprendente que quien hiciera edificar aquellos monumentos tratase de imponer el derecho consuetudinario romano. La codificación de las leyes de Roma y el estilo de Bizancio como arquitectura oficial están en franco contraste. Todo el derecho romano es razonable y razonado; el arte bizantino es el triunfo de la fantasía, con sus valores imaginarios.

Mientras en materia de derecho y en la pauta de la organización del gobierno, Justiniano se mantuvo, hasta donde cabía, dentro de la tradición imperial romana o latina, en arte, filosofía y literatura prefirió las novedades que podía recibir de las provincias orientales. La poesía clásica griega era preferida a la latina.

Para construir sus grandes edificios, el emperador bizantino importó arquitectos de Siria y Asia Menor, donde había una escuela de constructores basada en el sistema de cúpulas enteramente opuesto al clásico de columnas y arquitrabes. Para la iglesia mayor de Constantinopla hizo venir dos famosos arquitectos del Asia, Antemio de Tralles e Isidoro de Mileto, que levantaron el templo gigantesco que subsiste todavía dedicado a Santa Sofía, o sea la Divina Sabiduría. Se comenzó en 532; su inmensa cúpula tiene treinta y tres metros de diámetro. De los dos arquitectos, Antemio era, además de constructor, famoso como médico y algo dado a la magia. Isidoro fue editor de las obras de Arquímedes y gran matemático.

Justiniano fue ayudado en sus empresas por Teodora, su fiel esposa. Le sirvió aconsejándole hasta su muerte, debida a un cáncer, en junio del 548. Había sido emperatriz más de veintiún años. Justiniano murió en noviembre del año 565. Había durado su reinado treinta y ocho años y siete meses.



Página miniada del siglo XIV de los "Instituta", recopilación de leyes romanas mandada hacer por Justiniano (Biblioteca de El Escorial, Madrid). La gran obra jurídica debida al impulso de Justiniano es el "Corpus iuris civilis", que durante siglos estuvo en vigor en Europa. Cuatro libros formaban este Corpus: el "Digesto", el "Codex iustinianeus", los "Instituta" y las "Novellae".

BIBLIOGRAFIA

Bréhier, L.	*La civilización bizantina* (3 vols.), México, 1955-1956.
Bury, J. B.	*History of the Later Roman Empire* (2 vols.), Dover, 1958.
Cirac, S.	*Bizancio y España,* Barcelona, 1952.
Collinet, P.	*La genèse du Digeste, du Code et des Institutes de Justinien,* París, 1952.
Diehl, Ch.	*Figures bizantines,* París, 1909 (4.ª ed.). *Grandeza y servidumbre de Bizancio,* Madrid, 1963.
Downey, G.	*Constantinople in the Age of Justinian,* University of Oklahoma Press, 1960.
Lemerle, P.	*Historia del Imperio bizantino,* Barcelona, 1963.
Rice, D. T.	*Constantinople,* París, 1966.
Runciman, S.	*Bizantine Civilization,* St. Martin's, 1966.
Sestan, E.	*L'alto Medioevo,* Novara, 1967.
Vasiliev, A. A.	*Historia del Imperio bizantino. I. De Constantino a las Cruzadas,* Barcelona, 1946.



Fragmento del mosaico que, según se cree, cubría el suelo de la basílica de Santa Sofía, en que se hallan representados dos muchachos armados de lanza (Museo Arqueológico, Constantinopla).



Relieve visigodo del siglo* VII *en la iglesia de Santa María de Quintanilla de las Viñas, Burgos, que representa una glorificación del sol sostenido por dos ángeles. A fines del siglo* V*, y ante el avance incontenible de los francos, los visigodos fueron penetrando en la península ibérica.

Los códigos germánicos

La efímera reconquista de parte de las provincias occidentales del Imperio por Belisario y Narsés, en tiempo de Justiniano, no alteró el curso de los acontecimientos. Sólo el África y las islas del Mediterráneo siguieron en poder de Bizancio hasta la irrupción de los árabes.

A mediados del siglo VI, los pueblos teutónicos se agitaban de nuevo, sintiendo la presión de otra oleada de pueblos turanios, los llamados ávaros. Su nombre no suena tan áspero como el de los guerreros de Atila porque los ávaros no pasaron del Danubio. En cambio, en el Oriente los ávaros causaron no menos quebrantos que los hunos y con su empuje movieron a los pueblos teutónicos a desplazarse, ocasionando una nueva distribución de gentes germánicas en Francia, España e Italia. Por de pronto, los francos, que al atravesar el Rin se habían conformado con las regiones del norte de Francia, a principios del siglo VI desalojaron a los visigodos del sur del Loira y les obligaron a establecerse al otro lado de los Pirineos. Así, pues, los visigodos, que parecían predestinados a formar el núcleo germánico de la nación francesa, con su corte en Tolosa y en posesión efectiva de los puertos del Mediterráneo, Narbona y Arles, acabaron por tener que hacer de España su patrimonio definitivo.

Era tradicional en los visigodos su asociación con el Imperio: hacía más de un siglo que estaban instalados en el Occidente a la sombra de las águilas romanas. Parecía, pues, que nadie podría desalojarlos de la Galia y que ésta sería *gótica* para siempre. Pero eran arrianos, lo cual hacía que el papa los mirase con sospecha; y el papa, elegido con el beneplácito del emperador de Bizancio, correspondía aconsejando desde Roma a los que dirigían la política imperial. En cambio, los francos, al bautizarse, pasaron directamente del paganismo al catolicismo y en seguida fueron mirados con simpatía por el papa y el emperador.

El augusto Anastasio envió a Clovis, o Clodoveo, primer rey cristiano de los francos, el nombramiento de cónsul para atraérselo a la influencia romana, y cuéntase que Clodoveo, al recibirlo, se paseó a caballo ante los pórticos de la basílica de San Martín de Tours, vestido con la túnica de púrpura, la clámide y demás insignias del consu-



lado. Pero no pasó de ahí. Bárbaro se conservó toda la vida; el arma de que se valía para su defensa y en los combates era la francisca, una especie de hacha. Cuéntase que en cierta ocasión consiguió que el hermano de un enemigo se lo trajera prisionero; en cuanto los tuvo delante, Clodoveo mató a los dos con el hacha, al uno por enemigo, al otro por traidor. A otros que vendieron a su príncipe les pagó con monedas de cobre en lugar de oro: falso con los falsos. Con estos procedimientos expeditivos conquistó toda la Galia.

Su mayor fuerza arrancaba de la Iglesia; desde que había sido bautizado, los obispos le miraban como el defensor de la fe. Clodoveo, que era sincero, ponía en su nueva concepción religiosa todo el fervor de su alma bárbara. Antes de convertirse, había perseguido a la Iglesia. Por esto, al bautizarle, San Remigio hubo de decirle: "Adora lo que quemabas, y quema lo que antes adorabas". Un día que San Remigio le leía la Pasión de Cristo, cuéntase que exclamó: "¡Ah, si yo hubiese estado allí con mis francos!". Con frecuencia tenía visiones e, impulsado por una de ellas, decidió avanzar contra los visigodos. Es posible que Clodoveo codiciara los territorios de los visigodos en la Galia, pero además los odiaba por ser herejes. El gran ostrogodo Teodorico, desde Ravena, comprendió que a él, como jefe de la liga arriana, le tocaba defender a los visigodos en la Galia, con cuyo rey le unían además relaciones de parentesco. Pero Clodoveo se le anticipó y el año 507, en la batalla de Vouillé, el rey franco dio muerte con su propia mano al rey visigodo. Lo único que pudo salvar Teodorico para sus protegidos fue el ángulo sur de la Galia, desde Arles hasta Narbona. Este sector, la Septimania o siete diócesis, permaneció unido a España hasta después de la conquista musulmana.

Todavía francos y visigodos se acometieron varias veces. La frontera de la Septimania era fácil de cruzar y los visigodos la atravesaron cuando les convino; los francos, por su parte, cruzaron también el Pirineo. En cambio, princesas visigodas casaron con príncipes del otro lado de la cordillera para contribuir así a mejorar las relaciones entre ambos pueblos. Los visigodos dieron a los francos la famosa Brunilda, una indómita e inteligente princesa hispánica que durante medio siglo fue la figura más relevante de la Galia. A su vez, los francos enviaron a la península a la princesa Ingunda, que casó con San Hermenegildo y fue causa principal de la conversión de éste al catolicismo. La dote de estas princesas consistió tan sólo en joyas, pues el dominio político sobre tierras y ciudades era tan vago, que los monarcas germánicos preferían contar más con sus tesoros que con sus estados.

Difícil sería precisar hasta qué punto los monarcas francos y visigodos se sentían independientes del Imperio, pero es evidente que los emperadores y la administración imperial, centralizada en Constantinopla, nunca abdicaron su soberanía sobre Occidente. Aunque el dominio efectivo del Imperio en la Galia y España, en tiempos de las monarquías franca y visigoda, fuese nulo, los monarcas germánicos no mostraron gran empeño en que se les reconociera su independencia. Eran reyes de la nación visigoda o franca, pero consentían en recibir del emperador



Sello de Alarico II, el último de los monarcas del reino visigodo de Tolosa, derrotado por Clodoveo en la batalla de Vouillé y obligado a desplazarse a España (Kunstmuseum, Viena). Su gran obra fue el código que lleva su nombre, destinado a los antiguos hispanorromanos de sus dominios.

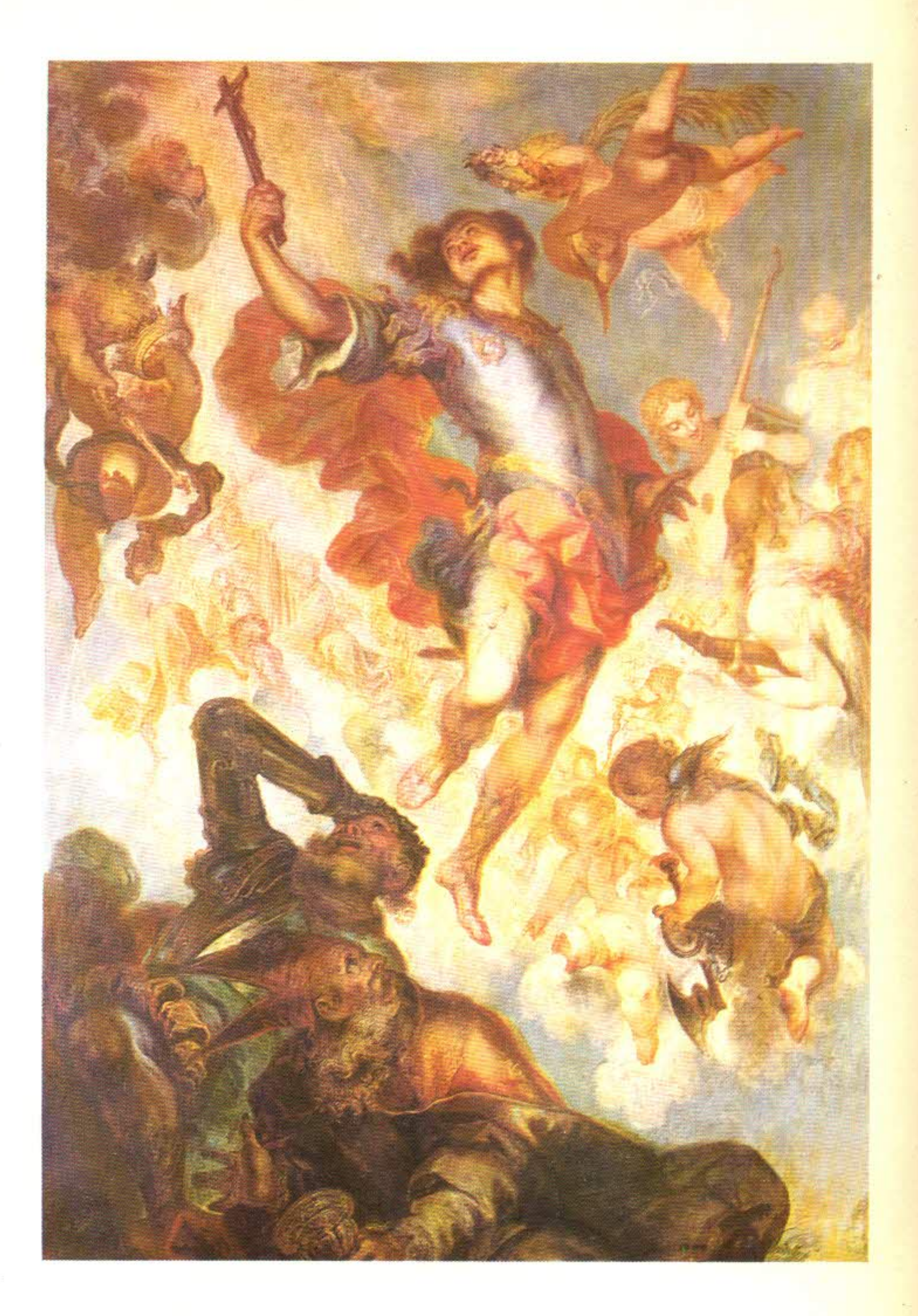
un trato que implicaba el reconocimiento de su superioridad. En prueba de esto, mientras los emperadores de Constantinopla se llamaban a sí mismos *Augustos,* los monarcas germánicos de las provincias de Occidente se honraban con el calificativo de *Flavios,* convertido casi en un título honorífico.

Hoy nos parece imposible que nadie, en el siglo VI, creyese que el Imperio, con su capital en el Bósforo, podía pensar en restablecer los cuadros de la administración romana desde el Atlántico hasta el Éufrates. Pero ya hemos visto el éxito de las expediciones de Justiniano, y cabía la esperanza de que los bárbaros se destruyeran a sí mismos. El emperador y el papa estuvieron siempre acechando la ocasión de encontrar un pueblo germánico más joven y católico que se prestara a vencer a los arrianos. Los francos llenaban las dos condiciones; por esto fueron escogidos para esta misión purificadora. En un principio, el emperador les facilitó recursos en dinero, más adelante los pontífices obraron por su cuenta, y con ayuda de ellos reconquistaron gran parte de Italia. Porque los teutones que a últimos del siglo VI preocupaban al papa y al emperador ya no eran los visigodos de España, que habían abjurado el arrianismo, sino los longobardos, recién llegados de Germania. Éstos entraron en la península italiana el 27 de abril del año 568. Cruzaron los Alpes vénetos por el paso del Predil, y aun hoy los montañeses enseñan el Picacho del Rey, desde donde Alboíno presenció el desfile de su horda de guerreros, protegiendo la marcha lenta de los carros donde iban mujeres y niños. Era una nación entera de doscientas mil almas.

Los longobardos son ya mencionados por los escritores clásicos. Estrabón, Tácito y Tolomeo nos dicen que, al empezar la era cristiana, los longobardos se hallaban ocupando la desembocadura del Elba. En tiempo de Marco Aurelio los encontramos en el valle del Danubio; después, por tres siglos, apenas hablan de ellos sus contemporáneos, hasta que, empujados por los ávaros, se decidieron a invadir Italia. Por este tiempo eran ya cristianos, de la secta arriana; llevaban el cabello cortado hasta la coronilla y lo dejaban caer en grandes mechones sobre las orejas. Mientras que los francos no tenían más que unos cuantos pelos en la cara, parece que los longobardos eran barbudos, y acaso de aquí les venga su nombre, corrupción de *longas-barbas,* excepcionales entre las gentes nórdicas.

Cuéntase que, más tarde, los longobardos, ya romanizados, sonreían al ver en el palacio real de Monza los retratos de sus abuelos del tiempo de la invasión, con su aspecto "terrible" por sus guedejas, barbas y borceguíes, porque si bien los primitivos longobardos se cubrían con anchas túnicas de lino con cenefas tejidas de colores, lo que más les diferenciaba de los otros bárbaros eran sus borceguíes altos, atados con cintas blancas, que se arrollaban desde la punta del pie hasta la rodilla. Al entrar en Italia, los longobardos eran de costumbres sumamente rudas, más salvajes aún que los mismos francos. Su jefe Alboíno bebía en una copa hecha con el cráneo del rey de los gépidos. Con esta copa macabra, instalado ya en Pavía, se hacía servir el vino por Rosamunda, que era la hija del muerto y que acabaría por envenenar a Alboíno.

Cuéntase también que al divisar Alboíno las tierras italianas de la frontera del Friul,



"El triunfo de San Hermenegildo", por F. Herrera el Mozo (Museo del Prado, Madrid). Hijo del rey visigodo Leovigildo, Hermenegildo se convirtió al catolicismo y arrastró a los católicos del Sur a rebelarse contra el yugo oficial arriano. Su padre le mandó encarcelar y ejecutar ante la negativa de abjurar de su nueva religión. Su hermano Recaredo hizo de la España visigótica un reino católico.

LAS INVASIONES

El fenómeno de las invasiones en el Imperio romano no se produjo por una sola causa, sino que fueron múltiples y debidas tanto a los mismos bárbaros como a los romanos.

Aunque hubo unos primeros intentos de penetración de los germanos (cimbrios, teutones y ambrones en el siglo II a. de Jesucristo, suevos de Ariovisto en el siglo I a. de J. C.), existió un período de estabilidad hasta el siglo IV, quedando delimitada la frontera entre el Imperio romano y los germanos, extendidos por la Europa central, en el limes Rin-Danubio.

Imperceptible pero progresivamente, la situación de equilibrio favorable a Roma se fue transformando en desventaja motivada por la misma anarquía interna del Imperio y la creciente presión de los pueblos germanos, agrupados en gran parte en confederaciones.

Las invasiones de cuados, marcomanos y bastarnos (hacia 166) y las de godos, vándalos, hérulos, anglos, sajones, frisones y jutos (hacia 250) fueron serias advertencias. A pesar de que de nuevo fue restablecida la paz por Aureliano y reorganizado el Imperio durante el mandato de Diocleciano, estas medidas no eran ya suficientes ante las amenazas de oleadas más poderosas.

Mientras tanto, la propia seguridad del Imperio se hallaba en manos de los bárbaros, incorporados no sólo como esclavos y campesinos, sino también como soldados e incluso como altos funcionarios. El sistema defensivo romano junto a las orillas del Rin y del Danubio se fue sustituyendo, a lo largo del siglo IV, por un grupo de ejércitos, formados en su mayor parte por bárbaros, dispuestos a intervenir en los lugares más amenazados. Al mismo tiempo, las regiones débilmente defendidas, como Bretaña y Panonia, fueron abandonadas.

Efectivamente, la aparición de los hunos (374) precipitó los acontecimientos y obligó a los pueblos germanos a cruzar el limes. Primeramente los visigodos lo hicieron en 376 en calidad de federados y a fines del 406 se iniciaba la agonía del Imperio; vándalos, suevos, alanos y burgundios cruzaban el Rin y se extendían por todo el Imperio de Occidente, junto a los anglos, sajones, frisones, jutos y ostrogodos, acabando por hacer desaparecer las formas políticas romanas. A mediados del siglo V les seguirán los francos, alamanes y bávaros. Finalmente una tercera oleada en el siglo VI de lombardos y ávaros, aunque éstos no fueran de origen germano, cerraban el capítulo de las invasiones germánicas.

Amplios territorios quedaron desguarnecidos y los ejércitos romanos centraron su defensa en algunas regiones (Galia del Norte y del Sudeste, Italia, Dalmacia), pero paulatinamente se fueron convirtiendo en islotes entre los reinos bárbaros y terminaron por desaparecer, en beneficio de aquéllos.

En África se extendieron los vándalos, acompañados de algunos alanos, y su rey Genserico (428-477) creó una verdadera potencia marítima en el Mediterráneo occidental (439-534) con la ocupación de Sicilia, Cerdeña, Córcega y Baleares.

En Hispania, abandonada por los vándalos y alanos al dirigirse éstos al África, se formó el reino suevo (411-585) en la antigua Gallaecia, pero pronto se impusieron los visigodos, una vez fueron expulsados de las Galias por los francos (507).

Los francos, merced a su rey Clodoveo (481-511), son los principales beneficiarios de las Galias, tras derrotar a Siagrio en Soissons y en Vouillé a los visigodos de Alarico II, que formaban el reino de Tolosa y tuvieron que refugiarse en Hispania. Los burgundios que se extenderían por la Galia oriental (443) y formarían un reino centrado en Lyon, terminarían finalmente por sucumbir ante la presión del reino franco (534).

En la península itálica se originó otro reino bárbaro, acaudillado por el esciro Odoacro al frente de un conglomerado de pueblos, principalmente hérulos; pero en 489, Teodorico, rey de los ostrogodos, enviado por el mismo emperador de Constantinopla para restaurar la autoridad del Imperio, vence a Odoacro y consigue a su favor el territorio italiano. A su muerte (526), sus sucesores no sabrían mantener la importancia adquirida y caerían en poder de las tropas de Justiniano. Pero éstos, a su vez, dejarían paso a los lombardos (568).

Para conservar su autoridad tras la ocupación de los territorios del Imperio, las autoridades romanas idearon el *foedus,* especie de contrato político que legalizaba la ocupación de aquellos territorios por los pueblos germanos a cambio del compromiso por parte de éstos de no emplear sus fuerzas más que al servicio de Roma. En realidad, esta simultaneidad de poderes entre el caudillo bárbaro y las autoridades romanas sólo benefició al primero, que contaba con la auténtica fuerza, y el poder imperial se convirtió en más teórico que real. De esta forma, la deposición del último emperador romano, Rómulo Augústulo (476), por Odoacro fue más el fin de una ficción política interna que el resultado de una invasión.

R. S.

propuso a su sobrino que se encargara de defenderlas, y éste aceptó a condición de que se le agregaran varios nobles de su raza. De este modo se formó el primer ducado longobardo. Otros grupos destacados con un jefe formaron ducados casi independientes, pero reconociendo la autoridad del monarca establecido en Pavía. Muchos ducados debieron de tener existencia efímera y fueron absorbidos luego por los más poderosos del Friul, Espoleto y Benevento. Los imperiales de Bizancio conservaron grandes extensiones de la península; por ejemplo, la Liguria estaba limpia de longobardos, así como la costa del Adriático desde Venecia a Ancona, con la capital en Ravena, donde residía el exarca o gobernador enviado por Constantinopla. El papa se mantuvo largo tiempo fiel al Imperio, en Roma, y lo mismo Nápoles y gran parte de la Italia del Sur. Como ya se comprenderá, el papa y el exarca eran los dos enemigos naturales de los longobardos, y el secreto de su fuerza consistía en obrar de acuerdo y mantener asegurada la comunicación a lo largo de la vía Flaminia, que saliendo de Roma pasaba cerca de Ravena.

La balanza del poder en Italia osciló durante más de un siglo. Unas veces el papa y el exarca se defendieron difícilmente de los longobardos; otras veces apretaron tanto a éstos, que parecía que su destino iba a ser el mismo que el de los ostrogodos: acabar destruidos por los ejércitos imperiales. Pero ya en el siglo VII, la Nueva Roma del Bósforo no tenía un Belisario ni un eunuco Narsés para enviarlos contra la vieja Roma de Occidente. No quiere esto decir que no se hicie-

ran esfuerzos para recobrar las grandes porciones de Italia que tenían los longobardos; hasta un emperador, Constancio II, quiso dirigir por sí mismo la campaña, pero fracasó completamente. Constancio II pasó primero de Constantinopla a Atenas y allí se embarcó para Tarento. El objetivo principal era apoderarse del ducado de Benevento. Mas, poco afortunado en su primer ataque, decidió consolarse del fracaso sufrido visitando al papa y los Santos Lugares. El 5 de julio del 663 entró Constancio II en Roma. Permaneció sólo doce días en ella, pues tuvo que pasar a Sicilia para dirigir la campaña contra los sarracenos, quienes empezaban a correrse por el África del Norte. Era éste un nuevo enemigo, más peligroso que los longobardos, y fue el temor a los árabes lo que acabó de decidir al papa a coronar al monarca franco como emperador de Occidente.

Hablando de los siglos VI y VII ya no podemos referirnos a emigraciones de pueblos teutónicos. Tres de sus grupos: francos, visigodos y longobardos, se sienten relativamente seguros en Francia, España e Italia, y pueden organizarse en cada país de una manera apropiada a su naturaleza. Sobre todo, en estos domicilios permanentes es donde los pueblos teutónicos codifican las leyes, que reflejan su modo de ser en el pasado y lo que han podido asimilar de las de los romanos durante un contacto de varios siglos.

Las gentes germánicas debían de estar muy celosas de sus costumbres ancestrales, que encarnan los códigos de esa época. Tenemos una prueba de ello en el caso de un grupo de veinte mil sajones que llegaron a Italia con los longobardos. Al instalarse en sus ducados, éstos pretendieron que los sajones que los acompañaban dejaran sus usos y costumbres y aceptaran los de los longobardos; pero los sajones prefirieron abandonar la tierra conquistada antes que renunciar a sus tradiciones y se volvieron a Germania, donde les esperaban nuevas dificultades, porque otros germanos habían ocupado ya sus antiguas posesiones.

Todos los códigos germánicos tienen algo en común, pero en detalle manifiestan grandes diferencias, y no sólo difieren en las peculiaridades de cada nación, sino en el grado de contaminación de cultura grecorromana. Cuando la redacción definitiva del *Fuero Juzgo,* hacía ya más de tres siglos que los visigodos habitaban tierras del Imperio, mientras que al redactarse, en tiempo de Clodoveo, la *Ley Sálica,* no habían transcurrido doscientos años desde que los francos cruzaron el Rin, y al codificar sus costumbres los longobardos, el 643, hacía menos de un siglo que habían entrado en Italia. No es de extrañar, pues, que las leyes de los longobardos sean, por lo general, más primitivas en su espíritu, mientras que sólo algunas veces reaparece la índole teutónica de las selvas de la Germania prehistórica en los códigos de los francos y visigodos.



Miniatura del Códice Albeldense que representa al rey visigodo Recesvinto, que reinó de 653 a 672 (Biblioteca de El Escorial, Madrid). Con la unificación legislativa se completó la unidad total del país y se abrió un importante cauce para el desarrollo de la cultura.

El código de los longobardos empieza con varios artículos acerca de la persona del rey y la paz del estado. El que conspira contra el rey, el que excita a la rebelión y el traidor en el campo de batalla son castigados con la pena de muerte. En cambio, el que mata por orden del rey es inocente, "porque el corazón del rey está en la mano de Dios y nadie puede escapar de su sentencia". Siglos antes, Tácito describía las costumbres de los germanos: los reyes tenían carácter sagrado, pero con poder menos efectivo que el de los duques, elegidos en las asambleas para llevar a término las campañas. La autoridad real debió de consolidarse durante los largos períodos de emigración. Entre los francos, el rey era también juez soberano, declaraba la guerra e imponía contribuciones; sus órdenes eran llamadas bandos o *banni.* El único recurso contra un rey tiránico era asesinarle. Algo parecido ocurría con los visigodos, pero el poder absoluto no está legalizado entre ellos como en el código de los longobardos ni la necesidad del regicidio parece haber sido tan frecuente como entre los francos.

En teoría, los reyes eran elegidos por los

LA CUESTION RELIGIOSA Y LEGISLATIVA EN LOS PRINCIPALES PUEBLOS GERMANICOS

Pueblo germánico	Religión	Año de conversión	Religión	Rey	Religión	Año de conversión	Códigos	Año de promulgación	Jurisdicción mayormente sobre
Burgundios	P.	Hacia 412-436	A.	Segismundo	C.	516	*Lex Romana Burgundionum*	Inicios del siglo VI	R.
							Lex barbara Burgundionum (Lex Gundobada)		G.
Francos	P.			Clodoveo	C.	496	*Lex Romana*		R.
							Lex Salica	Hacia 507-511	G.
Longobardos	P.	Hacia 488-505	A.	Agilulfo	C.	607	*Lex Romana*		R.
							Edicto de Rotario	643	G.
Ostrogodos	P.	Hacia 456-472	A.				*Edictum Theoderici (Edicto de Teodorico)*	512	R. G.
Visigodos	P.	Hacia 382-395	A.	Recaredo	C.	589	*Lex Romana Visigothorum (Breviario de Alarico)*	506	R.
							Liber Iudiciorum (Fuero Juzgo)	654	R. G.
							Código de Eurico	Hacia 480	G.

P.: paganos; A.: arrianos; C.: católicos; R.: romanos; G.: germanos.

Anverso y reverso de un triente visigótico a nombre de Leovigildo (Gabinete Numismático de Cataluña, Barcelona). Este rey llevó a cabo la unidad política del país con el sometimiento del Oeste, ocupado por los suevos, y la conquista de las principales posiciones bizantinas. Pero la unidad moral no se realizó hasta la conversión al catolicismo de su hijo y sucesor Recaredo.





nobles y así hicieron casi siempre los longobardos. Un canon del cuarto concilio de Toledo (año 633) insiste aún en que la monarquía visigoda debe ser electiva. Los reyes no eran ungidos con el óleo, como se hizo más tarde, sino que se les proclamaba alzándolos sobre el pavés. Poco a poco, la monarquía se convirtió en hereditaria; en especial los reyes francos disponían de sus estados como propiedad personal, dividiéndolos entre sus hijos, lo que ocasionaba guerras y trastornos.

Las asambleas, que eran lo más esencialmente germánico, también perdieron su eficacia y casi desaparecieron durante los años de emigración, pero volvieron a reaparecer hacia la mitad del siglo VII. Los últimos reyes francos convocaron regularmente una asamblea por el mes de marzo, y de ahí el nombre de *Campus Martius* que se dio al lugar donde se celebraba la reunión. No tenemos datos concretos sobre las asambleas militares de los visigodos y longobardos, pero ciertos hechos políticos, como destronamientos y rebeliones, sugieren la existencia de acuerdos tramados por los magnates. En España, desde fines del siglo VI, los reyes visigodos convocaron y presidieron los concilios de Toledo. El rey iniciaba los debates leyendo el *tomo,* o discurso, donde se apuntaban los asuntos que deseaba se tratasen en el concilio. Aunque la mayoría de los reunidos eran obispos, asistían también algunos laicos y los llamados condes palatinos, y se legislaba indistintamente sobre materias civiles y religiosas.

La administración del estado, desorganizada e ineficaz, se había convertido en un servicio personal del monarca. En la residencia real de los francos, que a menudo tenía más de granja que de palacio, vivían los refrendarios o secretarios y los condes palatinos o jueces. Un sinnúmero de nobles

que desempeñaban cargos secundarios formaban la corte: el *spatario*, o escudero, que cuidaba de las armas; el tesorero; el senescal o camarero mayor; los mariscales, que atendían a las caballerizas; el *princeps pincernarum*, que vigilaba el servicio de la mesa; médicos, músicos, cantores, etc. Para regir toda esta caterva de funcionarios hacía falta un jefe, y de aquí al famoso *mayordomo de palacio*, cargo superior que no tiene ahora mejor paralelo que el de primer ministro. Éste se encargaba de distribuir no sólo los empleos, sino también las tierras de la corona, que se daban a censo, casi a perpetuidad. Como es natural, los nobles que habían recibido beneficios estaban interesados en que el cargo de mayordomo de palacio fuese inamovible, y aun hereditario de padres a hijos, para asegurarse de que otro mayordomo no les desposeyera de sus tierras y prebendas. Esto trajo una comunidad de intereses entre los mayordomos de palacio y la nobleza, que en los francos motivó un cambio de dinastía; pero en mayor o menor escala, la influencia excesiva del mayordomo de palacio se hizo enojosa en todas las cortes germánicas.

Por otra parte, el rey no podía atender a los detalles de la administración; solía imponer su voluntad en los nombramientos de *duques* o gobernadores de comarcas importantes, pero en las concesiones de tierras de dominio público tenía que valerse de los refrendarios y del mayordomo. En la ambigua división territorial entre bárbaros y romanos, el rey no conocía exactamente lo que le había tocado de las tierras del Imperio y lo heredado de los que murieron sin sucesión e intestados. Además, era función real conceder audiencia a los peticionarios que acudían a la corte. El código longobardo señala una pena especial para los que ataquen a los nobles que van a visitar al rey.

A pesar de ser incompleto, como queda descrito, el cuadro del gobierno de los pueblos germánicos instalados en Occidente difiere sólo por su rudeza de la administración imperial bizantina. Por esta época, el gobierno de Constantinopla era también una monarquía centralizada en el mismo palacio del soberano. Pero donde se manifiesta más la supervivencia de las ideas germánicas es en lo que hoy llamaríamos régimen civil. La familia constituía un vínculo casi indestructible, los parientes eran todos solidarios de la deuda o multa impuesta a uno de ellos. La ley sálica describe el método de traspasar la deuda a los allegados. El que era condenado a pagar una multa y no podía hacerlo, juraba que no le quedaba nada, "ni sobre la tierra ni debajo de ella", recogía un puñado de polvo en los cuatro ángulos de su casa y lo echaba sobre el pariente más cercano. Después, sin vestidos y descalzo, saltaba la cerca de la heredad, quedaba reconocido insolvente y los parientes atendían al pago.



Una página miniada del "Liber Iudiciorum", compilación de leyes mandada hacer por Recesvinto con destino tanto a los visigodos como a los hispanorromanos de la península ibérica (Biblioteca Nacional, Madrid). La traducción de estas leyes al romance, hecha en el siglo XIII, recibió el nombre de Fuero Juzgo.

En cambio, he aquí la manera de desligarse un individuo de los lazos de familia: debía presentarse ante el tribunal y romper entonces sobre su cabeza tres ramitas de olmo, que arrojaba a los cuatro vientos. Así quedaba desligado de sus parientes, y si uno de ellos mataba a alguien o era asesinado, él no sufría las consecuencias de las componendas o venganzas. En la sociedad germánica prehistórica un individuo desasociado de sus parientes no hubiera podido subsistir, pero en el siglo VI podía contar ya con la protección del estado. De todos modos, se conservaba el *munt*, o *mundium*, que es la autoridad (y al mismo tiempo protección) que el jefe de familia ejercía no sólo sobre su esposa, hijos y parientes, sino también sobre libertos y esclavos.

La mujer germánica necesitaba más que nadie de este *mundium* o protección. El código de los longobardos dice textualmente: "No será legal para una hembra libre vivir según su propia voluntad, sino que permanecerá siempre sujeta al poder de un hombre, marido o pariente. No podrá tampoco traspasar su propiedad, mueble o inmueble, sin el consentimiento de aquel bajo cuya

EL ENFRENTAMIENTO BARBARO-ROMANO

Como algunas fuentes de la época nos indican, hubo un enfrentamiento real entre los germanos y los romanos, pero esta causa no fue suficiente para evitar la fusión.

Entre las varias causas hay que citar el enfrentamiento en el terreno religioso. Dejando como cuestión aparte los pueblos germanos paganos (francos, alamanes, anglos, sajones), que no representaron especial problema para el catolicismo, pues sólo fomentaron su espíritu de evangelización y de predicación, la dificultad mayor residió en los pueblos de religión arriana.

La extensión del arrianismo entre los godos fue tardía, a fines del siglo IV, y otros pueblos se adhirieron a él aún más tarde, después de haberse iniciado ya las invasiones. Por esto, esta religión no caló hondo en los pueblos germanos y fue, más que otra cosa, un signo de diferenciación con respecto a los romanos y una forma de evitar su asimilación mediante la creación de una Iglesia nacional con un clero propio. En general fue una religión no misionera y pacífica, como lo prueba la actitud de los burgundios y los ostrogodos ante los católicos.

Ahora bien, la persecución arriana contra los católicos en la España visigoda de Leovigildo (568-586) y en el África vándala de Genserico respondió más a motivaciones políticas que a fanatismos religiosos.

En el primer caso existen implicaciones de posibles intervenciones francas o bizantinas, unidas al levantamiento de su hijo Hermenegildo, apoyado en la Bética, de población casi toda hispanorromana. Aunque también hay que admitir la posibilidad de que Leovigildo intentara alcanzar la unidad religiosa a base del arrianismo durante el período 570-580, unidad que realizará finalmente su hijo Recaredo en 587, pero en favor del catolicismo.

La persecución de los vándalos se debió principalmente a los propósitos de expoliar los bienes de los estamentos más ricos, como era el eclesiástico. En consecuencia, esta lucha económico-religiosa, que unió a propietarios laicos y a Bizancio, fue pretexto más que verdadero motivo (440-495). La actitud lombarda respondió a las mismas motivaciones de los vándalos, pero con menor virulencia.

Otro motivo de diferenciación fue la separación jurídica, generalmente admitida, debida al deseo de no ser absorbidos rápidamente por la mayoría romana. Esta distinta legislación respondió a una tolerancia mutua originada en la concesión hecha por las autoridades imperiales de que los pueblos germanos siguieran rigiéndose por sus propias leyes. Como consecuencia, los germanos no se creyeron en la necesidad de regirse por el código imperial, que además los romanos ya no estaban en situación de imponerles.

A cada individuo se le aplicaba la ley que le correspondía por nacimiento. Sin embargo, esta barrera se fue superando a través del tiempo al incorporar a una y otra legislación disposiciones de la contraria. De esta manera las diferencias se fueron suavizando.

Asimismo hay que mencionar el establecimiento de los germanos en las tierras de propietarios romanos según el *foedus* y, más concretamente, según el principio de la "hospitalidad", por el que un grupo bárbaro recibía la asignación de una propiedad rural romana para proporcionarse alimentos y vivienda.

Esta forma usufructuadora salvaba las confiscaciones y hacía al bárbaro conservador de aquellas tierras. Así entre los grandes propietarios romanos y la aristocracia germana, transformada en territorial, se establecieron contactos que fueron factor activo de asimilación.

Aunque al principio, según una ley imperial de Valentiniano y Valente (370 o 375), estaba prohibido bajo pena de muerte el matrimonio entre bárbaros y romanos e incluso algunos pueblos germanos, como los visigodos y ostrogodos, adoptaron esta ley, en realidad se celebraban los matrimonios mixtos. Pero, en cambio, no cabe hablar de diferenciaciones por superioridades raciales.

En menor grado hay que mencionar la diversidad de costumbres y formas de vida entre bárbaros y romanos; pero paulatinamente esta diferenciación fue desapareciendo y transformándose más bien en distinción de clases sociales que de pueblos.

En definitiva, aunque se encontraron dos concepciones distintas, germanismo y romanidad, ambas subsistieron con diversa vitalidad. En algunas regiones se puede hablar de una supremacía de una sobre la otra, pero siempre con influencias del otro elemento. Todos los reinos medievales de Occidente fueron fruto directo a la vez de los germanos y de Roma.

R. S.



protección *(mundium)* vive". La ley sálica impide a las mujeres heredar tierras; en cambio, entre los visigodos, las hijas recibían su parte como los hijos, y los longobardos no les impedían poseer, sino sólo enajenar. Era costumbre general entre los germanos que el marido, a la mañana siguiente de la noche de bodas, hiciera un regalo a su nueva esposa. Este presente se denominaba *morning-gift*, o "donativo de la mañana", mientras que la dote se llamaba *father-fiu*, o "dinero del padre". La ley de los longobardos detalla la distribución de estos bienes de la esposa en caso de disolución del matrimonio, viudedad, segundas nupcias, etc.

La esposa vivía bajo el *mundium* o protección del marido, y al morir éste, del de su hijo mayor. Si no tenía ningún hijo, recaía bajo el *mundium* de su familia, y en caso de no tener pariente alguno, el rey le señalaba su *mundium* para defenderla; éste tenía que

LOS MONARCAS DE LOS PAISES MEDITERRANEOS EN EL SIGLO VII

Escala de años (izquierda): 500, 507, 511, 518, 523, 524, 526, 527, 530, 531, 534, 536, 540, 548, 549, 552, 554, 555, 558, 561, 565, 567, 568, 572, 574, 575, 578, 582, 584, 586, 590, 592, 595, 600, 601, 602, 603, 610, 612, 613, 616, 621, 623, 626, 629, 631, 632, 634, 636, 639, 641, 642, 652, 653, 656, 661, 668, 670, 671, 672, 673, 675, 679, 685, 687, 688, 690, 694, 695, 698, 700

Escala de años (derecha): 500, 525, 550, 575, 600, 625, 650, 675, 700

FRANCIA

Francos (481)

- CLODOVEO
- (Reims) TEODORICO I
- (Orleáns) CLODOMIRO
- (Soissons)
- (París)
- CHILDEBERTO I
- CLOTARIO I
- (Austrasia) TEODOBERTO I
- (Austrasia) TEOBALDO
- (Austrasia) SIGEBERTO
- (Neustria)
- (París) CARIBERTO
- (Borgoña) GUNTRAMNO
- CHILPERICO I
- (Austrasia)
- CHILDEBERTO II
- (Neustria)
- (Austrasia) TEODOBERTO II
- (Borgoña) TEODORICO II
- CLOTARIO II
- (Austrasia)
- (Aquitania) CARIBERTO II
- (Neustria)
- DAGOBERTO I
- (Austrasia) SIGEBERTO III
- CLODOVEO II
- (Austrasia) DAGOBERTO II
- CLOTARIO III
- (Austrasia)
- CHILDERICO II
- (Austrasia) DAGOBERTO II
- TEODORICO III
- CLODOVEO III
- CHILDEBERTO III

711

ESPAÑA

Visigodos (489)

- ALARICO II
- GESALEICO
- AMALARICO
- TEUDIS
- TEUDISELO
- AGILA
- ATANAGILDO
- LIUVA II
- LEOVIGILDO
- RECAREDO I
- LIUVA II
- VITERICO
- GUNDEMARO
- SISEBUTO
- RECAREDO II
- SUINTILA
- SISENANDO
- CHINTILA
- TULGA
- CHINDASVINTO
- RECESVINTO
- WAMBA
- ERVIGIO
- EGICA

702

ITALIA

Ostrogodos (471)

- TEODORICO
- ATALARICO
- TEODATO
- VITIGES
- ILDIBALDO
- TOTILA
- TEIAS

Longobardos

- ALBOINO
- CLEF
- Interregno
- AUTARIS
- AGILULFO
- ADALOALDO
- ARIOVALDO
- ROTARIO
- ARIPERTO
- GRIMOALDO
- BERTARIDO
- ALAHIS
- CUNIBERTO

700

BIZANCIO

Bizantinos (491)

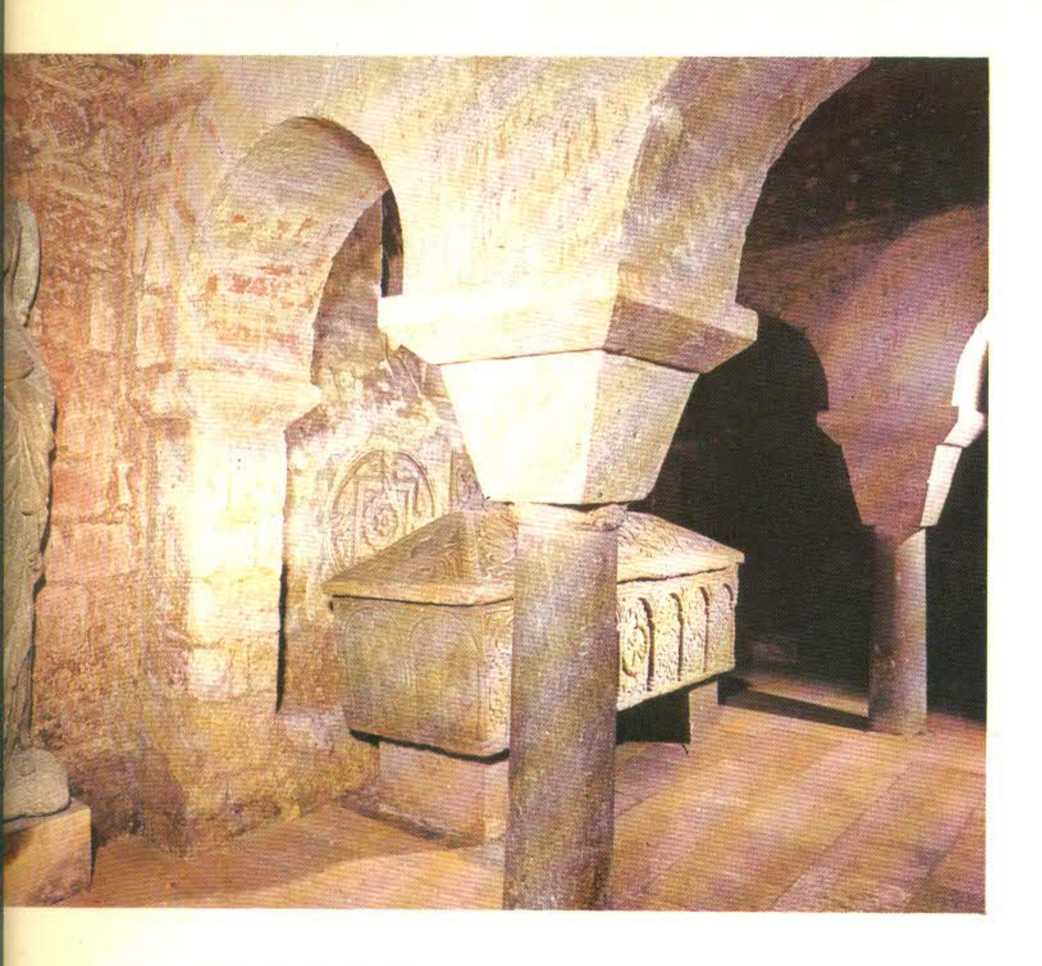
- ANASTASIO I
- JUSTINO I
- JUSTINIANO
- JUSTINO II
- TIBERIO II
- MAURICIO
- FOCAS
- HERACLIO I
- CONSTANTINO II — HERACLIO II
- CONSTANTINO III
- CONSTANTINO IV
- JUSTINIANO II
- LEONCIO
- TIBERIO III

705

AFRICA

Vándalos (496)

- TRASAMUNDO
- HILDERICO
- GELIMER
- Se inicia la conquista árabe
- Musulmanes



Sarcófago merovingio que se conserva en la cripta de la iglesia de Saint-Seurin, en Burdeos. La abundante decoración que lo adorna es de motivos vegetales estilizados en torno al monograma central de Cristo, inscrito en un círculo.

pelear en su favor si se la acusaba injustamente de brujería o adulterio.

Los bastardos tenían parte en la herencia del padre, aunque menor que los hijos legítimos; cuando había hijos legítimos, las hijas no heredaban. El padre no podía desheredar a los hijos ni hacer donación de sus bienes. El acto de traspasar toda o parte de la propiedad a otro se llamaba *tingáre* y debía efectuarse delante de testigos. Esto se hacía a veces para evitar que los bienes propios pasaran al dominio real en caso de morir sin sucesión.

Y ahora entremos a explicar la parte más interesante de estos códigos germánicos, que son las diversas maneras de probar los hechos en los juicios criminales y señalar los castigos o multas apropiados a cada ofensa. La primera forma de librarse de una acusación eran las llamadas *ordalías.* Se ponía a hervir agua en un caldero y, después de muchos exorcismos y plegarias, acusado y acusador tenían que introducir el brazo en el agua hirviendo. El que no se escaldaba, decía verdad. La prueba del fuego consistía en caminar descalzo sobre las brasas. Si el incriminado resultaba indemne después de semejante violencia, se le declaraba inocente y se castigaba al acusador, pero casi no quedan ya vestigios de este modo de enjuiciar en la legislación germánica. Sin embargo, emplearon todavía la prueba del fuego los cruzados en Palestina.

En cambio, las leyes de los longobardos aún prescribían que si uno acusaba a una mujer libre de brujería o prostitución, debía probarlo defendiéndose en singular combate; éste era el método de evidencia llamado *kampfio,* de donde viene la palabra *campeón.* La ley prevenía que los que se exponían a este combate judicial no debían hallarse protegidos por ninguna clase de encantamientos: "Lleven sólo las armas estipuladas, y si hay sospecha de que uno tenga cosa de magia, que el juez lo vea y lo destruya. Y después de esta inspección, venga el mismo campeón y tocando la mano de su escudero diga que no tiene nada encantado en su persona. Y pase después al encuentro de su enemigo". Este procedimientó de juicio parecía ser considerado como muy duro: por ejemplo, la mujer acusada de haber asesinado a su marido debía buscar un campeón que la defendiese; en cambio, el hombre acusado de haber dado muerte a su mujer debía sólo manifestar su inocencia con el tercer método de prueba, llamado *sacramentum.*

El *sacramentum* consistía en jurar delante de testigos, acusado y acusador, sus respectivas afirmaciones. El juramento en asuntos muy importantes se hacía sobre los Evangelios, pero en las ofensas menos graves sobre las armas. Queda un recuerdo histórico de esta prueba entre los visigodos cuando el Cid hizo jurar sobre cuchillos y armas al rey Alfonso que no tuvo arte ni parte en la muerte de su hermano. Después de haber oído a ambas partes, los jueces y testigos juraban también al dar su opinión sobre el asunto. Si no había unanimidad o una de las partes creía poder aducir más pruebas otro día, se suspendía el juicio para reanudarlo cuando fuese posible, y entonces el acusado, el acusador y defensor procedían a jurar de nuevo. Parece que semejante prueba debía forzosamente conducir a disputar y obstinarse unos y otros en sus juras; pero la raza germánica tenía un concepto de la veracidad que no es ingénito en los pueblos latinos.

Las injurias se castigaban con multas, que variaban según los diferentes códigos. La indemnización por el asesinato de un hombre libre dependía de las circunstancias atenuantes o agravantes. En la ley sálica, o de los francos, la vida de un hombre libre valía doscientos sueldos; en las leyes de los germanos establecidos en Inglaterra, se regulaba por el número de ovejas o vacas que el interfecto poseía. Para las heridas, las multas nos parecen hoy muy exiguas; así, por ejemplo, en la ley franca, por un golpe que produjese la rotura del cráneo, dejando al descubierto la masa encefálica, el culpable

ORGANIZACION DE LOS REINOS GERMANICOS

La principal institución sobre la que se apoyaban los pueblos germanos al realizar las invasiones era la realeza.

Esta institución acrecentará su prestigio y su poder, que llegará a ser casi absoluto. Aunque en un primer momento la figura del rey solamente tendrá tal carácter para sus respectivos pueblos germanos, a fines del siglo V dejará de ser únicamente el caudillo de las fuerzas bárbaras para convertirse, incluso para las poblaciones romanas, en la autoridad máxima de cada territorio.

En principio, la sucesión del rey tenía carácter electivo, pero luego cambiaría su naturaleza según cada reino germano. Así, entre los francos la realeza quedó asegurada para los descendientes de Clodoveo; entre los vándalos, para el familiar de Genserico de mayor edad, con el fin de evitar la inestabilidad de las regencias, y entre los visigodos fue una preocupación constante de sus reyes el obtener el principio hereditario.

En muchas ocasiones se tenía un sentido patrimonial del reino, como entre los merovingios, que repartían el reino entre sus hijos para que cada uno de ellos pudiera disfrutar de sus rentas. En cambio, otras veces se distinguía el patrimonio del monarca del patrimonio de la corona. Generalmente la corte carecía de aparatosidad y burocracia, llegándose al caso de cortes ambulantes sin residencia fija.

Las nuevas circunstancias hicieron que paulatinamente dejaran de realizarse entre los germanos las acostumbradas asambleas nacionales. Cada vez se fueron espaciando más hasta su desaparición, como entre los visigodos, pues los llamados "concilios de Toledo" respondieron a otra problemática o se transformaron en ceremoniales como los Campus Martius entre los francos.

Los reyes acostumbraban ir acompañados de unos *cómites*, que llegaron a formar una guardia personal (los gardingos en la monarquía visigoda), unidos por un juramento de fidelidad. Por otro lado, estos mismos *cómites* al permanecer al lado del monarca recogieron para sí muchas de las funciones reales e incluso alcanzaron de hecho el poder real, como ocurrió entre los francos, cuyos "mayordomos de palacio" derrocaron al rey en su propio beneficio. Éste fue el caso de Pipino el Breve en 751.

En su mayoría, los nuevos estados germanos unieron los servicios de tipo doméstico de origen germano con los organismos heredados del Imperio. Así, entre los grandes dignatarios, el *marpahiz* y *stolesaz* eran de origen germano, y en cambio el *vestararius* y *cubicularius* eran de procedencia romana.

Aún hay que mencionar los propósitos de Teodorico, que pretendía organizar la península itálica mediante dos organizaciones administrativas paralelas, la romana y la germana, unidas en la persona del rey y en algunos organismos. La falta de una preparación y la ausencia de un personal capacitado por parte de los germanos hizo que el aparato administrativo romano prosiguiera aún algún tiempo.

Asimismo, principalmente entre visigodos, ostrogodos, vándalos y burgundios, los romanos siguieron viviendo en las ciudades, mientras a los germanos se les reservaba el estamento militar. Pero pronto desaparecería este exclusivismo, pues, a excepción de los reinos ostrogodo y vándalo, el servicio militar se extendió también a los romanos.

Las antiguas divisiones administrativas romanas se conservaron a veces, pero en su mayoría tendieron a desaparecer. Regidos por *iudices provinciae,* éstos cedieron sus atribuciones al *dux,* que reunió en su poder el supremo gobierno de la provincia, el mando militar y la administración de justicia.

Un cargo muy importante en la vida de los nuevos reinos germanos fue el de *comes civitatis.* El conde era el representante del rey y como tal administraba justicia. Además los condes eran los jefes militares de los municipios y otros territorios de su jurisdicción, y reunían en su persona tanto la autoridad civil como la militar.

El sistema financiero se nutrió principalmente del impuesto territorial, que sólo afectaba a los romanos. La acuñación de moneda propia, no imitada de las monedas imperiales, se hizo tardíamente, a mediados del siglo VI.

La importancia de la organización de los reinos germanos es manifiesta, ya que de ella nacieron la vida y la sociedad medieval como producto del período de las invasiones.

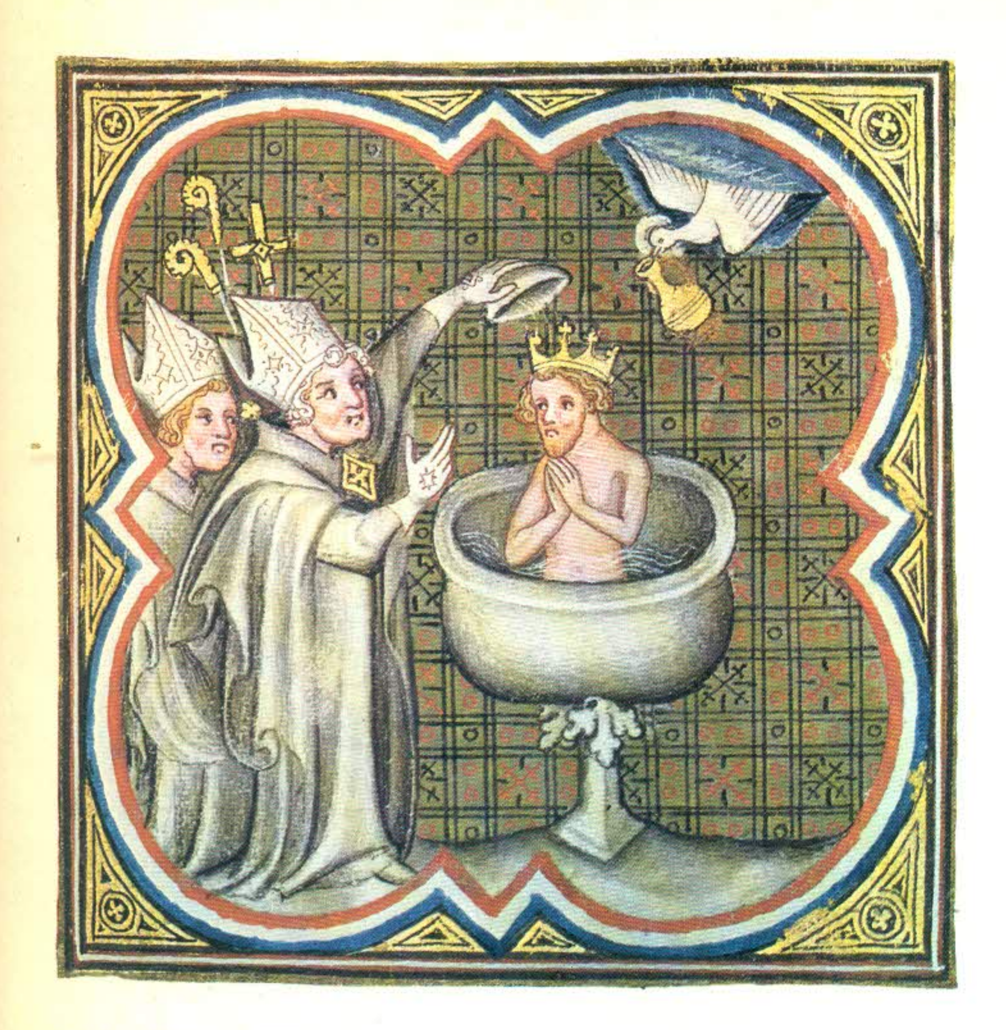
R. S.

no pagaba más que treinta sueldos. La ley longobarda era más precisa: los golpes en la cabeza que produzcan la rotura del cráneo se pagarán a razón de doce sueldos por cada hueso. Y, con un candor que nos asombra, la ley añade: "...Pero los huesos deben ser tan grandes que, tirados contra un escudo, a cuatro pasos de distancia, se pueda oír el ruido que hacen al caer". La pérdida de un ojo era castigada por los longobardos con una multa igual a la mitad de la que se imponía por un homicidio. Lo mismo se pagaba por cortarle a uno la nariz. Cada diente valía dieciséis sueldos, las muelas la mitad. Según la ley de los longobardos, se pagaba doble cantidad por el dedo mayor del pie que por los otros dedos, y hasta en otras leyes germánicas se señala la misma multa por el dedo mayor del pie que por el dedo pulgar de la mano.

El asesinato de una mujer embarazada se castigaba con una multa de cuantía cuatro veces mayor que el homicidio de un hombre libre. En cuanto al aborto, era castigado con cien sueldos, más de tres veces lo que se pagaba por romperle la cabeza a un guerrero.

La ley de los longobardos contiene una aclaración que se propone explicar el motivo de estas tarifas de castigos y que demuestra cierta vanidad de obra civilizadora: "Por todas estas heridas y peleas que ocurren entre hombres libres, hemos ordenado componendas más liberales que las que se usaban entre nuestros antepasados, para que se acabe el feudo *(faida)* o disputa y no se guarden rencores, sino que puedan vivir como amigos los que antes fueron contrarios".

En las leyes germánicas, los castigos consisten principalmente en la imposición de multas en metálico, que varían según la calidad de la persona injuriada. Por lo regular, los daños recibidos por un hombre libre, esto es, un noble de raza bárbara, se pagan doble que si el perjudicado es un vasallo de raza extraña, aunque pertenezca a las antiguas *gentes* romanas. En la ley de los francos encontramos estos dos artículos: "Si un romano ha agredido y robado a un franco, pa-



Miniatura de las "Grandes Chroniques de France" que representa el bautismo de Clodoveo por San Remigio, arzobispo de Reims, el día de Navidad (Biblioteca Nacional, París). Su conversión le ganó el apoyo de todos los partidarios de la Iglesia romana, que pronto vio en él al nuevo Constantino, vencedor de los visigodos de religión arriana.

gará sesenta y tres dineros. Si un franco ha robado a un romano, pagará treinta y cinco dineros".

A veces hallamos mención de los castigos corporales, pero en general con referencia a esclavos. Así, por la ley sálica, o de los francos, si un esclavo robaba algo, además de la restitución y la multa, se le obligaba a recibir ciento veinte golpes, y si lo que roba-ba valía más de cuarenta dineros, el castigo era la castración. Señálanse castigos por insultar a una mujer llamándola prostituta, o por llamar a un hombre zorro, o liebre, o espía, o mentiroso: el dictado de zorro o liebre cuesta sólo tres dineros, el insultar a un hombre llamándole mentiroso o perjuro cuesta quince.

A pesar de su barbarie, estas leyes germánicas revelan una mentalidad diferente y acaso superior a la que manifiesta la legislación romana. Ya hemos mencionado las penas contra el aborto, contra el falso juramento y la mentira; encontramos también otra prueba del horror que producía la falta en lo que hoy llamamos premeditación y alevosía. El romano sólo mira las consecuencias del acto; el bárbaro juzga por la intención. La ley sálica castiga el asesinato con una multa triple cuando el cadáver ha sido echado en un pozo o cubierto con ramas para que no se descubra el crimen. Señala también penas gravísimas por desenterrar los cadáveres.

Estas leyes nos dan, además, una visión incompleta, pero preciosa (porque no tenemos otra), de la compleja sociedad del occidente de Europa al comenzar la Edad Media. Los bárbaros todavía sienten la pasión por la caza, pues se castigan los robos de ciervas adiestradas, de que se valían para atraer los animales salvajes. Pero ya poseen grandes rebaños, y el que roba el toro de cría, o el cerdo macho, tiene que pagar multas muy fuertes. Se castigan también los daños hechos a cultivos y hasta a la viña, el romper las vallas y variar mojones, pero apenas se hace mención de los crímenes que suelen resultar de la vida en común en las ciudades. En el código de los longobardos hay dos leyes que se refieren a una corporación de albañiles, llamados *Magistri comacini*. Estas leyes son de "accidentes del trabajo" y establecen que, en caso de ocurrir una desgracia en una obra, el contratista será quien deberá satisfacer el daño, no el propietario de la casa.

En cambio, tanto en la ley sálica como en la ley de los longobardos reaparece el barquero, que desde tiempo inmemorial sirvió en Germania para pasar de una orilla a otra de los ríos a dioses, héroes y mercaderes. La ley sálica señala un castigo especial para el barquero que ayuda a robar una doncella, y por el código de los longobardos el barquero que pasa a un esclavo fugitivo tiene que pagar una multa de veinte sueldos.

Como ya era de esperar, dada su larga permanencia en las tierras del Imperio, el más romanizado de todos los códigos germánicos es el de los visigodos. Comenzando con Alarico II, que resumió la ley romana en un famoso *Breviario,* o compendio, y con Eurico, que empezó ya la codificación de las



Placa de oro que representa un guerrero lombardo rodeado de adornos de filigrana (Museo Medieval de Cividale del Friuli).

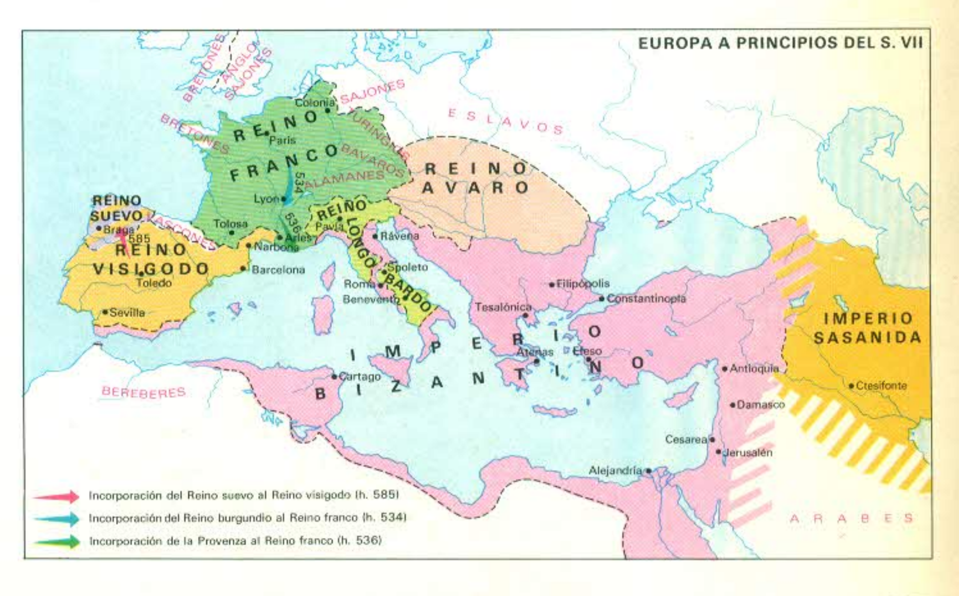
Trono de Dagoberto I, rey de los francos desde 629 a 639 (Biblioteca Nacional, París). Este rey unificó no sólo el territorio, sino también la organización jurídica y económica del estado merovingio. Gracias a esto logró retrasar algunos años la disgregación del reino, que a su muerte ya quedó repartido entre sus dos hijos.

leyes germánicas de los visigodos cuando estaban todavía instalados en la Galia, hasta los últimos reyes, todos o casi todos los monarcas visigodos demostraron el mismo interés en legislar. En su forma definitiva, las leyes visigodas formaron el código llamado *Fuero Juzgo,* que aún es aceptado en España como legislación suplementaria en casos dudosos; pero además muchas costumbres germánicas reaparecen en los *Fueros* castellanos de la Edad Media, manifestando que, a pesar de los esfuerzos de romanización intentados por los concilios, las gentes visigodas conservaron sus usos y costumbres teutónicos sin extraordinaria variación.

Las leyes de los pueblos germánicos implican un esfuerzo mental muy respetable. Los mismos legisladores se alaban de ello; así, el código de los longobardos acaba con este párrafo: "Con el divino favor hemos perseverado en nuestra tarea de averiguar, acudiendo a los que recordaban las leyes de nuestros antepasados. Y hemos investigado aun de aquellas que no estaban escritas, y hemos añadido todavía muchas cosas que nos parecieron apropiadas para el bienestar de todos y de nuestra raza".

¿Por qué este extraño afán de legislar en gentes que continúan viviendo tan primitivamente, sin cambiar de costumbres? Carecen de literatura y de ciencia, pero quieren leyes. ¿Por qué esta rara afición a una jurisprudencia, aunque sea primitiva? Se han dado de ellos varias explicaciones; la más repetida es la de que las razas germánicas no eran sino un enjambre de pueblos diferentes; grupos numerosos de una nación se habían reunido con los de otras naciones durante los períodos de emigración. Un escritor franco de la época dice con manifiesta ironía que cuatro individuos que hablaran otras tantas lenguas, obedecían a "cinco" distintas leyes.

Pero todo parece indicar que, una vez limitadas las posibilidades de lucubrar sobre cuestiones religiosas, la mente humana, que no puede permanecer ociosa, se empleó en los siglos VI y VII en este esfuerzo de codifi-



car usos y costumbres. Veamos ahora lo que hicieron en arte.

Como arquitectura propia, diríamos nacional, de los longobardos no queda nada intacto en Italia. Sabemos que los reyes –mejor dicho, los jefes de los ducados feudatarios– construyeron iglesias y palacios en los alrededores de Milán, pero fueron tan reconstruidos en la época románica, que no podemos imaginarlos en toda su simplicidad primitiva. Lo que queda en Pavía, Monza y Verona de la época longobarda hace desear que pudiera completarse con los fragmentos que se han aprovechado en obras posteriores. Sin embargo, aquellos fragmentos revelan la afición por la decoración geométrica, sin aceptar formas vegetales más que muy estilizadas, y nada que sea representación historiada, incluso poco y muy abreviado, de la iconografía cristiana. Como estrictos arrianos, odiaban las escenas evangélicas y del santoral. Lo que predomina es la cruz y los símbolos del bautismo y la redención. Los fragmentos longobardos en escultura son muy parecidos a los que se encuentran en Francia de la época merovingia, en España del tiempo de los visigodos y aun en África en la parte que ocuparon los vándalos.

Debía de haber, pues, un gusto común a todos los pueblos germánicos que influyó en toda la Europa occidental al comenzar los que llamamos estilos románicos. Éstos se caracterizan por conservar muchísimo de las técnicas romanas de construcción –bóvedas

Retablo de la catedral de Monza que representa la corte de Autario, rey de los lombardos desde 584 a 590. Tras unificar casi todos los ducados lombardos, se dispuso a luchar contra los merovingios, sus enemigos. Para ello casó con Teodolinda, hija del duque de Baviera, con lo que obtuvo la ayuda de otro de los grandes enemigos de los merovingios.





El escritor italiano F. Casiodoro (487-583) en su biblioteca, según un códice de la Biblioteca Laurenziana, Florencia. Consciente de la realidad de las invasiones, se propuso salvar todo lo posible de la cultura romana. Para ello fundó el monasterio de Vivarium, en el sur de Italia, y con los monjes se dedicó a copiar manuscritos antiguos. De su propia producción se tiene noticia de una "Historia Gothica" que se ha extraviado.

y cúpulas–, pero con el revestimiento de formas decorativas geométricas. Aunque vegetales y zoomórficas, estas formas decorativas están estilizadas hasta quedar reducidas a entrelazados difíciles de interpretar para nosotros, acostumbrados a las formas clásicas grecorromanas.

Las miniaturas de manuscritos de los longobardos, así como las de los francos y visigodos, traducen a su manera abstracta la versión del texto, pero en orlas y cabeceras abrevian los adornos para convertirlos en decoraciones casi absurdas, pues no manifiestan ninguna relación con lo que explica el libro sagrado que desean enriquecer con adornos en los márgenes.

BIBLIOGRAFIA

Abadal, R. d'	*Del reino de Tolosa al reino de Toledo,* Madrid, 1960.
Arcari, P. M.	*Storia delle dottrine politiche italiane. II. Il periodo gotico,* Como, 1943-1946.
Dawson, Ch.	*Los orígenes de Europa,* Madrid, 1945.
Demongeot, E.	*De l'unité à la division de l'Empire romain, 395-410,* París, 1951.
García de Valdeavellano, L.	*Curso de Historia de las Instituciones españolas. De los orígenes al final de la Edad Media,* Madrid, 1968.
Halphen, L.	*Les barbares, des grandes invasions aux conquêtes turques du XI[e] siècle,* vol. V de "Peuples et Civilisations", París, 1948.
Latouche, R.	*Les grandes invasions et la crise de l'Occident au V[e] siècle,* París, 1946.
Lot, F.	*La fin du monde antique et le début du Moyen Age,* París, 1951. *Les invasions germaniques. La pénétration mutuelle du monde barbare et du monde romain,* París, 1945.
Menéndez Pidal, R.	*España visigótica (414-711),* vol. III de "Historia de España", Madrid, 1940.
Musset, L.	*Las invasiones. I. Las oleadas germánicas,* Barcelona, 1967.
Perroy, E.	*Les royaumes et les sociétés barbares,* París, 1961.
Riché, P.	*Les invasions barbares,* París, 1958.



Placa de cobre dorado, de principios del siglo VII, que representa a Agilulfo, rey de los lombardos desde 590 a 616, rodeado de sus dignatarios y guerreros (Museo Nacional, Florencia).

La ilustración de este tomo se debe a: Afrique-Photo (París), J. M. Alguersuari (Barcelona), Archivo Edistudio (Barcelona), Bavaria Verlag (Gauting von München), Biblioteca Nacional (París), Boersch (Wiesbaden), Gil Carles (Valencia), Giraudon (París), R. Halin (París), P. Koch (Zurich), Lolivier (París), Lucchetti (Barcelona), F. A. Mella (Milán), E. Meyer (Viena), Museo Guimet (París), Museum of Fine Arts (Boston), Oronoz (Madrid), Pedicini (Nápoles), Picturepoint (Londres), Pucciarelli (Roma), Salmer (Barcelona), Scala-Salmer (Turín), S. E. F. (Turín), J. Tadema Sporry (Leiden), Titus (Turín), J. Webb (Londres), Wettstein und Kauf (Zurich).

